

MARÍA LAURA GAMBERO

UN ÁNGEL EN LA OSCURIDAD



UN ÁNGEL EN
LA OSCURIDAD

María Laura GAMBERO

UN ÁNGEL EN LA
OSCURIDAD

MARIA LAURA GAMBERO

INDICE

PROLOGO

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

CAPITULO 4

CAPITULO 5

CAPÍTULO 6

CAPITULO 7

CAPITULO 8

CAPITULO 9

CAPITULO 10

CAPITULO 11

CAPITULO 12

CAPITULO 13

CAPITULO 14

CAPITULO 15

CAPITULO 16

CAPITULO 17

CAPITULO 18

CAPITULO 19

CAPITULO 20

CAPITULO 21

CAPITULO 22

CAPITULO 23

CAPITULO 24

CAPITULO 25

CAPITULO 26

CAPITULO 27

CAPITULO 28

CAPITULO 29

CAPITULO 30

CAPITULO 31

CAPITULO 32

CAPITULO 33

CAPITULO 34

CAPITULO 35

CAPITULO 36

CAPITULO 37

CAPITULO 38

EPILOGO

Agradecimientos

Otros títulos de la Autora

Lo importante está en mi esencia
En siempre saber quién soy
Que el tiempo enriquezca mi alma
Que el hombre descubra mi don.

PROLOGO

Mar del Plata, enero de 2007.

Ingresó al local bailable con paso seguro y cara de pocos amigos. Mirko Milosevic era un hombre alto y delgado, de hombros anchos y estrechas caderas. Poseía una cabellera lacia y desprolija de un castaño claro que le rozaba los hombros; y unos ojos, de un celeste luminoso, que difícilmente pasaban desapercibidos. El conjunto ofrecía una apariencia peligrosamente sensual, que atraía fácilmente a las mujeres, proporcionándole una ventaja que él no desaprovechaba. Era como un gato seductor, que se movía con sigilo, envolviendo a sus presas hasta ganarles la voluntad y obtener de ellas lo que deseaba.

Corría el mes de enero y la ciudad costera de Mar del Plata se encontraba en su apogeo. Durante el día, sus atractivas playas congregaban multitudes, mientras que, la vida nocturna parecía no tener fin y la ciudad vibraba.

Tal era el caso de Extasius, el local bailable en el que Mirko se encontraba. Una importante variedad de jóvenes se contorsionaba al ritmo de la música ajenos a mucho de lo que entre esas paredes sucedía.

Con actitud segura y firme, se mezcló entre los presentes; un solo objetivo gobernaba su mente, cumplir con su parte y saldar, de una buena vez y por todas, la

deuda que lo acosaba. A medida que avanzaba recorría el lugar con la mirada sin detenerse en nada en particular. No se vanagloriaba de su proceder, hacía ya mucho tiempo que había dejado de cuestionarse; lo suyo, por el costado en que se lo mirase, era pura necesidad y subsistir la única preocupación en su vida.

Eludiendo a la gran cantidad de jóvenes que se cruzaban en su camino se las ingenió para alcanzar la barra principal donde se ubicó en el único taburete vacío. Volvió a repasar el lugar con la vista, ahora con cierta frustración. No veía lo que había ido a buscar. La chica con la que necesitaba dar no se hallaba a simple vista y eso era algo que siempre lo frustraba. Masticando fastidio se volvió entonces hacia la barra.

—¿Cómo va, Milo? —lo saludó Lalo, el barman—. Pensé que te vería más temprano por aquí.

Se saludaron con un intercambio de golpes de puños, propios entre camaradas. Lalo era su único amigo; se conocían de niños. De hecho, Milo era quien le había conseguido el trabajo una vez que Lalo obtuvo su libertad luego de ocho meses de encierro por un delito menor.

—Todo bien, —respondió Milo sin mucho entusiasmo.

Lalo lo miró con cierta aprensión, comprendía perfectamente qué estaba sucediéndole por eso no agregó comentarios.

—¿Viste al Candado? —preguntó entonces Mirko.

—Sí, debe andar por el fondo, —respondió Lalo mientras servía una cerveza que acababa de pedirle, para luego introducir su mano en el bolsillo trasero de su pantalón de donde extrajo una llave que extendió a su amigo—. Me dijo que te la entregara, que vos entenderías y que debés estar listo para las 3.30. Ese será el horario.

Mirko asintió y estiró su mano para tomar la llave, pero Lalo cerró el puño negándosela. Lo miró directo a los ojos.

— Tenés que encontrar la manera de abrirte Milo, — dijo con evidente preocupación—. Esto no puede terminar bien.

—Lo sé, pero no es sencillo amigo, —accedió con renuencia—. ¿Algo más?

—Sí —afirmó Lalo algo incómodo—. Fue categórico cuando ordenó que te limites a cumplir con tu parte; que esta vez no te pongas en exquisito; basta con que tenga dos tetas y agujero donde meterla, — comunicó Lalo, con algo de culpa, ganándose una dura mirada por parte de Mirko—. No me mires así, che, sólo soy el mensajero. En el lugar de siempre tenés la primera parte.

Mirko asintió a desgano. Si no fuera porque debía reunir la cuantiosa suma de diez mil dólares ya le habría cantado las cuarenta a ese Candado. Pero estaba atado de pies y manos y lo sabía. <<¡Qué pies y manos!>>, pensó Mirko, <<ese hijo de puta me tiene agarrado de

las pelotas>>. Casi en un gruñido le pidió a Lalo que le sirviera su trago preferido; vodka con soda y hielo.

—Aquí tenés, campeón —dijo Lalo al colocar el trago frente a él—. Espirituoso como a vos te gusta... Será una noche muy larga amigo...

Dedicó varios minutos a observar el lugar. La música tecnológica se había adueñado del recinto y los presentes se contorsionaban con los distintos ritmos. La oscuridad reinante, salpicada esporádicamente por el juego de luces blancas que enorgullecía a los dueños del lugar, por momentos envolvía a los presentes en un manto de sensualidad del que Milo pensaba aprovecharse.

Bebió un poco de vodka, sintiendo a la fuerte bebida correr por su garganta. Entonces dio con lo que estaba esperando encontrar. Entre la dicotomía de los claroscuros detectó una figura que llamó su atención. Agudizó la vista concentrándose en una mujer que bailaba desinhibida sobre una tarima y, a simple vista, su pollera, ligera y corta, dejaba al descubierto unas piernas largas y delgadas. Era morocha, de atractivo busto y pequeña cintura. <<Muy bien>>, pensó al notar cómo los senos turgentes y voluminosos se balanceaban al ritmo de la música. No se molestó en apreciar los rasgos de su rostro, a su entender era lo que menos importaba. Sonrió jactancioso. <<Objetivo detectado>>, pensó.

La música cambió y poco a poco los ritmos de los

años ochenta se adueñaron del lugar. Mirko terminó su trago sin apartar la vista de la muchacha que, en ese momento, bajaba de la tarima. Prestó atención y se tranquilizó al notar que ahora bailaba con una mujer y que sólo se trataba de amigas; no había en ninguna de ellas comportamiento lésbico. Miró su reloj y comprobó que eran pasadas las dos de la madrugada; tenía poco menos de hora y media para lograr seducirla y convencerla de que lo acompañase al fondo del local. No creía que fuera difícil lograrlo.

Antes de comenzar su cacería, Mirko Milosevic decidió estimular sus sentidos. Con la mente focalizada en su objetivo, se abrió paso entre los presentes hasta alcanzar los baños públicos. Ingresó al de caballeros y pasando de largo los retretes, se dirigió a la última puerta. Se deslizó dentro y, sin demora, buscó el nicho escondido tras un cubo de basura. De allí tomó un pequeño sobre con varios gramos de cocaína; la primera parte de su paga. Tembló un poco al sentirlo en su mano y, luego de dejar todo como lo había encontrado, se apresuró a bajar la tapa del inodoro. Con suma precisión dibujó un par de líneas de polvo blanco; para luego esnifarla; primero por un orificio nasal, luego por el otro. Por unos segundos permaneció parado con los ojos cerrados, sintiendo el efecto adueñándose de su mente.

Sintiéndose más a gusto, animado y predispuesto regresó a la barra.

—Dame otro espirituoso como a mí me gusta Lalo,

—deslizó, al ubicarse en el asiento, desde donde trató de dar con su presa.

Recorrió una vez más la pista de baile con la vista y sonrió afanosamente al detectarla; había regresado a la tarima. Bebió un poco de vodka, estudiándola con disimulo. Ella lo miró y él advirtió el impacto que había causado en la mujer. Ocultó la sonrisa tras su trago al ver que descendía y se dirigía hacia la barra. <<Picó>>, pensó y se volvió hacia Lalo a quien guiñó un ojo con complicidad.

—El juego está a punto de comenzar, Lalito, —informó con algo de malicia al dejar la copa sobre la barra—. Estate atento.

La miró de reojo. Parcialmente apoyada sobre la amplia barra la chica pedía dos margaritas. Se dedicó a observarla con el mayor disimulo del que fue capaz. Se concentró primero en los glúteos; eran redondos y llamativos. <<Me gusta>> pensó, cada vez más satisfecho con su elección. Fue ascendiendo, recorriendo la cintura con la mirada hasta alcanzar sus senos que colgaban libres apenas sostenidos por una prenda sin mangas. <<Perfecta>>, se convenció Milo con conocimiento de causa. La chica parecía no darse cuenta de su sensualidad y eso lo divirtió porque sería mucho más sencillo convencerla. <<Vaya noche de suerte>>, se dijo al considerar que era el mejor ejemplar de los últimos cuatro que le había tocado abordar. Con esta tal vez hasta lo disfrutaría.

—¡Qué suerte que resolvimos venir! — gritó la rubia salida de la nada al ubicarse a su lado—. Me encanta este lugar.

A su amiga también le gustaba. Milo lo supo porque ambas hablaban a los gritos y desde su ubicación podía escucharlas perfectamente sin esforzarse demasiado. Lalo eligió ese momento para entregar las margaritas que le habían ordenado y se ocupó de que la muchacha elegida por Milo recibiera el trago correcto. Era su manera de ayudar a su amigo.

—Brindemos, amiga —dijo la morocha—. Voy a extrañar mucho nuestras salidas cuando esté instalada en Madrid.

—Porque un buen madrileño tome mi posta y te lleve de parranda, —deslizó la rubia divertida al chocar sus tragos.

—Por Madrid entonces.

Siguieron bebiendo entre risas. De tanto en tanto se movían al ritmo de “Aserejé” que en ese momento tenía a los presentes al borde de la locura. Al cabo de unos minutos la rubia dejó la copa sobre la barra y se alejó dirigiéndose hacia los baños.

El momento había llegado. <<Hora de entrar en juego>>, se ordenó Milo. No tenía más tiempo que perder.

Abruptamente, como si un telón se hubiese elevado dejando al descubierto sus verdaderas intenciones, Milo dejó de mirarla con disimulo para hacerlo con descaro y

hasta algo de lascivia. Por varios segundos se limitó a recorrer, deliberadamente, con la vista las líneas de su rostro procurando que ella se sintiese observada primero y admirada después. Eso era algo que siempre lograba debilitar la resistencia femenina. A las mujeres les gustaba sentirse admiradas, las ablandaba, tornándolas accesibles y predispuestas.

No pasó mucho tiempo hasta que la muchacha se volteó a mirarlo. Le sostuvo la vista con determinación, clavando sus oscuros ojos negros en los celestes de él. Mirko terminó sonriendo ante la firmeza que ella presentaba y, una vez más, reconoció que su elección no podía haber sido mejor.

—Lalo, otra margarita y lo de siempre para mí, — indicó Mirko de un grito sin apartar la mirada de la chica que ahora lo contemplaba con algo de reparo—. Supongo que puedo invitarte un trago ¿verdad?

Ella lo miró súbitamente embelesada. Hacía rato que no veía a un hombre tan atractivo; tan sensualmente peligroso. Su mirada azulada la envolvía, la acariciaba y ella se entregó a consciencia. <<¿Por qué no?, -se dijo-, ¿qué mejor forma para disfrutar de su última noche en Mar del Plata?>> En pocos días volaría a Madrid donde pensaba establecerse. <<Una buena despedida es lo que merezco>>, pensó entusiasmada. Asintió gustosa y halagada.

Por el rabillo de sus ojos vio a su amiga Nancy que pasaba de largo al notar que estaba entretenida con ese

apuesto hombre. Se mordió los labios para ocultar la sonrisa al ver el gesto que su amiga le dispensaba.

—Aquí tiene, —dijo Lalo deslizando los tragos frente a ellos.

Mirko los tomó ofreciendo uno a la muchacha que parecía hipnotizada. Ella sonrió y agradeció por lo bajo al aceptar la copa que él le ofrecía.

—Mi nombre es Milo, —se presentó con voz sensualmente melosa—. ¿El tuyo?

La sonrisa se amplió en el rostro de la muchacha que claramente no creyó que ese fuera un nombre real. Tampoco tenía intenciones de ser demasiado sincera y dar el propio. Bebió un poco de su bebida antes de contestar y decidió seguirle la corriente.

—Mile, —respondió, desafiante mostrándose abiertamente divertida por el juego de palabras

Mirko rio ante lo ocurrido. <<Ingeniosa y desafiante; cada vez me gusta más>>. Era bueno que se mostrara dispuesta a seguirle el juego. Eso facilitaría mucho las cosas. La espirituosa bebida estaba haciendo efecto; se le notaba en la mirada, en la sonrisa y en el modo en que se sostenía de la barra para no perder el equilibrio. Ya tenía a su presa comiendo de su mano. Desde ese momento en adelante, todo sería más sencillo. Con disimulo consultó su reloj, faltaban cuarenta y cinco minutos para las 3.30 hs.

Se dispuso a avanzar un poco más. Acercándose a ella comenzó una conversación. Le hablaba casi al oído

apoyando despreocupadamente su mano sobre el hombro desnudo; rozando su piel con ligereza, para luego separarse. La miraba directo a los ojos a la espera de su respuesta. A ella por momentos parecía que le costaba hablar. En dos ocasiones se mordió los labios y en otras tres rio con nerviosismo. <<Pan comido>> pensó Mirko decidido a pasar a la siguiente etapa.

Terminó su vodka sin apartar la mirada de la muchacha que parecía derretirse con sus atenciones. Luego de lo cual apoyó su copa sobre la barra y estiró su mano para pasarla por la cintura de ella. La arrastró hacia él procurando que una de sus piernas se interpusiera entre las de ella.

—Así está mejor, —susurró sensualmente él. Mirko sonrió, necesitaba tantearla; cerciorarse de que empezara a caer en sus manos. Una vez más acercó su nariz a su cuello para recorrerlo delicadamente provocando en ella un temblor que no pasó desapercibido para él—. Deliciosa, —susurró.

Ella sintió un estremecimiento cuando el aliento de Milo le recorrió el cuello primero y la nuca después. Empezaba a sentirse obnubilada por el modo en que él la abordaba. Las piernas le flaquearon y terminó sentada sobre el muslo de Milo, que ahora le sonreía maliciosamente.

Encandilada como se encontraba por sus ojos celestes, no fue consciente del momento en que él deslizaba sutilmente la mano por su pierna hasta

alcanzar su intimidad.

—Bebe —le indicó ofreciéndole el trago con la mano libre. Ella accedió y bebió un largo trago sintiendo el calor que crecía entre sus piernas. Se sobresaltó al sentir el nudillo del dedo corazón de Milo recorrer, por sobre la delgada lencería, toda la abertura de su sexo y no pudo evitar estremecerse de deseo. Él lo notó y sonrió ufanamente y una vez más acercó su boca al oído de ella—. ¿Tuviste alguna vez un orgasmo entre tanta gente?

Ella simplemente sacudió su cabeza negativamente. Comenzaba a sentirse mareada, algo sofocada y completamente hipnotizada por la voz de ese hombre que la seducía, la envolvía y plantaba imágenes en su mente. Se le agitó la respiración.

—Mejor bailemos un poco, —sugirió él, quebrando completamente el clima que había creado. Eso la descolocó.

Lo cierto era que Mirko no deseaba que alcanzara el clímax que todo su cuerpo anhelaba casi con desesperación; la quería excitada y necesitada de lo que él pudiera darle. Quedaban sólo veinte minutos para las 3.30 y en ese tiempo volvería a llevarla hasta el límite de su necesidad para negárselo, para inundar su mente de todo lo que pensaba hacerle; pero no allí.

El baile estaba en su apogeo, y Mirko sabía que no contaba con mucho tiempo. Mientras se trasladaba hacia la pista de baile llevando a la muchacha de la mano,

logró divisar a un grupo de diez personas que siguiendo a Candado se dirigían a la parte trasera del local. <<Buena cantidad>>, pensó.

Dedicó dos canciones a seducirla; a tentarla masajeando sus glúteos con descaro, rozando la piel de su cintura con la yema de sus dedos; provocándola; eludiendo su boca con la que ella desinhibidamente buscaba la suya. Ese juego lo estimulaba a él, que también empezaba a prepararse, y la enloquecía a ella que a esas alturas hubiera sido capaz de desvestirse allí mismo si él se lo pedía.

Algo extraño sucedía con su cuerpo y con su mente; fue consciente de ello en un atisbo de lucidez, pero no tenía ni fuerzas ni intenciones de resistirse. Milo la tenía envuelta en sus brazos, balanceándola al ritmo de la música mientras susurraba a su oído todo lo que pensaba hacer con ella. Un estremecimiento se propagó por su cuerpo a mediada que su mente visualizaba todo cuanto él decía. Las piernas le flaquearon, la vista por momentos se le nublaba y la música, los gritos y los cantos de la gente que la rodeaba, se amortiguaban. El deseo corría raudo por sus venas quemando los pocos resabios de consciencia que perduraban en ella. Fuego desmedido, ardiente y desbocado era lo que sentía en su interior; se sentía sofocada y desbordada. Lo deseaba de un modo desesperante, a punto tal que la piel le ardía.

Una vez más eludió la boca de la chica que en un descuido casi lo alcanza. Lamentablemente eso sería

algo que nunca le daría, pues él no besaba; nunca besaba a las mujeres con las que se acostaba por dinero; ni las que pagaban por sus servicios, ni las que cazaba para cancelar su deuda con Candado como era el caso de esa noche. Le revolvía el estómago pensar en besar a esas mujeres que no significaban absolutamente nada para él, lo suyo era netamente comercial.

Sin romper el contacto y alimentando aún más el hechizo, Milo la fue guiando hacia el fondo del local donde, tras un oscuro cortinado, se encontraba una puerta que conducía a un privado que abrió con la llave que Lalo le había entregado. La arrastró dentro con sigilo. Era una estancia pequeña, de paredes cubiertas por cortinados negros y luces tenues pero puntuales que enfocaban a una cama circular, a una silla que enfrentaba un amplio espejo rectangular, empotrado en la pared y a una oscura mampara.

A estas alturas la chica no era dueña de ninguno de sus movimientos, sólo accedía a lo que Milo propusiera. La detuvo frente a un espejo y allí parada comenzó a desvestirla sin dejar de besar su cuerpo, sosteniéndola con sus brazos, rozando sus pechos, susurrando dulces palabras y suaves jadeos en sus oídos. Ella temblaba y ya despojada de sus prendas se recostó contra el cuerpo de él completamente entregada a la propuesta.

Con sus manos le dio lo que deseaba; casi un premio por su buena predisposición. Entonces violentamente la penetró por detrás. Miró su rostro reflejado en el espejo

y sonrió ufanamente al notar que sus rasgos transmitían tanto placer, como gozo y lujuria. <<Bien, eso era algo que gustaba y pagaba>> pensó. Todo se desarrollaba según los cánones normales. La chica estaba a punto de alcanzar una vez más lo único que todo su cuerpo deseaba. Sus gemidos podrían haber despertado hasta a un muerto y cuando se sumergió en el espiral que la condujo a la cima, el grito de liberación fue tan agudo como extraordinariamente sensual.

Con un movimiento preciso, Mirko la giró saliendo ella para alzarla y obligarla a rodearlo con sus piernas. Pero entonces, ella lo tomó desprevenido y enroscando sus brazos al cuello de él, se apoderó de su boca de un modo tan salvaje, que Mirko no tuvo como contrarrestar el embate. Su boca era fresca, era suave a pesar de la fuerza que el beso imponía. El beso era profundo, hambriento y tan ardiente que lo sacudió. Esta vez fue él quien sucumbió al estímulo. ¿Cuánto hacía que no recibía un beso?; uno deseado, uno genuino y sincero. No halló en todo su cuerpo resabios para neutralizarlo y se encontró respondiéndolo con igual intensidad hasta sentir que empezaba a perder el control. Agitado se separó y por un momento se mareó al sentir que la oscuridad de los ojos de ella contagiaba de bruma los suyos. Entonces la recostó en la cama y ya no fue dueño de nada. El estremecimiento fue poco a poco gestándose en su entrepierna primero hasta propagarse por sus muslos, por su vientre y adueñarse de su voluntad.

La muchacha, que en un principio se había mostrado sumisa y doblegada, volvía a besarlo con avidez y descaro, generando sensaciones que Mirko no había experimentado en muchísimo tiempo. Una batalla de voluntades se instaló en sus bocas. Un intercambio casi violento que por momentos tuvo mucho de necesidad animal. El sexo se tornó primitivo, lujurioso y desenfrenado; casi salvaje. Ninguno de los dos tenía el control; ninguno podía imponer su voluntad.

Cuando todo terminó cayeron rendidos sobre las sedosas sábanas de la cama circular. Con la respiración agitada y sus cuerpos exhaustos. Milo entreabrió los ojos procurando recuperarse. Sentía el cuerpo de la muchacha pegado al suyo y le resultó tan extraño como tranquilizador. Ella estaba acurrucada contra él; una de sus piernas cruzaba las suyas, y una de sus manos reposaba serenamente sobre su pecho. La miró con cierta aprensión, considerando lo inusual de toda la situación; no entendía qué demonios había sucedido. No obstante, el desconcierto, se encontró recorriendo el rostro de la muchacha con la yema de sus dedos; admirándola, descubriéndola. Un gesto cargado de una ternura desubicada en él. Se descubrió pensando en la cálida profundidad de esa muchacha a quien no conocía y sin embargo había movilizado fibras que nunca nadie había alcanzado. ¿Por qué? ¿Cuál era la diferencia con las otras mujeres? No lo sabía, tampoco lo entendía, pero se sentía extraño y el deseo de volver a saborear su

boca lo abordó y no se privó de hacerlo. La muchacha respondió como lo había hecho durante toda la noche, pero en esta ocasión sus labios transmitían plenitud y la mano que acariciaba su pecho, ternura. Fueron besos dulces, reconfortantes que inundaron su cuerpo de un calor inusual y reparador. Se dejó llevar por sus besos; de pronto, no deseaba nada más de ella.

Al cabo de media hora Mirko consideró que era suficiente sentimentalismo. Esa noche, Candado podía considerarse más que pagado; no tenía recuerdos de haber atravesado una actuación semejante. Se puso de pie y, luego de estirarse, buscó su ropa. Necesitaba un trago y verificar que Candado haya dejado lo prometido en el baño. Una vez vestido dejó la habitación. La chica dormiría un poco más.

El silencio que la rodeaba fue quebrado por un estruendoso sonido por el lapso de unos segundos. Se irguió, frunciendo el ceño. Un dolor punzante le atravesaba la cabeza; le dolía todo el cuerpo, principalmente la entrepierna. Agradeció la luz tenue, tenía la visión difusa, pero la intensidad del silencio lejos de relajarla, de pronto, la alarmó. No recordaba cómo había llegado allí, mucho menos en qué circunstancia se había desnudado.

Poco a poco sus ojos fueron focalizando y comenzó a ver con mayor nitidez. Le dio un escalofrío al percibir los recuerdos que como relámpagos llegaban a ella. Sin

embargo, no podía recordar con precisión el rostro del hombre con quien había estado. Se puso de pie y su imagen quedó reflejada en el espejo. Tembló, asustada por no tener mucha consciencia de lo que había hecho. El cuerpo le dolía, sentía las piernas débiles y le costaba mantenerse. Se sentía mal, pésimo. Estaba mareada y el estómago se le revolvió por completo; vomitó sin remedio. Con cierta debilidad logró erguirse. Tenía que salir de allí a como diera lugar; recogió su ropa que se hallaba desparramada por el suelo y se vistió con premura.

Desesperada recorrió la habitación con la mirada; no había puertas ni ventanas, sólo oscuros cortinados. ¿La habían encerrado allí? ¿Dónde estaba? No lograba recordar. Casi corriendo, con el rostro arrasado por las lágrimas y la visión empañada, llegó a uno de los cortinados. Lo recorrió hasta dar con una abertura. Se apuró a salir de esa habitación y vio una puerta. Esperanzada por haber encontrado una vía de escape se dirigió hacia allí. Para su desconcierto descubrió que no se trataba de una salida, sino de una habitación que apestaba a olor a tabaco y cigarros.

Cada vez más aterrorizada repasó el lugar con la mirada y el corazón casi se le detiene de azoro al contemplar la gran cantidad de sillas que, desordenadas, enfrentaban un amplio ventanal. Se acercó y se espantó aún más al comprobar que desde allí se tenía una visión más que clara de toda la habitación. Comenzó a temblar

sin control. El terror gobernaba cada uno de sus sentidos y, a los tumbos, regresó al oscuro corredor desde donde milagrosamente divisó una salida de emergencia camuflada con el color oscuro de la pared. Estaba a punto de alcanzar la salida cuando escuchó las voces que se acercaban a ella. La abordó una ola de pánico que casi logra paralizarla, pero con la poca fuerza que le quedaba empujó la puerta de salida y salió de allí como alma que lleva el diablo.

—Podés sentirte más que pagado, —dijo Milo con cierto cansancio—. La de hoy cancela mi deuda, Candado.

—Puede ser, pero no creo que sea así, —le aseguró con voz áspera. Lo miró con sorna y algo de malicia—. Te conozco de sobra Croata, en una semana volverás a estar en deuda conmigo. ¿De dónde la pensás conseguir?

Milo no dijo nada, pues era cierto. La única manera de que Candado lo proveyera era que él cumpliera con su parte. Pero estaba hartó. No quería más de eso; tenía que encontrar la manera de abrirse.

—Ahora me voy a coger a esa flor de perra que encontraste para hoy, —dijo Candado palmeándole sarcásticamente la mejilla—. Quiero que saques unas buenas fotos mientras me la monto.

—No..., no me parece...

Milo desvió la vista preguntándose a qué venía tanto escrúpulo con esa mujer; no lo entendía; pero no quería

que Candado la tocase.

—Me importa una mierda lo que a vos te parezca, — aclaró riéndose como si hubiese escuchado una buena broma—. Acá las órdenes las doy yo, Croata, no te hagas el pelotudo conmigo.

Envalentonado, Candado se desabrochó los pantalones y sacó su miembro para masajearlo. Con la mano libre corrió la cortina y seguido de Milo se acercó a la cama. Desorientado la buscó sin comprender.

—¿Dónde mierda está? —chilló enajenado. Furioso se volvió hacia el croata—. ¿Dónde está esa perra? — repitió subiendo la cremallera del pantalón con fastidio.

—Estaba aquí hace un momento, —dijo Milo casi en un murmullo.

—Decime que tomaste las fotografías, —demandó Candado furioso. Mirko desvió la vista sin atreverse a responder—. Estas en problemas, Croata. Faltaban las fotos que ya han pagado por adelantado.

Milo permaneció en el centro de la habitación tratando de pensar. En un rincón debajo del espejo creyó ver algo. Ofuscado se acercó y lo tomó. Era una de cédula de identidad. Frunció el ceño y se acercó al foco de luz. Sonrió con malicia. Tenía un nombre y una dirección por donde comenzar buscar.

<<Gimena Rauch, me hiciste perder mucho dinero marchándote>>

Con paso rápido dejó el recinto y salió a la parte trasera del local. Estaba amaneciendo, pero lo que más

llamó su atención fueron las sirenas de las patrullas que se acercaban al lugar. Entonces hizo lo único que podía hacer. Correr.

CAPITULO 1

Cárcel de Batán, 18 de octubre de 2013.

— Croata —gritó, con aspereza, el guardia parado bajo el dintel de la abertura que dividía el pasillo del precario gimnasio—. Dejá eso y apurate que no estoy a tu disposición, —ladró ahora con mayor firmeza.

El hombre alto y delgado de lacia cabellera castaña, tupida barba y llamativos ojos celestes, dejó el barral con el que había estado ejercitando y con cierta renuencia miró al guardia. Le sostuvo la mirada consciente de que lo contemplaba con ganas de asestarle un golpe.

—¿Qué sucede? —preguntó, con desconfianza mientras con exasperante lentitud secaba el sudor de sus manos con una toalla sucia y ajada.

—Una bella dama vino a visitarte, —anunció impaciente dejando que el sarcasmo se filtrara—. Estas teniendo muchas visitas últimamente, —agregó con cierto desdén y tono amenazador—. No estarás contando cosas que no corresponde contar, ¿no Croata?

Hacía ya seis meses que dos oficiales de la Fiscalía Federal se habían presentado de imprevisto para entrevistarlo. Habían llevado consigo distintas fotografías que le presentaron esperando que Mirko reconociera algún rostro. La respuesta de Milosevic fue contundente,

no tenía idea de quienes eran. Pero, lo cierto era, que conocía a cada uno de los fotografiados y podía apostar que los de la Fiscalía lo sabían.

La misma situación tuvo lugar, tres semanas más tarde. A esas alturas Mirko se sentía por demás intranquilo. Aunque, lo más preocupante no era saber que no le creían ni una palabra, sino no saber qué pretendían con sus visitas.

—¡Apurate querés! —ladró el guardia una vez más.

Un grupo de hombres que se encontraba ejercitando lo observaron alejarse e intercambiaron miradas recelosas. Los ignoró y con desgano pasó junto al guardia quien de un empujón lo instó a apurarse. Por sobre su hombro el croata lo miró con actitud altiva y sonrió con un dejo de soberbia. Se había ganado la reputación de duro y filoso a base de soportar golpes y asestar con precisión. Nadie dudaba de su rudeza y eso era lo único que lo mantenía con vida.

—Bajá el copete, que un día de estos se te puede acabar la suerte, —amenazó finalmente el guardia antes de volver a empujarlo—. Caminá y mirá para adelante. Ya te vas a sosegar.

Preguntándose de qué se trataría en esa oportunidad, se dejó guiar por un largo pasillo que comunicaba con otro pabellón. Le llamó la atención que en esta ocasión no lo condujeran a través del patio interno que era el camino directo hacia las salas de visitas. En cambio, se sumergieron en un pasillo que él nunca había transitado.

Eso lo puso alerta, pero no dijo nada. Al cabo de unos metros el guardia lo obligó a detenerse frente a una puerta que luego de dos golpes secos se abrió mecánicamente.

—Adentro, —ladró el guardia al darle entrada.

Ingresó a una sala cerrada, sin ventanas, donde sólo había un amplio escritorio con una sofisticada mujer escoltada por un uniformado fuertemente armado.

— Por favor póngase cómodo que hoy tenemos mucho de qué hablar, —dijo sin levantar la vista de la carpeta que tenía frente a ella.

El guardia lo acercó al escritorio de un empujón y se apuró a esposarlo a la mesa.

—No hace falta que lo espose, —sentenció la mujer sin molestarse en mirar al guardia de la penitenciaría.

El oficial miró ceñudo a la mujer para luego mirar a Mirko que le dedicó una sonrisa displicente; maldiciendo, el penitenciario lo liberó para luego retirarse sin emitir palabra.

Con algo de desconfianza el croata clavó su mirada en la mujer con todos los sentidos atentos a cada movimiento o palabra que de ella proviniese. No tenía idea de quién era; nunca la había visto. Su mente procuraba repasar cada una de las conversaciones mantenidas con los distintos agentes que se habían acercado a interrogarlo durante los últimos seis meses; pero no lograba focalizar su mente; hacía dos días que no consumía, por eso había estado en el precario gimnasio. Pero, de nada había servido, se sentía confundido y desorientado.

La mujer elegantemente vestida con un traje color petróleo e inmaculada blusa blanca de pronunciado escote, lo enfrentó con firmeza. Se presentó como la fiscal Claudia Garrido y, según sus palabras, actuaba como enlace entre la Fiscalía Federal y la SEDRONAR. Llevaba el cabello oscuro recogido en una cola de caballo y unos anteojos de marco negro y cuadrado que le conferían un aspecto mucho más serio y severo de lo que en realidad tenía. Pero más allá de la dureza que su cargo le confería, era bonita, de rasgos femeninos y labios por demás sensuales.

—¿Cómo se encuentra esta mañana? —preguntó más por romper el hielo que por verdadero interés.

—He tenido días mejores, —fue la rápida y seca respuesta.

La mujer se irguió y cruzándose de brazos lo estudió con determinación. Frunció el gesto al notar el hematoma que bordeaba el ojo izquierdo.

—¿Qué le sucedió en el rostro? —quiso saber.

—Me tropecé, —respondió tajante.

Garrido lo estudió advirtiéndole que era un hombre filoso y áspero; respondía con rapidez sin bajar la guardia, en actitud agazapada. Por todo lo que había averiguado sobre él, — que era mucho a esas alturas —, podría asegurar que era un hombre que había recibido muchos golpes. Pero eso no la ablandaría, necesitaba ser dueña de la operación y el que tenía enfrente era un hombre curtido por la vida; peligroso, difícil de abordar.

—Un tropiezo que le valió una semana en la celda de aislamiento, según tengo entendido, —agregó displicente, recuperando por completo la actitud altiva—. ¿Cuántas van? Las reclusiones en la zona de buzones, digo. Muchas. Demasiadas en estos años, ¿no?

El croata no respondió este último comentario. Simplemente desvió la vista y eludió la mirada de la mujer.

—Ya lo creo que han sido muchas. Pero no estoy aquí para hablar de su comportamiento, —aclaró ella volviendo una vez más su atención a los papeles desplegados sobre la mesa—. Me gustaría cotejar cierta información primero para avanzar a lo verdaderamente importante, —prosiguió con firmeza—. Su nombre es Mirko Milosevic; alias Milo o Croata. Nació en la ciudad de Rovinj, península Istria, Croacia. Un lugar bellissimo, aunque usted no haya tenido la oportunidad de conocerlo. Llegó a la República Argentina al año de vida, con su madre adoptiva, que en realidad más que madre adoptiva, podíamos decir que lo sacó ilegalmente de Croacia, porque no hay un solo documento que indique que usted fue legalmente adoptado, o que su madre real muriera. ¿Nunca lo investigó? Tal vez usted es sólo un chico robado más. Piénselo.

La mujer bajó la vista buscando cotejar la información y luego volvió a alzarla para estudiar, una vez más, al recluso. La miraba con odio helado; ahora si había despertado su atención y su animosidad. Era un hombre

peligrosamente apuesto, su encanto y sensualidad no pasaba desapercibido para nadie, mucho menos para una mujer; ella lo comprendía. Podía sentir la atracción que generaba; el poder oscuro que su cuerpo emanaba. Lo había percibido desde el instante en que puso un pie dentro de esa sala de reuniones; era difícil desentenderse de su magnetismo. Volvió su atención a los papeles.

—Prosigamos. Tiene un interesante prontuario, Milosevic, —dijo recobrando la postura fría y distante—. Aquí tengo todos sus antecedentes. Una verdadera joyita. Sólo por recordarlo. A los doce tuvo su primera visita a una comisaría. Lo detuvieron por disturbios en la vía pública y posesión de droga. Empezó de chico por lo que veo. A los catorce dejó el colegio, y volvieron a ingresarlo al poco tiempo; otra vez por posesión. Pasó seis meses en un reformatorio del que escapó. Lo atraparon un mes más tarde y esto le valió seis meses más a la sombra.

La mujer hizo una pausa y cotejó ciertos datos. Por sobre el marco de los anteojos clavó la mirada en el rostro del croata que ahora tenía la mirada clavada en ella. Garrido sintió su desprecio y se recordó andar con cuidado.

—¡Que vida de mierda, Mirko! Te la has pasado entrando y saliendo de los penales, —sentenció pasando deliberadamente al tuteo—. Lamento lo de Soraya. Por lo que aquí dice cuando finalmente saliste del reformatorio te encontraste con que ella había muerto. Nadie se tomó la molestia de avisarte que ya nada quedaba. Ahora entiendo

por qué a partir de ese momento comenzó tu maratónica carrera. Aunque tengo que reconocer que te fuiste puliendo, terminaste como todos los de tu condición, cambiando reformatorio por penales; preso por tu adicción.

Esta vez la fiscal lo miró directo a los ojos, y eso en parte la debilitó. En esta ocasión Mirko detectó cierta conmiseración. Lo percibió primero y lo notó después. Esa mujer tan elegante y dueña de sí había bajado la guardia. Displicente y soberbio bajó lentamente la vista hacia sus senos y una ceja se alzó jactanciosa al tiempo que sonreía, reconociendo el efecto que podría tener sobre ella.

—¿De qué se trata todo esto? —dijo inclinándose levemente sobre el escritorio para acercar su rostro al de la mujer que lo interrogaba.

—Aquí las preguntas las hago yo Milosevic, —respondió sin poder apartar la mirada de esos ojos de un celeste cautivante y luminoso que la envolvieron—. Estoy en condiciones de hacerle una propuesta que puede interesarle.

—¿Busca diversión a cambio de reducirme la condena? —susurró con voz tan sensual como desafiante y un gesto lascivo reflejado en su rostro.

Una carcajada quebró el clima, pero no amedrentó al croata que creía haber encontrado una veta en la rígida armadura de la mujer; su talón de Aquiles.

—Mucho le gustaría a usted, ¿no?, —replicó ella

sosteniéndole la mirada—. Reconozco que la suya es una propuesta tentadora, —agregó dispensándole una sonrisa ancha y arrebatadora—. Otro día, si quiere, jugamos un poquito a eso, —continuó—. Ahora volvamos a lo verdaderamente importante.

Bajó la vista hacia una segunda carpeta y la abrió. Rápidamente colocó cinco fotografías delante de Mirko y sonrió. En todas aparecía el croata rodeado de muchas de las personas que meses atrás había negado conocer. Gente de la noche de más que dudosa reputación; personajes asociados al tráfico de drogas y hasta de personas. Todos amigos de Candado. Mirko se arrellenó en su duro asiento; ese era un mundo oscuro del que no sabía cómo despegarse.

—Es usted un hombre con muchos contactos, señor Milosevic, —prosiguió Garrido, volviendo a estudiar la información con la que contaba—. Por otra parte, tengo entendido que durante estos cinco años ha aprovechado para superarse, —destacó alzando la vista para ver su reacción—. Por lo que me han informado ha terminado sus estudios secundarios y ha participado de varios cursos; eso está muy bien, —continuó, bajando la vista a la ficha que tenía frente a sus ojos—. Veo que le interesa la fotografía. Genial. Habla de una persona que busca regenerarse, que busca progresar.

Garrido alzó la vista y estudió al recluso con cuidadosa intención.

—¿Quiere sinceramente darle un sentido a su vida?

¿Está dispuesto a hacer el esfuerzo? —preguntó enfatizando cada una de las preguntas. Hizo una pequeña pausa mientras evaluaba otros documentos—. Porque si bien usted ha cometido muchos delitos, creo comprender que mayormente fue empujado por su adicción. No me parece que sea un hombre violento. No hay un solo registro de violencia física.

Hizo una pausa un poco más prolongada que la anterior. Con gesto serio contempló brevemente al hombre que con actitud indiferente aguardaba.

—¿Le gustaría salir de aquí y entrar en un programa de reinserción laboral?, —deslizó con suavidad.

Mirko no respondió. La propuesta era por demás tentadora, pero él hacía rato que había descubierto que nada era gratis en esta vida; de modo que permaneció quieto y expectante a las siguientes palabras de la fiscal.

Deliberadamente, interrumpiendo los pensamientos del croata, Garrido colocó dos fotografías más adelante del entrevistado. Lo miró con suficiencia y aguardó permitiendo que las contemplara. En una de ellas Mirko reía despreocupadamente junto a un reconocido traficante, Patricio Coronel, ex socio de Candado; en la otra se lo mostraba inclinado hacia una línea blanca.

—¿La extraña? —deslizó la mujer con malevolencia—. Imagino que sí; no debe haber de esta por aquí, ¿verdad? Aunque algo me dice que ha logrado solucionar el problema; en ningún momento mostró signos de abstinencia según los registros.

No le estaba gustando nada el rumbo que tomaba la conversación. En un abrir y cerrar de ojos se sintió entre la espada y la pared. Las pruebas que esa mujer evidentemente tenía eran tan incriminatorias que bien podían aumentar su condena. El gesto del rostro de Mirko se tensó y las palmas de sus manos se humedecieron. Tragó tan incómodo como consciente de que no era nada agradable lo que enfrentaba.

—¿Qué quiere? —ladró rabioso. Sentía la soga que se ajustaba en torno a su cuello y aunque le pesase entendía que estaba en manos de esa mujer.

—Parece que nos vamos entendiendo, —dijo la fiscal con suficiencia—. Como bien decía, creo que tiene posibilidades. Colaborar conmigo puede ser un buen comienzo, —afirmó convencida—. Sería muy sensato de su parte que lo considerara.

Mirko sacudió su cabeza sin poder creer lo que acababa de escuchar. Era una locura; un suicidio. Todo el mundo sabía que trabajar para la Fiscalía, la Policía o la SEDRONAR era colocarse un blanco en medio de la frente. No era estúpido. También sabía que la Fiscal no tenía el poder de reducirle la condena por el solo hecho de ponerse bajo sus órdenes.

Su mente trabajaba a todo vapor. La propuesta bien podía ser una trampa. Alzó la vista y miró a la mujer que lo estudiaba a la distancia.

—No voy a aceptar sin saber de qué se trata, —balbuceó Mirko algo desconcertado.

—Milosevic, usted no está en condiciones de hacer ningún tipo de reclamo, —dijo la mujer poniéndose de pie y bordeando la mesa se le acercó—. Lo que sí puedo asegurarle es que, de aceptar, alguien de mi equipo se ocupará de gestionar la autorización para que empiece a salir en libertad condicional.

La mujer hizo una pausa, reuniendo todos los documentos; claramente dando por terminada la entrevista.

—Piénselo. Analice bien lo que le he dicho, —sugirió—. Le doy toda una semana para que considere minuciosamente lo que hemos conversado, —insistió. Una nueva pausa logró poner un poco de suspenso a su discurso—. Si se decide, puedo ocuparme de que el Juez de Ejecución autorice sus salidas transitorias; si acepta mi propuesta le quedaran menos de seis meses de encierro, Mirko, y cumpliría su condena en libertad condicional. Yo, en su lugar, comenzaría a pensar en el futuro. Nos vemos en unos días Milosevic.

Tantas veces había considerado que lo mejor que podía haberle sucedido era haber muerto el mismo día que nació, que ya era más una convicción que una posibilidad. Odiaba su vida. Odiaba cada maldito día vivido; porque en ninguno había nada bueno para rescatar o recordar.

En reiteradas ocasiones había contemplado gran cantidad de métodos para terminar con su tormento, pero no tenía las agallas para hacerlo. Rogaba porque algún día

una sobredosis lo tomase por asalto y lo empujase al más allá; lo había intentado, pero de momento no había tenido suerte.

De los cinco años que llevaba encerrado, la última había sido la peor semana por mucho y el último mes una constante pesadilla. Luego de casi seis días encerrado en la celda de aislamiento, antes del amanecer, dos guardias del servicio penitenciario habían ido por él. Lo levantaron a bastonazos para conducirlo a una oscura celda en la que nunca había estado. Allí lo dejaron, sin agua ni comida, acompañado solo por la incertidumbre.

Le temblaba todo el cuerpo. En la celda de aislamiento había pasado hambre y frío. Cansado y agobiado se deslizó por una de las paredes hasta llegar al piso. Se abrazó las rodillas y allí permaneció un buen rato. Sentado contra el frío cemento, aguardaba, aunque no sabía bien qué. Tenía la mente aturdida y fácilmente perdía la noción del tiempo. La falta de droga lo dominaba y su mente caía recurrentemente en las fotografías que la fiscal le había mostrado, donde el polvo blanco era gran protagonista. Los fantasmas del pasado volvían, acosándolo, torturándolo. Entonces sólo rogaba que la fiscal volviera a aparecer; aceptaría lo que fuera si de ese modo podría volver a conseguir algo de droga.

Con cierta dificultad se puso de pie y deambuló por la pequeña celda con la vista clavada en el piso. En un raptó de lucidez, recordó que el guardia había mencionado que irían por él cuando la fiscal llegase. Sacudió su cabeza

tratando de despejar su mente de la bruma que empantanaba sus pensamientos. ¿Sería ese el día en que la mujer volviera a visitarlo? ¿Escucharía ese día lo que tuviera para decir?

Le dolía la cabeza por forzarse en comprender qué sucedía realmente. Sus pensamientos se interrumpieron al escuchar cierto movimiento tras la puerta de la celda.

—Vamos, croata —ordenó el guardia al acercarse a la puerta de rejas—. Apurate que te están esperando.

Se enderezó procurando mostrarse erguido y seguro, pero lo cierto era que estaba asustado, ansioso por saber cuál era la propuesta real. En silencio siguió al guardia y a medida que avanzaba se fue resolviendo. Garrido con muy poco había demostrado lo vulnerable que era. La excarcelación era tentadora, pero los riesgos eran enormes.

Una vez más se sumergió en el pasillo que conducía a la sala de entrevistas —como había resuelto llamarla—, pensando que detrás de la puerta lo aguardaba la posibilidad de salir de ese agujero. Aceptaría trabajar para la fiscal, si de ese modo lo lograba y de paso, procuraba vengarse de aquellos que lo habían enviado a ese infierno.

Con todos esos pensamientos dando vueltas en su mente ingresó a la sala, donde, en esta ocasión, no solo encontró a la fiscal Garrido, sino que también a su abogado defensor, el doctor Rolando Almafuerte. El letrado lo miró con cierto fastidio. Mirko le devolvió el gesto, después de todo apenas lo conocía y poco y nada

había hecho para defenderlo.

—Buenos días, Mirko —lo saludó Garrido con sospechosa amabilidad—. Nos tomamos el atrevimiento de llamar a su abogado.

—¿Nos tomamos el atrevimiento? —estalló Almafuerte mirando furioso a la fiscal. Volvió su atención a su defendido—. No deberían haber mantenido ninguna reunión con mi cliente sin haberme avisado —protestó el penalista colocándose junto a su defendido. Lo miró—. ¿Estás bien?

Mirko asintió. Tenía la mirada clavada en la fiscal que lo estudiaba con cierta vacilación.

—Tengo entendido que hubo algo de extorsión de parte de la doctora Garrido, —continuó diciendo Almafuerte—. Quiero saberlo todo. Te aseguro que la demandaremos por abuso de autoridad, —decretó mirando a la fiscal, directo a los ojos—. También a la Fiscalía Federal, porque este comportamiento es inadmisibile.

Mirko se mostraba imperturbable. Ya había tomado una decisión y no permitiría que un leguleyo de mala muerte arruinara sus planes. De reojo miró a Almafuerte. Ni siquiera lo conocía. Se lo habían impuesto dado que él no tenía los medios para costearse un abogado; y así le había ido.

—Espere un segundo, Almafuerte, —dijo con voz suave. Miró a Garrido—. Habíamos quedado que hoy me diría qué se propone. Quiero escuchar lo que tiene para

decir.

La mujer asintió y tomó asiento del otro lado de la mesa. Con un gesto le indicó a Almafuerte que hiciera lo mismo. A regañadientes el defensor accedió.

—Sinceramente sólo deseamos que colabores con nosotros, —se apuró a aclarar Garrido, tuteándolo deliberadamente para suavizar la conversación—. Puede que los métodos no hayan sido los mejores, pero necesitaba despertar tu interés, de verdad creo que tu vida puede ser muy distinta si te dan una oportunidad...una que nunca has tenido.

—¿Oportunidad? —estalló Almafuerte sin disimular su contrariedad—. ¿Presionarlo para que acepte meterse en la boca del lobo es su idea de oportunidad?, —disparó elevando considerablemente su voz—. ¿Obligarlo a señalar con el dedo a peligrosos criminales es su idea de darle un futuro a mi defendido?

—Por favor Almafuerte, estamos hablando de un hombre que cumple una condena de once años, no de un inocente niño desprotegido, —replicó la Fiscal con firmeza—. Y gracias al recurso que usted presentó, su defendido puede alcanzar el beneficio de computar su condena por el 2 por 1, — prosiguió Garrido sosteniendo la mirada del defensor que la contemplaba con desconcierto.

—Pero si yo no he presentado nada, —balbuceó Almafuerte sin dar crédito.

Garrido hizo como que no escuchaba y se volvió hacia

el croata que observaba la escena con desconcierto.

—Quiero salir de aquí, —confesó abruptamente Mirko como si pensara en voz alta—. Si promete sacarme de aquí, le firmo lo que quiera.

—Como ya le he dicho, puedo agilizar su salida si firma este papel, —aseguró con convicción—. Entienda que hay formalismos y protocolos que deben respetarse, llevará varios meses —agregó mirando a Mirko directo a los ojos que esa mañana se mostraban opacos, como si la vida se le estuviese escurriendo entre los dedos—. Durante el tiempo que trabaje bajo mis órdenes a usted nada le faltará. Pero no puedo garantizar que su situación no vuelva a foja cero si no se comporta como corresponde.

—Milosevic, no lo haga —le aconsejaba el abogado defensor—. Ni siquiera nos hemos puesto de acuerdo en las condiciones. Ni siquiera sabe fehacientemente qué desean de usted.

La discusión entre defensor y fiscal comenzó de la nada. Mirko seguía las palabras de ambos en silencio. Le dolía la cabeza y le demandaba un gran esfuerzo entender las chicanas que se disparaban los abogados. Sin embargo, un pensamiento cobraba fuerza e intensidad sobre todo lo demás; salir de ese lugar a como diera lugar. Nada podía ser peor que volver a la celda de aislamiento. Si tenía que morir prefería hacerlo estando en libertad donde podría intentar conseguir lo que necesitaba.

—Acepto, —dijo interrumpiendo la discusión que

mantenían los letrados.

Ambos profesionales se volvieron hacia él. Garrido, casi sonriendo, señaló con su dedo el lugar exacto donde Mirko debía rubricar, Almafuerte con rostro desencajado contemplaba a su cliente con azoro.

—Está tomando la decisión correcta Milosevic, —le aseguró Garrido—. Puede confiar en mí.

Mirko la miró con fiereza, desconfiando de cada palabra, pero sabiendo que era la única oportunidad clara y tangible que tenía. Algo en su mirada le indicó a Mirko que no sería difícil abordarla; ya había tenido esa sensación durante las entrevistas previas. En sus ojos volvía a detectar una confusa fusión de sentimientos de los que pensaba aprovecharse. <<Confía en mí>>, le había dicho; pues él no lo haría, pero, si en cambio, podía confiar en su propio instinto y este le decía que mientras mantuviera contenta a esa mujer, él estaría en libertad.

—Escúcheme Milosevic, —insistió Almafuerte con fastidio procurando no dejarlo firmar—. Esto es de lo más irregular. Usted no me hace caso en nada, pero esto no es nada conveniente. No escuche ni crea todo lo que esta mujer dice. Entiendo que es una tentación muy grande estar en libertad, pero le puedo asegurar que cuando ya no les sirva, se encontrará enfrentando cargos que ni usted imagina y el único que pagará los platos rotos será usted. Insisto todo este procedimiento es sumamente irregular.

Ya resuelto se volvió hacia Almafuerte con la decisión tomada. Tenía que deshacerse de ese hombre en quien

nunca había confiado. Lo enfrentó con firmeza.

—Mire Almafuerte, váyase a cagar, — disparó ofuscado—. No tengo idea de quien lo contrató, ni de quien pagó sus honorarios. Pero definitivamente no fui yo, así que puede irse bien a la mierda que nadie lo extrañará. Ha hecho pésimamente su trabajo.

Sin decir más se volvió hacia la fiscal, que procuraba ocultar la sonrisa. A su espalda, Almafuerte giró sobre sus talones y masticando bronca se marchó de la sala de entrevistas. Cuando finalmente quedaron solos, la fiscal enfrentó a Mirko y dedicándole una sonrisa arbitraria extendió su mano hacia él.

—Ya verá que soy una mujer de palabra, —informó—. No se arrepentirá Mirko. A partir de este momento usted está bajo mi protección. Nos estamos viendo.

Garrido dejó el penal una hora más tarde luego de ocuparse de conversar con algunos de los guardias penitenciarios que custodiaban a Milosevic. Nada le sucedería en todo ese tiempo; no obstante, de tanto en tanto pasaría un par de días en la celda de aislamiento para someterlo a un período de abstinencia; luego se ocuparían de suministrarle lo que necesitaba. Lo quería manso y dependiente.

Se calzó los lentes de sol y resuelta caminó hacia el Honda Civic plateado que aguardaba en soledad. Decidida subió del lado del acompañante.

—¿Cómo fue? —preguntó el hombre sentado tras el volante.

—Excelente. Aceptó. —Respondió ella con una amplia sonrisa—. En seis meses debería salir en libertad.

—¿Crees que nos servirá? —preguntó el hombre con cierta aprensión al tiempo que encendía el motor y se ponía en movimiento.

—Ya lo creo, —le aseguró la fiscal ajustando su cinturón—. Sólo debemos encargarnos de que tenga lo que necesita. Las personas como él venderían el alma por un poco de falopa. Ya me ocupé de alimentar su dependencia y también su odio.

—Perfecto.

—Necesito que te encargues de hablar con la gente del Juzgado, —agregó cotejando su celular—. No quiero que Máximo nos ponga palos en la rueda.

—No hay problema, me ocupo, —respondió. Manióbró para cruzar el perímetro del Penal y tomar la ruta de regreso a la ciudad—. Ahora para serte sincero, me preocupa Candado, —deslizó el hombre con rostro sombrío—. Estoy seguro de que Almafuerte debe haber corrido a llamarlo.

—Ya me encargué de eso, —sentenció Garrido filosa—. Nadie sabrá de Almafuerte por un tiempo y cuando se sepa, será demasiado tarde.

Una mueca de desagrado asomó en el rostro del hombre, quien prefirió no sumar comentarios.

—Entonces sólo será cuestión de esperar.

La Fiscal no le había mentado. Exactamente seis meses

más tarde, le llegó la notificación de que le habían otorgado el beneficio de la libertad condicional. Consternado permaneció varios minutos contemplando el papel firmado por el juez Máximo Ramírez Orión. Saldría, finalmente pondría un pie fuera de ese agujero. Le costaba creer que fuera cierto.

El guardia de turno lo sacó de su ensimismamiento y, desde la entrada de la celda, le informó que ya estaba todo dispuesto para que se marchara. Mirko asintió y sin mirarlo se puso de pie. Un par de segundos le bastaron para reunir lo poco que tenía.

—Vamos Croata, —dijo el penitenciario con firmeza, pero ya sin aspereza—. Hora de marcharse.

Tampoco en esta ocasión Mirko respondió. Una vez más asintió y cargó sobre su hombro la pequeña mochila con sus contadas pertenencias. En silencio salió de la celda. Caminaba erguido con el rostro rígido; consciente de que muchos lo observaban; procuró que no se notaran ni la emoción, ni los nervios que sentía. Estaba a pasos de recobrar la libertad. A minutos de respirar aire puro y dejar que el sol, libre de rejas, le acariciara el rostro como cuando vivía en las lejanas playas de Mar del Plata.

—Portate bien, croata, —le dijo el guardia antes de abrir la reja. Estiró su mano para estrecharla con la de Mirko—. Aprovecha la oportunidad que te están dando, muchacho. No todos los días sucede.

Respiró hondo y cruzó el portal pensando que todo sería más sencillo desde ese momento en adelante. Al

poner un pie fuera del penal, el sol lo encandiló. Cerró los ojos disfrutando de la sensación. Al abrirlos detectó a la fiscal Garrido conversando a pocos metros del estacionamiento con un hombre a quien no conocía. Ambos mostraban una actitud desdeñosa y a juzgar por el gesto de sus rostros, la conversación debía ser áspera y tirante.

—Bueno Milosevic, felicitaciones, —dijo la Fiscal con determinación una vez que el hombre con quien conversaba se alejara de ella.

—¿Qué se hace ahora?

—Empiece por demostrarme que no me defraudará Mirko, —respondió con voz victoriosa y algo de frialdad—. Si hace bien su parte, este puede ser el comienzo de una nueva vida. No la desperdicie.

Mirko asintió, pero no registró nada de lo que la mujer decía; él sólo pensaba en marcharse de allí.

—¿A dónde vamos?

—Primero salgamos de aquí, —indicó la fiscal con seguridad—. Una vez lleguemos a destino, hablaremos de su futuro y de lo que esperamos de usted. Vamos yendo por favor.

Caminaron hacia un automóvil que los aguardaba a un costado de la salida del penal. Siguiendo las indicaciones de Garrido, se ubicó a su lado en la parte trasera del vehículo.

Mirko agradeció el silencio. Luego de años de encierro era agradable contemplar la inmensidad del cielo, las

copas de los árboles, la gente deambulando por doquier. Por momentos la emoción amenazaba con asaltar sus ojos, y el orgullo lo forzaba a contener la respiración para serenarse.

Buscando aplacarse, se recostó contra el asiento y poco a poco su mente comenzó a volar, saltando de un recuerdo a otro, hasta detenerse en el último día que había vivido en libertad. Se concentró en ese recuerdo como si al hacerlo lograra encapsular el segmento de lo vivido en el penal. El rencor ganó terreno empujándolo a recordar qué lo había llevado al punto en el que se encontraba y el resentimiento reforzó el deseo de vengarse.

Candado nunca había sido de su agrado, pero no había tenido escapatoria. Lo había conocido a través de Sonia, una prostituta con quien había andado en la adolescencia; ella había sido quien le enseñó el oficio y le dio la idea de cómo reunir dinero para pagarle a Candado. Por un tiempo había sido divertido; por un tiempo...hasta que Sonia apareció muerta en la playa.

Pensó entonces la última noche que había gozado en libertad. Recordó cada detalle nítidamente, con pasmosa claridad. Casi sin buscarlo, revivió cómo, en un abrir y cerrar de ojos, el lugar se inundó de uniformados y polis de civil; un infierno. Como pudo había logrado salir de allí y correr como alma que lleva el diablo. Pero la ilusión duró poco, lo habían atrapado a un par de cuadras con el pago de esa noche en mercancía encima. Parecía que todos los policías de la provincia se encontraban allí, tras

él. No vio más a Candado mucho menos a Lalo. No supo nada de ellos hasta que Almafuerte, el abogado que le habían adjudicado para encargarse de su defensa, le informó que sus amigos habían logrado escapar. El resto mejor ni recordarlo. A once años lo habían condenado luego de encontrarlo culpable de tráfico de drogas y prostitución

Hacía rato que Garrido lo observaba y las emociones que cruzaron por el semblante de ese hombre oscuro y atractivo, la desconcertaron. Milosevic contemplaba el paisaje con algo de añoranza. La fiscal sabía que no debía bajar la guardia, que era un lobo disfrazado de cordero. Pero la mujer, no podía evitar compadecerse al sentir el estado de vulnerabilidad y desprotección de ese hombre. Sabía que luchaba contra la necesidad de consumir. Lo notaba inquieto y podía apostar que en pocas horas se desesperaría. Frunció el ceño al ver que bajaba lentamente la vista hacia sus manos. Se las frotó tratando de controlar el temblor. Había cierta resignación en su actitud, una que la fiscal no terminaba de comprender.

—Puede confiar en mí Mirko, —aclaró casi en un murmullo—. Lo digo en serio. Yo lo protegeré.

Mirko la miró completamente descolocado por el comentario que la mujer había dejado escapar; no sabía si reírse o aterrarse con esas palabras. De momento, nada le parecía de buen augurio y lo intranquilizaba no poder anticiparse a lo que vendría. Lo perturbaba un poco no saber a qué se avenía.

El vehículo finalmente se detuvo frente a una fachada de cemento alisado color arena con una puerta de metal negra en el centro. Descendieron.

En el interior de la casa de tránsito, como Garrido la llamó, encontraron a un hombre bajo de hombros anchos y mirada dura y penetrante, que la fiscal presentó como Gonzalo Ibáñez, un colaborador suyo, que también formaba parte de la misión.

Mirko apenas lo saludó. En cambio, paseó la mirada por toda la estancia, evaluando el lugar. La pequeña vivienda de dos ambientes era cómoda, aunque austera, y al mismo tiempo el lugar más acogedor donde Mirko había vivido. Poseía una sala de estar con una arcada que conducía a una cocina chica. La única mesa era una baja que separaba el sofá de dos cuerpos que enfrentaba la televisión plana colgada de una pared.

Sin pedir permiso, se deslizó por un pasillo corto que conducía a la habitación adyacente, donde encontró una cama de dos plazas y un baño con tina y ducha que, por primera vez en su vida, no se vería obligado a compartir. Mirko no expresó la más leve emoción, pero en su interior se sentía como el niño que nunca fue.

—¿Va a tardar mucho con la recorrida Milosevic? —ladró el hombre con rudeza—. Venga para acá, —ordenó ceñudo—, que esto no es un hotel ni mucho menos.

Mirko se volvió a mirarlo receloso. Luego desvió la vista hacia Garrido que, sin esperar que él se acercara, depositó tres fotografías sobre la mesa. En todas se veía a

un individuo de mediana edad al cual Mirko nunca había visto. En la primera el hombre caminaba por la calle hablando por celular. Era atractivo de cabello oscuro y tupido, tez trigueña y rostro cuadrado de rasgos duros. En la segunda fotografía se lo veía conduciendo un BMW negro último modelo. En la última, en una pasarela rodeado de bellas y jóvenes mujeres.

—¿Quién es? — preguntó Mirko intrigado—. Sinceramente no lo conozco.

—Ya sé que no lo conocés. Tampoco él te conoce a vos, — le aclaró Garrido—. Ese es uno de los motivos por los cuales fuiste elegido.

—Su nombre es Alejandro De la Cruz, — informó Ibáñez—. Aunque es hijo de argentinos, nació en Perú y vivió la mayor parte de su vida en Miami; donde se relacionó muy bien y logró abrir una agencia de modelos. Hace ya tres años que se instaló en Buenos Aires.

—De la Cruz es el principal accionista de una agencia de modelos que tiene su casa matriz en Miami y dos subsidiarias, una en Buenos Aires y la otra en Misiones, — prosiguió la mujer ahora adueñándose de la conversación en una clara actitud de superioridad que divirtió al croata—. Estamos tras la desaparición de estas tres chicas, —agregó colocando la fotografía de cada una de ellas frente a él—. Sabemos que han pasado por esa agencia. Pero, las investigaciones llegan todas a punto muerto, porque las tres chicas muchos meses antes de sus desapariciones habían rescindido sus contratos.

El oficial Ibáñez seguía hablando de De la Cruz, mientras la fiscal colocaba otras fotografías frente a Mirko para avanzar en la información que debían suministrarle. El croata, concentró entonces su atención en las imágenes de una atractiva rubia de voluminosos senos y figura curvilínea.

—En dos meses comenzarás a trabajar para esta mujer, —informó la fiscal con voz seca y cortante—. Su nombre es Antonella Mansi, es esposa de De la Cruz.

Mirko alzó la vista y clavó su azulada mirada en los ojos de la fiscal. Una vez más, notó en los ojos de la letrada el solapado interés que ella intentaba doblegar. Sonrió vanidoso y ya más seguro se atrevió a preguntar.

— ¿Qué quieren que haga con esa mujer? —preguntó tratando de entender— ¿Quieren que me la monte para molestar al marido?

—No hombre, no sea básico, —protestó Ibáñez. Miró a Garrido—. No va a servir. Te lo dije.

—Es la directora de una revista de moda. Creemos que ella es la principal pantalla para las operaciones de su marido, —informó la fiscal—. Tengo entendido que sabes manejar una cámara; hasta donde sé te defendías tomando fotografías y que en sus años de encierro leíste bastante sobre el tema.

Mirko asintió preguntándose si sabrían qué tipo de fotografías tomaba. Seguramente.

—En unas semanas esa mujer necesitará un fotógrafo, —prosiguió Ibáñez sin abandonar el tono áspero—.

Alguien deslizará su currículum con una recomendación y lo llamarán. Para entonces deberá estar preparado.

—¿Y que se supone que haré mientras tanto?

—Mientras tanto te quedarás aquí, —retomó Garrido que había seguido la conversación en silencio—. Luego nos trasladaremos a Buenos Aires, donde te instalarás en un lugar más definitivo. Hasta que el momento de entrar en acción llegue, estudiarás toda esta carpeta. Aquí está toda la información que necesitas; teléfonos, procedimientos y el modo que necesitamos que te desenvuelvas.

Se hizo un silencio, en el que Mirko tomó la carpeta y espió su contenido.

—Hay algo que aún no te he dicho, —deslizó Garrido sabiendo que el impacto de la información que estaba a punto de suministrar tendría—. Tu viejo amigo Candado está involucrado en toda esta operación. También a él queremos atrapar. Supongo que seguís pensando en vengarte del hijo de puta que te mandó en cana.

Milosevic frunció el ceño asimilando lo que acababa de escuchar.

—Considere este PH como una celda más cómoda y privada, —comunicó el hombre con algo de malicia—. ¿Usted creyó que sería libre, Milosevic? —Mirko lo miró con furia comprendiendo que ese hombre sería su enemigo, tenía que cuidarse de él—. Lamento informarle que no lo es. Hay cámaras en cada uno de los ambientes de esta vivienda, seguiremos cada uno de sus

movimientos; así que tranquilo. La heladera está muy bien surtida.

—En la casa encontrarás todo lo que necesitás para estar cómodo Milosevic, —deslizó Garrido con suavidad rogando que el croata comprendiera a qué se refería—. Pensá en los beneficios de este acuerdo y aprovecha para prepararte. Podrías comenzar con una buena ducha. Nos vemos en unos días Mirko.

CAPITULO 2

Madrid, lunes 25 de mayo de 2015.

— **N**o fue así, Etienne, —protestó al ingresar al hall de la Terminal 4 del Aeropuerto de Barajas—. No fue así y lo sabés.

Con fastidio bufó y se detuvo a un costado para no ser atropellada por la gran cantidad de gente que iba y venía arrastrando maletas sin perder de vista los letreros indicadores. En su oído Etienne seguía protestando, como si al hacerlo tuviera la más leve oportunidad de convencerla de no viajar. Retomó su camino hacia el mostrador de Iberia donde los pasajeros comenzaban a congregarse.

—Escuchame Etienne, te lo dije no una sino mil veces, —le gritó aun sin importarle las personas que a su alrededor se acumulaban—. Si para vos no es importante, lo dejamos así y punto.

No prestando la debida atención a lo que su amante de los últimos cinco años le decía, Gimena se acomodó en la larga fila que antecedió los mostradores donde despacharía su equipaje.

—A mí me importa un rábano si la galería decidió modificar la una exposición o una muestra o si estás recibiendo nuevas obras, —protestó interrumpiéndolo—. Hace más de un año que estamos programando este viaje.

Me aseguraste que me acompañarías al casamiento de mis amigos. Eso es lo que me disgusta Y si estoy viajando tanto tiempo antes de la boda es porque habíamos acordado visitar mi país.

Llegó al mostrador sin apartar el celular de su oreja y con cara de pocos amigos entregó su pasaporte y la tarjeta para que le cargaran el millaje.

—No me vengas con eso, —explotó Gimena golpeando el mostrador con enojo—. Me tienen harta tus excusas.

La chica detrás del mostrador la observó con mala cara. Gimena se forzó a sonreírle e intentó prestar atención a sus palabras aún con la ronca voz de Etienne retumbando en su oído. Tomó nota mental del horario de embarque y guardó su documentación luego de alejarse del mostrador.

—Lo que sea, Etienne, —sentenció categórica; estaba cansada de escucharlo—. Mirá, no pienso modificar absolutamente nada. Estaré casi seis meses en Buenos Aires. ¿No te parece?, pues qué pena. Te llamo a mi regreso. Si estás, bien, sino que tengas una buena vida. Adiós.

Sin segundas consideraciones Gimena cortó la comunicación y arrojó el celular al fondo de su bolso. Respiró hondo tratando de despojarse de la contrariedad que la conversación había dejado en ella. Se sentía tan desilusionada.

Hacía más de cinco años que estaban juntos; bueno,

decir juntos era ser más que optimista porque Etienne Ducrot, dueño de una prestigiosa galería de arte ubicada sobre la Rue St. Honoré a pocos metros de Rue de Castiglione, vivía en la bella ciudad luz; al igual que su ex esposa y sus cuatro hijos; pero eso a Gimena no la perturbaba. Ella no era una mujer celosa del pasado y como los hijos de Etienne ocupaban un lugar importante en su vida, había aprendido a aceptarlos. Con Etienne había disfrutado de veladas maravillosas, tanto en París como Madrid y también bellísimas vacaciones cargadas de romance. Oh sí, ella había disfrutado muchísimo de su relación con el francés porque, más allá de todo, ambos tenían sus respiros; quizás por eso había funcionado por tanto tiempo.

Etienne era el hombre con quien por fin Gimena creyó haber encontrado el rumbo. Él había encontrado la manera de mantenerla siempre interesada; la sorprendía con regalos costosos o detalles de una simpleza admirable. Gimena adoraba la relación libre y sin ataduras que compartían; por años, entre ellos todo fluyó con libre naturalidad, hasta que él no se conformó con sólo verse una o dos veces al mes; y cómo tampoco podía viajar seguido a verla, lo más conveniente sería que Gimena se instalara definitivamente en París.

De buenas a primeras las demandas de Etienne se incrementaron, ya no tenía tiempo para escapadas a la playa o fines de semanas esquiando. Pero su demanda estaba siempre sujeta a lo que sucedía en París.

El problema era que últimamente Gimena empezaba a sentir que era la única que se movía por la relación. Etienne siempre anteponía su galería, sus hijos, su ciudad; no es que ella se quejara de visitar Paris una vez al mes. Pero se había ilusionado con llegar acompañada a Buenos Aires.

A su alrededor cientos de personas iban y venían, pero ella no reparaba en nada de ello. Regresar a Argentina tenía más condimentos de los que Gimena consideraba y uno de ellos era afrontar que lo que por años disfrutó con Etienne ya no existía.

A los 37 años de edad, Gimena Rauch no solo no tenía hijos, sino que además no había encontrado a la persona con quien desear tenerlos. Y no por no haberlo buscado, pero había llegado casi a los cuarenta años sin encontrar a ese hombre por quien suspirar y con quien proyectar un futuro firme y concreto. Su amiga Lara lo había encontrado en su adorado Andrés; lo mismo había sucedido con Carola que al recuperar el amor de Javier, pareció haberse encontrado a ella misma; y qué decir de Mariana que volvía a casarse ahora con el hombre que amaba más allá de todo y con quien había formado una increíble y numerosa familia.

— No lo puedo creer, —espetó una voz de entre la multitud que pasaba a su lado—. ¡Gimena Rauch! ¿Sos vos?

A Gimena le tomó un par de segundos volver a la realidad, y al hacerlo la sonrisa se amplió al reconocer el

pícaro rostro de Guillermo Suarez que la contemplaba sorprendido de encontrarla entre la multitud.

—Guille, que alegría, —soltó Gimena tan asombrada como encantada de verlo.

Dio un paso hacia Guillermo y no tardaron en fundirse en un abrazo cálido y sentido. Hacía más de siete años que no se veían; prácticamente desde el casamiento de sus amigos Carola y Javier, Gimena sonrió al recordar que, en aquella ocasión, habían pasado la noche juntos después de bailar hasta casi el amanecer. Desechó esos recuerdos y procuró centrarse en el presente; de lo contrario no podría ni mirarlo a la cara.

—Vaya, qué casualidad, —decía él sumamente entusiasmado con el encuentro—. ¿No me digas que volás a Buenos Aires?

—Sí señor, no pensarás que me perdería el casamiento de Mariana y Micky, —replicó divertida. Bajó la vista a su pasaporte y corroboró el número de vuelo—. Iberia 6841. ¿El tuyo?

La sonrisa se amplió en el rostro de Guillermo. Viajaban en el mismo vuelo y Gimena lo agradeció sobremanera, pues era justamente la compañía de un amigo como Guillermo lo que necesitaba. Entusiasmados se dirigieron juntos a despachar el equipaje y a tratar de que los ubicaran en asientos continuos.

Gimena lo escuchaba hablar de su estadía en Europa con una sonrisa en los labios. Era tan espontáneo, tan descontracturado y ocurrente, que rápidamente logró

desterrar los fantasmas que la acosaban e inyectarse de emoción.

A partir de ese momento, el ánimo de Gimena perdió un poco de ese tinte nostálgico que la había perseguido desde que le había confirmado a Mariana que asistiría a su boda. Aunque había comunicado la decisión con entusiasmo, una vez que la conversación concluyó, sintió el peso que volver a Argentina acarreaba. <<Paso a paso Gimena>>, se dijo en su momento sin mucho convencimiento, <<Todo saldrá bien>>.

—Bueno, ya despaché el equipaje, —dijo Guillermo interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Tomamos un café antes de embarcar o tenés que hacer alguna compra de último momento?

La conversación se interrumpió por el celular de Guillermo que comenzó a emitir una entusiasta canción de Shakira. Divertida lo miró y Guillermo le dispensó una mueca cargada de complicidad.

—Hablá tranquilo, —dijo Gimena con tono cómplice—. Tengo que comprar algunos perfumes. Te veo en el avión. El que llega primero reserva espacio para el otro...

Él asintió agradecido y sin dar mayores explicaciones se alejó de Gimena que lo contempló intrigada por saber quién lo llamaba, aunque intuía que debía tratarse de una mujer. <<Bien por Guille>>, pensó contenta de saber que, por lo menos él, había hallado el camino.

No volvieron a encontrarse hasta hora y media más tarde cuando ingresaron a la nave. Para cuando Gimena

llegó a su asiento, encontró a Guillermo hablando por teléfono. Su voz era suave, casi un susurro y buscando algo de privacidad, se volvió hacia la ventanilla. Gimena contuvo la sonrisa y se apuró a colocar su bolso de mano en el compartimento de equipaje y rápidamente se ubicó en su asiento.

—¿Parece que va en serio? —insinuó Gimena al ubicarse junto a Guillermo y verlo contemplar el celular con una sonrisa soñadora en los labios.

—¿Cómo saberlo? —fue la evasiva respuesta de él al guardar el celular—. Vivo el presente; el día a día. Ya veremos.

Fue el tono que utilizó lo que incrementó la curiosidad de Gimena. Guillermo siempre se había mostrado extremadamente desfachatado en sus relaciones. En realidad, Gimena, siempre había creído que ninguna mujer lograba demasiado de él. Algo que evidentemente había cambiado.

—¡Ah bueno!, estás hasta el cuello, —sentenció Gimena desconociéndolo—. No puedo creer esta transformación. Quiero saberlo todo.

Una nueva mueca se alojó en el rostro de Guillermo. No estaba convencido de desear conversar sobre ese asunto en particular. Prefería mantener la reserva, de hecho, así se habían mantenido por más de dos años.

—Es complicado, Gime.

—Es casada —aventuró ella con suficiencia; esa era la única complicación que a Gimena podía ocurrírsele—.

Eso sí que es una cagada. Ya lo he vivido y no tiene buen final. Te lo aseguro.

—No sé si lamento enterarme de que no funcionó, —respondió con claro gesto de reproche. Sacudió su cabeza desaprobándola—. No es casada ni separada, ni nada que se le parezca. En realidad, nunca ha tenido una relación duradera. ¿Cómo pudiste meterte con un hombre casado?

—Qué puedo decirte, cuando uno se enamora, comete locuras, —fue su evasiva respuesta.

No volvieron a cruzar palabra hasta que el avión hubo levantado vuelo y los pasajeros comenzaron a acomodarse. Guillermo había quedado del lado de la ventana y contemplaba el colchón de nubes con gesto pensativo. Gimena se frotaba las manos con crema y pensaba en todo lo que esperaba encontrar en Buenos Aires después de siete años de no visitar su país. Con emoción pensó en sus amigas y sus hijos. Tan solo conocía a Joaquín y Pili, los hijos de Mariana y a Fermín, el primogénito de Carola. Pero el número de sobrinos postizos se había incrementado considerablemente durante su ausencia. Sonrió al recordar los tres hermosos hijos de Lara y Andrés, una niña bellísima y dos guapos varones; Carola y Javier habían concebido dos varones más, mientras que Miguel y Mariana, además de los hijos que ya tenían de sus matrimonios anteriores habían tenido tres hijos. En total era un batallón de doce niños; aunque los mayores ya no entraban en ese grupo.

—¿Por qué sonreís? —quiso saber Guillermo—. ¿En

qué estás pensando?

—En las chicas y en la cantidad de hijos que han tenido en estos siete años, —comentó con emoción—. Los conozco a todos por fotos. Lara no pasa un día sin que me envíe fotos de Emma y los gemelos. Carola también envía fotos; qué cara de vándalos esos chicos.

—Sí que lo son, —comentó Guillermo risueño—. A mí me divierte muchísimo cuando Javi se suma a las travesuras de los más chicos. Tendrías que verlo. Carola se pone loca, por momentos parece que tuviera que lidiar con cuatro hijos, pobre Carola.

—Mariana es la que menos fotos manda, —agregó Gimena—. Aunque supongo que, entre el casamiento y la cantidad de chicos, debe estar desbordada.

—Si tengo que serte sincero, nunca los vi desbordados, ni a Micky ni a ella, —informó Guillermo—. Los dos son tranquilos y relajados, —comentó—. Son seis chicos y tres perros en total, esa casa siempre está llena de movimiento, pero se respira pura armonía.

Conversaron largo rato sobre cada uno de los hijos de sus amigos. Gimena preguntaba entusiasmada y Guillermo la ponía al tanto con emoción; los adoraba, eran como sus sobrinos. Hasta los Puentes Jaume habían pasado a ser parte de su círculo íntimo.

Las azafatas, distribuyendo snacks previos a la cena, interrumpieron la conversación. Ambos pidieron vino tinto. Brindaron por el reencuentro y por los seis meses que Gimena estaría en Buenos Aires. Ella no pudo evitar

pensar en Etienne y por el modo en que su rostro se ensombreció, Guillermo comprendió que la felicidad no era completa.

—Contame un poco de vos ahora, —exigió con esa sonrisa ladeada que lo volvía un hombre de lo más encantador—. ¿Dejaste a alguien aguardándote en Madrid?

Gimena le dispensó una mueca y asintió. Suspiró y se acomodó en el asiento para poder enfrentarlo.

—En realidad vive en Paris, —aclaró con una sonrisa—; hace cinco años que tenemos una relación. En forma real nos vemos una o dos veces al mes. Hablamos todos los días por teléfono o por Skype. Quiero mucho a Etienne, es un hombre maravilloso, culto, atractivo, encantador y sumamente cariñoso; me adora. Tiene cuatro hijos de un matrimonio anterior; que van entre los 18 y los 28. Tenemos una buena relación.

Hizo una pausa, asimilando sus propias palabras. Frunció el ceño considerando lo lejos que su presente estaba de todo ese discurso.

—Noto un solapado, pero, entrelíneas.

—Sí bueno, Guille, —confesó y todo el entusiasmo que había mostrado segundos atrás se evaporó como por arte de magia—. Es verdad, acabamos de distanciarnos.

—Me perdí, —exclamó Guillermo—. Acabas de decir quiero mucho a Etienne.

—Si es que lo quiero, Guille —reconoció—. Pero, Etienne tiene su vida muy armada en Paris y quiere que

me instale de una buena vez allí. —Hizo una pausa tratando de ordenar sus pensamientos, consciente de no estar siendo coherente—. Pero no estoy segura de desear dar ese paso. No sé cómo explicarlo, pero no quiero vivir en París.

—Excusas, Gime, —deslizó Guillermo con ternura—. Me acabás de decir que lo querés.

—Sí, pero no sé si lo quiero tanto como para atarme a él para toda la vida, —reconoció—. Le pedí que me acompañe en este viaje porque quería ir con él al casamiento. Para mí era importante. Durante meses organizamos el viaje, y la semana pasada me salió con que era imposible. —Bebió un poco de vino para suprimir la amargura que había regresado a ella—. Así es siempre, —deslizó con suavidad y algo de hartazgo—, de modo que le pedí que me diera estos meses para pensar qué quiero hacer. Necesito estar segura de que alcanza con que sea un hombre maravilloso.

—Aceptarlo da un poco de miedo también, —deslizó Guillermo.

Gimena lo miró con interés y en esta ocasión Guillermo no apartó la mirada. Ella sonrió al comprender que a él podía sucederle algo similar.

—¿Te sucede lo mismo, Guille? —preguntó directamente.

—Justamente todo lo contrario, —respondió a regañadientes—. Siento que es la persona que siempre estuve esperando. La que me serena y le da sentido a

muchas cosas. ¿Qué te puedo decir Gimena?, es la primera vez en mi vida que siento que vale la pena intentarlo, —confesó luego de meditar brevemente sus palabras—. Lo que temo es no representar lo mismo para ella.

Gimena lo miró y le sonrió enternecida.

— Estoy segura de que eso no es cierto, —le aseguró con cariño—. Sos un tipo increíble.

—Mentirosa, —deslizó entre risas.

— Lo digo en serio, —protestó—. Te juro Guille que me emociona escucharte hablar así. Me encanta ver ese brillo en tus ojos. Hasta me da envidia.

Guillermo la contempló movilizado por la confesión y envalentonado se atrevió a contar un poco más. Se acomodó en el asiento y enfrentándola, prosiguió.

—Vine con ella a Europa, —dijo—. Fue mi regalo de cumpleaños.

—Definitivamente estas hasta las pelotas, —exclamó ella azorada. Guillermo sonrió y le dedicó una mueca vanidosa—. Pero ¿dónde está? ¿Por qué no vuelven juntos?

Guillermo suspiró y pasó a contarle que habían resuelto hacerlo de este modo para evitar ser vistos juntos. Gimena lo escuchaba con atención no comprendiendo demasiado a qué se debía tanto secretismo.

—Es complicado, Gime, —reconoció no sin pesar—. Tiene 23 años, los acaba de cumplir, y sus padres ya le habían dicho que la irían a buscar al aeropuerto.

Gimena se lo quedó mirando divertida. Se mordió los labios considerando la situación y contuvo los distintos pensamientos que cruzaron su mente.

—Si yo estuviese noviendo con un tipo de 23 años te juro que se lo contaría a Dios y a María Santísima, —comentó Gimena tratando de quitarle dramatismo a la historia—. Mi Dios, cuánta energía.

Guillermo se apartó de ella. No estaba acostumbrado a hablar tan a calzón quitado con una mujer; mucho menos con una con quien había compartido el lecho. Lo ponía incómodo.

A Gimena le causó gracia su reacción, pero al mismo tiempo no pudo evitar advertir lo involucrado que estaba con esa relación. Se apiadó de él.

—Era un chiste, Guille, —le dijo posando su mano sobre el brazo de él—. ¿Cuánto hace que están juntos?

—Casi tres años, —respondió a regañadientes y rogó porque Gimena no sacara cuentas.

Pero a ella no se le escapó el detalle. Ahora fue el turno de Gimena de mirarlo azorada. Se acomodó en el asiento y se inclinó sobre él para hablar en un susurro.

—Era menor de edad —balbuceó como si estuviese anoticiándolo de algo que él no había considerado—. Tenés cuarenta años, ¿cómo puede ser que estés saliendo con una menor de edad?

Guillermo revoleó los ojos luego de encargarse de aclararle que ya no era menor de edad; que era una persona adulta que tomaba sus propias decisiones.

—Mi Dios, te debe estar haciendo sentir un pibe, — deslizó socarronamente—. ¿Qué dicen los chicos? Deben aplaudir de pie.

El silencio de Guillermo fue una respuesta rotunda para Gimena que sacudió su cabeza negativamente comprendiendo la situación.

—¿Javi y Micky no están al tanto?, —preguntó con seriedad.

Guillermo simplemente sacudió su cabeza negativamente. El asunto no parecía estar para chistes. Gimena así lo entendió, de modo que cambió la expresión.

—Pero ¿por qué? —quiso saber desconcertada—. No entiendo...

—No siempre entienden como son las cosas, — respondió Guillermo con aplomo—. Es bueno que sepas que todos ellos están como en otra sintonía; colegios, pañales, vacaciones multitudinarias; ya lo verás.

Gimena lo contempló comprendiendo lo que decía.

—Entiendo lo que decís Guille, —dijo Gimena con aplomo. Siendo los únicos solteros de su maravilloso grupo de amigos, Gimena comprendía perfectamente que vivían realidades diferentes. Él la miró dedicándole toda su atención—. Tu secreto está más que a salvo conmigo. Podes recurrir a mi cuando necesites hablar; sé muy bien lo mucho que se necesita a veces.

Guillermo le sonrió y no pudiendo contenerse estiró su cuello para depositar un tierno beso en la mejilla de

Gimena.

—Gracias, Gime, —dijo con una ancha sonrisa que le demostró lo necesitado que estaba de compartir lo que estaba viviendo con alguien.

No volvieron a hablar del asunto durante todo el viaje. Luego de la cena, conversaron brevemente y cuando las luces se apagaron, Guillermo se concentró en una película y a los pocos minutos se durmió. Para Gimena no fue nada sencillo hacerlo, regresar a la Argentina la enfrentaba a fantasmas que venía eludiendo por años.

Buenos Aires la abrumaba; la ciudad en sí misma removía demasiadas fibras en su interior y aunque se resistía a que los recuerdos la abordasen, no podía contra ellos. De momento lo que más la condicionaba era asumir que, adrede, no se había comunicado ni con su madre ni con su hermano; ninguno sabía que estaría en Buenos Aires. Tampoco había resuelto cuándo y cómo se pondría en contacto con ellos. Era tan difícil dar ese paso cuando todavía no lograba perdonarlos.

Eran apenas las diez de la mañana cuando finalmente el taxi se detuvo frente al hermoso edificio de la calle Arroyo a pocos metros de Esmeralda, justo frente al paquetísimo Hotel Sofitel.

Se había despedido de Guillermo en el Hall de Salida del Aeropuerto y aunque él había insistido en que compartieran taxi, Gimena prefirió viajar sola ese último trayecto hacia la ciudad para así tener el espacio necesario

para que sus pensamientos y emociones se acostumbraran a su regreso.

Ingresó al vestíbulo cargando un bolso de mano y arrastrando su maleta. El encargado fue quien la recibió para guiarla hasta el fondo de la Planta Baja, donde le entregó la llave que su amigo Raúl Olazábal, había dejado para ella.

Desde la puerta de entrada contempló el exquisito departamento. Un amplio ambiente en forma de L apareció frente a ella y lo admiró encantada. En uno de los extremos divisó la cocina con techo de vidrio y salida a un pequeño lavadero abierto; en el otro un ventanal de cuatro hojas que conducía a un atractivo patio interno, colmado de plantas con una decorativa fuente de pared. La sorprendió que las ventanas estuvieran abiertas y que los tibios rayos del sol de mayo se filtraran e inundaran el ambiente de luz. Tres cómodos sofás de cuerina blanca salpicados de coloridos almohadones separados por una mesa baja de madera clara colmada de revistas de viajes decoraban el ambiente. Uno de ellos enfrentaba un magnífico plasma escoltado por dos amplias bibliotecas repletas de variados volúmenes.

Gimena caminó internándose en el departamento. Dejó su bolso de mano sobre una rústica mesa y sonrió al ver que junto al fanal de hierro que decoraba el centro, había una nota doblada en forma de triángulo, con su nombre escrito en una de las caras. Reconoció inmediatamente la letra; era de Raúl Olazábal, el dueño del departamento

quien por razones laborales hacía ya dos años que se había instalado en la ciudad de Santiago de Chile.

Este fin de semana estuve en Buenos Aires por trabajo. Lamentablemente no pude cambiar el pasaje de regreso; te esperé todo lo que pude para darte una bienvenida como vos te mereces. La verdad querida Gime, es que no sé cuándo podré escaparme a visitarte. Así que, si lo deseás, bien podés vos cruzar la cordillera para darme un abrazo como sé que me merezco. Te quiero. R.

PD. No le he dicho nada a Manuel de tu visita. Hablen Gime, te hará bien hacerlo.

Meditó brevemente esta última línea y rápidamente se forzó a eliminarla de su mente. No deseaba pensar en Manuel; tampoco sabía cuándo lo haría. Lidiando con esos pensamientos, se dirigió a la habitación principal anhelando una ducha caliente y despojarse de la ropa que llevaba puesta desde hacía una eternidad.

Media hora más tarde, con el cabello envuelto en una toalla y cómodamente cubierta por una bata que había encontrado en el cuarto de baño, Gimena volvió al salón principal. La ducha caliente la había renovado en parte. No había logrado descansar durante el vuelo y sentía el cansancio acumulado sobre sus hombros, sólo la adrenalina la mantenía en pie. Se acercó a la cafetera y eligió la cápsula que deseaba. Necesitaba la dosis diaria de café para comenzar a moverse.

Con su jarra de café en una mano, deambuló por el

ambiente aceptando que el casamiento de Mariana San Martín había sido la excusa perfecta para regresar a Buenos Aires. Luego de más de siete años de ausencia, pensar en volver a saber de su familia, la apesadumbraba. Recordó con pesar que cuando tomó la decisión de asistir a la boda, había contado con el apoyo de Etienne, ahora se vería obligada a enfrentarlo sola.

Bebió un poco de café enfrentando los ventanales y salió al patio. Era una mañana fresca pero despejada y sonrió al recordar lo mucho que disfrutaba los otoños en Buenos Aires. Se sentó en un banco ubicado junto a la puerta de salida y encendió un cigarrillo resolviendo que se tomaría ese día para instalarse y avisar a sus amistades que ya se encontraba en Buenos Aires.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por su celular que anunciaba una llamada perdida. Frunció el ceño al notar que se trataba de Etienne que había querido contactarla gran cantidad de veces; había olvidado llamarlo. Intentó devolverle el llamado, pero fue imposible el teléfono aún no se conectaba. De modo que desistió. En cambio, resolvió grabar un audio. *Hola Et, hace casi tres horas que llegué. Todo perfecto, perdón por no haberte avisado antes, pero me había quedado sin batería. Si ya sé, nunca me acuerdo de tenerla en condiciones. No te enojés por eso si ya sabés cómo soy. Prometo prestar atención. El piso es hermoso, muy cómodo, te encantaría. Hablamos uno de estos días, besos, Et.*

El masculino rostro de Etienne llegó a ella y su semblante se ensombreció. La cancelación de su viaje, la había ofuscado tanto, que en un arrebato había aceptado la propuesta que su superior le había acercado. Lo cierto era que José María Solís, su jefe, le había pedido que se dejase caer por la Editorial que los españoles subsidiaban y de ser posible que le echase un vistazo al lugar. No estaban conformes con el desempeño de la directora de la Editorial Blooming, Antonella Mansi; de hecho, estaban convencidos de que les estaba vendiendo gato por liebre. Como si eso fuera poco, se había comprometido a entregar varios artículos en fechas específicas para no perder el espacio que bien se había ganado en las tiradas de la revista para la cual hacía seis años que trabajaba. Tenía demasiado de que ocuparse; entre todo eso, su relación con Etienne.

Volvió a rellenar su taza con un nuevo café y regresó a la habitación dispuesta a desarmar la maleta. Fue entonces cuando vio los obsequios que había comprado para los hijos de sus amigas, con renovado entusiasmo se sentó al borde de la cama y tomó su celular dispuesta a dar señales de vida. *Llegueeee*, escribió en el grupo de WhatsApp que desde hacía un tiempo compartía con sus amigas.

No tardaron en aparecer las respuestas de Carola, Mariana y Lara, que ya habían hecho una reserva para reunirse a cenar para festejar el reencuentro. Sólo faltaba que Gimena confirmara si estaba de acuerdo. Envió su mensaje confirmando; al día siguiente se reencontraría

con sus amigas del alma.

CAPITULO 3

A brió los ojos abruptamente como si una alarma interior lo forzase a recordar que debía ocuparse de algo importante. Todavía la habitación estaba en penumbras, pero poco faltaba para que la claridad de un nuevo día se filtrara entre los cortinados. Con desgano estiró su mano hacia la mesa de noche y tanteó buscando su celular. Eran cerca de las siete.

Hacía ya más de un año que Garrido lo había contactado; casi siete meses habían pasado desde que logró ingresar en la Editorial Blooming y poco más de cuatro que había conseguido despertar el interés de su directora. Tal como originalmente Garrido le informara, Antonella Mansi era la cabeza de la editorial que manejaba dos revistas puntuales; una de moda que acaparaba más de 85% del presupuesto y generaba buenos dividendos y alto grado de popularidad; y otra de carácter cultural que cubría semestralmente los eventos más destacados de la ciudad, mencionando básicamente las distintas funciones que ofrecía el Teatro Colón; las distinguidas colecciones privadas que se presentaban en el Malba; las exposiciones en el Museo de Arte Decorativo y en el de Bellas Artes. También informaba sobre alguna que otra muestra de índole más popular y contaba con cuatro artículos que no parecían interesarle a nadie.

La propuesta de Garrido le había cambiado la vida, y

Mirko era muy consciente de que a ella le debía su libertad y la posibilidad de tener una vida. Por un tiempo creyó estar alcanzando cierta estabilidad y bastaba con informar todo cuanto sucedía en la Editorial. Pero entonces, llegaron nuevas órdenes; seducir a Antonella Mansi e intentar llegar a los lugares de mayor intimidad para colocar dispositivos de escucha fueron algunas de las exigencias.

Mirko se sentó en la cama y de reojo miró a la mujer de rubia cabellera ondulada que dormía desparramada a su lado. Cuidando de no despertarla, dejó la cama y se dirigió al cuarto de baño. Necesitaba comunicarse con Claudia Garrido e informarle que finalmente había logrado colocar los dispositivos de escucha. La casa de Antonella Mansi y Alejandro De la Cruz, estaba completamente monitoreada.

Sentado en el inodoro agudizó el oído, Antonella seguía durmiendo. Luego de haber logrado que lo aceptaran en el plantel de fotografía de la editorial, no le había costado mucho seducirla y que ella lo aceptase primero en su despacho y poco a poco en su cama. La mujer con sus cuarenta y tantos, se había sentido más que halagada porque un ejemplar como él se interesase por ella. No obstante, de momento, además de cansancio, no era mucho lo que Mirko había logrado reunir, pero si podía asegurar que esa mujer algo turbio escondía y estaban bajo la pista correcta.

Garrido solía despertar alrededor de las 6.30. Mirko

frunció el ceño al pensar en ella, se había convertido en su amante mucho antes que la editora y, por un tiempo, había logrado despertar mucho más que su interés; algo que nunca le diría a ella, por supuesto. Claudia Garrido disfrutaba tanto del buen sexo como del estímulo que unas buenas líneas podían otorgar. Juntos habían compartido encuentros memorables que por varias horas los transportó a otras dimensiones. Pero, todo tenía su precio y él lo estaba pagando con creces, pues sin previo aviso Garrido comenzó a mostrarse excesivamente posesiva y obsesiva con él.

¿Despierta?, escribió Mirko con una sonrisa malévola bailando en sus labios. *Ya estoy en posición. Finalmente logré que accediera a traerme a su cama. Estoy dentro. Del departamento, no de ella. De La Cruz está en MIA y regresará el viernes por la noche en un vuelo privado. No me ha dicho a qué ha viajado, pero lo averiguaré. Ya he instalado todo. Los ambientes que suelen frecuentar están cubiertos. En media hora también deberían empezar a funcionar los dispositivos. Estate atenta a las imágenes y los sonidos.*

La respuesta de Garrido no tardó en ingresar. Bajó la vista y sonrió al leer. *No pienso quedarme a escuchar cómo te divertís. Cumplí con tu parte. Luego la escucharé a ella. Camilo ya tiene sus órdenes. Ocupate de que no vaya a la Editorial hasta mediodía. Nos vemos luego.*

En algún punto lo divertía alterarla, provocarle celos con Antonella, mucho más si tenía en cuenta que era ella

quien lo había puesto en manos de la Editora.

Bien, escribió, por otra parte, esta tarde también la tengo ocupada; Antonella arregló una sesión de fotos con cuatro nuevos modelos de la Agencia De La Cruz. Luego te pasaré sus nombres y características. Creo que tenemos una punta. Ya te contaré más.

Tenía que ponerse en movimiento y para ello necesitaba un refuerzo. Se apuró a buscar en la bata la bolsita que había escondido la noche anterior. Rápidamente preparó las dos líneas y segundos más tarde se regocijó al sentir el efecto que se esparcía por su cuerpo.

Mirko se frotó la nariz buscando eliminar cualquier resto de droga y entreabrió la puerta, pero no escuchó un solo ruido. Una vez más en la habitación se movió con sigilo; primero fue hasta su campera y buscó un pequeño tubito metálico y una bolsita de donde extrajo un botón color negro del tamaño de una moneda de diez centavos. Divisó la cartera de Antonella en el extremo opuesto de la habitación; fue hasta allí y buscó su celular; lo abrió y se ocupó de instalar el pequeño dispositivo.

Sonrió con malicia y se acercó a la cama donde Antonella dormía parcialmente cubierta por la sábana. Activó el dispositivo y tomó varias fotografías de la mujer, para enviárselas al número que Ibáñez le había indicado. Luego las borró para que ella nunca se enterase de lo ocurrido. Buscó su propio teléfono y escribió. *Todo listo. Me ocuparé de que no llegue hasta pasado el*

mediodía.

Regresó el celular a la mesa de noche y desconectó la alarma del despertador. Entonces se volvió hacia Antonella y tomando el pequeño tubito metálico, roció el rostro de la mujer. Al cabo de pocos segundos ella parpadeó con la respiración algo agitada. Volvió su atención a Mirko que con sensualidad masajeaba su abdomen. Antonella sonrió lascivamente y eso era justamente lo que Mirko quería despertar en ella.

<<¿Qué me pongo?, ¿qué me pongo?, ¿qué me pongo? >>. La pregunta rebotaba en su mente provocándole ansiedad y una sensación de vértigo que la alteraba. El asunto de elegir su vestuario le provocaba tanta tensión que hasta la respiración se le cortaba. ¿Cómo era posible? Vestirse debería ser algo natural; lo era para todo el mundo menos para ella.

—¿Qué mierda me pongo? —estalló Gimena cuando ya no soportó la presión que ese hecho insignificante le generaba.

A Gimena la ofuscaba tener que perder tantos minutos en algo que para ella era una pérdida de tiempo. La contrariaba verse en la obligación de concentrarse para decidir si lucía de negro, de blanco, de azul o de amarillo. Pero, esa mañana, quería verse bien a los ojos de toda la Editorial, ese era el único motivo por el cual estaba dedicando tanto tiempo a la hora de seleccionar qué lucir.

En Madrid, su gran amiga Belén le había enseñado un

par de tips para salir del apuro y así sentirse segura; pero no estaba funcionando esa mañana. <<Pantalón negro; camisa blanca; el saco que gustes>> recordó las palabras de su amiga. <<Botas, las que desees; siempre en la tonalidad del pantalón o la chaqueta; por supuesto botas con tacón que harán que tus piernas se vean mucho más largas y delgadas>>.

Odiaba sentirse tan insegura en ese campo; desde que tenía recuerdos que todos criticaban su forma de vestir. No lo entendía, no podía comprender que la gente prestara tanta atención a algo que para ella era completamente secundario. Tomó una camisa blanca y el pantalón negro de pana, ajustado. Por último, se calzó las botas de caña media con elegante tacón y puntera de croco. Se miró al espejo y se vio tan insulsa, tan falta de colores que le vinieron ganas de llorar. *Accesorios Gimena. Accesorios.* Eso le hubiese dicho Belén. Pensar en su amiga madrileña y recordar sus consejos, la tranquilizaba.

Llevada por un impulso, miró su reloj, calculando la diferencia horaria con Madrid; debía ser media tarde en España. En un arranque desesperado tomó una fotografía de su imagen en el espejo y se la envió a su amiga preguntándole si tenía alguna sugerencia.

<<Eres de no creer, Gime. Ponte las cadenas doradas que coloqué con los accesorios. También la chaqueta bordó de cuero que te sienta de perilla. Junto con la chalina de seda de Hermes que te ha obsequiado Etienne para tu último cumpleaños. Luego te maquillas. Rocíate

con Miss Dior que te hará sentir Natalie Portland y quien te dice tengas la suerte de cruzarte con Thor en Buenos Aires. Una vez estés lista me envías una nueva imagen>>.

Gimena acató cada uno de los puntos que Belén le había indicado y una hora más tarde dejaba el departamento sintiéndose segura y a gusto con su apariencia. Todo gracias a la buena de Belén, que terminó ayudándola a la distancia. Sonrió al pensar en Thor. Definitivamente ella no tenía nada de Portland, ni siquiera la planta de Perfecto Asesino.

Gracias a una segunda nota que Raúl le había dejado en la mesa de noche, descubrió que las sorpresas no habían terminado. <<Un monumento tendría que hacerle a Raúl Olazábal>>, pensó Gimena emocionada. Raúl, no solo le había ofrecido su departamento para que ella se instalase, sino que, conociéndola, había llenado la heladera de delicias que no necesitaban mucha elaboración y, como última genialidad, le había conseguido un hermoso y coqueto Fiat500 color rojo. Antes de subirse, tomó una fotografía para enviársela a Raúl. *Te adoro amigo*, escribió emocionada. *Me encanta. Gracias, gracias, gracias.* Gimena no lo podía creer y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando la respuesta ingresó a su celular. *Procurá no matarte en el tráfico de Buenos Aires. Disfrutalo mucho, preciosa.*

La Editorial funcionaba en el segundo piso de un edificio ubicado en la calle Chacabuco casi México, en pleno Barrio de San Telmo. Tal como le había sucedido

cuando se presentó en las oficinas de la Editorial en Madrid, estaba nerviosa, la tensaba no saber con qué podría encontrarse. No obstante, salvando las distancias, en esta ocasión Gimena se presentaba en calidad de enviada de España, lo cual no era menor.

Salió del ascensor y cruzó el corredor que conducía a la doble puerta de vidrio por donde se ingresaba a la Editorial Blooming; el nombre de fantasía, la mal dispuso, hubiese preferido más un nombre español; después de todo, ¿quién ponía el dinero en realidad?

La recepción era moderna, minimalista. Dos sillones de cuero blanco enfrentaban una mesa baja con tapa de vidrio traslúcido donde se lucían los ejemplares de las revistas y suplementos que allí se publicaban. Le agradó lo que vio, aunque si hubiese estado en sus manos hubiese agregado algún detalle para darle un poco de vida.

—Buenos días, —saludó Gimena al acercarse al mostrador de la recepción donde una hermosa morena de ojos oscuros y labios color carmín alzó la vista y le retribuyó la sonrisa—. Tengo una entrevista con la señora Antonella Mansi. Mi nombre es Gimena Rauch.

—Un segundo por favor, —dijo la muchacha—. Tome asiento, ya mismo la anuncio.

Gimena le agradeció y se dirigió a los sillones donde se sentó y tomó un ejemplar de la revista de modas. Una hermosa morena de centellantes ojos verdes se lucía en la portada. Gimena no tenía idea de quién podía ser. A un costado vio el delgado suplemento cultural. Frunció el

ceño y lo tomó. Era una publicación semestral, pobre en contenido y en edición. La indignó pensar que un par de tetas podía interesar más que un artículo bien desarrollado sobre la gran movida cultural que se encontraba en Buenos Aires. Sin disimular lo que estaba haciendo, guardó uno de los ejemplares en su maletín.

Consultó su reloj. Eran quince minutos pasadas las once de la mañana. Se había desacostumbrado a la impuntualidad argentina. Para ella la puntualidad era importante; señal de buena educación y de respeto por el tiempo del otro. La directora de la editorial ya debería haberla recibido.

Se entretuvo unos minutos más contemplando el piso. Era un gran salón desprovisto de paredes divisorias, pero con gran cantidad de cubículos individuales separados unos de otros por paneles divisores. De un pantallazo, calculó que habría unos cincuenta puestos de trabajo, de los cuales muchos menos de la mitad estaban ocupados. Sólo tres despachos se veían cerrados. Supuso que uno de ellos sería el de Antonella Mansi. <<Pero ¿dónde estaba todo el mundo?>>, se preguntó apreciando el escaso movimiento de la Editorial.

Su mente asoció y su corazón se encontró añorando el puesto que había dejado en Madrid; el ritmo que había alcanzado en la Editorial y el reconocimiento de sus pares. Extrañó las risas y las conversaciones con sus compañeros de despacho; las salidas después de hora y el vértigo al cierre de una edición. Extrañó la camaradería y

las buenas amigas que allí había hecho.

Procurando controlar el incipiente fastidio que la espera le generaba, se arrellenó en el sillón, concentrándose en la publicación cultural. La analizó con detenimiento; era un espanto, una precariedad de diseño y contenido que mostraba un completo desconocimiento de la temática. No habían leído ni dos páginas que ya tenía una larga lista de aspectos a modificar. <<Controlate Gimena>> se auto censuró, <<Ajústate a lo planificado>>.

—Señorita Rauch, —dijo un muchacho al acercarse a ella. Hacía más de cuarenta minutos que esperaba—. Mi nombre es Abel Brew, soy asistente de la Sra. Mansi. Le pido mil disculpas, pero la Sra. Mansi está demorada.

Gimena se puso de pie y le dedicó una sonrisa tensa. Era un muchacho atractivo, de unos treinta y cortos años. Hablaba con más esfuerzo que propiedad y eso le indicó a Gimena que no debía ser muy instruido. Si a eso se le sumaba que le estaba ofreciendo una información evidente, Gimena llegó a la conclusión de que el pobre chico no tenía muchas luces. Su propio razonamiento la azoró. Ella no era de juzgar a la gente, pero absolutamente todo en esa Editorial la alteraba.

—¿Tardará mucho? —preguntó conteniendo su fastidio.

—No sabría decirle, —se disculpó el muchacho claramente incómodo—. Lo único que me ha informado es que ha tenido un contratiempo. Me pidió

encarecidamente que la disculpase con usted.

Gimena asintió, pero no dijo nada. De su bolso extrajo un coqueto tarjetero de cuero rojo de donde tomó una tarjeta y se la extendió.

—Lamentablemente no voy a poder seguir esperando, —informó con autoridad—. Aquí le dejo el número de mi celular. Por supuesto, desestime el resto de los números que son de Madrid. Le pido que cuando a la señora Mansi le quede cómodo me llame para coordinar una nueva entrevista. Buenos días.

Sin esperar la respuesta Gimena se dirigió a los ascensores masticando indignación. Una vez en la vereda, buscó su celular y se comunicó con la sede central de Madrid. Si de inversiones se hablaba, a simple vista, la revista argentina demostraba ser muy poco rentable en estas condiciones.

José María Solís no tardó en atenderla. Luego de los saludos y de ponerlo al tanto de cómo había encontrado Buenos Aires, pasaron a hablar de trabajo.

—Podés creer que me ha dado un plantón, —exclamó indignada—. ¡Qué falta de educación! Por Dios. Aunque no he visto mucho desde la recepción, puedo asegurarte de que el movimiento del lugar es ínfimo. Deja que te diga que la situación no es nada halagüena. Te lo digo para que vayas haciéndote a la idea.

—Pues no me sorprende lo que dices, —respondió el español contrariado.

—Te juro que ya mismo podría hacerte una gran lista

de todo lo que debería modificarse en ese lugar, —chilló Gimena destilando fastidio.

—Pues a mí me encantaría leer una propuesta de tu parte, —repuso José María ahora risueño.

—No me tientes José, que ya mismo me pongo a escribir, —agregó.

—Vayamos por partes Gime, —dijo finalmente el español—. Tú céntrate en lo tuyo, necesito tus artículos para poder cerrar la próxima edición. De lo demás te irás ocupando paso a paso a medida que los hechos se vayan presentando. ¿Te parece?

—Está bien, tienes razón, —accedió. Se sentó en el bar más cercano y alzó la mano para pedir un café—. Ahora cuéntame cómo están todos. No sabes cómo os extraño.

Era ya cerca del mediodía cuando Antonella abrió los ojos. Parpadeó varias veces hasta lograr enfocar. Se sentía algo embotada y le demandó cierto esfuerzo despejar su mente. Lo primero que vio fue el brazo de Mirko cruzando su cuerpo y el bello rostro del fotógrafo enfrentándola. Antonella se acomodó mejor bajo el masculino brazo protector y suspiró. El hombre dormía luego de una fuerte sesión de sexo que los había dejado a ambos más que exhaustos. El tipo era rudo, duro e incansable y ella, en su vida se había sentido tan satisfecha.

Incorporarlo a la planta de la Editorial había sido un gran acierto; era muy bueno en todo lo que hacía. Desde la mañana que había cedido a sus insinuaciones, algo

había cambiado en ella. Mirko Milosevic, le generaba una dependencia casi adictiva, que por momentos la asustaba. Era potente, certero y sabía cómo abordarla y a ella se le hacía agua la boca de solo recordar las horas pasadas.

Con desgano, procurando no separarse de Mirko estiró su mano hacia la mesa de noche y tanteó buscando su celular. Sorpresivamente, éste vibró y Antonella se apuró a atender. De un salto se irguió al advertir que era pasado el mediodía; si mal no recordaba tenía agendada una reunión para las 11 de la mañana de ese día. Se había quedado dormida. Apremiada atendió la llamada; era su secretaria que le consultaba si estaba todo en orden. Antonella no era de llegar tarde a las reuniones.

—Hace casi una hora que te estoy llamando, — comunicó la chica algo alterada—. ¿Dónde estás, Antonella? Hace unos quince minutos se marchó la mujer que venía enviada de Casa Matriz de España. Ahora el que está sentado en la sala de Reuniones es Octavio Otamendi.

—Estoy saliendo para la editorial, Romina. Tuve un contratiempo. Estaré allí en una hora, —aclaró apurada—. Decile a Abel que se ocupe de atenderlo y tratá de dar con la española a como dé lugar. Debo reunirme con ella en el día de hoy. Sí o sí.

Mirko la escuchaba simulando dormir. La oyó salir de la cama y correr al baño maldiciendo al despertador. Abrió los ojos, en el momento en que escuchó la ducha abrirse y se apuró a enviar un mensaje con su celular.

Antonella acababa de cerrar la ducha cuando la respuesta de Garrido ingresó. Bajó la vista apremiado. *Camilo ya está terminando. Avisa cuando se marche. Ya sabés lo que tenés que hacer para activar el sistema.*

A medio cubrir lo encontró Antonella al regresar a la habitación. Mientras terminaba de secarse se deleitó estudiando cada centímetro de ese cuerpo firme y torneado; costaba creer que estuviera durmiendo en su cama. Si hasta las cicatrices que lucía en su espalda eran atractivas. Nunca le había preguntado cómo se las había hecho; no le agradaba escucharlo hablar de temas desagradables y eso debió haber sido doloroso. En cambio, le encantaba verlo dormir. Sonrió, vanagloriándose de su desempeño. Su ego la alentó a considerar que era gracias a ella que él dormía como el angelito que no era. Era una tigresa, por lo menos eso era lo que siempre le decía su marido; aunque ese no era momento de pensar en De La Cruz, teniendo a un hombre quince años menor, en su lugar, que la satisfacía mucho más que su marido.

Sin apartar la mirada, se acercó y para despertarlo, deslizó la yema de dos de sus dedos sobre el desnudo hombro hasta alcanzar la nuca. Siguiendo el juego, Mirko se estiró como un gato mimoso.

—Hora de levantarse, bonito, —susurró al oído de Mirko—. Es tarde y necesito que a las cuatro te ocupes de una sesión fotográfica.

Mirko no respondió. Simplemente escondió su rostro

bajo la almohada fingiendo dormir; necesitaba retenerla lo más posible.

—Mirá que resultaste dormilón, —comentó divertida—. Está bien, quedate remoloneando un rato más, —susurró al oído de Mirko libidinosamente—. Pero, no te demores, ¿me oís? A las tres, te quiero en la editorial. Las modelos están convocadas para las dos y media y estamos justos de tiempo, —terminó diciendo para luego estamparle un beso en los labios—. Me voy que me están esperando.

Sólo cuando escuchó la puerta de entrada cerrarse, Mirko se irguió y dejó la cama de un salto. De su mochila extrajo su computadora portátil y se conectó remotamente a su correo interno. Camilo había dejado todo preparado para que él activase el sistema de escucha y seguimiento en cuanto Antonella dejase su hogar. Sólo debía enviar un mensaje de correo desde su puerto al de Antonella para que un troyano se disparara y comenzara a emitir.

De: MM

A: AM

Gracias. Maravillosa noche. Decime que hoy repetimos.

Su mensaje parpadeó sólo unos segundos y antes de que dejara de hacerlo, Mirko pulsó dos teclas al unísono. El mensaje quedó suspendido a la espera de ser aceptado; en cuanto eso sucediese, el troyano se activaría. <<Listo>>, pensó al tiempo que tomaba su celular y enviaba a otro destinatario un corazón como contenido del

mensaje. De ese mismo número lo llamaron un segundo más tarde.

—Todo despejado, —informó.

—Perfecto, —respondió la voz de un hombre.

—La vas a pasar bomba escuchando todo lo que pasa en esta cama, —comentó jactancioso—. Esta noche tenemos nueva función. Prestá atención, así aprendes.

—No me rompas las pelotas, —ladró Ibáñez sorprendiéndolo.

—El dispositivo del celular debería estar transmitiendo, —comentó Mirko conteniendo la risa. Lo divertía fastidiarlo. Detestaba a ese hombre.

—Lo está, —le aseguró Ibáñez sin un ápice de cordialidad—. Ahora buscá algo que conecte a Mansi con De la Cruz.

—¿Algo como una partida de matrimonio? —sugirió entre risas.

—No seas imbécil, —ladró interrumpiéndolo—. Sabes muy bien qué tenés que buscar. Tenemos que descubrir cuál es el circuito que utilizan. Nos estamos quedando cortos de tiempo y eso no es bueno para nadie.

CAPITULO 4

A penas pasadas las tres de la tarde Mirko ingresó al edificio donde funcionaba la Editorial. Había pasado por su departamento para ducharse y cambiarse de ropa. Allí había encontrado a Garrido aguardándolo furiosa, amenazándolo con no suministrarle más mercancía y con quitarle su protección si no se esforzaba un poco en conseguir información en lugar de hacerse el vivo refregándole lo bien que la pasaba en la cama de Antonella Mansi. Información, le exigía la fiscal, pero él comprendía que era otro el reclamo de la mujer. No dijo nada y soportó el castigo.

Su relación con Garrido había sufrido muchos altibajos desde el momento en que ella lo sacó de la cárcel de Batán al día de la fecha. Mirko empezaba a hartarse de los vaivenes emocionales de esa mujer que, se mostraba seria, sofisticada y segura, pero sus ojos destellaban una mezcla siniestra de sentimientos oscuros, que solo el sexo y la droga parecían aplacar.

Garrido resultó ser una amante demandante, absorbente y exigente. Consumía tanto como él y muchos de sus encuentros rayaban con lo salvaje. En algún punto, Mirko era muy consciente de que gracias a ella y a lo contenta que la mantuviera dependía de que no volvieran a encerrarlo. No obstante, reconocía que la mujer se

estaba volviendo algo peligrosa e impredecible. No era nada tranquilizador saberse en manos de una mujer así. Despechada, Garrido podría ser de temer.

Todavía lidiando con el mal humor que Garrido le había provocado, salió del ascensor y encaró la recepción con paso rápido. Al pasar le dedicó una sonrisa ancha a la recepcionista que lo contemplaba embobada; le servía mucho estar en buenos términos con ella y de tanto en tanto invitarla con un trago. Leticia siempre sabía quién entraba y quién salía del edificio; también quien se relacionaba con quien. A ella nada se le escapaba. Era una vasta fuente de información.

El corazón de la Editorial se encontraba desértico esa tarde. Mirko se dirigió directamente al box que le habían asignado para guardar sus pertenencias y trabajar sobre las imágenes que tomaba. Allí se quitó el abrigo, lo colgó en uno de los percheros y sin perder más tiempo reunió el equipo fotográfico que esa tarde utilizaría. Se apuró a salir de su cubículo.

La secretaria de Antonella saliendo del despacho de su jefa, acaparó su atención. A simple vista nada en ella era extraño, pero había algo en su actitud que lo mantuvo interesado. Consultó su reloj; estaba demorado, pero unos minutos más no empeorarían la situación. Se acercó a la muchacha en busca de información.

—Hola, Romi, —la saludó al llegar a su lado—. ¿Antonella te dejó algo para mí?

—Sí, dame un segundo, Mirko, —respondió con una

sonrisa. Bajó la vista hacia una pila de carpetas y buscó una de cartulina amarilla. La tomó y se la extendió—. Aquí tenés la información sobre las modelos convocadas para hoy. Me dijo que están las especificaciones para cada una de ellas. Los productores te están esperando; desde hace media hora tienen todo listo.

—Perfecto. Gracias, —respondió sin molestarse en chequear la información—. Noto cierta tensión en el ambiente y es llamativo que Antonella esté tan encerrada, —puntualizó simulando preocupación—. ¿Sucede algo?

—De todo, —respondió Romina tensa—. Antonella llegó tardísimo hoy; tenía dos reuniones, súper importantes, y en ambas quedó para el demonio, —comentó preocupada—. Primero se presentó una mujer que venía de la casa Matriz de España; luego un posible inversionista. Ambos tenían sus entrevistas pautadas desde hacía semanas. El hombre que venía con una fuerte recomendación, la esperó más de una hora y se marchó indignado.

Hizo una pausa al percatarse que había hablado de más. Miró a ambos lados, como si buscara constatar que nadie la viera cometer la indiscreción. Luego estiró su cuello acercándose a Mirko.

—Fue un papelón, —comentó en un susurro—. El tipo se fue furioso y ni te digo la española. Por suerte logré contactarla y accedió venir a última hora. Pero el hombre está difícil.

Romina seguía compartiendo con él sus apreciaciones,

pero Mirko hacía rato que había dejado de escucharla. Su mente trataba de unir las situaciones que, aunque parecían aisladas, podían no serlo. Estaban muy cerca de detectar la conexión entre la agencia, la editorial y la tercera pata que contactaba a los clientes. Meses de asumir riesgos para averiguar qué tramaban, de modo que, si un inversionista se ofuscaba o no con Antonella, no lo conmovía.

—Tranquila, Romi, —dijo buscando aplacar a la chica que vivía aterrada de perder su trabajo—. Ya verás que Antonella se ocupa de seducirlo. Ahora tengo que dejarte. Me esperan arriba.

Dos pisos por encima de la redacción y del sector administrativo, la Editorial contaba con un amplio piso de 280 metros cuadrados completamente vacío, destinado a eventos o diversas producciones fotográficas organizadas por la revista de moda.

—Por fin, Mirko, —dijo uno de los productores al verlo. Se acercó—. Ya tenemos todo listo. Solo faltabas vos.

—Perdón, me demoró el tráfico, —mintió con naturalidad—. Dame un segundo y comenzamos, Marcos —agregó Mirko mientras apuraba el paso hacia un gran tablón de madera que descansaba sobre unos rústicos caballetes junto al escenario donde posarían las modelos. Era consciente de que todos lo aguardaban a él. Eso era algo que le agradaba, pues lo hacía sentir importante. Sin él no habría función, eso era claro.

De reojo divisó el sector de camarines donde las chicas se sometían a los maquilladores y peinadores. Un poco más alejado se había ubicado una mesa larga colmada de frutas y otras delicias como así también variadas bebidas que iban desde jugos, pasando por gaseosas hasta vino. Allí vio a dos productores y el director artístico a cargo.

Lo primero que extrajo de la mochila fue la notebook que ubicó en uno de los extremos de la mesa. Por sobre su hombro chequeó que nadie estuviese observándolo y rápidamente cotejó que el dispositivo funcionara correctamente. Antonella seguía sentada en su escritorio mantenía una conversación telefónica. <<Perfecto>> pensó. Pulsó dos teclas y la imagen se ocultó.

Rápidamente comenzó a desplegar los materiales y abrió la carpeta que Romina le había entregado con las especificaciones que Antonella había indicado. Tomó nota mental de todo, mientras preparaba mecánicamente su cámara de mano y colgaba otra de su cuello. Entonces giró hacia el corazón del lugar y se ocupó de ubicar el resto de las cámaras que utilizaría en los trípodes. Para terminar, ajustó la iluminación según su necesidad.

Recorrió una última vez el lugar con la mirada. Los vestuaristas conversaban con las modelos del otro lado del ambiente; los maquilladores y los estilistas se dispersaban por el lugar hasta que sus servicios fueran nuevamente requeridos. Los productores hablaban entre sí. Llamó su atención una hermosa mujer de rubia cabellera a quien no conocía; era demasiado grande para el tipo de modelos

que esa tarde se habían convocado. <<Debe ser personal de la agencia>>, dedujo viéndola conversar con el Director de Arte.

—Empezamos, —anunció con voz imperante acercándose a los productores.

Todos acataron la indicación. En ese mundo Mirko se sentía a gusto, se sentía útil y respetado. Ese era su dominio. Viendo el mundo a través de la lente de su cámara, Mirko se olvidaba de su vida, de su pasado y de su presente. Renacía. Bajo esa sensación, pasó la siguiente hora disparando su cámara, dando indicaciones, buscando ángulos; haciendo oídos sordos a los comentarios de los productores y soportando las excentricidades de los extravagantes modelos que, no siendo nadie, se creían Cindy Crawford.

Durante el primer cambio de vestuario aprovechó para refrescarse. Fue en busca de una botella de agua mineral y se dirigió al baño, donde una buena dosis logró que volviera a sentir su mente despejada y el cuerpo vigoroso. De un trago terminó la botella de agua y chequeó el celular que vibraba en su bolsillo. Era Garrido quien le escribía. *Cómo puede ser que me entere antes que vos que esa perra está a punto de mantener una reunión que puede poner en juego toda la operación. Para qué mierda te saqué de ese infierno. Quiero saber qué sucede antes que pase. No me defraudes, Croata.*

Maldijo, indignado y furioso, con disimulo abrió la notebook y cotejó rápidamente lo que estaba sucediendo

en el despacho de Antonella. Nada. Antonella caminaba por su oficina con su celular en la oreja.

—Creo que no nos han presentado, —dijo una mujer a su espalda.

Se volteó abruptamente a mirarla al tiempo que cerraba la notebook bruscamente. Era la atractiva rubia que había visto conversando con el Director de Arte. Una bella mujer de ojos verdosos y sonrisa contagiosa a quien no conocía.

—Soy Serena Roger, —agregó presentándose con una sonrisa—. Trabajo para la agencia de De la Cruz. Soy productora.

—Mirko Milosevic, —respondió escuetamente, pero alerta. No le agradaba el modo que esa mujer lo miraba. Se sintió estudiado, atravesado por una mirada pesada y firme—. Encantado.

—Vaya, tenía muchos deseos de conocerte, —dijo la mujer seductora—. He oído tantos comentarios sobre vos que estaba intrigada.

Mirko sorprendido le sostuvo la mirada y no le agradó la suficiencia con que le sonreía.

—Si me disculpás, tengo que seguir, —dijo Mirko tratando de sacársela de encima y, buscando poner distancia, caminó hacia el trípode dónde había dejado una de sus cámaras.

Serena Roger lo observó un instante, y se alejó del fotógrafo para reunirse con el vestuarista y el maquillador que se habían congregado junto a la mesa de refresco.

Mirko la siguió con la mirada, preocupado. Era hermosa, tenía que reconocerlo, pero algo en su actitud lo intranquilizó y no pudo evitar preguntarse qué sería lo que se rumoreaba de él. En silencio simuló estar ajustando la lente y disparó varias veces. Cotejó las imágenes tomadas y sonrió al notar que había registrado varias veces a Serena Roger. Por sobre su hombro la miró y sus miradas se encontraron. La sostuvieron mutuamente por unos segundos. A Mirko lo alarmó el modo en que esa mujer abiertamente lo estudiaba.

Serena, por su parte, fue muy consciente del momento en que Mirko registraba varias imágenes suyas. Sabía que había despertado la curiosidad del croata y eso era justamente lo que deseaba lograr; quería ganar su atención. No se había equivocado al sospechar de él. El fotógrafo era parte de la operación, no tenía dudas. Ahora sabía que debía apurar sus movimientos.

Las que siguieron fueron dos horas tensas en las que apenas dio indicaciones y cuando lo hizo se expresó con demasiada aspereza.

—Terminamos, —anunció cuando creyó que ya tenía suficientes imágenes—. Muchas gracias a todas.

Tardó poco más de treinta minutos en reunir todo el equipo y acomodar las luces para futuras producciones. Por el rabillo del ojo vio como las modelos se dirigían a la zona de vestuarios. Dos de ellas hablaban despreocupadamente de un desfile al que deseaban asistir; otras tres sobre una fiesta para la que las habían

contratado. También aguardaban confirmación para participar de otros eventos en exclusivos locales bailables.

Mirko regresó a la mesa de tablón y una vez más cotejó la computadora. Frunció el ceño al ver a Antonella conversando con una mujer a quien no llegaba a ver con claridad. Algo estaba sucediendo en el piso principal; bastaba con ver la tensión en el rostro de Antonella. Cerró la notebook y la guardó rápidamente en la mochila. Tenía que bajar al piso principal y tratar de descubrir qué estaba sucediendo.

En su camino hacia la salida, repasó el lugar con la mirada; divisó a Serena un poco apartada del resto. Mantenía una conversación por su celular con gesto circunspecto.

—Mirko —lo llamó uno de los productores trayéndolo a la realidad—. ¿Para cuándo creés que estarán las imágenes?

—Les avisaré cuando estén listas, —respondió cortante. Se calzó mejor la mochila con las cámaras sobre su hombro—. Pero, despreocupate que Antonella ya me dijo que eran urgentes.

Se despidió y apuró el paso hacia la salida. Antes de desaparecer en el hueco de la escalera echó una última mirada. Serena Roger lo observaba con expresión inquietante, le sonrió transmitiendo algo que Mirko no logró detectar, pero que no le agradó. Fue un gesto siniestro, como si estuviese convencida de estar a punto de atrapar a la presa que venía acechando. Se marchó.

Inquieto por la aparición de Serena Roger y apurado por escuchar lo que sucedía en el despacho de Antonella, cruzó la recepción sin molestarse en saludar a Leticia que lo miró desilusionada. De camino a su box chocó con Romina que salía del despacho de Antonella llevando en sus manos la bandeja con la que solía servir café. Al verlo la secretaria le hizo un gesto para comentarle que la cosa se complicaba.

—Está reunida en este momento, —murmuró.

—¿Con quién? —preguntó Mirko intrigado.

—Con la española, Mirko, —le recordó molesta porque él no prestaba atención. Lo miró con detenimiento—. ¿No me escuchaste hoy? —Mirko sacudió su cabeza negativamente, de pronto algo desorientado. La muchacha le dispensó una mirada de resignación—. Te comenté que esta mañana se presentó una mujer que viene de la casa Matriz; de España.

—¿Y? —exclamó sin comprender la importancia del caso.

—¿Cómo “y”? —replicó Romina—. Vos no tomas dimensión de lo que la presencia de esa mujer puede generar, —reclamó—. Antes de que llegara, Antonella me dijo que está convencida de que, esa, desea quedarse con la Editorial. La mina viene haciéndose la mosquita muerta, pero Anto también tiene sus contactos y sabe que tiene órdenes de dar vuelta todo, —seguía diciendo Romina con preocupación—. Parece que se va a instalar aquí por un tiempo, con la excusa de preparar unos

artículos para la revista de España, pero en el fondo lo que hará será analizarnos a todos, —informó Romina ubicándose en su silla y miró a Mirko con seriedad—. Tengo miedo de perder mi trabajo.

Inconscientemente, Mirko elevó la vista y la dirigió hacia el despacho en cuestión.

—Bueno, parece que tendremos toda una situación en este piso, —dijo sólo por decir algo. Definitivamente debía prestar atención a lo que sucedía en el despacho de Antonella, tal vez Garrido estaba en lo cierto al desconfiar. La conexión de España podía ser una punta—. No te preocupes, Romi, estoy seguro de que Antonella le encontrará la vuelta, —le aseguró para tranquilizarla—. Bueno, voy a terminar mi trabajo así me voy, —anunció—. Te veo luego.

Al llegar a su privado extrajo una vez más la notebook de su mochila. Conectó los auriculares y se dispuso a escuchar la conversación que Antonella mantenía en su despacho. Lo primero que llamó su atención fue detectar que la mujer con quien Antonella estaba reunida no era española; su acento era, sin dudas, argentino. Prestó mayor atención. La mujer en cuestión era preparada, sofisticada y poco dispuesta a seguirle el juego a Antonella. La charla rondaba en torno a la Editorial, y todo lo que en ella sucedía. Con suavidad y buenos modales la mujer hacía gran cantidad de preguntas y muchos de sus comentarios estaban basados en distintos interrogantes planteados por los directivos de la casa

matriz.

Hasta donde había escuchado no había nada extraño en la entrevista que Antonella y esa mujer mantenían. No habiendo nada interesante para escuchar se ocupó de descargar las fotos que había estado tomando y comenzó a trabajar en ellas. De tanto en tanto echaba una mirada a lo que sucedía en el despacho de Antonella; cada vez más convencido de que esa mujer no tenía nada que ver con lo que Garrido buscaba. En cambio, parecía que Romina estaba en lo cierto; algo que podría terminar afectando indirectamente su misión.

Simulando tener todos los sentidos puestos en los fotogramas que necesitaba retocar, concentró toda su atención en lo que podría estar sucediendo en el despacho de Antonella.

La situación era bastante singular. Antonella se defendía como podía y no siempre sus respuestas la dejaron bien parada; algo que hasta Mirko, que no conocía la temática, advirtió. No veía el rostro de la mujer, pero al cabo de varios minutos de escucharla, su voz le resultó cautivante, incluso sensual. En dos ocasiones Mirko sonrió al notar que no le agradaba el tono condescendiente que Antonella utilizaba con ella; la crispaba que la tratara como a una novata y eso era algo que no iba a tolerar.

Sin embargo, la sonrisa se borró del rostro de Mirko cuando la mujer pasó a mencionar que, tal como le había adelantado por correo electrónico, necesitaba un espacio

donde poder trabajar; tenía que entregar varios artículos para la revista Arte Global, para la cual trabajaba y esperaba contar con Antonella para que le diera una mano. Antonella no puso objeciones y se apuró a llamar a Romina para que se ocupase de asistirle.

<<Romi, vení por favor >>, decía Antonella con rostro serio. Miró a la mujer que permanecía sentada del otro lado del escritorio. De fondo se escuchó la puerta que se abría y se cerraba. <<Quiero presentarte a Gimena Rauch...>>

El impacto fue profundo y, por varios segundos, tardó en asimilar lo que había escuchado. <<No, no puede ser posible>>, fue lo que pensó con la mirada clavada en la pantalla, pero sin poder ver lo que deseaba. <<Tiene que ser otra con el mismo nombre>>. El corazón retumbaba en su pecho, aturdiéndolo. Se puso de pie y bruscamente se quitó los auriculares.

Los recuerdos de otra época emergieron y, en su mente, comenzaron a amontonarse imágenes confusas. No recordaba su rostro con claridad; en realidad recordaba vagamente la foto del documento que ella había perdido siete años atrás y que él llevaba grabado en su mente con el fuego de la venganza. Pero nunca había olvidado su nombre, el que asociaba a la fatídica noche en que lo habían atrapado.

Su mente volvió al pasado, a un antro de mala muerte, a esa última noche; a la redada policial y los días de abstinencia encerrado en una celda sucia y húmeda; a los

cargos que no tardaron en llegar y al infierno del que Garrido lo había sacado.

<<No volvería a aquel lugar>>, pensó, sintiendo la garganta cerrarse como si una soga lo estuviese estrangulando. No lo permitiría, antes muerto, y por un breve instante la idea de deshacerse de Gimena Rauch de una vez y por todas estimuló sus sentidos.

CAPITULO 5

E staba molesta. Puso en marcha el vehículo y dejó el estacionamiento dirigiéndose hacia Avenida Paseo Colón con destino al barrio de Belgrano, sin poder dejar de pensar en la Editorial Blooming y en Antonella Mansi.

En un primer término, la había ofuscado que la directora no se encontrase en su despacho esa mañana cuando hacía más de un mes que la reunión se había acordado. Sin embargo, cuatro horas más tarde cuando finalmente Antonella Mansi la recibió, no fue el aspecto de mujerona de la noche lo que más la alteró, ni su falta de conocimiento o preparación, sino la actitud altanera y arrogante lo que le causó un gran rechazo. <<Menuda zorra>> pensó consciente de que en todo momento quiso sacársela de encima. Golpeó el volante irritada.

Bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Esa mujer la había cabreado. Por momentos había tenido la sensación de que Antonella se esforzaba porque la tirada del “suplemento cultural” —como ella gustaba llamarlo—, fuese pobre y, mediocre

Terminó su cigarrillo todavía tratando de comprender el motivo por el cual Antonella Mansi se mostraba tan reacia a darle mayor espacio y empuje a la revista de cultura. Manejaba el producto como un folletín o un suplemento para anexar a la revista de moda, cuando Buenos Aires era una plaza cultural rica y variada; era

tanto lo que podía cubrirse. El panorama era más desalentador de lo esperado. A los españoles no les agradaría enterarse de la impresión que Gimena se estaba llevando de ese lugar.

Encontró espacio para estacionar su vehículo a media cuadra del restaurante que Carola había reservado. Descendió del coche y se tomó unos minutos para quitarse de encima el mal humor. A medida que se acercaba fue sintiendo la emoción que el reencuentro con sus amigas le producía. Ansiosa se preguntó cómo las encontraría; cómo se las arreglarían para combinar sus vidas profesionales con sus familias. Todo un misterio para Gimena.

Al llegar a la esquina contempló la vieja casona restaurada donde un coqueto restaurante de comida de autor se había alzado. El lugar mostraba una fuerte impronta de arte y diseño que convivían armónicamente. Carola no podía haber elegido un mejor lugar.

El interior era mucho más acogedor de lo que anticipaba la fachada. Sobrevolaba el amplio salón una música suave que terminaba de ensamblar mixturas y tendencias creando un clima comfortable y ameno.

—Acá Gime, —exclamó Lara alzando su mano para que la viera—. Por fin...

Gimena se volvió hacia sus tres amigas con ojos húmedos de emoción. Antes de acercarse contempló a Lara Galantes, a Carola Herrera y a Mariana San Martín; sus mejores amigas desde el colegio primario. Estaban

iguales. Los siete años que llevaban sin verse y los hijos que habían tenido no las habían cambiado en absoluto.

Lara fue la primera en abrir sus brazos para recibirla. Llevaba el cabello castaño, mucho más corto que antes pero que enmarcaba un rostro hermoso, lleno de fuerza y determinación. Carola esperaba su turno de pie, con los labios apretados por la emoción, el gesto pícaro sobrevolando los ojos verdes. Otro abrazo efusivo, otro cosquilleo en el alma. Por último, fue el turno de Mariana que abrió sus brazos para enroscarlos en el cuello de Gimena contagiándola de cariño y alegría.

—Ah chicas, como las extrañé, —confesó limpiando las lágrimas que corrían por sus mejillas—. No puedo creer estar aquí con ustedes.

La moza se acercó a tomar el pedido interrumpiendo la conversación y las bromas. Ordenaron primero las bebidas y agradecieron la variada panera con quesos untables que otro mozo colocó sobre la mesa.

—Están iguales, —agregó contemplando a las tres con emoción.

—¡Qué vamos a estar iguales! —sentenció Lara con una mueca divertida en su rostro—. El espejo de mi habitación no dice lo mismo y a ese le creo más que a mi marido.

Todas rieron y reconocieron que era cierto, mucho más Mariana que su último hijo tenía apenas siete meses de vida y aún no recuperaba por completo su figura.

—Vos estas genial, Gime, —comentó Mariana—. Por

Dios mujer, vaya luquete. Me encanta cómo te ves. Estás hecha una diosa.

—Si serás exagerada Marian, —protestó Gimena ruborizándose.

—Me cuesta creer que hayas aprendido a combinar la ropa, —comentó Carola con una mezcla de sinceridad y burla en el tono de su voz—. Increíble.

Gimena las dejó que se divirtieran admirando su atuendo y no pudo evitar sonreír ante los comentarios.

Se tomaron unos minutos más para analizar el menú. Mientras lo hacían, quisieron saber cómo seguía su relación con Etienne. De las tres, sólo Lara lo conocía; el encuentro se había producido un par de años atrás cuando Lara y Andrés viajaron a Europa para participar de una feria gastronómica a la que ella había sido invitada. Las miró dedicándole una sonrisa condescendiente.

—No estoy muy segura de qué contarles chicas, —empezó diciendo. Hizo una pausa mientras la camarera servía las bebidas y aprovechó para organizar sus pensamientos—. Estamos en un impás. Él quiere formalizar, yo no estoy segura. Iba a venir conmigo a este viaje, si hasta íbamos a tomarnos una semana en Bariloche, pero, como siempre, a último momento me canceló. Pues eso me tiene harta, me enojé y le pedí un tiempo.

—Pero Gime, hace más de cinco años que están juntos, —comentó Lara—. ¿No te parece que ya deberías ir dándole algo de forma a la relación? No pueden seguir

él en Paris y vos en Madrid de por vida.

Gimena le dispensó una mueca y bajó la vista hacia su servilleta.

—En realidad no sé qué haré. Por lo pronto, durante el tiempo que esté en Buenos Aires, estamos algo así como separados, —aclaró—. Etienne no lo sabe, pero vine a Buenos Aires con varios proyectos en la cabeza, — empezó diciendo. Miró a Mariana—. Tu casamiento, Marian, fue el punto de partida, pero hay otros asuntos que debo atender.

—Decime que finalmente hablaste con Manuel, — aventuró Carola.

Gimena sacudió su cabeza negativamente y por un breve instante se le ensombreció el semblante.

—Manuel no sabe que estoy en la ciudad. Tampoco mamá lo sabe, aunque ella hace años que vive en Miami, —respondió con pesar—. Estoy en el departamento de Raúl. Él me guarda el secreto. No tengo ganas de ver a Manuel.

— Pero Gime, ya pasaron más de tres años, — comentó Lara estirando su mano hasta alcanzar la de Gimena—. Tenés que superarlo.

Carola notó que la situación la angustiaba y decidió intervenir.

—Ya resolverás ese asunto, —dijo buscando levantarle el ánimo—. No te amargues.

—Todavía cuesta digerir lo sucedido.

—Bueno, bueno, no vamos a entristecernos por eso

ahora que acabas de llegar, —insistió Carola. Buscó su copa y la elevó—. Hace siete años que no nos vemos hoy no hablemos de cosas feas, —concluyó y elevando su copa propuso un brindis—. Por nosotras.

—Por nosotras, —repitió Lara alzando su copa uniéndose a la propuesta.

—Ah chicas, ustedes son únicas, —dijo Gimena con ojos cargados de emoción.

Chocaron sus copas y bebieron un sorbo. La moza se acercó a tomar sus pedidos. Una vez que estuvieron a solas, Lara quiso saber de qué se trataban esos proyectos que Gimena había mencionado.

—Primeramente, voy a concentrarme en los artículos que debo preparar, —explicó—. En Madrid estuve entrevistándome con varios especialistas que se ocupaban de Arte Terapia para empaparme del tema. Quiero realizar varias entrevistas al respecto en Buenos Aires y así darle difusión, —continuó explicando con apasionamiento.

—Algo así escuché que estaban probando en la clínica de mamá, —comentó Mariana—. Por qué no la llamás. Es más, si mal no entendí, mamá me comentó que en un programa de esas características estaba Ada, la mamá de Micky.

—Pasame por mensajito el número del móvil de Marta así la llamo y coordino con ella, —terminó diciendo Gimena—. Gracias por el dato Marian.

—Ya mismo, —dijo Mariana asintió y mediante un WhatsApp le envió a Gimena los datos de su madre—.

Ahí fue.

Gimena bajó la vista hacia su celular. Frunció el ceño al ver el poema que Etienne le había enviado junto a una abierta declaración de amor. En respuesta le envió un emoji para no tener que escribir. La mortificaban esos mensajes, porque ahora a la distancia, la decisión parecía hasta más sencilla de sostener.

—Por otra parte, mi superior me ha pedido que le eche un vistazo al funcionamiento de la Editorial, —agregó una vez recuperada—. Supongo que, al instalarme ahí, podré observar todo mejor y sobre la marcha irán notándose las falencias y los aspectos a informar. Ya veremos con qué me encuentro realmente.

—Vas a estar entretenida, —comentó Carola.

—Si, además, un poco en broma un poco en serio, le mencioné a mi superior que podría presentarles un proyecto para levantar la revista de Cultura, —agregó y su propio entusiasmo la sorprendió.

—¿Y?

—Dijo que lo esperaba. —Sonrió y las miró divertida—. La verdad es que me entusiasma la idea.

—Si hay alguien que puede lograrlo, esa sos vos Gi, —le aseguró Lara con firmeza—. Tu apasionamiento contagia. Contá conmigo si necesitas organizar algún evento.

—Te tomo la palabra Larita, —accedió Gimena con una sonrisa. Respiró hondo resuelta a cambiar de tema. Hablar de la revista le recordaba a Antonella Mansi y eso

la incordiaba—. Cambiemos de tema, cuéntenme de ustedes, de sus esposos, sus hijos. Chicas me cuesta creer que tengan tantos hijos.

Las tres sonrieron e intercambiaron miradas. Lo que Gimena mencionaba como una novedad, hacía rato que había dejado de serlo para ellas. La realidad era que las tres estaban bastante en contacto. Ellas eran amigas, sus esposos eran amigos entre sí y, como si eso fuera poco, Mariana y Carola enviaban a sus hijos al mismo colegio donde Mateo Estrada y Bautista Torino eran compañeros de grado y de banco. Inseparables.

Aguardaron que les llevaran sus platos hablando de los chicos. Lara acababa de festejar el segundo cumpleaños de sus gemelos, Thiago y Tomás; y la maravillosa fiesta los había reunido a todos. Gimena las observaba con emoción. Sólo a Mariana la había visto en ese rol y disfrutaba mucho de escucharlas hablar de sus hijos; aunque era raro.

Mientras Carola hablaba de los dolores de cabeza que le daba Mateo, el segundo y más revoltoso de sus hijos, Gimena advirtió que Mariana miraba sistemáticamente su teléfono. Su rostro parecía sombrío, como si estuviese pensando en otra cosa. También Lara debió notarlo porque, poniendo su mano en su brazo, llamó su atención en cuanto Carola concluyó con su relato.

—Nada, Micky debe haberse olvidado de cargar su celular porque le estoy escribiendo y no me responde, — comentó con voz aplomada—. Siempre le pasa. Quería

saber cómo estaba Benja.

—Esperá que le escribo a Javi, —dijo Carola rápidamente—. Hace rato me escribió para comentarme que ya estaban en tu casa y que Mateo quería quedarse a dormir con Bauti.

—Por mí no hay drama, Joaquín y Pili están con Esteban este fin de semana, —respondió sin dejar de contemplar el celular de su amiga—. Cata tampoco está.

Para distraerla, Gimena mencionó que se había encontrado con Guillermo en Barajas y que habían regresado juntos. Lara y Carola la miraron entusiasmadas por saber de un nuevo round entre ellos.

—No me miren así, —protestó Gimena divertida—. Con Guille ya nos dimos cuenta de que lo nuestro es la amistad, —agregó risueña—. Por otra parte, anda en algo.

—¿Qué te contó? Javi está de lo más intrigado, —comentó Carola. Estaba por agregar algo más pero el sonido de su celular la interrumpió. Miró a Mariana—. Dice Javi que Mateo ya está metido en la cama con Bauti; están mirando una peli. No hay forma de sacarlo de tu casa Marian. Benja ya comió y se durmió. Todo en orden.

Mariana asintió y conteniendo el aliento se irguió paseando la mirada por la mesa con gesto ofuscado. Ni Lara ni Carola lo notaron, no así Gimena que le resultó extraño su silencio.

—¿Está todo bien Marian? —preguntó Gimena. Hubiese jurado que sólo se hablaría de hijos y de los preparativos de la boda, pero nadie había abordado este

último tema—. No has hecho el más leve comentario sobre los preparativos del casamiento.

—Está todo encaminado, —respondió evasivamente—. Después de seis años de vivir juntos y con un total de seis chicos en la casa, todo es muy natural. Todo está muy bien.

Carola y Lara fruncieron sus ceños y la miraron ahora prestando más atención. Un silencio incómodo se instaló en la mesa y las tres amigas intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Qué está sucediendo Mariana? —dijo Lara desconcertada—. Esa fue la respuesta más extraña que te escuché dar desde que te conozco.

—Hace una semana que Micky no me habla, —confesó entre incómoda y angustiada.

—No tenía idea de eso. Pero ¿por qué? —exclamó Carola desconcertada—. ¿Qué pasó?

—Pasó que me parece que ya es hora de que Micky haga las paces con Hernán y Clarisa, —dijo con firmeza—. No puede seguir negándolos de por vida.

Gimena se perdió. No tenía idea de quienes eran esas dos personas, pero a juzgar por el modo en que Lara y Carola reaccionaron, debían ser importantes. Fue Carola quien se ocupó de aclararle que Herman y Clarisa eran los medio hermanos de Micky; los que había descubierto al morir su padre.

—Se me ocurrió invitarlos a la ceremonia, —dijo y buscó en los rostros de sus amigas algún gesto de

complicidad—. A Micky no le pareció bien. Pero ellos también son parte de su familia.

—¿Cómo se te ocurrió hacer una cosa así? —exclamó Carola—. Por supuesto que no iba a parecerle bien. Si Micky no quiere ni hablar de ese asunto.

—Sos fatal, Mariana, —agregó Lara sin dar crédito a lo que escuchaba—. Ese es un tema de Miguel. Que sea tu esposo no te habilita a meterte en absolutamente todos sus asuntos.

—No estoy de acuerdo, Miguel no se da cuenta que necesita resolver la situación con sus hermanos, —respondió ofuscada por estar siendo cuestionada—. Él cree que no me doy cuenta de cómo lo afecta; pero si lo hago. Me duele muchísimo ser testigo de eso. Micky tiene un corazón de oro; esta forma de proceder no es propia de él. Sé que quiere acercarse, lo sé, pero es muy tozudo.

Carola fue quien salió a sostener a Mariana. La conocía de sobra y podía jurar que más allá de mostrarse firme en su postura, se debía estar desmoronando por dentro.

—Conociendo a Micky, estoy segura de que así es, —dijo con suavidad Carola. Mariana la miró y le dispensó una sonrisa suave—. Pero tenés que aprender a respetar sus decisiones, aunque no estés de acuerdo.

Algo contrariada, Mariana desvió la vista hacia su celular al ver que la pantalla se encendía. Era un mensaje de su hija Pilar que le comentaba que al día siguiente iría a casa de una amiga a hacer un trabajo práctico.

—Está bien, —dijo todavía contrariada por haber abordado un tema del que no deseaba hablar. Miró a sus amigas con resignación—. Está bien, voy a respetar su decisión. Aunque lo vea sufrir, voy a dar un paso al costado y dejaré que lo resuelva. No esperen que esté de acuerdo.

—No te pongas melodramática, —comentó Lara con cansancio—. Miguel sabrá manejar la situación. Podrías tenerle un poco más de confianza a tu esposo.

Un nuevo silencio se apoderó de la mesa. Mariana se mostraba muy afectada. Carola le hizo un ademán a Lara para que tratara de no ser tan dura con ella.

—Habíamos quedado que hoy sólo se hablan de cosas lindas, —recordó Carola tratando de aplacar los ánimos—. Mañana será otro día.

—Estoy de acuerdo con Caro, —se sumó Gimena alzando su copa—. Las quiero chicas. No saben el vestido que traje para la fiesta; directo de las Galerías Lafayette. Una belleza. Se van a morir de envidia.

—Pago por verlo, —dijo Carola con una gran sonrisa—. ¿Color?

—Verde loro, —fue la rápida respuesta de Gimena.

La carcajada de Lara llamó la atención de varias mesas. Durante el resto de la velada hablaron sólo de temas que las hicieron reír. Entre carcajadas y recuerdos de divertidas anécdotas, las cuatro fueron compartiendo risas y alegrías. Para cuando la cena concluyó y las amigas se separaron, Gimena sintió que su corazón volvía

a vibrar. Estaba en casa.

CAPÍTULO 6

La siguiente vez que se presentó en la Editorial, Gimena preguntó directamente por Romina del Pino. La chica de cabello corto y lacio, y carita de veinteañera, parecía tensa y algo incómoda con el rol que le tocaba desempeñar. Saludó a Gimena con algo de rigidez y una actitud distante, propia de quien está recibiendo a quien seguramente alteraría la placentera vida laboral de esa editorial. <<No se equivoca>> pensó Gimena consciente de la gran cantidad de rumores que su presencia debía estar provocando.

Romina la guió a lo largo de un grupo de boxes, señalándole los distintos sectores que se distribuían por el piso. <<El editorial—tour>> pensó sarcástica Gimena. Allí estaban los diagramadores y los diseñadores; también un poco más alejados estaban los editores y los que representaban al departamento comercial. *Generalmente llegan pasado el mediodía*, había acotado la chica para justificar la falta de personal. <<Por supuesto>> pensó Gimena con algo de ironía.

A la distancia le señaló el despacho que Antonella había sugerido le ofrecieran; había sido el despacho de quien fuera el segundo de la Editorial y que había fallecido tan solo diez meses atrás. A Gimena el comentario le produjo cierta aprensión, pero no dijo nada, aun cuando detectó dos mensajes subliminales en el

discurso; el despacho pertenecía al “segundo”; también que estaba “muerto”.

—Es un despacho espacioso y luminoso, —decía Romina una vez dentro. Giraron para apreciar el lugar que estaba delimitado por paredes de vidrio que permitía tener una buena visión de todo el piso—. Perdón, pero a Rubén le gustaba controlarlo todo, nunca usó cortinas.

—Despreocupate, Romina, —respondió acompañando sus palabras con una sonrisa tranquilizadora, pero en el fondo estaba convencida de que Antonella prefería tenerla expuesta a la vista de todos. No se lo permitiría—. No me molesta para nada. Además, sólo serán unos meses.

—Claro, —accedió Romina con una sonrisa.

Antes de marcharse, Romina le ofreció un café que Gimena aceptó de buen grado. Agradeciendo estar a solas por unos momentos estudió mejor la oficina que le habían ofrecido. No estaba mal; aunque podría estar infinitamente mejor. Ya se ocuparía de ello. Estiró su mano y tomó el teléfono; funcionaba. También encendió la computadora que allí habían dejado instalada; también funcionaba, pero la usaría poco y nada, para ello tenía su ordenador con programas mucho más actualizados.

Mientras esperaba que Romina regresase con el café, resolvió que ese mismo día se instalaría. Algo la empujaba a hacerlo, como si la necesidad de plantar bandera la apremiase. Mentalmente tomó nota de todo lo que deseaba hacer para acondicionar ese despacho y así tornarlo más acogedor para los seis meses que tenía

pensado quedarse allí.

—¿Estarás cómoda aquí? —preguntó Romina colocando una bandeja con el café sobre el escritorio.

Gimena asintió y guardó silencio por unos segundos.

—Sí, tiene buena vista y buena vibra, —dijo finalmente acompañando sus palabras con una sonrisa—. Aquí podré trabajar con mucha comodidad. Me instalaré hoy mismo si no es molestia. No quiero perder más tiempo.

Romina asintió no podía decir nada contra ello, aunque no estaba segura de que su jefa se sintiera tan entusiasmada con la idea. En realidad, Antonella esperaba desalentarla, pero parecía que la oferta había tenido el efecto contrario en ella.

Como si Romina ya se hubiese retirado, Gimena se sentó en el sillón tras el escritorio y extrajo de su bolso un anotador con su correspondiente lapicera. También depositó una agenda de cuero grande y cuadrada, que mecánicamente abrió en el día de la fecha. Por último, acomodó unos parlantes portátiles y extrajo su Mac y su iPad.

—Bueno, Gimena, te dejo así te instalas tranquila, — agregó Romina sin saber qué otra cosa decir. La asombraba la facilidad con que esa mujer se acomodaba—. Cualquier cosa que necesites, mi extensión es la 144.

—Muchísimas gracias, Romi, —respondió con amabilidad—. ¿Seré curiosa? ¿Cuál es esta extensión? Y para hacer alguna llamada, ¿debo marcar algún número?

—La 212 es tu extensión. Para llamadas debés presionar el 9 para tomar línea.

—Gracias una vez más.

Mirko llegó a la Editorial pasado el mediodía. Todavía le dolía la cabeza y sentía el cuerpo rígido luego de una noche difícil. La repentina aparición de esa mujer, le había provocado un estado de ansiedad importante y, buscando aplacar la sensación, había consumido prácticamente todo lo que tenía. Sólo así había logrado dejar de pensar; dejar de sentirse acosado y alcanzar un poco de paz.

Con la excusa de estar apremiado por la entrega de la producción fotográfica que había realizado, se sumergió en su privado sin cruzar palabra con nadie. Se sentó tras su ordenador y de su mochila extrajo la notebook para realizar el mismo procedimiento que había hecho la tarde anterior. Afortunadamente a Garrido le importaba bien poco la conversación que Gimena Rauch había mantenido con Antonella; ella sólo parecía interesada por Alejandro De la Cruz. Eso lo tranquilizaba.

En pocos segundos, una nueva ventana se abrió y Mirko contempló a Antonella escribiendo tras su ordenador. Pulsó las dos teclas de siempre y acomodó la notebook lejos de la vista de los curiosos. Simultáneamente su celular comenzó a emitir un sonido extraño; lo miró y leyó el mensaje que le estaban enviando. *Se activó*, alguien le informó. Comprendió

perfectamente que Antonella estaba haciendo contacto con la persona que les interesaba. *Ocúpate.*

Mirko respiró hondo y se volvió una vez más hacia su notebook; conectó los auriculares. Ahora Antonella hablaba por celular. A alguien le decía que ya había enviado la información solicitada y que esperaba nuevas directivas. También insistía en que correspondía que algunas de las invitaciones fueran enviadas desde la Editorial. La conversación no había durado mucho más, pero la había dejado tensa. Durante los siguientes veinte minutos su atención osciló entre los fotogramas y lo que sucedía en el despacho de Antonella. La Editora no había vuelto a escribir ni a hablar.

No habían transcurrido ni quince minutos cuando un nuevo mensaje ingresó en su celular. Seguro que debía tratarse de Garrido, bajó la vista, fastidioso. Lo sorprendió advertir que se trataba de un número no identificable.

Eres un hombre de lo más atractivo. Ahora entiendo muchas cosas. Vos y yo tendríamos que salir un día de estos. Algo me dice que tenemos mucho en común. No perdamos el contacto. SR.

Se dejó caer contra el respaldo de su asiento con la vista clavada en el mensaje que acababa de ingresar a su casilla. <<¿Serena Roger?, —se preguntó completamente descolocado pero seguro de su deducción—, ¿Cómo había conseguido su teléfono?>>. No le causó nada de gracia recibir ese mensaje. Ya el día que la conoció había advertido que debía estar alerta con ella. Detrás de ese

rostro bellísimo se escondía otra cara y Mirko no tenía idea de qué pretendía o para qué lado jugaba. Buscó las imágenes que le había tomado el día anterior y las estudió una a una; fácilmente notó la tensión en sus rasgos. Esa mujer estaba alerta. <<Definitivamente hay algo más, pero no voy a alertar a Garrido hasta no estar seguro>>, concluyó extrañado.

—Mirko, —lo llamó Romina deteniéndose junto a su box y posando una de sus manos sobre el hombro del fotógrafo al notar que no la había escuchado.

Sobresaltado, alzó la vista y frunció el ceño al ver a la secretaria de Antonella escoltada por una mujer a quien reconoció en el acto. Tragó y se le tensaron cada uno de los músculos de su cuerpo y el estómago se convirtió en piedra. Paralizado aguardó el momento en que la mujer lo descubriera y todo se desmoronara. Era el fin.

—Mirko quería presentarte a Gimena Rauch, — siguió diciendo Romina diligente sin percibir nada de lo que el fotógrafo atravesaba. Se volvió hacia la muchacha—. Gimena, él es Mirko Milosevic uno de los fotógrafos de la Editorial.

Gimena le dedicó una mirada suave primero y una sonrisa amigable después. Educadamente estiró su mano para estrechar la de él. Mirko, trató de corresponder el saludo. Miró a Gimena Rauch con reparo. Era diferente a como creía recordarla. Su rostro le pareció delicado, de rasgos finos y mirada cálida. No era una belleza descollante, pero el conjunto tenía cierto poder. Sintiendo

que jugaba con fuego, que caminaba por una cornisa extremadamente delgada y que no tenía la menor posibilidad de desembarazarse de la situación, estrechó la mano de la mujer. El contacto le resultó suave, afable y le provocó un escalofrío.

—Encantada, —dijo Gimena amablemente, aunque algo desconcertada por el modo de reaccionar del hombre. Intrigada lo miró directo a la cara con tanta naturalidad que él se sintió en completa falta y fue incapaz de emitir palabra.

—Gimena va a quedarse unos meses con nosotros, —prosiguió Romina procurando llenar el incómodo silencio que se había instalado entre ellos—. Justamente le estoy mostrando el piso y presentándola a algunos de los chicos que trabajan en el área de Cultura. Va a ocupar el que era el despacho de Rubén.

—Bienvenida, —logró articular Mirko sintiendo un nudo en la garganta y el corazón a punto de estallar en su pecho.

—Muchas gracias, —dijo sin dejar de sonreír. Miró a Romina—. ¿Seguimos?

Mirko la observó alejarse. Todavía con el corazón galopando en su pecho se dejó caer en su asiento y respiró. No lo había reconocido; no podía creer su suerte. Le temblaban las manos y empezaba a sentirse sudado. Raudó se dirigió al sanitario donde se encerró en uno de los privados.

Buscando serenarse se tomó la cabeza con ambas

manos. No podía estar sucediéndole algo así. Tenía que tranquilizarse o terminaría por delatarse él mismo. Se esforzó por recuperar la calma para pensar con mayor claridad. Al final, llegó a la conclusión de que sólo tenía que tratar de evitarla. <<Sí, sólo tengo que evitarla>>, se ordenó sin poder contener el miedo y la culpa. <<Ella por un lado y yo por el otro. Sencillo>>.

Gimena había terminado la escueta recorrida y ya se encontraba nuevamente en el despacho que le habían asignado. Tenía que reconocer que el personal presencial era aún menor al que ella había aventurado; y como debería haberlo anticipado, la mayoría de la gente que allí se encontraba trabajaba para la revista de modas. Eventualmente prestaban colaboración con la publicación Cultural; pero nada más. La misma Romina le había explicado que dado que el suplemento de cultura era semestral, no tenía ningún sentido tener gente allí sentada sin hacer nada. La sulfuraba que hablasen de la publicación de cultura como suplemento o menospreciaban el trabajo que allí se difundía. Gimena la había dispensado mentalmente porque comprendió que la chica, repetía con veneración todo lo que Antonella Mansi le decía.

La distrajo el apuesto fotógrafo que Romina le había presentado. Venía de la recepción donde seguramente había fumado un cigarrillo en el balcón; Romina ya le había enseñado que ese era el lugar para hacerlo. Algo en

él despertaba su curiosidad. Era un lindo tipo.

Gimena cebó un nuevo mate y chupo de la bombilla sin apartar la mirada del atractivo hombre que despertaba miradas y comentarios a su paso. <<Este es más que consciente de lo que genera; es de los peligrosos>> pensó divertida por su propio análisis. <<Bien debe estar aprovechándose de eso>> agregó convencida de que debió haberse acostado con varias de las mujeres del piso. Sonrió aceptando que era un hombre de aura oscura. <<Pero ya no>>, concluyó al verlo ingresar con familiaridad al despacho de Antonella Mansi. <<Este pica alto>>, agregó ahora con seriedad. Y si de algo estaba segura Gimena, era que a la editora no le agradaba compartir. Mucho menos al bocado que se estaba comiendo.

—Te extrañé anoche, —dijo Antonella con voz aniñada al verlo aparecer. Se puso de pie y mecánicamente cotejó que las cortinas estuviesen corridas —. Me hubiese venido tan bien uno de tus maravillosos despertares.

—Puedo darte uno ahora sí lo deseas, —se ofreció solícito besando su cuello.

—No lo digas dos veces mi amor, —se apuró a decir Antonella melosa—. Pero prefiero disfrutarte por más tiempo y en otras condiciones.

—Hagamos una cosa, —sugirió Mirko posando sus manos sobre los delgados hombros de la mujer. Los masajeó con movimientos lentos y circulares tal como a

ella le gustaba—. Podemos cerrar con llave, y adueñarnos de ese sofá, —sugirió con voz ronca, abordándola antes de que ella pudiera siquiera evaluar la propuesta. La besó intensamente provocándole un estremecimiento—. ¿Qué decís?

—Ufff, tus besos me dejan haciendo trompos, —confesó en un susurro para luego morderle el labio inferior—. Aunque me encantaría aceptar tu propuesta, tengo muchas cosas de que ocuparme antes de asistir a una importante reunión

—¿Reunión?

—Si en un rato viene Alejandro, —respondió volviendo su atención a los papeles sobre los que había estado trabajando—. Nos reuniremos con un nuevo socio. Y seguramente luego vayamos a cenar con él, —agregó al pasar.

Las últimas palabras de Antonella lo alertaron. Ese era el tipo de información que Garrido siempre le demandaba.

—Bueno entonces, tendremos que dejarlo para otro día, —deslizó acompañando sus palabras con una sonrisa cargada de promesas—. Te dejo trabajar y vuelvo a lo mío.

Antonella asintió, sin demostrar mucho entusiasmo, se volvió hacia su ordenador.

Luego de informar a Garrido, de la reunión y de la posible cena, Mirko se mantuvo en su escritorio. Desde allí, simulando estar trabajando en varias fotos que había tomado días pasados, procuraba seguir el movimiento del

piso para no perderse el momento en el que De la Cruz se presentase.

No había transcurrido ni una hora, cuando escuchó la voz de Romina saludándolo. Con discreción, observó al hombre de porte distinguido ingresar al despacho de Antonella. Ahora sólo debía concentrarse en la información que de esa reunión podría surgir.

Como si nada estuviese sucediendo, se volvió hacia la notebook y conectó los auriculares para escuchar la conversación que Antonella mantenía en su despacho con su marido. Era una bendición que hablaran con tanta soltura, pues en esa conversación descubrió que una fiesta bastante privada se estaba organizando. La charla rondaba en torno a los beneficios que les traería asociarse con un tercero.

Mirko sonrió malicioso al escuchar la información; <<Esta vez Garrido estaría satisfecha>>, pensó. Pero la sonrisa se borró de sus labios al escuchar que en cuanto el futuro socio se presentara, se trasladarían a la sala de Reuniones donde estarían más cómodos. Maldijo su suerte, no había tenido ocasión de plantar micrófonos allí y esa había sido una omisión imperdonable.

La voz de Gimena Rauch, lo sacó del trance. La mujer pasó junto a su box hablando en francés. No sólo el idioma le llamó la atención, sino también la tensión que había en su voz al hacerlo. Se le aceleró el pulso al verla deambular entre los escritorios, tan libre, tan ajena a todo, tan peligrosamente cerca de él. Tragó. En sus oídos

Antonella y De la Cruz comenzaban una discusión. Él la amenazaba con dejarla fuera del negocio, ella replicaba recordándole que, sin ella, él tendría que esforzarse mucho para alcanzar sus objetivos. Mal que les pesase a ambos; se necesitaban.

No lograba concentrarse en la discusión que mantenían Antonella y su esposo. Le costaba mantener la atención cuando la Rauch volvía a pasar a su lado y su perfume sobrevoló sobre él. La miró de soslayo, considerando que parecía rondarlo un espectro que en cualquier momento podría arrastrarlo a las tinieblas. Tenía que tratar por todos los medios de mantener a Gimena Rauch lo más apartada posible, o como mínimo intentar neutralizar su efecto.

Buscando despejar un poco su mente y quitarle así algo de tensión a la situación se puso de pie; necesitaba pasar por el baño.

Luego de una línea se sintió revivir. Fue por un café y por un cigarrillo.

<<Esto es una broma de mal gusto>>, pensó al salir al balcón y ver a Gimena hablando por teléfono. <<¿Por qué demonios no habla por teléfono en su despacho?>> maldijo incómodo. Encendió el cigarrillo y clavó su mirada en su celular, evitando cualquier contacto. No obstante, trató de prestar atención a lo que ella hablaba. El tono de la conversación era amistoso y, aunque no entendía una palabra, dedujo que había algún tipo de relación con su interlocutor.

Al cabo de unos minutos, Gimena Rauch concluyó la conversación y regresó al interior sin siquiera mirarlo. Mirko respiró hondo sintiendo cómo el alma regresaba a su cuerpo. Definitivamente tenía que prestar más atención para evitarla a como diera lugar.

La siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Procurando serenarse, Mirko permaneció unos minutos más en el balcón hasta recuperar el dominio de sus emociones. Desde donde estaba parado tenía una buena visión de la recepción de la editorial, de modo que, cuando Alejandro De la Cruz y Antonella se acercaron para recibir al hombre con quien debían reunirse, pudo presenciar toda la escena con claridad.

Dio un paso atrás, afectado e impactado por ver a ese hombre tan cerca suyo. Ocultándose detrás de los cortinados de los ventanales, estudió a Candado sintiendo que el odio renacía en su interior. A simple vista se lo veía más canoso y más gordo, pero su costoso traje, sus finos zapatos y la exclusiva corbata hablaban de un muy buen pasar. <<Pedazo de hijo de puta>>, gritó su mente furiosa. Le dio una última aspirada a su cigarrillo y buscó su celular.

—Nunca mencionaste ¿qué relación hay entre Candado y De La Cruz? —demandó sin siquiera saludar a su interlocutora.

—¿Dónde estás? —exclamó la fiscal del otro lado de la línea y la delató la ansiedad—. ¿Los estás viendo juntos?

—Respondé primero mi pregunta. No te hagas la pelotuda conmigo Claudia, —dijo con voz helada—. Cuando todo esto comenzó me dijiste que seguramente tendrías información sobre Candado. ¿Cuándo pensás darme algo? ¿Qué sabes de él?

—De momento sólo sé que suele organizar selectas reuniones donde corren las apuestas, las drogas y las mujeres, —explicó a regañadientes—, pero no tengo nada más. Hace rato que le perdimos la pista. Lo último veraz que supe, era que estaba instalado en Paraguay.

Mirko masticó esta última información. Encendió un nuevo cigarrillo y con disimulo observó a Romina dirigirse a la Sala de Reuniones llevando una bandeja con tres cafés.

—Tu momento de responder, Croata, —demandó ofuscada—. ¿Estás viendo a Candado con De La Cruz? Necesito esa información.

—Tal vez, —respondió cortante—. Luego te llamo.

—Escuchame Mirko, —dijo la mujer tratando de controlar sus propios impulsos—. No se te ocurra hacer una locura y tirar por la borda toda la operación. Tranquilizate que un arrebató sin sentido puede arruinar años de esfuerzo. No te dejes ver, corres el riesgo de que te mate si llega a reconocerte. Hablo en serio.

Mirko no respondió, simplemente culminó la conversación y dejó el balcón maldiciendo por no haber colocado micrófonos en la Sala de Reuniones. Estaba seguro de que debía ser muy interesante lo que allí se

estaría discutiendo. La existencia de Gimena Rauch había dejado de preocuparlo.

—¿Tenés las fotos?, —dijo De la Cruz mirando a su esposa.

—Si acá están, —respondió ella tomando el sobre que Mirko le había entregado—. Son lindas chicas; tentadoras. Creo que podremos sacar buenos dividendos.

—Eso ya lo veremos, —repuso Candado—. Todo depende de cómo aprendan a desenvolverse.

—¿Recibiste el detalle del próximo número? —preguntó Antonella a su esposo.

—Sí, —respondió Alejandro sin apartar la mirada de las fotos que desplegaba sobre la mesa de reuniones—. Ya está todo listo.

Candado miró con detenimiento las fotografías que Alejandro le presentaba y asintió conforme con la selección que De La Cruz había realizado un mes atrás.

—Perfecto. Si estas salen publicadas en el siguiente ejemplar —comenzó diciendo—, podemos hacer la entrega en agosto. Creo que con un mes de preparación será suficiente.

De La Cruz extrajo un celular de su bolsillo y tomó nota de los nombres de las chicas. Junto a cada nombre agregó el rótulo código naranja, lo cual indicaba que esas chicas serían incorporadas a un grupo de elite.

—¿Cómo viene la entrega de julio? —quiso saber De La Cruz.

Candado se dejó caer en el respaldo de la silla y meditó sus próximas palabras. Por momentos lo incomodaba un poco hablar tan abiertamente de esos asuntos. Gracias a lo celosamente precavido que era, había logrado seguir en el negocio.

—Todo muy bien, —respondió Candado escuetamente—. Calculo que en unos días recibirán sus invitaciones para la apertura del lugar.

—Perfecto. Dejen que les diga que nuestros clientes están encantados de haber abierto esta nueva plaza, —agregó Alejandro de la Cruz con algo de soberbia—. El último encuentro fue de lo más productivo. Nuestras chicas, comprendieron el juego y se mostraron más que predisuestas.

—Hay algo que me gustaría que supieran, —dijo Antonella ante la primera oportunidad—. Hace dos días se presentó una mujer enviada por casa matriz, —comenzó informando—. Esta misma mañana se instaló en la redacción; debe realizar algunos trabajos para España, según dijo. No debería preocuparnos, porque su interés está en el suplemento de cultura y sólo va a quedarse seis meses.

—¿En qué podría perjudicarnos? —quiso saber Candado.

—A simple vista, en nada, —respondió Antonella con firmeza—. Ya sé que puede no ser importante, pero me preocupa que ponga el ojo en nosotros y busque irregularidades.

—Está bien que lo menciones, —respondió Candado adueñándose de la conversación—. Estaremos atentos. Si llega a hacer preguntas, las irás respondiendo a medida que las vaya presentando. Si se acerca mucho a donde no debe, ya veremos cómo lo manejamos. De momento no entres en pánico. No hay nada de qué sospechar.

—¿Qué sucedería si quieren cerrar la revista?

—Abrimos otra Anto, —se atrevió a deslizar Alejandro con soltura sin apartar la mirada de su celular—. Los clientes nos siguen a nosotros. Eso es lo que no terminas de entender. El cordón con España es relativo, sólo nos sirve de pantalla para legitimar el prestigio de la revista. Pero el negocio real pasa por otro lado.

Por momentos el imperioso deseo de patear la puerta de la Sala de Reuniones y abalanzarse sobre ese cretino para romperle la cara a golpes, lo abordaba con una fortaleza alarmante. Recapacitó en cada uno de esos arrebatos, convencido de que una reacción así no ayudaría a nadie; mucho menos a él. Pero cómo lo odiaba; llevaba años alimentando ese sentimiento.

Ansioso por saber el tiempo que llevaban reunidos consultó su reloj. Eran cerca de las ocho de la noche y la editorial comenzaba a vaciarse, sólo un par de redactores y algún que otro corrector permanecía con la cabeza inclinada hacia sus monitores, el resto ya se había marchado. El silencio empezaba a apoderarse del piso y eso ayudaba a Mirko que no tenía intenciones de

marcharse hasta que la reunión finalizase. Aguardaría el tiempo que fuera necesario, sólo para echarle una última mirada a Candado. El impacto había sido importante, tanto que el shock le había impedido observarlo debidamente; necesitaba hacerlo para grabar su rostro y no olvidarlo más.

Se puso de pie resuelto y cruzó el piso hacia el sector de refrigerios en busca de un café. El lugar estaba desértico, Leticia ya se había marchado; sólo el hombre de vigilancia permanecía entre la puerta vidriada y los ascensores custodiando que nadie no autorizado ingresase. Con un ademán saludó a Orlando que luchaba con las palabras cruzadas y de soslayo le dirigió una mirada solaz a la puerta de la sala de reuniones. Seguro de que nadie notaría su presencia, se acercó y luego de constatar que, desde su ubicación, el vigilante no podía verlo, Mirko se deslizó sigilosamente en el despacho de Antonella. El escritorio estaba limpio, la computadora encendida, pero bloqueada. Discretamente, fue husmeando en los distintos cajones.

El celular vibró en su bolsillo, interrumpiéndolo. Garrido insistía. Desde que le preguntara por Candado ya le había enviado cuatro mensajes. En el primero le exigía le confirmase si verdaderamente había visto a Candado con De La Cruz. En el segundo reclamaba noticias suyas; en el tercero le informaba que esa noche pasaría a verlo. Mirko frunció el ceño palpando la amenaza que escondía el mensaje. *No me rompas las pelotas, Claudia. Dejame*

trabajar. Luego te aviso. Envió el mensaje. Manteneme informada, fue la respuesta de Garrido; No se te ocurra hacerte el vivo conmigo.

Volvió a lo que estaba haciendo. Se concentró en los cajones del escritorio; sabía que no contaba con mucho tiempo. Fue casi por casualidad que al revolver uno de los cajones algo rozo sus nudillos. Intrigado, se agachó para observar mejor. Frunció el ceño, al ver la libreta cuidadosamente adosada al cajón superior.

Se disponía a extraerla, cuando escuchó voces provenientes del pasillo. Alarmado alzó la vista y divisó a Candado, De La Cruz y Antonella parados junto a la recepción. Tenía que salir de allí, si no quería ser descubierto; la libreta quedaría para mejor momento. *Están saliendo los tres a cenar*, informó rápidamente a Garrido. *Seguilos*, fue la respuesta de ella.

Dejó el despacho de Antonella y se apuró a cruzar el piso hacia su cubículo para guardar todo su equipo bajo llave. Necesitaba llegar a la planta baja antes que Antonella y su esposo así podía asegurarse de seguirlos, sin ser visto. Estaba terminando con la faena, cuando al salir casi tropieza con Gimena Rauch que dejaba su despacho.

—Ah perdón, no te vi, —dijo Mirko casi sin pensar.

Gimena dio un paso hacia atrás y fastidiada lo miró con dureza.

—No pasó nada, —fue la cortante respuesta de ella—. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, —respondió él todavía perturbado por la severa mirada que ella le había dirigido.

CAPITULO 7

El restaurante donde se realizaría el encuentro estaba ubicado en la Costanera Norte. Era elegante, sobrio y con una inmejorable vista del Río de la Plata. Desde la recepción, oculto entre la decoración, Mirko observaba la mesa donde Antonella cenaba acompañada de su esposo y de Candado. Un poco más alejados, pero con una buena visión del salón, Mirko había divisado a dos hombres que a juzgar por el modo que miraban hacia la mesa, bien podrían ser hombres de Garrido.

Una vez más en la vereda cotejó su celular mientras fumaba un cigarrillo con impaciencia. Tenía mensajes de Garrido; los leyó. En el primero le comentaba que en el interior había dos agentes suyos; le respondió que creía haberlos visto. Luego le indicaba que se quedara en zona, si podía obtener imágenes de las personas en cuestión mejor.

Por más de una hora permaneció en la sombra, espiando de tanto en tanto la mesa de su interés. Cuando los vio ponerse de pie y acercarse a la zona de valet parking, se agazapó contra una de las paredes y aguardó. Tenía la vista fija en Candado, quien con soberbia y algo de jactancia mencionaba que ya tenía todo listo para acondicionar el salón donde la fiesta se llevaría a cabo.

—Excelente, —respondió Alejandro—. Sólo falta definir los nombres de los invitados.

—Sí, pero a mi entender, —comentó Candado—, salvo unos pocos, serán los de siempre.

—Las invitaciones ya están confeccionadas, —comentó Antonella esforzándose por ser tomada más en cuenta en las decisiones—. Sólo necesito me indiqués dónde debo enviarlas o, mejor dicho, a quién.

Mirko no pudo escuchar nada más, pero se las ingenió para tomar varias imágenes con el celular antes de que dos empleados del restaurante acercaran los vehículos. En pocos segundos el matrimonio De la Cruz se alejaba seguido a escasos metros por Candado. Mirko bajó la vista hacia su celular y envió las imágenes tomadas.

—Vaya, —deslizó una voz femenina a escasos metros de distancia—. ¿Por qué será que no me sorprende encontrarte aquí?

Mirko elevó la vista sobresaltado y el rostro se le contrajo al ver a Serena Roger contemplándolo con seriedad. Él se irguió e intentó marcharse.

—Acabo de cruzarme con tu jefa, —deslizó con gesto inocente. Dio un paso más hacia el fotógrafo que ahora la miraba con ferocidad—. Alejandro necesitaba que le acercara un documento. ¿A vos también te convocaron?

—Estaba esperando a alguien que no va a venir, —dijo a modo de excusa mirándola ahora con reparo.

Serena alzó la capucha de su campera negra y cubrió la rubia cabellera con un solo movimiento. Se acercó un poco más. Hasta permanecer a unos pocos centímetros de

distancia de Mirko.

—Vos y yo, tenemos mucho de qué hablar, —dijo con firmeza mirándolo directo a los ojos—. Algo me dice que no tenés idea dónde te estás metiendo.

Sin decir más estiró su cuello con la intención de despedirse de él con un beso. Se detuvo unos segundos con su mejilla pegada a la de él y sus labios rozándole la oreja.

—Si te decidís, te espero en una hora en esta dirección, —deslizó casi en un susurro al tiempo que introducía un papel en el bolsillo de la campera de Mirko—. Esto es entre vos y yo. No te vas a arrepentir. Eso te lo aseguro.

Se separó de él lentamente y lo miró directo a los ojos como queriéndole dar cierto énfasis a sus palabras.

—*Pozdrav*, —dijo altivamente. Sonrió al advertir el desconcierto en el rostro del hombre—. Pensé que entendías tu idioma. Quiere decir “hasta luego” en croata.

Serena giró y se alejó de él, sin darle tiempo a nada. Sintiendo completamente expuesto Mirko siguió la silueta de la mujer con la mirada hasta que esta subió a un taxi que aguardaba el cambio de semáforo. Desde el interior del auto, y luego de indicarle al conductor a donde deseaba ir, le arrojó un beso.

Con un vaso de vino blanco en su mano terminó de seleccionar la ropa que luciría esa noche. Se había obligado a dejar de pensar en la editorial; en Antonella

Mansi y en todo lo que le demandaría llevar a adelante el proyecto que empezaba a gestarse en su mente; cuánto más lo pesaba, más factible le parecía. De pronto, y ante la resistencia que la Mansi ponía, se sintió emperrada en llevarlo a cabo.

Bebió un poco de vino, obligándose a dejar a un costado los problemas de la Editorial. Esa noche la esperaban en casa de Mariana y Miguel donde todos sus amigos se reunirían a cenar.

Salió de su casa con tiempo para llegar a horario y para no generar comentarios por su vestimenta, había elegido un vestido negro, que llevaba con botas altas de gamuza también negras y un amplio tapado de paño negro con diseños en rojo. Afortunadamente en esta ocasión se las había arreglado sola y no había sentido la necesidad de llamar a Belén para que la asistiera; su amiga estaría orgullosa y para demostrarle su avance, se tomó una fotografía y se la envió. Recibió un aplauso por respuesta.

Estaba llegando a Figueroa Alcorta cuando su celular sonó; atendió utilizando el sistema manos libres del coche.

—Hola, Gime, soy Guille, —se presentó y a juzgar por los sonidos que escuchaba, Gimena dedujo que también estaba manejando.

—Hola Guille —lo saludó—. ¿Estás yendo para lo de Micky?

—Sí, —le aseguró—. Sólo quería recordarte que por favor...

—No voy a abrir la boca Guillermo, no hace falta que me lo recuerdes, —lo interrumpió Gimena—. Ahora bien, ¿cómo va ese asunto?

—Va.

—No se te ocurrió llevarla hoy, —sugirió Gimena—. Era una buena ocasión para que la conozcan y así podía acompañarte en el casamiento.

—No, de ninguna manera, —se apuró a aclarar Guillermo—. Nada de presentaciones de momento.

—No te estarás encamando con un pibe vos....

—No seas pelotuda...

—Y bueno, no se entiende porque la escondes tanto, —le dijo Gimena perdiendo la paciencia—. A esta altura de la vida, ¿no te sentís mal escondiendo la relación?

—Pésimo... Pero ella tiene sus reparos.

—Ahhh Guille, no me gusta el tono de tu voz, —propuso Gimena apenada por su amigo. Aminoró la marcha, estaba casi llegando a destino—. No la estás pasando bien. Esa chica te está haciendo sufrir; ya no me cae bien. Lo digo en serio, vos no te mereces algo así.

—Pero la quiero, Gimena. No sé cómo terminé metido en este quilombo, pero la quiero.

Gimena estacionó y sacudió su cabeza al ver el coche de Guillermo media cuadra delante del suyo; estaba sentado dentro hablando por teléfono; con ella por supuesto. Evidentemente necesitaba hablar, mucho más de lo que manifestaba, eso la apenó más aún. Seguramente le estaba demandando un gran esfuerzo

ocultar sus sentimientos a sus amigos. ¿Cómo había llegado a esa situación?

Se acercó a él y golpeó el vidrio con uno de los nudillos para llamar su atención. Guille alzó la vista sobresaltado y al verla sonrió. Guardó su celular y salió del auto. Se fundieron en un abrazo a modo de reencuentro y en silencio caminaron hacia la entrada de la casa.

—A ver, dejá que te mire bien, —dijo Gimena parándose delante de Guillermo antes de tocar timbre. Le acomodó el cuello de la camisa y el saco de lino que llevaba puesto—. Arriba el ánimo que hoy es noche de amigos, no de parejas. Otro día nos juntamos a cenar y hablamos.

Guillermo asintió agradecido, necesitaba hablar con alguien sobre lo que le estaba sucediendo y Gimena era la persona indicada. Aceptó y le agradeció.

Tocaron timbre y enfrentaron la puerta. Desde el interior le llegaron los gritos de los chicos y los ladridos de los perros. Guillermo se arrimó a ella para sugerirle que tomara aire y exhalara con ganas, sugiriendo que no estaba preparada para lo que estaba por enfrentar. Ella sonrió, pero le hizo caso.

—¿Siguen sin hablarse? —preguntó entonces. Guillermo asintió acompañando el gesto con una mueca—. Es de no creer.

La puerta se abrió y ambos sonrieron a Mariana que los recibía. En sus brazos llevaba al pequeño Benjamín de

siete meses que acababa de comer y no deseaba apartarse de los brazos de su madre. Recostado contra el pecho de Mariana succionaba su chupete a un ritmo parejo y constante.

Guillermo fue el primero en separarse y apuró el paso hacia la cocina que era donde solían congregarse.

—Qué preciosa la casa, Marian, — comentó Gimena admirando el cómodo living comedor de amplias dimensiones decorado en cálidos colores tierra.

Era de estilo rústico y a diferencia del hogar que Mariana había intentado formar con Esteban, aquí se respiraba calidez. Por donde mirasen había grupos de chicos, jugando, conversando y corriendo; era un hogar sumamente familiar.

—A mí me encanta, —dijo con emoción—. Siempre supimos que tendríamos una familia grande. La casa la fuimos arreglando de a poco y según las necesidades.

Benjamín protestó en los brazos de su madre y Mariana le sonrió con emoción. Miró a Gimena sonriente.

—Tenés una hermosa familia, Marian, —le dijo mirando al bebé que ahora jugaba con el cuello de la blusa de su mamá—. Es precioso.

En la cocina encontraron a Guillermo conversando con las hermanas de Mariana. Milena y Marina se habían sumado a la cena y estaban ayudando a preparar las ensaladas. Al ver a Gimena ambas se acercaron a saludarla.

—El resto está en el quincho, —comentó Mariana

acercándose a una gran bandeja colmada de snacks, queso, salame y otras delicias que ya estaban preparadas para servir. Miró a su hermana Marina—, Podes llevar la bandeja Mari, yo me encargo de las salsas.

—¿Querés que me encargue de dormir a Benja? —se ofreció Milena, la menor de las hermanas y madrina del bebé.

Milena se acercó a su hermana y estiró sus brazos para tomar a su sobrino. Le besó el cuello, acariciándole el rostro con su nariz y el bebé rio. Mariana se volvió hacia la isla y tomó la bandeja con las copas.

—Gracias, Mile. Si lo logras, después déjalo en el cochecito y acércalo al quincho.

Miguel ingresó en ese momento a la cocina cargando una bandeja. Sonrió al ver a Gimena y a Guillermo.

—¡Qué alegría volver a verte Gimena!, —dijo sonriente al saludarla. Luego se volvió hacia su amigo—. Hola Guille, estábamos levantando apuestas con Andrés y Javier a ver si vendrías acompañado o no.

Los amigos se saludaron con un abrazo e intercambiaron comentarios. A Gimena no le pasó inadvertido que Mariana tomaba la bandeja y seguida por Marina dejaban la cocina sin haber hecho el más leve comentario. Nadie pareció afectado.

—¿Ya conociste al pequeñín de la casa? —preguntó Miguel acercándose a Benja para besarle el rollizo cuello. El bebé sonrió y le acarició el rostro a su padre.

—Claro que lo conocí, algo me dice que es el rey de la

casa, ¿no? —deslizó risueña. De reojo miró a Guillermo que tenía la mirada clavada en el bebé.

Conversando, Miguel y Gimena dejaron la cocina para reunirse con el resto de sus amigos que ya se encontraban en el quincho. Fue sumamente agradable para Gimena ver a Javier, Carola, Andrés y Lara conversando alegremente en torno a una gran mesa vestida con un mantel blanco y platos del mismo color con copas azules y servilletas haciendo juego. Dos grandes centros florales cortaban la blancura.

Uno a uno los fue saludando; hubo abrazos y palabras de cariño. Los niños iban y venían en ramilletes. Las niñas, por un lado, los niños por el otro y a todos Gimena fue conociendo. Al cabo de un rato los chicos desaparecieron dentro de la casa.

Gimena se acercó a la parrilla donde Javier y Carola conversaban con Miguel sobre el casamiento y le sorprendió la naturalidad con que opinaba; cualquiera diría que él y Mariana discutían cada punto para llegar a una conclusión en común. Sin embargo, todos allí sabían que no era así.

Lo más llamativo para Gimena fue presenciar, segundos más tarde, que Mariana se paraba a su lado y participaba de la conversación como si nada sucediese. <<Pero aquí se han vuelto todos locos>>, pensó Gimena desconcertada.

—Vayan sentándose —deslizó Miguel luego de echar un vistazo a la parrilla y apurarse a preparar una bandeja

con hamburguesas para los chicos.

Sin emitir una sola palabra, Mariana tomó la fuente que Miguel había dejado y se ocupó de preparar los sándwiches para los chicos.

Cada uno fue ubicándose como si ya supiesen los lugares que tenían asignados. Para Gimena fue hasta gracioso ver el orden con que se movían, tanto adultos como niños.

—Son preciosos, —se encontró diciendo como si pensara en voz alta. Miró a sus amigos que sonreían contemplando a sus hijos.

—Sí lo son, —respondió Andrés orgulloso mirando a su hija mayor. Una belleza de ojos grises y cabello oscuro que había heredado más del padre que de la madre—. Pero ya verás lo que se dificulta conversar.

—Hoy no, —aclaró Mariana con una sonrisa—. Hoy vamos a poder conversar tranquilos y a disfrutar de una buena cena—, agregó ganándose la atención de todos en la mesa; hasta la de Miguel—. Le pedí a Susana que se quede esta noche así me da una mano, —comentó ubicada junto a la cabecera que ocuparía Miguel.

—Genial, —dijo Carola encantada—. Mis chicos adoran a Susana.

—Todos adoramos a Susana, —aclaró Lara risueña.

Escuchándolos Gimena se ubicó junto a Javier, frente a ellos estaban Andrés, Lara y Mariana. No fue hasta ese momento que Gimena advirtió que Guillermo acababa de unírsele. ¿Dónde se había metido? Lo miró de reojo y le

llamó poderosamente la atención su silencio; también notó cierta tensión en su rostro. Por un breve instante, temió que algo más estuviera sucediendo; era raro verlo en ese estado de mutismo.

—¿Estás bien? —le susurró en un momento.

Él simplemente asintió, pero no dijo nada más. En ese momento, las hermanas de Mariana aparecieron trayendo las ensaladas. Las distribuyeron en la mesa y luego se ubicaron. Marina en la cabecera, Milena frente a Guillermo.

—¿Hablaste con mamá? —preguntó Mariana a Gimena—. No me comentó nada.

—No todavía, estoy tratando de organizarme. La situación es peor de la que creía, —respondió con algo de preocupación—. Tengo mucho por evaluar si quiero hacer una propuesta interesante para conseguir el puesto de directora de la Revista de Cultura. Pero, la realidad es que no sé ni donde estoy parada.

—Vaya, ahora vamos por el cargo y todo, —deslizó Lara encantada con lo que escuchaba—. ¡Esa es mi amiga!

—Hacé una auditoría, —sugirió Javier atento a lo que escuchaba. Gimena lo miró con atención, no se le había ocurrido algo así—. En base a lo que la auditoría arroje vas a saber dónde estás parada.

Gimena guardó silencio por varios segundos meditando la sugerencia. Luego sonrió y miró a Javier resuelta.

—Me gusta la idea, —reconoció—. ¿Puedo llamarte en la semana para hablar de esto?

—Obvio, —respondió Javier con firmeza—. Llamame y nos juntamos a ver en qué te puedo ayudar.

Durante el resto de la velada, no se volvió a hablar de trabajo. Hablaron del casamiento que tendría lugar en unas dos semanas y de los hijos. Guillermo estuvo callado la mayor parte del tiempo, sonreía por los distintos comentarios de sus amigos, Gimena lo observó en varias ocasiones con cierto disimulo y lo pescó observando a Milena.

<<¿Quién te está haciendo sufrir Guille? No te lo mereces >>, pensó disgustada con quien fuera que lo estaba dejando en ese estado.

Después de dar muchas vueltas finalmente resolvió presentarse en el bar donde Serena Roger le indicó que lo esperaba. No estaba seguro de qué debía esperar de ese encuentro, cuando se sentía en clara desventaja. Que esa mujer supiera quien era lo tenía preocupado y no podía dejar de considerar cuánto más sabría de su vida, mientras que él estaba completamente en blanco. Este encuentro no tenía nada de cita amorosa, todo lo contrario, si había algo que no podía ser puesto en tela de juicio era que estaba allí para hablar de asuntos mucho más serios; Información.

Llegó a la dirección indicada y lo primero que llamó

su atención fue reconocer el lugar. Se detuvo en seco y por un segundo dudó en ingresar al antro en el que todo había comenzado. Pero, aunque no quería que así fuera, su mente retrocedió diez años en el tiempo, hasta la noche en que Sonia le había presentado a Candado.

Tragó comprendiendo el mensaje que Serena le estaba enviando. Ella sabía todo de él. Información. Respiró hondo e ingresó.

Con algo de reparo, rechazo y aprensión, recorrió el ambiente con la mirada, enfrentando recuerdos amargos que se filtraban entre las oscuras mesas y la música lúgubre. No lo sorprendió descubrir que nada había cambiado. Ya resuelto encaró el angosto pasillo que conducía a la parte trasera, donde un número considerable de hombres y mujeres se distribuían entre tres mesas de billar y una larga barra que congregaba almas solitarias.

De primer vistazo no vio nada que llamase su atención. No quiso perder tiempo. Buscó su celular y marcó el número de Serena. Detectó inmediatamente a la mujer que, sentada en uno de los extremos, elevó la mano para llamar su atención.

A la distancia Mirko la estudió. Desde donde se encontraba, solo podía ver la espalda menuda cubierta por un chaleco holgado de características militares. El cabello estaba sujeto por una banda a la altura de la nuca, parcialmente oculto tras una gorra. Nadie en ese antro podría imaginar que se trataba de una ejecutiva de una agencia de modelos que bien podía ser una de ellas.

Resuelto, Mirko caminó hacia ella y sin decir nada se dejó caer en la butaca que estaba a su lado. La mujer ni se inmutó, mucho menos se volteó a mirarlo.

Expectante, él aguardó a ver cuál era el siguiente paso de la mujer.

—¿Hace mucho que no venías? —preguntó sin levantar la vista de su cerveza. Mirko no respondió ni la miró—. Me alegra que estés aquí, —agregó la mujer y no se notó ni soberbia ni arrogancia en el tono que empleó.

—¿Quién sos? —preguntó Mirko casi en un murmullo, como si la pregunta hubiese escapado de su mente—. ¿Qué pretendes?

Serena sonrió y bajó la vista hacia su vaso vacío, pero no se molestó en mirarlo. Con un gesto casi imperceptible le indicó al barman que repetiría el trago. A su alrededor la música era lo suficientemente fuerte para que nadie pudiese escucharlos. Un grupo reía y aplaudía en torno a una mesa de villar, una prostituta discutía con un cliente que no estaba de acuerdo con el precio; otra se dejaba manosear anticipando una buena paga, pero ellos estaban ajenos a todo aquello.

—Hace meses que te observo, —dijo Serena sin responder la pregunta—, y, sólo por mencionar algunas cosas diré que sé muy bien que entraste en el programa de libertad condicional y cumpliste condena hace poco menos de dos meses. También sé, que alguien intercedió para agilizar tu salida de Batán; deduzco que es a quien reportás.

Mirko bajó la vista sin saber cómo proceder. Esa mujer verdaderamente sabía mucho y lo asustaba sentirse en medio de fuerzas cruzadas.

—Sí, te hice investigar, —prosiguió ella con sinceridad—. Como te dije antes, no creo que sepas donde te estás metiendo.

—¿Qué querés? —exclamó Mirko cuando ya empezaba a perder la paciencia—. ¿Por qué me decís todo esto?

—Lo único que quiero es que no arruines meses de investigación, —lanzó Serena con un tono helado que lo tensó—. Te lo digo por el mismo motivo. Estoy arriesgando mucho al hablar de este asunto con vos, —continuó la mujer con paciencia—. Pero, de no hacerlo, corro el riesgo de que te conviertan en cabeza de turco y esos delincuentes queden libres de todo.

—¿Cabeza de turco?

—Si mi querido, —sentenció ahora con algo de rudeza—. Ese es tu rol en toda esta historia. Te lo aseguro.

Por primera vez, Mirko admitió que no era una mujer tan joven y que tenía muchos más conocimientos y autoridad de lo que mostraba. Le indicó al barman que le sirviera un vodka con hielo y la miró de reojo.

—¿De qué se trata todo esto?

—Se trata de que puedo ayudarte si vos me ayudás.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

Serena se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa. A la distancia notó que una mujer lo miraba con interés y

decidió marcar el terreno. Bajó de la butaca y se acercó a Mirko. Teatralmente le acarició el rostro y tomándolo entre sus manos lo besó sorprendiéndolo.

— No tengo idea de quién te metió en todo esto, pero tené por seguro que te están tendiendo una trampa. Estas metiéndote en un juego muy peligroso; un juego que te excede y ni siquiera sabes quién es quién, — susurró a su oído—. No confiaría tanto en tu benefactor. Aunque tu salida de Batán está legalmente sustentada y se han realizado todos los pasos estipulados, no queda del todo claro quién se presentó en el penal para acercarte una propuesta. Los registros se han extraviado y nadie recuerda nada. Tu abogado defensor desapareció misteriosamente. Sólo hay registro de una orden firmada por un juez.

Mirko no dijo nada por varios segundos. No estaba seguro de comprender. Mucho de lo que Serena decía le resultaba, por lo menos, creíble. La miró y lo desconcertó verla tan concentrada, tan segura de ser dueña de la situación.

Sabía que no podía mencionar a Claudia; eso era algo que desde el primer momento le habían indicado y Mirko lo veía como una carta en la manga.

Serena le dio margen para que asimilara lo que le había dicho. Luego lo miró y notó el desconcierto en el rostro del hombre que miraba hacia la nada con expresión preocupada, debatiéndose entre creerle o no. Estaba muy bien que lo pensara, eso quería decir que tenía dudas.

En el fondo le daba algo de pena; era un pobre tipo, solo en el mundo a punto tal que, si desaparecía, nadie lo echaría de menos. Por eso lo habían elegido; por eso y por su dependencia a la cocaína. Era un desahuciado sin posibilidades de nada; fácil de quebrar y de manipular, pero sus armas eran poderosas: encanto, seducción y ese “algo” que colgaba entre sus piernas. Las mujeres que habían pasado por su cama se deshacían en elogios. Pero, aunque representaba una terrible tentación, Serena no cometería la estupidez de bajar la guardia con él.

—Escuchame bien, —dijo luego de enroscar sus manos en el cuello del hombre que permanecía expectante, sin mostrar el más leve signo de reacción—. Cuidate de quien te ayudó a salir. Seguís vivo porque te necesita. Desconfiá de todo si deseás mantenerte con vida. Tenés fecha de vencimiento, Croata; no lo olvides.

Mirko la tomó del cabello y tirándola hacia atrás la obligó a mirarlo. Ella le sonrió desafiante.

—Supongo que vos también me necesitas, —explotó con tono amenazador—. ¿Por qué me estás diciendo todo esto? —insistió—. ¿Por qué tengo que creerte? Fácilmente podría delatarte.

—Es verdad, —repuso Serena con suficiencia—. Pero no lo harás, porque estas empezando a darte cuenta de que es cierto lo que digo, —le aseguró—. Lo veo en tus ojos. —Hizo una pausa para que él asimilara sus palabras—. Hace varios años que investigo a De la Cruz, —Mirko aflojó el amarre del cabello dedicándole toda su atención

—. Por eso sé que sos el cabo suelto en toda esta operación. Te están empujando al ojo de la tormenta y cuando todo exploté estarás en el centro del embrollo. Todo apunta a que, en el momento indicado, terminarás con una bala entre esos bellos ojos que tenés, para llevarte a la tumba tantos cargos que nadie podrá siquiera insinuar tu inocencia.

Mirko la soltó y frunció el ceño de pronto preocupado. Contuvo el aliento cuando la mujer acercó su rostro al de él.

—Veo que vas entendiendo, —dijo con suficiencia. Suspiró teatralizando el momento y consultó su reloj. Lo miró directo a los ojos e inclinándose hacia él, susurró a su oído—: Pensá en todo lo que te dije y sacá tus propias conclusiones Croata, —murmuró—. No confíes en nadie; cubrite hasta de tu sombra y tratá de dar un paso al costado. Un último consejo. No es nada sensato acostarse con Antonella Mansi tan abiertamente; se está hablando mucho de ustedes. De la Cruz puede hacer la vista gorda, hasta cierto punto, no le está causando nada de gracia que todos lo señalen como a un cornudo. Cuidado.

CAPITULO 8

— **P**erfecto. Por mí no hay ningún problema, —dijo Gimena anotando la dirección que le indicaban del otro lado de la línea—. Excelente. La semana próxima estoy por ahí. Está muy bien. En cuanto lo tenga confirmado, te paso por correo los datos del fotógrafo. Gracias Marta.

Dejó el teléfono en su sitio y se recostó contra el respaldo de su sillón. Satisfecha se estiró y buscó sus notas; tachó ese objetivo con satisfacción.

Al dejar Madrid, Gimena había diagramado un bosquejo de lo que deseaba realizar en Buenos Aires. Hacía ya un tiempo que había resuelto interiorizarse y comparar los distintos talleres de Arte terapia que se estaban desarrollando en América Latina con lo que se llevaba a cabo en Europa. Para ello ya tenía ubicado a algunos centros especializados donde se desarrollaban este tipo de terapias para enfermos de Alzheimer, Autismo o enfermedades motrices o terminales. Ya tenía pautadas tres entrevistas; estaba muy conforme.

Pensando en todo eso se puso de pie y buscó su termo para preparar unos mates. En Madrid solía hacer un alto en sus actividades para disfrutar de un rico y revitalizante mate; era como mantener viva su conexión con Buenos Aires. Mientras volcaba la yerba, su mente voló a Madrid, a las caras de sus amigos españoles al probar la infusión rioplatense. Sonrió ante los recuerdos. Consultó su reloj, a

esa hora estaría regresando a su casa luego de asistir a la clase de flamenco. Lo extrañaba.

Chupó el primer mate y regresó a su escritorio. Bebió otro observando el piso y los recuerdos de años pasados se evaporaron por completo ante lo que tenía frente a sí. La angustiaba el nulo movimiento de ese lugar. Pocas veces veía gente trabajando. Divisó a Romina, conversaba con dos chicas de cortos treinta años; se las habían presentado, pero Gimena no recordaba sus nombres. No obstante, sabía que eran correctoras.

Tomó su celular y envió un mensaje a José María Solís, su superior en Madrid. Necesitaba hablar con él para discutir los pasos a seguir; estaba lista para ponerlos al tanto de lo que en Buenos Aires sucedía. Pero más allá de sus apreciaciones, no era mucho lo que podría aportar sobre la revista de modas, en cambio, la situación del ejemplar cultural, —se negaba a usar la palabra suplemento—, dejaba mucho que desear.

—Hola, preciosa, —la saludó la voz de José María con ese acento madrileño que ella tanto extrañaba—. Calculo tendrás novedades para mí.

—Hola José, —respondió ella dejándose caer en el respaldo de su asiento dándose un respiro—. No tenés idea de todo lo que está sucediendo por aquí. Ufff, por momentos me indigna tanto desorden. Partamos de la premisa de que les importa un bledo lo cultural o lo artístico. Aquí manda la frivolidad de una revista de moda llena de chusmerío barato y mujeres semidesnudas.

—Las hay en todos lados cariño, —comentó Solís recordándole que ese tipo de productos solían ser los que pagaban todos los demás—. No te quejes tanto. Que esas revistas venden y mucho.

Durante la siguiente media hora Gimena lo puso al tanto de la situación; también mencionó que estaba enviándole un correo ampliando la información que estaba brindándole en ese momento. En unos días podría presentarles una propuesta formal y contundente sobre cómo podía reflotar la revista cultural; pero prefería adelantarles la situación.

José María rio con ganas. La conocía de sobra y le resultaba evidente que Gimena necesitaba regresar a Buenos Aires; a sus afectos y principalmente a resolver muchos temas que habían quedado sin cerrar. Él siempre había intuido que tarde o temprano, Gimena regresaría a Argentina. Y allí estaba desbordante de entusiasmo; floreciendo en el jardín al que pertenecía.

—Estoy seguro de que, si decides hacerte cargo, nadie te detendrá, —dijo José María entre risas—. Creo que siempre supe que era eso lo que buscabas. Estoy seguro de que el puesto será tuyo.

—Pero si no has leído mi propuesta, —respondió tratando de que no se notara su entusiasmo.

—Te conozco Gime, —reconoció con orgullo—. Ahora, ¿qué hay de Etienne?

—Nos estamos tomando un tiempo, —respondió con soltura—. No llevo ni un mes aquí y habíamos quedado

que serían seis. Ya veremos

—Yo te escucho bastante resuelta, —dijo José María dándole un empujón—. Así que mi consejo es que no esperes hasta el final para hablar con él, —dijo sabiendo que debía costarle hablar del asunto—. Volviendo al tema editorial, hablaré con Brenet, en cuanto llegue el correo que estás por enviarnos. Creo que, si él habla con Mansi, y le dice que te estarás ocupando del sector “cultura”, vas a poder manejarte con mayor libertad. Supongo que la designación oficial a cargo del sector llegará más adelante.

—Eso sería genial, —repuso encantada—, porque tendré autoridad para hacer una auditoria sin pedir autorización. Necesito tener una noción real de qué estoy recibiendo.

—Pues, me parece razonable, —accedió—. Envíame cuanto antes ese informe. Aunque sea preliminar.

—Ya mismo —acotó volviéndose hacia la pc. Envió el correo con la propuesta adjunta.

Cuando finalmente dejó el auricular en su sitio, Gimena no pudo evitar que la cubriera un manto de nostalgia. Extrañaba Madrid, extrañaba a sus amigos. Pero reconocía que eso le sucedía cada vez que hablaba con José María o con Belén y la necesidad de abrazarlos la embargaba. Pero, de igual forma le agradaba estar en Buenos Aires.

Sus pensamientos sufrieron una leve alteración cuando vio a Mirko atravesar el salón. Sus miradas se rozaron

provocándole cierta incomodidad, no quería que ese hombre pensara que lo observaba. Desvió la vista y sus ojos se toparon con la carpeta que Romina le había entregado. La abrió y repasó el nombre de cada uno de los empleados que según ese listado trabajaban para la revista de cultura. Mirko Milosevic figuraba. Eso lo convertía en su empleado, no en el de Antonella. <<Bueno, ya tenía fotógrafo>> pensó sin poder definir lo que esa certeza le provocaba.

Hacía dos largas semanas en las que Mirko no lograba salir de su ensimismamiento. Cada movimiento lo cuestionaba, cada intercambio de información lo ponía tenso. Se sentía observado y en la mira de una legión de asesinos.

Afortunadamente, gracias a la información que había obtenido para ella, Garrido no había vuelto a ponerse en contacto. No obstante, para no levantar sospechas, ni con ella, ni con Antonella, él había continuado con su rutina; escuchaba lo que sucedía en el despacho de Antonella, husmeaba entre sus correos para detectar quien la contactaba y luego enviaba un informe a la casilla de correos que le habían indicado desde un comienzo. No podía asegurar que alguien lo leyera, pues nunca recibió ningún tipo de confirmación. Sin embargo, lo que verdaderamente empezaba a preocuparlo, era todo lo que Serena Roger le había dicho, instalando en su mente un interrogante que lo desestabilizaba. ¿Para qué lo habían

sacado de la cárcel? No lo tenía claro.

Por esos días, Antonella también se mostraba esquiva y tensa. Mirko lo adjudicaba a la nueva reunión clandestina que se estaba organizando. Lo había descubierto de casualidad, al escuchar una de las comunicaciones que ella había mantenido con su marido. De momento, sólo podía asegurar que la reunión se llevaría a cabo; pero aún no sabía ni donde, ni cuándo sería. Nada de esto había mencionado a Garrido aún, prefería contar con más información para poder usarla a su favor de ser necesario.

Dado que Antonella estaba, desde hacía rato, trabajando sobre su escritorio, sin emitir palabra ni utilizar su computadora, Mirko no tenía forma de dilucidar qué estaba haciendo. De modo que, buscando indagar un poco más, se dirigió a su despacho llevando con él las últimas fotografías que le había encargado.

—¿Puedo pasar? —dijo luego de golpear el marco de su puerta. Antonella alzó la vista y sonrió al verlo—. Tengo las fotografías que me pediste.

—Pasá, que las quiero ver. Ya me las estaban reclamando.

Mirko se acercó y le entregó el sobre con las imágenes que había seleccionado. Antonella las miró con ceño fruncido y gesto concentrado.

—Son magníficas, Mirko, —comentó Antonella sin apartar la vista del material—. Sí que te estás luciendo últimamente. —Se detuvo en una fotografía en particular—. Esta pendeja tiene un futuro impresionante si la

sabemos guiar, —acotó con aire pensativo.

—¿Sabemos? —presionó Mirko comprendiendo que Antonella había cometido un desliz—. ¿Qué podemos hacer nosotros para augurarle una buena carrera?

—Bueno, darle el espacio adecuado aumenta su popularidad, —fue la respuesta de Antonella—. Mirá esta.

Mirko se acercó a ella y una a una estudiaron las imágenes con detenimiento. Estaban discutiendo las distintas opciones cuando alguien interrumpió la conversación.

—Permiso —dijo Gimena asomando tímidamente el rostro. Miró primero a Antonella y luego a Mirko, como si los hubiese pescado en infracción. A ambos les dedicó una sonrisa lo suficientemente artificial para no desentonar—. Perdón, no sabía que estabas ocupada.

Mirko se tensó. La venía esquivando como a la mismísima peste. Para él, ella era el factor amenazante por excelencia. En algún punto, lo incomodaba el modo en que Gimena los observaba; por ridículo que pareciera, se sentía en falta. Decidió marcharse.

—Las dejo conversar—dijo él procurando salir de ese despacho—. Luego continuamos.

Antonella lo detuvo tomándolo del brazo indicándole claramente que no quería que se marchara.

—¿En qué puedo ayudarte, Gimena?, —repuso Antonella con soltura.

Lo primero que acudió a la mente de Gimena fue pedirle que le prestara a su amante por un par de horas,

pero se contuvo. <<Controlate chica mala>>, pensó con el rostro iluminado por la diversión que su propio pensamiento le provocaba. Una genuina sonrisa brotó en sus labios al mirar brevemente al fotógrafo.

—Son varios puntos en realidad, —comenzó diciendo y sin esperar invitación se sentó en el sillón que enfrentaba el escritorio—. Por un lado, me gustaría saber con quién debo hablar sobre la diagramación de la revista de cultura, —dijo con seguridad y un tono amistoso que irritó a Antonella. Gimena lo notó y no se amedrentó—. Tengo pautadas algunas entrevistas, que en realidad saldrán publicadas en España, pero he pedido autorización para poder incluirlas en la publicación de aquí. Como me han dado el ok, me gustaría coordinar las fechas de publicación, los espacios de texto y fotografía.

—Ese tema hablalo con Romina, —indicó fingiendo amabilidad y camaradería—. Ella sabrá indicarte. De todas formas, dejame aclararte que es un suplemento, no tiene muchos folios la tirada.

La indignación la cruzó entera y debió reunir todo su poder de concentración para no perder los estribos. Detestaba que hablaran de suplemento.

—Sí por eso deseo hablar con el diseñador de tirada, —comentó haciéndose la inocente

Bajó la vista a su celular. Acababa de entrar un mensaje de WhatsApp de José María. *Todo ok.*, le decía. *Brenet lo tiene en su escritorio.* Alzó la vista, ya más segura.

—¿Cuál es el nombre entonces? —preguntó con gesto inocente—. Me gustaría coordinar una reunión.

—Pedile todo a Romina, —respondió Antonella en el mismo tono que Gimena había utilizado.

Mirko había seguido la escena desde un costado. En algún punto lo divertía el modo en que ambas mujeres estaban marcando la cancha. Entre sonrisas los dardos venenosos iban y venían. Sin embargo, detectó en la Rauch una inteligencia sutil; un humor filoso. Estaba desafiando abiertamente a Antonella que no lo advertía y no podía disimular su fastidio. Era claro quién ganaría esa y las demás contiendas.

Gimena estaba por responder, pero la interrumpió el golpe de unos nudillos contra la puerta del despacho. Antonella alzó la vista y Gimena giró a ver de quien se trataba. Romina asomó su rostro.

—Gimena, —dijo Romina sonriéndole, sin siquiera mirar a Antonella—. Llamó el doctor Estrada, te está devolviendo el llamado.

—Perfecto, Romi, muchísimas gracias, —respondió Gimena con una sonrisa—. ¿Llamaron de España? —preguntó como quien deja caer un comentario.

—No, hoy no.

A Antonella no le causó nada de gracia el intercambio entre su secretaria y la Rauch. Mucho menos le agradó que Romina se ocupase de atender sus llamados y de asistirle. Procuró que no se notara en su rostro, pero la ofuscó la familiaridad con que se trataban.

—Al final, porque no me queda claro, —dijo Gimena poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta del despacho —. ¿Mirko es fotógrafo de la Editorial o es sólo tuyo?

Lo nombró con tanta naturalidad y tanta familiaridad, que él se irguió sintiéndose el nuevo objeto de la contienda. De reojo miró a Antonella expectante por cómo la editora reaccionaría. La Rauch no lo sabía, pero estaba tirando de la cola de un dragón; más tarde o más temprano todo explotaría por los aires.

—Mirko es fotógrafo de la Editorial, —aclaró Antonella con voz áspera—. Si necesitás de sus servicios y no tiene nada agendado, por supuesto que podrá acompañarte, —agregó Antonella. Hizo una pausa y lo miró como si acabara de recordar que él estaba allí parado —. ¿Estás de acuerdo?

—Si, por supuesto, —fue la respuesta de Mirko que miraba a Gimena con cierto reparo—. Sólo necesito saber las fechas para poder coordinarlo.

Gimena le sostuvo la mirada con tal firmeza que de primer momento le heló la sangre, pero no tardó en detectar en sus ojos el brillo de la diversión. <<¿Lo estaba haciendo adrede?>> se preguntó desorientado. Esa mujer, se estaba burlando de ambos en sus propias narices. Antonella tenía razón, era una arpía, mayor razón para andarse con cuidado.

El teléfono volvió a sonar alterando aún más el clima imperante en ese despacho. Antonella lo atendió sin apartar la mirada de Gimena que le comentaba a Mirko

que le haría llegar un cronograma de las entrevistas y visitas para que él le informara si estaba disponible.

Del otro lado de la línea, Romina le avisaba que la llamaba Juan Antonio Brenet de España. Antes de responder Antonella entornó los ojos convencida de que Gimena Rauch tendría mucho que ver con ese llamado.

—Necesito atender, —anunció mirando a Gimena—. Luego continuamos.

—Por mí ya está, —repuso Gimena consciente de que sólo a ella la habían invitado a dejar el despacho. Miró a Mirko con intención de molestarla—. Luego hablamos.

Con cierta preocupación, Antonella atendió la llamada. Su intuición no le había fallado. Durante los siguientes veinte minutos escuchó con atención cómo el directivo de España le informaba que están evaluando designar a Gimena Rauch a cargo del área de “Cultura”. Todavía debían evaluar el proyecto, pero por lo que había visto, todo indicaba que sería aprobado por unanimidad. Era cuestión de días que el nombramiento se hiciera efectivo ya que todos coincidían en que lo mejor, para la sucursal argentina, era dividir los productos para darles mayor independencia.

— De más está decirle que cuenta con todo mi apoyo señor Brenet, —comentó Antonella con voz neutra—. La señora Rauch puede contar conmigo para lo que necesite.

—Sabía que entendería, Antonella.

Con rostro rígido por la indignación, Antonella dejó el auricular en su sitio procurando digerir la noticia.

Acababa de perder casi la mitad de su presupuesto y la posibilidad de que la mala administración de su gestión quedara expuesta. No era nada bueno lo que estaba por suceder.

—Pedazo de hija de puta, —exclamó Antonella rabiosa—. Yo sabía que buscaba algo.

—¿Qué sucedió?, —la interrumpió Mirko desconcertado—. ¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¡Esa perra está a cargo del área de cultura! Sabía que algo así podía suceder, —explotó Antonella furiosa—. Conozco una zorra cuando la veo, y esta no me engañó en ningún momento. Pero que no crea que se la voy a hacer fácil. Estoy convencida de que viene a ocupar mi lugar, —dijo rencorosa. Miró a Mirko y una idea comenzó a formarse en su mente—. ¿Así que necesita un fotógrafo? —dijo con tono malicioso—. Pues lo tendrá.

Miró a Mirko con intención y poco a poco su rostro fue iluminándose a medida que iba disfrutando de la posible victoria.

—Quiero que aceptes cada uno de los trabajos para los que te requiera y que la sigas como su mismísima sombra, —deslizó sintiéndose victoriosa—. Quiero que me cuentes hasta los comentarios más insignificantes.

—Pero, —protestó Mirko.

—No hay forma de eludir que trabajes para ella, cariño, —aclaró complacida con la solución que había encontrado—. Es muy cierto que formás parte de la planta de Cultura después de todo. Ahora dejame que quiero

cerrar un par de temas. Luego definimos esas fotos.

Sin decir más, dejó el despacho de Antonella. <<Esto es una pesadilla. ¿Cómo podía ser posible que algo así estuviese sucediendo?>> se preguntó. Empezaba a sentirse paranoico, pero, así como era un alivio importante que Gimena Rauch no lo reconociera, el que quisiera alterar el clima de la editorial podía ser peligroso, tanto para él como para ella misma; ni hablar para la operación. Consideró intentar sondear a Garrido, tal vez ella supiera algo más sobre Rauch, y por segunda vez un impulso lo detuvo. El asunto Gimena Rauch era suyo y no quería compartirlo con nadie. Mucho menos con Garrido. Estaba preocupado.

CAPITULO 9

La semana transcurrió con lentitud. Las novedades de España no tardaron en desparramarse por la Editorial causando cierta zozobra. Pero Gimena ni se inmutó, en cambio, el respaldo recibido le dio bríos para ponerse en movimiento e imponer su ritmo. Ya más segura, acordó una reunión con Javier Estrada y preparó un calendario de actividades incluyendo al guapo fotógrafo.

Gimena estaba terminando de confeccionar el último artículo que debía enviar a José María, cuando Romina se presentó en su despacho para informarle que el Dr. Javier Estrada se hallaba en la recepción.

—Perfecto, Romi, —le dijo poniéndose de pie—. Puedo pedirte si le haces llegar este memo a Mirko.

—Claro, —dijo la chica sorprendida por el pedido—. Ya mismo se lo entrego. Querés que le diga a Leti que conduzca al doctor Estrada a la sala de Reuniones.

—Gracias, Romi. Por favor.

Gimena sonrió con algo de benevolencia, pensando que muy a consciencia había acordado el horario con Javier. Quería que todas lo vieran; principalmente Romina y Leticia, que desparramarían la novedad por toda la Editorial. Ya había solicitado que le acondicionara la Sala de Reuniones y que se ocupase de que hubiese café, agua y té. Luego de reunir un par de carpetas se dirigió hasta allí.

—Hola, Javi, gracias por hacerte un hueco tan rápido, —dijo Gimena al acercarse a su amigo para saludarlo afectuosamente—. Necesito que me ayudes.

—Por supuesto, para eso vine, —respondió con una sonrisa—. ¿Es así de tranquilo siempre?

—Sí, y la verdad es que me preocupa, —repuso ella con malestar. Bajó la vista hacia la carpeta que tenía a su lado. La abrió—. La verdad es que lo pensé bien y quiero contratarte para que gestiones una auditoría. No de toda la editorial, pero sí de la parte cultural.

—Eso es posible si se manejan como administraciones separadas, —respondió él, con seriedad—. Dejé que yo me encargue de guiar la auditoría. Ya mismo le digo a mi secretaria que te envíe un correo con la información que necesito. En base a eso, comenzaré.

—Me parece bien, —reconoció de modo pensativo.

Alguien golpeó la puerta de entrada interrumpiéndolos. Gimena se tensó y le dirigió una rápida mirada a Javier, cargada de advertencia. Él frunció el ceño comprendiendo el mensaje.

—Perdón que te interrumpa, Gimena, —dijo Antonella abriendo la puerta e ingresando a la Sala—. Necesitaría saber cuánto tiempo vas a utilizar la Sala. Tengo una reunión en media hora.

—Ya estaba terminando Antonella, —respondió con frescura sabiendo que la mujer se había acercado principalmente para ver con quién estaba reunida—. Quiero presentarte a mi contador, el doctor Javier Estrada.

Ambos estrecharon sus manos y para Javier fue más que evidente que la mujer desconfiaba de Gimena, tanto como Gimena desconfiaba de ella. Entre ellas había una clara enemistad.

—Perfecto entonces, —deslizó luego de saludar a Javier. Se volvió hacia Gimena—. Los dejo concluir. Le diré a Romina que se ocupe de acondicionarla una vez termine.

Javier había seguido todo el intercambio con atención. No tenía dudas de que, si esas dos podían estrangularse, lo harían con placer.

—¿Qué fue eso?

—Esa bruja está destrozando esta Editorial, —respondió con aspereza.

—Entonces, veremos cómo queda parada luego de la auditoría, ¿no?, —terminó diciendo Javier al ponerse de pie—. Ya mismo le digo a Silvina que te mande ese correo. Mañana hablamos, Gime.

En esta ocasión Gimena en persona lo acompañó a la entrada. Se despidieron con un abrazo bajo la atenta mirada de Leticia que parecía fascinada con Javier.

De camino a su oficina, divisó al fotógrafo que salía de la de Antonella con una carpeta en sus manos, y era interceptado por Romina. Gimena sonrió maliciosamente, le había dado toda una semana para ajustarse a los cambios. Pero ya era hora de ponerlo a trabajar. Empezaba a cansarse del poco profesionalismo con que todo se manejaba en ese lugar.

—Mirko, tengo algo para vos —lo llamó Romina al acercarse a su cubículo. Se volvió hacia la chica con curiosidad, había estado con Antonella y ella no le había mencionado nada—. Me lo acaba de dar Gimena. Te dije que venía en plan de jefa, —se vanaglorió Romina cuando Mirko llegó a su lado. Lo miró buscando su complicidad—. Ya veo que tendremos el doble de trabajo, —agregó entregándole una hoja—. No tengo dudas de que se quedará con la Editorial. Desde que llegó impuso varios cambios y mucho ritmo.

—Ni lo menciones.

Intrigado tomó la hoja que Romina le extendía. Ceñudo la leyó sin poder creerlo. Era un memorando interno, algo que no tenía recuerdo que se hubiese utilizado en la Editorial. En esta aparente nueva forma de comunicación, Gimena Rauch le informaba las fechas y horarios en que necesitaría de sus servicios fotográficos, simplemente le solicitaba que se notificase y le indique si estaba disponible.

La primera cita sería al día siguiente. El lugar de destino era la Clínica Bellos Atardeceres, donde entrevistaría a la directora de la institución; la doctora Marta Guzmán. Por debajo figuraba la palabra Glorieta de Barrancas; entre paréntesis L a V de 19.30 hs. No siguió mirando, la lista era larga y variada; algo le decía que recibiría varios de esos memos.

Preocupado por cómo los hechos empezaban a enlazarse, alzó la vista y contempló el despacho de

Gimena. A través de los vidrios la vio hablar por teléfono. Caminaba por detrás de su escritorio, gesticulando, enfatizando sus palabras; se la notaba concentrada, seria. Cuando la comunicación concluyó, Mirko la vio alzar sus brazos en clara señal de triunfo.

Era más que evidente que esa mujer tenía claro lo que deseaba. Antonella no se había equivocado al asegurar que una buena manera de conocer las verdaderas intenciones de la Rauch era acompañándola tanto como fuera posible. Aunque lo entendía, hubiese preferido no tener que ocuparse de esa empresa personalmente. Lo condicionaba pensar que en cualquier momento ella podría reconocerlo.

Pensando en eso y en la amenaza latente que representaba su presencia, tomó dos chinchas y clavó el memorando en un panel de corcho ubicado junto a su escritorio. Volvió a releer el listado; ahora con atención. Figuraban varios centros de asistencia a personas con distintas enfermedades neurológicas, también centros culturales como Tecnópolis, la Usina del Arte y varios festivales barriales programados por el gobierno de la ciudad, como así también ferias itinerantes y muestras de arte callejero. En total eran unas diez salidas en un lapso de tres semanas. Podía apostar que la lista crecería.

Respiró hondo y una vez más miró hacia el despacho donde Gimena volvía a hablar por teléfono. Su rostro transmitía fuerza, seguridad e inteligencia y a todo eso se le sumaba la convicción. Mirko lo notó. También detectó

vehemencia y determinación en la mirada. Estaba segura de lo que pretendía y lo conseguiría, de eso Mirko no tuvo dudas.

<<¿Cómo podía ser que fuera la misma mujer?>>. Cuanto más lo pensaba más inverosímil le parecía. Nunca se había vanagloriado de lo hecho en aquella época; prefería no recordarlo. En algún punto lo avergonzaba y si hubiese podido borrarlo de su existencia lo hubiera hecho. Recordaba con cierta claridad lo que entre ambos había sucedido; había sido la última, y la única que había logrado moverlo de su eje. Someramente recordó sus besos y algo en él vibró.

Se puso de pie y se detuvo al ver que Gimena Rauch salía de su despacho con un café en una mano y el celular pegado a la oreja sostenido por la otra. *¿Dejará de hablar por teléfono en algún momento?*, se preguntó Mirko sorprendido. La siguió con la mirada y decidió unírsele cuando la vio ingresar al balcón donde solían congregarse los fumadores.

Gimena se volvió a ver quién salía al balcón. Lo saludó al verlo.

—Hola, —respondió Mirko. Encendió su cigarrillo y se acomodó el cuello de la campera—. No te hacía fumadora.

Gimena le dedicó una mueca antes de darle una aspirada a su cigarrillo.

—Tengo temporadas. Aunque nunca parece ser buen momento para dejarlo del todo, —confesó resignada

acompañando sus palabras por otra mueca—. Trato de controlar la cantidad.

Bebió un poco de café y bajó la vista hacia su celular que acababa de vibrar en su mano. Frunció el ceño y se apuró a grabar una respuesta a la consulta.

Mirko prestó atención a lo que ella decía, pero no le pareció importante. Simplemente estaba confirmando haber recibido un correo electrónico con la información que había solicitado. Volvió a aspirar su cigarrillo y exhaló el humo con suavidad. Lo miró.

—¿Recibiste el memorando? —preguntó Gimena tratando de generar una conversación.

—Sí, lo recibí —respondió escuetamente eludiendo su mirada. Le costaba asimilar que estaban hablando, pero le costaba mucho más creer que ella no sabía nada de él—. Las dos primeras fechas estoy libre, —se apuró a responder palpando su fastidio—. El resto no te lo puedo asegurar ahora.

—No hay drama, —reconoció Gimena con liviandad—. Para arrancar, me sirve saber que mañana puedes. —Bebió un poco de café—. Le envié una copia del memorando a Antonella, para que esté al tanto, —comentó Gimena con suficiencia.

Mirko se cuadró comprendiendo sin margen de dudas que esa mujer no solo lo estaba usando para fastidiar a Antonella, sino que también se divertía a su costa. Lo alertó que se le adelantara, que mostrase una actitud solapada y al mismo tiempo que no jugase del todo

limpio; tenía que prestar más atención.

—No tenías por qué, —se sintió en la obligación de aclarar—. Pero es mejor que esté enterada.

Gimena sonrió y bebió un poco de café considerando que era un tipo evidentemente oscuro y ella hacía tiempo que había resuelto no meterse más con los chicos malos; había aprendido la lección.

—Lamento haberte alejado de ella, —comentó con algo de renuencia, pero palpable sinceridad—. No era mi intención.

—No tengo nada con Antonella, —se defendió él con muy poco convencimiento—. Ella no es ni mi dueña ni nada que se le parezca.

—Si vos lo decís, —respondió consciente del doble sentido—. Pero, para ser clara, —agregó con firmeza en la voz y picardía en la mirada—, a mí, sólo me interesan las imágenes que consigas. Tampoco me interesa cómo disfrutas de tu tiempo libre; pero durante el horario laboral me gustaría que trabajes.

—¡Qué directa! —dijo finalmente.

—Me gustan las cosas claras, —sentenció ahora con seriedad—. Y en esta Editorial todo es demasiado confuso.

Mirko no respondió esa última apreciación, lo que le dio a entender a Gimena que hablaban el mismo idioma; él sabía que ella intuía lo que entre Antonella y él sucedía. Se miraron a la cara, midiendo sus fuerzas y sus intenciones. No obstante, lo asustó descubrir en ella a una

mujer plantada, decidida y audaz; extremadamente peligrosa para él. A Gimena, en cambio, le resultó terriblemente atractivo.

—No sé si estás al tanto de que, en realidad, figurás como empleado de la revista de cultura, no de moda, —deslizó con voz suave sin apartar la mirada del rostro de Mirko que frunció el ceño desconcertado—. Por eso y no por otra cosa a partir de ahora trabajarás para mí y no para Antonella.

—No tengo ningún inconveniente con eso —respondió Mirko tratando que no se notase su incomodidad.

Elevó el mentón buscando mostrarse estoico y su mirada se enganchó con la de Gimena que parecía analizarlo. En esta ocasión no se amedrentó; no le daría el gusto, había logrado salir airoso de batallas mucho más duras.

El celular de Gimena vibró cortando el clima. Ella bajó la vista y frunció el ceño al notar quien la llamaba.

—Tengo que atender, —dijo con voz suave.

—Atendé, —respondió él con actitud intrigante y mirada hechicera—. Luego nos vemos.

Gimena asintió.

—*Bonjour, Etienne Comment êtes-vous?* —dijo al atravesar la doble puerta de vidrio que comunicaba con la recepción de la Editorial.

Mirko la siguió con la mirada. A lo largo de las semanas la había escuchado hablar en francés gran cantidad de veces, pero en esta ocasión, a diferencia de las

anteriores, el tono que ella empleaba no le pareció ni relajado ni alegre; en realidad todo lo contrario. Había cierta bravura en su voz, una pizca de enojo mezclado con frustración. No la alegraba el llamado.

No volvió a verla durante todo ese día y Mirko lo agradeció; no siempre se sentía con fuerzas para enfrentarla. Por la noche, Antonella lo invitó a su casa; Alejandro una vez más se hallaba en Misiones y, más allá de disfrutar de una prolongada noche de placer, Antonella se ocupó de recordarle que mantuviera vigilada a Rauch. La quería controlada; deseaba saber qué hacía y que deseaba hacer. <<Qué karma el mío>>, había pensado Mirko al descubrir que Antonella no era diferente a Claudia Garrido.

Parecía un mal chiste, pero así era. Debía espiar a Antonella para informar a Garrido; y debía espiar a Gimena para complacer a Antonella. Como si eso fuera poco debía procurar que la Rauch no lo reconociera. Lo suyo era una pesadilla constante.

No obstante, toda esa situación le ofrecía cierto beneficio. Con la excusa de tener que dividir su tiempo entre Antonella y los requerimientos de Gimena, Mirko se atrevió a preguntar por la presunta celebración que Antonella por un desliz involuntario, había mencionado. Ella se sorprendió ante la pregunta y la desconcertó considerar que había hablado de ese asunto con él. No lo recordaba; pero bien podría haber sucedido. Con algo de dudas le dijo que no creía que fuera necesaria su

participación. De todas, formas Mirko insistió, argumentando que prefería saber la fecha así la bloqueaba y no corrían riesgos; para él, Antonella siempre tendría la prioridad. Halagada, Antonella terminó cediendo y aunque no le aseguró que lo necesitaría, le informó que el evento se llevaría a cabo el sábado 13 de julio.

Al día siguiente, llegó a la editorial pasado el mediodía. Antes de ponerse a trabajar, se sirvió una buena taza de café negro; estaba cansado y le dolía la cabeza. Tener que estar toda la tarde con Gimena lo tenía con los nervios de punta. Lo bebió mientras repasaba primero su correo, y luego lo que podría haber sucedido esa mañana en el despacho de Antonella. Nada. Consultó su reloj estaba en horario, antes de reunir el equipo que utilizaría esa tarde, intentó dar con Garrido, pero no tuvo suerte.

Desde su lugar, Mirko miró hacia el despacho de Gimena. La vio a través de los cristales, hablaba por teléfono. <<¡Qué raro! >>, pensó sarcástico. Resignado a su suerte encaró la oficina de Gimena. No ingresó, permaneció bajo el dintel desde donde golpeó el marco de la puerta y esperó que le indicaran que pasara. Recién cuando lo autorizaron abrió la puerta y asomó su rostro.

—Hola Mirko, —lo saludó con una sonrisa limpia y entusiasta.

—Permiso —dijo él con sequedad—. Quería avisarte que ya estoy listo. Cuando quieras salimos.

Gimena asintió y poniéndose de pie rodeó el escritorio

dirigiéndose a una tarima donde había colocado una cafetera Nespresso. Miró a Mirko y con un gesto le ofreció un café, pero él rechazó el ofrecimiento.

—¿Tenés vehículo o preferís venir conmigo? —preguntó Gimena regresando a su escritorio.

—La verdad es que prefiero ir con vos, —respondió con sinceridad—. Tengo una motocicleta y no me agrada llevar las cámaras tan a la vista.

—Perfecto, —comentó Gimena acomodándose en su asiento—. Dame diez minutos y salimos.

Desde su escritorio, Gimena lo observó alejarse. Las pocas veces que había cruzado palabras con él, había tenido la sensación de que ocultaba algo y eso indefectiblemente despertaba su curiosidad. Si era o no el amante de Antonella la tenía verdaderamente sin cuidado; pero, por la distancia que él imponía, intuía que había más que eso.

Media hora más tarde, dejaban la Editorial y cruzaron al estacionamiento, donde Gimena había dejado su vehículo. Mientras abonaba, le señaló el llamativo Fiat500 color rojo chillón que descansaba escoltado entre un Corolla y un Mondeo. Se veía diminuto.

—Por dentro te aseguro que es cómodo, —deslizó al notar que Mirko debía estar preguntándose cómo demonios entraría en ese auto.

—Si vos lo decís, —fue su corta respuesta.

En silencio dejaron el estacionamiento y en silencio transcurrieron los siguientes veinte minutos de travesía.

De reojo ella lo miraba sintiendo que, de tanto en tanto, él la observaba de igual forma. Ya había tomado Av. Leandro N. Alem y encaraba rumbo norte cuando Gimena decidió romper el silencio.

—Mirko, muy pocas veces escuché ese nombre, — comentó de la nada. Él la miró de soslayo, pero no dijo nada ni alteró la expresión de su rostro—. Es lindo nombre, —agregó y al detenerse en un semáforo lo miró—. ¿De qué origen es?

—Croata, —fue la seca respuesta de él.

—¿Naciste allí? —preguntó. Mirko asintió desviando la vista hacia la calle—. ¿Dónde?

—Rovinj.

—Un maravilloso lugar — comentó con una sonrisa al recordar que junto a Etienne había visitado Croacia—. Estuve allí hace dos años. Es precioso. ¿Conocés? — preguntó Gimena dispensándole una rápida mirada. En silencio Mirko sacudió su cabeza negativamente—. Si no la conoces deberías visitar Rovinj algún día, Mirko — agregó con ensoñación—. Es mágica y bella.

De la nada Gimena comenzó a describirle la ciudad brindándole una vasta variedad de detalles que lo ayudaron a visualizar imágenes que fueron como un bálsamo para Mirko. Aunque se resistía, finalmente sucumbió ante la voz cálida y entusiasta de Gimena que lo acercaba a sus orígenes. Era la primera vez que le hablaban de su tierra y ella parecía estar pintando un cuadro con su voz.

La miró con suspicacia, resistiéndose ante la extraña emoción que le estaba generando. La clara descripción de su ciudad natal lo había sacado de foco, lo había llevado a pensar en su vida, en lo poco que en realidad sabía de sus orígenes y en lo que podía haber quedado en aquel lejano país del que nada sabía. Un millón de preguntas comenzaron a amontonarse en su mente; pero ninguna escapó de su garganta.

Gimena guardó silencio esperando algún tipo de comentario que generara una conversación, pero este nunca llegó. Al cabo de unos segundos aceptó que en vano sería tratar de sociabilizar con él; era demasiado seco y parco. Harta del silencio imperante, estaba pensando en poner un poco de música cuando su celular comenzó a sonar. Agradecida atendió utilizando el sistema bluetooth.

—Hola, —dijo Gimena dado comienzo a la charla.

Lo primero que pensó Mirko al escuchar el *ringtone* fue que no era una canción francesa, con lo cual lo más probable sería que no se tratase de la persona con que Gimena hablaba en ese idioma.

—Hola, Gi —saludó una mujer— ¿Podes hablar?

Era la voz de una mujer joven. Hablaba con cariño y Mirko, haciéndose el desentendido, resolvió prestar atención.

—Hola Lara —la saludó suavizando el tono—. Estoy manejando y no estoy sola. Voy camino de la clínica donde trabaja Marta ¿Vos en qué andas?

—Acabo de regresar de una reunión, —comentó—. Estuve con Manu, —dijo muy a su estilo, directo—. Sabe que estas en Buenos Aires. Me dijo que quiere verte.

Mirko frunció el ceño al escuchar el bufido que Gimena dejó escapar. <<Esto es interesante>>, pensó, <<¿quién será Manu? ¿Manuela o Manuel? >>, se preguntó. Dedujo por la reacción de Gimena que ahora abría la ventana y encendía un cigarrillo, que debía tratarse de alguien importante. La observó disimuladamente para comprobar que de su rostro se había borrado todo rastro de distención. Definitivamente Manu era importante.

—Debe haber sido Raúl, —masculló ofuscada—. No me importa Lara. No quiero hablar ni de él, ni con él.

<<Bien>>, pensó Mirko que no se perdía detalle. Es Manuel.

—Yo te entiendo Gi, —insistió Lara tratando de suavizar la reacción de su amiga—. Él sólo quería saber de vos. Lo noté apenado. ¿Por qué no le das una oportunidad? Pasaron tres años...

—No puedo creer lo que estoy escuchando, —estalló Gimena furiosa subiendo el tono de voz—. Sabes muy bien lo que hizo; sabes muy bien cómo defraudó mi confianza. Es imperdonable. Lo hemos hablado cientos de veces Lara. No puedo creer que estés de su lado.

—No estoy de su lado, Gime, solo que lo vi apenado, —reconoció Lara—. El tiempo pasa y todos tenemos nuestras razones. Dejá que te explique. Dale esa

oportunidad.

—Te juro que me cuesta imaginar cómo logró convencerte, —masculló Gimena con voz helada—. No voy a seguir hablando de este tema, Lara. Te dije que no estoy sola.

—Prometeme que me llamas después, Gime.

—Sí, sí.

Sin decir más cortó la comunicación. Arrojó el cigarrillo y elevó la ventana. Mirko la observaba con detenimiento. Hasta unos segundos atrás hubiese jurado que sería imposible borrar la sonrisa y el gesto entusiasta de su rostro, pero la tal Lara hablándole del tal Manuel, lo había logrado.

<<Vaya, vaya>> pensó Mirko. <<Siempre hay una historia detrás de un rostro>>, reflexionó ante las fisuras que Gimena Rauch comenzaba a mostrar en su coraza. Ahora intrigado, deseó saber más sobre ella y su mundo.

Durante el resto del trayecto ninguno habló. Gimena conducía inmersa en sus pensamientos con el entrecejo fruncido y la boca tensa. Su ofuscación era profunda; eso era evidente. Aburrido Mirko resolvió romper el clima, ese silencio era más inquietante que cualquier conversación.

—¿A dónde vamos?

—A una clínica que se especializa en tratamientos psiquiátricos para adultos mayores —respondió en un tono monocorde, artificial—. La información estaba en el memo que te envíe.

—Estaba la información del lugar a donde iríamos, pero no donde quedaba, —respondió él rápidamente.

Gimena lo miró de soslayo y no pudo evitar sonreír. Tenía razón.

—Es cierto, —reconoció. Respiró hondo procurando calmarse—. Perdón. El lugar donde vamos queda pasando San Isidro.

—Bien, —repuso él, conforme por haberla traído de regreso—. Nunca me dijiste qué tipo de fotos querés. Sinceramente no entiendo qué puede haber en una clínica de esas características que te interese para publicar en el suplemento cultural.

Gimena controló como pudo la exasperación que la palabra suplemento le provocaba cada vez que la escuchaba asociada a su trabajo. Le sonaba a poca cosa, a relleno, a algo que interesaba a unos pocos.

—Primero y principal, mis artículos no saldrán en ningún suplemento, —aclaró tensa—. Además, espero darle pronto la jerarquía que se merece.

Mirko frunció el ceño y la miró como si no comprendiese bien lo que decía. Hablaba con autoridad, y algo de malestar también. No entendía qué había querido decir, pero lo que fuera, no le agradaría a Antonella.

—Los artículos que debo escribir tratarán sobre Arte Terapéutico, lo que se denomina hoy día Arte terapia, —siguió explicando Gimena ahora con absoluto dominio de sí—. Es una técnica que se utiliza tanto para trastornos físicos como mentales. Hace años que se implementa y

está dando grandes resultados.

Mirko asintió, aunque no fue mucho lo que interpretó de lo que ella dijo. Le costaba imaginar que algo interesante podía surgir en una clínica con ancianos enfermos.

—Lo que necesito son las imágenes que guarden relación con el arte terapia. El modo en que los terapeutas utilicen el arte en sus formas más variadas para ayudar a distintos pacientes a expresar sus necesidades, sus emociones o su sentir —explicó—. El arte es una nueva herramienta que está dando grandes resultados, ya que es un camino de expresión.

Mirko se quedó unos momentos meditando la información. Eso de tener que buscar, elegir y optar lo estimuló. Nunca antes le habían pedido que lo hiciera. Antonella desde un comienzo había dejado claro que lo suyo eran los escotes, las faldas cortas y las expresiones sugestivas. Esto era completamente diferente.

—¿Algún problema? —preguntó Gimena desconcertada por los gestos que veía en el rostro de él.

—No, no, sólo estaba pensando que luego de tanto tiempo de fotografiar modelos semi desnudas, esto va a ser interesante y renovador —comentó con la misma parquedad con que había dicho todo lo demás.

Gimena no pudo evitar carcajear y lo miró de reojo preguntándose si se conmovería con lo que estaba por presenciar.

—La verdad es que es flor de giro el que estas por dar,

—comentó todavía con la risa bailando en su voz—. No todos los días se pasa de retratar modelos semi desnudas a pacientes que sufren Alzheimer. Ya me dirás qué conclusiones sacás al respecto, —comentó ella con sarcasmo—. Ahora dejame decirte que no todas las entrevistas serán como esta. En tu memo está detallado el tipo de artículo, nota o entrevista, —aclaró—. Será un poco de todo.

Aunque no lo reconocería, le agradaba oírla hablar. Le gustaba el timbre de su voz y el modo en que utilizaba las palabras, como las entonaba, las arrastraba; lo atribuyó a sus años en España. Su carácter parecía ser dócil, sonriente y entusiasta, pero tenía temperamento y si algo le quedó claro a Mirko fue que no le agradaba que le dieran órdenes ni le dijeran qué debía hacer. Era una chica lista, independiente; tenía luz propia.

—Ya veremos cómo nos va hoy, —dijo con suma naturalidad. Estacionó el vehículo en el primer lugar libre que encontró y se volvió a mirar a Mirko—. Si no podés o no te sentís cómodo, siempre puedo hablar con Antonella que de mil amores me va a recomendar otro fotógrafo.

Bajó del automóvil en cuanto dijo la última palabra. Mirko tardó un poco más en reaccionar. Nuevamente lo había sorprendido el sarcasmo y el tono burlón que ella había utilizado. <<Es una bruja con cara de angelito>> pensó y por un breve instante temió que estuviera simulando no conocerlo, para tenderle una trampa de la que no zafaría.

Ingresaron a la vieja casona subiendo por una amplia escalera de mármol. Con su cámara ya colgando de su cuello Mirko siguió a Gimena que resuelta encaraba la recepción, donde se presentó y mencionó que la doctora Marta Guzmán, directora del establecimiento, la estaba aguardando.

—Ahora voy a presentarte a Marta Guzmán, —le explicó para ponerlo al tanto de lo que sucedería—. Mi idea es conversar con ella mientras vos tomás fotos de los alrededores.

—Perfecto. Me guio por lo que me dijiste antes, —comentó él procurando sonar comprometido—. Me muevo por los alrededores, tomo imágenes que tengan que ver con el uso de las distintas expresiones de arte relacionada con las personas que se encuentran aquí alojadas.

Gimena se lo quedó mirando sorprendida por la seriedad con la que él se había expresado. Fue un aspecto que no condescendía con la imagen que solía dar. <<Vaya, sorpresa>>, pensó, <<tal vez sólo está haciendo buena letra o tal vez, sólo necesita una oportunidad>>. Ese hombre era un misterio.

—Sé hacer mi trabajo, Gimena —le aseguró eludiendo su mirada.

Marta Guzmán no tardó en aparecer y luego de saludar a Gimena con un fuerte abrazo y de intercambiar un apretón de manos con Mirko, le indicó al fotógrafo que se colocara un distintivo que lo habilitaba a ingresar a

determinados espacios de la clínica.

—Por ese pasillo llegará al jardín trasero. Allí se encuentran la mayoría de los pacientes que participan de los talleres, —informó. Luego consultó su reloj—. A esta hora encontrarás a muchos de ellos trabajando sobre sus lienzos.

—Perfecto, —dijo Mirko encantado con la sensibilidad de esa hermosa y seria mujer. Miró a Gimena como si esperase una indicación de último momento—. Voy yendo entonces.

—Genial. Luego te busco, —le aclaró ella.

Mirko recorrió el pasillo sin poder dejar de pensar cómo había comenzado a disfrutar de la fotografía. Desde un primer momento, sin importar el objeto que estaba fotografiando, había descubierto que, a través de la lente, todo se veía y se apreciaba distinto. Solo con una cámara frente a sí, él podía definir lo sustancioso de lo vacío, lo bello de lo efímero, y eso había sido una gran forma de mantener cierto equilibrio interior.

Llegó a una galería donde un contenido murmullo alteró el silencio reinante. Desde la puerta de salida contempló el lugar. Frente a él se presentaba un cuidado jardín salpicado de coloridas flores y almas perdidas. Era un bello lugar de donde podría obtener muy buenas imágenes.

Fue internándose entre los canteros y sus ojos fueron posándose en los distintos pacientes que allí se encontraban. Lentamente, a medida que congelaba las

imágenes, comenzó a percibir tantas emociones que terminó conmoviéndolo. Afectado por todo cuanto lo rodeaba, comenzó a disparar su cámara sintiendo el abandono que allí se respiraba; la irrealidad que flotaba en el aire, todo eso lo contrarrestaba la contención y el cariño con que los enfermeros trataban a los pacientes. Se sintió tan movilizado que sin darse cuenta se le humedecieron los ojos.

Al girar enfrentó nuevamente la edificación de la casona. En la galería, al reparo de la corriente de viento frío, un grupo de mujeres pintaban en silencio bajo la atenta mirada de varios profesionales. Focalizó su interés en un grupo que con gesto concentrado trabajaba en los bastidores que tenían frente a ellos. Acaparó su atención una hermosa señora de cabellera plateada prolijamente sujeta en la nuca por una hebilla. Sus rasgos eran armoniosos, delicados, finos y Mirko supo sin duda que debió haber sido una belleza. No pudiendo contenerse alzó la cámara y la fotografió. Recién entonces reparó en el modelo que sentado a su lado era el objeto de toda su atención. Se centró en ambos y lo maravilló el amor y el cariño con que la mujer lo miraba. No era difícil deducir que se traba de madre e hijo. Los fotografió a ambos varias veces, capturando sus sonrisas, sus caricias y hasta el amor que se tenían.

—Es amigo mío, —susurró Gimena a su espalda cuando él bajó su cámara. No lo había querido interrumpir mientras trabajaba; lo había visto tan concentrado que le

pareció una picardía hacerlo.

Mirko se irguió sin apartar la vista de Miguel y de su madre. Nunca había sentido envidia de algo así, pero en este caso, frente al cariño que esa mujer transmitía y el amor que brotaba de los ojos del hijo, por primera vez en su vida sintió que estaba frente a algo que nunca tuvo ni tendría.

—Creo haber terminado, —comentó Mirko como si no hubiese escuchado nada.

Simulando estar cotejando las últimas fotos registradas, bajó la vista y se alejó unos pasos de Gimena tratando de que no se notara lo mucho que la escena lo había sensibilizado.

—Micky, ¿cómo estás?

Escuchó la voz de Gimena y lo sorprendió percibir la alegría y el cariño que transmitió. No pudo evitar voltearse a mirar y permaneció unos segundos contemplando cómo ambos se abrazaban al saludarse. Se mantuvo a un costado simulando estar concentrado en otra cosa mientras prestaba atención a cada una de las palabras que intercambiaban. Hablaban de gente en común y de una reunión que se llevaría a cabo en su casa. La sonrisa se borró del rostro del hombre en cuanto Gimena preguntó por su madre.

—¡Qué te puedo decir! —respondió Miguel—. El deterioro avanza a pasos agigantados. Esta semana me viene reconociendo; hacía meses que no lo hacía.

—Ah, Micky qué triste, —comentó Gimena apenada.

Como si hubiese recordado algo, miró a Mirko que se había mantenido apartado—. Mirko vení que te presento a un amigo.

Toda la situación le resultó de lo más incómoda. No estaba acostumbrado a ser incluido en ese tipo de encuentros y conversaciones; no podía evitar sentirse a la defensiva, como si en cualquier momento fuese a quedar expuesto y en falta.

—Mirko, él es Miguel Torino esposo de una de mis mejores amigas, —anunció con una sonrisa. Luego miró a Miguel—. Micky te presento a Mirko, es fotógrafo trabaja conmigo.

Los dos hombres se saludaron con un apretón de manos, mientras Gimena mencionaba que Mirko había tomado unas hermosas imágenes de Ada. Emocionado Miguel lo miró y dudó un momento antes de pedir verlas. Mirko se las mostró y Miguel, movilizado, observó toda la secuencia. Se detuvo en una en particular. En ella, Ada le sonreía acariciándole el rostro. El gesto de su madre era limpio, despejado de las nubes de la enfermedad. Así quería recordarla.

—Te la hago llegar por Gimena, —le dijo Mirko conmovido por lo afectado que Miguel se mostraba.

—Muchísimas gracias, —respondió Miguel sin apartar la mirada de la fotografía—. Sería un muy lindo recuerdo. Es muy linda foto.

Marta Guzmán se unió a ellos en el pasillo y los cuatro caminaron hacia la salida. Mirko aprovechó para

separarse. Se despidió de todos y le indicó a Gimena que la esperaba en el auto.

Apoyado contra el vehículo, Mirko encendió un cigarrillo. Lo fumó dispensándole de tanto en tanto una mirada a Gimena que conversaba con el tal Miguel. No pudo evitar pensar en Soraya y en el vago recuerdo que tenía de ella. Era lo más parecido a una madre que él había conocido y así mismo, nada en ella había de cálido.

Su celular vibró, lo había notado varias veces mientras se ocupaba de tomar fotografías. Balbuceó una maldición al notar que tenía gran cantidad de mensajes de Garrido; también Antonella había deseado contactarlo. Resolvió primero dar señales de vida en el celular de Garrido. Envío un mensaje templado, ya no sabía cómo tratarla, pero no deseaba levantar sospechas. Luego llamó a Antonella, a quien puso al tanto de lo que estaba sucediendo con Gimena.

—Nada preocupante, —informó—, la chica sólo deseaba reunir material para los artículos que debía presentar en la editorial española. No había hecho el más leve comentario sobre Blooming.

—Perfecto, —dijo ella al pasar—. Cualquier novedad, avisame.

Antonella concluyó la conversación sin previo aviso y Mirko volvió a reparar en que, en algún punto, era igual que Garrido. Alzó la vista, y vio que Gimena se despedía de sus amistades y caminaba hacia él.

—¿Vamos? —dijo al llegar a su lado.

—Vamos, —respondió él apurándose a guardar el celular en el bolsillo de su campera.

La entrevista con Marta Guzmán había sido un verdadero éxito. La sorprendió lo empapada que Marta estaba en ese tema y el modo en que había fomentado el uso de ese tipo de terapias para ayudar a los pacientes de la clínica que dirigía. Gracias a todo lo que había compartido con ella, Gimena contaba con mucha información sobre cómo se trabajaba al respecto en Buenos Aires. De hecho, bien administrada, podía ser utilizada en más de un artículo. Eso la satisfizo; sin desearlo contaba con material para el futuro.

Pensativamente se sirvió una copa de vino blanco y se acercó al sillón dejando que la música celta que sobrevolaba el ambiente la relajara. Había encontrado entre los estantes de la biblioteca un viejo cd y se le antojó escucharlo. Una mueca cargada de nostalgia se dibujó en su rostro al recordar lo mucho que había disfrutado el viaje que había compartido con Etienne a Irlanda, y, especialmente, el cálido pub de Dublín donde una pareja ofrecía a los turistas un exquisito show de música autóctona con arpa y violín. <<¡Qué lejos habían quedado esos momentos!>>, pensó con algo de resignación.

Se ajustó la bata y caminó hacia la puerta ventana que daba al jardín repasando su presente. Empezaba a sentirse adaptada a los vaivenes emocionales que le provocaba Buenos Aires; aunque no lograba reunir coraje para

enfrentar ciertas problemáticas. Pero lo cierto era que últimamente, había ido sintiendo que sus años en Europa habían sido como una suerte de paréntesis mientras que su presente y su futuro volvían a estar en Buenos Aires.

Era una noche oscura, fría, cerrada, sin luna. Encendió un cigarrillo y dejó que su mente saltara entre tema y tema. Los recuerdos de Madrid fueron mezclándose con los pendientes en Buenos Aires. Sus pensamientos pronto cayeron en las entrevistas que debía realizar, para centrarse en la actividad de esa tarde y detenerse en un fotógrafo en particular.

Ese hombre la perturbaba, la afectaba, aunque se forzase por no reconocerlo. Era guapo, intrigante. Su rostro anguloso, masculino parecía cincelado de perfecto que era. Sus ojos celestes, luminosos e intensos, eran la antesala calma de una personalidad turbulenta; por lo menos eso era lo que Gimena percibía cada vez que se topaba con su mirada. Sin embargo, era su actitud distante e insondable lo que más la desconcertaba. En algún punto la turbaba la barrera que levantaba entre ellos. No estaba acostumbrada a que la gente la rechazara o pusiera distancia con ella. Generalmente era empática con las personas. <<Pero, ¿por qué percibía rechazo por parte de Mirko?>> se preguntó tratando de entender su silencio y esa actitud poco natural, como si siempre estuviese esperando ser pescado en falta. <<Bueno, en realidad todos en esa editorial tienen esa expresión>>, concluyó al terminar su cigarrillo.

Hacía frío para quedarse afuera, regresó al interior y buscó su celular, tentada por enviarle un mensaje. Consultó su reloj; era pasada la medianoche. Se sirvió un poco más de vino y se acomodó en el sillón. Bebió un poco mientras buscaba el contacto de Mirko. Estaba conectado y eso la tentó. Aunque albergaba algunas dudas sobre lo que estaba por hacer, Gimena necesitaba generar algún tipo de acercamiento y se dejó llevar.

Sin pensarlo mucho más escribió: *Gracias por haberle ofrecido esas fotos a Micky. Para él es importante.* Lo envió y se arrepintió de haberlo hecho. Estuvo tentada en borrar el mensaje, pero Mirko no le dio tiempo pues respondió casi en el mismo momento en que lo recibió. *Es la cuarta vez que me agradecés,* fue la seca respuesta de Mirko. *No hace falta.*

A Gimena esas palabras le sonaron ásperas y mal humoradas como si ella fuese una cargosa. Se sintió una estúpida por haber quedado expuesta; seguramente Mirko pensaba que ella estaba interesada en él. De pronto ofuscada, respondió: *Tenés razón, no recordaba haberte agradecido. Me quedo tranquila entonces. Que descanses.*

Mirko permaneció varios segundos contemplando la pantalla de su celular. Tomó un poco de cerveza y se acomodó contra las almohadas de su cama. <<¡A qué había venido ese mensaje!>>, pensó. Lo había sorprendido y lo había inquietado; no quería mantener con ella ningún tipo de contacto fuera de la órbita de la

editorial. La quería lejos.

La mañana de ese miércoles, Gimena llegó a Blooming cerca de las once. Se había demorado hablando con su amiga Belén quien la ponía al tanto de las novedades procedentes de Madrid. Las noticias desde España eran muy alentadoras, aunque aún José María no podía informarle formalmente la decisión, Belén sabía de buena fuente que el proyecto había sido aprobado y que en cuestión de semanas llegaría su nombramiento.

Le costaba creer que fuera cierto, de modo que entusiasmada, encaró la jornada con mil cosas en mente. Decidida a no perder más tiempo y a no dejarse llevar por asuntos de poca monta, cargó el termo con agua caliente para el mate y se encerró en su despacho dispuesta a trabajar. No quería distracciones.

Para mediodía ya había terminado dos artículos. Satisfecha se puso de pie y caminó por la estancia para relajarse y estirar su espalda. Fue entonces cuando divisó a Romina parada junto a su escritorio. Tenía que hablar con ella. Tomó el teléfono y llamó.

—Hola, Romina, —la saludó cuando la chica atendió.

—Hola, Gimena, —la saludó sorprendida por el llamado—. ¿Cómo les fue ayer?

—Excelente. Gracias. Fue una entrevista muy productiva, —respondió orgullosa—. Romi, quería pedirte si me podrías pasar los teléfonos del personal abocado a la revista de Cultura, —dijo con un solapado dejo de autoridad en su voz.

—Claro, —respondió la chica algo insegura, sintiéndose intimidada—. Dame un rato y te lo preparo.

—Gracias.

Almorzó una ensalada en su escritorio, cotejando los artículos que había escrito esa mañana antes de enviarlos a España. Sabía que José María los esperaba ansioso por cerrar la edición. De modo que en cuanto estuvo conforme, los envió sin más dilación.

Se puso de pie conforme, dispuesta a tomarse una pausa en las actividades. Se acercó a la cafetera y estaba preparándose un café cuando divisó al fotógrafo que ingresaba a la redacción. Una vez más ese hombre se ganó toda su atención. La irritó ver el modo en que las mujeres lo saludaban a su paso y la arrogancia con que él devolvía el saludo; se pavoneaba, disfrutando sentirse el gallo de ese gallinero. <<En el fondo son todos iguales>>, pensó Gimena indignada por sentirse atraída.

Mirko debió haberse sentido observado, porque de la nada alzó la vista y su intensa mirada chocó con la de Gimena, que lejos de sentirse en falta, lo contemplaba sin miramiento. Luego lo saludó con una leve inclinación de cabeza, que, involuntariamente, acompañó con una suave sonrisa. Él sólo inclinó su cabeza.

Lo incomodaba el modo en que, por momentos, Gimena parecía estudiarlo. La noche anterior había permanecido largo rato digiriendo que, mal que le pesase, se había sentido a gusto con ella, con el modo en que conversaba y se interesaba por sus cosas. Su franqueza y

su sensibilidad habían suavizado la parquedad de Mirko, que ahora empezaba a observarla con otros ojos. Tal vez por eso, se sentía tan incómodo cuando ella se dirigía a él con tanta amabilidad, tan lleno de remordimientos.

Tratando de disipar los fantasmas, Mirko abrió su notebook y activó el puente que lo conectaba a la computadora de Antonella. Nada interesante encontró allí.

Sin mucho por hacer, disidió ir hasta el balcón para fumar un cigarrillo y así matar un poco el tiempo. Al verlo, Romina se acercó para comentarle que Antonella le había indicado que se ocupase de coordinar dos sesiones fotográficas; una en interiores; otra en exteriores.

—Aquí me dejó las especificaciones, —agregó, entregándole una carpeta con toda la información—. Ahí está el nombre del contacto de la agencia; es una nueva productora.

Mirko le agradeció y pasó a estudiar los requisitos. No había mucho que coordinar, por lo que leía, estaba todo organizado. Buscó el nombre del contacto y casi se le detiene el corazón al leer que se trataba de Serena Roger.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Gimena Rauch que pasó junto a su cubículo. Alzó la vista y la vio ingresar al balcón claramente enfadada. Aunque hablaba en francés e intentaba disimularlo, estaba entablado una discusión; se percibía el enojo y el hartazgo en su voz. Mirko se mordió los labios para que no se viera la sonrisa que asomaba. <<Parece que ese francés ya le hinchó las pelotas>>; concluyó.

Etienne protestaba porque hacía dos días que no sabía nada de ella. Gimena intentaba tranquilizarlo, aunque empezaban a fastidiarla tanto sus reclamos, como los llamados demandando atención. No dejaba pasar ni media hora que ya le estaba enviando mensajes, y todo tipo de declaraciones de amor; la asfixiaba. <<Tarde te acordaste de que yo podría necesitarte>>, pensó Gimena fastidiada porque él no se diera por aludido.

—Estoy con muchas cosas Etienne, —protestó—. Ya que no viniste, estoy aprovechado el tiempo.

—Hace un mes que te fuiste y ya te noto distinta, — fue el apenado comentario de Etienne—. Sabía que este viaje no sería nada bueno para nosotros. ¿Por qué te querés quedar tanto tiempo ahí?

— Surgió la posibilidad de hacer algunas entrevistas, —dijo Gimena aprovechando la ocasión—. Una cosa dio lugar a la otra... Hablando con José María surgió una idea...

—¿Qué idea? —la interrumpió enojado—. No me trates como a un imbécil. ¿Estás trabajando? Quiero la verdad. Estoy empezando a pensar que esto va mucho más allá de un simple “necesito tiempo para pensar en lo nuestro”

Su silencio fue toda una respuesta para Etienne que, sin decir más, cortó la comunicación. Gimena se tomó unos segundos para recuperarse y apaciguar el torrente de emociones que la conversación con Etienne había

desatado. Resolvió que era momento para su segundo cigarrillo del día; venía bien ese martes. Mientras fumaba, llamó a Belén, que era quien más la había escuchado hablar sobre sus sentimientos hacia Etienne y quien realmente la había alentado a no modificar su viaje y poner distancia entre ellos.

—Me está volviendo loca, Belu, —comentó con algo de angustia dándole una aspirada a su cigarrillo—. No digo que no me llame.... Pero por Dios, a cada rato lo hace... tengo mucho trabajo...No, bueno sí, acabo de decirle que estoy trabajando. Ya sé, que tendría que haberlo hecho antes Belu... y si hubiera sido lo mejor para ambos... es que ahora no sé como pero bueno... no sé si quiero volver.

Mirko se había deslizado al balcón, y fumaba en silencio con la mirada clavada en su celular y su atención puesta en las palabras de Gimena. Así que el francés era su novio-pretendiente. <<Interesante>>, pensó. En su voz notó lo angustiada que la situación la tenía. Agudizó el oído cuando escuchó mencionar que tenía toda su energía centrada en levantar la revista de Cultura.

—No tengo tiempo para...

Se detuvo y aplastó su cigarrillo en el cenicero de pie.

—Sí, —terminó diciendo angustiada—. Está bien, lo reconozco, Belu, eso sonó feo; pero sinceramente quiero quedarme en Buenos Aires. Está bien, está bien, tal vez viaje a París para hablar con Etienne; sí ya sé que se lo debo. Tenés razón, prometo hacerlo, pero no sé cuándo.

Gracias amiga. Te quiero. Hablamos mañana.

Al girar la sorprendió ver a Mirko recostado contra una pared. Llevaba auriculares y movía su pierna al ritmo de vaya a saber qué canción, mientras miraba atentamente su celular. Respiró hondo, agradeciendo que no la haya escuchado. Sigilosamente dejó el balcón, sin advertir, la sonrisa de triunfo que se instaló en el rostro del fotógrafo.

Todavía lidiando con el mal humor, regresó a su escritorio y se obligó a ceñirse a lo establecido. Estudió con atención el listado de temas de los que debía ocuparse y decidió comenzar a diagramar las futuras semanas. Analizó detenidamente la posibilidad de entrevistarse con varios conocidos a quienes deseaba integrar al staff de la nueva revista. No era tarea sencilla abordar a los periodistas especializados para conseguir que al menos se ocupen de escribir una columna; más de uno se creía estrella de un universo imaginario. Bebió un poco de café, pensando que debía sentirse conforme si la mitad de esa lista aceptaba.

Dejó ese asunto de lado, después de todo antes de convocar a todos esos colegas, debía mantener una larga conversación con Javier Estrada para que le informara cuál era la situación real de la Revista. Guardó la carpeta en uno de los cajones y extrajo otra. La abrió y estudió el cronograma que venía armando. Era una larga lista de centros culturales, que debía visitar para más adelante incluirlos en las locaciones a cubrir. Tomó un folleto con información sobre la Usina del Arte, no la conocía, y

repasó su programación. Se puso de pie, al ver una actividad que era de su interés.

Hacía tres horas que trabajaba en un grupo de fotogramas que Antonella le exigía para el día anterior. Redobló el esfuerzo para concentrarse en su trabajo; se sentía disperso y mal humorado. A raíz de un comentario que había escuchado entre Antonella y su esposo, las palabras de Serena Roger cobraron mayor fuerza y la sensación de que estaba en peligro volvió a él. Ya no sabía qué o a quién creer, pero De la Cruz sospechaba que alguien los estaba vigilando.

Estaba casi terminando cuando Gimena Rauch apareció junto a su escritorio. De primer momento no dijo nada, simplemente notó que ella apoyaba su cadera contra el canto del escritorio y lo observaba trabajar con detenimiento. Mirko alzó la vista al cabo de unos segundos, y la miró.

—¿Estás ocupado?

—Más o menos. —respondió con aspereza—: ¿Qué necesitas?

—La verdad es que no sé si serás la persona adecuada, —respondió ella evasiva. Mirko revoleó los ojos, no estaba de humor para lidiar con ella—. Pero, necesito ir hasta la Usina del Arte, donde en pocos minutos está por comenzar la función de una maravillosa sinfónica.

Mirko la miró conteniéndose. No tenía ningún deseo de ir a ningún lado; se le partía la cabeza de dolor, pero,

Antonella lo excomulgaría si la dejaba ir sola y esa era una puerta que no podía dejar cerrar. Con algo de dificultad, se puso de pie y comenzó a preparar su equipo.

—Me alegra descubrir que te gustan las Sinfónicas, —soltó ella sabiendo que lo fastidiaba.

—No he escuchado una Sinfónica en mi vida, —respondió con sequedad, aunque resuelto—. Pero mi trabajo es cumplir tus órdenes, así que no tengo más remedio que seguirte.

Gimena lo miró un instante desilusionada por la respuesta. En realidad, ella estaba dispuesta a dispensarlo, pero no le agradó su actitud belicosa y desafiante de modo que se guardó sus preocupaciones.

—Me alegra que tengas las cosas claras, —sentenció tajante. Se irguió y clavó su mirada en él—. Tu predisposición es digna de destacar. Busco mi bolso y salimos.

Mirko la siguió con la mirada, arrepintiéndose por haber sido tan rudo. Más allá del terrible secreto que lo unía a Gimena Rauch, —del cual afortunadamente ella no tenía registro—, no le resultaba para nada tedioso acompañarla en sus recorridas culturales. En realidad, empezaba a disfrutar de su compañía. Le gustaba conversar con ella, era sumamente cordial, alegre; siempre tenía a mano un comentario para compartir. Gimena no se merecía que él la tratase mal gratuitamente; no era justo.

CAPITULO 10

Sin mediar palabra, llegaron a la Usina del Arte. Entre ambos se había instalado una tensión extraña; ella estaba de mal humor; él, a pesar de sentirse en falta, también lo estaba, pero fue el primero en aflojar.

—No quise responderte mal en la Editorial, —dijo al bajar del auto—. Es que últimamente Antonella me está volviendo loco.

Gimena bajó la vista un segundo a las llaves, que terminó dejando caer dentro del bolso. Luego lo miró.

—¿Y tiene que ver conmigo? —preguntó directo estudiando su reacción.

Lo tomó por sorpresa el ataque directo. Mirko elevó el mentón y se analizaron mutuamente. Gimena suspiró con resignación, comprendiendo la respuesta. Dio un paso hacia él y colocando una de sus manos sobre el brazo del fotógrafo, buscó su mirada.

—Estamos trabajando Mirko, —deslizó con filosa firmeza—. Decile que lo único que quiero es hacer bien mi trabajo y que estoy resuelta a convertir la revista de cultura en lo que debe ser.

Mirko la observó un instante, afectado por su apasionamiento y enojo. Esa chica tenía fuego en su interior; algo que nunca había notado. También tenía claro lo que deseaba.

—No tengo nada que decirle a Antonella, —dijo él

abruptamente.

—¿Y yo tengo que creerte? —repuso Gimena con algo de sarcasmo—. Vamos, que ya debe haber empezado la sinfónica.

Fue en ese momento cuando a él lo alcanzó un desconcertante deseo de besarla. Había una grieta allí donde ella se esforzaba por mostrarse firme y sarcástica, que dejó que Mirko notara la fachada. Sorprendido por la nueva sensación que ella acababa de provocarle, la observó alejarse.

Caminaron hacia la entrada; él en silencio, ella desparramando conocimiento. Mirko, que no era un buen receptáculo para sus agudos comentarios, la escuchaba atento. A Gimena parecía no importarle que él no tuviera un oído entrenado, ni supiera apreciar las esculturas o los murales que allí se presentaban; ella seguía hablando sin detenerse a cuestionar su falta de conocimiento ni a censurar su ignorancia. A Mirko eso le agradaba; pero también tuvo la sensación de que ella se escudaba tras esa actitud contemplativa, para mantener cierta distancia.

La función ya había comenzado cuando llegaron a la entrada de la sala, de modo que Gimena debió mover sus contactos. Un colaborador del encargado de la sala les proporcionó el pase correspondiente y le indicó que debían aguardar que la primera parte del show concluyese para poder tomar fotografías. Se ubicaron en el fondo y así como ella se mostraba encantada y entusiasmada, él, taciturno y serio, no le interesaba en lo más mínimo lo

que sucedía en el escenario.

Tratando de aprovechar el tiempo, Mirko se conectó remotamente al correo de la oficina y espió en el de Antonella. Divisó un correo de Candado, pero no se atrevió a abrirlo por temor a que Antonella detectase el movimiento en su cuenta. Tendría que esperar hasta entrada la noche. Todavía no terminaba de comprender cuál era el procedimiento. Aunque, intuía que De la Cruz ofrecía a sus modelos por dinero y que Antonella era un engranaje importante; pero ¿cuál? No lo detectaban.

Sin embargo, lo que a Mirko lo tenía preocupado era todo lo que Serena había dicho sobre su salida de Batán. Lo inquietaba, aún más, que hablase del asunto haciendo hincapié en que nada se sabía de quién había intercedido por él. Esa inquietud lo llevó a preguntarse, ¿qué sabía realmente de Garrido? Desde un primer momento había aceptado todo lo que esa mujer le había dicho, sin cuestionar absolutamente nada. <<Qué imbécil>>. Pero, tenía que reconocer, que Garrido siempre lo había protegido y le había proveído de cuanto necesitaba; si hasta tenía un contrato donde quedaba claro que trabajaba para la Fiscalía.

Pero todo era extraño, confuso. Ya no estaba seguro de nada, ni confiaba en nadie; tampoco creía cien por ciento en la palabra de Roger, que había aparecido de la nada para cuestionar cada aspecto y poner en tela de juicio las pocas verdades que lo sostenían. De todo lo que Serena Roger había dicho, de lo único que estaba seguro era que

él tenía fecha de vencimiento; algo que no era alentador. Entre todo eso, una cosa era segura, tenía que ser más cuidadoso y prestar mayor atención. Desde ese día en adelante, era imperioso que hiciera sus propias averiguaciones y así buscar su propia salida de todo ese asqueroso asunto.

De tanto en tanto, los aplausos lo sobresaltaban, pero no les llevaba el apunte convencido de que Gimena le indicaría cuando debía ponerse en movimiento. La música nunca lo había atraído demasiado, pero sí reconoció que los violines entrelazándose con los acordes del piano generaban una melodía cautivante.

Un golpe seco en su brazo seguido de un fuerte agarrón, lo sacudió. Casi a la defensiva intentó zafarse, pero no pudo y se volvió hacia su costado para dar con una Gimena completamente enajenada. Tenía el rostro surcado por suaves lágrimas y una de sus manos se aferraba al brazo de Mirko como poseída. <<A mí me toca lidiar con todas las locas sueltas>>, pensó sin dar crédito a lo que le sucedía.

—Me vas a sacar un pedazo de carne, —susurró él con dientes apretados luego de acercar su rostro al de ella—. Duele.

Gimena lo miró primero con desconcierto, para luego soltarlo horrorizada de ver la marca de sus uñas en el brazo del fotógrafo.

—Ah perdón, —exclamó procurando no levantar la voz. Tapó su boca con ambas manos para luego volver a

acariciar el brazo de Mirko como si de ese modo pudiera borrar la marca—. Mirá como te lastimé. No me di cuenta... es que este es un tema muy movilizante para mí. Mil perdones, no lo puedo creer. Es que era una de las piezas favoritas de mi padre. Siempre la tocaba para mí...

Mirko asintió sin darle demasiada trascendencia a la explicación y retiró su brazo incómodo. El auditorio estalló en aplausos y Gimena poniéndose de pie se sumó luego de secar las lágrimas de sus mejillas. No sabiendo qué otra cosa hacer, Mirko la imitó.

—¿Te parece que tome algunas imágenes ahora? — consultó, pero sus palabras sonaron más a propuesta que a consulta. Ella asintió emocionada.

—Excelente idea. — Una sonrisa suave se había alojado en sus labios y lo miró con ojos vidriosos—. Aprovecha el bis. Tengo entendido que realizarán tres piezas más, —comentó emocionada—. Quiero una foto general y una de cada músico individual.

Mirko asintió y se apuró a colgar una de las cámaras de su cuello.

—También traté de obtener alguna imagen del público; que refleje la sala llena, —agregó—. Cuando termines nos encontraremos en el Foyer.

—¿Dónde?

—Afuera, —dijo ella sin molestarse en explicarle.

Mirko dedicó la siguiente media hora a tomar imágenes; lo hizo sigilosamente procurando no alterar el clima que allí se respiraba. Parecía mentira que nadie

notara su presencia, pero así era. La audiencia sólo tenía ojos para lo que sucedía en el escenario; parecían hipnotizados, tal como Gimena lo había estado. Sin desearlo sus pensamientos se trasladaron a ella. <<Qué rara es, —pensó Mirko— Mirá que emocionarse con esa música; de no creer>>.

Ni bien terminó se dirigió al hall de entrada del Auditorio. <<¿Cómo lo había llamado?>>, ni lo recordaba. Era una extraña palabra en francés. <<Parece que el francés es importante para ella>>, concluyó.

La encontró en medio del hall cotejando su celular, con un vaso de gaseosa en la mano. Todavía parecía movilizada. Gimena alzó la vista al sentirlo acercarse. Le ofreció un poco de gaseosa que él rechazó.

—Esta sinfónica es sensacional, —comentó ella, como si hubiesen estado hablando del asunto largo rato—. Cuando me enteré de que estaba, no quise que nos la perdiéramos.

—Mirá vos, —comentó él displicente. Guardo la cámara en su estuche y la miró—. Ya terminé, ¿vamos?

En silencio buscaron la salida. Gimena encendió un cigarrillo en cuanto pusieron un pie fuera del edificio. Él la imitó y de reojo la miraba avanzar sin levantar la vista del celular. Estaban por cruzar la calle cuando debió detenerla para que una bicicleta no la atropellara.

—Podes levantar la vista de ese aparato, —protestó Mirko sin retirar la mano de su hombro—. Te lo van a afanar o vas a terminar atropellada, no sé cuál es mejor

opción.

—Definitivamente lo peor sería que me lo robasen, —respondió colocándolo en el bolsillo de su abrigo—. Se me va la vida en este celular.

—Me imagino, —balbuceó él sin dar crédito.

Llegaron en silencio al automóvil y subieron al Fiat.

— ¿Te gustó la Sinfónica? —preguntó Gimena interesada por saber.

Mirko se encogió de hombros. No tenía la menor idea de qué era lo que habían escuchado y la música le había dado más o menos lo mismo.

—Eran varias piezas de distintos músicos, pero afortunadamente primó Piazzola, —explicó con paciencia—. Me encanta.

—¿Por qué llorabas? Nunca he conocido a alguien que llorase por escuchar música, —explicó, sin ocultar su desconcierto—. Eso es muy raro.

Antes de responder, Gimena lo miró de reojo. Sonrió sin saber cómo tomar el comentario.

—¿Nunca te emocionaste al escuchar una canción? —preguntó ella sorprendida. Mirko frunció la frente con gesto pensativo, como si buscara algún recuerdo, y tardó poco más de un segundo en sacudir su cabeza negativamente—. Parece que no te rodeas de gente sensible, —balbuceó para sí—. Lloraba, porque esa canción era una de las favoritas de mi padre, y me emociona, —explicó sin entrar en detalle—. Papá solía escucharla seguido y a mí me encantaba sentarme sobre

sus piernas mientras él bebía su brandi y escuchaba a Piazzola. Siempre que lo escucho se me llenan los ojos de lágrimas; lo siento conmigo. Me acuerdo de su sonrisa, de la manera en que me hablaba y me contaba historias. No puedo evitarlo.

Mirko reconoció la profundidad de sus palabras; la emoción que su voz volvía a transmitir. Hablaba como si el hecho acabase de suceder. Lo abordó una sensación extraña al sentirse contagiado por lo que ella experimentaba. Tal como le había sucedido la mañana en la clínica en la que se sintió afectado por el amigo de Gimena y su madre, ahora volvía a sentir ese cosquilleo interior que le provocaba una emoción desconocida.

—No me hagas caso, —terminó concluyendo Gimena y algo avergonzada buscó las llaves del auto y encendió el motor.

—¿Hace mucho falleció?, —se atrevió a preguntar Mirko e imitándola abrochó su cinturón de seguridad.

Gimena asintió moviendo el vehículo hacia la salida, evitando su mirada.

—Hace unos tres años, —comentó luego de pagar el estacionamiento—. Pero todavía me cuesta aceptarlo.

—Bueno, te quedó la música, ¿no? Los recuerdos de los momentos vividos, —dijo Mirko con voz profunda—. Cuando deseás tenerlo cerca, poné a Piazzola.

Ella lo miró con ojos vidriosos creyendo que había entendido mal; pero, aunque costase creerlo, de su boca había salido un comentario amable y reconfortador. Por

primera vez al mirarlo, no vio en él a un hombre áspero y poco instruido, sino que halló calidez en sus ojos. Le sonrió y algo vibró en ella cuando él le respondió la sonrisa. A Gimena le hubiese gustado agradecerle, pero tenía la garganta demasiado cargada de emociones para hablar. Simplemente asintió.

—Todavía es temprano, —deslizó Gimena al cabo de unos minutos. Lo miró con curiosidad—. ¿Tenés algo que hacer? Porque me gustaría pasar por un lugar que sólo puede ser visitado de noche.

Mirko frunció el gesto y la miró de soslayo no comprendiendo bien a qué se estaba refiriendo ahora. Siempre parecía sacar un conejo de la galera.

—¿Qué tenés en mente? —preguntó con cautela prestando atención a su reacción.

—Me gustaría pasar por La Glorieta, ¿la conocés?, —comentó sin quitar la mirada del celular—. Son cerca de las ocho de la noche y no estamos lejos.

—¡Podés dejar de mirar el celular que cambió el semáforo! —protestó inseguro de estar en buenas manos. Le arrebató bruscamente el aparato y lo dejó en un compartimiento junto a la palanca—. ¿Dónde queda esa Glorieta?

—En Barrancas de Belgrano.

Decir que Barrancas de Belgrano estaba cerca de donde se encontraban era ser más que entusiasta; lo cierto era que estaban del otro lado de la ciudad. Pero, tenía tantas ganas de bailar un tango y así sentir que abrazaba a

su padre, que no le importaba tener que cruzar la ciudad para hacerlo.

Mirko sacudió su cabeza pensando que esa mujer era imposible. La miró contagiado de su entusiasmo. Gimena hablaba de un lugar donde la gente se congregaba para bailar tango y que se había convertido en uno de los tantos atractivos culturales de la ciudad.

—No tengo nada pautado. Así que vamos si querés.

Gimena le dispensó una ancha sonrisa y cuando el semáforo le dio luz verde encaró hacia Avenida del Libertador.

Mientras conducía, le habló de los muchos lugares donde se enseñaba y se bailaba el dos por cuatro. Pero, a los efectos editoriales, la Glorieta tenía muchos más atractivos y las imágenes que allí Mirko podía tomar, eran mucho más atractivas. De la nada, consideró que más adelante podría armar una columna a tal efecto. En el siguiente semáforo buscó su celular y registró la idea. Sonrió conforme.

—Llegamos justo, —dijo luego de estacionar el vehículo—. Están comenzando a congregarse.

Descendieron del pequeño automóvil y caminaron hacia la gran plaza donde se erguía la llamativa glorieta.

—Te encargo todas las fotos que puedas tomar, —le dijo con firmeza, pero Mirko no lo interpretó como una orden, en realidad fue un comentario entre compañeros.

—Despreocupate, —la tranquilizó con suavidad.

Ella lo miró dispensándole una sonrisa de

agradecimiento, que lo gratificó.

—Voy a tratar de hablar con el coordinador, —
anunció.

Sin decir más, Gimena se acercó al grupo que se congregaba en el centro de la glorieta. Un tango de D'Arrienzo sobrevolaba los alrededores generando un clima entre romántico y nostálgico, pero que invitaba a acercarse.

El coordinador recibió a Gimena encantado de que una revista finalmente se acercase a hablar de ellos. Mientras las parejas se iban acomodando, Sergio Valdés le comentaba cómo había surgido la idea y cómo antes de comenzar a bailar se impartían clases personales para aquellos que no saben hacerlo, y así puedan familiarizarse con los pasos.

Mientras Gimena conversaba, preguntaba, anotaba y sonreía Mirko fotografiaba todo cuanto veía y llamaba su atención.

Era una fría noche de junio y así y todo era interesante el número de personas que se habían acercado. La oscuridad de la plaza era neutralizada por una tenue luz azul que, nacía del techo de la glorieta y se mezclaba con la luz blanca de los faroles, cubría los alrededores de un tinte nostálgico.

De tanto en tanto, Mirko dirigía la cámara hacia Gimena. Le gustaba observarla a través de la lente. Le agradaba su sonrisa franca, los gestos de su rostro durante una conversación. Lo atraía de un modo completamente

novedoso. Tal vez porque ella lo trataba bien, quizás porque se sentía en falta o quizás por el mismo motivo que lo había llevado a abordarla tanto tiempo atrás; era distinta especial.

La música se intensificó y varias personas se juntaron para dar comienzo al baile. Mirko se acercó y tomó imágenes de distintas parejas que, con ojos entornados, se dejaban llevar por la música. Lo sorprendió ver que Gimena y el instructor que había estado entrevistando se unían a los bailarines. Una vez más la siguió con su cámara y disparó varias veces, capturando su sonrisa, su concentración, su frescura.

Bajó la cámara y se limitó a observarla. La sensualidad de los movimientos, los pasos enérgicos o arrastrados, el modo en que ese hombre la sostenía y el apasionamiento que mostraba ella ladeando la cabeza, lo afectó.

Contuvo la respiración al advertir que estaba sintiéndose desplazado y que eso no le agradaba. De sólo mirarla el corazón se le aceleró y por primera vez aceptó que deseaba acaparar todas sus sonrisas; adueñarse de toda su atención; pero por sobre todo lo demás, lo desesperó descubrir el sabor de su boca.

La pieza pareció terminar y Gimena se separó del hombre con quien bailaba; aplaudió con una sonrisa ancha en los labios y luego de despedirse caminó hacia donde se encontraba Mirko.

—Bailás muy bien, —se atrevió a comentar él, mientras guardaba cuidadosamente su cámara, procurando

no se notara todo lo que había estado pensando—. ¿Ya nos vamos?

—¿Estas apurado? —preguntó ella todavía con la emoción bailando en sus labios. Consultó su reloj—. Perdón no me di cuenta de la hora. Si tenés planes estas más que liberado. En realidad, hace rato terminamos.

—No tengo planes, —se encontró reconociendo—. Pero creí...

—Bailemos un poco si no tenés nada que hacer.

Gimena no le dio tiempo a nada. Empujada por su propio entusiasmo tomó la mochila de las manos de Mirko y la ubicó junto a su cartera. Luego lo tomó de ambas manos y lo arrastró hacia la pista de baile.

—No sé bailar tango, —protestó incómodo, pero completamente movilizado por el contacto. Por momentos parecía que Gimena tenía cierto interés por su persona; pero con solo parpadear, Mirko advertía que no era cierto.

—No importa, yo te enseño, —respondió ella resuelta—. Lo lindo es seguir la música, dejar que te llegue al alma, —explicó con emoción. Sin darle tiempo a nada, tomó su mano y la ubicó sobre su cintura, luego posó una de las suyas sobre su hombro y lo miró—. Vos seguí mis indicaciones y déjate llevar.

—Pero...

—Pero nada, Mirko, se te nota en la cara que estás muy necesitado de un buen tango, —insistió—. No pensés, sentí la música...

Alzó la vista y lo miró directo a esos ojos celestes

cautivantes y luminosos que la miraban con desconcierto y extrañeza. Le sonrió y alentándolo le palmeó el pecho.

—Vamos, que esto no duele.

La primera canción la bailaron despacio, repitiendo los pasos para que Mirko comprendiera los movimientos. No le costó demasiado seguir el ritmo y a medida que lo lograba, sus cuerpos parecían ajustarse; ensamblarse. La segunda pieza fue mucho mejor y la tercera la disfrutaron.

De tanto en tanto Mirko la pisaba y, así como en un comienzo lo molestaba no hacerlo bien, luego de varias piezas de estar disfrutándolo se reía ante cada tropiezo. Fue divertido.

Cerca de las diez de la noche, luego de varias horas bailando, los asistentes comenzaron a dispersarse. Una vez más Gimena se acercó a los organizadores, prometió avisarles cuando el artículo fuese publicado, se despidió y prometió volver.

Mirko aprovechó que Gimena se había alejado para cotejar su celular. Tenía tres llamadas perdidas de Garrido; le escribió un mensaje. *Imposible hablar ahora. ¿Qué sucede?*

Tenía también un mensaje de WhatsApp de Antonella. *No volviste a la Editorial. ¿No me estarás abandonando por esa chiruza? Creo que empiezo a arrepentirme de pedirte que la espíes.* El siguiente mensaje era un audio de Antonella despotricando por su falta de respuesta; aprovechó para informarle que esa noche estaba ocupada. Con la voz de Antonella

retumbando en sus oídos, alzó la vista y vio que Gimena conversaba con los organizadores. Bajó la vista al celular nuevamente. *Cómo se te ocurre que podría reemplazarte. Imposible. ¡Qué pena que tengas que salir! Otra noche sin vernos; parece que tu marido quiere recuperarte.* La respuesta de Antonella llegó en el mismo momento en que lo hacía la de Garrido. Ninguna estaba contenta con el mensaje recibido.

La risa espontánea y contagiosa de Gimena lo alcanzó desde el extremo opuesto de la glorieta. Alzó la vista y se la quedó mirando afectado por su frescura. Una vez más lo abordó una sensación cálida, un hormigueo interno que lo empujó a sonreír como un idiota. Esa chica tenía un no sé qué que lo alcanzaba. Aunque prefiriese no pensar en ello, cada día se sentía más atraído por ella y eso era un peligro.

Respondió los mensajes con ligereza. A Garrido le informó que De La Cruz estaba cenando en El Mirador de la Recova con unos americanos junto a Antonella que lo invitaba a reunirse con ella allí; tal vez lo hiciera. A la directora de la Editorial, le deseó buenas noches.

—¿Cómo me gusta bailar! —exclamó Gimena al llegar donde estaba Mirko—. Es tan liberador.

Él se sobresaltó al escucharla y se apuró a guardar el celular en su campera. Asintió y se calzó la mochila al hombro.

—Estoy muerta de hambre, —manifestó Gimena. Lo miró con naturalidad y sonrió ante una idea que acababa

de ocurrírsele—. Estamos cerca del barrio chino, —dijo como si pensara en voz alta—. ¿Te prendés?

Mirko dudó. Las propuestas, de ella salían de su boca con tal naturalidad que lo sacaban de eje. Sin medir sus impulsos, lo tomó de la mano y lo guio hacia la estación de Barrancas.

—¿Conocías el Barrio Chino? —preguntó entusiasmada.

—No, —respondió él secamente—. La verdad es que nunca comí comida China.

—Ah, entonces ponete en mis manos, —dijo Gimena con soltura sin considerar el doble sentido que sus palabras podían ofrecer.

En cualquier otra ocasión, si una mujer le decía algo así, ya estaría, mínimamente, apoderándose de su boca. Pero Gimena Rauch hablaba en otro plano y se relacionaba con él de un modo amistoso. Y a él empezaba a gustarle ese tipo de relación con ella.

Entre risas y comentarios absurdos sobre lo que los rodeaba, llegaron a un restaurante bastante concurrido ubicado sobre la calle Arribeños; pleno Barrio Chino. Gimena, que parecía estar disfrutando de la salida, lo arrastró hasta un rincón donde una mesa para dos parecía aguardarlos. Ordenaron una cerveza, y ella se apuró a ofrecerle algunas sugerencias que él no supo cómo desestimar.

Cenaron conversando sobre la función de la Sinfónica que habían disfrutado esa tarde. Ella puso especial interés

en conocer sus respuestas, sus apreciaciones y él se sintió importante por el modo en que Gimena lo escuchaba. En un momento en que ella le hablaba de lo que pretendía con esas entrevistas, Mirko se abstraigo y no pudo evitar pensar que era la primera vez que compartía una cena de ese tipo con una mujer que no solo no había pagado sus servicios, sino que no tenía intenciones reales de terminar en una cama con él. Detuvo allí su pensamiento; prefirió no seguir analizando lo que sentía porque corría el riesgo de terminar recordando lo que ya había sucedido entre ellos.

—¿Hace mucho que trabajas para Antonella? —quiso saber Gimena, luego de limpiar la comisura de sus labios con la servilleta y beber un poco de cerveza.

—Poco menos de un año, —respondió con sequedad—. Pero pensé que ya había quedado claro que trabajo para la Editorial.

—Es verdad, —reconoció Gimena. Bajó la vista obligándose a estar atenta con sus preguntas—. Pero entonces, ¿te agradó acompañarme? —preguntó con seriedad. Él alzó la vista sin entender a dónde se dirigía realmente—. Quiero decir. Te agradó tomar ese tipo de fotografías.

Mirko asintió y a su mente llegó la gratitud que había visto en los ojos del amigo de Gimena.

—Ciertamente es interesante. Aunque lo de la clínica fue duro.

—Sí que lo es. Pero mucho más real que tener que

fotografiar anoréxicas semi desnudas, ¿no?

Mirko simplemente asintió. Una vez más se sintió cautivado. Ella tenía una manera tan espontánea y entusiasta de expresarse que difícilmente una persona podía mantenerse indiferente. Gimena Rauch naturalizaba las situaciones y le resultó evidente que deseaba decir algo más.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —quiso saber.

—Porque la fotografía también es un arte, —respondió ella con la misma naturalidad con que había dicho todo lo demás—. Sos bueno, Mirko, muy bueno... y me da pena que desperdicies tu capacidad retratando...

—Modelos anoréxicas semi desnudas, —la interrumpió él con una mueca.

—Pues sí, —reconoció Gimena.

Mirko se escudó tras su vaso de cerveza. Nunca nadie le había dicho algo así. Nunca nadie se había molestado en resaltar sus cualidades. Una vez más, ella lo afectaba. Definitivamente su poder provenía desde lo más profundo de su ser. Ella irradiaba tantas cosas buenas. Era un ser de luz. Y Mirko no pudo evitar considerar si habría sido eso lo que lo llevó a elegirla tantos años atrás. Sacudió su cabeza empujando esos pensamientos al fondo de su mente. No quería recordar ese tipo de escenas, no ahora, que empezaba a conocer a Gimena y le gustaba.

El celular de Mirko emitió un sonido. Se disculpó un momento con Gimena y leyó. Tenía dos mensajes. Por un

lado, uno del número que solía manejar Ibáñez. *Contacto*. Mirko frunció el ceño. Según ese mensaje, Antonella debía estar haciendo contacto con la persona que ellos deseaban atrapar. <<Candado>>. Pulsó dos botones, y envió un corazón como respuesta. Pasó al segundo mensaje, provenía de un número desconocido. Lo abrió convencido de saber quién lo enviaba. En esta ocasión, un nudo se formó en la boca de su estómago.

Una vez más, Mirko alzo la vista y vio que Gimena también cotejaba su celular. *Hoy estoy complicado trabajando, imposible*, respondió apurado. *¿Trabajando? No me hagas reír. ¿Con la española que no es española?* Preguntó Serena acompañando la pregunta con una carita de incompreensión. Luego agregó: *Un nuevo y gratuito consejo. No cometas locuras y por, sobre todo, no le arruines la vida a esa chica. Lagoon. Barra. 12. No me falles.*

Mirko alzó la vista y movilizado contempló a Gimena que sonreía mientras respondía un mensaje. No tenía dudas de que era dueña de un espíritu sano; él no tenía derecho a volver a lastimarla. Le gustaba verla con esa sonrisa entusiasta en los labios. Con cada momento que compartían se sentía más y más a gusto con ella.

—Se puede saber, ¿por qué me estas mirando así? —preguntó ella procurando desbaratar la incomodidad que la mirada de ese hombre le generaba—. ¿Sucede algo?

—No, perdón, estaba pensando en otra cosa, —respondió con naturalidad. Luego le dedicó una mueca

que terminó en una gran sonrisa—. Tengo que confesarte que no me gustó mucho la comida china.

Gimena liberó una carcajada tan espontánea, que algo dentro de Mirko vibró alentándolo a sonreír genuinamente. <<No, —se dijo—, lo último que haría sería volver a lastimarla. Es muy linda>>, concluyó sintiéndose cautivado.

Bajó brevemente la vista a su celular y escribió. *No me esperes...*

Ingresó a su departamento pasada la medianoche con la cabeza atiborrada de pensamientos, todos relacionados con Gimena Rauch y la magnífica salida que habían compartido. Ella le presentaba un mundo que Mirko nunca había considerado; un mundo de apertura tanto mental como espiritual que no tenía idea que existía. No obstante, era ella la que a su vez le provocaba demasiadas emociones que necesitaba controlar.

Encendió la luz y apuró el paso hacia la cocina. De uno de los estantes extrajo una maceta y entre sus hojas buscó lo que necesitaba. Se horrorizó al ver que estaba vacío.

<<Garrido>>, pensó desalentado. Se irguió y el desaliente fue convirtiéndose en enojo, al escuchar los pasos que se acercaban desde el interior del departamento. Maldijo por lo bajo, no tenía deseos de complacerla esa noche, en realidad tenía deseos de apretarle el cuello hasta

ponerla morada.

—¿Buscabas esto? — deslizó con sorna. Llevaba sólo una bata transparente que dejaba a la vista su cuerpo escultural. Lo miraba con desquiciada lujuria y se acercó a él, al tiempo que le mostraba la pequeña bolsita con la preciada mercancía—. Vas a tener que ganártela, —dijo desafiante al tiempo que balanceaba la bolsita con el polvo blanco en su interior—. ¿Cuánto hace de la última vez?

Sonrió con malicia al notar que involuntariamente Mirko desviaba la vista a la bolsita que ella balanceaba. La mujer se recostó contra el marco de la arcada que conducía al interior de departamento. Con actitud altiva, lo estudió detenidamente y no tardó mucho en detectar la tensión que la necesidad empezaba a generar en su organismo; hacerlo desear no hacía más que aumentar esa tortura.

—¿Por qué no llamaste para avisar de la reunión que mantuvieron De la Cruz y Candado? —demandó con voz helada acercándose, recorriendo su cuerpo con la bolsa de droga—. ¿Estabas con Antonella? —preguntó con gesto amenazador—. Estaba por marcharme.

Mirko la miró procurando matizar el odio que empezaba a gestarse en sus entrañas. La fiscal sabía que tenía el poder para doblegarlo, para lograr que él hiciera exactamente lo que ella quería.

La odiaba. La odiaba tanto como había odiado a Candado durante sus años de encierro. Esa mujer lo

trataba como un esclavo y cada vez que podía se las ingeniaba para humillarlo. No obstante, Mirko sabía que no podía deshacerse de ella y el tirón de la necesidad fue mucho más fuerte y entregado, se encontró caminando tras ella con resignación.

—Nunca te pregunté, —dijo con voz sensual a medida que lo iba desvistiendo—. ¿Las cicatrices son de tu época de Batán?

Mirko no respondió. Toda la situación comenzaba a darle asco. Pero no tenía forma de eludirla. Negarse podía ser peligroso y lo sabía. Con seriedad la observó recostarse en la cama con gesto malicioso.

—¿Empezamos? —sugirió al dibujar una larga línea sobre su pubis completamente limpio de vellos—. Esto nunca lo hemos hecho. Estoy segura de que te va a estimular

Luego de la segunda esnifada, todo fue mucho más sencillo y el instinto básico y salvaje se mezcló con las emociones más mezquinas, dando como resultado un desempeño explosivo que lo arrastró a un límite peligroso.

Garrido sabía cómo sacar lo mejor y lo peor de él. Esa noche, como si intuyese que Mirko necesitaba ser aleccionado, lo tentó de todas las maneras posibles y él no pudo resistirse. Terminó accediendo a todas las propuestas hasta perder la conciencia.

Cuando abrió los ojos, el sol inundaba la habitación. Parpadeó varias veces, hasta que su cerebro lentamente se

puso en funcionamiento. Sentía la garganta seca, y el cuerpo y la mente entumecidos. Se irguió con desgano, todavía algo mareado recorrió el lugar con la mirada. La mente se le despejó en un chasquido de dedos ante el desastre que lo rodeaba. Azorado contuvo la respiración. Junto a unos vasos de whisky y varias botellas vacías, había rastros de droga junto a una nota.

¿Te das cuenta lo sencillo que me resultaría sacarte del juego? Con un solo llamado volvés al infierno de donde te saqué. Sólo para recordártelo. No te hagas el vivo conmigo.

PD. Estuviste brutal

CAPITULO 11

Hacía como diez días que no lo veía ni sabía nada de él. Comenzaba a hartarla el infantil comportamiento de Antonella respecto del fotógrafo. Deliberadamente, lo estaba manteniendo lo más lejos posible de la redacción y de ella. Al principio la había divertido, pero con el paso de los días, comenzó a hartarse de ese mezquino manipuleo. El no verlo a diario, comenzaba a tener un efecto contraproducente en ella, que sin desearlo lo buscaba entre los escritorios. La distraía no encontrarlo en el piso y sus pensamientos caían recurrentemente en él.

Contrariada porque Antonella parecía haberse salido con la suya, Gimena, esa mañana de principio de julio, amaneció con pocos deseos de presentarse en la editorial. Mientras desayunaba resolvió que, tal como hacía en Madrid cuando la abordaba la melancolía, tomaría su cámara y, para despejarse y recobrar el ánimo, recorrería la ciudad.

Era una mañana fría, pero soleada y la actividad física estimularía su mente y su ánimo. Resuelta, se vistió con ropa cómoda. Un jean, una camisa, sweater, campera y bufanda, y un buen par de zapatillas para poder moverse con mayor libertad. En su bolso, cargó unas botas de fino tacón, para cambiarse ni bien llegase a su despacho.

Dejó su auto en el estacionamiento frente a la Editorial. A dos cuadras, sobre la calle Perú tenía una

estación de bicicleta. Era una excelente manera de manejarse por la ciudad. Estimulada con la perspectiva, decidió comenzar su recorrido por la zona de La Boca y Barracas, que tiempo atrás fue una zona industrial y, por lo que había escuchado, en la actualidad era la zona elegida por los artistas urbanos que desplegaban su arte aprovechando los muros de cemento y chapa.

Detuvo la bicicleta para tomar fotografías de todo lo que llamara su atención; no solo murales; también registró muchos momentos que reflejaban el despertar de la ciudad; su idiosincrasia, la esencia de sus habitantes. Adoraba inmortalizar ese tipo de imágenes.

Llegó a la zona del Riachuelo casi sin darse cuenta. Estaba maravillada con todo cuanto veía. Detuvo la bicicleta y tomó varias imágenes del puente abandonado, para luego seguir camino hacia la zona de los murales. “El regreso de Quinquela”, eran su objetivo principal.

—Impresionante, —dijo al contemplar el imponente mural.

Dejó la bicicleta a un costado, y extrajo la cámara. En sus oídos, sonaba Soda Estéreo y entre la música y la emoción de estar apreciando la obra que tenía ante sí, Gimena se fue abstrayendo de todo cuanto la rodeaba. En ningún momento reparó en el nutrido grupo que se congregaba en uno de los extremos de la calle bajo un amplio gazebo. Ella sólo disparaba su cámara extasiada con lo que veía.

Se sobresaltó cuando una mano se interpuso entre el

mural y su cámara. Asustada retrocedió y su semblante se relajó al ver que era Mirko quien aparecía de la nada.

—Hola, —exclamó Gimena. La sonrisa fue aflorando a medida que amainaba la sorpresa—. ¡Qué casualidad! No tenía idea que estarías trabajando por acá.

—Eso mismo pensaba yo, —dijo él sorprendido por lo fuera de lugar del encuentro. Era la última persona que pensaba encontrar allí y, así y todo, lo movilizó encontrala—. ¿Qué estás haciendo por acá?

—Tomando imágenes de Arte Urbano, —comentó ella con entusiasmo—. Dicen que Barracas es el nuevo polo y no quise perdermelo.

—No vi nada de eso en el memo, —reclamó él con suavidad.

En ese entorno, vestida de un modo tan casual, con el cabello revuelto y la costosa cámara colgando de su cuello, Gimena le pareció muy distinta de la mujer que trataba de eludir en la Editorial o de la que le daba indicaciones sobre las imágenes que necesitaba. En cambio, pensó en la mujer con quien había bailado, la que casi le arranca un pedazo de brazo porque se emocionó con una canción o la que lo arrastró a comer la desagradable comida china.

—No quise molestarte, —se excusó ella con esa frescura que Mirko empezaba a disfrutar—. La verdad, fue algo que se me ocurrió a último momento, estaba de mal humor y en Madrid servía salir cámara en mano, escuchando música sin plan. Es muy relajante.

Mirko guardó silencio. <<¿Estaba de mal humor o estaba triste?>>, pensó estudiando su semblante y notando cierta tensión en él.

—¿Se te pasó el mal humor?

—Completamente, —respondió acompañando sus palabras con una sonrisa tensa—. Siempre funciona.

Gimena desvió la vista hacia el extraordinario mural y la mantuvo fija allí. Lo cierto era que empezaba a sentirse intimidada por el modo en que Mirko la miraba. Un calor inusitado se apoderó de su cuerpo y hasta sintió sofocarse. Lo que no le había sucedido antes, ocurría en mal momento. Ese hombre la perturbaba.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo Gimena de la nada tratando de apartarse de él—. No pensé que fuera tan tarde. Tengo que volver a la Editorial.

Giró dándole la espalda y recién en ese momento divisó la suerte de campamento que allí habían montado para la sesión fotográfica. Tres modelos bebían café envueltas en abrigos gigantes. Frunció el ceño al notar que Mirko la seguía.

—Veo que volviste a las anoréxicas, —deslizó ella con algo de desdén.

—Es mi trabajo Gimena, —respondió Mirko como si tuviese que justificarse—. Reconozco que me gustaría más acompañarte en tu recorrida por la ciudad, —agregó dedicándole una sonrisa cómplice que ella devolvió involuntariamente. Era difícil no sonreír cuando él lo hacía—. Pero cumplo órdenes.

Mirko sostuvo el manubrio de la bicicleta mientras ella guardaba la cámara. Aunque, lo más sensato era despedirse y regresar al gazebo donde las modelos estaban tomando un descanso, no quería dejarla ir.

—A mí no me falta mucho, —agregó de la nada—. Si querés puedes esperarme y después vamos juntos para la Editorial. No es muy seguro andar por esta zona en bicicleta, mucho menos con una cámara como esa.

Gimena se lo quedó mirando; otra vez estaba siendo atento, cálido. Lo estudió un momento preguntándose qué habría tras esa fachada de hombre seco y distante. Pero debió desviar la vista para no sofocarse; le costaba mantener las palpitaciones si Mirko la miraba de ese modo.

—Agradezco la preocupación, pero prefiero seguir, —dijo ella una vez recuperada—. Nada va a sucederme, —agregó movilizada. Desvió la vista hacia el gazebo, donde una mujer rubia y delicada no les quitaba los ojos de encima. —. Además, te están esperando. —Estiró su cuello para darle un amistoso beso de despedida—. Nos vemos, Mirko.

Mirko la observó alejarse preguntándose si era inconsciente o temeraria; nadie andaba por esa zona en bicicleta y con una cámara de tres mil dólares en la mochila.

—Seguimos, Mirko, —gritó una de las modelos—. Estoy muerta de frío.

En pocos minutos, se encontró rodilla en el suelo

disparando su cámara a las modelos que caminaban por la vereda y posaban para él con gesto divertido. Serena Roger revoloteaba a su alrededor.

—Se puede saber ¿quién era esa? —preguntó discretamente Serena.

—La nueva encargada del área de Cultura. —respondió con aspereza.

—¿Y desde cuando la encargada de un área toma sus propias fotografías? —deslizó Serena con arrogancia—. ¿Estabas con ella la otra noche? La española que no es española.

—No me rompas las pelotas Serena, —dijo con dientes apretados volviéndose bruscamente hacia ella—. No quiero escucharte...

—No te llamó la atención que llegara justo aquí, —insistió parándose a menos de un metro del fotógrafo—. Es bastante llamativo que, de todos los lugares que hay en Buenos Aires, justo vino a tomar imágenes a este lugar.

Mirko bufó ofuscado y gritó a las modelos que ya podían vestirse. Habían terminado. Se volvió bruscamente hacia Serena y la atravesó con la mirada.

—Sinceramente me estoy cansando de tu acoso, —amenazó Mirko. Serena puso sus brazos en posición de jarra y lo enfrentó con algo de soberbia—. ¿Por qué estás tan segura de que no voy a hablar de vos a Antonella o a De la Cruz?

—Porque mi investigación sobre vos llega a rincones que mejor olvidar, —respondió ella con suficiencia. Se

acercó más a él y susurró al oído—. Sé muy bien qué era lo que hacías para el tal Candado en ese boliche de la costa. También sé que odiás a ese hombre y estás tramando una venganza. ¿Qué pensás que haría Candado si se entera que estás tan cerca de él?

A Mirko casi se le detiene el corazón al escucharla. No tenía escapatoria; si Serena abría la boca, era hombre muerto. Ahora su indignación nacía de la frustración que las palabras de esa mujer le provocaban.

—Lamento que me hayas obligado a decir eso, —agregó sorprendentemente Serena—. No tengo intención de usar nada en tu contra, Croata, —dijo ella, ahora con voz determinante—. Pero, entenderás que debo cubrirme, así que no me obligues.

—¿A qué estás jugando? —preguntó furioso y a la defensiva.

—Justamente porque éste no es ningún juego es que estoy tratando de que abras los ojos de una buena vez, —dijo ella con un tono filoso e imperativo—. Y hasta que no reacciones, toda mi misión corre peligro, —siguió diciendo—. Eso es lo que verdaderamente me preocupa.

De reojo miró a las modelos que apuradas se subían a una camioneta para cambiarse y abrigarse. Serena aprovechó para acercarse a Mirko.

—A ver si vas entendiendo la situación, Croata, —prosiguió ahora con firmeza—. ¿Quién se encarga de vigilar, escuchar y monitorear a Antonella? ¿Quién se acuesta con ella y colocó micrófonos en todos los lugares

donde ella puede estar? ¿Quién te creés que está registrado en gran cantidad de cámaras, cogiéndosela de todas las maneras posibles?

Mirko se la quedó mirando sin saber cómo tomar esa solapada amenaza. Esa mujer volvía a adelantársele; otra vez demostraba saber más de lo que dejaba entrever y él tenía la desagradable sensación de estar atado de pies y manos.

Serena se separó de él y estudió su rostro que volvía a mostrarse inexpresivo. Una vez más ella sintió que era un hombre que no tenía nada por perder. Eso la apenó.

—Solo quiero que des un paso al costado, Croata, — agregó depositando un pendrive en su mano—. Te dejo esto para que puedas constatar lo que te digo. Nadie más que vos debe ver el contenido; cuando lo veas entenderás porqué. Allí encontrarás información sobre De la Cruz y Candado; también de Antonella y un hombre que se llama Casenave, que maneja el juego clandestino en gran parte de la ciudad. También pasó por la cama de Antonella, — deslizó. Lo miró de soslayo—. Espero no te hayas creído que tu amante era una monjita de claustro mal atendida por su esposo corrupto.

Mirko frunció el ceño y caminó hacia el gazebo donde tenía los estuches de sus cámaras. Serena lo seguía unos pasos detrás, mencionando con discreción que todos ellos formaban parte de una sociedad que se ocupaba de organizar apuestas y fiestas clandestinas.

— Hora de despertar del sueño, Mirko; todavía estás a

tiempo de hacer las cosas bien, —dijo ajustando su abrigo.

Mirko se hizo el desentendido e intentó apartarse, pero Serena lo detuvo.

—No me agradan las casualidades, —agregó con sequedad—. Que esa mujer haya llegado hasta aquí me hace ruido y habla de dos posibilidades, —agregó punzante—. O te está siguiendo para informar de tus acciones o está caliente con vos. Yo lo investigaría.

—¿Para quién trabajás? —preguntó en un susurro como si pensara en voz alta.

—Para los buenos Mirko, —respondió ella también en un susurro—. Trabajo para los buenos.

La miró, ahora con hastío. Ella en cambio, con la mayor naturalidad se apartó de él y caminó hacia la camioneta donde las modelos la aguardaban.

Gimena ingresó a la Editorial apurando el paso, se le había hecho más tarde de lo que había calculado y las tareas pendientes se le estaban acumulando. En su oído, su amiga Mariana, despotricaba sin consuelo.

—No me parece, —decía Gimena mientras dejaba caer su bolso en una silla y se estiraba para encender su ordenador—. No vas a escuchar una crítica de mi parte, Mariana. Estoy de acuerdo con Micky en todo. No tendrías que haberte metido.

Gimena alzó la vista y reboleó sus ojos al escuchar las mil excusas que su amiga compartía con ella para poder

justificar su proceder. Estaban a dos días de la boda y Miguel, el futuro marido, seguía sin hablarle. Para peor de males, para Mariana, los medios hermanos de Miguel habían aceptado gustosos participar de la ceremonial y ella no tenía idea de cómo comunicárselo a él, sin que éste pusiera el grito en el cielo.

—¿Que querés que te diga Marian?, —comentó Gimena que en ese momento extraía la memoria de la cámara y la colocaba en su computadora personal para ver las fotografías tomadas. Necesitaba seguir trabajando, pero Mariana parecía no advertirlo—. Si no querés que Miguel te deje plantada en medio de la ceremonia con todos los invitados presentes, te aconsejo se lo digas.

—Micky no sería capaz de hacer algo así, —deslizó Mariana que empezaba a preocuparse.

A Gimena le dio pena sólo de escucharla. Le aseguró que seguramente no, y que durante el asado que habían compartido en su casa había hecho gran cantidad de comentarios sobre el casamiento.

—Escuchame, Marian, —dijo Gimena ante la primera pausa de Mariana—. Tengo que atender un llamado, si te parece te llamo a la noche y me seguís contando. ¿Sí?

—No, no perdón, no hace falta, —repuso Mariana avergonzada—. No hace falta. Nos vemos el día de la boda.

<<Mariana, Mariana>>, pensó Gimena preguntándose cómo su amiga saldría de ese embrollo. <<Decí qué te vas a casar con un santo que si no... >>, concluyó. Se puso de

pie y fue por un café.

Desde que había resuelto llevar la Nespresso a su despacho, ya no se molestaba en ir por un café a la zona de descanso; prefería no moverse de su escritorio así no perdía tiempo ni se desconcentraba. Además, fumaba menos.

Para no ser molestada, se colocó los auriculares para evadirse de los sonidos del lugar. La voz de Cerati volvió a su cabeza y se dejó llevar en un mar de emociones. Había obtenido muy buenas imágenes, muchas de las cuales podían ser aptas para publicar, pero la mayoría serían utilizadas como disparadores para futuros artículos.

<<Buenos Aires está tan llena de joyas escondidas, que parece mentira que esta infeliz lo esté desperdiciando de este modo>>, pensó rabiosa. Se obligó a apartar a Antonella Mansi de su mente; sólo lograba alterarla últimamente. Debía concentrar su energía en la nueva revista.

Una pequeña bolita de papel impactó en medio de su rostro, quebrando por completo sus pensamientos. Molesta por la interrupción se volvió hacia la puerta, y el gesto se aflojó al ver que era Mirko quien le sonreía desde el marco de la puerta. Volvió a golpear el marco solicitando permiso para entrar; dándole a entender que llevaba puesto los auriculares.

—¿Hace mucho que estás ahí? —preguntó quitándose los auriculares de sus oídos.

—Solo unos minutos, pero me causó gracia tu

concentración —respondió con una media sonrisa en sus labios. Se acercó y extendió un sobre en papel madera que Gimena tomó—. Son las fotos de tu amigo y su madre.

La sonrisa de Gimena se amplió y tomó las fotografías. Las contempló unos segundos y volvió a guardarlas.

—Muchísimas gracias, Micky va a estar encantado, — le dijo Gimena con una sonrisa suave—. Luego pásame los comprobantes que los firmo.

Mirko asintió y antes de marcharse preguntó por las imágenes que había tomado esa mañana. Quería sondearla, Serena había plantado en su mente la semilla de la duda y Mirko necesitaba descubrir qué buscaba realmente Gimena. Aflojó el gesto al ver el entusiasmo que iluminó el rostro de ella al escucharlo y no pudo evitar sentirse contagiado.

Orgullosa de su trabajo, Gimena lo invitó a que se arrimara; quería mostrarle, le interesaba su opinión. Él no se negó, deseaba acercarse.

Cerca de cuarenta minutos estuvieron viendo fotografías, comentando y departiendo. Era buena, y se lo dijo, sabiendo que eso le haría bien.

—Más que buena, tengo una buena cámara, —comentó ella. Frunció el ceño analizando una imagen con detenimiento—. En esta debería haber tomado en cuenta el reflejo del sol, ¿no te parece?

—Puede ser, —comentó él sin apartar la vista del monitor.

Un nuevo silencio los envolvió, pero la atención de

ambos estaba en las imágenes que se sucedían en el monitor de Gimena.

—¿Te prendés si una de estas mañanas salgo a recorrer las calles de Buenos Aires?, —preguntó alzando la vista para mirarlo.

—Me encantaría, —fue la respuesta de Mirko.

Sus miradas se engancharon un breve instante y de no haber sido por Romina que golpeó el marco de la puerta del despacho de Gimena, algo hubiese sucedido entre ellos.

—Hola, perdón que interrumpa, —comentó la secretaria con suficiencia haciéndose la desentendida—. Mirko, Antonella quiere verte, —agregó—. Me pidió que te ubicara.

—Ya voy, —dijo simplemente. Miró a Gimena con gesto cargado de convicción—. Contá conmigo. Cuando quieras lo hacemos.

Sin decir más, dejó el despacho un tanto revolucionado por la sensación que Gimena le generaba. Esa chica tenía la manía de mirarlo a los ojos, provocándole un escozor intenso en el estómago.

Para no despertar sospechas, Mirko se dirigió directamente al despacho de Antonella. La había estado eludiendo abiertamente, pero ya no podía rehusarse. La encontró sentada tras su escritorio, tipeando frenética vaya uno a saber qué; ese día no había husmeado en su computadora.

—Por fin, —dijo al verlo entrar—. Pensé que no

habías venido.

—Estuve toda la mañana en Barracas haciendo fotos con la gente de De la Cruz, —le comentó. Estaba cansado de tener que dar explicaciones de todo. Se frotó el rostro con una mano—. Justo me estaba por poner a trabajar en las fotos de las adolescentes que tomé ayer. A más tardar mañana las tenés.

—Las necesito en un rato, Mirko, me están apurando de la imprenta, —indicó sin apartar la mirada del monitor. Lo miró por sobre su hombro—. ¿Qué novedades tenés para mí?

—La verdad, ninguna de importancia Anto, —respondió él resignado—. No he tenido oportunidad de salir con ella. Lo que sí puedo contarte es que esta mañana la vi por Barracas sacando fotos.

—¡Qué patética! Esa no tiene idea de cómo conducir un lugar como este, —exclamó Antonella desdeñosa. Respiró hondo y lo miró—. Tratá de descubrir en qué anda, —indicó ahora mostrándose autoritaria.

—Por lo que le escuché decir el otro día, —comentó buscando contentarla—. Está interesada en levantar una Revista Cultural. Eso es lo único que le interesa, no la escuché hacer el más leve comentario sobre moda, modelos o algo por el estilo.

—Bien, —dijo Antonella pensativamente—. Eso es de gran ayuda. Vamos a dejar que se dedique a eso. —Lo miró dedicándole una sonrisa artificial—. Gracias Mirko. No la pierdas de vista. Ahora dejame que tengo mucho

que hacer.

Mirko asintió y dejó el despacho de Antonella pensando en Gimena Rauch y en lo irónica de toda la situación.

Se sentó tras su escritorio. Alzó la vista al escuchar su voz y sonrió pensando en lo divertido que podría ser salir a recorrer la ciudad con ella. La miró de reojo, como no podía ser de otra manera, hablaba por teléfono. Fácilmente detectó que no lo hacía en francés; hablaba en castellano con un tal Guillermo.

CAPITULO 12

E se sábado había amanecido algo nublado, pero a medida que las horas transcurrían las nubes fueron despejando un cielo celeste, brillante e intenso. Gimena se había levantado temprano, a media mañana tenía turno en la peluquería y antes del mediodía debía estar lista para partir hacia el barrio de Belgrano donde, a la una en punto, los esperaban para celebrar el casamiento de sus amigos Mariana y Miguel.

La ceremonia se llevaría a cabo en la misma casa donde vivían. No habían querido realizar el festejo en ningún salón, ni tampoco necesitaban una estructura pomposa. Ellos eran felices allí en el hogar que juntos habían formado y era en ese lugar donde deseaban concentrar todas sus alegrías.

Lara Galantes estaba a cargo de todo; ella se había ocupado de acondicionar la gran carpa donde se llevaría a cabo la ceremonia; por supuesto el servicio gastronómico era de su empresa y tanto las asistentes del banquete, el DJ, y una animadora que se ocuparía del batallón de niños, estaba bajo sus órdenes. El único problema de Mariana era que Miguel seguía sin hablarle y a medida que la ceremonia se acercaba, sus convicciones tambaleaban. Para sorpresa de sus amigas, que hubiesen preferido hacerlo juntas, Mariana manifestó querer estar a solas para prepararse; las únicas autorizadas a estar con

ella eran sus hijas Pilar y Clara y, por supuesto, también Catalina, la hija de Miguel.

Relajada y disfrutando de antemano de la tarde que pasaría entre amigos, Gimena conversaba con la estilista y la manicura sobre el hermoso vestido que había comprado en París para la ocasión. La conversación fue interrumpida por su celular que estrepitosamente comenzó a sonar. Sonrió al ver que se trataba de Mariana. Con complicidad miró a las dos mujeres con quienes conversaba y les indicó que se trataba de la novia.

—Hola, Marian, —la saludó entusiasmada—. Finalmente llegó el día.

La sonrisa desapareció de su rostro cuando detectó que su amiga, la futura esposa, lloraba desconsolada.

—Por favor, Mariana, me estas asustando, —dijo irguiéndose en su asiento, súbitamente alarmada—. No te creo, si me decís que Micky se arrepintió. ¿Qué te pasa?

Entre lamentos desesperados, Mariana confesó que acababa de darse cuenta de que con todo lo que estaba sucediendo últimamente, había olvidado contratar al fotógrafo y al hombre del video.

—Micky me mata Gime, —balbuceó sin consuelo—. No me va a hablar más en su vida.

—¿No se ocupó Lara?

—No, le dije que yo lo haría porque conocía a alguien que quería llamar, —explicó—. Pero no sé ni donde está su número.

La mente de Gimena trabajaba a toda máquina y no

tuvo que ir muy lejos para pensar en un fotógrafo a quien le agradecería contactar; el video era otro cantar.

—No llores, Marian. Hoy tiene que ser un día feliz para vos, —le dijo mientras se acomodaba en su asiento y permitía a la estilista y a la manicura retomar su trabajo—. Creo que tengo una solución. Pero dejame hacer un par de llamadas.

—Me dijo Lara que, si llamás a tu primo Julián te mata, —deslizó Mariana angustiada—. No sé qué quiso decir, pero me imploró que te lo recordara.

<<¿Julián?>> pensó Gimena desorientada y sonrió al recordar que antes de reencontrarse con su adorado Andrés, Lara había salido un par de meses con su primo Julián. Le aseguró a Mariana que no lo llamaría, más que nada porque hacía años que Julián vivía en Portugal.

—Ahora tranquila que me ocupo de solucionarte el problema, —le dijo con tono tranquilizador—. Vos tenés que ser una reina hoy. Nada de preocupaciones. Dejá de llorar que te van a quedar manchas en el rostro.

Antes de llamar a Mirko consultó su reloj. Faltaban cuatro horas para la ceremonia; sólo rogaba que él estuviese disponible para acompañarla. Como tenía una de sus manos ocupadas, resolvió grabar un audio; era más práctico.

—Hola Mirko, —dijo con voz implorante—. Soy yo, Gimena. Gimena Rauch, quiero decir. ¿Estás por ahí? Por favor decime que estás libre esta tarde... por favor... necesito pedirte un favor, es bastante importante. Avisame

rápido ¿sí?

Intuyendo que en el pendrive que Serena le había confiado encontraría información de utilidad, se había acercado a un bar cercano a su domicilio, donde, oculto tras una gorra y unos lentes oscuros, se había refugiado en el último box. Pidió un desayuno completo y aguardó que el mozo le entregara el pedido para extraer la notebook de su mochila y chequear el contenido del pendrive. Hacía un mes que había tomado el recaudo de comprar una nueva computadora para uso personal; ya no se fiaba de la que le había proporcionado Garrido. Así como ese dispositivo estaba preparado para espiar a Antonella, nada indicaba que él no fuera objeto de esa misma vigilancia; no era tan ingenuo. Con una máquina nueva se sentía más seguro.

El zumbido de su celular anunciando el ingreso de un mensaje de WhatsApp, lo sobresaltó. Lo miró con recelo, pero el gesto se suavizó al ver que se trataba de Gimena Rauch. <<¿Qué querrá ahora?>> se preguntó rogando porque no se tratase de una Sinfónica o una nueva sesión de tango; no tenía tiempo para nada de eso. Pensando en la posibilidad de volver a bailar tango con ella, escuchó el audio y una sonrisa suave afloró en sus labios.

—Estoy, —respondió grabando finalmente un mensaje—. Aunque depende para qué. ¿Una propuesta indecente tal vez? ¿Una nueva clase de tango? ¿Para qué me querés?

Bebió un poco de café, convencido de que la

conversación seguiría. De todas formas, conectó el pendrive y abrió la carpeta de archivos. Frunció el ceño al ver que había tres videos que a juzgar por el peso que tenían eran bastante extensos. También había cuatro archivos en pdf. Los abrió primero.

—Me tenés que salvar Mirko, —rogaba Gimena Rauch en su siguiente mensaje—. Lo mío no tiene nada de indecente, —respondió con el mismo tono que había dicho todo lo demás; ansioso y urgente—. Hoy se casa mi amiga con su esposo y la pobre, por situaciones que no vienen al caso, se olvidó de contratar al fotógrafo. Decime que estas libre esta tarde. Por supuesto, que se te va a pagar muy bien por este trabajo. Por favor, decime que estas disponible para mí...otro día vamos a bailar tango si querés.

Volvía a sucederle. La voz de esa mujer lo movilizaba, como si lo zarandeaba y él no podía no prestarle atención. Bebió un poco de café procurando centrarse y minimizar el hormigueo que le provocaba. Respiró hondo tratando de neutralizar, el efecto que ella tenía sobre él.

—Vayamos por partes, —empezó diciendo, dispuesto a divertirse un poco más a su costa—. No comprendo eso de que va a casarse con su esposo. ¿Para qué quiere casarse si tiene esposo?

—Ah Mirko, es una larga historia. Otro día te cuento, —respondió Gimena a quien ya se le notaba la exasperación en su voz—. A él lo conocés. Es mi amigo, Micky, al que le sacaste las fotos con su mamá. ¿Te

acordás? Te presenté a Micky en la clínica. —Hizo una pausa esperando la respuesta de Mirko, que no llegaba—. Por favor, sería muy importante para mí poder ayudar a mi amiga. Por favor...

Mirko sonrió al escucharla. Aunque ya había resuelto que la ayudaría, la estaba haciendo rogar; porque le agradaba sentir que lo necesitaba.

—No tengo nada que hacer esta tarde, —confesó, luego de hacerla desear varios minutos—. Puedo trabajar en el casamiento de tus amigos.

—Genio, sabía que podía contar con vos, —exclamó feliz—. Mil gracias. Decime por donde paso a buscarte y también quiero saber tus honorarios; me los decís a mí ¿está bien? La ceremonia es en tres horas. Otra cosa, no hace falta que vayas de traje, pero sí de saco y pantalón de vestir. Va a ser una reunión informal, unas 80 personas calculo. Sólo pásame la dirección por donde tengo que buscarte....

—Gimena, —la interrumpió él.

—¿Qué?

—Respirá, —dijo sin apartar la mirada de la pantalla.

Le dijo que prefería que lo buscara por la Editorial, tenía que pasar por allí a buscar parte de su equipo. Se despidió de Gimena en el instante en que el primer video comenzaba a correr en su notebook. Lo puso momentáneamente en pausa y recorrió el lugar con la mirada; nada extraño sucedía. Bebió un poco de jugo de naranja; se colocó los auriculares y pulsó *play* para que

comenzara.

Lo primero que vio fue una mesa de póker; el paño verde y gran cantidad de fichas desparramadas entre cinco jugadores. Las voces se mezclaban, los diálogos se distorsionaban. Buscando dar un paneo en todo lo que sucedía, quien llevaba la cámara, anunció que iría por algo de diversión; se puso de pie lentamente y la cámara fue enfocando el entorno. Parecía ser una gran habitación; había varias mesas con hombres sentados en ellas; también jóvenes mujeres bastante ligeras de ropa. En un sofá una chica de cortos veinte años, se revolcaba con un hombre que la doblaba en edad, mientras otro a su lado le sobaba el busto a otra. Frente a ellos, dos muchachas consumían cocaína ante la divertida mirada de un hombre en calzoncillos.

Entre todas esas caras detectó a Candado. No pudo apreciar bien qué estaba haciendo, pero su rostro de satisfacción le dio un indicio de lo que podía estar disfrutando. Puso en pausa el video, cuando escuchó que un joven de rostro angelical y mirada extraviada le preguntaba a un hombre si quería que se la chupara. Lo detuvo. Ya creía haber visto suficiente.

Antes de pasar al siguiente video, le pidió al mozo un café doble bien cargado. Lo que había visto lo había asqueado, aunque no había sido nada que no imaginase estando Candado de por medio; vicios conocidos y bien explotados por un hombre que sabía cómo presionar. A grandes rasgos calculó que debía haber unas cincuenta

personas en ese video, y la mayoría de las chicas que allí trabajaban no podían ser mayores de 20 años.

—Gracias Ramón, —dijo cuándo el mozo colocó el café junto al plato de medialunas.

—No tocaste las medialunas, —protestó el hombre—. ¿Estaban feas?

—No todavía tengo el estómago algo revuelto, —respondió.

—Noches alegres mañanas tristes decía mi padre, —dijo el mozo.

—El mío decía lo mismo, —mintió acompañando sus palabras con una mueca.

El segundo video fue mucho más ilustrativo. Era una fiesta similar a la anterior, pero la grabación estaba hecha desde un lugar mucho más privado. Reconoció la voz de Antonella y la de su esposo; los había escuchado cientos de veces. También detectó a Candado. Sin embargo, había una cuarta persona, que no pudo ubicar. La conversación rondaba en torno a la mercadería que estaban probando y el modo en que la harían llegar a los nuevos clientes.

El último video fue el más tranquilo de los tres. Lo primero que vio fue una calle, muy poco concurrida. El hombre que portaba la cámara estaba sentado en un bar y enfocaba a otro que bebía un café mientras leía el diario. A pesar de los anteojos oscuros y la mala calidad de la imagen, Mirko reconoció al hombre al instante. Se trataba nada más y nada menos que de Alejandro De la Cruz. Intrigado siguió la escena con detenimiento; en esta

ocasión no había ningún tipo de audio. No habían transcurrido ni medio minuto cuando Claudia Garrido se sentó frente a él. Pidió un café y conversaron largo rato con gesto serio, ofuscado. No había nada de cordialidad entre ellos. Claramente discutían. Algo no estaba bien, eso era claro. Ella exigía algo y él terminó accediendo. En un momento, el hombre deslizó un sobre por debajo de la mesa que Garrido guardó raudamente en su bolso sin revisar. Luego de ese intercambio, la conversación se relajó.

En un primer momento, Mirko creyó comprender que Garrido estaba siendo amenazada, pero no tardó en caer en la cuenta de lo equivocado que estaba. Garrido estaba cobrando un soborno. ¿Para qué? no lo sabía, aunque bien podía tratarse de desviar la investigación para que nunca los atraparan.

Pasó a los siguientes archivos. El primero encontró copia de las células rojas con el pedido de captura internacional de Candado y varias personas más. Por último, un detallado prontuario de Mirko Milosevic; desde su primera visita a una comisaría, hasta su salida en libertad condicional y posterior cumplimiento de su condena. Había tres fotografías suyas; con cabello largo, con cabello corto, rasurado y con barba. Nada decía de sus años de trabajo junto a Candado, ni su desempeño en el boliche de Mar del Plata; esa, evidentemente, era información que Serena se guardaba para ella. Comprendió el mensaje.

Dos horas más tarde, Mirko abrió la puerta del pequeño Fiat500 y quedó boquiabierto al verla. Nunca la había visto tan arreglada, tan espléndida. Llevaba el cabello semi recogido y dos mechones rebeldes, le enmarcaban el rostro delicadamente maquillado. Su vestido era color esmeralda con un hombro al descubierto y el bretel bordado en brillantes; la falda era amplia y corta a juzgar por como lucían las piernas al conducir.

—¿Vas a tardar mucho en subir? —soltó Gimena tan impactada por lo apuesto que se veía que no notó el modo en que él la admiraba.

Mirko asintió y luego de colocar un bolso en el asiento trasero, se deslizó dentro para sentarse con elegancia.

Luego de los saludos, Gimena puso en marcha el auto. Por unos minutos reinó el silencio, ambos se sentían demasiado impactados por la apariencia del otro.

— Te sienta bien ese *look*. —comentó ella cuando el silencio le resultó por demás incómodo. El traje oscuro le sentaba y la camisa blanca a medio abrir insinuaba. Era un hombre sensual y lo sabía muy bien —. Más de una querrá tu tarjeta.

—Nunca salgo sin tarjetas, —dijo Mirko golpeando suavemente el bolsillo de su saco—. Pero para trabajar más tranquilo y evitarme distracciones, podrías presentarme como tu acompañante.

Mirko notó que ella se le había ensombrecido el semblante. Su respuesta la había incomodado y lamentó

haber hecho ese comentario. Decidió arreglarlo.

—Fue una broma, Gimena, —deslizó con sequedad—. No quise incomodarte, tenés pareja ¿verdad?, — prosiguió. No tenía muchas ocasiones de recabar información sobre ella—. El francés que siempre te llama, ¿no?

Gimena lo miró sorprendida por el comentario, pero encantada de que él prestara atención.

—Estamos tomándonos un tiempo, —respondió acompañando sus palabras con una mueca.

—Ya veo, —replicó él en un tono entre enigmático y sensual que afectó a Gimena—. Entonces puedo decir libremente que estás preciosa.

—Gracias, —respondió ella y por un segundo consideró que le agradaba que estuviera sentado a su lado.

No volvieron a hablar hasta que Gimena estacionó su vehículo a pocos metros de la entrada de la casa de Mariana y Miguel.

Mirko fue el primero en descender, y divertido contempló a Gimena que no podía salir del vehículo entre lo bajo que este era y la altura de sus tacos. Se acercó procurando no reír y tendió su mano para que ella la tomara.

—Muchas gracias.

—De nada, —balbuceó entre risas luego de ayudarla a ponerse de pie. Sin soltar su mano, la miró de arriba abajo, estaba preciosa. El verde le sentaba y con esos estiletos, sus piernas parecían interminables—. ¿Cómo

pueden caminar con esos tacos? Todas las modelos los usan para las sesiones; las piernas lucen mucho mejor, pero de ahí a usarlos para un casamiento donde vas a moverte y seguramente bailar; es insensato.

Su voz era profunda y envolvente, le sensibilizaba la piel. Lo miró, perdiéndose en esos bellos ojos celestes y sonrió al ver qué él la sostenía caballerosamente. Simplemente se encogió de hombros al no recordar la pregunta. Gustosa se aferró al brazo de Mirko para no caer al atravesar la vereda desnivelada por las raíces de los árboles. Mirko caminaba lento y reía sin disimulo cada vez que ella parecía perder el equilibrio. Tenía una risa suave, agradable y el rostro parecía iluminarse; a Gimena le provocó un estremecimiento.

Se separaron al llegar a la entrada de la casa. Gimena se adelantó y, seguida unos pasos detrás por Mirko, se acercó a las empleadas del staff de Lara que recibían a los invitados. Luego de anunciarse, y de saludar a un par de conocidos, Gimena divisó a Lara en el centro del living.

—Hola, Lara, —la saludó apurada. Luego se volvió hacia Mirko y colocando su mano sobre el brazo de él lo presentó—. Él es Mirko Milosevic, el fotógrafo.... No sé si sabés...

—Sí, estoy al tanto, —deslizó con complicidad—. No sabés cómo te agradezco.

—¿Todavía se acuerda de Julián? No lo puedo creer...

—De no creer. A mí me costó acordarme. Pero así es mi marido; memorioso, —terminó diciendo Lara para

cerrar el tema. Miró a Mirko—. Un gusto tenerte acá. Tal vez sería conveniente que hables con Micky a ver qué quiere.

Mirko asintió acordando que era buena idea y como no podía ser de otra manera, Gimena se ofreció a acompañarlo. Tomaron por una alfombra roja que cruzaba la galería e ingresaba a una gran carpa montada en el jardín. Divisó a Miguel conversando con el juez de paz que conduciría la ceremonia en el otro extremo. Se acercó. A simple vista detectó lo ansioso y nervioso que estaba.

—Micky, —lo llamó—. Vengo con el fotógrafo.

Sin perder tiempo Mirko y Miguel estrecharon sus manos. Conversaron unos minutos, luego de lo cual, Mirko se dirigió a un pequeño despacho para hablar con el encargado; quería dejar su bolso y algo del equipo en un lugar seguro.

—Decime una cosa, —dijo Miguel una vez que Mirko se hubo alejado—. Se olvidó del fotógrafo, ¿no? Porque a este lo sacaste de la galera...

—Micky, Mirko es muy buen fotógrafo, ya viste la fotografía que le tomó a tu mamá, —le aseguró para tranquilizarlo—. En cuanto a Mariana, dejame decirte que está de lo más mortificada, —confesó con aprensión—. No la culpes. Me llamó hace tres horas en un mar de lágrimas. Sólo piensa en vos, te lo aseguro.

Micky suspiró y sin decir más, se alejó. Se lo notaba nervioso, ansioso y emocionado, y Gimena se sintió

sumamente feliz por ambos.

Buscó a Mirko con la mirada y lo encontró cerca de la mesa donde se llevaría a cabo la ceremonia. Se acercó a él, luego de considerar que sería bueno que supiera quién era quien en ese lugar.

—¿Todo en orden?

—Por supuesto, —respondió él concentrado en su cámara—. ¿Será mucha gente?

—No, es un casamiento chico, —respondió contemplando el lugar que empezaba a llenarse—. ¿Ves esas cuatro rubias? —preguntó indicándole a Mirko la dirección en la que debía mirar. Él asintió en silencio—. Bueno esas cuatro bellezas, son las hermanas de Mariana; la novia. A Marta ya la conoces es la mamá; el que conversa con ella y Micky es Marcos, el padre de Mariana. La otra mujer que está con ellos es Liliana, la hermana de Miguel.

Un bufido fue lo que la interrumpió. Miró a Mirko desconcertada y algo dolida por el modo en que él revoleaba los ojos con hartazgo.

—Podes ir a disfrutar de tu fiesta y de tus amigos, que sé hacer mi trabajo, —dijo Mirko divertido—. Si seguís quedándote pegada a mí, voy a pensar que verdaderamente querías que viniera como tu acompañante y no te atreviste a pedírmelo.

—Ya quisieras que así fuera, —replicó ella avergonzada.

Sin decir más, se alejó de él para reunirse con Lara y

Carola que aguardaban escoltadas por sus maridos, expectantes por la llegada de Mariana e intrigadas por el fotógrafo que había llegado con Gimena. Lo único que sabían era que trabajaba para la Editorial y que Gimena no pensaba brindar más información al respecto.

—Es que no hay nada más que decir, —terminó diciendo. Las miró y en sus rostros leyó el comentario que ambas estaban pensando—. Sí chicas, está buenísimo.

Del otro lado del pasillo, se encontraba la familia de Mariana junto a la hermana mayor de Miguel y el matrimonio Estrada que quería a Micky como a un hijo más. Un asiento por detrás, dos atractivas muchachas a quienes Gimena no conocía conversaban animadas sin dejar de mirar a Miguel. Le llamó la atención ver a Guillermo detenerse a conversar con ellas; con una de ellas para ser exacta. Luego, de unos segundos, se alejó de las muchachas para reunirse con Miguel y Javier que conversaban frente a la mesa donde la oficial del Registro Civil preparaba las actas para la ceremonia.

—La más joven es la hermana de Miguel, —comentó Carola que al igual que Gimena había seguido toda la escena—. Es preciosa, ¿viste? Se llama Clarisa y desde un primer momento se interesó por acercarse a Miguel. Podría decirse que fue ella quien destapó la olla.

—Tiene un rostro muy dulce, —respondió Gimena, volviéndose hacia su amiga—. ¿Quién es la otra? Pensé que eran un hombre y una mujer. No dos hermanas.

—Así es, —comentó Carola—. La otra chica es

Rosario, una ex empleada de Micky que curiosamente está en pareja con el medio hermano de Miguel. ¿Te acordás que fue en una cena cuando descubrimos lo que sucedía entre Micky y Mariana? —Gimena asintió—. Bueno ella estaba con Guille en ese momento.

Como si hubiese intuido que hablaban de ella, Rosario alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Carola. Sonrió y se apuró a atravesar el pasillo para saludar.

—Hola, Carola, que alegría verte, —dijo la chica con emoción—. Hace un rato me crucé con Javier y me presentó a Fermín. Que grande y que hermoso está, —exclamó movilizada—. Siempre me acuerdo de esa noche.

—¡Cómo para no acordarse! —repuso Carola divertida—. ¿Cómo estás, Rosario?

Era una hermosa chica, que se mostraba sinceramente emocionada de estar allí. Conversaron un poco más hasta que Carola la presentó a sus amigas. Finalmente, Miguel se acercó también a saludar.

—Ahhh Doc., no sabe la alegría que me da verlo, —dijo Rosario con ojos húmedos—. Que hermosa familia que ha formado. Vi las fotos.

—Muchas gracias, —dijo Miguel con algo de tensión—. Supongo que en unos minutos los verás a todos en persona.

La situación era bastante incómoda para todos y si había alguien que podía desbaratar ese momento era el mismísimo Miguel, que parecía poco predispuesto a hacerlo.

—¿Viniste sola? —preguntó entonces Miguel.

—Digamos que Hernán no pudo venir, —respondió sin vueltas—. Es un muy buen hombre Doc. —Hizo una pausa esperando que Miguel dijera algo, pero esto no sucedió—. Pero no vine sola.

Rosario se volvió hacia Clarisa que en ese momento cotejaba su celular.

Miguel la observó un momento y por su rostro se reflejó la duda y el desconcierto. Percibiendo que estaba siendo observada, Clarisa alzó la vista y su mirada se encontró con la de Miguel. Él fue el primero en acercarse y luego de un saludo cordial conversaron brevemente hasta que los primeros acordes de Carrozas de Fuego sobrevolaron el jardín.

Los hermanos se miraron una vez más y ambos sonrieron hasta que Miguel debió apartarse para tomar su lugar.

Mariana apareció escoltada por sus hijos. Parecía un ángel con un solero de organza color té con leche y una faja forrada en colores fucsia y lila. Una capa corta le cubría los hombros y bajaba por su espalda hasta la cintura. Joaquín, el mayor, llevaba en sus brazos a Benjamín el menor de la familia, caminaba unos pasos delante de su hermana Pilar y de Catalina; unos pasos detrás llegaban Bautista y Clarita tomados de la mano.

Mariana avanzaba sola, llevando en sus manos un delicado ramo de jazmines. Tenía la mirada vidriosa por la emoción, clavada en el rostro de Miguel. Él la

contemplaba sin parpadear, maravillado y extasiado de solo verla.

Al llegar a mitad de camino, Mariana se detuvo. La angustia fue demasiado intensa y no le permitió seguir. Se detuvo allí, paralizada, con ganas de llorar. El tiempo pareció estancarse y los presentes la miraron primero con incomprensión a ella, y luego a él sin saber qué podía estar sucediendo. Miguel la contemplaba tan desconcertado como el resto de los presentes y empezaba a no entender qué esperaba ella que él hiciera. Fue Catalina quien lo sacó del trance. Sin disimulo, lo empujó con su hombro. Él la miró.

—Andá a buscarla, papá, —le dijo—. Basta de esta estupidez de no hablarse.

Miguel la miró y en los ojos de su esposa encontró tanta angustia que lo debilitó. Sin reparar en el resto de los presentes, caminó hacia Mariana y al llegar a su lado le secó las lágrimas que habían comenzado a correr por sus mejillas. Estiró su cuello y la besó delicadamente en los labios.

—Nunca olvides que te amo más allá de todo, —susurró.

Fue ella quien, en un arrebato, enroscó sus brazos en el cuello de él, liberando la tensión que había contenido durante las últimas semanas.

—Es hermosa tu voz, Micky, —susurró entre lágrimas—. Vos sos mi vida y no soporto que no me hables.

Miguel se separó de ella, y con una sonrisa le limpió el

rostro lleno de lágrimas.

—Vamos a casarnos de una buena vez, —susurró él para que nadie más que ella lo escuchara—. Nada me hará más feliz.

Mirko no se perdió detalle. Al ritmo de su corazón había disparado la cámara para congelar uno de los momentos más románticos y emotivos que había presenciado en su vida. Era amor, profundo y duradero el que esa pareja sentía y el sentimiento con que se hablaban parecía haber afectado a todos los presentes; incluido él. Pero fue la devoción con que se contemplaban lo que más lo había afectado. Eran el uno para el otro y los envidió sanamente.

La ceremonia fue corta y, en cuanto el juez de paz los declaró marido y mujer, el recinto se alborotó. Sin demora, Miguel se abalanzó sobre su esposa para besarla ante el aplauso de los presentes. Pero el abrazo no duró mucho, pues en pocos segundos Clarita, su pequeña de 3 años, pedía los brazos de su padre y Mariana recibía al pequeño Benjamín de 8 meses. Rodeados de sus hijos recibieron las felicitaciones de los presentes, tanto adultos como niños.

Silencioso, Mirko registró todo, absorbiendo la alegría y el cariño que allí se respiraba. Nunca antes había presenciado nada parecido.

Antes de pasar a la recepción, Miguel pidió sacarse fotografías con Mariana y sus hijos; también con sus suegros y el matrimonio Estrada. A sus hermanos los

dejaron para después; no estaba preparado para eso.

De tanto en tanto, Mirko miraba a Gimena. Casi dos horas habían transcurrido desde que habían llegado y ella no había vuelto a acercarse. La vio conversando con varias personas, una sonrisa ancha habitaba en sus labios; eso le agradaba. Se obligó a no desconcentrarse y para ello repasó las fotografías tomadas. Sorprendido, observó que Gimena estaba en la mayoría de las fotos, tenía que tener cuidado con eso; ella no era la protagonista de la fiesta.

—Hola, disculpá que te interrumpa, —dijo Mariana al acercarse a saludarlo—. Quería presentarme. Mirko, ¿verdad?

—Hola, Mariana, —la saludó él. Ella rio y toda la felicidad que sentía brilló en su rostro—. Muchas felicidades, —agregó luego de saludarla—. Fue una hermosa ceremonia.

—Muchas gracias, sí lo fue, —respondió Mariana todavía emocionada—. Quería agradecerte por haber venido. No sé si Gime te contó...

—Gimena sólo mencionó que necesitaban un fotógrafo, — la interrumpió Mirko evitándole cualquier mal momento.

Desvió la vista hacia la pequeña que se acercaba y sonrió cuando Mariana la alzó en sus brazos. La niña abrazó a su mamá y lo miró traviesa. Mirko le sonrió y, tentado por la imagen, retrocedió un paso y apuntó con su cámara. Madre e hija sonrieron.

—Perfecta, —dijo él al comprobarla. Luego se las mostró para que la apreciaran.

—Gracias, Mirko, —deslizó emocionada—. Tengo que seguir saludando. Si podés y, no es molestia, te encargo fotos de los chicos.

—Por supuesto.

Fue una fiesta atípica para Mirko, que no estaba habituado a los lazos afectivos familiares. Había chicos dando vueltas por todos lados; algunos bailando con sus padres, otros saltando en un llamativo inflable que habían dispuesto en el jardín. En medio del gentío, de tanto en tanto divisaba a Gimena, siempre riendo, siempre conversando con alguien. Todos parecían quererla. En ese momento bailaba y conversaba con un hombre, alto y barbudo, a quien escuchó llamar Guillermo, era amigo de Miguel. Ambos reían con complicidad; prefirió no seguir mirando. Necesitaba un descanso.

De camino al jardín trasero, tomó una copa de vino de una de las bandejas, Luego se dirigió a la galería desde donde podía ver a la mayoría de las niñas que eran maquilladas por una experta.

Bebió un poco de vino y agradeció a la moza que le acercó algo para comer. Encendió un cigarrillo y aprovechó para cotejar su celular. El estómago se le tensó al ver un mensaje de Garrido que preguntaba si tenía la noche libre para ella. A Mirko se le tensó la mandíbula consciente de que esa mujer sólo buscaba que tuviera presente lo sucedido la última vez que se vieron; era

peligrosa y los videos que había visto esa mañana la tornaban mucho más siniestra aún. Todavía no había resuelto qué hacer con esa información.

También había un mensaje de Antonella que, paradójicamente, preguntaba lo mismo. Se le revolvió el estómago. <<¿Cómo lograría sacarse de encima a esos dos?>> pensó con rechazo.

—¿Todo bien? —preguntó Gimena al pasar a su lado. Se sentó en la silla que lo enfrentaba—. Te noto cansado.

Mirko la miró sorprendido. Le dio una larga pitada a su cigarrillo y dejó escapar gran cantidad de aros de humo. Luego bebió un poco de vino y la miró con mayor intención.

—Todo bien, —comentó con sequedad. Los mensajes de Garrido y Antonella lo habían puesto de mal humor—. Una muy linda reunión.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Gimena, desconcertada por la aspereza de sus respuestas. Estaba siendo el mismo hombre huraño que había conocido en la editorial—. Te noto tenso.

Estaba tenso. Necesitaba pasar por el baño y reanimarse un poco. Se forzó a sonreírle y le aseguró que estaba bien.

—Tengo que ir al baño, —anunció.

—Claro, —dijo Gimena, por decir algo. Se pusieron de pie en el mismo momento. Él se dirigió al toilette, ella se reunió con sus amigos.

Entre aplausos y vítores para los esposos, bailes y

risas, la tarde fue muriendo y la noche los encontró a todos reunidos en el interior de la casa desparramados por los sillones del salón. Las conversaciones eran por demás variadas.

—Gime, —la llamó Marina, una de las hermanas de Mariana acercándose a ella—. ¿Puede ser que te haya visto por el Barrio Chino hace unos días?

—Sí, estuve, —respondió con soltura—. Fui a la Glorieta a bailar tango y después aproveché para cenar ahí.

—Estabas con el fotógrafo, ¿no?

Lara y Carola pararon las orejas. No querían perderse detalle y exigieron más información. Gimena rio divertida por el rumbo que el comentario había tomado.

—A ver chicas, Mirko es fotógrafo de la editorial, —explicó con suficiencia—. Habíamos estado trabajando toda la tarde yendo de un evento a otro, terminamos en La Glorieta; así que nos fuimos a cenar. No vean cosas donde no las hay.

Marina aplaudió y miró a su hermana menor con algo de travesura chispeando en sus labios.

—Registren que canté pri, —exclamó Marina divertida—. Es súper lindo. Me lo tenés que presentar.

—Ni te molestes Marina, está ocupado, —comentó Gimena con sequedad—. Anda con la directora de la Revista de Moda, y esa no tiene ningún interés en compartirlo. Te lo puedo asegurar.

Ella misma se sorprendió por el tono de voz usado. De

pronto se sintió fastidiada; como si hubiese recordado algo en lo que no deseaba pensar y que dejaba claro que, en definitiva, no había nada entre ellos. Bebió un poco de su bebida tratando de entender el arrebató de contrariedad que la abordó.

—Bueno, ya veremos, —comentó Marina resuelta y se alejó dirigiéndose a Mirko que había salido del baño y bebía un poco de agua.

A la distancia, Gimena la observó conversar y al cabo de un minuto, Mirko parecía entregarle una tarjeta. Eso la terminó de incordiar.

Afortunadamente Javier apareció en escena y Gimena aprovechó para cambiar de tema sin que nadie se percatase del fastidio que se había apoderado de ella. Se apuró a mencionarle que estaba terminando de confeccionar la lista de futuros empleados.

—Te propongo algo, —le dijo Javier entonces—. Organizá una reunión para fin de mes. La idea es que allí estén todos los que van a formar parte del proyecto. Así se van conociendo. Inclúme, voy a ir acompañado por una abogada que puede asesorarte mejor en aspectos legales.

—Perfecto, Javi, muchas gracias, —dijo Gimena ya más animada—. ¿Cómo va la auditoría?

—Pueden dejar de hablar de trabajo, —protestó Carola al llegar junto a su esposo—. Vamos, que es hora del brindis.

—Hablamos el lunes mejor, —terminó diciendo Javier antes de seguir a Carola al centro del salón.

Consultó su reloj, era pasada la una de la mañana. Había tomado tantas imágenes que ya no le encontraba el sentido a tomar más. Por las dudas, dio un último paneo al lugar antes de guardar su equipo fotográfico.

En un rincón, de pie junto a un juego de sillones, Mirko divisó a Miguel conversando con un hombre a quien no había visto antes. Por las dudas, se acercó para poder apreciarlo mejor. Lo sorprendió el parecido, no cabían dudas de que era un familiar directo. Ofuscado por no haberlo visto antes, apuntó y tomó varias fotografías de ambos. Sus rostros se notaban tanto tensos como incómodos; <<evidentemente no es una conversación sencilla>>, pensó Mirko. Se detuvo al ver que una chica se acercaba a ellos y abrazaba al hombre que conversaba con Miguel. Por un instante, Miguel no dijo nada, solo escuchó al hombre que hablaba con seriedad y sentimiento en la mirada. <<Algo me dice que este es un momento para congelar>>, pensó luego de apuntar con su cámara. Al cabo de varios segundos asintió y sonrió al ver que Mariana se unía a ellos, seguida por una moza que sostenía una bandeja con copas de champagne. Los cuatro brindaron, ahora con emoción contenida y valió la pena retratar el rostro de Miguel al mirar a su esposa.

—¿Me permiten? —se atrevió a decir Mirko y en cuanto los cuatro lo miraron disparó su cámara.

—Esperen, faltó yo, —dijo una mujer que se acercó a ellos y luego de brindar con los novios, se ubicó junto a Mariana—. Excelente trabajo, cuñada. Gracias.

—Por él todo Lili.

—¿Necesitás que te lleve?, —comentó Gimena cerca de las dos de la mañana. Lo había visto guardando su equipo y creyó que estaba por retirarse—. Me estaba por marchar.

—Si no tenés problema, —respondió luego de calzarse el bolso al hombro—, me vendría bien. Voy a despedirme de Mariana y Miguel.

—Yo ya lo hice, —comentó con aspereza—. Te espero en el auto.

Mirko la observó alejarse preguntándose qué bicho podría haberle picado. Rápidamente se acercó a Miguel y a Mariana para despedirse de ambos y prometerles que a la brevedad les enviaría las fotografías. Hubo un par de apretones de manos y cinco minutos más tarde, caminaba hacia el pequeño auto colorado.

De reojo la observaba extrañado. En dos ocasiones preguntó si algo le sucedía, pero ella nunca respondió. Parecía ensimismada, pensativa, lejana. Mirko prefirió no insistir. Sólo por decir algo le indicó la dirección a donde se dirigía y ella apenas asintió.

Tan solo quince minutos transcurrieron desde que dejaron la casa de Miguel y Mariana y el momento en que Gimena detuvo su auto en la dirección que él le había indicado. Pero Mirko no bajó. Luego de quitarse el cinturón de seguridad giró enfrentándola. La estudió largo rato hasta que ella hastiada de sentirse observada, lo miró

desafiante.

—¿Qué?

—Decímelo vos, —respondió él tratando de entender—. De pronto te pusiste caracúlica. Ya no hablas, ladras.

—Estoy cansada y me duele la cabeza.

Mirko la miró ahora con mayor intención. Lentamente fue acercándose hasta tomar el rostro de Gimena en sus manos. Ella contuvo el aliento un instante, él percibió la sutil vibración de su cuerpo. Sin pedir permiso, la besó y sus labios parecieron fusionarse primero para abrazarse después; las bocas se abrieron al unísono y el beso fluyó con tanta naturalidad que los volvió vulnerables.

Mirko apenas apartó su boca, todavía saboreando los resabios del beso. Su boca era un manjar de agua fresca; una reconfortante tormenta de verano que lo sacudía provocándole sensaciones tan intensas que le provocaron un remolino en su vientre.

Gimena apenas se movió. Paralizada lo observaba, pero, cuando él se acercó para volver a besarla, giró el rostro.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó con la voz anhelante y la respiración entrecortada—. No tendrías que haberlo hecho.

—Lo hice porque quería besarte, porque querías que te bese, —respondió algo molesto por la interrupción y la pregunta—. Sé leer las señales que una mujer me envía. Y a vos te gustaría ir mucho más allá de un beso.

Las palabras de Mirko la avergonzaron primero y la

enfadaron después. Lo miró con rostro sombrío y en sus ojos Mirko leyó su desconfianza. Lo enfadó sentirse rechazado, pero así y todo se replegó; había dado un paso en falso.

—Sé muy bien que no te soy indiferente, —dijo desafiándola. Se inclinó hacia ella—. No tiene nada de malo que me quieras en tu cama.

—Bajate, —le ordenó con filosa frialdad. Volvió a mirarlo y esta vez él sintió que su mirada lo empujaba fuera del auto, lejos de ella—. No te confundas conmigo.

—Sé que no me confundo, —replicó sosteniéndole la mirada—. No entiendo por qué te negás.

—Me parece que estás muy mal acostumbrado, —sentenció tajante—. Ahora bajate que me quiero ir a dormir.

No esperó que ingresara a su edificio. En cuanto él cerró la puerta del vehículo, Gimena puso primera y se marchó tan rápido como le fue posible. Mirko aguardó que el automóvil desapareciera de su vista para alejarse de ese lugar. Aunque le gustase que así fuera, él no vivía en Barrio Norte. En la esquina había una estación de servicio donde siempre había taxis. Necesitaba llegar a su departamento.

No podía dormir. Tirado en su cama con sus brazos cruzados tras la nuca y la mirada clavada en el cielorraso, lidiaba con las imágenes que danzaban en su mente, mientras su corazón era un hervidero de emociones que le

costaba contener. Su cuerpo, dolorido y tenso por las decisiones que debía tomar, se imponía por sobre todo lo demás.

Así como en un principio, al enterarse de que Gimena Rauch se instalaría en la Editorial se había aterrado por la amenaza que ella representaba, ya no sentía lo mismo. Toda aquella experiencia, de pronto, parecía lejana, irreal, casi de otra vida. Él no era el mismo y ella despertaba en él sensaciones que no recordaba haber vivido. Tal vez por eso, lo mortificaba que no creyera que verdaderamente quería besarla; le dolía que pusiera distancia o desconfiara de sus intenciones cuando por primera vez creía sentir algo por alguien; aunque no podía culparla.

Cansado de dar vueltas en la cama, se levantó y fue en busca de una cerveza fría. Por un instante pensó en consumir, pero algo lo detuvo.

Para mantener su mente ocupada, resolvió repasar las fotos que había tomado en el casamiento. De la mochila extrajo la cámara y buscó su portátil. Llevó todo al dormitorio y se tiró en la cama.

En pocos minutos se trasladó mentalmente a la fiesta de casamiento, a la música, a las risas de alegría, a los rostros cargados de emoción. La primera foto en la que se detuvo tenía a la novia como centro. Era una hermosa mujer, que con solo mirarla uno absorbía su alegría y su calidez. Siguió pasando y volvió a detenerse; ahora en el instante en el que Miguel se unía a ella en medio del pasillo. <<Un gran momento>> pensó, convencido de que

esa sería una de las fotos que elegirían. Pocas veces un abrazo lo había emocionado tanto como ese.

Fue pasando las fotos con mayor rapidez; de tanto en tanto se detenía en alguna en particular. La mayoría de las tomadas a los chicos le robaron un par de sonrisas. Se sentía orgulloso. Entonces el rostro de Gimena apareció en la pantalla. Conversaba con un hombre de barba; uno de los amigos de Miguel. Ella sonreía ante algo que él le decía; entre ellos había complicidad, se manifestaba en el modo en que se miraban; la química que tenían trascendía la cámara. Siguió adelante y volvió a detenerse en Gimena que ahora contemplaba a sus amigos con aire ausente. Estaba parcialmente recostada contra el marco de una puerta. Preciosa.

Hacía ya varios minutos que su mirada no podía apartarse de la pantalla. Llevaba largo rato contemplando su sonrisa congelada en la imagen, el brillante entusiasmo de su mirada y la contagiosa libertad que brotaba de sus ojos. Pasó a la siguiente fotografía. Bailaba en brazos del barbudo; la notó concentrada, transportada. Contemplando la imagen recordó cómo fue tenerla en sus brazos la noche que la acompañó a la Glorieta; la música, la complicidad ante los errores y la paciencia para guiarlo; el dulce calor de su cuerpo. En la siguiente imagen la contempló sonriendo y no pudo evitar conmoverse.

Al principio había pensado que era magia lo que la convertía en alguien tan especial, tan contagiosa y luminosa; pero no era eso, ahora lo entendía. Ella era

como la vida misma, con todos sus condimentos; por momentos apacible, por momentos vertiginosa, por momentos desconcertante, pero siempre atractiva, interesante y tentadora. Llevado por un impulso, buscó su celular y abrió la aplicación de WhatsApp. Buscó a Gimena y sonrió al ver que estaba conectada. Decidió hacer contacto.

<<Estaba mirando las fotos. Hay varias en las que saliste realmente bien; te queda increíble ese verde>> escribió y aguardó un momento. Sonrió al ver que ella acababa de leer el mensaje. No esperó una respuesta, pero le envió una imagen de la fotografía. Siguió mirando las fotos espiando de tanto en tanto el celular; ella seguía ahí, conectada, en línea y atenta a lo que él posteara. Pero sin responder.

Se apuró a buscar alguna otra foto para poder enviarla y dio con una en la que Gimena hablaba con dos de las niñas. Le agradó el gesto dulce y comprensivo con que la miraba. <<Hermosas las tres>>, escribió. Sonrió al detectar que Gimena la había mirado inmediatamente. Frunció el ceño al ver que ella estaba escribiendo.

<<Fijate en el extremo inferior derecho. ¿Me podés mandar foto de eso?>>. Mirko frunció el ceño e intrigado buscó lo que ella había detectado. Lo ofuscó que ella le pidiese algo así cuando él estaba tratando de generar algún tipo de acercamiento. Antes de sacar la foto para enviársela, escribió: <<¿Tú candidato se fue con otra? ¿Te lo soplaron? Pero qué pena>>. <<No es mi candidato>>.

fue la respuesta de ella. <<Cierto, me olvidaba del francés>>, fue su rápida respuesta. <<Parece que te molestara. Estas desde hoy preguntando por Etienne. No entiendo por qué, cuando vos...>>

Allí estaba el asunto entonces. WhatsApp mediante, las cartas empezaban a ponerse sobre la mesa. Mirko no estaba seguro de desear tener esa conversación a esa hora de la noche, aunque él la hubiese generado sin desearlo. Tampoco estaba seguro de qué pretendía con todo aquello. Sólo estaba molesto porque ella se interesara por otro. Una nueva fotografía apareció frente a él. Era de la última parte de la fiesta. Gimena fumaba con rostro serio, pensativo; parecía preocupada. Recordaba el momento en el que la había tomado porque lo había impactado todo lo que su rostro transmitía. Sin mucha vuelta, se la envió. <<¿En quién pensabas? >>

Rogaba porque le dijera que era en él en quien pensaba, pero difícilmente ella confesaría algo así por más cierto que fuese. Masculló una maldición. De un tiempo a esta parte, Gimena Rauch, era un rayito de sol en su vida, una fisura de aire fresco en la celda en la que se encontraba; un pequeño soplo de esperanza. Empezaba a sentirla importante.

En la siguiente imagen, Gimena se había vuelto hacia la cámara y lo miraba de frente, desafiándolo. Había reparo y muchos interrogantes; y una negativa tan grande que a Mirko le dolió. <<¿Qué me querías decir? ¿Enojada? ¿Desilusionada? ¿Triste?>>, preguntó y envió

un último mensaje.

No pasó buena noche. Soñó demasiado y cuando despertó, lo hizo todo sudado, asustado y bajo el influjo de saberse en falta con alguien. A su alrededor estaba la cámara, la notebook y su celular. Tomó este último y sacudió su cabeza al ver que había mensajes de Garrido, Antonella y Gimena que ahora se sumaba a su lista de preocupaciones; pero por motivos bien diferentes. Sólo el de Gimena leyó; <<Creo que desilusionada es la palabra justa>>.

CAPITULO 13

Durante los siguientes días, procuró no cruzárselo. Antonella le había comentado que necesitaba que Mirko se ocupase de varias sesiones fotográficas fuera de la Editorial. También, como quien deja caer un comentario, mencionó que tal vez hasta lo llevase a Colonia de Sacramento, en el país vecino de Uruguay; tenía algo especial en mente. Gimena no tuvo argumentos para rehusarse y, en algún punto, lo mejor era poner distancia.

Por todo eso ese miércoles, agradeció tener que trasladarse a las afueras de Pilar, en provincia de Buenos Aires, donde se hallaba un Centro Privado que brindaban asistencia terapéutica a niños autistas, a niños con problemas de motricidad y casos terminales, en distintos puntos del país. De ese modo no tenía tan presente su ausencia.

Hacía ya dos semanas que había hablado por última vez con Leonardo Solari, de quien tenía excelentes referencias y quien se hallaba al frente de una fundación que capacitaba profesionales para brindar ese tipo de talleres un grupo de veinte chicos.

Aparcó el pequeño Fiat500 bajo la sombra de unos jacarandás y descendió contemplando el magnífico parque que rodeaba la llamativa edificación de principios de siglo XX, donde funcionaba el centro asistencial encabezado por Solari.

Se acercó a las escalinatas que conducían al recibidor y sonrió al ver a Leonardo Solari, esperándola.

—Por fin nos conocemos Leandro, —dijo Gimena abrazando al hombre que lo recibía—. ¿Cómo has estado?

—Una alegría tenerte aquí Gimena, —accedió el hombre de aspecto jovial, cabellos entrecanos y gesto cordial—. Vamos que tengo mucho que mostrarte.

A Leandro, Gimena debía estar agradecida por la gran cantidad de contactos que le había facilitado para la investigación sobre Arte Terapia. Hablando sobre conocidos en común, llegaron a una sala amplia y luminosa donde, distribuidos en cuatro mesas de tablón forrados en papel, había veinte chicos de distintas edades y género.

Leonardo le sugirió ubicarse a un costado para poder apreciar mejor la actividad que desarrollarían. Podía tomar todas las fotografías que quisiese, pero nada de flash; los asustaba.

Ante esa indicación, no pudo evitar pensar en Mirko. Lo extrañaba. Más allá de haber aprendido a trabajar con él, extrañaba su compañía. Los últimos encuentros que habían mantenido la habían dejado envuelta en un mar de sensaciones; y qué decir del beso que ocupaba un lugar más que importante en sus pensamientos.

Su celular comenzó a sonar en su bolso. Lo buscó sin muchos deseos de atender; el gesto se aflojó y no se molestó en contener la sonrisa al leer que Mirko se hallaba en la entrada y no sabía a dónde debía dirigirse.

Leandro fue quien se ocupó de indicarle a un colaborador que autorizase el ingreso del fotógrafo.

Mirko aguardaba sin mucho apremio. Garrido lo había llamado para indicarle que prestara atención; la fecha de la reunión clandestina se acercaba. <<Qué pesada>>, pensó al tiempo que le respondía que en cuanto supiera algo le avisaría.

Qué difícil, se le estaba haciendo cumplir con los requerimientos de Antonella y Garrido, cuando lo que más disfrutaba era acompañar a Gimena en sus recorridas culturales. Cuando estaba con ella, él se sentía distinto; como si ella lograra romper con la oscuridad que por momentos parecía rodearlo.

Pero esa tarde, Mirko no sabía con qué podría encontrarse. Podía apostar que al beso que le había dado se debía el distanciamiento que ella había impuesto; aunque moría de ganas por volver a besarla, entendía que no era buena idea forzar nada. Lo mejor sería concentrarse en el trabajo y dejaba de soñar despierto.

De la actividad de ese día, sabía lo que decía el memorándum que le había entregado tiempo atrás: Taller orientado a chicos con distintos grados de autismo. Mirko tenía una idea muy vaga de lo que era el autismo, pero intuía que no le resultaría agradable. Así fue.

Gimena lo miró a la distancia y aunque intentó mostrarse natural, se le aflojaron las piernas al ver el modo en que él caminaba con la vista clavada en ella. Involuntariamente le dedicó una sonrisa suave,

controlando la emoción al percibir el sutil intercambio de señales entre ambos. Al llegar a ella, Mirko se inclinó saludándola con un beso.

—Qué sorpresa, —dijo Gimena con suavidad y una sonrisa luminosa que él respondió espontáneamente—. No te esperaba.

—¿Por qué no? —exclamó él con gesto inocente. Ambos sabían a qué se estaba refiriendo Gimena, pero no le iba a dar el gusto—. Figuraba en el memorándum que me enviaste. Supuse que tenía que venir.

Hizo una pausa y se miraron percibiendo gran cantidad de emociones que flotaban entre ambos. Ninguno hizo referencia a nada.

—Si querés me voy, —sugirió él con picardía.

—No le veo el sentido, si ya estás acá, —reconoció ella con cierta alegría bailando en sus ojos negros.

—Mejor me pongo a trabajar, —agregó con sorna y giró hacia el salón.

Su mirada quedó prendada de los niños que se balanceaban y se movían como si estuviesen en trance. Miró a Gimena al sentir la mano de ella sobre su brazo para llamar su atención.

—Podés tomar todas las fotografías que quieras, pero sin flash, —agregó—. Los asusta.

Él simplemente asintió y ya sin distraerse se concentró en el entorno. Así como se había sentido movilizado al ser testigo de cómo una enfermedad como el Alzheimer podía afectar la mente humana; nada lo había preparado para ver

a esos chicos que parecían estar en otro mundo. Le estrujaba el estómago ver el supremo esfuerzo que les demandaba intentar asir un marcador, un pincel o un crayón; pero enfrentaban el desafío con tenacidad, sin claudicar. Eran todo un ejemplo.

Mirko disparaba su cámara, absorbiendo tanto la ternura como la tensión que en esa sala se respiraba; esos niños transmitían tanto que, lente mediante, sentía que podía palpar sus emociones.

Había tanta gente en ese pequeño cubículo que no había espacio donde permanecer. De modo que una vez que tomó la cantidad de imágenes que creyó necesarias, se retiró hasta ubicarse contra una pared, justo detrás de Gimena. Una brisa entró por la puerta, inundando su nariz de Mirko con el aroma del perfume de ella.

—Ya terminé, —susurró inclinándose levemente hacia ella.

Gimena tembló al sentir el aliento de Mirko acariciarle el cuello. Asintió, no se atrevió a mirarlo cuando el contacto de su cercanía le aceleraba el pulso.

Mirko notó lo movilizaba que estaba y eso lo alentó a ir un poco más allá. Acercó su rostro al hombro de Gimena y no pudiendo contenerse, posó suavemente la mano en su cintura y susurró al oído de ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Esta vez no pudo contenerse. Lo miró por sobre su hombro y extrañamente sus miradas se encontraron; Gimena sólo atinó a sonreír.

—Me emociona ver sus logros, —reconoció. No queriendo cortar el contacto, ella se reclinó hacia atrás buscando su atención—. Gracias por venir.

—Te prometí que vendría, —repuso sin soltarla—. Cumplo mi palabra Gimena.

—Sólo que creí entenderle a Antonella que te llevaría a Colonia para una producción, —comentó ella apoyando su cabeza contra el pecho de Mirko.

—Eso no sucederá, —respondió, haciéndose el desentendido. La miró con picardía y acercó su rostro al de ella—. Creo que alguien quiso molestarte un poco, —susurró directo a su oído—. Y lo logró.

Gimena se tensó e intentó apartarse. Ese último comentario, la hizo sentir como una estúpida. Pero Mirko la retuvo, impidiéndole alejarse de él. Le encantaba tenerla tan cerca, lo estimulaba el calor de su cuerpo levemente recostado contra el suyo.

—Si ya terminaste...

—Me quedo con vos, —dijo hablándole directo al oído—. Salvo que quieras quedarte a solas con Leandro.

Gimena sacudió su cabeza negativamente y lo miró de soslayo, movilizada por su voz, por el modo en que él la envolvía. Los brazos de Mirko la rodearon por la cintura y Gimena no se movió. Deseaba tanto quedarse allí. Se sentía en una burbuja, donde el mundo circundante parecía haber desaparecido en su totalidad y sólo ellos dos subsistían a base de susurros y miradas.

Permanecieron en silencio durante el resto de la

actividad. Uno junto al otro, con sus cuerpos casi pegados y la vista puesta en esos niños que destilaban ternura. Sin hablarse, sin mirarse, sólo sintiendo.

En silencio se separaron cuando el taller concluyó. Gimena se acercó a la muchacha que había estado a cargo y luego de intercambiar tarjetas acordaron conversar más tranquilas; la chica debía trasladarse a otro centro y no disponía de tiempo.

Mirko la observaba a la distancia. Se estaba enamorando sin remedio, aunque ella bien podía ser su perdición. Pero al mismo tiempo, sentía que a su lado no era ilógico soñar con una vida normal.

—¿Te llevo? —preguntó Gimena al acercarse a Mirko.

—Estoy en la moto, —respondió él—. No te olvides que vengo de otro lugar.

Juntos caminaron hacia el estacionamiento conversando sobre banalidades. Sus brazos se rozaban y por poco Mirko la toma de la mano.

—¿Cómo te las arreglaste estos días sin mí? —preguntó envalentonado.

—Ja, —dijo ella divertida por el comentario—. Tengo una excelente cámara, ¿te acordás?

Mirko rio y a Gimena le vibró el corazón de sólo escucharlo. Se lo quedó mirando maravillada por su hermosura. Siempre la impactaba verlo sonreír.

—Algún día me la tenés que prestar, —dijo enfrentándola con la sonrisa todavía revoloteando en sus labios.

—Dalo por hecho, —repuso ella.

Se detuvieron junto al automóvil de Gimena y por unos segundos ninguno supo que decir. Ella recorrió los alrededores con la vista buscando la moto de Mirko, sintiendo la mirada de él acariciándole el rostro con delicadeza. Volvió su atención a Mirko y bajó la vista intimidada, por el modo en que él la contemplaba.

—Creo que me voy a ir, me están viniendo muchas ganas de repetir algo que ya me quedó claro que no te agrada, —dijo con algo de picardía.

—Yo no dije eso, —repuso Gimena, dejando escapar una carcajada nerviosa

—Como sea, entendí el mensaje, —dijo él, estirando su cuello para saludarla con un delicado beso en la mejilla —. Nos vemos luego.

Era ya de noche cuando arribó a su departamento. Abrumado y conmovido por todo lo que había vivido se deslizó bajo la ducha procurando quitarse de encima las emociones del día. Aunque quería, no podía dejar de pensar en Gimena en el modo en que lo miraba y le sonreía. Cuando le susurraba al oído, con su voz dulce y suave, su cuerpo se estremecía y debía esforzarse por no abrazarla y comérsela a besos. Esa tarde, entre ambos se había generado un clima entre sensual y excitante, que lo había dejado tenso y movilizado. No podía explicar qué había sucedido entre ambos, pero había sido intenso.

Cerca de las diez de la noche, Claudia Garrido se

presentó en el departamento. Ya ni se molestaba en tocar timbre; ella simplemente ingresaba. Después de todo soy yo quien paga este lujo, le había dicho en una ocasión; ya no le discutía nada.

—¿Cómo fue tu día de fotógrafo de causas perdidas?
—preguntó la mujer con sorna.

Mirko no respondió, en silencio la siguió con la vista tratando de detectar cuál sería el próximo paso de esa mujer. Garrido se sentó en una de las banquetas y ambos se midieron por unos segundos.

La última vez que había estado allí, la noche había terminado con Mirko inconsciente en su cama, restos de cocaína y alcohol a su alrededor y una nota de Garrido recordándole que muy fácilmente podía eliminarlo si él resolvía traicionarla. Desde esa noche, no habían vuelto a intimar y Mirko lo agradecía.

—Hagamos las paces, Mirko, a ninguno de los dos le sirve estar en malos términos, —dijo finalmente y de su cartera extrajo una bolsita con varios gramos de cocaína. Lo dejó sobre la mesa y lo miró con una sonrisa—. Esto es para demostrarte mi buena predisposición y mi arrepentimiento. Digamos que la última vez me puse celosa y se me fue la mano, —explicó, poniéndose de pie y caminando hacia él—. No volverá a suceder, lo prometo, —agregó colocando sus manos sobre el pecho y besó sus labios, pero él ni se inmutó—. Veo que seguís enojado. Está bien, lo acepto, me pasé de la raya.

Regresó a la banqueta y allí volvió a sentarse. Mirko la

siguió con la vista; desconfiaba de todo hasta de la bolsita que había dejado en la mesa.

—Ok. Hablemos de trabajo entonces, —terminó accediendo Garrido de mala gana. De su bolso extrajo una carpeta, la cual desplegó sobre la mesa—. Acércate Mirko que quiero que veas algo.

Mirko accedió y se acercó a ella con ambas manos en los bolsillos de su pantalón pijama. Con la mirada clavada en las fotos que Garrido desparramaba sobre la mesa, escuchó con atención como la fiscal le indicaba lo que deseaba.

—Pronto tendrá lugar la reunión que venimos esperando, —empezó diciendo con seriedad. Lo miró ahora con gesto fruncido—. Sería muy beneficioso que Antonella te incluya en la lista de ingreso.

—¿Cómo lograré eso?

—¿Qué tipo de pregunta es esa?; es obvio, ¿no? Es fundamental que estés en esa reunión, —insistió retomando su discurso. Puso un dedo en una de las fotos—. Memorizá estos rostros. Este es un empresario que seguro estará ahí, —agregó mirándolo de soslayo—. Tenés que tratar de fotografiarlo; lo mismo con estos dos; son jueces.

Mirko asintió y preguntó quiénes eran, pero ella se ocupó de cerrar la carpeta y asegurarle que no tenía por qué saberlo.

—Sólo asegúrate de estar en esa reunión y de obtener esas fotos, —sentenció mientras guardaba todo en su

bolso y se ponía de pie. No se acercó a Mirko, solo giró y caminó hacia la salida—. Disfrutá de tu blanca que te lo mereces.

En silencio Mirko la miró alejarse y una vez que la puerta se cerró y Garrido desapareció de su vista, se acercó para dar dos vueltas de llave. Sólo entonces, seguro de que ella no iba a volver, regresó a la mesa sin apartar la vista del pequeño envoltorio. Lo tomó y lo observó sintiendo su corazón acelerarse. Por un momento dudó, pero la necesitaba, todo su cuerpo reclamaba y lo empujaba a ceder. Respiró hondo procurando controlar la ansiedad que de la nada se había apoderado de su cuerpo. Apretó los dientes esforzándose por controlarlo. Sus ojos volvieron hacia la pequeña bolsita que descansaba en su mano; era tan sencillo acabar con el tormento. Sin embargo, sabía que antes tenía algo importante de que ocuparse.

Ingresó en la cocina y abrió la puerta del refrigerador; simulando estar mirando el interior, extrajo el celular de su bolsillo para corroborar que hubiese grabado la conversación. Lo había hecho. Rápidamente envió un mensaje de texto sólo con un sobre. Cerró la puerta del refrigerador y se sirvió la copa de vino que había ido a buscar.

Con la copa en su mano regresó a la mesa y allí se sentó con la vista clavada en el sobrecito. Con cierta duda lo abrió y volcó apenas una pisca en la yema de su dedo meñique; se la llevó a la boca para saber si se trataba de

un nuevo engaño de Garrido. Una vez que se cercioró que era de la buena y que la fiscal no había tratado de timarlo, comenzó a volcar el polvo sobre la mesa. Con delicadeza, disfrutando el momento, tomó una tarjeta y lentamente fue formando las dos líneas. Se le estaba haciendo agua la boca y el corazón comenzaba a acelerarse de excitación

El celular comenzó a sonar interrumpiendo su concentración. Frunció el ceño y miró a ver de quién se trataba. Su semblante se relajó al ver que se trataba de Gimena. Ella le decía que estaba sumamente agradecida de que la acompañase esa tarde. Se dejó caer contra el respaldo de su asiento y meditó qué responder. Era tanto lo que deseaba decirle. La ansiedad ganó terreno y sus ojos se volvieron hacia las dos líneas que aguardaban. Volvió a mirar el mensaje de Gimena, ahora con cierta frustración. No sabía qué responder.

La dependencia volvió a jugarle una mala pasada, y Mirko sucumbió. Aspiró ambas líneas; una detrás de la otra y la sensación de plenitud que le recorrió el cuerpo lo llenó de bríos. Ya más seguro, tomó el celular y respondió sin segundas consideraciones. <<Te invito a cenar>>, escribió ansioso por volverla a ver. Permaneció unos segundos aguardando la respuesta con algo de tensión, la cual aflojó al ver que Gimena respondía. <<No puedo, tengo un compromiso>>. <<¿Un nuevo pretendiente?>>

Gimena nunca respondió esa última pregunta y Mirko se ofuscó. Por un momento se había entusiasmado con compartir con ella esa noche; quería besarla, abrazarla,

descubrirla entera, pero Gimena Rauch una vez más lo rechazaba. <<¿A qué está jugando esta mina?>>, chilló su mente enojada. Esa chica le generaba demasiados sentimientos, no siempre de los buenos. No estaba acostumbrado a ese tipo de rechazo.

Gimena permaneció largo rato contemplando el mensaje que Mirko le había enviado. No quería sentir nada por él, no quería ni pensar en lo mucho que la atraía. Esa misma tarde, se había sentido tan en comunión con él que se había dejado llevar, pero sabía que entusiasmarse era jugar con fuego. La referencia al beso sólo había logrado rememorar lo que había sentido la noche en que la besó: despertando un deseo difícil de contener. Podía apostar a que él lo había hecho adrede; Mirko sabía cómo manejar ese tipo de comentarios, lo complejo de dilucidar era cuánto de cierto había en ellos. Detestaba sentir que podía ser una más en una interminable lista de conquistas.

Un nuevo mensaje ingresó y ansiosa por ver si era Mirko quien insistía, miró su celular. Se trataba de Guillermo que se encontraba en la puerta.

Fueron a cenar a Juana M., un restaurante ubicado sobre Carlos Pellegrini a pocas cuadras del departamento de Gimena. La noche misma que descubrió que Milena, la hermana menor de Mariana, era la chica de quien Guillermo se había enamorado, lo llamó para arreglar una cena. Quería hablar con él para decirle que ella sabía y al mismo tiempo para sugerirle que tuviera más cuidado.

Esperó estar en el restaurante para hablar. Pero ya de primera impresión lo notó sombrío y algo apesadumbrado. Intuía tormentas. Guillermo era un hombre tan relajado, que cuando tenía un problema era fácil advertirlo.

Llegaron al lugar y rápidamente los ubicaron en una mesa para dos. Como siempre sucedía en este tipo de salidas, comenzaron hablando de sus días laborales; ella le contó sobre los avances en la editorial y la reunión que esperaba tener al día siguiente con su futuro equipo de trabajo. Mientras aguardaban el plato principal, pidieron dos tragos y los bebieron comentando lo lindo que había estado todo en el casamiento.

—Hablando de todo un poco, —dijo Guillermo encausando la conversación—. ¿De dónde sacaste a ese fotógrafo?

Gimena carcajeó sin remedio. Que él estuviese haciendo un comentario de ese tipo, sólo lo ponía más en evidencia.

—Ya que sacas el tema, —respondió ella divertida—, te cuento que Mirko trabaja para mí en la editorial.

—Mirá vos, y me pregunto cuanto tiempo tardarás en hincarle el diente, —sentenció filoso.

Gimena se replegó y tomando distancia lo estudió recelosa.

— ¿De dónde mierda vino ese comentario? —protestó molesta—. No creo entender qué está sucediendo....

Guillermo la miró, ceñudo con algo de desconfianza.

Bebió un poco de su trago sin apartar la mirada del rostro de Gimena que aguardaba una explicación.

—Todas estaban enloquecidas con él en el casamiento, —escupió dejando fluir todo su malestar.

—¿Todas?, disculpame, pero no me imagino ni a Lara ni a Mariana haciendo un comentario sobre otro hombre que no fuera su marido, aunque reconozco que Carola sabe apreciar la belleza, —sentenció. Empezaba a divertirse porque creía comprender qué sucedía. Definitivamente estaba celoso, pero no por ella, eso era claro—. Milena debe haberte hecho algún comentario sobre Mirko y a vos te subió la presión.

El rostro de Guillermo se puso rígido y sabiendo que había sido descubierto se dejó caer en el respaldo de su silla entre abatido y molesto.

—¿Cómo lo supiste?

—Casualmente, Mirko me envió una fotografía y ahí estaban los dos a puro beso, —comentó Gimena divertida por la reacción de él—. Si no querés que se enteren, tenés que tener más cuidado.

En ese momento el mozo llegó con los pedidos, de modo que hicieron una pausa en la conversación. Aguardaron que rellenara las copas con el vino que habían elegido y que se marchara para retomar.

—Me decías que fue el fotógrafo el que andaba cometiendo indiscreciones, —deslizó sin abandonar el tono hiriente.

—No, no, no, —replicó Gimena—. Mirko me estaba

sacando fotos a mí, y de fondo aparecen ustedes. Apenas se ven, si tengo que ser sincera, pero los detecté. Mirko no se había dado cuenta.

Por unos minutos ganó el silencio y aprovecharon para comer. Gimena lo observaba y así como hubiese esperado que se relajase un poco, Guillermo parecía todavía contrariado. Una vez más decidió sacarlo de ese estado.

—¿Por qué no le das para adelante?, —dijo una vez que tragó un trozo de carne.

—No es tan sencillo, —respondió con simpleza y pasó a enumerar gran cantidad de inconvenientes que a Gimena le resultaron insignificantes.

Él seguía hablando de la diferencia de edad y Gimena pensó que los hombres se ponían verdaderamente idiotas cuando se enamoraban. Le agradaba Guillermo, realmente lo estimaba y valoraba su amistad. Y no dejaba de asombrarla lo prejuicioso que estaba siendo, aún contra su propio beneficio.

—¿Vos cómo estás con todo esto? Estás dando muchas vueltas y no te estoy escuchando hablar de vos, —dijo luego de tragar un poco de ensalada—. Te juro Guille que no puedo creer que no hables con los chicos sobre lo que te está sucediendo.

Guillermo se quedó callado durante largo rato. No sabía cómo comenzar. En realidad, se sentía un verdadero estúpido al no saber cómo manejarlo.

—Nada, Gime, terminamos. —finalmente confesó con voz apesadumbrada que la conmovió.

—¿Cómo que terminaron? ¿Por qué?

—Supongo que sólo quería que un idiota la invitara a vacacionar a Europa, —agregó ahora con recelo—. Pasarla bien por un tiempo y punto.

Gimena sacudió su cabeza y estiró su mano para tomar la de él.

—Eso no lo creo, conozco a Milena, nunca haría algo así —dijo apenada—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Vos conoces bien a Mariana, Milena no es como su hermana, —replicó Guillermo. Suspiró con resignación y la miró buscando las mejores palabras—. En realidad, primero se ofuscó cuando nos vio despidiéndonos en el Hall del Aeropuerto, —confesó mezclándose en su voz el malestar y la incomodidad que lo que estaba contando le provocaba—. Le expliqué que éramos amigos, que entre nosotros no había nada. Pero el otro día, que nos vio bailando en el casamiento, desbarrancó y no hubo argumentos que valiera la pena. No me creyó ni quiso escucharme. Está convencida de que pasamos la noche juntos. Ahora dice que quiere hacer su vida porque no nos ve futuro.

Nunca lo había visto tan vulnerable, ni tan profundo, ni tan dolido. Guillermo siempre le había parecido un dulce caradura con una espontaneidad y una chispa que podía cautivar a cualquiera. Por eso la conmovió verlo tan afectado. Esa chica no sabía lo que se estaba perdiendo.

—Está enojada, Guille porque está celosa. Mirko pensó lo mismo de nosotros, —respondió con soltura—.

Puedo llamar a Milena y explicarle que está equivocada, —se ofreció.

—No, no te metas, —dijo él—. Si ella necesita que otros la convenzan no vale la pena.

—Ya se le va a pasar, —aventuró con convicción—. Vos sos un zorro viejo, —agregó divertida esperando contagiarlo, pero se ganó una mirada cargada de fastidio—, ya vas a encontrar la manera de reconquistarla. Si vos sos un encanto.

Guillermo no estaba tan seguro y aunque se daba cuenta que en Gimena había encontrado a una muy buena amiga y que hablar con ella le hacía bien; no estaba seguro de que Milena comprendiese.

—Ahora, —dijo él una vez que el mozo retiró los platos—. Mi turno ¿qué hay de ese Mirko que de la nada lo nombraste tres veces? ¿Y por qué se puso celoso?

Gimena eludió la mirada de su amigo por unos segundos. Suspiró y al alzar la vista le dedicó a Guillermo una mirada de resignación que él respondió con una sonrisa.

—No sé qué decirte. Es complicado eso es seguro, —confesó sin ningún tapujo.

—Supongo que el francés ahora si es historia, —deslizó Guillermo dándole algo más en que pensar.

Gimena asintió y bebió un poco de vino meditando sus siguientes palabras.

—La verdad es que no estoy segura de con cuántas minas anda en el presente; eso sin mencionar que

seguramente más de media Editorial pasó por su cama antes de terminar conquistando a la Editora Principal.

Guillermo frunció el ceño y la miró algo desconcertado.

— Es mi deber de amigo decirte que te alejes de un hombre así, —aconsejó Guillermo preocupado por ella.

Gimena desvió la vista. Una cosa era pensarlo en silencio, otra muy diferente poner en palabras lo que sentía. Pero lo había hecho y aunque le había hecho bien hacerlo, ahora le tocaba lidiar con esa certeza.

—Lo sé, —respondió ella con una sonrisa triste—. Lo sé, pero no me puedo resistir. Aunque sé que es el tipo de hombre que puede destrozar a una mujer y seguir adelante como si nada sucediese, me atrae como si algo me uniese a él.

—Cuidado, Gimena. Insisto. Alejate de ese hombre o tené claro como es, si estas dispuesta a arriesgarte.

Era cerca de medianoche cuando Gimena bajó del automóvil de Guillermo. Desde la entrada del edificio saludó a su amigo y la sensación de estar siendo observada la atravesó completa.

La calle estaba desértica y, en la oscuridad de la cuadra, divisó una figura que la observaba desde una motocicleta; creyó reconocer a Mirko, pero al intentar llamarlo, este se alejó.

CAPITULO 14

Siguiendo la indicación de Javier Estrada, había convocado a una reunión para esa mañana. Mirko todavía no había confirmado su asistencia, aunque tampoco creía que se presentara. De todas formas, estaba enojada con él. La noche anterior le había enviado varios mensajes preguntándole porqué la estaba siguiendo; pero nunca respondió.

A las 11 de la mañana en punto, todo estaba listo para recibir a las futuras incorporaciones a la revista de Cultura. Javier Estrada fue uno de los primeros en presentarse y lo hizo acompañado por una colaboradora especialista en contratos y sociedades. Unas diez personas se acomodaron en la Sala de Reuniones y, aunque la fastidiaba que Mirko no se encontrase allí, ocultó sus sentimientos y encabezó la reunión con profesionalismo.

Durante las siguientes dos horas, compartió con los que allí se encontraban las pautas de la nueva revista; los objetivos y lo que se esperaba de cada uno de ellos. Presentó a Javier Estrada e informó que ya se estaba ocupando de llevar a cabo una Auditoria y también a su colaboradora Diana Colante, quien se convertiría en asesora legal. Gimena tenía cierto capital para comenzar, pero ya había diagramado un plan de acción para atraer fondos. Los interesados en participar de la iniciativa también acercaron sus propuestas, y a Gimena la gratificó

sentir que empezaban a tirar todos para el mismo lado.

Un incipiente dolor de cabeza la acosaba cuando terminó la reunión. Pensando en tomar algún analgésico, y se puso de pie. Leticia se acercó para informarle que una persona la aguardaba. Acomodó el escritorio y dejó su despacho preguntándose quién podría ser.

Al dirigirse hacia la recepción la vista se le desvió hacia el cubículo de Mirko, pero, como era de esperar, estaba vacío. Finalmente, no se había presentado a la reunión y, contrariada por ello, Gimena registró mentalmente incluir esas reuniones en el memo que solía enviarle. La mortificaba pensar que él le había dado la espalda, aunque lo que más la afectaba era asociar su ausencia con la de Antonella que esa mañana tampoco se había presentado. No quería pensar en Antonella; él le había asegurado que no viajaría a Uruguay.

Llegó a la recepción y se volvió hacia Leticia para saber quién había preguntado por ella. No hizo falta que la recepcionista respondiera, porque una voz se le adelantó.

Azorada, Gimena se volvió hacia el hombre que, parado junto al ventanal la miraba con una peligrosa mezcla de furia y hartazgo.

—¿Qué haces acá? —chilló Gimena sintiendo el estupor que se tornaba en enojo.

—Te di más de un mes para que te instales y recapacites, —informó con voz seca y autoritaria—. Es hora de que vos y yo hablemos.

—No tengo nada que hablar con vos, —replicó ella, sin amedrentarse.

El hombre respiró hondo y desvió la vista buscando serenarse e incrementar su paciencia. Volvió su atención a Gimena perforándola con la mirada.

—Mirá que resultaste cobarde, —soltó Manuel con firmeza. Dio un paso hacia ella con determinación—. Pues, te guste o no, tenemos mucho de qué hablar. Son demasiados los puntos que debemos resolver y es fundamental que participes de las reuniones con Braña.

—No tengo nada que hablar con vos, —insistió Gimena—. Ya me pondré en contacto con Braña.

Se miraron a la cara transmitiendo el enojo, el resentimiento y el dolor que llevaban acumulados por años. Sintiéndose observada por los que se encontraban en la editorial a esa hora de la mañana y avergonzada por ello, Gimena, fue la primera en flaquear. Luego de dedicarle un gesto a Manuel, giró sobre sus talones y comenzó a caminar directo hacia su despacho seguida unos pasos detrás por el hombre que la visitaba.

—Escuchame, Gimena, —continuó diciendo—. Vamos a sentarnos y a conversar como dos personas adultas.

—No quiero conversar con vos, —chilló Gimena al borde del llanto—. Este es mi lugar de trabajo, no te quiero acá.

Manuel se sentó en el sillón enfrentando el escritorio sin reparar en lo que ella decía. Miró a Gimena con algo

de displicencia

—Ándate, Manuel, —insistió ella furiosa—. Me estás haciendo pasar vergüenza.

—Esto es de no creer, —exclamó él, con gesto sardónico—. Ahora resulta que yo te hago pasar vergüenza. De no creer. Vos estás más trastornada de lo que creía.

Una vez más se midieron. Gimena era consciente de que muchos curiosos los observaban. No deseaba que nada de eso sucediese; no ahora que se estaba haciendo cargo de la revista.

—Hagamos una cosa, Manuel, —dijo controlando su enojo—. Esta tarde paso por tu oficina y hablamos. Manuel asintió y frunció el ceño estudiándola con fijeza.

—¿Puedo creerte? —preguntó el hombre con suavidad. Ella asintió con ojos vidriosos—. Bien, te espero en el hotel. Y dejame decirte, aunque no me creas, que te extraño.

Aunque la movilizó escucharlo, Gimena eligió no creerle; era más sencillo seguir despreciándolo. Era tan profundo el dolor que le había causado que, aunque quisiera no podía desentenderse. Todavía se le estrujaba el corazón al recordar la mañana en que Manuel la había llamado para comunicarle su decisión. Gimena había gritado, había implorado que no lo hiciera, pero Manuel se mantuvo firme y desde Madrid era poco lo que ella había podido hacer para detenerlo

Más de tres años habían pasado y aún le costaba

asimilar lo sucedido. Con todos esos recuerdos amontonados en su cabeza, Gimena acompañó a Manuel hasta la recepción haciendo caso omiso a los ojos curiosos que los seguían. Luego de despedirse, de un modo frío y distante, Gimena regresó a su despacho con la frente en alto y andar estoico. Por segunda vez, al pasar cerca del cubículo de Mirko, miró hacia su interior, pero en esta ocasión no se preguntó dónde se encontraría. Su mente estaba llena de Manuel.

Romina había seguido de cerca toda la conversación para poder informar luego a Antonella. La Editora estaba que trinaba con esa mujer y Romina podía asegurar que disfrutaría mucho de enterarse que un hombre, por demás atractivo, se había presentado en la Editorial demandándole algo a la Rauch.

Intrigada y buscando conocer más detalles, Romina se acercó a Leticia que comentaba, con una de las redactoras, lo sucedido.

—Te digo que es él, —decía la recepcionista—. Mi prima trabajó con él.

—¿De quién hablas, Leti? —preguntó Romina buscando obtener cierta información.

—Del hombre que acaba de marcharse, —respondió sin levantar la vista de la pantalla.

—Era muy atractivo, —comentó—. ¿Será un ex de Gimena?

—No, no lo creo. Ese era Manuel Rauch Mondini, —respondió con suficiencia. Colocó sus manos sobre el

teclado de su pc, y rápidamente tipeó el nombre del hombre en una extensa base de datos—. Aquí lo tenés, — agregó cuando la información comenzó a bajar—. Es CEO de la Cementera Rauch y socio principal del Holding Hotelero Mondini

—¿Y qué relación tiene con Gimena? —preguntó Romina sorprendida por lo que acababa de descubrir. No estaba segura de que a Antonella le agradase enterarse que esa mujer pertenecía a una de las familias más ricas y poderosas de la ciudad—. Vamos Leti, necesito saberlo.

—Supongo que es la hermana, —dijo la relatora—. Ambos son Rauch.

—Googleá Leti, —indicó con premura—. Googleá ambos nombres.

—Ya lo hice. El tal Manuel es el hermano mayor de Gimena. Tiene 42 y desde hace años se ocupa de los negocios de la familia. Es divorciado. No tiene hijos.

La conversación fue interrumpida por Gimena que apareció de improviso en la recepción obligándolas a simular no estar hablando de ella. Apenas se despidió hasta el día siguiente y con paso rápido se dirigió hacia los ascensores.

Verla acompañada de ese tal Guillermo, lo había alterado considerablemente. De la desilusión, pasó rápidamente a la furia, sintiéndose menospreciado y hasta ultrajado en sus sentimientos. Una histérica, eso era lo que era, con sus sonrisas tentadoras y sus ojos luminosos,

se había burlado de él; pero no volvería a hacerlo. Estaba tan furioso con Gimena, que ni remordimientos por lo sucedido en el pasado sentía. Afortunadamente Antonella le había indicado que la acompañase a un importante desfile que se llevaría a cabo esa tarde en el prestigioso Hotel Emperador Mondini. Gustoso había aceptado; cualquier opción era buena si lo mantenía alejado de la redacción donde seguramente Gimena estaría trabajando.

Aunque Mirko nada sabía, Antonella quería cerciorarse de con quien se relacionaba su fotógrafo; últimamente estaba sutilmente cambiado y eso había despertado su curiosidad y desconfianza. En un primer momento, había creído que Gimena lo había conquistado; pero Mirko había dejado bien claro que la tenía atragantada. De modo que su interés debía centrarse en otro lugar. Prestaría atención a las mujeres que podían acercársele.

Llegaron juntos al Hotel y, al ingresar al gran salón, Antonella se ocupó de indicarle que no debía olvidar de retratarla rodeada de personalidades. Luego se alejó de él, para ubicarse en la primera fila, junto a destacadas figuras del ambiente artístico y de la moda. Entre flashes ella se sentía la reina del mundo.

Mirko siempre había disfrutado de cubrir los desfiles que se desarrollaban en Hoteles de categoría, donde los lujosos salones daban un marco sofisticado y él se sentía importante formando parte de ese entorno; pero esa tarde, no parecía estar surtiendo efecto. El mal humor se negaba

a abandonarlo. Para peor de males, entre la multitud de modistos, estilistas y productores, Mirko divisó a Serena Roger, quien se las ingenió para hacerle una seña.

En un primer momento, Mirko se hizo el desentendido. Lo último que deseaba era que esa mujer le llenara la cabeza de teorías conspirativas. Él quería abrirse de todo eso. Sintiéndose observado, le dispensó una mirada furtiva a Antonella, que conversaba con un reconocido comentarista.

—Cuando todo termine, te espero en la 201, —susurró Serena al pasar a su lado.

Mirko intentó detenerla para decirle que no lo esperase, pero fue imposible, ella se alejó de él antes que pudiera hacerlo. Resignado, la miró perderse tras los cortinados que separaban la zona de camarines. No le agradaba el juego que esa mujer jugaba.

Durante más de dos horas tomó fotografías de las distintas modelos que lucían la exquisita ropa de cuatro casas de Alta Costura de la ciudad. Una de las columnistas de Antonella le había brindado las especificaciones de lo que buscaba; era fácil moverse en ese ámbito.

El desfile se preparaba para entrar en la última tanda. Mirko estudió el entorno, divisó a Serena que caminaba hacia él. Al llegar a su lado se detuvo brevemente dispensándole una sonrisa sin ninguna inhibición se inclinó hacia él para susurrar algo a su oído. Luego se alejó dedicándole significativas miradas. Mirko tragó,

estaba dejando pistas para que todos creyesen que entre ellos algo sucedía. Era tan evidente que lo incomodó. No se atrevió a mirar a la primera fila donde Antonella se encontraba.

Cerca de las siete y media de la tarde, concluyó el desfile. Entre aplausos los principales modistos se acercaron al extremo de la pasarela donde recibieron el cariño y la aceptación del público. A la distancia, Mirko vio que Antonella se ponía de pie y se despedía de las personas sentadas a su lado. La siguió. La encontró en el pasillo cotejando su celular. Al verlo lo enfrentó con gesto serio.

—Me tengo que marchar, —informó con sequedad—. Me esperan en otro sitio.

Mirko asintió con gesto inocente. Sabía que debía reunirse con su esposo en el hotel Faena.

—Está bien, tengo que tomar un par de imágenes más, —comentó Mirko con soltura—. Me están esperando.

—Perfecto, —accedió Antonella. Se acercó a despedirse con un beso en la mejilla—. Luego te llamo.

En el piso superior del Gran Hotel Emperador Mondini se encontraban las oficinas del Directorio Corporativo. De todos sus miembros el único que se dejaba ver por ahí de tanto en tanto era Manuel Rauch Mondini.

Gimena se presentó ante la secretaria de su hermano con cara de pocos amigos. Más allá de ser muy consciente de estar entrando en los dominios de Manuel, nada

lograría doblegar su determinación; estaba decidida. Venía en plan de guerra y su rostro así lo transmitía.

—Hola, Andrea —la saludó al llegar al escritorio.

La mujer de cortos cuarenta años alzó la vista y miró a la muchacha sorprendida de tenerla allí.

—¡Ah! Por Dios, Gimena, —exclamo y poniéndose de pie caminó en torno al escritorio para saludarla con un abrazo—. Te juro que cuando Manuel me comentó que vendrías no le creí.

—No haces bien no creyéndole a tu jefe, —respondió Gimena de un modo por demás antipático.

La mujer asintió haciendo caso omiso a la mala respuesta. Conocía a Manuel y a Gimena desde hacía años, y hasta donde ella podía recordar, los hermanos siempre se habían llevado de maravillas, pero de un tiempo a esta parte, la animosidad entre ambos no era ningún secreto para nadie. En esta ocasión, Andrea estaba más de acuerdo con la reacción de la hermana menor que en la de su jefe. Ella entendía muy bien el dolor y el resentimiento que Gimena tenía hacia su hermano Manuel. Por eso no se molestó ni se ofendió con la respuesta de la muchacha.

—Pasá por aquí, Gimena, —dijo guiándola hacia el despacho de Manuel.

Sin golpear abrió la puerta y le indicó que se pusiese cómoda. Manuel debía estar por llegar. Se encontraba en una de las salas de reuniones ultimando detalles para un viaje que debía emprender a China.

—Te puedo ofrecer algo para beber, —agregó Andrea con amabilidad.

Gimena la miró y le dedicó una sonrisa comprensiva. Andrea era buena gente y, además, era una de las pocas que había subsistido en su puesto sin intimar con su jefe. Asintió y le pidió un jugo de naranja.

Las oficinas de Manuel eran imponentes. Desde el cómodo living que enfrentaba el grandioso escritorio, podía apreciarse una magnífica vista del puerto y de la costa del Río de la Plata. La oficina tenía un estilo exquisito y, de algún modo, Gimena recordó que su amiga Carola había tenido algo que ver con la decoración de todo ese hotel. Bien por Carola y muy bien Manuel que había tenido en cuenta a sus amigas a la hora de contratar proveedores; Lara también había sido contratada por Manuel para organizar gran cantidad de eventos y banquetes por parte de la Cementera Rauch.

A su espalda sintió la puerta del despacho abrirse y luego cerrarse. Dedujo que debía tratarse de Andrea de modo que no se volvió a mirar.

—Agradezco que estés aquí, —dijo Manuel con voz seca—. Reconozco que no estaba del todo seguro de que vendrías.

—Te dije que lo haría. Yo cumplo mi palabra a diferencia tuya.

—No empecemos, Gimena, —replicó Manuel suavizando el tono, tratando de calmarla—. Estamos aquí para tratar de llegar a un entendimiento.

Gimena giró para enfrentarlo. Le sostuvo la mirada brevemente sintiendo la furia que volvía a ella.

—Error, —dijo secamente ella—. Estamos aquí para que te quede claro que no tenemos nada de qué hablar. Yo no necesito llegar a ningún entendimiento.

Manuel suspiró y resignado caminó hacia su escritorio. Se ubicó en su sillón y desde esa posición contempló a su hermana menor; la adoraba, siempre la había querido y cuidado como a un tesoro y le dolía muchísimo que no comprendiera que la decisión que había tomado había sido por el bien de todos.

—Necesito tu firma para varios trámites, —comunicó con renuencia, sabiendo que sus palabras desatarían la furia de Gimena. Pero no tenía remedio, había que hablar de ciertos temas.

Gimena sacudió su cabeza y caminó hacia el sillón donde había dejado su bolso. No era ese el tipo de conversación que esperaba mantener, pero tendría que haberlo anticipado. Manuel se puso de pie de un salto y se acercó a su hermana tratando de que lo escuchase.

—Gimena, yo entiendo que no te interese y entiendo mucho más que no me hayas perdonado lo de papá, —explicó interponiéndose entre ella y la salida—. Pero necesito que te hagas cargo de tu herencia o me des un poder para manejarla. No puedo hacer ciertas operaciones sin tu consentimiento; son muchos los negocios que están parados por ese detalle.

—No entiendo a qué viene eso ahora, —chilló ella

angustiada—. Nunca me necesitaste, ¿por qué ahora es diferente?

Manuel respiró hondo y desvió brevemente la vista preguntándose si su hermana había hecho la pregunta para que él dijera lo que nunca había podido decirle de frente. Volvió su mirada hacia ella y se estudiaron.

—Es diferente porque papá ya no está, —confesó.

—Querrás decir, porque lo mataste.

—No lo maté, Gimena, —replicó con voz tensa—. Hacía ya muchos años que papá no estaba con nosotros.

—Estaba durmiendo, —lo corrigió angustiada—. Él dormía y estaba bien cuidado. No puedo aceptar que decidieras deshacerte de él.

—No me deshice de él; Gimena, por Dios, papá hacía más de quince años que no estaba con nosotros; ¿por qué nunca pudiste enfrentarlo? —balbuceó afectado por el dolor de su hermana—. No podía seguir en esa habitación. Era inhumano mantenerlo vivo cuando hacía mucho tiempo que había dejado de estarlo. Necesitaba irse; teníamos que dejarlo ir.

—Eso ¿quién lo dice? ¿Vos? ¿Mamá? —Chilló ahora con los ojos llenos de lágrimas—. Ustedes no tenían derecho a hacer algo así.

—Mamá tenía derecho a rehacer su vida, Gimena, —deslizó Manuel sabiendo que sus palabras la alterarían.

—Hacía muchos años que mamá había rehecho su vida, —replicó con enojo—. Supongo que sigue en Miami con Alfonso.

Manuel la miró afectado; se le estrujaba el corazón de solo verla. Gimena nunca había aceptado el estado vegetativo en el que había quedado su padre luego de haberse estrellado con la avioneta familiar. Su cerebro estaba completamente destrozado y sólo gracias a las máquinas había continuado con vida por quince largos años. Gimena era la única que juraba y perjuraba que su padre se había movido; que había parpadeado; que había reaccionado frente a una caricia. Pero nada de eso era cierto y era por la pena que le producía escucharla sostener lo insostenible que nunca la había contradicho.

Por unos segundos los envolvió el silencio. Demasiado dolidos para continuar la batalla, ella calzó su cartera al hombro y él permaneció rígido observándola.

—¿Fue Raúl quien te dijo dónde encontrarme? — quiso saber Gimena con enojo.

Manuel sacudió su cabeza negativamente.

—Aunque sé que estas parando en su departamento, él no me ha dicho una sola palabra de que estabas en Buenos Aires, —respondió con voz neutra—. Hablo todos los días con Raúl y nunca te mencionó, —aclaró—. Fue Etienne quien me lo dijo. Estuve cenando con él en París la semana pasada. Está preocupado. Teme que no vuelvas a él.

—¿Etienne? Él sabía que yo no quería que lo supieras...

—No es tonto, Gimena, es el principal proveedor artístico del hotel de París, —le aclaró Manuel con una

mueca comprensiva—. Me lo comentó en cuanto pregunté por vos. No digo que no te quiera, pero estar con vos tiene ciertos beneficios para él y lo sabe.

—Traidor, —balbuceó al borde de las lágrimas—. Si necesitaba algo para convencerme de que nada queda entre nosotros, ya lo has hecho.

—No reacciones así. Etienne te quiere, —volvió a decir Manuel—. Estoy seguro de que lo hizo pensando que te hacía un bien.

—No lo creo, estoy segura de que siente más devoción por vos, que, por mí, —sentenció Gimena tajante.

—Gimena, por favor, francamente no me interesa lo que pase entre vos y Etienne, —deslizó Manuel acercándose a ella. Estiró su mano para tomarla del hombro. Ella se volteó a mirarlo—. Me gustaría que un día de estos salgamos a cenar, —dijo. Había algo de súplica en el tono de su voz que alcanzó a Gimena—. Quiero recuperar a mi hermana.

—Vos lo único que querés es que te firme esos papeles, —disparó movilizada por las palabras de Manuel.

—No es así, —replicó Manuel con un tono frío—. Aunque necesito tu firma, no es de eso de lo que estoy hablando y lo sabés. Prométeme que lo vas a pensar.

Ella lo miró y tal vez fue la necesidad de creerle lo que logró traspasar la dura coraza que la separaba de su hermano. Asintió, no tuvo herramientas ni coraje para negarse a hacerlo, pero se marchó sin poder acercarse a él.

Al segundo golpe en la puerta, Serena abrió y lo alentó a apurarse a entrar.

—Por fin, —exclamó la mujer, luego de cerrar tras su ingreso—. Tenemos mucho de qué hablar y muy poco tiempo.

—No estoy seguro de qué demonios estoy haciendo en esta habitación, —balbuceó Mirko para sí. Se respiraba una tensión alarmante entre esas paredes—. ¿Desde cuándo trabajamos juntos? —preguntó Mirko claramente incómodo.

Serena se acercó a él tratando de tranquilizarlo. Lo contempló brevemente notando el sutil cambio que titilaba en él. Algo se había modificado en su persona. Una sonrisa suave sobrevoló sus labios al considerar que no todo estaba perdido.

—Mirá, Mirko, creo que estás acá justamente porque solito descubriste que no te mentí en ningún momento y que el lío en el que estás metido es bastante grande, —aclaró con firmeza—. Viniste porque sabés que todo lo que te dije es cierto y está muy bien que quieras colaborar con nosotros para salir de esta mierda.

Mirko respiró hondo y desvió la vista aceptando lo que Serena Roger decía. Pero empezaba a tener un mal palpito.

—Estamos muy cerca de atraparlos Mirko, —continuó cuando notó la duda asomando en los ojos celestes—. Nos falta ubicar a la mujer que estaba con De la Cruz en el

segundo video. No sabemos ni quién es, ni por qué De la Cruz le pasa un sobre, evidentemente con dinero. Pero intuimos que es importante y que trabaja en el gobierno.

Mirko la miró con sorpresa, hasta ese momento no había advertido que Serena no tenía idea de quien era Garrido. Había dado por sentado que el video era para que él entendiera quien era quien. ¿Cómo era posible que no supiera que una Fiscalía estaba involucrada en ese caso? Eso no lo esperaba. ¿Para quién trabajaba entonces esa mujer?

—Hasta donde pude averiguar, pronto habrá una reunión, —comentó—. Son reuniones mensuales, —explicó. De un portafolios tomó una de las últimas revistas y se la extendió a Mirko—. Las chicas son presentadas a través de la revista; es como una suerte de menú, el valor de la prenda que llevan puestas representa lo que valen ellas. El valor del calzado es lo mínimo que cobran; el resto de los valores son los distintos servicios que ofrecen.

Intrigado Mirko hojeó la revista advirtiendo que todas las fotos que allí se mostraban eran suyas. Conocía a cada una de las modelos; las de ese número eran todas era menores de edad. Alzó la vista y contempló a Serena.

—Las modelos de las últimas dos portadas, no llegan a los 16 años Serena, —la corrigió cuando la mujer mencionó que las involucradas contaban entre 18 y 24 años—. Yo mismo saqué esas fotos.

Serena asintió; lo sabía solo quería corroborarlo. Como

también estaba al tanto de que, al ser parte de ese tipo de reuniones, se aseguraban gran cantidad de contratos y mayor participación en futuras reuniones; algunas hasta las trasladaban a ciudades más sofisticadas.

—Bien, hasta ahora todo indica que se tratará de una reunión más ligada a la prostitución, pero sabemos que correrá mucha droga, —siguió diciendo Serena—. Muchos negociados saldrán de esa reunión.

—¿Qué sabes de la gente que asistirá? —se atrevió a preguntar Mirko. Serena lo miró con profundidad de un modo tan penetrante que Mirko pudo palpar su desconfianza—. Me han dicho que en esa reunión habrá jueces e importantes empresarios y me han pedido que intente retratarlos.

—¿Quién te dio esa indicación? —preguntó sorprendida. Mirko desvió la vista y sacudió su cabeza negándolo—. Ya veo, tu grandioso benefactor. ¿Algún dato más?

—No, solo que memorizara sus rostros, —respondió secamente—. Y de ser posible que tome imágenes de ellos.

—Ese es un pedido peligroso, Croata, casi te diría que es un nuevo punto para que prestes atención, —alegó por momentos sorprendida de la ingenuidad de ese hombre—. Te puedo asegurar que lo último que podrás hacer en esa reunión es tomar imágenes. Pero estate atento a esos rostros y si querés salir entero de ahí, no se te ocurra sacar ni un celular.

Lo que Serena no pensaba informarle era que Candado buscaba congraciarse con uno de los grandes capos de la zona para así obtener el manejo de una de las rutas que conectaba Buenos Aires con la Triple frontera. Gracias a De la Cruz, ya había hecho base en Iguazú; ahora, si lograba un acuerdo mayor, podría triangular con libertad. Hasta donde Serena sabía, tanto De la Cruz como su esposa eran meros peones en toda la operación, Candado sólo les había hecho creer que tenían la manija del asunto; nada más alejado de la realidad. El encuentro solo buscaba ubicar grandes volúmenes de cocaína y así demostrar y ostentar el poder que podía llegar a tener; las modelos, las lolitas y las apuestas, eran una atractiva pantalla.

—¿Para qué me necesitas? —preguntó cuándo la incertidumbre lo asfixiaba—. Empiezo a no comprender esa parte.

—Para atestiguar, —confesó—. De la Cruz y su esposa creen que tienen todo controlado, pero no es así. De momento no puedo decirte más; como tampoco puedo asegurarte qué motiva a tu benefactor, pero de nuestra parte, si atestiguás, tendrás todo el respaldo que puedas necesitar. Escuchá bien...

Durante la siguiente media hora, Serena se explayó en su explicación; necesitaba que Mirko comprendiese que gracias a todo lo que él sabía la operación podría tener éxito; además era él quien había logrado infiltrarse.

—En unos días será la reunión, —le dijo con mayor

firmeza—. Es verdaderamente importante que estés ahí, principalmente para cerciorarte de que Candado se encuentre allí; Sé muy bien que fue Candado quien te envió a prisión; sé que él es el motivo de tu venganza. Pues déjame decirte que es a él a quien queremos; es él quien se ocupa de traficar droga y mujeres. Ayudanos a atraparlo y a meterlo preso de por vida. Nosotros te necesitamos con vida Mirko; ¿podes decir lo mismo de tu benefactor?

Mirko la miró afectado por el ímpetu y la convicción con que Serena hablaba. Así como siempre había desconfiado de Garrido, a ella le creía, aunque no sabía bien porqué.

—¿Para quién trabajas? —preguntó casi de un modo inconsciente.

—Creo que ya lo sabés, —fue la respuesta de Serena. Le dedicó una mueca cómplice y miró de soslayo la cama—. Ahora ayúdame a desarmar un poco esta cama; esto tiene que parecer un encuentro entre dos amantes.

Entre los dos se ocuparon de alterar los ambientes como si un fogoso encuentro hubiese tenido lugar. Luego se marcharon.

CAPITULO 15

No quiso subir al ascensor privado de su hermano. En cambio, cruzó el pasillo con paso rápido dirigiéndose a las escaleras sin molestarse en despedirse de Andrea que en esta ocasión no intentó detenerla. Descendió un piso y allí tomó el ascensor que usaban los huéspedes. En cuanto las puertas se cerraron Gimena cubrió sus ojos con una mano sin poder contener las lágrimas. La había devastado enfrentarse a Manuel de esa manera; heridas que no sabía que aún no cicatrizaban habían vuelto a abrirse, así y todo, cómo costaba perdonarlos.

Tan inmersa estaba en su dolor que no advirtió que el ascensor se detenía y dos personas, ascendían en silencio. Procurando ocultar sus lágrimas, les dio la espalda. Tenía que recuperarse, mínimamente dejar de llorar. A través de los espejos, su mirada se encontró con la de Mirko. Sorprendida y avergonzada le costó reaccionar al verlo junto a la atractiva blonda que creyó haber visto antes.

Desvió la vista, evitándolo y en cuanto llegaron a la Planta Baja, Gimena salió rauda del ascensor. Con paso acelerado cruzó el lobby encarando la salida. No podía pensar en Mirko en ese momento, no cuando tenía tanta angustia.

Preocupado, Mirko la siguió. No se había confundido, estaba seguro, Gimena estaba llorando. Pero le costó alcanzarla; lo logró en la intersección de Suipacha y

Libertador. Y, para detenerla, la tomó del brazo.

—Pará, Gimena, —ordenó preocupado.

—Dejame, —protestó fastidiada evitando el contacto visual—. Soltame...

Él la soltó y se la quedó mirando con gesto sombrío como si lo hubiese pescado en falta.

—¿Qué te pasa?, —dijo simplemente él—. ¿Por qué llorás?

—Nada que valga la pena contarle a Antonella, te lo puedo asegurar, —disparó hiriente y agresiva—. Aunque ahora que lo pienso no era Antonella la mujer con la que estabas en el ascensor.

Más allá de la filosa acusación que le echó en cara y que a él se le clavó en el corazón, fue el tono agresivo, mordaz y punzante lo que más lo afectó. Gimena podía ser hiriente si se la provocaba y lo estaba demostrando. Se había alejado varios pasos de él y caminaba con rapidez, pero Mirko apuró el paso para alcanzarla. Nuevamente la detuvo tomándola del brazo y obligándola a voltear para enfrentarlo.

Gimena notó la sincera preocupación brillando en los furiosos ojos celestes y eso la debilitó; no pudiendo contenerse rompió en llanto.

Mirko la contempló desconcertado primero y mucho más alarmado después. Entonces, la abrazó permitiéndole llorar en sus brazos; la sintió frágil, vulnerable y pequeña. Poco a poco, Gimena fue tranquilizándose y al hacerlo se apartó de Mirko avergonzada.

—Perdón, —balbuceó mientras se limpiaba el rostro con ambas manos—. Gracias, pero no tendrías que preocuparte, nada ha sucedido.

—No parece, —presiono Mirko negándose a ser dejado de lado.

Ella lo miró directo a los ojos y sin buscarlo quedó prendida de su mirada azulada. Desvió la vista para evitar recordar lo bien que se había sentido en sus brazos. La sobresaltó sentir el delicado roce de los dedos de Mirko sobre su rostro, le acarició delicadamente la mejilla hasta alcanzar el mentón, forzándola a mirarlo.

Sus miradas volvieron a encontrarse y Gimena experimentó, no solo la tensión que la atracción que ese hombre le generaba, sino también la certeza de estar pisando suelo resbaladizo.

—No lo hagas, Mirko, —susurró casi en un ruego luego de que él buscara sus labios con la mirada—. Mucho menos si venís de besar a otra mujer.

Mirko tragó, acusando recibo de lo que ella acababa de decir. Pero no se amedrentó, no deseaba hacerlo.

—No vengo de besar a ninguna mujer, —se encontró diciendo con hastío sin apartar su mirada del rostro de Gimena—. Es la primera vez que se me seca la boca por desear un beso; y es la segunda vez que me pedís que no te bese. Sos la única mujer que verdaderamente me interesa, y la única que vive rechazándome.

Gimena desvió la vista brevemente abrumada por la profundidad con la que él había hablado. Un calor tibio la

había inundado al escucharlo. Pero era difícil desentenderse de su reputación, ella sabía de sus encuentros con Antonella y de esa hermosa rubia a quien no conocía.

—Será justamente por eso, porque estas interesado, —atacó peleadora—. Me parece que estas demasiado mal acostumbrado y yo no quiero ser una más en tu lista.

—Estás completamente equivocada, —se defendió él—. No me ando acostando con cuanta mujer me cruzo, Gimena.

Volvió a mirarlo y en esta ocasión le dedicó una sonrisa entre triste y cancina.

—No sabes cómo me gustaría creer eso, —dijo al cabo de varios segundos de silencio.

Mirko se irguió y retrocedió, la afirmación de Gimena tuvo el efecto de un puñetazo en su estómago. Aunque no le había agradado la barrera que insistía en levantar entre ambos, había algo de luz entre sus palabras. No perdería la oportunidad; hacía rato que había descubierto que Gimena Rauch era otra cosa y la deseaba.

Era una fría noche de julio, la calle Arroyo se apreciaba extrañamente concurrida. Mirko recordó entonces que esa noche las galerías de arte abrían sus puertas al público hasta la media noche; no quiso dejar pasar la ocasión.

—Hoy es noche de galerías, —dijo él, pasando por alto su negativa y predisposición—. Habíamos quedado que íbamos a cubrir este evento. Por lo menos estaba en tu

bendito memorándum.

Gimena se lo quedó mirando por un breve instante. Su voz se había vuelto a llenar de aspereza y aunque la propuesta olía a trampa, a Gimena le resultó imposible rehusarse. Allí estaba él aguardando la respuesta, con sus ojos penetrantes, su actitud algo pendenciera y al mismo tiempo tentadoramente sensual. Gimena simplemente asintió y sin decir nada comenzó a caminar hacia la gente que ya deambulaba entre las galerías de la calle Arroyo.

En silencio, Mirko caminaba a su lado tomando imágenes prestando atención a las reacciones de la gente, a las obras que se exponían. No se perdía detalle ni de lo que a su alrededor acontecía, ni del modo en que Gimena de tanto en tanto lo observaba; de esto último se hizo el desentendido.

Durante la siguiente hora y media caminaron entre los concurrentes. Un dj ambientaba la noche con música *soul* instrumental de los años sesenta y atractivas muchachas repartían copas de champagne y vasos de cerveza entre los presentes.

Gimena tomó una copa y la bebió en silencio mientras absorbía todo cuanto sucedía a su alrededor. Mirko no tuvo la misma suerte, él fotografiaba todo sin despegar sus manos de su cámara. En varias oportunidades tomó fotografías de Gimena, considerando lo buena modelo que podría ser. Era armónica, su fisonomía delgada la volvía elegante, atractiva y estética. Su rostro transmitía un dejo melancólico, que la volvía enigmática. Mirko sonrió, lo

tenía fascinado.

A medida que avanzaban en el recorrido, Gimena fue soltándose y de buenas a primeras comenzó a compartir comentarios con él. Mirko notó el cambio que lo instó a sonreír, cuidándose de que ella no se sintiera presionada. No quería alterarla, temiendo que ella rompiera el vínculo con la misma facilidad con que lo había generado. Caminaba tensa, Mirko lo notaba y aunque se esforzase por parecer concentrada en el entorno, tenía toda su atención puesta en él.

—Bueno, yo creo que seguir tomando fotografías no servirá de nada, —deslizó consciente de que ella estaría atenta a su comentario—. Las últimas fueron todas iguales.

Se volvió hacia Gimena que se había detenido a su lado y lo observaba resolviendo qué decir. Mirko la miró y alzando la cámara tomó varias fotografías de ella.

—No hagas eso, —chilló Gimena ocultando su rostro—. Nunca salgo bien.

—Eso es mentira, te tomé un montón de fotografías sin que lo notaras y puedo asegurarte de que sos de lo más fotogénica, —sentenció. Ella lo miró sin saber que decir, pero guardó silencio cuando él se acercó y estirando su cuello, la besó en la mejilla—. Tengo frío, —agregó—, podríamos ir a comer algo calentito, ¿no?

Ella sacudió su cabeza y desvió la vista. Se alejó unos pasos de él tratando de decidir qué hacer a continuación sin parecer una tarada inmadura que hacía siglos que no

estaba con un hombre.

—No esta noche, —dijo ella con voz débil—, hoy no tengo fuerzas para defenderme de tus intenciones.

Mirko frunció el ceño y la miró descolocado. Se arrimó a ella y la detuvo en cuanto Gimena intentó apartarse

—¿No será que tenés miedo de tus propias intenciones más que de las mías? —acusó con firmeza—. ¿No será que te sentís condicionada por tus propios deseos más que por los míos? Yo sólo hablé de ir a cenar.

Gimena sacudió su cabeza negativamente, pero sus ojos se habían llenado de lágrimas. Mirko no se aguantó y allí mismo entre los transeúntes que entraban y salían de las galerías la besó con furia, ganándose aplausos y vítores de la gente que conversaba bajo un farol. Cuando se separó, lo hizo despacio, sin apartar la mirada de la de ella.

—Hacete cargo, Gimena; de lo que sentís y de lo que provocas en mí, —dijo todavía con su rostro cerca del de ella. Volvió a besarla con la misma intensidad y fogosidad—. Nada va a suceder, si no querés que suceda, —murmuró él a su oído todavía sosteniendo su rostro con ambas manos—. El tema es que querés que suceda.

Gimena desvió la vista y no se resistió cuando Mirko pasó un brazo por sobre sus hombros para conducirla nuevamente hacia la calle Arroyo. Ella se dejó guiar convencida de que seguramente sucedería todo lo que había abrigado al ser besada. Era una verdadera locura

dejarlo entrar a su hogar, pero no había nada que deseara más que dejarse envolver por sus brazos. Era tan reconfortante sentir su calor, tan reparador, sentir su contención.

Finalmente se detuvieron frente al edificio donde vivía Gimena. Ella apenas se apartó de él.

— Desde ya te digo que no pienso cocinar, —deslizó ella buscando la llave en su bolso. Abrió la puerta del edificio y lo miró para que la siguiese.

—No esperaba que lo hicieras, —respondió él con gesto serio—. En realidad, pensaba invitarte a un restaurante, no se me había ocurrido que me trajeras a tu departamento.

Ella se detuvo en seco comprendiendo que había quedado en evidencia. Contuvo la respiración sintiendo el calor subir hasta su rostro. Se volvió a mirarlo y se encontró con una sonrisa divertida en los labios de Mirko.

—Estoy empezando a arrepentirme.

—No te creo, —repuso él con una sonrisa cómplice y sin darle tiempo la rodeó con su brazo y la arrastró dentro—. Vamos, que hace frío.

No queriendo presionarla más, ni que ella sintiera que él era una suerte de lobo agazapado para saltarle encima, la siguió en silencio al interior del departamento. El lugar le pareció por demás acogedor, comfortable y colorido. Era muy del tipo de Gimena. Se lo dijo, tratando de recuperar el diálogo.

—No es mío, —respondió ella mientras encendía dos

lámparas—. Es de un amigo que está trabajando en Chile.

—¡Qué buenos amigos tenés!

—Así es, —respondió ella orgullosa—. Ahora veo qué podemos pedir para cenar. ¿Te gustaría algo en especial?

Enfrentó la heladera a ver qué clase de imanes tenía su amigo Raúl para pedir comida. Nada la atrajo, de modo que resolvió comunicarse con la cocina del hotel. Mirko no tenía por qué saberlo.

—Te parece pedir pastas, —sugirió—. Aquí a la vuelta hay un lugar excelente donde podemos pedir.

—Perfecto

—Ahí está la bodega, —dijo al tiempo que empezaba a marcar—. Elegí el que quieras.

Mirko sonrió entusiasmado y husmeó la surtida bodega. No tardó nada en extraer una botella. La estudió para luego ocuparse de abrirla. Gimena ya había colocado las copas sobre la mesada. Mientras él se ocupaba de llenarlas, ella hizo el pedido. Mirko prestó atención a la conversación y le llamó la atención que hiciera referencia a su nombre y que le explicara a su interlocutor que llamaba desde el departamento de Raúl Olazábal. Pero no le dio importancia.

Entre los dos dispusieron la mesa. Un silencio, cargado de nerviosismo, se adueñó de la estancia y Gimena se esforzó por llenar los vacíos con comentarios sobre el departamento. A Mirko, le encantaba escucharla hablar, pero esa noche no era la de siempre.

—Estás triste, —sentenció Mirko ante la primera

pausa que Gimena hizo. Su voz sonó profunda, no había nada más que conmiseración en su tono—. No estoy acostumbrado a verte así, no me gusta.

—No se puede estar siempre pum para arriba, —comentó ella con algo de incredulidad, aunque tenía mucho de retrucada—. ¿Vos te sentís siempre alegre?

—Nunca lo estoy, —fue su tajante respuesta.

Gimena se lo quedó mirando, no había nada de retórico en su respuesta, y no había que ser versado para darse cuenta de que estaba siendo sincero. Lo miró un instante preguntándose demasiadas cosas sobre su persona, pero sin el menor deseo de indagar.

El timbre sonó en ese momento y luego de atender, Gimena se dirigió a recibir el pedido, dejando a Mirko solo; aprovechó para cotejar su celular. Masculló una maldición al ver dos mensajes de Antonella; en el primero le preguntaba quién era la rubia con quien había conversado durante el desfile; en el segundo, lo requería, su esposo viajaba a Uruguay y no deseaba pasar la noche sola. No supo qué responder; una negativa era impensada si deseaba avanzar en su objetivo; pero esa noche nadie lo alejaría de ese departamento.

Gimena ingresaba cuando él terminaba de escribir una excusa ridícula. Lo miró de reojo, percibiendo su apuro. Prefirió no sacar conjeturas. En silencio se ocupó de servir ambos platos y lo colocó frente a Mirko que seguía con la vista clavada en su teléfono.

—Comé antes que se enfríe, —lo amonestó ella. Se

sentó y lo miró desafiante—. ¡Qué tal si apagamos los teléfonos!, —sugirió.

Mirko la miró divertido y sonrió.

—Eso me suena a secuestro, —repuso al tiempo que apagaba su celular—. ¿Me vas a secuestrar?

—Yo no quise...—empezó diciendo ella incómoda por la sugerencia.

—Se va a enfriar la pasta, Gime.

Cenaron hablando principalmente de la editorial y de todos los cambios que Gimena había implementado desde su ingreso. Ella justificaba cada decisión, pero no siempre él estuvo de acuerdo. Con vehemencia, Gimena insistía con que la movida cultural de Buenos Aires debía ser difundida; con que era una plaza rica, variada, mucho más que el resto de los países de la región; con que las calles de Buenos Aires tenían vida propia y valía la pena mostrar todo aquello al mundo. A su entender era uno de los atractivos turísticos más importantes de la ciudad.

—No me vas a decir que no es más interesante ser testigo de la movida cultural de esta magnífica ciudad, que retratar mujeres medio desnudas, —lanzó con vehemencia.

—Riquísimos los sorrentinos, —dijo Mirko, dedicándole una mueca cargada de inocencia.

Gimena se lo quedó mirando sintiéndose una estúpida por el planteo que había hecho. No pudo más que carcajear y él le devolvió una sonrisa cargada de travesura. Mirko aprovechó la tregua y buscando encausar

la conversación alzó su copa para brindar con ella. Lo hicieron mirándose a los ojos, sabiendo que empezaban a caminar juntos hacia un rumbo que por momentos se tornaba incierto, pero, por otros, parecía ser la única senda posible.

—No me vas a contar qué te sucedió en el hotel, ¿verdad? —preguntó Mirko luego de rellenar ambas copas de vino.

—No, no tiene sentido hablar de eso.

Mirko asintió y estudió sus reacciones. Poco a poco una idea comenzó a formarse en su mente y no le agradó demasiado lo que empezaba a intuir.

—Ya veo, —dijo de la nada con tono intrigante y contrariado.

—Se puede saber, ¿qué ves? —preguntó Gimena intrigada por lo que él podría estar pensando. No había forma de que estuviera al tanto de lo sucedido con Manuel.

—Pescaste al barbudo con la otra en una de las habitaciones, —aventuró con voz tensa.

Gimena abrió grande los ojos y carcajeó sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¿De qué estás hablando? Al único barbudo que encontré en el hotel con otra fuiste vos, —replicó de golpe—. Sos de lo que no hay.

El rostro de Mirko se contorsionó en una mueca de fastidio. Había olvidado por completo lo sucedido con Serena Roger, y no era nada bueno que Gimena lo

recordara.

—Me gustaría dejar algo claro, —dijo mirándola directo a los ojos sin pestañar—. No me acosté con Serena ni hoy ni en ningún momento, —explicó con contundencia—. Sé que todo indica lo contrario, pero no tengo nada con ella. No tengo forma de demostrarlo. Está en vos creerme.

Una vez más, Gimena se lo quedó mirando deseando poder creerle, pero qué difícil era. Él tenía todo para ser considerarlo un tramposo; un mujeriego y un oportunista. Pero, se moría por probarlo, por descubrirlo y dejar que él hiciera lo que quisiera con ella. Llevaba semanas, soñando con él, con sus ojos y con ese andar seductor que la tentaba.

Para poner un poco de paños fríos entre ambos. Gimena eligió ese momento para levantar la mesa. Dejó los platos en la piletta y al volverse se encontró con Mirko parado junto a ella.

—Necesito que me creas. No tengo ningún interés por esa mujer, —deslizó con suavidad. Le acarició la mejilla y el roce tuvo un efecto instantáneo en ambos—. Sólo me interesas vos.

No pudiendo postergarlo más, Mirko se acercó a ella rogando porque esta vez no lo rechazara. Pegó su cuerpo al de Gimena, aprisionándola. El beso fue tan delicado que ella debió doblegar su esfuerzo para contenerse. Lo estaba haciendo adrede, la estaba haciendo desear jugando con sus labios, con su lengua. Un gemido sordo escapó de

su garganta provocando una sonrisa en los labios de él. Se separó un poco de ella, sintiendo el fuego que crepitaba en su interior y el recuerdo de otros besos mucho más ardientes y fogosos llegaron a él. <<Dios>>, pensó. Cada día la recordaba más y eso lo tenía en las nubes.

Entre besos suaves y delicados la alentó a seguirlo hasta el sofá. Ella quería tanto de él como él de ella, pero ninguno quería apurarse. Con la respiración agitada, se separaron un instante y se miraron a los ojos. Ambos sonrieron pícaramente y bastó que sus bocas volvieran a encontrarse para que la pasión se desatara en ambos y quemara cada gota de duda y desconfianza.

Gimena lo buscaba, lo tentaba y lo desafiaba sin guardarse nada, Mirko respondía, retándola, ofreciéndole un poco más de lo que ella pedía. Entre besos fueron desvistiéndose, descubriéndose palmo a palmo sus cuerpos. En un momento ella suspiró y al abrir los ojos se encontró con la mirada brumosa de Mirko.

—Quiero darte todo lo que mereces, —dijo él con voz ronca recostándola sobre el sofá al tiempo que terminaba de desvestirla.

Gimena contuvo el aliento sintiendo el ardor que sensibilizaba su piel ante el contacto de su boca. Con la respiración entrecortada se arqueó ofreciéndose más; rogando por más.

Se moría por entrar en ella, aun cuando todo indicaba que nada bueno podía salir de lo que sucediera esa noche. El pasado en común no era un secreto para él que

recordaba con total claridad lo que había sucedido entre ambos, y que, en aquel entonces, había sido tan bueno como prometía volver a serlo. Esa noción le hacía hervir la sangre, aun sabiendo que era una fantasía soñar con más, que hacerlo era mentirse, engañarse, creyendo en sentimientos que bien podían no existir. Pero él necesitaba, casi desesperadamente, creer que Gimena era real; necesitaba todo de ella.

Gimena tembló de emoción en el momento en que Mirko se sumergió en ella. Se arqueó buscando la mejor posición para que él entrara más hondo y liberó una exclamación que él sofocó adueñándose de su boca.

Mirko la contuvo en sus brazos y una sonrisa de triunfo afloró en su rostro cuando la sintió correrse. Se ocupó de acompañarla para luego, cuando Gimena estaba regresando a él, embestirla repetidas veces hasta que la perdición fue total.

Abrazados permanecieron largo rato en silencio; recuperando fuerzas, normalizando sus respiraciones y permitiendo a sus cuerpos volver a reaccionar ante la cercanía del otro.

—El postre lo quiero en la cama, —dijo Mirko recorriendo la espalda de Gimena con la yema de sus dedos.

Gimena alzó la vista y carcajeó al dar con la pícaro mirada de él, que de un salto se puso de pie y, tomándola en sus brazos la llevó hasta la habitación, donde en cuestión de segundos, todo volvió a comenzar.

—¿Decime cómo te gusta? —balbuceó él una vez que la recostó en la cama sin dejar de recorrer su cuello con los labios—. Quiero conocer tus deseos, voy a descubrir cada rincón de tu cuerpo.

—Me gusta que te involucres, —respondió entre jadeos—. Juntos es mejor, —agregó mirándolo directo a los ojos. Notó levemente que él se replegaba—. No te escapes.

No le dio tiempo a nada, tomó su rostro entre sus manos y lo besó ahora con voracidad invitándolo a tomarla de la misma manera. A él se le estremeció el corazón y no se hizo esperar. La pasión brotaba de la boca de Gimena contagiándolo e invitándolo a sumarse a un viaje; se deslizó dentro de ella, guiado por sus besos, por su calor.

Mirko se acomodó en su interior, todavía lidiando con la alegría que ella había inyectado en él. Por un instante ella le sonrió y fue todo lo que necesitó él para comprender lo perdido que estaba por esa mujer que, sin saberlo, le estaba enseñando el camino a la luz.

—Juntos, —murmuró emocionado antes de retirarse levemente para enterrarse hasta el fondo.

Estallaron al unísono, entre sacudidas sus bocas se fusionaron acallando los gemidos, manteniendo la efervescencia de la pasión que parecía no extinguirse. Mirko finalmente liberó la boca de Gimena y la contempló deleitándose con cada gesto que sobrevolaba su rostro. Ella sabía a gloria y él acababa de descubrirla.

Era entrada la madrugada cuando Mirko despertó. A su lado Gimena dormía con rostro sereno. Sonrió, no pudo evitarlo algo de ella le pertenecía, no sabía bien de dónde llegaba esa noción, pero sabía que era así. Ella lo desdoblaba. A su lado, se olvidaba de lo terrible y oscura que era su vida por momentos; a su lado se olvidaba quien era.

Dejó la cama y se dirigió primero al baño. Luego fue por un poco de agua. En el living habían quedado las lámparas encendidas. Encontró una botella de agua fresca en la heladera. Bebió un poco y reunió la ropa que había quedado desparramada por el lugar; del bolsillo delantero de su pantalón extrajo una pequeña bolsita. La contempló un instante, y la devolvió al bolsillo. Sobre la mesa estaba el celular. Lo tomó y espió los mensajes. Antonella no se había puesto en contacto. En cambio, había un mensaje de Garrido; quería saber dónde se había metido. Había llegado una notificación del celular de Antonella; se había puesto en contacto con Candado y necesitaba que averiguase de qué se trataba. <<¿Dónde mierda estás?>> le preguntaba. Maldiciendo, apagó el celular. No la llamaría. En ese momento lo único que deseaba era volver a la cama y dejarse invadir por el calor de Gimena.

Al regresar a la habitación, se acostó a su lado e intentó despertarla. De solo mirarla le daban ganas de disfrutar junto a ella. Gimena se movió y notando su calor, se acomodó contra el cuerpo de Mirko sin molestarse en abrir los ojos. Suspiró.

—Gime, ¿estás dormida? —susurró a su oído mientras le acariciaba la espalda y parte de sus glúteos.

—Sí, lo estoy, —balbuceó somnolienta acomodándose mejor contra él—. Necesito dormir, Mirko.

—Floja, —repuso con una sonrisa en los labios.

—Engreído.

La sonrisa se amplió en los labios de Mirko, que se acomodó mejor contra ella para abrazarla. La besó en el cuello, justo detrás de la oreja antes de susurrarle que durmiese; él la cuidaría.

Era casi mediodía cuando Mirko volvió a despertar. Tardó un rato en recordar donde se encontraba y cuando lo hizo se volvió hacia el otro lado de la cama para dar con Gimena que lo observaba con curiosidad.

—Buen día, —saludó él, acomodándose para enfrentarla de lado. A la luz de la mañana, le pareció aún más hermosa, —. ¿Hace mucho que despertaste?

—Un rato, —respondió ella casi en un susurro. Alzó la vista hasta que sus ojos se encontraron con los de Mirko —. Estaba admirando tu espalda.

Mirko se tensó y eludiendo su mirada se dejó caer boca arriba. Esta vez fue ella la que estiró su mano para obligarlo a mirarla.

—¿Dónde te hiciste esas cicatrices? —preguntó entre horrorizada y curiosa—. Son tremendas.

Mirko asintió, pero tardó en hablar. Un silencio

prolongado se instaló entre ellos. Él parecía contrariado, como si una batalla de voluntades se estuviese desatando en su interior, buscando resolver si le mentía o confiaba a ella parte de su verdad.

A su lado Gimena lo estudiaba notando que él se debatía entre sincerarse o simplemente decir que no deseaba hablar de ello. Decidió ayudarlo a resolverse. Sensualmente se acomodó mejor, contra él primero y sobre él después. Le dedicó una sonrisa traviesa y con sus ojos buscó su mirada. Eso terminó de resolverlo.

—En la cárcel, —respondió apesadumbrado.

La rotunda respuesta provocó un silencio aún más profundo que el anterior. Mirko prefirió no mirarla, por miedo a detectar su rechazo. Se fue aflojando al notar que Gimena no se apartaba de su lado, de modo que lentamente regresó su mirada a ella comprendiendo que no había más opción que mantenerse entre verdades a medias.

—Estuve casi seis años preso, —agregó rogando porque ella no se apartase—. Me encontraron con gran cantidad de droga. Aunque, me hicieron una cama y muchos de los cargos no eran ciertos, no puedo decir que no estaba metido en cosas sucias.

Gimena no sabía qué decir. Definitivamente esa no era la respuesta que esperaba escuchar; era una realidad que la superaba. Nunca había estado cerca de una persona que había estado presa; por lo menos eso creía. Sin embargo, ahora entendía el porqué de esa actitud por momentos

distante, por momentos alerta. Percibía en él, una soledad profunda que bien podía haberse incrementado en prisión y que probablemente nunca lo abandonase del todo; como también una oscuridad que desdoblaba su persona.

Mirko comenzó a relajarse. Lo reconfortaba que ella lo escuchase con atención, era la primera vez en su vida que alguien lo escuchaba hablar de ese asunto; siempre que mencionó la cárcel, lo habían contemplado con algo de desprecio. Pero Gimena, ahora lo abrazaba sin interrumpirlo para darle espacio y acompañarlo. Le contó entonces cómo a los seis meses de estar en ese infierno unos internos se ensañaron con él. Fueron tiempos difíciles, pero, salvo las cicatrices y algún hueso roto, salió indemne.

—Me cuesta imaginar una situación así, —deslizó sin saber qué otra cosa decir—. ¿Con qué te lastimaron?

—Mangueras calientes, —respondió automáticamente—. Las usaron como látigos.

—Ah, por Dios...

—Por supuesto terminé en enfermería, —explicó tratando de eludir los dolorosos recuerdos de las semanas durmiendo boca abajo—. Pero ellos terminaron en la celda de castigo y se llevaron un buen recuerdo mío, —agregó, tratando de bajarle el dramatismo al relato.

Durante largo rato permanecieron en silencio. Ella esforzándose por desembarazarse de las horribles imágenes que le provocaron lo escuchado; él rogando porque ella no hiciera más preguntas.

—Ya pasó, —dijo Mirko cuando el silencio fue demasiado prolongado para su gusto—. La espalda ya no duele y hago lo posible para no recordar toda aquella época, —aclaró sin necesidad de entrar en detalles—. Terminé cumpliendo mi condena en libertad condicional. Ahora soy un hombre libre que trata de hacer bien las cosas.

Gimena volvió a abrazarlo, apoyando su cabeza sobre su pecho. Se acomodó contra él cuando Mirko la abrazó y así permanecieron un buen rato meditando lo que habían estado hablando.

—Mi turno de preguntar, —dijo Mirko, rompiendo el silencio—. ¿Qué sucedió en ese hotel?

—Insistente, —balbuceó ella, que intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Rodeándola con sus brazos, la obligó a rodar hasta quedar sobre él—. Ya sé que el barbudo no tiene nada que ver...

Gimena carcajeó y, esta vez, incorporándose sobre su pecho para enfrentarlo.

—Dejá a Guille tranquilo que tiene sus propios problemas, —respondió. Hizo una pausa y posó su cabeza sobre el pecho de Mirko que ajustó sus brazos en torno a su cuerpo para darle calor.

—Fui a encontrarme con mi hermano, —confesó reticente—. No nos veíamos desde hacía más de siete años, y no nos hablamos desde hace unos tres.

—¿Por qué dejaron de hablarse?

—Mi padre tuvo un accidente casi veinte años atrás,

diecisiete para ser exacta, —aclaró ahora con voz apesadumbrada—. Su avioneta cayó en el campo; nunca despertó.

—Me habías dicho que murió hace tres, — dijo él, desorientado.

—Así es.

Hizo una pausa y se pasó una mano por el cabello procurando ordenar tanto sus emociones como sus pensamientos. Los ojos amagaron con inundarse de lágrimas, y la garganta se tensó.

—No quiero hablar de todo aquello. Tal vez nunca lo haga. Es demasiado doloroso, —agregó y la voz se le quebró levemente—. ¿Cómo llegamos a hablar de todas estas cosas?

—Yo preguntando, vos respondiendo, —deslizó mirándola a la cara.

Gimena se había erguido y, recostada sobre él, lo observaba de frente. Le acarició el rostro con ternura, admirando su masculina belleza; sonrió cuando él le besó la palma de su mano.

—Sí, bueno, ninguno puso mucha resistencia, —reconoció pensativamente—. Supongo que necesitábamos hablar, —agregó recorriendo cada línea del rostro de Mirko con la mirada. Buscó sus ojos—. ¿Hablaste alguna vez con alguien sobre la cárcel? —Mirko apenas sacudió su cabeza con seriedad—. ¿Te hizo bien contarme que estuviste preso? —preguntó ella con voz suave.

Mirko la miró y le dedicó una sonrisa triste. La estudió

un poco más entre conmovido y movilizado por lo fácil que era hablar con ella.

—Tanto como a vos compartir el dolor que te produjo la muerte de tu padre, —fue su rotunda y profunda respuesta.

—Supongo que somos dos almas que necesitaban ser escuchadas, —dijo Gimena con emoción—. Dos almas perdidas que necesitan descansar.

Mirko frunció el ceño y la contempló tratando de entender qué había querido decir. La profundidad con que Gimena había hablado lo afectó de un modo extraño. En alguna medida, Mirko pensó que eran mucho más que dos almas perdidas cuando estaban en una cama, hablando de temas profundos luego de haberse saciado. Sin embargo, reconocía cada uno de los sentimientos que Gimena transmitía. Eso lo incomodó.

—Muchas veces hablas raro, Gimena, —repuso él tratando de poner cierta distancia de sus emociones. La obligó a rodar para quedar sobre ella—. Pero me encanta escucharte.

La besó con suavidad, casi como si se tratase de un nuevo despertar y se estremeció al sentir las delicadas manos de Gimena acariciándole la espalda.

—¿Sabes qué me gustaría hacer? —dijo ella al recuperar el habla.

—¿Qué?

—Desaparecer durante el fin de semana, —dijo, estirándose para tomar el celular que vibraba en la mesa

de noche. Miró y frunció el ceño al ver un llamado de su hermano—. ¿Ves?, no quiero que nadie me encuentre. Voy a apagarlo.

Apagó el celular y miró a Mirko con una sonrisa.

—¿Pasarías todo un fin de semana conmigo? —preguntó ella sintiéndose osada—. ¿Lo harías?

—Todo un fin de semana sin celular, —repitió evaluando la idea—. Solo nosotros dos. Me gusta.

La sonrisa se amplió en el rostro de Mirko que, sin apartarse de ella, tomó su celular y lo apagó. Volvió a besarla, deleitándose con su carnosidad y dulzura.

—Ahora, qué tal si desayunamos, —propuso suplicante—. Estoy muerto de hambre.

Cuando la noche del viernes, Mirko la siguió a la salida del Hotel para ver qué le sucedía, jamás imaginó que en dos días su apreciación de la vida podía cambiar tanto. Resultó un fin de semana renovador y revelador para ambos. El fantasma de Gimena Rauch, que tanto lo había acosado, se había desvanecido por completo, no obstante, ahora tenía otros motivos para rogar que ella no lo descubriese nunca.

No salieron del departamento en ningún momento. Se amaron, hablaron, miraron películas, cocinaron, todo lo hicieron juntos y resultó maravilloso. Compartir era algo realmente nuevo para él y ella se maravillaba de solo verlo disfrutar de lo simple.

CAPITULO 16

E se lunes terminaron de desayunar y se apuraron a ordenar todo.

—Me tengo que ir, —dijo él renuente, mientras lo hacía la tomó por las muñecas para separarse—. Tengo cosas que hacer y no voy a llegar.

Un último beso que dio lugar a una catarata de nuevos besos. Así llegaron a la puerta.

—Te juro que me quedaría el día entero, pero no puedo, —insistió él.

—También arranco temprano, —accedió ella a regañadientes—. Tengo que reunirme con Javier.

—¿Javier?

—Javier Estrada. El marido de mi amiga Carola, el que se está ocupando de la auditoria, ya te lo había dicho, —explicó ella.

—Es verdad, —reconoció Mirko—. Bueno, nos vemos luego, —dijo antes de besarla una última vez y separarse—. Me fui.

—Igual nos mensajemos, —le aseguró Gimena.

Mirko dejó el edificio sintiéndose en una nube. Mientras caminaba hacia Av. Del Libertador repasaba los acontecimientos del fin de semana, asumiendo que en su vida había disfrutado tanto con una mujer. Gimena empezaba a representar demasiadas cosas para él. Aunque, con ciertas reservas, se había abierto a ella como

nunca lo había hecho, y se sentía verdaderamente bien.

Pero la fantasía había terminado; por lo menos de momento y él tenía que volver a una realidad por demás complicada. Lo cierto era que, esa mañana antes de seguir a Gimena al cuarto de baño, había aprovechado para chequear sus celulares y había divisado un mensaje de Garrido en el que protestaba porque tenía información fresca que necesitaba compartir con él. No respondió, más tarde la llamaría. Antonella, no estaba menos enojada que Garrido y tampoco se guardó nada. Respiró hondo, preguntándose cómo lograría apaciguarla. Un último mensaje lo descolocó: *La noche es joven. Te estoy esperando*, provenía del celular de Serena Roger.

Pensando en ella, y todavía sorprendido porque le haya escrito a ese celular, buscó el aparato con el que solía ponerse en contacto con Serena Roger; había tres audios. Eso sí que era raro. Escuchó el primero: *Algo ha sucedido. Está en peligro toda la operación. Te espero a medianoche en el mismo bar que la última vez*. Frunció el ceño y detectó que ese mensaje había sido enviado el sábado por la noche. <<Maldición>>, exclamó para sí. El segundo audio decía: *¿Dónde estás? Tengo que improvisar. Sobre a tu nombre, donde nos vimos la última vez. No me falles, Croata*. Empezaba a preocuparse.

Mirko miró su reloj. Eran cerca de las ocho de la mañana. Tratando de comprender qué podría estar sucediendo, caminó hacia la entrada del Hotel Emperador Mondini. Tenía un mal palpito. De su mochila extrajo su

gorra y se la calzó. El lobby estaba muy concurrido a esa hora de la mañana; grandes contingentes de turistas se congregaban allí para comenzar el día. Se mezcló entre la gente, tratando de detectar algo que llamase su atención; nada. Deambuló unos minutos procurando parecer un turista más, cuando se sintió seguro, se acercó a la conserjería y preguntó por un sobre a su nombre. Lo abrió en cuanto se lo entregaron y extrajo la llave de la habitación, junto a una nota; <<Esta paga hasta el miércoles. Si llegaste tarde, estamos perdidos>>. Preocupado bajó la vista hacia la llave de la habitación y ocultando su rostro se dirigió hacia allí.

Ingresó a la habitación con cautela y llamó a Serena, aun cuando sabía que difícilmente ella se encontrase allí. Nadie había usado esa habitación, eso era claro y elevó sus niveles de preocupación. Recorrió el ambiente en busca de algo, pero no diviso nada. Se dirigió entonces a la caja de seguridad escondida en uno de los armarios. Serena le había indicado cual era la clave. Allí encontró un nuevo sobre y un celular. Tomó el sobre primero. Lo abrió y dentro encontró un nuevo pendrive y una nota con varios nombres que él no reconocía. El celular no parecía tener nada importante, pero luego de mucho buscar encontró en la galería de imágenes dos videos reveladores.

—Si encontrás este video es porque algo malo ha sucedido. Aunque te cueste creerlo sos la única persona en quien puedo confiar. En ese pendrive hay información

de vital importancia para desbaratar la banda de Candado, Mansi y De la Cruz. Guárdalo bien junto al otro pendrive que te di y trata de ubicar a Cachorro Andragón o a Ratón Blandes; ambos trabajan conmigo. Los datos están en el pendrive. Ellos sabrán qué hacer.

El video se interrumpía abruptamente. Con la respiración agitada, pasó al segundo video donde Serena le decía que se marchara de allí; que ninguno de los lugares donde se habían reunido eran seguros.

—Busca un lugar distinto donde ocultar las pruebas. No confíes en nadie más que en ellos. Querés salir de esta mierda Mirko, pues te estoy ofreciendo la salida. Si haces bien las cosas, serás bien recompensado. —Así terminaba el video.

Agitado se dejó caer en la cama. De su bolsillo extrajo el celular con el que solía conectarse con Serena Roger. Por un momento estuvo tentado en intentar contactarla, pero no era buena idea. El otro celular vibró en su bolsillo. Era Garrido, no atendió. Tenía que salir de allí.

Una vez en la calle, se apuró a abordar el primer taxi que vio. Le indicó al taxista la dirección de su departamento y se dejó caer contra el asiento preocupado. Estaba casi llegando, cuando detectó un movimiento extraño en la zona. Un sexto sentido lo alertó, intuyendo que no era buena idea detenerse allí.

—Disculpe, —le aclaró—, pero he recordado algo. Vamos a México y Chacabuco por favor.

Al pasar frente al edificio donde él vivía, vio un

patrullero y una ambulancia; también gran cantidad de gente que entraba y salía del edificio. Algo malo estaba sucediendo. No tenía dudas de ello. Primero, pensó que Garrido le había montado una trampa. Ansioso y preocupado buscó su mensaje y maldijo al releer que ella le preguntaba si estaba muy ocupado. <<Pedazo de hija de puta>> balbuceó convencido de que su departamento debía verse como una cocina de droga.

Cinco minutos más tarde bajaba del taxi. Saludó al pasar al hombre de seguridad y fue en busca de su motocicleta. Decidió primero volver a pasar por la cuadra de su departamento tratando de detectar algo nuevo. Pero, a simple vista, todo seguía igual: la ambulancia, la patrulla y ahora se había agregado un cordón perimetral que impedía la libre circulación. <<¿Qué demonios está sucediendo?>>, se preguntó entre furioso y asustado y la primera explicación acudió a él; se acercaba su fecha de vencimiento.

Consultó su reloj. Ya eran cerca de las 8.40. Nadie se encontraría en la Editorial a esas horas, de modo que resolvió dirigirse allí para buscar todas sus pertenencias.

Hacía tiempo que había estudiado el precario circuito de cámaras de seguridad y tenía muy claro cuales funcionaban y cuáles no. De modo que, cuidando no ser registrado, llegó al piso correspondiente. La editorial estaba en penumbras, y lo agradeció. Sigilosamente abrió una de las puertas de vidrio con una llave que tiempo atrás Antonella le había confiado. Con extremo cuidado

cruzó la recepción y automáticamente su mirada corrió al despacho más alejado. Estaba vacío, pero no le costó nada imaginarla allí. <<Hablando por teléfono>>, pensó divertido y una sonrisa asomó tímida. Pero no podía distraerse.

Como un gato, avanzó cuidando de no generar el más leve sonido. El silencio era total; perturbador e inquietante. Llegó a su pequeño bunker y, antes de buscar lo que necesitaba, miró a todos lados para cerciorarse que nadie lo observaba. Suavemente extrajo la llave de su bolsillo. Abrió el armario superior y tanteó hasta dar con su computadora portátil: la tomó y se apuró a guardarla en su mochila. Luego buscó la cámara que venía utilizando, quería chequear las últimas imágenes tomadas.

Cuando todo lo que había ido a buscar estuvo en su mochila, regresó al corredor dispuesto a salir de allí inmediatamente. Recordó entonces la libreta que hacía no mucho había detectado. Era un buen momento para adueñarse de ella, convencido de que debía contener mucha información. No pensaba entregársela a Garrido, antes quería saber de qué se trataba.

Durante cinco largos minutos hurgó en el despacho de Antonella. Lo conocía bien, además hacía tiempo que se había ocupado de hacer copias de las llaves de cada uno de los cajones que ella mantenía cerrados. En esta ocasión extrajo fácilmente la libreta. La guardó en su mochila con todo lo demás y, cuidando de haber dejado todo como lo había encontrado, se marchó.

Se alejó de la editorial caminando. Prefería dejar la moto en el estacionamiento y mezclarse entre la gente. Se detuvo en la vidriera de una casa de electrodomésticos, al ver que en los televisores mostraban imágenes de la entrada de su edificio: <<Mujer aparece muerta en Villa Crespo. Aparentemente sobredosis>>, decía el copete. No lo podía creer. La primera noción que llegó a él fue que Serena Roger no se ponía en contacto desde la madrugada del domingo y que ella fuera la mujer hallada muerta en su cama, era mucho más que una posibilidad. No obstante, fuera ella o no, lo inquietaba que alguien haya dejado un cadáver en su departamento. Era un claro mensaje.

Se alejó de allí a paso rápido y con algo de desesperación extrajo el celular. Intentó ponerse en contacto con Garrido; pero no atendió su llamada. Le envió varios mensajes preguntándole ¿qué estaba tramando? y ¿por qué su departamento era una congregación de policías? Ella era una fiscal, tenía contactos, podía averiguar. Necesitaba respuestas; necesitaba verla. Aunque, no confiaba en ella, Claudia Garrido era el único punto de partida que tenía para obtener un poco de información. Media hora más tarde, recibió tres mensajes, con un corazón cada uno, señal que todo estaba ok. Alterado, le envió un audio mostrándole todo su descontento; no le había causado nada de gracia sentir que la Fiscal le soltaba la mano. Un cuarto mensaje, le indicaba donde y cuando debía esperarla.

<<Tranquilízate, -le sugería-, nos vemos en una hora>>.

No sabía que esperar de ese encuentro. Le costaba creer que Garrido se hubiese cargado a Serena. El asesinato no era un proceder propio de ella, aunque sí la imaginaba contratando a un sicario para deshacerse del problema.

Garrido lo había citado en un bar de mala muerte en la estación de trenes de Constitución, no muy lejos del hotel donde Mirko pensaba esconderse hasta que todo se aclarase. Ingresó a la concurrida terminal de trenes, esquivando transeúntes que iban y venían, hasta acercarse al punto de encuentro.

La divisó inmediatamente en la entrada del bar. Vestía ropa urbana; un par de vaqueros, zapatos abotinados de suela de goma, una camisa negra con una cazadora del mismo color. El cabello, a diferencia de otras veces, lucía tirante sujeto por una banda. Sus ojos estaban ocultos tras unos lentes oscuros.

Mirko pasó a su lado y se dirigió directamente a una de las butacas junto al mostrador. El lugar era bastante ruidoso, el movimiento de clientes incesante. Nadie parecía prestar atención a nadie allí. Sin demora Mirko ordenó un especial de jamón y queso y una cerveza. Menos de un minuto había transcurrido cuando la sintió ubicarse a su lado.

—Parece que hiciste enojar a alguien, —deslizó ella con maliciosa ironía.

—No me jodas. ¿Qué mierda está sucediendo? —

preguntó él en un murmullo cargado de furia—. ¿Qué fue lo que hiciste esta vez?

—Aunque te cueste creerlo no tuve nada que ver. Este quilombo lo armaste vos solito, —balbuceó con evidente tensión—. No solo no estaba en mis planes algo así, sino que me gusta tan poco como a vos.

—No te creo una mierda, ¿sabes por qué? porque es mi cuello el que está buscando la poli, —sentenció con dientes apretados—. ¿No era que había cámaras en ese departamento? ¿Qué mierda sucedió?

—Lo de las cámaras no era cierto, —confesó Garrido, a regañadientes—. El departamento está limpio de tecnología.

Garrido hizo una pausa y aguardó que el hombre tras el mostrador colocara frente a Mirko lo que éste había pedido. Aprovechó para ordenar una gaseosa que el empleado extrajo de una heladera y sin demora la colocó frente a ella junto con un vaso.

—Putá madre, Claudia, —chilló por lo bajo—. ¿Pensás que Candado descubrió mi escondite?

—No lo sé, Milo, —respondió tensa—. Lo único que sé es que no me sirve tu foto en la televisión. Estamos a nada de atraparlos y esto altera los planes.

—¿No me digas? —protestó Mirko sarcástico entre dientes—. Tengo a media Policía tras mis pasos y a vos te importa tu maldita operación.

Garrido no acusó recibo del comentario. Bebió un poco de gaseosa y recorrió disimuladamente el lugar con la

mirada. Nada sospechoso, nada de qué preocuparse. Se volvió levemente hacia Mirko que comía su sándwich con la vista clavada en el plato.

—Volvamos a lo nuestro, —demandó—. ¿Qué sabes de la reunión de la que te había hablado?

—Nada, de momento, —reconoció—. Antonella había dicho algo del 13 en su momento, pero nada más.

—Es imperioso que estés en esa reunión, Mirko, —demandó entre sorbos—. Ya te lo había dicho. 13 es pasado mañana, no hay mucho tiempo.

A Mirko toda la situación lo tensaba. Constantemente se sentía inmerso en una trampa y la sensación era tan desagradable como inquietante. Garrido le parecía cada vez más peligrosa, tanto por lo que afirmaba como por lo que callaba y su desconfianza crecía.

Garrido se estiró y tomó su bolso que estaba entre sus piernas. Extrajo la billetera y con ella un sobre blanco, abultado y largo, que ocultó entre el bolso y los pliegues de tela de su cazadora. Hizo un gesto al hombre para pagar.

— Acá tengo parte de lo que te merecés; parte de lo que te has ganado, —murmuró Garrido con firmeza al tiempo que se levantaba. Simuló acomodar su ropa y al girar, dejó caer el sobre entre las piernas de él—. El resto te lo daré cuando atrapemos a Candado. Que te dure, Croata. Cuesta conseguirla hoy día y no habrá más hasta que todo termine. Tratá de cambiar tu apariencia y no vuelvas a la zona del departamento; hay demasiado

movimiento allí. Dentro del sobre hay una tarjeta; es la llave de una habitación de un hotel. Quedate ahí hasta nuevo aviso. Te va a venir bien una buena ducha y ropa decente. Está todo considerado. No te quiero en una pocilga donde las prostitutas te reconocerían con facilidad, y no nos conviene. Movete.

Sin agregar nada más, Garrido giró y salió del bar con paso rápido. Mirko se apuró a guardar el sobre en un bolsillo interno de su campera. Arrojó un par de billetes sobre el mostrador y salió tan raudo como pudo. La sensación de estar caminando hacia una emboscada crecía.

—Está bien Marian, vamos a tu casa, —decía Gimena mientras repasaba su día. Consultó su reloj para comprobar que tenía tiempo, eran las cuatro de la tarde en Madrid y sabía que José María estaría en una exposición —. No te preocupes. Si a ustedes les resulta más cómodo, no tengo problemas. En cuanto vea a Mirko le pregunto por las fotos.

Conversaron un rato más hasta que Mariana debió dejarla para cambiar los pañales de Benjamín. Día por medio Gimena hablaba con alguna de sus amigas, pero era difícil organizar un encuentro entre todas. Eran demasiados chicos, demasiados horarios y responsabilidades. Lo más conveniente era encontrarse todos en casa de los Torino, donde los chicos podían jugar libremente y ellos disfrutaban de las conversaciones en

tranquilidad. Miguel y Mariana adoraban que así fuera; el quincho de su jardín había sido creado a tal efecto.

Durante toda la mañana Gimena se concentró en escribir los artículos que tenía pendientes de enviar a Madrid; por la tarde, luego de un almuerzo frugal, se preparó para la reunión que tenía pautada con Javier Estrada, Diana Colante, la abogada que la asesoraba en temas legales y contractuales, y los futuros jefes de Redacción, Diseño y Corrección. El proyecto de la nueva revista marchaba viento en popa. Todavía no habían acordado fecha de lanzamiento, pero los lineamientos habían sido aceptados y todos empezaron a organizar su parte.

Fue cerca de las dos de la tarde, cuando Antonella se presentó en su despacho. Desde la entrada golpeó el marco llamando su atención.

—Disculpá que te moleste, —dijo la mujer con seriedad. Gimena bebió un poco de su café y la miró—. Necesito pedirte que me acompañes a la Sala de Reuniones.

—¿Sucede algo?

—Sí, se presentó un detective de la Policía, —dijo Antonella con seriedad—. Necesita hacernos unas preguntas.

Sin decir más, Antonella giró y se alejó del despacho de Gimena, que la miró todavía procesando lo que había escuchado. Lentamente se puso de pie y la siguió. <<¿Qué podría estar sucediendo para que un policía se

presentase en la editorial?>>, pensó, mientras recargaba su vaso térmico con café.

Ingresó a la Sala de Reuniones y enfrentó al hombre de mediana edad y aspecto intimidante.

—Encantado señorita Rauch, —dijo con una media sonrisa estrechando la mano de Gimena—. Soy el detective Jorge Castro. Estamos investigando un homicidio que tuvo lugar en el edificio de la calle Aráoz 2533. ¿Conocen esa dirección?

—No, detective, —respondió Antonella con suficiencia—. No tengo la menor idea de a quién puede pertenecer esa dirección.

—Tampoco yo la reconozco, —agregó Gimena—. ¿Por qué deberíamos conocerla?

El hombre asintió comprendiendo que se había adelantado. Se acomodó en su asiento y, luego de volcar un sobre de edulcorante en su café, alzó la vista. Ambas mujeres lo miraban expectantes. Su ojo entrenado detectó la diferencia entre una y otra, pero no profundizó su análisis; no estaba allí para eso.

—En esta dirección se ha encontrado a una mujer muerta este fin de semana, —comenzó diciendo con aire misterioso—. Por cuestiones relativas a la investigación, no puedo dar muchos detalles, pero necesito ubicar al dueño de la vivienda para hacerle algunas preguntas.

Ambas mujeres cruzaron miradas; no alcanzaban comprender la conexión con ellas o con la editorial.

—¿A quién busca, detective?, —se adelantó Gimena,

intrigada e impaciente por las vueltas que daba el hombre al hablar—. Disculpe, pero no estoy pudiendo entender qué está necesitando de nosotras.

El detective asintió y prosiguió:

—El departamento, donde fue hallada la mujer pertenece al señor Mirko Milosevic, —dijo estudiando a ambas mujeres—. Tengo entendido que trabaja aquí, —agregó ahora mirando a Antonella.

—Si, efectivamente trabaja aquí, —respondió Gimena y el color pareció abandonar su rostro.

—Pero, hoy no le he visto, —se apuró a agregar Antonella sin modificar el gesto de su rostro—. En realidad, suele venir más tarde por aquí.

—Crucé mensajes con él hace un rato, —mencionó Gimena ganándose una mirada cargada de desaprobación de parte de Antonella. La ignoró—. Me comentó que no pasaría por aquí hoy. Tenía algo que hacer.

—¿No le dijo de que se trataba?

—No, y la verdad es que no se me ocurrió preguntar, —reconoció Gimena—. ¿Piensan que fue él, Detective?

—No podemos asegurarlo, pero es bastante sospechoso que no podamos dar con él, señorita Rauch, —respondió—. Necesitamos encontrarlo para hacerle algunas preguntas. ¿Cuándo fue la última vez que vieron al señor Milosevic?

—Estuve con él desde el sábado por la tarde noche hasta bien entrada la madrugada, —se apuró a responder Antonella—. También gran parte del domingo, teníamos

que hacer unas fotos y nos juntamos para trabajar en ellas.

Castro asintió, sin agregar comentarios, y tomó nota de lo que acababa de escuchar. Gimena frunció el ceño advirtiendo la mentira de la mujer y ocultó su turbación tras la taza de café. <<¿Qué se proponía Antonella?>>, se preguntó indignada.

—Entiendo, —comentó. Miró a Gimena—. ¿Usted?

—Nos cruzamos el viernes por la noche a la salida de un desfile, —comentó con voz débil. La incomodó sentir los ojos de Antonella sobre su rostro y se alegró de haberla ofuscado de ese modo, pues claramente no le agradó lo que acababa de descubrir—. Cubrimos el evento de Las Noches de la Galerías; Mirko es el fotógrafo de esta editorial.

Castro volvió a asentir mientras registraba las palabras de Gimena.

—¿Sabían que tenía antecedentes?

—¿Antecedentes? —preguntó Antonella sobresaltada.

—Sí, —respondió Gimena con soltura. Se irguió con actitud altiva al sentir una vez más la dura mirada que Antonella le dispensaba. No le hizo caso—. Él mismo me lo comentó. También dijo que ya había cumplido su condena y que era un ciudadano libre.

—Sí, así es, —reconoció Castro con sequedad.

Siguieron distintas preguntas de rigor, en las cuales el detective trató de establecer cuál podría ser el paradero de Mirko; cuál podía ser su relación con la occisa y desde

cuándo trabajaba para la editorial. Al cabo de unos minutos, cerró su libreta y la guardó en su bolsillo.

—Bueno, eso será todo por ahora, —comentó poniéndose de pie.

Le entregó una tarjeta personal a cada una de las mujeres recordándoles que se comunicaran con él por cualquier información que creyeran importante.

—Hay algo que no comprendo, —dijo Antonella antes que el detective dejara la sala. Tanto el policía como Gimena la miraron con atención—. ¿Cómo encontraron el cuerpo?

—Lo encontró una mujer, —respondió Castro—. La puerta del departamento estaba abierta de par en par. Le llamó la atención y entró. De no haber sido por esa mujer, vaya uno a saber cuándo la encontrábamos.

—Tal vez la hubiese encontrado Mirko al regresar a su departamento, —sugirió Gimena, demostrando claramente su postura.

—Puede ser, —accedió Castro con algo de suspicacia.

—Seré curiosa, —insistió Gimena, antes de que el hombre se marchara—. ¿Cómo murió la mujer?

—Entienda señorita, no puedo hablar del caso.

—Claro, disculpe—reconoció Gimena.

El detective Castro se despidió de Gimena estrechando su mano, y siguió a Antonella que ya lo guiaba hacia la salida.

Gimena regresó a su despacho y se sentó tras su escritorio sumamente preocupada. Chequeó su correo por

el solo hecho de parecer estar haciendo algo. A la distancia vio a Antonella regresar a su oficina. Se la quedó mirando preguntándose por qué había mentido sobre el sábado y el domingo; no alcanzaba a imaginar cuál podría ser su propósito; pero de que había un propósito, Gimena no tenía dudas.

No queriendo que Antonella se le adelantara, intentó ponerse en contacto con Mirko para advertirle que la Policía lo buscaba y para saber si él estaba al tanto de lo que había sucedido. Le envió un mensaje preguntándole si pensaba pasar por la Editorial. Aguardó algunos segundos, pero nada sucedió, de modo que dejó el celular junto al teclado de su máquina; tenía que ponerse a trabajar.

No había transcurrido ni diez minutos cuando una notificación la sobresaltó. Miró la pantalla y se aflojó al ver que Mirko había respondido: le enviaba una flor. Un nuevo mensaje ingresó. Era un corazón. *No lo creo, ¿por qué? ¿Sucedio algo?*, respondió él. *Te busca la Policía. ¿Estás al tanto de eso?* La respuesta tardó casi un minuto en aparecer y para entonces, Gimena vio que Antonella dejaba su despacho y se acercaba al de ella. Al escuchar la notificación, bajó la vista. *No sé nada de eso, pero prefiero hablar personalmente* fue su siguiente mensaje. *Ok.*, escribió ella. *Dejá que me organice. Yo te llamo*, propuso él.

—Gimena, tengo que salir, —informó Antonella desde el umbral de la puerta. Gimena la miró sorprendida.

—¿Desde cuándo me pones al corriente de algo así?

—Desde el momento en que la Policía visitó esta editorial, —respondió con aspereza—. Calculo que me reuniré con Mirko, no sé en qué demonios está metido, haré todo lo posible para cubrirlo.

Gimena se recostó contra el respaldo de su sillón y la estudió. Conteniendo las palabras que se agolpaban en su garganta y el rechazo que esa mujer le provocaba.

—Pero ¿dónde está? —preguntó siguiéndole la corriente—. Según entendí, Mirko no pudo haber matado a esa mujer, —comentó Gimena con naturalidad—. Castro dijo que los forenses ubicaron la muerte de la mujer entre las 3 y las 6 de la madrugada del domingo, y, por lo que mencionaste, Mirko estaba con vos en ese momento.

—Si tal cual, —respondió con gesto de preocupación—. Pero es todo muy raro; ¿No te pusiste a pensar quién podrá ser esa mujer? —continuó diciendo Antonella—. ¿Qué hacía en su departamento?

—Lamento decirte que eso es evidente, —deslizó Gimena maliciosa—. Una eventual amante. ¿Qué más?

Antonella se hizo la desentendida, acomodó mejor la cartera que llevaba colgada de un codo y suspiró.

—Supongo que en un rato cuando lo vea me sacaré las dudas, —concluyó estoica—. Nos vemos mañana, Gimena.

<<Pedazo de perra. Las dudas y más de una prenda te gustaría sacarte con él>>, pensó indignada. Bajó la vista

hacia su celular, pero Mirko no había vuelto a escribirle. Ahora sí que estaba furiosa. Aunque ella mejor que nadie sabía con quién había estado Mirko, el hecho de que Antonella se adueñase de él de ese modo, la sacaba de quicio. <<¿Por qué estaba tan segura de que esa noche se verían? ¿Ya lo habían acordado? ¿Sería eso lo que tenía que organizar Mirko?>>.

Estaba tan indignada que en ese momento no alcanzaba a discernir si deseaba protegerlo o estrangularlo. Por un breve instante, estuvo tentada en volver a escribirle para mandarlo bien a la mierda y que se pudra con esta zorra. La cordura afortunadamente llegó a tiempo para frenar sus impulsos, forzándola a recordar que sólo había compartido con ella un fin de semana; tan solo dos días que por mágicos que habían sido no eran más que un puñado de horas. ¿Cómo se le había ocurrido a ella pretender más de un hombre como él? Se puso de pie, resuelta a fumar un cigarrillo; su propio razonamiento la había alterado.

CAPITULO 17

Antes de dirigirse al hotel que Garrido le había sugerido, Mirko decidió detenerse en un pequeño albergue familiar que había conocido en los tiempos en que frecuentaba a Sonia. Para cubrir sus pasos, tomó la habitación por dos días y pagó en efectivo de antemano.

Al subir por la desvencijada escalera hacia la habitación del segundo piso, se cruzó con dos mujeres de dudosa reputación; esquivó sus miradas. Tenía que reconocer que Garrido no se había equivocado, su apariencia despertaba interés; lo comprendió al advertir el modo en que lo miraron. Necesitaba modificar su aspecto cuanto antes. Luego de chequear que no hubiera curiosos, se deslizó dentro de la habitación asignada.

Los mensajes de Gimena lo habían puesto alerta y tenso. No había pensado que llegarían tan rápido a la Editorial. Parecía que estaban poniendo mucho empeño en atraparlo. Volvió a pensar en Serena, cada vez más convencido de que era ella quien había perdido la vida. <<seguramente por su investigación>>, concluyó perturbado, la ansiedad hormigueaba en sus venas.

Una vez dentro, cerró con llave y espío por la ventana. No había ni un alma por la calle. El celular anunció la entrada de un nuevo mensaje. Lo abrió con cierto reparo. *Cuando uno traiciona, no debería sorprenderse de que le paguen con la misma moneda — leyó—. Prendé la tele.*

Mirko así lo hizo. Y cayó sentado sobre la cama al ver que en dos noticieros hablaban del crimen y que oficiales de Narcóticos trabajaban en el departamento. Lo que sólo significaba que conocían sus antecedentes relacionados con la tenencia y el tráfico de drogas. Según los expertos, el crimen debió haberse perpetrado a la madrugada del domingo. También hacía mención a la heroína y la cocaína hallada en el departamento. Una vieja foto suya se difundía junto a la imagen de la entrada del edificio donde vivía. Estaba perdido, lo supo cuando uno de los periodistas informó que, si bien la información se mantenía en reserva, sabían de buena fuente que la DEA y el estado argentino, irían hasta las últimas consecuencias; todos los cañones apuntaban a él.

Tenía que moverse y actuar con rapidez. Se desnudó y sobre la cama desplegó las prendas que había comprado luego del encuentro con Garrido; dos pantalones, varias remeras y una campera; también un gorro. Por último, en una farmacia había conseguido una rasuradora eléctrica.

Se contempló en el espejo del precario baño y, sin demorarlo más, tomó la rasuradora y dedicó un buen rato a raparse la cabeza, también se despojó de la barba. Parecía mucho más flaco de lo que en realidad era; sinceramente otra persona. Las cicatrices de los innumerables golpes recibidos en la cabeza y en el rostro emergieron, confiriéndole una apariencia mucho más oscura y amenazante. También los signos del cansancio se acentuaron en su anguloso rostro que mostraba oscuras

marcas moradas bajo sus ojos.

Todavía desnudo se sentó en la cama y buscó en la mochila. Lo primero que tomó fue la libreta. La hojeó detenidamente y allí encontró toda la información que necesitaba sobre la reunión que tendría lugar esa misma noche. Meditó brevemente esta información, sorprendido de que ni Serena, ni Claudia estuvieran al tanto. La que les habían proporcionado era información falsa; Candado y sus secuaces sabían que estaban siendo vigilados. Para tener cierta ventaja, le avisaría a último momento a la fiscal.

La ansiedad se apoderó de él y con algo de desesperación, buscó el sobre que Garrido le había entregado. Lo primero que cayó en su mano fue una bolsita transparente con varios gramos de mercancía. La contempló unos segundos y no lo dudó. Necesitaba cierto estímulo.

Empujado por el efecto de la droga, se puso de pie y deambuló por la habitación sintiendo el encierro. Abrió la ventana y encendió un cigarrillo. Fue en ese momento cuando un nuevo mensaje ingresó a su celular. Con cierto reparo lo miró. Era de Antonella y le indicaba donde lo esperaba esa noche. *Te espero, le decía. No me falles, te estás negando muy seguido últimamente. Eso no me agrada.*

Contuvo la respiración un instante y consultó su reloj; eran las seis de la tarde. El tiempo corría y consideró que ya era hora de informar a Garrido de las novedades.

Escribió un mensaje lo más cifrado posible, acordando enviar especificaciones cuando las tuviera. El corazón a modo de respuesta no tardó en llegar. Segundos más tarde un nuevo mensaje apareció en su casilla. Era el mismo número desconocido que lo había alertado de que su rostro estaba en todos los canales. Con cierto apremio leyó el mensaje.

Adiviná ¿qué está a punto de suceder?, decía el mensaje que anticipaba un video. Temeroso pulsó para ver de qué se trataba. Lo que vio lo paralizó.

Un mensajero le entregaba un sobre en mano a Gimena Rauch en la editorial. *¿De dónde viene?* -preguntaba ella-. *No lo sé, señora,* decía el hombre, *solo me dijeron que debía entregarlo en mano, y que le dijera que aquí hay información que puede interesarle, es un video muy ilustrativo.* Quedó petrificado, jamás cruzó por su mente que Gimena podía ser usada en su contra. Pensó lo peor y, si lo que intuía era cierto, Gimena estaba a punto de descubrir toda la verdad. Lo odiaría, eso era seguro, ya no lo miraría ni con calidez, ni con deseo. Como si una soga se enroscase en su cuello, Mirko sintió que el fin se acercaba.

De pronto, el aire pareció escasear y la sensación de claustrofobia comenzó a gestarse en su pecho. Por más vueltas que quisiera darle, por más explicaciones que quisiera encontrar, las cartas ya estaban echadas y él tenía una muy mala mano. Estaba todo perdido.

Sin pensarlo dos veces, reunió todas sus pertenencias.

Se calzó el gorro y dejó el cuarto de hotel. Ya no volvería allí.

En la calle, la fría tarde moría y la gente apuraba el paso para llegar a sus hogares. Mirko se mezcló entre ellos. Un gorro y la capucha de su abrigo escondían su rostro y distorsionaba su apariencia. Deambuló sin rumbo fijo hasta que la sonrisa de Gimena relampagueó en su mente. Por largo rato sus pensamientos se mantuvieron anclados en ella, a su luz y generosidad; a su humanidad y al mundo que le había enseñado. La pensó; la imaginó sentada en su escritorio de la editorial. De la nada la certeza de que ella era lo más maravilloso que le había sucedido lo abordó y quiso verla, aunque sea una última vez.

Gimena ingresó a su despacho con el sobre que acababa de recibir en sus manos. Despreocupadamente lo arrojó sobre el escritorio sin darle mucha consideración. La reunión que acababa de mantener había sido muy productiva y los datos que había aportado Javier la habían ayudado a tener una noción mucho más acabada de donde se encontraba parada para arrancar.

Se sentó tras su escritorio y no pudo evitar pensar en Mirko. Hacía ya varias horas que no sabía nada de él. La nueva situación que debía enfrentar parecía ser por demás compleja. Estaba preocupada. Su mirada cayó entonces en el sobre que el insistente cadete le había entregado. Lo miró con curiosidad y recién entonces reparó en que, bajo

su nombre, estaba escrita la palabra urgente en claras letras mayúsculas.

Lo abrió sin mucha más dilación. Dentro encontró un cd, y una nota escrita a máquina. *No tenés ni idea de quién es él. Te sugiero mantenerte apartada. Él no es para vos.* La amenaza la tomó desprevenida y borró de su mente todo rasgo de cansancio. Su mirada se trasladó al CD. Con cierto temor lo tomó y lo colocó en una lectora externa. Lo primero que vio fue una habitación cuadrada, con un gran espejo enfrentando una amplia cama circular. La iluminación era tenue, el clima insinuante.

Casi se le corta la respiración cuando un hombre y una mujer irrumpieron en la escena; se amaban frenéticamente y casi con violencia se fueron desvistiendo. Su mirada, entonces, quedó anclada a la imagen del hombre que, completamente desnudo, penetraba a la mujer de cabellera oscura. Llevaba el cabello mucho más largo, la espalda no lucía las terribles cicatrices, y los ojos parecían algo turbados; pero no tenía dudas de que era él.

Gimena no pudo apartar la vista del rostro de Mirko, reconociendo que el que contemplaba, era el rostro de un hombre atractivo, oscuro; un depredador peligroso que nada parecía condecir con el hombre tierno, sensible y seductor con quien había dormido durante el fin de semana. De pronto la imagen se alejó y Gimena tomó dimensión de la habitación donde Mirko se encontraba. Había algo en toda la escena que le provocaba cierto terror; flashes desdibujados de viejos recuerdos llegaron a

ella, pero sin mucha nitidez. La pavorosa se apoderó de ella, sacudió su cabeza asustada y pulsó la pausa para detener el video. No quería, ni siquiera podía considerar que esa fuera la misma habitación donde tiempo atrás había despertado, desnuda y dolorida, abrumada y desorientada.

Los recuerdos del fin de semana compartido con Mirko llegaron a ella para rescatarla del terror e instalarla en una nube de desconcierto. Los interrogantes entonces volvían a su mente. Suavemente se limpió la solitaria lágrima que silenciosa corría por su mejilla. En la pantalla había quedado congelada la imagen del rostro de Mirko; bello, sombrío y peligroso. Se había enamorado de ese hombre. Desde el primer día que lo vio sintió por él una atracción intensa y la extraña sensación de tener mucho en común.

Volvió su atención a la pantalla. No tenía coraje para mirar todo el video; con los primeros minutos le bastó. Dejó el despacho en busca de un poco de aire fresco.

Afortunadamente nadie quedaba en el piso de la redacción a esa hora de la noche. El despacho de Gimena continuaba iluminado, pero desde donde estaba Mirko no la veía; frunció el ceño preocupado. Intrigado se acercó y oculto tras la puerta, observó el interior. No estaba allí y resuelto, se acercó a mirar el escritorio. Se le estrujó el estómago al ver su imagen congelada en su pantalla. Movié el *mouse* y el video cobró vida. Sólo habían transcurrido casi un minuto; ella no había visto poco, pero suficiente.

Desesperado miró la lectura externa y con desesperación extrajo el cd. Lo guardó en un bolsillo, no quería que Gimena viera nada más.

Una exclamación a su espalda fue lo que lo hizo alzar la vista. Gimena lo miraba aterrada y, aunque tardó unos segundos en reaccionar, logró hacerlo y giró tan rápido como pudo para escapar hacia la recepción.

La alcanzó cuando llegaba a la puerta de salida. Con demasiada brusquedad la tomó por la cintura arrastrándola a una de las paredes. Gimena gritó y él la redujo aplastándola con su cuerpo y tapando su boca impidiéndole gritar. Gimena forcejeaba para zafarse, mientras él rogaba e intentaba explicar lo inexplicable.

—Tranquila, —susurró al oído y aspiró brevemente el delicado perfume que tanto lo afectaba. Se separó un poco para enfrentarla. Su mirada se clavó en los ojos oscuros de Gimena—. Por favor, Gime, soy yo. No voy a hacerte daño.

Terminó de decir esto y, como pudo, logró quitarse la capucha. Ella lo miró sin ver primero. Entre la capucha y el cambio de aspecto, no lo había reconocido.

La abrazó con fuerza y se relajó un poco al sentir los brazos de Gimena en torno a su cuerpo. Al cabo de unos segundos, Mirko se apartó. Le acarició el rostro casi con devoción. No sabía qué esperar luego de descubrir que ella había visto parte del video; temía preguntar, pero Gimena no parecía rechazarlo.

—Mirko —dijo finalmente Gimena con ojos llenos de

interrogantes.

Mirko asintió y la besó buscando tranquilizarla, pero por primera vez la notó tensa y hasta algo distante. Se separó un poco de ella y la estudió brevemente. Si bien, Gimena no le recriminaba nada, toda su actitud hacía pensar que el sobre que había recibido había generado la grieta que buscaba generar. La terminó soltando y retrocedió un paso sin apartar la mirada.

—No vivís donde me dijiste el otro día, —comentó ella de la nada como si el detalle fuera importante—. ¿Por qué me mentiste?

—Te quería proteger, —fue su respuesta. Le acarició el rostro casi con veneración, —. Cuanto menos supieras de mí mejor para vos.

—¿Por qué andas en cosas raras? —disparó de pronto agresiva. Él solo desvió la vista y eligió no responder—. La Policía estuvo haciendo preguntas, —comentó de la nada buscando encausar la conversación—. ¿Quién es la mujer que apareció muerta en tu departamento?

Mirko notó claramente su aspereza, su distancia y cierto reparo al hablarle. Definitivamente algo había cambiado. Guardó silencio y prefirió aferrarse a la sensación de que ella estaba allí enojada y dolida, porque, después de todo, algo sentía por él.

—Gimena, no sé quién es esa mujer, aunque intuyo que debe tratarse de la misma con quien me viste en el hotel.

—La asesinaron.

—Lo sé. Está en todos los noticiosos, —fue la respuesta de Mirko que no despegaba su mirada de los ojos de Gimena—. Pero vos sabés que yo no pude haberla matado.

—Claro que sé que no pudiste haberla matado, —replicó ofuscada. Mirko intentó decir algo más, pero ella no se lo permitió—. Antonella se ocupó de darte una coartada, —comentó Gimena de la nada—. Le dijo al detective que estuvo con vos desde el sábado tarde noche y todo el domingo. El detective tomó nota de ello. También dijo que seguro se reuniría con vos esa noche.

—No se va a reunir conmigo, —se excusó él que empezaba a fastidiarse. Se estudiaron un momento y esta vez Mirko fue quien tomó la delantera—. Dejame aclararte dos cosas, Gimena, —sentenció con firmeza—. Cómo te dije en su momento, nunca me acosté con Serena, era información lo que intercambiábamos en ese hotel. —Hizo una pausa preguntándose si no estaba extralimitándose en su confesión—. Con respecto a Antonella, no tengo idea de qué pretende, pero voy averiguarlo. Y no voy a reunirme con ella. Seguramente lo dijo para hacerte rabiar, algo que evidentemente consiguió por segunda vez.

Se miraron un momento. Poco a poco a Gimena fueron llenándosele los ojos de lágrimas. No sabía dónde estaba parada; le costaba creer en su inocencia, aun cuando sabía que no había matado a esa mujer era tanto lo que él escondía. Las imágenes del video relampagueaban en su

mente torturándola. No soportaba pensarlo con otra mujer; no se atrevía a considerar siquiera esa posibilidad.

—Con respecto a esto, —agregó sacando el cd de su bolsillo—. Quiero que sepas que es pasado, un pasado del que no me enorgullezco, pero contra el que nada puedo hacer. Ya no tengo nada que ver con este hombre.

Una lágrima corrió por la mejilla de Gimena y se sobresaltó cuando con suma delicadeza, Mirko la limpió. Con suavidad le acarició el rostro y fue acercándose hasta rodearla por completo con sus brazos.

—No llores, —dijo casi en un susurro y le besó delicadamente la sien—. Te juro que voy a averiguar qué mierda está sucediendo.

—Entregate, —dijo casi en un ruego—. Vos no la mataste, yo soy tu coartada.

Mirko sacudió su cabeza negativamente. Y sintiéndose vencido apoyó su frente contra la de Gimena. Estaba cansado de esconderse, harto de los secretos, pero no podía acceder a lo que ella pedía, era peligroso.

—No puedo entregarme, —respondió abrumado—. Es mucho más complicado de lo que dicen las noticias, Gime, —dijo con tono abatido—. No voy a volver a ese agujero. No me pidas algo así. Alguien quiere que cargue con ese muerto, pero no lo logrará.

—Mirko es lo que tenés que hacer, — insistió—. No hiciste nada. Tu desaparición está siendo sospechosa. Por favor, si sentís algo por mí, hazlo.

—No me corras por ese lado, Gimena, —replicó él sin

mucho argumento.

—¿Vas a encontrarte con Antonella?

Mirko bufó, no podía creer que Gimena insistiera por ese lado.

—Seguramente la vea, —confesó sin oponer resistencia. Ella intentó desviar la cara, pero Mirko se lo impidió—. No es lo que estás pensando.

—¿Tengo que creerte?, —murmuró ella con voz débil y mirada cargada de lágrimas. Intentó zafarse, pero él la detuvo—. Tenés más historia con ella que conmigo.

—Gimena, —comenzó diciendo con amargura—. Dios sabe que no te merezco. Sos demasiado para mí, —confesó y sin pedir permiso tomó su rostro entre sus manos y la besó largamente. Quería llevar ese recuerdo adonde fuese, incluida su tumba de la que cada vez se sentía más cerca. Se separó unos centímetros para admirarla—. Te amo, aunque te cueste creerlo.

—Si sentís algo por mí, entregate, —insistió mareada por la rotunda afirmación de Mirko y sus propias emociones.

Él seguía sosteniendo el rostro de Gimena entre sus manos, agradecido de que ella no lo apartase. Volvió a besarla. Un beso mucho más largo, profundo e intenso que el anterior. Esta vez ella correspondió el beso uniendo su miedo, a la excitante sensación de peligro. Lo rodeó con sus brazos pegándose a su cuerpo e intensificando el beso.

—No puedo entregarme, mi amor, estoy seguro de que

van a querer eliminarme, —respondió y a ella casi se le detiene el corazón de sólo escucharlo—. Te amo, no lo dudes, pero no puedo hacer lo que me pedís. Tengo que marcharme.

Ella intentó detenerlo, pero Mirko fue mucho más rápido y para cuando Gimena reaccionó él ya se había marchado dejando tras su huida una desconcertante sensación de pérdida y vacío.

Ingresó en el Hotel Intercontinental. En todo momento mantuvo la vista baja y oculta bajo una gorra negra con visera. Nadie notó que se dirigía directo a los ascensores y pulsaba el botón del piso tercero. Rápidamente encontró la habitación indicada. Una vez dentro, revisó la estancia minuciosamente. Era cómoda, espaciosa, propia de un hotel cinco estrellas. Sobre la cama encontró un costoso traje y una bolsa con más ropa; también un sobre blanco y un nuevo celular. Frunció el ceño con curiosidad y se acercó. Dejó su mochila sobre la cama y espió dentro de la bolsa de ropa; había otro pantalón, una camisa, dos remeras y ropa interior. A un costado de la cama, divisó los zapatos. Todo lo que veía era de excelente marca y calidad; alguien había gastado una pequeña fortuna para que se vea bien.

Intrigado tomó el sobre. Dentro encontró una nota, cuatro fotografías y una pequeña llave. Dejó caer todo sobre la cama. Primero leyó la nota con detenimiento. Las fotos eran de los cuatro hombres a quienes debía ubicar en el lugar. Si lograba fotografiarlos tanto mejor, pero si le

resultaba imposible, bastaba con que le enviara un mensaje informando que estaban allí. Tenía que reemplazar su celular por el que allí le dejaba; el móvil era completamente estéril y sólo servía para hacer llamadas y enviar mensajes de texto, no había forma de que fuera interceptado. En cuanto a la llave, cuando todo terminase le informaría la ubicación del casillero al que pertenecía; en su interior hallaría el resto de la paga y algo más para poder desaparecer por completo.

Con esas palabras Garrido cerraba la nota. La releyó varias veces sin poder deshacerse de la desconfianza que esa mujer le generaba. No obstante, de algo estuvo convencido, de momento ella lo necesitaba y mientras así fuera él estaría seguro.

Se duchó y buscó el traje que Garrido había dejado allí para él. Un pantalón de gabardina color negro ceñido que marcaba sus piernas, una camisa blanca ajustadamente sensual. Tenía el cabello rapado y apenas una sombra de barba. Se veía apuesto, sugerente y lo sabía. Sus ojos destacaban en un rostro anguloso. Respiró hondo y buscó una de las bolsitas que le quedaban. Preparó dos líneas y las esnifó con ganas. Se sintió un poco mejor.

Sorpresivamente su celular comenzó a sonar. Frunció el ceño desconcertado, no era conveniente que lo escucharan hablar. El corazón le dio un sobresalto al ver que se trataba de Gimena. No lo atendió, era demasiado saber que la había desilusionado. Los ojos se le humedecieron de culpa y debió tragar varias veces para

suprimir la angustia. El móvil dejó de sonar, pero un minuto más tarde, entró un mensaje de WhatsApp, y un minuto más tarde otro.

Primero consideró borrarlos sin escucharlos; luego pensó que podía oír su voz una última vez, y luego borrarlos. Tenía que deshacerse de ese teléfono.

¿Dónde estás Mirko? Estoy asustada, ya no sé ni qué pensar con todo lo que está sucediendo. Pero de una cosa estoy segura, y es que no quiero que nada te pase. No huyas más, Mirko, no lo hagas, vos no tenés nada que ver. La policía te busca, pero yo sé que estabas conmigo cuando esa mujer murió. Por favor, me aterra pensar que algo malo pueda sucederte. Llamame por favor. Llamame.

Mirko tragó y bajó la vista sintiéndose aún más culpable; era tanto lo que Gimena no sabía de él. Como si llegara desde el más allá, su mente le recordó la última sugerencia de Serena Roger. <<Sólo en ellos confiá Mirko y si tomás la decisión correcta, saldrás libre, te lo aseguro>>, recordó. Respiró hondo sin saber qué hacer. Estaba asustado.

Dudó en escuchar el segundo audio; pero la necesidad de ella fue mucho más fuerte. *Sé que estas preocupado. No es para menos, pero por qué no hablás con un abogado para que te asesore Mirko. Tenés antecedentes, seguir huyendo no te va a ayudar. Por favor, Mirko, por favor. No te alejes de mí. Quiero ayudarte.*

Se le llenaron los ojos de lágrimas una vez más. Era

demasiado buena y valía la pena cada sacrificio que estar a su lado representaba; pero él no podía acceder a lo que ella le pedía. No podía flaquear en ese momento cuando estaba tan cerca. Si quería ser libre tenía que llegar hasta el final y llegar hasta el final era arriesgarlo todo, hasta su propia vida de ser necesario. Sólo así podría llegar a sentirse merecedor de su amor.

—No te preocupes Gime, estaré bien, —dijo grabando el audio—. Muchas cosas pueden suceder esta noche. Pero, pase lo que pase, nunca olvides que te amo.

No esperó respuesta. Apagó el celular y lo dejó caer dentro de la mochila donde ya se encontraba el otro celular con que se comunicaba con Garrido, más el que usaba con Serena y la libreta de Antonella. Se obligó a concentrarse en lo que sucedería esa noche. Se acercó a las fotos que Garrido le había dejado y las estudió brevemente. Algo no le cerraba de todo aquello. Si algo lo había mantenido con vida durante todo ese tiempo, era su instinto y esa noche tenía un mal palpito; decidió no hacerle caso a Garrido. Tomó su mochila y cotejó no dejar ni el más leve indicio de haber pasado por allí. Luego se marchó. Sería una noche larga.

Tras ocultar la mochila en un lugar donde nadie la buscaría, Mirko se dirigió a la dirección que había encontrado en la libreta, su mente ya enfocada en lo que debía hacer. Estaba muy cerca de alcanzar su objetivo y eso era lo único que le importaba y lo estimulaba. Por fin iban a agarrarlo. Quería a Candado preso, pagando por

todos los crímenes y todas las crueldades que había cometido.

Descendió del taxi en avenida Corrientes y San Martín. La fiesta clandestina, se llevaría a cabo en el piso superior de un local ubicado en pleno Microcentro porteño que a esa hora de la noche se presentaba con un tinte fantasmal. Estaba nervioso y necesitaba de esas cuadras para serenarse y recuperar parte de su compostura. Esa noche todo terminaría, para bien o para mal. Luego sería libre.

Antes de ingresar, envió un mensaje a Garrido indicándole la dirección exacta, e informándole que estaba entrando. La Fiscal debía estar atenta a sus mensajes porque esta vez respondió con celeridad, un *Ok. Manteneme al tanto.*

Dos hombres de considerable aspecto custodiaban la entrada. Con paso seguro, Mirko se acercó y les ofreció la contraseña antes que estos la pidieran. Automáticamente se hicieron a un lado y le dieron entrada. Accedió por una larga escalera que lo condujo a un gran salón majestuosamente decorado. Era un solo ambiente, iluminado con luz tenue en los extremos y más intensa en el centro donde se encontraban las cinco mesas de cartas y distintos sillones desparramados en torno a ellas. En el fondo, un pequeño escenario con un caño central donde una chica liviana de ropa se lucía mostrando, entre otras cosas, acrobacias.

A simple vista, Mirko calculó que había unas cien

personas desparramadas entre las mesas de naipes, los sillones y las butacas que enfrentaban el escenario. A ambos laterales se apreciaban cuatro aberturas, parcialmente cerradas por pesados cortinados de pana roja.

Manteniéndose en la zona más oscura, Mirko circuló por el lugar. Detectó a varios modelos que trabajaban en la Agencia de De la Cruz y que él había fotografiado en reiteradas oportunidades. A la distancia ubicó a Candado jugando en una de las mesas. Conversaba con un hombre que tenía a una joven aferrada de la cintura. Mirko ajustó la vista y comprobó que se trataba de uno de los hombres que Garrido le había indicado. Una chica completamente vestida de negro, se le acercó ofreciéndole un trago; tomó un vodka de la bandeja y siguió vagando por el lugar.

A su espalda, escuchó un sonido extraño. Con curiosidad, corrió el cortinado creyendo saber con qué se encontraría. No se había equivocado. Dos jóvenes mujeres se ocupaban de un hombre entrado en años; sobre la mesa había rastros de polvo blanco. Cerró la cortina y siguió caminando. En las distintas aberturas que conducían al interior se encontró con habitáculos similares donde distintos grupos o parejas tenían algo más de intimidad. Vio de todo, pero nada lo horrorizó.

De momento, no había nada que podía interesarle a Garrido pues todo cuanto lo rodeaba tenía más de burdel sofisticado que de tráfico de droga. Pero ponía las manos en el fuego de que allí había mucho más de lo que se

veía.

Buscando no ser visto, se recostó contra una de las pocas paredes y desde allí cubrió la totalidad del piso. Afortunadamente Antonella no lo había visto, pero sí él a ella. Hacía rato que la había descubierto. Llevaba unos tacos altísimos, y un vestido sugerente con un atractivo tajo lateral. Frunció el ceño intrigado al ver que Candado la abordaba por detrás y le susurraba algo al oído. Ella sonrió y, luego de mirarlo sugestivamente, lo siguió tras uno de los cortinados. Decidió echar una mirada.

Hacia allí se dirigía cuando una mujer se cruzó en su camino. Era una de las tantas modelos que había reconocido y que con una sonrisa traviesa se abría paso hacia él.

—Pero miren a quien tenemos aquí, —dijo con un tono de voz que fácilmente dejaba entrever que había consumido. Se acercó a él y seductoramente posó su mano en el hombro de Mirko—. ¡Qué facha! Me gustas más así. Te sienta, te da un toque osado. ¿Estás disponible esta noche?

—No tenía idea de que te gustaban estas fiestas, Loli, —comentó él sin moverse.

—Tengo que venir si quiero que mi carrera crezca, —respondió. Recostándose brevemente sobre Mirko señaló a dos hombres que conversaban con De la Cruz—. Son jueces, bastante conocidos. Alejandro dice que, si deajo contento a uno de ellos, mi cachet va a aumentar considerablemente. ¿Qué te parece?

<<Patético>>, pensó Mirko, pero sabía que así se manejaban las cosas. Sin agregar comentarios se disculpó con la modelo alejándose de ella antes que la vampiresa clavara sus colmillos en él. En el otro extremo del salón divisó a Antonella que acomodándose el vestido reaparecía. Se unió a un grupo de personas que bebían. De tanto en tanto se llevaba una mano a la nariz y él supo qué había estado haciendo.

Detectó a uno de los hombres que Garrido le había indicado reconocer. Frunció el ceño y lo estudió con detenimiento. Conversaba con dos chicas semi desnudas.

—El juez Leónidas, —deslizó Antonella al ver como Mirko lo observaba. Le ofreció un trago—. A ese hay que tenerlo contento, maneja varias causas sensibles, —agregó. Hizo una pausa y desabrochó varios botones de la camisa de Mirko para alcanzar su piel con la punta de sus dedos—. Igual que a vos.

—Te estaba buscando, —aclaró él dedicándole una sonrisa.

—Mentiroso, —repuso ella desafiante, Alzó su copa y lo instó a brindar con ella. Luego ambos bebieron—. Pero, me alegra que hayas llegado, estás más que lindo hoy así que te lo perdono. Seguime.

Lo condujo a un cuarto cerrado ubicado a un costado del escenario. Antonella cerró la puerta tras él y caminó hacia una mesa de donde tomó una pequeña cajita. Se acercó a Mirko y enroscó uno de sus brazos en su cuello.

—Después de esta noche, no te van a quedar ganas de

traicionarme con otra, —dijo Antonella ahora con mirada desquiciada.

—¿Traicionar? —dijo él separándose—. ¿De qué hablas?

—De la rubia, —deslizo filosa, mientras abría la cajita y sumergía uno de sus dedos dentro. Alzó la vista y desparramó la droga por sus labios—. Pero, no me habías dicho que estuviste con Gimena el viernes. Últimamente no me contás nada de lo que hacés con ella.

La sola mención de Gimena lo tensó y enturbió su pensamiento. Antonella seguía ofreciéndole heroína y Mirko comenzaba a asustarse de no poder controlar la situación.

—Antonella....

—Te busca la policía, —siguió diciendo ella con malicia—. Parece que alguien apareció muerto en tu departamento.

—No maté a nadie, —repuso incómodo con la conversación.

—Lo sé. Pero yo sí, —confesó fríamente. Lo miró directo a los ojos y por primera vez Mirko comprendió lo peligrosa que podía ser—. Vos sos mi coartada y yo la tuya. ¿No es magnífico? ¿A quién te parece que le creerá la poli si yo digo que me forzaste a cubrirte para que no delataras nuestro romance con mi esposo?

—¿La mataste? —exclamó Mirko sin dar crédito a lo que escuchaba. Esa era una opción que no había considerado.

—Hacía demasiadas preguntas y no me gustó cómo te abordó en el hotel, —comentó restándole importancia—. Algo me decía que no era quien decía ser y que ustedes tenían mucho en común.

<<Es más peligrosa de lo que pensé >> consideró Mirko comprendiendo que su situación era por demás delicada. Tenía que encontrar la manera de enviar ese mensaje y desaparecer.

Alguien golpeó a la puerta y Antonella se excusó un momento. Mirko empezaba a sentirse algo mareado. Bajó la vista al vodka y recordó que Candado solía alterarlo con heroína para desparramar la droga y generar futuros clientes. El mal pálpito volvió a gestarse en su vientre. Aunque era más que consciente que estaba en la boca del lobo, fue la voz de Serena la que lo terminó de sacudir. *Eres el cabo suelto en toda esta historia. Todo indica que vas a terminar con tantos cargos colgados del cuello que nadie te salvará. Cuidate. Desconfiá de todo el mundo.* Su instinto le decía que se marchara o no saldría vivo de allí.

Preocupado y urgido por cumplir su cometido, extrajo el celular de su bolsillo y envió el mensaje al número que le habían indicado. *Están todos aquí. Esto es un descontrol. Droga, mujeres, juego. Imposible tomar imágenes. Hay un sótano junto al escenario. Algo no está bien.* La puerta se abrió en ese momento y al alzar la vista, su mirada se cruzó con la de Candado que le sonreía maliciosamente.

Candado ingresó a la pequeña habitación escoltado por

dos hombres de aspecto amenazante que miraban a Mirko con furia.

—Vaya, vaya cuando Antonella me dijo a quien tenía en esta habitación, me costó creerlo, —dijo Candado sin dar crédito a lo que veía—. Te había perdido el rastro, Croata. Lo último que supe fue que una fiscal se había acercado a Batán para hablar con vos.

—Hace mucho tiempo de eso, —respondió Mirko irguiéndose entre los dos matones que se habían acercado a él—. ¿Cómo andas, Candado? Parece que van bien los negocios, tenés empleados nuevos.

—¿Qué haces acá?

—Me invitaron, —respondió manteniéndose lo más erguido posible a pesar de la droga que le habían suministrado—. Pero ya hice lo que tenía que hacer, ahora me marchaba.

—¿A quién llamaste? —preguntó amenazadoramente. Dio un paso hacia Mirko hasta quedar a la altura de su rostro—. Te conviene pensar bien la respuesta.

—A nadie... —sostuvo Mirko desafiante.

Uno de los matones extrajo de uno de los bolsillos de la chaqueta de Mirko, el celular y se lo entregó a Candado que leyó el mensaje con gesto serio.

—No te conviene jugar conmigo, Croata, creí que eso ya lo habías entendido, —deslizó mientras investigaba el celular. Un puñetazo le cruzó el rostro haciéndolo tambalear—. Llévenlo abajo.

En el estado en el que se encontraba, Mirko no fue

capaz de llegar a oponer resistencia. Los dos matones se ubicaron a cada lado de Mirko y lo arrastraron hacia una habitación de la planta baja.

—Malnacido, tendría que haberme ocupado de vos años atrás, —murmuró Candado. Alzó la vista y miró a ambos matones—. Ocúpense de él. Que no le quede ni un hueso sano. Sáquenlo por esa puerta y arrójenlo en algún basural donde las ratas se sirvan de él.

No tuvo idea de dónde vino el primer golpe, pero no alcanzó a recuperarse de uno que ya le asestaba otro. Y sin saber qué más hacer, Mirko se encomendó al Dios del que muchos hablaban y él descreía. La lluvia de puñetazos y patadas caían sobre él con saña. Abruptamente, los golpes cesaron y en la nebulosa de dolor en la que estaba inmerso, creyó escuchar tiros, golpes, gritos.

—¿Qué fue eso? —preguntó uno de los matones dejándolo caer.

Ambos corrieron a ocupar sus lugares originales, olvidándose por completo de Mirko. En pocos minutos reinó el caos.

Como pudo, Mirko se arrastró hacia uno de los cortinados, desde donde logró espiar. Un grupo de hombres completamente vestidos de negro regaba el gran salón con tiros. El miedo lo ayudó a ponerse de pie y con cierta dificultad llegó hasta una puerta lateral que mágicamente estaba abierta. Tenía que salir de allí.

CAPITULO 18

La noticia de que un enfrentamiento entre cabecillas narcos había tenido lugar esa madrugada en el Microcentro porteño era la vedette de los noticieros matutinos. Nadie tenía información precisa, salvo que un comando fuertemente armado había irrumpido en plena noche en un local clandestino para fusilar a varios de los que allí se encontraban. El periodista hablaba de nueve muertos, y aunque sus nombres no se habían dado a conocer, si había trascendido que habían perdido la vida dos jueces nacionales, el director de una Agencia de Modelos, tres jóvenes modelos y un par de guardaespaldas.

Varios cabecillas habían alcanzado a huir, pero las autoridades esperaban atraparlos a la brevedad. Off de récord, los investigadores asociaban este hecho con el caso de la mujer que había aparecido muerta días atrás en un departamento de Villa Crespo. Se empezaba a mencionar la ruta de la heroína.

Gimena observaba las noticias con el corazón en un puño. Aunque no tenía forma de asegurarlo, nada le quitaba de la cabeza que Mirko estaba involucrado. En la Editorial comenzaban a correr los rumores de que el director de la agencia que había muerto era nada más y nada menos que Alejandro De la Cruz. Pero de momento, sólo eran rumores.

Ya a media mañana comenzaron a circular algunas imágenes de los presuntos prófugos. En cuanto la imagen de Antonella Mansi se difundió como una de las personas buscadas, la editorial se revolucionó. La tensión se palpaba por los pasillos de la redacción y el miedo a perder el empleo comenzó a contagiarse entre los empleados. Fue Gimena quien haciéndose cargo de la situación se ocupó de tranquilizarlos. Ella no estaba al tanto de los tiempos de la revista de moda, pero entendía que por un día de asueto nada se retrasaría. De modo que autorizó a aquellas personas que deseaban marcharse que lo hicieran, nadie tomaría represalias ni se le descontaría el día. Quien deseaba quedarse a trabajar, bienvenido sea.

—Pero, por favor, no piensen locuras, todavía no sabemos qué está sucediendo realmente, —anunció tratando de tranquilizarlos—. Vamos a esperar.

El detective Castro no tardó en volver a presentarse en la editorial. Gimena lo recibió en la Sala de Reuniones. En esta ocasión el hombre hizo muchas preguntas sobre Antonella Mansi y su esposo; la relación que existía entre la Editorial y la agencia de modelos. No siempre Gimena tuvo respuestas para darle.

—Entiéndame detective, llegué hace unos meses de Madrid, y lo mío es el área cultural. Puedo informarle sobre mucho de lo que sucede en la editorial, pero realmente no tengo idea de lo que concierne a la revista de moda, —confesó—. No sé qué más puedo decirle.

—¿Supo algo de Milosevic?

—No, nada —respondió con tanta naturalidad que hasta ella se sorprendió—. Pero sinceramente me cuesta creer que esté involucrado en algo así.

—¿Por qué sostiene eso? La señora Mansi también hizo un comentario como ese.

La mención de Antonella asociada a Mirko no le causó nada de gracia a Gimena, que trató de disimular sus opiniones al respecto. En cambio, pasó a comentarle al detective, que Mirko formaba parte del staff de la revista de cultura y que era un fotógrafo eficiente, sensible y dedicado. En ningún momento notó en él un comportamiento agresivo y violento, en realidad todo lo contrario.

—Mirko siempre se mostró tranquilo, cordial, — terminó diciendo—. Por eso me cuesta creer que pueda estar metido en algo así.

—Hasta donde sé, el señor Milosevic, es un adicto, señorita Rauch y con los adictos uno nunca está del todo seguro de cómo puede reaccionar en momentos de abstinencia, —dijo el detective guardando su libreta—. Por otra parte, su desaparición es bastante sospechosa y si bien el hombre tiene una coartada, no puedo evitar pensar que se la está dando una mujer que ahora está prófuga de la justicia. Ya veremos. Le vuelvo a encomendar que cualquier cosa que sepa o que considere importante para la investigación me lo haga saber. Estamos seguros de que, entre lo sucedido en ese club nocturno y el cadáver encontrado en el departamento de Milosevic, hay cierta

conexión.

Gimena prefirió no sumar comentarios. Empezaba a preocuparse por Mirko, que evidentemente había logrado salir antes que la balacera comenzase o que la policía llegase. Pero ¿dónde estaba? era una inquietud que le impedía pensar en otra cosa.

—No se preocupe, detective, cualquier cosa me pondré en contacto con usted, —le aseguró Gimena—. Desde ya usted no dude en llamarme cualquier novedad. Estamos todos a disposición de la investigación.

—Muchas gracias, señorita Rauch.

Permaneció el resto de la tarde encerrada en su despacho. Las noticias no eran para nada alentadoras y empezaba a no saber qué hacer. Las ideas más descabelladas cruzaban por su mente. La angustiaba no tener noticias.

La tarde empezaba a morir y Gimena seguía sentada tras su computadora. El resto de la gente ya se había marchado, un poco impresionado por los hechos, otro tanto preocupados por su trabajo. Gimena suspiró, no podía culparlos. Ella, en cambio, había demorado la partida aguardando que Mirko diera señales de vida. Su preocupación estaba alcanzando niveles impensados.

Mientras pensaba en todo eso, fue guardando sus pertenencias. Apagó su pc y empezaba a ordenar su escritorio dispuesta a marcharse. Su celular vibró sobresaltándola. Era de un número desconocido. *Necesito verte*, decía el mensaje. *Por favor, necesito verte*. Se le

aceleró el corazón intuyendo que era él quien se estaba poniendo en contacto. *¿Dónde estás?*, escribió. Aguardó un instante rogando por una respuesta. *Necesito verte*. El mensaje se repitió varias veces y eso no hizo más que alarmarla.

Apurada dejó el edificio y cruzó la calle sorteando los vehículos del escaso tráfico que a esa hora de la noche transitaba por la ciudad. El mensaje había entrado dos veces más. Cada vez estaba más convencida de que Mirko estaba herido.

—Hola, Paco, —saludó a la distancia al hombre que cuidaba el establecimiento

Sin levantar la vista de la pequeña televisión que lo entretenía, el hombre le retribuyó el saludo. Gimena apuró el paso hacia el Fiat que a esa hora estaba solitario en un rincón de la planta. De su bolso extrajo la llave y el celular. Ingresó sin necesidad de desconectar la alarma; siempre lo dejaba abierto, por si Paco necesitaba moverlo.

Una vez dentro del automóvil arrojó su bolso al asiento del acompañante y le envió un nuevo mensaje. *¿Dónde estás?* Casi se le detiene el corazón cuando escuchó un sonido a sus espaldas; era la notificación de la entrada de un mensaje; la conocía bien porque ella tenía la misma. Lentamente se volvió hacia el asiento trasero y allí lo vio, contorsionado para no ser visto en tan diminuto espacio.

—Oh, por Dios —exclamó ella sobresaltada al dar con

sus bellos ojos celestes perdidos en un rostro sucio de sangre, deformado por la hinchazón y los magullones—. ¿Qué te pasó?

—Te sugiero que arranques antes que Paco se acerque a averiguar si está todo bien, —dijo Mirko con voz débil. Hablaba lento, arrastrando las palabras. Era evidente que le demandaba un gran esfuerzo—. Necesito que me ayudes. No tengo dónde ir.

Gimena asintió y sin decir nada tomó su abrigo y cubrió mejor a Mirko. Sus miradas se encontraron brevemente y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplarlo tan golpeado. Contuvo la respiración y se acomodó tras el volante. Puso en marcha el auto y suavemente dejó el estacionamiento.

En el primer semáforo consultó su reloj. Eran apenas pasadas las siete de la tarde. La ciudad se mostraba oscura y una llovizna molesta y espesa bajaba del cielo como un manto.

—¿Cómo te sentís? —preguntó. Necesitaba escuchar su voz. Mirko tardó en responder y Gimena se aterró que estuviera inconsciente—. Hablame Mirko.

—Me duele todo, —respondió con voz débil—. No sé si tengo algún hueso roto. Tengo sed. Tengo un mal sabor en la boca.

—Tranquilo, déjame pensar, —dijo ella entre asustada y nerviosa.

Viajaron en silencio durante los primeros minutos. Gimena subió a la Autopista 25 de mayo y tomó rumbo

oeste. Tenía que pensar dónde podía llevarlo. No era conveniente llevarlo a su departamento; le costaría bajarlo del auto y llamaría demasiado la atención. De entre los lugares posibles uno comenzó a asomar. Le demandó un gran esfuerzo aceptar que la mejor opción era la única que le costaba considerar; pero así era. Hacía más de diez años que no lo visitaba y los recuerdos eran demasiado dolorosos.

—No quise involucrarte en todo esto Gime, —balbuceó Mirko con tono apesadumbrado—. Pero no sabía a quién recurrir.

—Hiciste bien, —le aseguró con ternura—. Voy a parar en una estación de servicio para comprar agua y algo para que comas.

Gimena tomó la dársena que conducía a la estación de servicio y detuvo el auto en el espacio más apartado que encontró. Antes de descender, giró hacia atrás y buscó los ojos de Mirko. Se miraron en silencio y ella estiró su mano para acariciar primero el rostro magullado y luego su mano.

—Gimena, —balbuceó—. No quería involucrarte.

—A mí me encantó que lo hicieras, —le aseguró—. Quiero que te quedes tranquilo y trates de no dormirte. Te voy a llevar al campo de mi familia. Ahí te vas a poder reponer sin temor a que te encuentren. Ya vuelvo.

Ayudarlo a beber fue complicado. Pero lo reconfortó sentir algo fresco en su boca. Cuanto se sintió mejor, retomaron el viaje. Mirko respiraba pausado y de tanto en

tanto se quejaba. Gimena entonces reunió coraje y utilizando el sistema de manos libres, se comunicó con los cuidadores del campo. Cada llamada acompasaba los latidos de su corazón y un nudo se le formó en la garganta cuando Eva atendió.

—Buenas noches, Eva —saludó Gimena con una sonrisa nerviosa bailando en sus labios—. ¿A qué no sabés quién habla Tootona?

—¿Gimena? Pero santo cielo, niña, tantos años, —exclamó la mujer emocionada—. ¿Cuándo vendrás a visitarnos?

—Casualmente estoy yendo para allí Tootona, —anunció Gimena con emoción—. ¿Será mucha molestia que me tengas preparada mi habitación?

—Por supuesto, niña, —se apuró a decir la mujer—. Que alegría me has dado. Te esperaré con la cena lista.

—Algo de sopa sería genial, Tootona. Calculá que en hora y media llegaremos.

Durante la siguiente hora, Gimena condujo en silencio. Para ella era todo un desafío regresar al campo donde la tragedia familiar había tenido lugar. Los recuerdos parecían agolparse en su mente a medida que se acercaba a la calle de tierra que debía tomar para alcanzar la tranquera. De niña adoraba recorrer esos kilómetros con Tini, la yegua mansa que su padre le había regalado para su último cumpleaños. Su padre solía esperarla en la entrada de la gran casa para ayudarla a bajar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y la ansiedad por

llegar la alentó a acelerar. La queja de Mirko le recordó que no estaba montando a Tini y que su padre no estaría esperándola para recibirla con los brazos abiertos.

—Perdón, —se disculpó aminorando la velocidad—. ¿Estás bien? Ya casi estamos llegando.

—Se soporta, gracias —respondió Mirko con un dejo sarcástico e intentó acomodarse mejor.

Era una noche oscura, cerrada, gruesos nubarrones ocultaban la luna. Gimena se guiaba por las luces que a lo lejos titilaban. Estaba segura de que Eva le había indicado a Rosendo que las encendiera para que ella pudiera llegar. Sonrió al ver la tranquera que empezaba a abrirse. Sus ojos se corrieron hacia el haz de luz que apenas iluminaba el sendero. Bajó la ventanilla y sacudió su mano para saludar a Rosendo.

—¡Qué alegría, querida Gimena! —la saludó el hombre con voz gruesa y áspera—. Vamos adelante que la Totona está ansiosa por verte.

Gimena se olvidó de Mirko durante los pocos minutos que duró el trayecto desde la tranquera a la casona familiar. Los recuerdos volvieron a ella, junto con las risas, los cantos y las explicaciones de su padre. Pensó en su hermano, que adoraba salir con Rosendo a recorrer los campos a caballo. Todos bellos recuerdos de infancia. La única que no disfrutaba del campo era su madre. Ella prefería quedarse en la ciudad. Nunca los acompañaba.

Sonrió al ver la gran casa iluminada y a Eva parada bajo el dintel de la puerta principal. Detuvo el vehículo y

la mujer rolliza y baja se abalanzó sobre ella para recibirla con un fuerte abrazo. Gimena salió del auto y se perdió en un abrazo sentido con esa mujer que la había visto crecer.

—Pero qué linda que estás Gime, tantos años, — exclamó la mujer con ojos anegados. La abrazó dispuesta a conducirla al interior de la casa—. Vamos que la cena espera.

—Esperá, Totona, que no vengo sola, —dijo Gimena deteniéndola. La enfrentó con seriedad—. Me acompaña un amigo que ha tenido una pequeña pelea. Está muy golpeado y necesito que se recupere.

—Por Dios, pero ¿dónde está ese hombre? —dijo la mujer mirando al pequeño automóvil.

Gimena se acercó al auto y luego de correr el asiento del acompañante, introdujo el cuerpo para poder ayudarlo. Quejándose con cada movimiento, Mirko se irguió y se dejó ayudar. Costó mucho más salir del auto de lo que le había demandado entrar. Gimena lo abrazó por la cintura y tomando uno de sus brazos lo guió para que la abrazara.

—*Madonna Santa*, —dijo la mujer al ver el estado en que Mirko había quedado—. Llémoslo a la habitación de Manuel.

—No, Totona, a la mía. Vamos a quedarnos ahí.

—Pero...,

—Pero nada, Totona, —dijo Gimena con firmeza. Alzó la vista y sus ojos se toparon con los de él que la observaba con admiración y respeto. Le sonrió y lo alentó

a recostarse levemente sobre ella—. Vamos entrando que hace frío y necesitás recostarte.

Tardó cerca de cinco minutos en llegar a la habitación que Eva había calefaccionado. Mientras la mujer fue en busca de agua caliente para limpiarle el rostro, Gimena lo ayudó a recostarse.

—¿Duele? —preguntó ayudándolo a quitarse la chaqueta.

—Ya no tanto.

Gimena frunció el ceño al ver el estado de su rostro. Tenía un ojo completamente cerrado y empezaba a morarse. El labio superior estaba hinchado y el inferior partido. La camisa blanca mostraba manchas de sangre y suciedad. Gimena se ocupó de quitársela.

—Me gusta cuando me desvestís, —dijo él, tratando de quitarle dramatismo a la situación. Aunque más allá de eso, estaba encantado con la delicadeza que ella mostraba al desprender los botones.

—No te hagas el vivo que esto no tiene nada de divertido y vos estás en capilla, —lo amonestó severa—. ¿Puedo preguntar si fue De la Cruz quien te dejó en este estado?

—Muy graciosa —repuso de pronto ofuscado—. No, no fue De la Cruz.

—A mí no me causa nada de gracia, —agregó ella—. Era una buena posibilidad.

Mirko elevó lentamente su mano hasta el mentón de Gimena y la obligó a mirarlo.

—Eso estuvo de más, —sentenció con rostro rígido por la hinchazón y mirada molesta—. Ahora, si me decís dónde está el baño, te lo voy a agradecer.

Cómodamente instalado en la gran cama, Mirko por fin se relajaba. Había disfrutado de una cena como no recordaba haber comido en su vida y el cansancio acumulado empezaba a pasarle factura. Con disimulo se miró las manos y detectó el leve temblor que bien podía ser producido por la falta de droga. Hasta donde tenía recuerdo, la mochila había quedado en el auto de Gimena y dentro de ella las pocas bolsitas que le quedaban.

Gimena se hallaba en el baño. El sonido de la ducha era una música estimulante que se mezclaba con el canto de los grillos y el débil croar de los sapos. No tenía idea de cuán grande sería el campo de la familia de Gimena, pero a juzgar por lo poco que había visto, la antigua casona debía ser de un tamaño considerable.

Un aroma silvestre perfumaba el ambiente. La tenue luz de una lámpara iluminaba la estancia, generando un clima reparador. Se hallaba acostado en una cama cómoda, mullida y su cabeza descansaba sobre tres almohadas blandas y confortables. Cerró los ojos y procuró relajarse. Se sentía de maravilla allí. Estaba en el paraíso y seguía vivo.

Mirko abrió los ojos en el momento en que la ducha se cerró y paciente aguardó los largos diez minutos que tardó Gimena en salir. Una sonrisa de emoción asomó en sus labios cuando la puerta se abrió, y un perfume floral lo

alcanzó.

—¿Cómo te sentís? —quiso saber ella al llegar a su lado.

—Ahora mucho mejor, —respondió—. Gracias.

Gimena lo contempló con ternura y por un momento sus miradas se encontraron. Era demasiado lo que flotaba entre ambos; tanto para decir, tanto para confesar y compartir.

En silencio, Gimena bordeó la cama y se recostó a su lado. Suspiró y lo tomó de la mano. Se la acarició con la mirada clavada en el techo. El dedo pulgar de Mirko devolvió la caricia sobre la mano de ella que sonrió.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—No voy a contarte, —fue la tajante respuesta de Mirko—. Como te dije antes, no quiero que sepas nada.

Ella se tensó comprendiendo que el lío en el que estaba metido era grande. Pero, así y todo, le costaba imaginarlo en un acto de violencia. Lo miró de reojo. Él parecía tener los ojos cerrados, aunque con lo hinchado que lucía su rostro bien podían estar abiertos.

—El noticiero habla de nueve muertos, —prosiguió Gimena con la intención de hacerlo hablar—. Parece que uno de los muertos es De la Cruz. No se sabe nada de Antonella.

Mirko no respondió. Se mantuvo rígido e inmutable, asimilando las noticias. Sin embargo, siguió acariciando la mano de Gimena con delicadeza.

—Hablame Mirko. Quiero ayudarte.

—No voy a hablar de eso con vos, Gimena.

—¿Y con quién querés hablarlo?, —protestó ella cansada de su tozudez—. ¿Querés que llamemos al detective Castro? Él va a estar encantado de charlar con vos al respecto.

Mirko la miró ahora con dureza. Tenía que alejarla de ese tema. Respiró hondo y levemente giró su rostro hacia ella que lo contemplaba expectante. La amaba demasiado para compartir algo como lo que había vivido la noche anterior. No quería que estuviera involucrada ni con el pensamiento. Ya bastante con que lo estaba escondiendo para que se recuperase. No, no le diría absolutamente nada. No quería que volviera a mirarlo con miedo o rechazo.

—¿Aquí tuvo lugar el accidente de tu padre? —preguntó directamente sabiendo que el cambio de tema era brusco y que la descolocaría.

Gimena lo soltó automáticamente y se sentó en la cama poniendo distancia.

—Sos jodido, ¿eh? Siempre que quiero que compartas algo conmigo, me atacas, —disparó ofuscada—. Sos tremendamente injusto y vengativo.

—No te estoy atacando, sólo quiero saber si es cierto lo que te pregunté, —dijo Mirko con el mismo tono de voz—, porque si es así, es un gran sacrificio el que estás haciendo por salvarme.

—No te salvé de nada, —respondió con desgano—. Sólo estoy ofreciéndote un lugar donde reponerte.

—Da igual, para mí es lo mismo, —respondió él tratando de sonreír—. Te estás arriesgando por mí. Nunca nadie hizo algo así, —le aclaró. Ella lo miró movilizada—. Me hace tanto bien tenerte cerca, —agregó y estirando su mano la atrajo contra él. La abrazó y ella se dejó envolver por su brazo—. Te amo tanto Gimena.

El silencio los cubrió y ninguno se molestó en romperlo. Sus respiraciones se entrelazaban, se volvían una y así permanecieron largo rato.

—¿Cuánto viste del cd que te hicieron llegar? —quiso saber él.

—Poco...suficiente, —respondió ella con sinceridad sorprendida de que él supiera. Pero no preguntó—. Estabas con una mujer en una habitación donde sólo había una cama, una silla y un gran espejo.

—Entiendo, —repuso él interrumpiéndola. No podía creer que ella no recordase nada. Recordaba con claridad esa habitación; la recordaba a ella en esa habitación. Respiró todo lo profundo que el cuerpo le permitía y ajustó el brazo en torno al cuerpo de Gimena. Decidió darle parte de la verdad—. Si no lo hacía me mataban Gime. Debía mucho dinero y era eso o que me rompieran hasta el último hueso. Lo siento. Lamento que hayas visto algo así. Eso es parte de un pasado que quiero olvidar.

Los envolvió un silencio mucho más denso. Cada uno lidiando con sus propios pensamientos. Gimena estuvo tentada a compartir con él lo sucedido en aquella disco de Mar del Plata, pero le resultó descabellado y hasta fuera

de lugar. Además, no quería pensar en ello; mucho menos asociarlo. Pero algo necesitaba decir para desbaratar ese silencio inquietante.

—Papá se estrelló con la avioneta a unos mil metros de la casa, —explicó de la nada; tenía que cambiar de tema—. Yo estaba con Tona viéndolo descender. Me encantaba ver cómo la avioneta tocaba la tierra y se balanceaba hasta detenerse. Siempre lo esperaba cuando él regresaba de la ciudad. Lo aguardaba con su mate favorito. Él bajaba se acercaba a mí con una sonrisa sabiendo que yo le ofrecería su mate amargo. Era un ritual entre nosotros.

El silencio se intensificó y Mirko lo respetó sabiendo que para ella no era nada sencillo hablar del asunto. Se las ingenió para subirle la remera que llevaba puesta hasta alcanzar su piel; le gustaba muchísimo su suavidad.

—Ese fin de semana había viajado a Chile por negocios y en lugar de venir el jueves cómo siempre hacía, llegó el sábado por la tarde, —aclaró, aunque no fuera un detalle importante—. Hacía frío y el viento se había intensificado; había pronóstico de tormenta. No estoy segura de qué fue lo que sucedió, pero un pozo de aire dio vuelta la avioneta, papá perdió el control y se estrelló. Fueron diecisiete años de tenerlo dormido en una cama. Nunca despertó.

Mirko se acomodó mejor y lo mortifico sentir las lágrimas de Gimena correr por su hombro. Le acarició la espalda y le hubiese encantado poder besarla para

transmitirle su contención, pero no podía moverse.

—Mi madre y mi hermano resolvieron desconectarlo tres años atrás, —confesó con voz cargada de angustia—. Por eso discutí con Manuel la noche que nos cruzamos en el Hotel. No puedo perdonarlos.

A Mirko le resultó imposible encontrar algo para decir. Gimena parecía perdida en su dolor y en algún punto él tuvo la sensación de que ella estaba cerrando un duelo. Por sobre el dolor que su cuerpo le provocaba, giró hasta enfrentarla y la abrazó con sus dos brazos.

—Pero tenés que dejarlo ir, Gime, —susurró a su oído. Ella asintió, rodeándolo con sus brazos—. Recordalo bien. Volando en su avioneta. Acordate que él está en Piazzola.

Otra vez el silencio; otra vez las respiraciones que se volvían una y sus almas parecían encontrarse en la oscuridad. Una dulce sensación de reparo los envolvió, apaciguándolos. Gimena lo ayudó a acomodarse nuevamente contra las almohadas. Mirko reconoció el esfuerzo que había representado para Gimena haber compartido con él ese trágico episodio de su vida. Y, aunque no pensaba hablar de lo que ella quería escuchar, se sintió en la obligación de compartir algo de su pasado.

Respiró hondo y volvió a envolverla con uno de sus brazos. Cuando empezó a hablar lo hizo sobre su Croacia natal y lo poco que sabía de sus orígenes. Le habló de lo que su madre adoptiva le había contado y los baches que por momentos tenía esa historia; pero era lo único que

tenía. Le habló de la soledad, del hambre y de las noches que pasó en la calle. No le habló ni de los reformatorios ni de las veces que la policía lo había arrestado por disturbios en la vía pública. No quiso mencionar nada sobre la soledad que había sentido, ni el miedo, mucho menos quiso hablar de la muerte con la sentía haber convivido desde el primer día de vida. En cambio, le habló de las noches en la playa de Mar del Plata y de cómo su mundo terminó de derrumbarse cuando Soraya murió.

Dejó de hablar cuando sintió las lágrimas de Gimena correr una vez más por su piel. La acarició y por primera vez, sintió lo miserable que había sido su vida. Nunca antes alguien había llorado de ese modo por él. Nunca antes, alguien se había arriesgado como ella se estaba arriesgando por él.

—No llores, Gime, —dijo él al cabo de unos segundos—. Todo eso pasó hace mucho tiempo.

—Es muy triste, Mirko, —logró articular—. Vos podés ser mucho mejor que eso. No creas que no advierto todo lo que estas callando. Vos podés ser más; yo creo en tu capacidad. Creo en vos.

Ahí estaba de nuevo creyendo en él. Otra vez, la palabra de aliento, la palabra que trasmitía esperanza. Ella creía en él, más que él mismo, aún sobre las sospechas que se cuidaba en callar.

No volvieron a hablar y así se durmieron. Ella con su cabeza recostada sobre su hombro; él sosteniéndola con

uno de sus brazos. Por fin sintiendo algo de paz.

CAPITULO 19

Empezaba a amanecer cuando Gimena despertó. Cuidando de no despertarlo, dejó la cama y se dirigió al baño. Se lavó la cara, los dientes y contempló su rostro en el espejo. Estaba cansada, pero, aunque hubiese deseado seguir durmiendo, entendía que había mucho por hacer. Alguien tenía que volver a la ciudad para averiguar qué estaba sucediendo.

En silencio regresó a la habitación y se vistió sin apartar la mirada de Mirko que dormía profundamente. Que Mirko se negara a hablar con ella sobre lo sucedido no le daba buena espina. La angustiaba la sensación de que en cualquier momento podía volver a perderlo. Se concentró en su rostro ansiando poder ver nuevamente sus pícaros ojos celestes. Si terminarían juntos o no, era algo que Gimena no podía asegurar aun cuando amaba a ese hombre bello e imperfecto de un modo tan absoluto; pero de una cosa estaba segura y era de que lo defendería, aún hasta de él mismo. Antes de marcharse se acercó a la cama y rozó suavemente los labios.

—Dormí tranquilo, —dijo antes de dejar la habitación.

Arribó al departamento cerca de las nueve de la mañana. Sin perder tiempo se duchó, se cambió y luego de reunir algunas pertenencias se marchó. Estaba justa de tiempos.

Descendió en el piso de la Editorial apenas pasada las diez y media de la mañana. No pensaba permanecer mucho tiempo allí, quería regresar cuanto antes al campo. Desde el auto había llamado a Eva quien le aseguró que Mirko seguía durmiendo.

Cruzó la recepción preguntándose cuántos empleados habrían asistido y el escaso ritmo de la redacción la alarmó considerablemente. Estaba alcanzando su despacho cuando notó cierto movimiento en la oficina de Antonella.

Romina, al verla, se apuró a acercarse y sin siquiera saludar a Gimena, mencionó que el detective Castro se había presentado a primera hora con una orden para revisar el despacho.

—Tranquila, —le dijo posando suavemente una de sus manos sobre el hombro de la muchacha. La notó demasiado angustiada, temerosa—. Quiero que te calmes. No había otra cosa que pudieras hacer. No te mortifiques Romi.

—Es que toda esta situación me tiene mal, Gime, —confesó al borde del llanto.

—Lo sé. Estamos todos igual, —le aseguró—. Quiero que, si el detective necesita algo, me avises y yo me hago cargo.

—Está bien. Gracias.

Gimena la observó volver a su escritorio, consciente de que tenía que tomar cartas en el asunto. Sobrevoló los boxes con la mirada y divisó muy pocas cabezas

trabajando. Suspiró, evitando mirar el despacho de Antonella. Ingresó a su oficina procurando no abrumarse más de lo que ya estaba.

Resolvió ir paso a paso y como primera medida leyó los matutinos. En uno se hablaba de la fiesta clandestina que se había llevado a cabo en un local de la calle San Martín a pocas cuadras de la Casa de Gobierno. Aunque no había pistas fuertes todo parecía indicar que se había tratado de un ajuste de cuentas entre dos bandas. Lo más destacado de la “masacre”, tal como habían comenzado a llamar el episodio, tenía que ver con la muerte de dos jueces federales, los doctores Leónidas y Carranza, ambos duramente criticados por sendas sentencias en casos de narcotráfico. También se destacaba la muerte de De la Cruz, a quien hacía tiempo la división “Narcóticos” junto a oficiales de la DEA en Buenos Aires, venían observando. Nada se sabía aún ni de la esposa de De la Cruz ni de un tal Gómez Urduz, alias Candado, a quienes muchos señalaban como el cabecilla.

Cambió de matutino, y la siguiente pantalla que se abrió ante ella la dejó congelada. Allí estaba el rostro de Mirko mencionado como una de las personas asociadas a la masacre de la calle San Martín. Gimena no lo podía creer.

Un golpe en el marco de la puerta la sobresaltó. Elevó la vista y se forzó a sonreír al ver al detective Castro parado en el umbral.

—Pase, detective, —dijo Gimena poniéndose de pie

—. Puedo ofrecerle un café. Estaba a punto de servirme uno.

—Lo voy a aceptar, señorita Rauch, —repuso con cansancio.

Se acercó y se ubicó en uno de los asientos. A Gimena no le pasó desapercibido el modo en que el hombre repasaba su escritorio con la mirada.

—Comencé muy temprano, —comentó manifestando agotamiento.

—¿Encontró algo de utilidad? —quiso saber Gimena con inocente curiosidad.

—Puede ser, —respondió evasivo—. Pero a diferencia de su casa, la oficina estaba limpia. Nos estamos llevando su computadora para que la analice un especialista informático.

—La verdad detective que para mí todo esto es muy abrumador, —confesó Gimena colocando el café frente a Castro—. No estoy acostumbrada.

—La entiendo. Este es un caso bastante complejo, —comentó—. Cómo recién le decía, la casa de los De la Cruz, estaba plagada de cámaras y micrófonos que no sabemos para quién emitían. Por otra parte, hemos encontrado pruebas contundentes de que la señora Mansi y el señor Milosevic hace casi un año que mantienen una relación. ¿El marido puso esas cámaras y micrófonos para pescar a los amantes? ¿Los amenazó y lo mataron?

—¡Qué horror detective!, —exclamó Gimena sinceramente afectada—. Pero a usted le parece que

montarían una masacre si ese fuera el caso. ¿Y los jueces? ¿Las modelos?

—Es verdad, como ya le dije es un caso complejo, —reconoció Castro, quien luego de terminar su café se puso de pie—. Pero bueno, yo calculo que en cuestión de días daremos con ellos. Para mí, están juntos.

—Espero que todo esto termine pronto, —acotó Gimena sólo por decir algo—. El personal está muy afectado. No se les puede reprochar, están preocupados por sus trabajos.

—Más que entendible, —dijo el hombre y estiró su mano para saludarla—. Señorita Rauch siempre es un placer verla. Muchas gracias por el café. Estamos en contacto.

Gimena regresó a su asiento y a la distancia observó cómo Castro y sus colaboradores se marchaban. Se esforzó por mantener la compostura, pero temblaba por dentro. Ahora más que nunca tenía que convencer a Mirko de no moverse del campo. Sólo allí estaría seguro. Consultó su reloj, era cerca de mediodía. En poco tiempo quería marcharse.

El celular sonó estrepitosamente y casi se le detiene el corazón. <<Tranquilízate, Gimena>>, se ordenó. Atendió prácticamente sin mirar y se sorprendió aún más al escuchar la voz de su hermano. Por un breve instante, temió que Rosendo o Tootona le hayan avisado que ella había visitado el campo; cruzó los dedos.

—¿Cómo estás, Manuel? —lo saludó con parquedad.

—Yo bien, pero estaba preocupado por vos, —dijo él con cordialidad dejando de lado la animosidad de su hermana—. ¿Cómo estás? Vi las noticias y me preocupé. ¿Qué está sucediendo en esa editorial Gimena?

—No te preocupes, estoy bien, —respondió relajándose un poco—. La verdad es que no estoy muy segura de qué está sucediendo. Es una situación extraña. La policía está más tiempo aquí dentro que en la comisaría.

—Porque no te alejás unos días de ese lugar, —sugirió Manuel—. Entiendo tu deseo de ser independiente, pero me parece un tanto peligroso estar ahí.

—Imposible, tengo mucho trabajo encaminado que no puedo dejar, —explicó—. Además, aquí nada sucederá. Sólo debemos soportar la fea sensación de saber que uno trabajaba con gente indeseable.

—Está bien. Escuchame, estoy viajando a China en una hora, —informó—. Me gustaría que nos veamos a mi regreso.

—Está bien, Manu, —dijo esta vez—. Te lo prometo.

—¿Seguro que estás bien, Gime? ¿Puedo irme tranquilo?

—Estoy bien, Manuel, nada va a sucederme.

—Está bien, —accedió—. Voy a estar dos días en Paris. ¿Le digo algo a Etienne?

—Que seguimos sin hablarnos, —fue la rápida respuesta—. Buen viaje, Manu.

Por unos minutos permaneció pensando en su

hermano. Aunque no podía perdonar lo que habían hecho, lo extrañaba. La noche anterior al haber mencionado el caso a Mirko y al haber revivido todo aquello, había añorado la cordialidad y el cariño con la que siempre se habían tratado. Empezaba a flaquear, sabía que no podría sostener por mucho tiempo más la distancia con Manuel.

En pocos minutos apagó la computadora. Acomodó su escritorio y se marchó. De pasada le indicó a Romina que la vería el lunes. Tenía trabajo de campo que realizar y aprovecharía para hacerlo esos días. Cualquier cosa que necesitara le indicó que la llamara y si Antonella aparecía quería que se lo hiciera saber de inmediato.

—Buen fin de semana, Romi. Nos vemos el lunes.

Llevaba cerca de cuarenta minutos observándolo. Todo lo que había descubierto esa mañana daba vueltas en su mente. Le dolía el alma de pensarlo con Antonella y el hecho de que todos hablasen de la relación que los unía, le revolvía las entrañas. No obstante, quería protegerlo, porque ella sabía que todo lo que se decía era mentira y así como una parte lo era, también podía serlo todo lo demás.

Lo que la tenía verdaderamente confundida era el modo en que las pruebas en contra de Mirko parecían ir apareciendo casi por arte de magia. En dos ocasiones Castro había mencionado que una fuente había deslizado esto, que otra les había hecho llegar tal dato y todos los cañones parecían apuntar a él.

—Buenos días, dormilón, —lo saludó Gimena al verlo parpadear.

Mirko intentó erguirse, pero una puntada aguda le atravesó las costillas. Le dolía el cuerpo y tardó unos minutos en lograr moverse. Giró en la cama hacia la voz que acababa de saludarlo y sonrió al verla sentada en un cómodo sillón no muy lejos de donde él estaba. A la distancia la observó. Se sentía tan bien despertar y verla.

—Buen día, —repuso él, todavía algo dormido—. ¿Hace mucho que estás ahí?

—Un ratito, —respondió. Se puso de pie acercándose—. Me gusta verte dormir.

Mirko sonrió ante el comentario y lentamente fue sentándose.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—Las dos y media de la tarde, —anunció ella con una sonrisa cómplice—. Parece que necesitabas dormir. ¿Cuánto hacía que no dormías una noche entera?

—Mucho, —fue la respuesta de Mirko que no podía creer la cantidad de horas que había dormido sin interrupción.

Intentó ponerse de lado para levantarse, pero Gimena se apuró a impedirselo.

—Vas a quedarte en esa cama hoy, —le ordenó con firmeza. Él frunció el ceño la miró desdeñoso—. No me mires así, Mirko. Tenés que reponerte.

—Tengo que ir al baño, Gimena, —sentenció incómodo.

—Si, por supuesto, —repuso ella ayudándolo a ponerse de pie—. Le diré a Tona que te prepare algo para comer. Ya te lo traigo así lo comes en la cama.

Mirko revoleó los ojos.

—No estoy tan convaleciente, —comentó él mientras caminaba hacia el baño con cierta dificultad—. No puedo quedarme en la cama todo el día. Necesito moverme.

Gimena intentó interrumpirlo, pero él no le estaba haciendo caso. Lo siguió hasta el baño para decirle que tenía ropa limpia para ponerse, pero él le cerró la puerta en la cara.

—Te espero fuera, —anunció resignada.

—Me parece lo mejor, —respondió él en el momento en que abría la ducha—. Seguro que te voy a encontrar.

Permaneció un buen rato bajo la ducha pensando en lo que había vivido y lo que le quedaba por enfrentar. No sabía qué podía estar sucediendo en la ciudad, pero una cosa era segura, su cabeza tenía precio. Estar en ese campo apartado era de gran ventaja, no lo era tanto estar tan cerca de Gimena que lo hacía dudar de todo, enfrentándolo con su propia consciencia. Pero, no era momento para remordimientos; necesitaba estar enfocado, su vida estaba en peligro.

Dejó a Gimena de lado por unos minutos y se concentró en Antonella. Todavía le costaba creer que esa mujer, a quien había creído manejar, había asesinado a Serena porque la creyó su amante. <<¿Entonces no sabía nada de su investigación?>>, se preguntó Mirko algo

desconcertado. No lo creía. Gimena había mencionado que el nombre de De la Cruz sonaba entre los muertos; pero nada se sabía de Candado. <<El muy hijo de puta debió haberse escapado>>, pensó Mirko indignado. <<¿Estarían juntos él y Antonella?>> era muy posible. Esos dos tenían mucho en común.

Cerró la ducha pensando en Garrido y en los matones que habían ingresado en el local. No tenía dudas de que ella estaba detrás de eso; lo que no lograba era conectar su rol en la operación. Aunque no tenía muy en claro lo sucedido, entendía que los hombres que habían irrumpido en la fiesta tenían objetivos que eliminar. <<¿Sería él también un objetivo?>>, se preguntó de pronto preocupado; estaba prácticamente convencido que así era. *“Sos el cabo suelto en toda esta operación. No quiero que me arruines tantos años de trabajo”*, le había dicho serena tan solo unas semanas atrás.

Mientras se secaba, pensó en la gran cantidad de información y pruebas que tenía. También tenía los dos nombres que Serena Roger le había dejado para que contactase, pero le costaba confiar. Se miró al espejo y se sorprendió de su aspecto. El cabello comenzaba a asomar y el rostro desfigurado por los golpes asustaba. No podía deambular por la calle con ese aspecto; llamaría demasiado la atención, la gente recordaría sus hematomas.

Dejó el cuarto de baño y se apuró a cambiarse. Recién entonces reparó en las comodidades de la habitación en la

que estaba. La cama era de dos plazas con un bello cabezal de hierro forjado. Frente a esta había un cómodo sillón de dos cuerpos que enfrentaba un hogar con revestimientos de quebracho. Tenía vestidor y baño privado. La decoración era campestre, femenina, acogedora.

Terminó de vestirse y una vez más se contempló en el espejo, a pesar de los golpes de su rostro, se sintió presentable.

Fuera de la habitación, se encontró con un corredor exquisitamente decorado con muebles antiguos y cuadros rurales. Una alfombra marcaba el camino central y siguió por allí hasta llegar a un living de considerables dimensiones. La amplia sala contaba con dos juegos de sillones, uno frente a un hogar con marco de roble donde ardía un fuego copioso, y el otro enfrentado con dos butacones. Los separaba una amplia mesa cuadrada sobre el cual se lucían un tablero de ajedrez, uno de backgammon y finas cajas de naipes.

Mirko avanzó sorprendido por lo fastuoso que se veía todo. En esa casa había mucho dinero; se notaba en el mobiliario; en el buen estado de la vivienda cuando nadie lo habitaba. A la distancia escuchó la voz de Gimena y apuró el paso hacia ella. Cruzó una arcada con vigas de quebracho y la vio sentada a una gran mesa. Conversaba con la mujer que los había recibido la noche anterior. Aguardó unos segundos antes de presentarse; no quería interrumpirla. Le gustaba tanto mirarla; era tan expresiva,

tan alegre y entusiasta.

Esa chica le daba vueltas la cabeza. Era como mágico lo que sentía por ella. Cuando Gimena lo miraba con esos ojos negros tan llenos de vida y de luz, él sentía que todos sus problemas tenían solución o simplemente desaparecían por un rato; en ella había esperanza. Gimena lo transportaba a un mundo, donde ella era la fuente que generaba vida, como un gran sol que iluminaba su camino. La amaba, aun cuando no sabía bien qué era ese sentimiento abrumador que se apoderaba de su cuerpo al pensar en ella y era mucho más que satisfacción inmediata lo que deseaba. Con Gimena había descubierto que le gustaba conversar, escucharla y que lo escuchara; ella prestaba atención. Le gustaba compartir el silencio, envueltos en un abrazo cargado de significado. Con ella soñar tenía sentido.

Fue Eva quien advirtió su presencia y al verlo sonrió.

—Se lo ve mejor a la luz del día, —le dijo con una sonrisa bailando en los ojos—. Hasta me atrevo a arriesgar que es un hombre apuesto.

—Gracias, —dijo Mirko divertido por el comentario.

—Luego voy a darle algo para el rostro, —agregó Eva—. Es un remedio casero que lo va a ayudar a que baje la hinchazón.

—Muchas gracias, —respondió él avanzando hacia la mesa—. Eso me vendría bien.

—¿Tenés hambre? —preguntó Gimena emocionada de verlo acercarse.

—Mucha, —respondió él contemplando todo el lugar.

—Ya mismo les sirvo, —acotó Eva guiñándole un ojo a Gimena.

Mirko esperó que la mujer se retirara para mirar a Gimena que se estiraba a tomar un trozo de pan.

—Así que sos de familia adinerada, —deslizó él al sentarse.

Gimena simplemente se encogió de hombros. Detestaba ese tema y temió que se sintiera intimidado. Intentó desviar la atención de Mirko hacia otro tema y agradeció al ver a Eva salir de la cocina con una gran bandeja en sus manos. Gimena le indicó que dejara todo sobre la mesa, ella se encargaría.

Mientras servía, Gimena le comentó que se había levantado temprano esa mañana y que se había trasladado a la ciudad para buscar ropa. Había aprovechado para pasar por la editorial para informarse de lo que podría estar sucediendo.

Mirko agradeció el plato que ella colocaba frente a él y escuchaba con atención lo que Gimena contaba. Puso cara de hartazgo, cuando ella volvió sobre el tema de la desaparición de Antonella y la muerte de De la Cruz.

—Yo no hice nada, —protestó molesto.

—Lo sé, la policía sabe que fueron unos matones a sueldo, pero tu desaparición es tan sospechosa como la de Antonella, —sentenció Gimena sabiendo que sus palabras tendrían el efecto deseado. Mirko la miró contrariado por la insinuación, pero Gimena no se amedrentó—. Mirko,

una mujer apareció muerta en tu departamento, y desde entonces nadie sabe dónde estás. Por lo pronto, eso fue lo que me dijo el detective Castro; también está al tanto de que entre vos y Antonella existía una relación. Después de todo ella es tu coartada, —agregó sarcástica—. Castro está convencido de que se esconden juntos.

Mirko desvió la vista con incomodidad. No quería hablar del asunto con ella. No quería discutir estrategias con ella. Él se sentía un hombre prácticamente sentenciado y lo que escuchaba confirmaba sus sospechas. Comió un poco de su almuerzo meditando qué decir.

—No quiero que te involucres más, Gimena, lo digo en serio, —ordenó con más firmeza de la que había usado con ella antes—. Ya hiciste suficiente. Voy a pedirte asilo por esta noche y mañana regresaré a Buenos Aires.

Gimena lo miró con cierta aprensión. Terminó de servir su plato y se sentó. Antes de comenzar llenó ambas copas con vino tinto.

—No le encuentro el sentido a esa decisión, —dijo con más calma de la que en realidad sentía. Bebió un poco de vino—. Es suicida.

—No puedo ocultarme aquí toda la vida, Gimena, —replicó él, bajando la voz, pero sin abandonar la aspereza—. Yo te agradezco todo lo que estás haciendo, —continuó —, pero te pido que no te involucres más.

—Si me preguntás a mí, —insistió ella como si él no hubiese hablado—. Yo te diría que...

—El caso es que no te pregunté, —remarcó Mirko,

con determinación interrumpiéndola exasperado.

—Mirko, no estás en condiciones de vagar por ahí. ¿Dónde vas a dormir? ¿Dónde te vas a ocultar? No tenés donde ir. Te busca la policía, están encontrando pruebas que te comprometen. En cuanto te huelan, van a caerte encima. Tu rostro está por todos lados.

Mirko no dijo nada. Comió en silencio y bebió un poco de vino consciente de que ella tenía razón y que le estaba dando el margen para arribar a la única conclusión posible.

—Quedate un par de días, hasta que todo se tranquilice, —insistió Gimena—. Puedo ir y venir de la ciudad y así enterarme qué está sucediendo para mantenerte al tanto. No me resulta tan terrible. Estoy en apenas hora y media de viaje.

Él la miró sin dar crédito. Ella insistía y, aunque la propuesta era tentadora, Mirko sabía que no podía aceptar.

—No, no me parece—comenzó diciendo él con voz neutra.

—A ver, no digo que te encierres en el campo de por vida, —insistió sosteniendo su postura—. Sólo de momento, hasta ponerte en condiciones. No es tan complicado. Acá nadie te va a buscar, vas a poder descansar y recuperarte. De paso las cosas se van tranquilizando en Buenos Aires.

Mirko dejó de comer y recorrió el lugar con la mirada sin ver. Empezaba a impacientarlo su insistencia. Tomó la

copa de cristal tallado y la miró con detenimiento. Volvió a dejarla sobre la mesa sin siquiera beber. Respiró hondo y se puso de pie. Sumido en sus pensamientos se alejó hasta la ventana.

—Esto no está bien, —dijo con la vista perdida a través de los ventanales—. Este campo es impresionante, —agregó y giró para enfrentarla—. Vos no perteneces a mi mundo.

—¿De qué demonios estás hablando?, —protestó ella dejando la mesa para acercarse a él—. Mirko vivimos en el mismo planeta, hasta donde tengo entendido. No me vengas con pelotudeces.

—Gimena, no son pelotudeces. No te das cuenta, —siguió diciendo él resuelto. Cada vez más convencido de su línea de pensamiento—. Algo me dice que tu hermano no es el “lava copas” del bar del hotel Emperador.

Gimena no pudo contener la risa de sólo imaginar a Manuel entre cosas sucias. Pero en el fondo el comentario de Mirko la había incordiado. Estaba por responder, cuando vio a Eva asomarse para levantar la mesa. Contuvo el temperamento y la miró.

—Totona, nos llevarías café a la galería por favor.

No esperó ningún tipo de respuesta, simplemente siguió hacia el exterior sin mirar a Mirko, que sí la observaba asombrado por su actitud altiva y el fuerte temperamento que mostró tener. Decidió seguirla.

Ya en la galería, Gimena encendió un cigarrillo y se sentó en un juego de sillones ubicado a un costado. Fumó

tensa, claramente contrariada.

Mirko la siguió en silencio. De reojo la miró palpando claramente su disgusto. Sin pedir permiso estiró su mano y tomó un cigarrillo. Lo encendió y se sentó a su lado.

—Gime...

—No puedo creer que resultaras ser tan patéticamente clasista, —disparó Gimena indignada—. Mi hermano no es ninguna lava copas, ni un chef, ni un conserje. Ni siquiera es un maldito director. Mi hermano es el dueño del Hotel Emperador Mondini y de varios otros. ¿Es eso acaso importante?

—Ya lo creo que es importante, —exclamó él sin entender la pregunta y superado por lo que escuchaba. Siguió fumando en silencio—. ¿Te desheredaron?

Gimena carcajeó sardónica y apagó su cigarrillo con brusquedad. Lo miró no dando crédito al tema.

—No, Mirko. A mí nadie me desheredó, —respondió hastiada del tema—. ¿Por qué siento que es un problema que tenga cierto respaldo?

—Es más que cierto respaldo, —respondió él entre dientes—. Gimena, no me gustaría que pienses.

—Yo no pienso nada Mirko, sos vos el que piensa, —protestó ella comprendiendo a dónde se dirigía—. Y te pido por favor, no me rompas con ese tipo de comentarios. Somos lo que somos y mientras te recuperas podemos disfrutar de estos días de paz.

—La realidad es que lo que nos trae aquí no es un fin de semana romántico precisamente, —dijo Mirko tratando

de hacerla entrar en razón—. Te estás involucrando en una situación complicada y delictiva. Pueden acusarte de encubrimiento.

—Vos lo estas convirtiendo en una situación complicada, —retrucó furiosa—. Si te hubieras presentado ante Castro desde el primer momento, nada de esto estaría sucediendo.

—A ver si entendés, Gimena, me quieren muerto, —disparó él sin anestesia, —. No se trata de si soy culpable o no, en cuanto asome mi cara, me van a matar, porque me quieren muerto para que no abra la boca.

Gimena sintió el impacto de sus palabras y se puso de pie, buscando poner distancia de una realidad que la afectada. Se negaba a creer que era como él decía; se negaba a perderlo ahora que lo había encontrado. Se detuvo en el extremo de la galería desde donde se apreciaba una de las vistas más atractivas del parque. Desde allí, contempló la gran pajarera que su abuelo había mandado traer de Europa y que ahora lucía vacía, pero llena de recuerdos memorables.

Mirko la observó y poco a poco su ofuscación fue cediendo. Terminó su cigarrillo y caminó hacia ella, reconociendo lo difícil que debía resultarle estar allí. La abrazó por detrás y lo gratificó que Gimena se recostara contra su cuerpo.

—¿Cuál es la historia de esa pajarera? —preguntó suavemente acercando su boca al oído—. Tenés cara de estar recordando mucho.

Gimena sonrió y acomodándose entre sus brazos, le dijo que no tenía ninguna historia. Sólo era un capricho de su abuela que su abuelo le consintió.

—Puedo apostar que vos sí debés tener una historia con esa pajarera, —agregó jugando. Gimena esta vez rio y le aseguró que así era.

—Entonces eso es lo que tenés que rescatar, Gime, —se atrevió a aconsejarle. Ella asintió con la mirada perdida en esa pajarera—. Creo que llegó el momento de hacer las paces con tus recuerdos, ¿no te parece?

Gimena volvió a asentir pensando que aun estando en el ojo de la tormenta, Mirko había logrado que ella volviera a concentrarse en sus asuntos pendientes. No estaba segura de que le gustase pensar en todo aquello, pero le agradó que él reparara en eso.

—Te propongo algo, —siguió diciendo Mirko a su oído. Ella apoyó la totalidad de su cabeza contra el cuerpo de él dedicándole toda su atención—. Qué tal si me mostrás los rincones más lindos de este lugar. Como esa pajarera, por ejemplo.

Ella accedió y giró para mirarlo mejor. Le dispensó una sonrisa suave que iluminó su rostro. Sus miradas se encontraron y ambos sonrieron. Gimena estiró su cuello hasta alcanzar los labios de él. Los rozó con delicadeza.

—¿Duele?

—Un poco.

—¿Hacemos las paces? —preguntó ella y él asintió permitiéndose sonreír—. Sólo quiero protegerte, —

deslizó a modo de disculpa, aunque no quería volver a hablar del odioso tema de su situación con la ley. Por un rato quería dejar de pensar.

—Lo sé y por eso te amo, —retrucó él ajustando sus brazos para retenerla mejor. Brevemente recorrió los alrededores con la mirada y la besó—. Se me ocurre que puedo ir a buscar mi cámara y a medida que vamos recorriendo me podés ir contando las historias de este hermoso lugar.

CAPITULO 20

A cordaron no volver a hablar de lo sucedido durante el tiempo que estuviesen allí. De ese modo, disfrutaron de cinco días idílicos, concentrándose sólo en ellos; convirtiendo ese espacio de tiempo y espacio en un refugio donde pudieron liberar sus emociones y amarse con libertad. Pero, había llegado la hora de volver a la realidad.

—Me voy a poner a trabajar en las fotos que tomamos, —le aseguró él con entusiasmo, la tenía tomada por la cintura y disfrutaba tanto de su perfume como de su calor—. Pensá lo que te dije Gime, puede ser un muy buen proyecto. De las casi doscientas fotografías tomadas, había unas cien que se ajustan a un proyecto así. Yo le tengo fe.

—Lo haré, ya te dije que lo pensaría—accedió—. Ahora dame otro beso y nos vemos a la noche.

Se apoderó de su boca y la besó como venía besándola desde el amanecer. No quería separarse, no quería dejarla ir; porque ya no la vería más. Ella no tenía idea de cuáles eran sus planes, no habían vuelto a abordar el tema y así sería mejor. Pero él nunca se perdonaría si por su culpa su vida estaba en peligro.

—Te voy a extrañar, —susurró él al oído de Gimena mientras la abrazaba con fuerza—. Te amo tanto Gimena.

—También yo, —reconoció también ella con emoción

—. Esta noche podemos cenar frente al hogar de la habitación, —sugirió—. Decile a Totona que nos prepare una rica cena. Descansá.

Un último beso y Gimena encaró su automóvil. Se subió y luego de encender el motor, le arrojó un beso con la mano. En ese momento divisó a Totona que salía de la casa y le ofrecía un mate. Gimena desvió la vista rogando que él la perdonase. Él no estaba en condiciones de enfrentar a la gente que lo buscaba. ¿En qué estaba pensando? Si no tenía ni donde esconderse. Totona sabía que debía hacer para que Mirko durmiese gran parte del día.

Durante la hora y media que duró su traslado hacia la ciudad, Gimena repasó los maravillosos momentos que habían compartido. Parecía mentira que él haya despertado tanto en ella, pero sus sentimientos hacia Mirko tenían una intensidad y una profundidad de la que nunca se creyó capaz. Por eso había hecho lo que había hecho, solo esperaba que él no se enojase tanto, después de todo. Solo dormiría todo el día.

Suspiró pensando en las novedades que podría encontrar en Buenos Aires. No habían vuelto a hablar de lo sucedido, ni de la mujer que había aparecido muerta en el departamento, ni de Antonella y su desaparición; mucho menos de lo que podría haber sucedido en la fatídica fiesta.

Esa mañana se dirigió directamente a la editorial donde seguramente la esperaba un montón de trabajo

atrasado. La tensaba imaginar las posibles novedades que allí se encontraría.

Un llamado de Carola la sorprendió cuando estaba estacionando; pero no lo atendió, temía enfrentar los interrogantes y planteos que de ella viniera. Pensando en Carola, Lara y Mariana ingresó al elevador; no sabía ni cómo ni cuándo hablaría con ellas, pero tenía que hacerlo, no podía rechazar sus llamadas de por vida, además, eso hacía parecer a Mirko culpable de todo.

La editorial lentamente comenzaba a retomar su ritmo. Había muchas más personas que la última vez que allí había estado, pero un clima enrarecido flotaba en el ambiente. Al llegar a su despacho divisó a un grupo de empleados de la revista de moda que conversaban entre sí. Hicieron un alto al ver aparecer a Gimena y a la distancia la saludaron.

Era cerca del mediodía cuando Romina se acercó apurada a su despacho. Hasta ese momento, Gimena había intentado concentrarse en varios de sus pendientes, pero era imposible; era difícil desentenderse de la tensión de ese lugar.

—Gime, vení que, en las noticias están hablando del caso, —anunció alarmada—. Creo que apareció Antonella.

Gimena se puso de pie de un salto y siguió a Romina a la sala de Reuniones que era donde los pocos empleados que quedaban se habían congregado.

La imagen de Antonella estaba en todos los canales.

La habían encontrado en un deteriorado edificio de la zona de la Boca donde funcionaba un garito clandestino que hacía tiempo la policía observaba. La habían trasladado a un penal y permanecería incomunicada hasta nuevo aviso.

En algún canal un reportero sumó a la información, el caso de las tres jóvenes misioneras que habiendo firmado contrato con De la Cruz, no fueron vistas más. En otra emisora se hablaba de un matrimonio de dudosos antecedentes y de que las sospechas quedaban confirmadas.

Gimena suspiró y una presión le oprimió el pecho al ver los rostros de Mirko y de un hombre, a quien ella no conocía, en pantalla como dos sospechosos buscados por la policía. Pensó en Mirko y rogó porque se encontrara durmiendo, ajeno a todo lo que estaba sucediendo en la ciudad. Ya lidiaría con su malhumor.

—Dios, no puedo creer que Mirko esté involucrado en esto —dijo uno de los redactores de la revista de moda que observaba la pantalla azorado.

—Hace rato que andaba con ella, —agregó otro.

—Sí, pero encamarse con ella es una cosa y ser parte de toda esa mierda, una muy distinta, —acotó otro de los muchachos.

Gimena tragó y por un momento pensó que tal vez era bueno que la gente sospechara eso; pero cómo le dolía.

—¿Qué vamos a hacer Gimena? —preguntó Romina y todos los empleados la miraron expectantes.

—Ustedes tranquilos, —les aseguró—. Voy a hablar con los españoles y convocaré a una reunión de Directorio de la Editorial para definir los pasos a seguir.

—¿Pueden cerrar la Editorial? —preguntó otro poniendo en el aire el temor de todos.

—No, si puedo evitarlo, —les aseguró tratando de infundirles ánimo—. Ahora quiero que ustedes sigan trabajando en el nuevo número como si nada sucediese. De ustedes también depende que no cierre.

Con la cabeza colmada de problemas regresó a su despacho. Buscó un cigarrillo y se acercó a la ventana. No tenía ni ganas ni tiempo de trasladarse al balcón para fumar. Antonella estaba presa, la editorial a la deriva y Mirko corría riesgo de ser arrastrado por esa mujer vengativa.

<<Mirko>>, pensó necesitaba saber cómo estaba. Tomó el auricular y llamó a la casa del campo. El teléfono sonó muchas veces, pero llamativamente Eva no atendía. Llamaría más tarde.

Durante la siguiente hora Gimena se abocó a los distintos llamados que debía realizar para intentar salvar la editorial. Desde España estaban preocupados por los acontecimientos y entendían que toda la situación sólo podía tener una connotación por demás negativa. Acordaron aguardar unos días antes de tomar una decisión; pero José María le adelantó que la intención de retirarse era bastante firme por parte del Directorio.

Pero, los españoles, no eran los únicos que llamaban

tratando de dar con una explicación. Lara había sido la primera en llamar ese día; en realidad lo venía haciendo desde la semana anterior y Gimena se negaba a atenderla, porque la conocía y no tenía fuerzas para enfrentar su temperamento. En cambio, y casi por error, había atendido a Carola, que preocupadísima intentó convencerla de que se reúnan para hablar. Todos estaban preocupados por ella.

Una vibración de su celular la distrajo y se preocupó cuando vio que era un llamado del campo. Atendió y lo que escuchó le heló la sangre. Eva hablaba todavía temblando, y su discurso era desordenado.

—Respirá, Totona y tranquilizate, —le indicó poniéndose de pie—. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Dónde está Mirko?

Del otro lado de la línea la mujer hacía un gran esfuerzo por reponerse del susto que se había llevado. Dos motos habían ingresado violentamente en el campo y los habían atacado a balazos. En un principio Rosendo había creído que se trataba de asaltantes comunes, pero comprendieron que no era así cuando descendieron de las motos e irrumpieron en la casa buscando al fotógrafo. Mirko que estaba en ese momento en la habitación, huyó saltando por una ventana. Los asaltantes se centraron en él y, al verlo huir hacia el galpón principal, se generó una balacera importante.

—Por Dios, Totona, —exclamó aterrada—. ¿Están todos bien? —preguntó Gimena con el corazón en la boca

—. ¿Dónde está Mirko?

—No lo sé. Tomó una de las motos que usan los muchachos para recorrer el campo, —informó Eva con voz temblorosa—. Escapó en una de ellas.

—¿Cómo que escapó?

—Eso es lo único que sabemos Gimena, —respondió la mujer asustada—. Las tres motos se marcharon a campo traviesa. No sé qué pudo haber sucedido.

—Por Dios, —balbuceó Gimena azorada.

Se dejó caer en el asiento mientras escuchaba el relato de Eva. Una de las motos había caído cerca de la tranquera. Y los hombres se marcharon corriendo. La otra motocicleta, siguió a Mirko que, zigzagueando, se perdía en la lejanía.

—¿Habías llegado a darle los mates? —preguntó Gimena rogando porque Mirko no estuviese drogado.

—Sólo tomó uno, —respondió Eva preocupada—. Esos hombres irrumpieron en la casa cuando terminaba de preparar el termo. Venían por él, Gimena, fue horrible. ¿En qué está metido este hombre, niña?

Eva seguía hablando, pero Gimena cortó la comunicación con un profundo dolor en el pecho. Ahora sí que no sabía dónde estaba y Gimena dudaba que él se pusiera en contacto con ella nuevamente.

Los que siguieron fueron días desesperantes para Gimena que no tenía forma de imaginar dónde podía encontrarse Mirko. Lo último que sabía de él era que había escapado en una de las motocicletas del campo

perseguido por dos hombres que tenían claras intenciones de matarlo.

Finalmente había atendido el llamado de Lara, con quien terminó discutiendo por sugerir que era peligroso estar cerca de un hombre así. Pero Gimena no la escuchó, a ella, la desesperaba no saber dónde buscar, donde encontrar una pista que le diera alguna respuesta o la acercara a su ubicación. Sólo esperaba que estuviera escondido, fuera del alcance de los matones y la policía que lo buscaban.

Sin poder dejar de pensar en Mirko o de conjeturar sobre su estado y situación, Gimena terminó de ducharse y se cambió. Era un día extraño, pues a pesar de estar casi en agosto, la temperatura había trepado hasta casi los 19 grados. No era de extrañar que en breve lloviese copiosamente. <<Eso lo ayudará>> pensó Gimena considerando que tal vez Mirko se estuviese ocultado en un lugar inhóspito; la lluvia borraba rastros y dificultaría que lo siguieran. Miró su reloj, se le estaba haciendo tarde.

Esa noche la esperaban a cenar en casa de Mariana donde todo el grupo de amigos se reuniría. Finalmente había aceptado verlos y aunque no estaba de humor para sostener conversaciones livianas sobre el crecimiento de los chicos y sus avances en el colegio, entendía que era hora de hablar con sus amigos sobre Mirko y lo que las noticias decían sobre él. Podía apostar que estarían llenos de preguntas; muchas de las cuales Gimena no tenía

deseos de contestar.

Hacía días que venía rechazando llamadas de Mariana, Carola y Lara. No se sentía preparada para enfrentar críticas, ni dar explicaciones de por qué había hecho esto o aquello. Las conocía y después de haber discutido con Lara, podía imaginar el tipo de pregunta o comentario que cada una haría. Pero, más allá de todo eso, las necesitaba; era hora de abrirse a ellas. Definitivamente necesitaba de la sensatez de Lara, del ímpetu de Carola y de la convicción de Mariana para que la ayudasen a ordenar su cabeza, ya no podía ni pensar. Pero no sería sencillo hacerlas entender la situación y tratar de que borrasen de sus mentes todo lo que las noticias decían de Mirko.

En esta ocasión fue Miguel quien abrió la puerta y aunque su calidez era difícil de opacar, Gimena notó su parquedad y su distancia. Conversando sobre trivialidades referida a los hijos del matrimonio, cruzaron el living hasta salir al parque. Un grupo de chicos corría tras una pelota, seguidos por tres bellísimos Golden Retriever color caramelo, mientras las niñas conversaban en un pequeño living de ratán colocado en la galería. Desde allí un sendero de piedras conducía al quincho donde Gimena vio a sus amigos congregados.

Uno a uno, los saludó y no fue hasta el final que advirtió que no se encontraba Javier. Al preguntar por él, Carola mencionó que estaba demorado en su estudio. Gimena asintió y se ubicó junto a Andrés que la miró de reojo con cierta conmisericordia.

—¿Cómo están las cosas en la Editorial? —preguntó con preocupación.

—Peor de lo que parece, Andrés, —respondió Gimena y la presión que estaba sintiendo afloró en sus ojos y en su voz—. La Policía viene a cada momento. Antonella Mansi parece que estaba metida, junto a su marido, en una asociación involucrada en trata de menores y tráfico de drogas. Los empleados están aterrados de perder su trabajo. Los españoles amenazan con quitar el apoyo económico.

De pronto se sintió tan abrumada que las lágrimas colmaron sus ojos. La reconfortó sentir la mano de Andrés sobre su hombro. Le dedicó una triste sonrisa de agradecimiento.

—Gimena, por qué no nos contás de una buena vez qué está sucediendo, —disparó Lara ubicada del otro lado de Andrés—. Las noticias son realmente alarmantes y estamos todos muy preocupados por vos.

—Sí y de paso me encantaría que me explicaras cómo pudiste meter a un asesino en mi casa, —chilló Mariana de modo directo y certero, tal como era su estilo.

Gimena la miró y recién en ese momento reparó en que era eso lo que todos pensaban. Sacudió su cabeza negativamente como queriendo rechazar esa línea de pensamiento. Bajó la vista hacia su bolso de donde extrajo una caja color dorada con aspecto de cofre. La colocó bruscamente sobre la mesa.

—Aquí están las fotos del casamiento, —empezó

diciendo—. Quedaron fantásticas por si les interesa saberlo.

Nadie se movió, ni se conmovió por el comentario. La tensión que se respiraba en ese quincho era asfixiante y, por más incómodo que fuera, Gimena comprendía que a ella le tocaba disiparla. Respiró hondo y estudió sus rostros con algo de aprensión.

—Mirko no es ningún asesino, Mariana, —exclamó con más aspereza de la que sentía y una vez más la tensión y la angustia se filtró en su voz—. Y lo que tuviste en tu casamiento fue un fotógrafo de primera línea porque vos te olvidaste de contratar uno. Y ésta tarada te solucionó el problema.

Había hablado con indignación y no se cuidó en disimularlo. Era bien claro qué era lo que pensaban sobre Mirko y ella no pensaba quedarse callada. Lo defendería.

—Lo busca la policía, Gimena, y por lo que dicen en las noticias una mujer apareció muerta en su departamento. —Esta vez fue Carola quien habló tratando de calmar los ánimos—. Los reporteros hablan de un hombre peligroso. Estuvo preso.

Gimena volvió a sacudir su cabeza. Se puso de pie y encendió un cigarrillo. Le temblaban las manos de lo nerviosa que estaba y toda la angustia que venía acumulando por días bulló en sus entrañas luchando por liberarse.

—Claro que lo busca la policía, cómo no lo va a buscar si estuvo preso y una mujer apareció muerta en su

cama, —accedió fastidiosa—. Los reporteros pueden decir lo que mierda se les ocurra, total la gente se tragará fácilmente sus mentiras, —terminó diciendo con un hilo de voz—. Son todas mentiras para llenar espacio. Créanme cuando les digo que no tuvo nada que ver.

—Pero las pruebas indican lo contrario, —puntualizó Miguel preocupado—. ¿Cómo podés defenderlo con tanta certeza?

—Porque estuvo conmigo todo ese fin de semana Miguel. Desde el viernes por la noche, hasta la mañana del lunes, —estalló desesperada—. Esas pruebas fueron plantadas.

Un silencio rotundo se adueñó del quincho. Gimena apagó su cigarrillo y se sentó nuevamente a la mesa. Desbordada por las emociones apoyó ambos codos y ocultó su rostro entre sus manos. La reconfortó sentir una mano acariciándole la espalda. Al levantar la vista se encontró con Guillermo que la miraba preocupado.

—Si no tuvo nada que ver, ¿por qué se esconde? —preguntó Guillermo abriéndole el camino para que hable.

—Porque tiene antecedentes y la prensa está empecinada con él. Todas las pruebas apuntan a Mirko, —respondió Gimena mirándolo sólo a él—. Está convencido de que lo quieren muerto. Sabe que si se entrega irá preso, y en cuanto ponga un pie en el penal alguien se ocupará de eliminarlo.

Una nueva pausa y al levantar la vista vio los rostros de horror y de incompreensión en cada uno de sus amigos.

Lo que escuchaban estaba por demás fuera de sus mundos. Los horrorizaba sentir que una situación tan compleja y peligrosa pudiera estar siquiera rozando sus vidas.

—Yo entiendo que ustedes están preocupados y hasta asustados con todo esto, —siguió diciendo Gimena, limpiando las lágrimas que corrían silenciosas por sus mejillas—. Pero les aseguro que le están tendiendo una trampa. El otro día casi lo matan a golpes, —agregó cuidando no dar más detalles de los necesarios—. Lo oculté en mi campo.

—Por Dios, Gimena, eso es encubrimiento, —chilló Lara interrumpiéndola—. ¿Vos te das cuenta de que pueden levantar cargos contra vos? Tenés que sacarlo del campo.

—Ya no está ahí, —respondió automáticamente.

—¿Te das cuenta qué podés ir a la cárcel por esto? —insistió Lara.

—Hace unos días se presentaron dos motociclistas en el campo, —continuó Gimena como si Lara no hubiese dicho nada—, balearon parte de la casa buscándolo. Hasta donde sé, logró escapar.

—Gimena, —dijo Miguel azorado—. ¿Vos tenés idea del quilombo en el que estás metida?

Gimena se hizo la desentendida y bajó la vista poniendo distancia de las palabras de Miguel. No quería pensar en su situación, estaba demasiado preocupada por Mirko para pensar en ella.

—Yo lo único que sé es que desde hace cinco días que no sé nada de Mirko, —reconoció y las lágrimas volvieron a correr—. Estoy desesperada de pensar que puede estar mal herido. No quiero ni considerar que...

—Puede estar en Uruguay o en Paraguay, —puntualizó Mariana, realista.

Gimena alzó la vista hacia su amiga con azoro.

—No, —dijo simplemente Gimena—. Él no haría algo así.

—¿Qué no haría? ¿Abandonarte? —la apuró Lara—. Por favor Gime. Abrí los ojos.

Un nuevo silencio se adueñó del quincho. Miguel aprovechó para chequear el guiso de lentejas que se calentaba en las hornallas. Guillermo se ocupó de rellenar las copas con vino mientras Lara y Carola sacaban conclusiones sobre lo escuchado.

—Gimena, a mí me parece que te conviene analizar la situación con algo de frialdad, —dijo Andrés, metódico—. Te vi en el casamiento conversar varias veces con él y me resultó evidente que había cierta atracción entre ustedes. ¿No será que se aprovechó de vos y te manipuló para su beneficio?

Gimena sacudió su cabeza negativamente y tomó un nuevo cigarrillo. Se negaba a pensar que Mirko podría haberla usado; no tenía fuerzas para dudar de su palabra, de sus miradas. <<No —se dijo—, Mirko me ama>>, se recordó con tambaleante convicción. Habían compartido mucho y ella estaba segura de la clase de hombre que él

era.

—Andrés tiene razón Gime, —aventuró Carola acercándose a su amiga—. Una, cuando quiere a alguien, muchas veces ve lo que quiere ver y no el cuadro completo.

Las palabras de Carola fueron las gotas que rebalsaron un vaso que venía llenándose lentamente. Todos estaban queriendo apartarla de Mirko, sencillamente porque no encajaba. Los asustaba saberse cerca de alguien con sus antecedentes; un hombre que había pasado casi seis años presos, que era buscado por la policía en un caso de homicidio y que era vinculado al mundo de las drogas.

Visto de esa manera, Gimena entendía la reacción de cada uno de ellos, pero no pensaba igual. Ella conocía al hombre sensible que lograba captar momentos únicos con su cámara; al hombre a quien habían privado de una vida justa; al hombre que sólo buscaba que lo dejaran en paz y eso era lo más doloroso.

—Ustedes no entienden, —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas—. No lo conocen. Nada que ver.

—¿Qué tenemos que entender? —sentenció Lara con firmeza—. Gime, es un delincuente por donde lo mires.

—No es un delincuente, Lara, basta de llamarlo de esa manera, —protestó enérgica. Empezaba a dolerle el modo en que todos hablaban de él—. Cometió un error y lo pagó. Pero ya cumplió su condena, —replicó Gimena y el enojo se mezcló con su angustia—. Es un hombre que merece una oportunidad. Todos ustedes tuvieron

oportunidades; él no siempre las tuvo.

—No me parecen ejemplos comparables, Gime, —deslizó Guillermo—. Nosotros no cometimos ningún delito.

—Mirko tampoco, Guille, —repuso ella ahora con voz suave. Se sentía tan cansada de defenderlo, tan dolida por la postura rígida y absolutista que estaban teniendo sus amigos—. Lo guiaron a un laberinto del que no lo dejan salir. Han intentado matarlo dos veces en los últimos diez días. Yo les aseguro que no es el hombre que la televisión difunde.

El celular de Carola quebró el clima. Todos se volvieron a mirarla. Carola atendió y se apartó para hablar mientras la discusión seguía.

—Javi dice que está viniendo, —comentó Carola.

Las nenas ingresaron al quincho requiriendo la atención de sus madres. El clima se dispersó y Gimena aprovechó para salir al parque a respirar un poco.

CAPITULO 21

Hacía cerca de una hora que aguardaba agazapado a que Javier Estrada apareciera. No le había costado mucho averiguar dónde estaba ubicado el despacho del contador/abogado del que tan bien le hablaba Gimena. Bajó la vista al pensar en ella; hacía cerca de una semana que no la veía. La extrañaba y el dolor que su ausencia le provocaba era lo que realmente le indicaba que estaba vivo.

Mirko entendía que lo que estaba por hacer era la única alternativa posible para poder limpiar su nombre y hacer las paces con el mundo. Si su movida valdría la pena o sería un intento vano, no lo sabía, pero debía arriesgarse. Ya no quedaba donde esconderse.

Lidiaba con todos esos pensamientos cuando divisó a Javier Estrada despidiéndose del hombre de seguridad del edificio y salir hacia la vereda con andar despreocupado. Mirko entonces se apuró a moverse. Se acercó a Javier en el momento en que éste dejaba el edificio y lo llamó a corta distancia.

Sorprendido, Javier giró y fue allí cuando se quedó petrificado al sentir el cuchillo presionado contra su costado.

—No se asuste, Estrada, —dijo Mirko con voz cancina—. No quiero hacerle daño. Sólo quiero que me escuche.

—¿No era más sencillo pedir una cita? —balbuceó Javier desconcertado. Guiado por el cuchillo se acercó

nuevamente al edificio y allí se detuvieron—. Por qué no guarda ese cuchillo, podemos arreglarlo de otra manera.

—Me sigue la policía, —respondió Mirko con voz temblorosa y mirada inquieta—. Me acusan de un crimen que no cometí. Por eso le ruego que me escuche. Gimena dijo que usted era un buen hombre, que lidiaba con problemas complejos. Necesito que me escuche; me quieren matar.

—Usted está confundido. No soy abogado penalista, —replicó hasta que comprendió de quién estaba hablando—. ¿Gimena? ¿Gimena Rauch?

—Sí. Ella dijo que era amiga suya, —comentó y la desesperación asomó filosa—. Necesito que me escuche.

Javier se tomó dos segundos para pensar. Que mencionara a Gimena lo desconcertó. El hombre temblaba y a juzgar por lo demacrado que se veía bien podía estar herido o bajo el influjo de alguna droga. Javier también detectó que su nivel de desesperación podía ser peligroso; tenía que tener cuidado. Lo estudió un poco más, pero entre la oscuridad y la capucha su rostro se distorsionaba; así y todo, creyó conocerlo de algún lado.

—Voy a escuchar lo que tenga para decir, —le aseguró finalmente—. Pero, como primera medida, quiero que se tranquilice, —le indicó Javier—. Ahora le pido que guarde ese cuchillo. Vamos a ingresar al edificio y no quiero que llame la atención.

Mirko lo miró con algo de desconfianza, pero no tenía mucho margen.

—Prefiero tenerlo en la mano, —respondió reacio—. No voy a arriesgarme a que llame a la policía.

—Nadie va a llamar a la policía, —insistió Javier con mayor firmeza—. Por lo menos, no hasta que no escuche lo que tiene para decir.

—Está bien. Es un trato justo, —accedió Mirko sin guardar el cuchillo—. Lo llevaré oculto.

—Como quiera, —accedió Javier con cautela—. Pero tranquilo. Sígame.

En silencio subieron al piso del estudio. La recepción estaba desértica; solo la recepcionista estaba allí acomodando todo para partir.

—Javi, —lo saludó sorprendida—. Pensé que te habías ido.

Se interrumpió al ver la filosa hoja del cuchillo que se asomaba en la mano del hombre que acompañaba a Javier. Algo asustada, Lucy elevó la vista hacia su jefe y esperó alguna indicación.

—Lucy voy a estar en la Sala de Reuniones, por favor envía café, agua y algo para comer. Lo que consigas a esta hora, —le ordenó haciendo un gesto para que Mirko avanzase—. También llama a papá para que se reúna con nosotros. Comunícate con Carola a su celular, y decile que lamentablemente estoy demorado; no sé cuándo me voy a liberar. No llames a nadie más Lucy. Gracias.

La chica se lo quedó mirando sin dar crédito a todo lo que le había indicado en tan pocos segundos. Asustada, siguió a Javier con la mirada. De todos los años que

llevaba trabajando allí, nunca le había ocurrido algo así. Resignada se quitó el abrigo, se ubicó tras el conmutador y pulsó el botón del despacho del Dr. Carlos Estrada.

La sala de Reuniones estaba a oscuras. Javier se ocupó de encender las luces y abrir una de las ventanas. Era una sala rectangular con una gran mesa con capacidad para quince personas. Como todo en el Estudio Estrada & Zubiría, era refinada y elegante. Desde la ventana que daba a un balcón francés, Javier se volvió hacia Mirko.

—No recuerdo tu nombre, —dijo Javier al encender un cigarrillo—. Aunque tengo la sensación de que nos conocemos.

Arrojó el atado sobre la mesa indicándole que se sirviera. Mirko descubrió su cabeza y con cierto recaudo miró a Javier.

—Mirko, es mi nombre, —respondió y tomó un cigarrillo casi con desesperación—. Mirko Milosevic.

—Ahora sí; Te recuerdo, fuiste el fotógrafo del casamiento de Micky, —deslizo Javier y su voz fue perdiendo intensidad a medida que recordaba que era un hombre buscado. Contuvo un momento la respiración al comprender que la situación era mucho más compleja de lo que había creído en un principio—. Tu rostro está siendo bastante popular últimamente.

La puerta se abrió abruptamente interrumpiendo el dialogo. Sobresaltado Mirko retrocedió alerta, empuñando el cuchillo en actitud defensiva con la mirada clavada en el hombre de aspecto señorial que ingresaba a la sala con

gesto serio.

Carlos Estrada miró a Javier desconcertado, acababa de comprender porque lo convocaba a una reunión a esa hora del día. Intrigado, volvió su atención al extraño que, empuñando un cuchillo, lo miraba con recelo.

—No hace falta que te alteres, Mirko, —se apuró a apaciguarlo Javier—. Permite que te presente a mi padre, Carlos Estrada. —Miró a su padre—. Papá, él es Mirko Milosevic.

Se saludaron con una leve inclinación de cabeza. Mirko apenas se movió, empezaba a sentirse mareado. A esas alturas del día, sus fuerzas flaqueaban y le demandaba un gran esfuerzo mantenerse erguido y firme para defenderse.

Carlos aprovechó para acercarse a Javier que fumaba junto a la ventana visiblemente tenso.

—¿Qué sucede? —preguntó de pronto preocupado.

—Me abordó en la calle, —informó y levemente corrió el saco para que su padre apreciara la sangre que había manchado la camisa—. Estoy bien, sólo es un rasguño. Pero está desesperado. Quiere que lo escuchemos. Lo busca la policía por un homicidio que según él no cometió.

—Todos dicen lo mismo, —susurró Carlos preocupado por la situación. Frunció el ceño analizando al hombre que ahora fumaba acurrucado contra una pared. Luego se volvió hacia Javier—. ¿No es el hombre que buscan por...?

—Sí, —se apuró a responder Javier—. No me preguntes por qué, pero le creo cuando dice que no tuvo nada que ver, —reconoció Javier—. Está asustado, agotado, pero dice tener mucho para contar.

—¿Cómo llegó aquí?

—Es conocido de Gimena Rauch, la amiga de Carola, —informó Javier.

Alguien golpeó a la puerta y Carlos Estrada se acercó a abrir. Él mismo tomó la bandeja que Lucy llevaba en sus manos y le pidió que por favor se comunicara con Tomás Arriaga.

—Decile que es urgente Lucy. Una vez que Tomi llegue, podés irte, —terminó diciendo Estrada—. Y, Lucy, suma discreción con todo este asunto.

Cerró la puerta y se acercó a la mesa donde colocó la bandeja. Miró a Mirko y le ofreció un café que este aceptó. Lo preparó y se ubicó frente a él que temblaba en una silla mientras estudiaba claramente lo que sucedía a su alrededor.

—¿Se siente bien? —preguntó Carlos Estrada con cautela.

Mirko miró a Javier que lo observaba desde la ventana. Sus miradas se encontraron y el joven Estrada debió haber leído sus pensamientos porque, se acercó a su padre.

—Podés confiar en mi padre, Mirko. Es como si hablaras conmigo, —comentó con tono apaciguador—. Aunque creo que lo mejor será que esperes a Tomi, el doctor Tomás Arriaga que es abogado penalista y podrá

asesorarte mejor que nosotros.

—No voy a hablar con extraños, —sentenció poniéndose de pie asustado. Se le aceleró la respiración y comenzó a agitarse—. Me quieren muerto, vine aquí porque Gimena siempre dijo que usted es confiable. No voy a hablar con nadie más.

—Tomas Arriaga es de nuestra entera confianza, —le aseguró Javier. Dio un paso hacia Mirko y buscó contacto visual con él—. Mirko, nosotros no podemos ayudarte. Podemos escucharte y darte nuestra opinión, pero no tenemos las herramientas para ayudarte. Tomás si las tiene.

Mirko se puso de pie y deambuló nervioso por la sala. Por momentos el cuerpo se volvía tembloroso, lento, pesado. En dos oportunidades Carlos notó que le costaba coordinar. Saltaba a la vista que los últimos días no habían sido los mejores y la sospecha de que estaba lastimado creció en la mente de Carlos.

—Mirko, —lo llamó Carlos Estrada con suavidad y se ganó su atención inmediatamente—. ¿Cuánto hace que no dormís o no comés? —preguntó sin dejar de analizarlo—. Vamos sentate y tranquilizate. Nadie va a hacerte daño aquí.

El tono paternal de ese hombre logró apaciguarlo. Regresó a la silla y se sentó, de pronto sintiéndose extremadamente cansado.

—Hace unos cinco días que no duermo más que unos minutos corridos, —respondió con cierta cautela—. No

como desde ayer a la mañana. Ningún lugar es seguro. No me podía arriesgar.

—Bueno, pues aquí estás seguro, —afirmó Carlos mirándolo directo a los ojos—. Quiero que entiendas que vamos a escucharte. —Hizo una pausa y aguardó a ver la reacción de Mirko; este asintió y bajó la vista hacia el cuchillo que seguía en su mano—. Me gustaría que me entregaras ese cuchillo. Nadie va a lastimarte.

Mirko dudó brevemente y al alzar la vista su mirada se encontró con la de Carlos. Accedió. Dejó el cuchillo sobre la mesa y lo empujó hacia el centro.

—Muy bien, gracias; así estamos todos más tranquilos, —dijo Carlos, poniéndose de pie hasta alcanzar el cuchillo. Lo tomó y se lo extendió a Javier—. ¿Querés adelantarnos algo? —preguntó Carlos con mesura—. Ni mi hijo Javier ni yo, somos abogados penalistas, pero sabemos escuchar y tal vez te ayude compartir algunas cosas con nosotros para ir ordenando tus ideas para cuando llegue el Dr. Arriaga. Tomás ha trabajado con nosotros muchas veces. Es un prestigioso abogado penalista, mucho más acostumbrado a estos temas que nosotros.

Mirko volvió a dudar. Era tan difícil confiar en alguien. Se tomó unos segundos para resolver qué hacer. La necesidad de compartir lo que sabía con alguien era por demás pesada, pero al mismo tiempo esa información en las manos equivocadas era una sentencia de muerte. Recordó a Serena Roger y la sugerencia de que sólo

confiara en dos personas; pero no recordaba sus nombres. Se tomó unos segundos más para estudiar a los Estrada y en ellos sólo notó preocupación. Finalmente se resolvió.

—Hace ya diez días que apareció muerta en mi departamento una mujer a quien conozco poco, pero conozco, —dijo con voz monocorde. Padre e hijo intercambiaron miradas—. Yo no la maté y aunque sé quién lo hizo, no estoy seguro de poder probarlo. Pero una cosa es más que clara, alguien quiere que cargue con ese muerto. Y eso es lo más leve que vengo a contar.

Carlos y Javier cruzaron miradas. La voz de Mirko por momentos parecía un susurro a la deriva y en otros cobraba ímpetu. Se lo notaba tenso y alerta, consciente de estar a punto de poner su vida en manos de hombres a quienes no conocía.

—En los últimos días, han intentado matarme, —prosiguió luego de encender un nuevo cigarrillo—. Supongo que tiene que ver con que tengo mucha información sobre distintos delitos relacionados con el narcotráfico. Mucha de la información con la que cuento, me la dio la persona que apareció muerta en mi departamento, mucha la reuní solo, en definitiva, para eso me sacaron de la cárcel.

Carlos Estrada se dejó caer contra el respaldo de su asiento al escucharlo. El de Milosevic no era solo un caso de homicidio. Algo le sugirió no forzarlo a hablar más, hasta que llegase Tomás Arriaga. Empezaba a no estar seguro de desear saber. Respiró hondo y se puso de pie.

—Creo que esta va a ser una noche larga muchacho, —deslizó Carlos tratando de que confiara en él y se mostrara tranquilo. Le dirigió una mirada a su hijo que permanecía parado junto a la ventana—. Tendrías que comer algo más sustancioso.

—Sí, le dije a Lucy que pidiera algo. Voy a chequear si consiguió y si viene en camino, —se ofreció Javier. Antes de dejar la Sala se volvió hacia su padre—. Voy a llamar a Carola para que sepa que estamos bien. ¿Le digo que llame a mamá?

—Sí, gracias Javi.

Se detuvo al abrir la puerta. Miró a Mirko por sobre su hombro y sus miradas se encontraron.

—Gimena debe estar cenando con Carola, —comentó Javier y el cambio en la mirada de Mirko fue notable—. ¿Le querés decir algo?

—Que estoy bien. Gracias.

Finalmente lo habían dejado solo. Estaba cansado y resignado a su suerte. En ese lugar se sentía seguro, sólo esperaba no estarse equivocando. Le dolía el cuerpo entero por varios golpes sufridos en su huida y no se atrevía a corroborar el estado de su pierna después de las dos caídas de la motocicleta. Cruzó sus brazos sobre la mesa y escondió su rostro entre ellos. La imagen de Gimena llegó a él y una vez más sintió el peso de su ausencia. Quería verla. La necesitaba a su lado. Pensar que, en algún momento había querido abandonarla; qué

locura, cómo había podido siquiera considerarlo, cuando ella era su luz. Pensando en ella supo que estaba haciendo era lo correcto y aceptó que era lo que tendría que haber hecho desde un principio. Suspiró, abandonándose al agotamiento, cerró los ojos y se dejó vencer por el sueño.

No podía precisar cuánto tiempo había dormido, pero lo despertó el sonido de la puerta y el aroma a hamburguesas calientes. Alzó la vista sobresaltado y tambaleándose se puso de pie, en guardia, como si esperara un nuevo ataque.

—Tranquilo, —le dijo Javier con cautela—. Aquí llegó la comida. Hamburguesas es lo único que Lucy pudo conseguir.

Mirko asintió y bruscamente tomó la bolsa que Javier le ofrecía. Sin demora, rompió el envoltorio y tomó una hamburguesa y la mordió. Cerró los ojos deleitándose.

—Trató de comer despacio, —deslizó Javier asombrado por como Mirko devoraba las hamburguesas.

Javier bebió un poco de café observándolo con detenimiento. Ya en el casamiento de Micky había reparado en que era un hombre apuesto. Sin embargo, sus llamativos ojos celestes apenas se apreciaban, un poco por el cansancio acumulado y otro poco por tajos y magullones que mostraba su rostro. Uno de los ojos todavía lucía una variada gama de colores que evidenciaba la golpiza que había recibido.

—Me los lastimé entrando con la moto en un pastizal, —dijo luego de advertir el modo en que Javier miraba sus

nudillos ensangrentados—. Fue la única manera de escapar.

Javier asintió como si eso lo explicara todo. Le costaba imaginar los tormentos que ese hombre debió pasar para llegar a la complicada situación en la que estaba.

—Hablé con Gimena, —anunció Javier. Mirko elevó la vista en cuanto escuchó su nombre—. Vienen para acá. No pude convencerla de lo contrario.

—Está bien, —respondió Mirko desganado y una leve sonrisa le iluminó el rostro—. Tendría que haberlo imaginado. Quiero verla.

—¿Qué tipo de relación te une a Gimena? —preguntó de pronto Javier. Esa era una pregunta que le venía quemando desde hacía rato.

Mirko se dejó caer en el respaldo de su silla y tomó una servilleta para limpiarse primero la boca y luego las manos.

—¿Le preocupa?

—La verdad que sí, —reconoció—. Realmente la aprecio.

—No tiene por qué preocuparse, Estrada, —respondió resignado al rechazo—. Si hay algo en lo que seguramente usted y yo estemos de acuerdo, es en que ella es demasiado para un hombre como yo, —siguió diciendo y la voz se tornó lúgubre—. Si tengo que ser sincero, lo mejor para ella sería regresar a Madrid; a su glamoroso trabajo y a la relación estable con ese francés que la llama a cada rato. —La voz se le quebró y bebió un

poco de gaseosa para disimularlo; pero no escapó a la sagacidad de Javier—. Una mujer como ella se merece una vida llena de lujos. Yo nunca podría darle eso.

Javier lo observaba con detenimiento. Sus años de tenista le habían enseñado a detectar los movimientos de su oponente y esa era una habilidad que no había perdido con los años. Ese hombre, más allá de todo lo que afrontaba, tenía fuertes y profundos sentimientos hacia Gimena y estaba teniendo una actitud noble. Había notado la amargura que se adueñó de su voz al hablar de ella, también el modo en que su mirada perdía brillo, como si su esencia se apagaba por el solo hecho de insinuar que ella debía alejarse.

Mirko también lo estudiaba. En algún punto comprendía su silencio y creía entender en qué podría estar pensando Javier. La angustia que le producía saber que no era merecedor de una mujer como ella fue convirtiéndose en enojo, que se incrementó considerablemente al percibir que Javier estaba de acuerdo en cada una de sus palabras. El cansancio se mezcló con la melancolía y la bronca que le producía tener una vida tan miserable; tan llena de privaciones. Alzó la vista y miró a Javier que parecía seguir analizándolo.

—Veo que piensa como yo, —disparó ofuscado.

—En realidad pensaba que no hay nada escrito, —se atrevió a decir Javier con actitud contemplativa—. Si Gimena cree en usted y lo quiere, qué más puedo decir

yo, cuando evidentemente usted siente algo por ella.

No le agradó sentirse al descubierto, perdía ventaja. Lo ofuscó que Estrada simplificara tanto las cosas. Pero estaba cansado para reaccionar, y la afirmación de ese hombre, a quien realmente no conocía, lo salpicó de esperanza.

—No estoy en condiciones de ilusionarme con algo así. Sería demasiado egoísta de mi parte, —deslizó, sintiéndose debilitado—. A mi entender, Gimena se merece un hombre como usted. Uno con trajes costosos, gemelos de oro y porte distinguido. Un hombre que no tenga idea de lo miserable que la vida puede ser cuando el hambre aprieta o el frío se convierte en mucho más que una compañía desagradable.

Hizo una pausa y estirándose tomó un cigarrillo del paquete que Javier había dejado sobre la mesa, lo encendió con algo de brusquedad y aspiró con nerviosismo.

—Ella se merece mucho más que cargar con un hombre como yo, Javier y usted lo sabe, —sentenció Mirko con amargura volviendo al trato distante.

—En realidad creo que ella merece estar con el hombre que ama, —repuso Javier con firmeza—. Y, merece mucho más que ese hombre la ame.

Por unos minutos reinó el silencio. Javier lo observaba advirtiéndole el padecimiento que estaba atravesando por la falta de droga. Tratando de ayudarlo, le acercó un vaso de agua, que Mirko aceptó y bebió de un trago para luego

volver a concentrarse en su cigarrillo. Se puso de pie y se acercó a la ventana. Necesitaba alejarse de la mirada de Estrada. Allí permaneció abrazándose contemplando la noche.

Un golpe en la puerta quebró el silencio. Javier se puso de pie y se acercó. Carlos se asomó para anunciar a Gimena, pero no tuvo tiempo para mucho más, pues ella irrumpió en la sala. Ni siquiera saludó a Javier. En cuanto vio a Mirko se arrojó a sus brazos sin ocultar su preocupación. Mirko la abrazó y por primera vez desde que había comenzado toda aquella locura, se aflojó. Cerró sus ojos y descansó su cabeza sobre el hombro de Gimena.

—Estaba desesperada, —balbuceó Gimena aferrada a él—. ¿Por qué no me llamaste?

—No me acordaba tu número, —confesó—. No quería llamar a la Editorial. Dijiste que había un detective pendiente de mi aparición. ¿Cómo están Eva y Rosendo? ¿Les hicieron algo?

—Ellos están bien, —respondió Gimena—. Asustados, pero ni los miraron.

Gimena le acarició el rostro con ternura. Estaba tan preocupada por él, que no era capaz de reparar ni en Javier ni en Carlos que los miraban analizando cada movimiento para tratar de entender cómo esa chica podía desvivirse tanto por ese maleante.

—Gime, —dijo Mirko tomándola por las manos y separándose de ella. Gimena asintió y lo miró expectante

—. ¿Dónde quedó mi mochila?

—La tengo yo —le aseguró intentando tranquilizarlo.

—La necesito, —dijo casi en un ruego—. Necesito que me la traigas.

—No voy a traerte esas bolsitas, —sentenció ella con firmeza.

—No, no es eso, —exclamó él avergonzado por su planteo—. Es otra cosa lo que necesito Gimena.

La estudió un momento con atención. Con la vista recorrió sus facciones y reparó en algo que antes no había pensado.

—¿Las bolsitas siguen en mi mochila? —preguntó con cierto temor.

—Eso te va a matar Mirko, —balbuceó con amargura. Desvió la vista—. No tendría que haberlas tirado, pero de sólo pensar el daño que eso te provoca no me arrepiento.

—¿Las tiraste? —estalló entre desencajado y desilusionado. Se separó de ella y se dejó caer contra una pared, deslizándose hasta el piso—. ¿Cómo pudiste? —chilló ofuscado—. La necesito Gimena, me voy a volver loco.

Javier seguía la escena con cierto reparo. Parecía que Mirko podía tornarse violento en cualquier momento. La desesperación empezaba a reflejarse en su rostro. Pero, para su sorpresa, Gimena no se amedrentó. Se acercó a él resuelta y tomó el rostro de Mirko en sus manos. Lo acarició con ternura, apaciguándolo.

La voz de Gimena era casi un murmullo. Sin dejar de

mirarlo a los ojos, le confesó que había tenido tanto miedo que hacía días que no hacía más que rogar porque él apareciera sano y salvo. Le aseguró que le conseguiría algo para tomar; algún sedante o algún ansiolítico. Pero no consentiría que siguiera consumiendo.

—Pero, Gimena...

—Confía en mí, como yo confío en vos, —susurró con ojos llenos de lágrimas—. No quiero perderte, juntos vamos a salir de esto, —agregó. Se separó de él y con una sonrisa le limpió las lágrimas que empezaba a deslizarse—. ¿Mejor? —preguntó con suavidad. Mirko asintió y la abrazó con fuerza—. Quedate tranquilo que voy a buscar tu mochila.

—Te acompaño, Gimena, —se ofreció Javier con rudeza—. No quiero que vayas sola.

No le estaba gustando nada como ese hombre la estaba involucrando en un asunto por demás peligroso.

—Gracias, —dijo Mirko sabiendo que el joven Estrada debía desaprobar su manera de actuar—. Hay mucha información en esa mochila.

—No hace falta Javi, vine con Guille —comentó Gimena con soltura.

Mirko la miró de pronto ofuscado. Se separó de ella manifestando abiertamente su malestar.

—Desaparezco unos días y el barbudo ya se te pega, —protestó.

Gimena revoleó los ojos, con todo lo que él tenía para preocuparse, venía a molestarse porque Guillermo la

estuviese ayudando.

—Por favor, Guille no se me pegó, —respondió ella—. Sólo está ayudándome. Además, viene con su novia.

—¿Novia? ¿Qué novia? —esta vez fue Javier quien preguntó.

—Te va a encantar descubrirlo, Javi, —dijo Gimena ya más animada. Se volvió hacia Mirko para besarlo a modo de despedida—. Vuelvo en un rato.

Javier la siguió fuera de la sala de reuniones. En cuanto cerraron la puerta tras ellos, Gimena se derrumbó. Javier la sostuvo, conteniéndola y dándole margen a desahogar la angustia.

—Tranquila, —le dijo tratando de calmarla—. Ya pasó lo peor. Apareció con vida. Aquí está seguro.

—Estoy tan asustada, Javi, —balbuceó—. ¿Viste cómo está?

—Ahora va a estar mejor, —le aseguró él—. Ya llamamos a un abogado penalista para que lo asista.

—Gracias por escucharlo. Fuiste el único que le dio esa posibilidad, —agregó con amargura—. Nuestros amigos no fueron tan comprensivos cuando les conté.

—No es tan sencillo, Gimena, reaccionan como pueden ante situaciones que asustan y sacan a cualquiera de su eje —respondió Javier tratando de aplacarla.

—Pero vos le creíste, sino no estaría aquí todavía, —sentenció ella.

—Es difícil, Gime, aunque él dice que no la mató. Todo indica lo contrario.

—No la mató, —chilló Gimena cansada de repetirlo—. Estaba conmigo. No entiendo porque no lo dice. Estuvimos juntos todo ese fin de semana.

—Te está protegiendo, —accedió Javier con seriedad—. No quiere que tu nombre aparezca. De todas formas, sólo espero que sepas lo que estás haciendo.

—Lo sé. Cometió errores, pero no es ningún delincuente.

Hablando al respecto llegaron a la recepción. A Javier casi se le cae la mandíbula al ver a su padre conversando con su amigo Guillermo y Milena San Martín.

—¡Ahh por Dios! —exclamó Javier que no sabía cómo tomar lo que acababa de descubrir.

A la distancia lo saluda Guillermo con una sonrisa pícaro bailando en sus labios. Milena fue un poco más tímida y apenas le sonrió. Gimena se apuró a sacarlos de allí antes que Javier comenzara con las preguntas.

—¿No es un poco chica para él? —deslizó Carlos Estrada al llegar junto a su hijo.

—Te juro papá que de lo último que pienso ocuparme es de las novias de Guillermo, —respondió con la cabeza puesta en otra cosa—. ¿Se sabe algo de Tomi?

—Su secretaria me llamó para decirme que estará aquí en unos minutos.

—Bien, —respondió Javier—. Mirko se va a quedar dormido en cualquier momento. Ese hombre está agotado.

—Lo sé. Voy a conversar con él.

Javier aprovechó para tomar su celular de uno de los

bolsillos. Llamó a su esposa que aún permanecía en casa de Miguel y Mariana. Luego de hablar brevemente con Carola sobre lo que estaba sucediendo, Javier le pidió que lo pusiera en alta voz, necesitaba que sus amigos comprendieran la gravedad de la situación.

—Hola a todos, —dijo con voz tensa y cansada—. A ver, la situación es por demás compleja. Milosevic se encuentra bastante golpeado, evidentemente es un adicto que hace días que no consume. Se declara inocente de todo lo que lo acusan y dice tener mucha información; por eso lo buscan para matarlo.

—Gimena salió para allá ni bien llamaste, —comentó Miguel—. La llevó Guille.

—Lo sé, Micky. Ya llegaron, —comentó Javier y pasó a contarles lo que había sucedido—. Gimena está desesperada, preocupada y asustada. No lo tomen a mal pero no es momento para que la peleen ni para que le demanden explicaciones que no puede dar. Está enamorada de Milosevic y creo poder decir que él también.

—Pero qué nos estás diciendo, Javier, —fue Lara quien reaccionó primero—. ¿Estamos hablando del mismo hombre? ¿Del que busca la policía por homicidio y no sé cuántas cosas más?

—Sí, del mismo, Lara. Y si me preguntan estoy empezando a creer todo lo que dice. Para mí, no solo que no la mató, —afirmó sabiendo que su opinión los aplacaría—. Sino que le están tendiendo una trampa.

CAPITULO 22

El estudio estaba sumido en silencio y penumbra cuando Tomás Arriaga irrumpió en la recepción. Estaba intrigado generalmente los casos que le llegaban desde el estudio Estrada estaban relacionados con delitos en la órbita de lo económico y ninguno de los casos que Javier manejaba exigían reuniones de urgencia a esas horas de la noche.

Que el mismísimo Carlos Estrada estuviera esperándolo impaciente en la recepción para intercambiar algunos comentarios antes de pasar a la Sala de Reunión, no lo tranquilizó.

—Es una situación un tanto delicada, —informó Carlos poco acostumbrado a lidiar con ese tipo de situaciones—. Es el hombre que busca la policía por el caso de la mujer que apareció muerta en el departamento de Villa Crespo. ¿Lo tenés presente?

—Por supuesto que tengo presente el caso, —repuso Arriaga con algo de soberbia—. Está en todos los noticieros junto con la fiesta clandestina que terminó en masacre.

—Bueno, él sostiene que no la mató, —comentó Carlos—. También dice que tiene mucho más para contar. Alega que han tratado de matarlo en más de una ocasión por la cantidad de información que tiene en su poder.

Arriaga meditó las palabras de Carlos. La situación

comenzaba a cobrar color y él advertía claramente todo lo que involucraba el caso.

—Puedo preguntar ¿cómo un hombre así terminó en tu Estudio?, —dijo con cierto cinismo—. Tus clientes suelen ser de otro *target*.

—Creo que tiene que ver con una amiga de mi nuera, —respondió.

—Las amistades, divino tesoro, —deslizó sarcástico Arriaga. Miró su reloj, eran las nueve y media de la noche—. Bueno, veamos qué tiene para decirnos. Pasemos.

La puerta se abrió de pronto y Carlos Estrada ingresó seguido por Tomás Arriaga, a quien se ocupó de presentar. El abogado de porte serio y soberbio estiro la mano hacia el muchacho de aspecto sucio y desalineado que lo observaba con desconfianza. Era un contraste digno de observar.

—Perdón que me demoré tanto, pero tenía asuntos pendientes que requerían de mi atención, —dijo Tomás Arriaga, ubicándose frente a Mirko. Como si los Estrada hubiesen desaparecido, se dirigió a él con frialdad y firmeza—. A ver, para dejar las cosas claras de entrada, señor Milosevic, no estoy muy seguro de que pueda representarlo. Estoy bastante ocupado estos días, pero lo escucharé y le daré mi opinión por la relación que tengo con los Estrada.

—Entiendo, —dijo Mirko que no pensaba perder su oportunidad—. Usted me da el tipo ambicioso y soberbio, —retrucó Mirko con firmeza ganándose una dura mirada

por parte del abogado—. Créame que mi historia le resultará por lo menos tentadora. Y para ser claro, deje que le diga que no confío en los abogados penalistas.

Arriaga lo estudió brevemente. La rápida respuesta del hombre lo puso alerta, obligándolo a prestar mayor atención. Podía parecer abatido, pero todavía le quedaba resto.

—Bien, convénczame de ello entonces, —dijo Arriaga con arrogancia. Cruzó sus brazos y luego de mirar su reloj, le pidió a Mirko que comenzara.

—Puede parecer arrogante, —comentó Javier tratando de apaciguar los ánimos—. Pero es muy bueno en lo suyo, Mirko. Confía en él no te va a vender gato por liebre.

Mirko contempló brevemente a Javier, con la duda bailando en su semblante. Finalmente asintió y respiró profundo dándose ánimos. Decidió comenzar por el verano de 2007 ofreciéndole un buen resumen de cómo era vivir en las inmediaciones del puerto de Mar del Plata y en los reformatorios que pronto conoció.

—No importa tanto todo eso, —lo cortó Arriaga con impaciencia—. Hasta donde sé lo buscan por el homicidio de una mujer. Por lo que vi en las noticias, y por lo que Carlos me informó, la encontraron muerta en su cama.

—Yo no la maté y aunque sé quién lo hizo, me parece importante avanzar de a poco en la historia para que comprenda el todo, —sostuvo Mirko con contundencia—. La muerte de Serena es solo un eslabón en toda la historia; por favor, necesito que me escuche. Luego saque

sus conclusiones.

Había algo en el tono de ese muchacho que intrigó aún más a Arriaga. Él era un legista experimentado que había visto de todo en el ámbito penal. El que tenía delante no era un hombre temeroso de volver a la cárcel; el que tenía adelante era un hombre que sabía que estaba sentado en un polvorín y que su vida pendía de lo que estaba por decir. Tampoco parecía importarle demasiado cómo toda esa historia terminaría; estaba jugado.

Arriaga asintió. Se estiró para tomar del centro de la mesa un block y una lapicera. También se sirvió un café bien negro.

—Lo escucho, entonces, —dijo con seriedad antes de darle un sorbo a su café—. Prometo no interrumpirlo a menos que sea necesario.

Mirko asintió y comenzó su monólogo. Tal como lo había decidido comenzó hablando de cómo conoció a Candado, cuyo nombre real era Omar Gómez Urduz, según Antonella Mansi le había informado. Él nunca había escuchado su verdadero nombre, sólo conocía su apodo. Candado era proveedor de droga de la zona de Constitución en la ciudad balnearia de Mar del Plata. Tenía un modus operandi bastante básico. Se acercaba a los más jóvenes, principalmente adolescentes con poca o ninguna contención familiar. Los tentaba, les fiaba hasta volverlos adictos; luego, endeudados con él, los manejaba a su antojo. Si se negaban o se resistían, terminaban muertos. Así había comenzado su historia, pues, de tanto

consumir lo que Candado le daba, un buen día se encontró haciendo un pacto con el mismísimo diablo; fue por esa deuda que Candado lo tenía amenazado de muerte si no hacía lo que él decía.

—Permítame que lo interrumpa, —dijo Arriaga, que empezaba a interesarse por el relato—. Me gustaría entender un poco mejor qué era lo que ese hombre hacía. ¿A usted le consta que se han cometido asesinatos en ese entorno?

—Me consta, claro que me consta. Por lo general caían accidentalmente de algún acantilado de la zona o simplemente alguien los atropellaba, —dijo sin vueltas—. Pero, no voy a entrar en más detalles porque usted no me representa.

Arriaga se replegó un momento; el hombre estaba atento, alerta.

—Está bien. Me parece justo, —dijo Arriaga tomando nota—. Pero me gustaría saber cómo terminó preso.

—Me hicieron una flor de cama, —respondió con rencor—. No tengo dudas de que Candado me armó la causa para direccionar toda la atención hacia mí y él quede libre de culpas. Después de todo necesitaban un culpable. Mi departamento apareció lleno de droga y con una vasta cantidad de videos pornográficos caseros.

Mirko hizo una leve pausa ante los recuerdos que se amontonaban en su mente y alimentaba el rencor que ese hombre le provocaba. Respiró hondo y agradeció el vaso que Javier le ofrecía. Bebió un poco y prosiguió.

Un abogado a quien él nunca contrató se había ocupado de su defensa. Un tal Rolando Almafuerte, si mal no recordaba, no sabía ni quien había pagado por sus servicios, pero por lo que más tarde supo, nunca se ocupó de defenderlo. Hacía mucho que no pensaba en ese hombre y lo sorprendió lo mucho que recordaba de ese ser nefasto. Seis fueron los años que estuvo encerrado en el penal de Batán y no la pasó nada bien, tenía cicatrices que de por vida le recordaría el infierno que había vivido.

—Una tarde, se presentaron dos personas que dijeron ser de una Fiscalía, —continuó con voz monocorde—. Uno de ellos me presentó varias fotografías de gente que conocía de la época de Candado. Negué conocerlos. No era nada bueno que me relacionaran con ellos. Hicieron muchas preguntas y no volvieron a aparecer. Ni siquiera sé sus nombres, nunca los dijeron. Fue al poco tiempo que una Fiscal Federal se presentó para hablar conmigo. Quería hacer un trato.

Les habló entonces de la propuesta de la Fiscal, de cómo ella se ocupó de acelerar la autorización para salidas transitorias primero y libertad condicional después. También le ofreció techo, a cambio de trabajar bajo sus órdenes; por último, le facilitó el ingreso a la Editorial donde necesitaba que trabajase.

—En realidad, tenía toda una operación montada, —continuó diciendo con voz pausada—. De hecho, cuando me sacó de Batán, una de las primeras cosas que me dijo fue que en poco tiempo en la Editorial necesitarían un

fotógrafo.

—Ese es un procedimiento por demás peculiar, — comentó Arriaga de pronto interesado en lo que escuchaba—. Las fiscalías no suelen manejarse así.

—Eso mismo dijo Almafuerte, — comentó Mirko por lo bajo.

—¿Almafuerte? —acotó Arriaga no queriendo perderse detalle—. ¿El abogado que lo defendió?

Mirko asintió. Le habló del cruce de palabras que el abogado tuvo con la fiscal y que después de eso no volvió a verlo.

—¿Cómo se llama la Fiscal? —preguntó Arriaga cada vez más intrigado—. Y ¿qué era puntualmente lo que quería de usted?

—Garrido, Claudia Garrido —respondió Mirko con aspereza—. Ella quería que yo le informara lo que hacía Antonella.

—¿Antonella Mansi? —preguntó Arriaga. Mirko asintió—. ¿Usted la conocía?

—De antes no, yo conocía a Candado, —explicó—. Claudia sabía que entre Antonella y su esposo había algún tipo de relación con Candado. Espiándola a ella era posible llegar a él. Nunca me dijo de que se trataba la operación que conducía, ella sabía que yo quería vengarme de Candado; alimentó ese odio confirmándome que él había armado toda la operación que me mandó a la cárcel. Garrido sostenía que Candado tarde o temprano aparecería; Él siempre fue mi objetivo. Hasta donde yo sé,

a Claudia le importaban De La Cruz y Antonella.

Arriaga asintió y tomó nota de todo. Volvió su atención a Mirko que ahora retomaba el relato. Les habló entonces de cómo Garrido lo introdujo en la Editorial; de Antonella Mansi y su marido; de lo ficticio de ese matrimonio y de cómo no tardó mucho tiempo en convencer a Antonella de convertirse en su amante. También eso fue algo que Garrido le había indicado que hiciera; tenía que lograr que Antonella lo tratase como a un confidente, que le abriese las puertas de su casa, de su mundo. No fue difícil lograrlo.

Todo, lo que iba descubriendo debía transmitirlo a Garrido y ella le daba las indicaciones para seguir. Cuando su sentencia se cumplió, la fiscal le dijo que desde ese día en adelante trabajaría para ella. Le presentó un documento; una suerte de contrato que él firmo y desde entonces pasó a cobrar un sueldo mensual; su trabajo era encubierto y sólo debía reportarlo a ella.

Durante un tiempo no fue mucho lo que sucedió y eso favoreció a Mirko que estaba descubriendo que le agradaba la fotografía. Robándole tiempo a donde podía, tomó cursos y poco a poco fue consolidándose en la Editorial. Descubrió que no solo disfrutaba, sino que además era bueno.

No pasó mucho tiempo hasta que finalmente Candado se presentó en la Editorial. Para ese entonces, Mirko ya había logrado poner micrófonos y cámaras en el domicilio de Antonella; también se habían instalado un par de

troyanos que actuaban como un espejo entre la computadora laboral de Antonella y una pequeña notebook que Garrido había dejado a Mirko. Así descubrieron que Antonella estaba involucrada en la asociación que tenían Candado y De la Cruz.

—Hagamos una pausa, —dijo Arriaga, interrumpiendo el monólogo de Mirko. Necesitaba cotejar sus notas—. Hasta ahora tengo a la Fiscal Garrido, al tal Candado y al matrimonio De la Cruz, —dijo Arriaga repasando sus anotaciones ante la primera pausa de Mirko—. ¿Dónde entra la mujer que apareció muerta en su domicilio?

—A esa mujer la conocí en una sesión fotográfica. Dijo ser productora de moda de la agencia de De la Cruz, —explicó Mirko con impaciencia—. Se acercó hablar conmigo. Fue un momento extraño, parecía que me estudiaba, me sondeaba. Luego, a los pocos días, la vi coqueteando con De la Cruz y deduje que deseaba ganarse la atención de su jefe. Pero...

—No era así, —interrumpió Arriaga que empezaba a cansarse con tantos datos, a su entender, innecesarios.

—Nada más lejos de la realidad, —reconoció.

Pasó a contarles de los distintos lugares donde la cruzó, hasta que ella decidió acordar un encuentro para hablar más tranquilos. Fue allí cuándo mostró quien era verdaderamente.

—Fue bastante impactante comprobar que ella estaba al tanto de mis antecedentes, —continuó—, sabía mi nombre, mis apodos y cómo había dejado Batán.

También, me advirtió que no confiara demasiado en mi benefactora; que por algún motivo me había sacado de prisión. Por último, mencionó que yo era un cabo suelto en toda la operación y que cuando ya no me necesitasen, me eliminarían.

Arriaga se puso de pie y se estiró. El cansancio empezaba a manifestarse en su rostro. Necesitaba ordenar un poco la información antes de avanzar. Era mucho lo que había escuchado y Milosevic parecía tener mucho más para compartir; aunque todavía nada ayudaba a aclarar los acontecimientos del presente.

—¿Cómo dijo que se llamaba esa mujer?

—No lo dije, —respondió Mirko tajantemente. Arriaga alzó la vista y sus miradas chocaron midiéndose—. La conocí como Serena Roger, pero no sé si ese es su nombre real. No lo creo.

Mirko encendió un nuevo cigarrillo. Meditó brevemente y pasó a hablarle de los últimos encuentros con Serena. Arriaga alzó la mano interrumpiéndolo.

—Una pregunta, ¿por qué cree usted que ella se inclinó por confiar en usted? —quiso saber concentrado—. Es raro que, sin conocerlo, optase por contarle tanto.

—Desde un primer momento ella me dijo que temía que yo fuera el cabeza de turco de toda esta operación, —confesó con aspereza. No le agradaba el modo en que ese engreído le hablaba—. Ella decía que si yo no prestaba atención iba a terminar arruinando años de seguimiento e investigación. Tenía muy clara toda la situación y estaba

segura de que, llegado el momento, me iban a eliminar. Y eso es, justamente, lo que está sucediendo. Antes de que la maten, me envió un par de audios; parece que comprendió que era su única opción. Pero no sé por qué.

Mirko no podía agregar más que eso al respecto. Entonces pasó a contar lo que ella le había dicho la última vez que la vio con vida. Se cuidó de no mencionar las pruebas de momento; no lo haría hasta no saber si ese abogado arrogante lo representaría. Sólo entonces hablaría de todo aquello.

—¿Cuándo y dónde la vio por última vez? —preguntó Arriaga, cuando Mirko terminó de hablar de ese encuentro.

—En el Hotel Emperador Mondini. Fue luego de un desfile que Antonella me había pedido cubrir para la revista, —respondió—. Serena tenía reservada una habitación. Allí nos encontramos.

—¿Encuentro íntimo?

—No, jamás me acosté con ella, —respondió tajante—. Sólo intercambiamos información.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Arriaga cada vez más intrigado con todo lo que escuchaba.

Mirko sonrió maliciosamente y terminó su cigarrillo de una sola aspirada. Dejó salir el humo lentamente al tiempo que lo apagaba. Luego alzó la vista y miró a Arriaga. No pensaba compartir esa información con él, aún. Sacudió su cabeza y así se lo dijo.

—Está bien, es justo, —reconoció Arriaga. Bajó la

vista hacia sus anotaciones—. Entonces esa fue la última vez que la vio con vida. ¿Qué pasó después?

—Garrido tenía especial interés porque Antonella me incluyera en el listado de invitados de una fiesta en la que todos ellos estarían, —informó—. Serena lo supo y buscaba la misma información. Esa era la gran oportunidad que todos parecían estar esperando, porque en ese lugar se encontrarían todos los involucrados.

—¿La masacre del 13? —preguntó Arriaga sorprendido. Frunció el ceño tomando dimensión de todo lo que escuchaba—. ¿Usted estuvo ahí?

—Sí, los golpes son de ese día, —respondió señalando su rostro—. Candado me descubrió enviando un mensaje, me agarraron entre dos matones y se ensañaron conmigo, —comentó con el mismo tono que había dicho todo lo demás—. Por irónico que parezca, estoy vivo gracias a esos tipos que entraron a los tiros. Los dos que no paraban de pegarme me dejaron para ver qué sucedía.

Arriaga se dejó caer en el asiento y frotó su rostro con una mano. Tomó el termo de café y lo encontró vacío. Cruzó miradas con Javier que se puso de pie y fue a reponer. Eran cerca de la una de la mañana y todo indicaba que faltaba un poco para que terminaran.

—¿Quiénes eran las personas que tenía que informar que allí estaban?

Mirko lo miró con cierta aprensión. No terminaba de resolver si confiaba en él. Se sentía embotado; su mente estaba saturada de tanto pensar, tanto tratar de recordar.

Necesitaba parar un poco. Sin responder la pregunta del abogado se puso de pie y, temblando nerviosamente se acercó a la ventana. Encendió un nuevo cigarrillo y casi no lo fumó.

—No va a responderme, ¿verdad? —insistió Arriaga—. Por lo menos dígame si tiene pruebas para todo lo que me contó.

—Claro que las tengo, —balbuceó al borde de sus fuerzas—. ¿Por qué mierda cree que me quieren matar? Tengo todas las pruebas.

Se volvió hacia la ventana y tambaleó. Se sobresaltó al sentir un brazo que lo sostenía. Balanceándose retrocedió un paso y miró al abogado que ahora lo estudiaba con cierta conmiseración. Algo en la mirada de Arriaga lo aplacó. El hombre volvió a tomarlo del brazo y lo ayudó a sentarse.

—Siéntese, Milosevic, —dijo Arriaga con suavidad y esta vez se sentó a su lado—. Usted necesita descansar hombre.

—No antes de terminar de hablar...

—¿Quiere contarme algo más sobre la muerte de esa mujer?

—No hay mucho que contar. Fue una muerte estúpida y sin sentido, —confesó de la nada—. Antonella Mansi mató a Serena. Ella misma me lo dijo.

—Pero ¿sabe por qué motivo la mató o por qué la dejó en su departamento? —asombrado por el descubrimiento.

—La mató por celos; pensó que ella tenía algo

conmigo, —respondió automáticamente. Ya no tenía forma de resistirse. Estaba demasiado agotado—. La dejó en mi departamento para atarme a ella. Creo que también dejó una buena cantidad de heroína para inculparme. Le dijo a la Policía que habíamos estado juntos. Lo que ella no sabe es que yo estaba con otra persona.

—¿Con quién? —preguntó, pero Mirko sacudió su cabeza negativa.

Arriaga lo estudió un momento. Ya no sabía qué pensar. También él estaba cansado. Llevaba horas encerrado en esa sala escuchando todo lo que Milosevic decía. Tenía mucho en que pensar y aunque todavía no había resuelto si le creía, por lo menos, dudaba.

Javier ingresó en ese momento seguido por Gimena que se apuró a acercarse a Mirko. Él sonrió débilmente al verla y se recostó contra ella en cuanto Gimena lo abrazó. Arriaga los miró mientras llenaba una taza con café y comprendió quien era su coartada real.

—Vamos a hacer lo siguiente, —anunció luego de darle un sorbo. Miró a Mirko y a Gimena que habían alzado la vista hacia él—. Quiero que vaya a descansar. Duerma todo lo que necesite. Voy a hacer algunas averiguaciones. Mañana lo llamo para volver a reunirnos. Trate de quedarse en un lugar seguro, —sugirió Arriaga. Luego miró a Gimena—. Pásele a Javier un número donde puedo ubicarlo.

—Claro doctor. Gracias.

Le costó bastante convencerlo de que era un lugar

seguro. Mirko no estaba de acuerdo, decía que el movimiento de gente podía ponerlos en riesgo, alguien podría ver su rostro y reconocerlo. No, no le parecía. Además, tampoco quería seguir involucrándola. Mientras conducía, Gimena lo dejaba hablar; notaba que su verborragia y su paranoia y lo adjudicaba a la falta de droga; había hecho algunas averiguaciones, por eso no lo censuraba.

—¿A dónde vamos? —preguntó desorientado al ver que no se detenían en la entrada principal del hotel.

—A la entrada de servicio, —respondió Gimena—. No vamos a entrar por la puerta grande. Nos esperan por la entrada de empleados.

—¿A quién le contaste que veníamos? —preguntó exaltado.

—Uno de los chefs es amigo mío, —respondió con tranquilidad—. Le dije que quería deslumbrar a un tipo a quien quiero conquistar, —agregó dedicándole una pícaro mirada que él respondió con una leve sonrisa. Eso lo apaciguó un poco—. Mi hermano no está en Buenos Aires. No le dirá nada a nadie, te lo aseguro. Me debe un favor.

Mirko no estaba tan seguro. Por momentos sentía que tenía mil ojos sobre él, siguiéndolo, esperando el segundo en que se descuidara para caerle encima. Estaba asustado.

—Ahí está Jordi, —dijo Gimena disminuyendo la velocidad. Miró a Mirko—. ¿Estás listo para bajar? Porque no voy a detener el auto. Un amigo de Jordi se

ocupará de llevarlo a un estacionamiento apartado.

—Pero....

Así hicieron. Gimena apenas aparcó el auto. Jordi los aguardaba con la puerta de servicio entreabierta; un joven de apenas veinte años se apuró a llegar junto a Gimena, para ocuparse del auto en cuanto ella y Mirko descendieron.

—No sabes lo agradecida que estoy, Jordi, —dijo Gimena abrazando al chef. Mirko se mantuvo apartado, pero nadie reparó en él.

—Feliz de poder ayudarte mi reina, —respondió el hombre—. Quieres que en breve te envíe algo para comer.

—Sí, te lo agradecería, —respondió Gimena—. Algo liviano.

Sin perder más tiempo, Gimena tomó a Mirko de la mano y lo guió hacia un ascensor de servicio. Marcó el último piso, donde se encontraba la habitación privada que su hermano tenía reservada para grandes ocasiones. Sólo él autorizaba su uso, pero estaba segura de que si ella le informaba que allí estaba nadie la molestaría.

Mirko miró la habitación azorado. Nunca había visto algo de tamaña envergadura, lujo e imponencia. Lo primero que vio fue un cómodo living comedor que enfrentaba un hogar. Un poco más alejado, sobre una pequeña tarima, se alzaba una gran cama que enfrentaba amplios ventanales de pared a pared. Mirko se acercó y contempló la negrura del río y la luminosidad de la ciudad. Era una vista maravillosa.

—No te preocupes que tiene cortinados que bloquean el sol, —anunció con suavidad.

Gimena se acercó a él y lentamente lo ayudó a quitarse la campera. Mirko giró a mirarla y la abrazó. Necesitaba sentirla cerca. Estaba tan cansado de esconderse y huir.

—Vamos a bañarnos, —le dijo Gimena con suavidad—. Necesitás relajarte.

—No sé qué intenciones tendrás, —comentó con una mueca—. Pero sugiero que lo dejemos para después de dormir un poco.

Gimena rio y luego de tomar su rostro entre sus manos para besarlo suavemente, lo condujo al gran baño donde un cómodo hidromasaje circular era el gran protagonista. Lo encendió y le indicó que se quitara la ropa. Así lo hicieron los dos y no tardaron en ingresar.

Gimena no dijo nada de los múltiples hematomas que el cuerpo de Mirko mostraba, pero la afectaron profundamente. Ya en el agua, Gimena tomó la botella de jabón líquido y comenzó a bañarlo. Mirko se dejaba mimar, con ojos prácticamente cerrados. Estaba agotado física y mentalmente.

—No te duermas acá, Mirko, que no voy a poder sacarte, —le dijo y aunque parecía un comentario cómico, era bastante real—. Hablame.

—¿De qué?

—¿Te pareció que Arriaga te creyó?

—Tal vez, todo depende de lo que descubra con sus averiguaciones, —respondió somnoliento—. ¿La

mochila?

—Está en la habitación. Dentro de mi bolso.

—Gracias, —comentó, recostando la cabeza contra el hombro de Gimena. Se aflojó—. Me estoy durmiendo Gime.

Lo sacó del hidromasaje, lo envolvió en una bata y lo secó. En pocos minutos lo guió hacia la cama donde lo ayudó a recostarse. Antes de que se durmiera profundamente le dio de tomar un sedante.

—¿Qué es?

—Un tranquilizante para que duermas y combatas la abstinencia, —le aseguró mirándolo directo a los ojos donde encontró un alto grado de vergüenza—. Te va a ayudar.

Mirko asintió y aceptó la pastilla que ella le daba. Se durmió antes de apoyar la cabeza en la almohada. Agotada, Gimena se acostó a su lado. Eran las dos y media de la mañana.

CAPITULO 23

Tomás Arriaga tenía por costumbre levantarse temprano. No importaba demasiado la hora en que se haya acostado e indefectiblemente el día de la semana que fuera, él a más tardar a las 7.30 dejaba la cama. En el gimnasio que había montado en su cómodo departamento; ejercitaba cerca de una hora para luego ducharse e ir a desayunar. Sin embargo, esa mañana le costó concentrarse en su rutina. Su mente estaba abarrotada de pensamientos; todos relacionados con lo que había escuchado la noche anterior. Corrió media hora en la cinta pensando en la historia de Milosevic y en cada uno de los personajes que la componían. Mientras se duchaba trató de repasar cada punto y finalmente resolvió que lo primero que chequearía era a qué fiscalía pertenecía Garrido; la recordaba de nombre, pero no la asociaba a casos como los que involucraban a Milosevic. Luego, trataría de averiguar quiénes estaban involucrados en la investigación del caso de Antonella Mansi y el crimen del departamento de la calle Araoz.

Mientras desayunaba, repasó las notas tomadas la noche anterior, para luego hacer un bosquejo de cómo plantearía la investigación. Todavía no le confirmaría nada a Milosevic, pero ya había resuelto que se ocuparía del caso. No sólo era interesante desde el punto de vista penal, sino que además incrementaría su reputación y le

daría posicionamiento. <<A ponerse en movimiento>>, pensó y tomó su celular.

—Buen día, Adriana, —saludó a su secretaria personal—. Necesito pedirte que me averigües cuanto antes lo siguiente.

—Buen día, doctor Arriaga, —repuso la chica—. Dígame, que tomo nota.

—Necesito saber dónde puedo encontrar a la doctora Claudia Garrido, es fiscal, pero no sé de qué Fiscalía, —le indicó—. Quiero que consigas toda la información posible; número de teléfono, correo electrónico y principalmente las últimas causas en las que estuvo involucradas.

—Perfecto. ¿Se lo envío al correo o sólo le preparo un informe para cuando usted llegue?, —preguntó la chica solícita.

—Con que lo tengas, para cuando llegue está perfecto, —respondió con sequedad—. Otra cosa. Averiguame quién es el fiscal de la causa contra Antonella Mansi y por último quién está a cargo del caso de la mujer que apareció muerta en ese departamento de la calle Araoz.

—Listo doctor, —dijo la chica—. Le indico la agenda del día.

Una vez concluida la conversación, Arriaga se puso de pie. Más tarde volvería a ocuparse del caso Milosevic.

—Está durmiendo todavía, Javi, —dijo Gimena en voz baja—. Anoche se durmió ni bien llegamos no pude ni

hablar con él. No, no vio nada de las pruebas.

Alguien golpeó a la puerta y Gimena se puso de pie para abrir. Había pedido servicio de desayuno completo. Estaba muerta de hambre y podía asegurar que Mirko también lo estaría cuando despertase. Dejó ingresar al mozo que colocó todo junto a la mesa y se retiró sin necesidad de que Gimena firmase nada.

—Si querés podés darle este número a Arriaga, —decía Gimena—. ¿Sabes algo de él?

Javier le comentaba que había hablado con Arriaga hacía poco más de una hora y que lo único que le había informado era que el fiscal que llevaba la causa de Antonella Mansi era un conocido de la facultad. Pensaba hablar con él para interiorizarse del caso. Al juez lo conocía poco; sólo de nombre.

—Bueno, supongo que sólo resta esperar que él se comunique con nosotros, —dijo Gimena. Se volvió hacia el interior de la habitación y la sobresaltó ver a Mirko mirándola con seriedad—. Se acaba de despertar.

—¿Con quién hablás? —ladró Mirko asustado.

—Con Javier, —le respondió ella con calma—. ¿Querés hablar con él? —preguntó. Mirko sacudió su cabeza negativamente y se dejó caer en una de las sillas junto a la mesa—. Bueno, Javi, hablamos más tarde.

Gimena dejó el celular sobre la mesa y miró a Mirko que contemplaba el lugar con aire ausente. Bordeó la mesa y se acercó a él para abrazarlo por la espalda. Así permanecieron unos segundos.

—Tengo hambre, —manifestó Mirko con aplomo.

Gimena se separó de él y caminó hacia la gran bandeja que un mozo acababa de dejar. Sirvió una taza de café con leche como recordaba que a Mirko le gustaba, y se la extendió. Luego, acercó a él un plato de medialunas, otro de fiambres; también había frutas y variedad de panes. Por último, colocó dos jarras de jugos de frutas.

Gimena disfrutaba de un café negro mientras observaba cómo Mirko deglutía en silencio. Comió absolutamente todo lo que había sobre la mesa y lo hacía con una desesperación considerable.

—Comé despacio, —le dijo en reiteradas ocasiones—. Te va a caer mal.

—Tu amigo Javier me dijo lo mismo anoche, —respondió con aspereza.

Gimena lo miró palpando su mal humor y su distancia. No dijo nada de momento, prefirió que él madurara su malestar; algo le estaba pasando. Y en el tiempo que habían compartido, Gimena había descubierto que había que darle espacio cuando estaba así; siempre terminaba compartiendo el motivo de su fastidio.

Cuando terminó su café, Gimena se puso de pie y fue hacia su bolso. Sentía la mirada de Mirko clavada en su espalda, pero no dijo nada. Buscó la mochila y la colocó sobre la mesa.

—Me voy a duchar, —anunció—. Supongo que te gustará tener cierta privacidad para comprobar el contenido de todo eso.

Mirko no dijo nada, simplemente asintió. Esperó a que Gimena ingresara en el cuarto de baño y tomó la mochila. Con poca paciencia la vació. Dejó la pequeña computadora sobre la mesa junto a todo lo demás y buscó el sobre donde tenía el celular y la memoria externa.

Se sirvió más café y un gran vaso de jugo de naranja que bebió de un trago. Acomodó la computadora, conectó los auriculares y se puso a trabajar. En pocos minutos tenía todo el material descargado en su notebook y desde allí pudo analizar mejor el contenido.

Con detenimiento repasó la totalidad de la información. Lo afectó escuchar la voz de Serena Roger y por primera vez detectó el miedo y la preocupación en ella. Sabía que la seguían; sabía que podían llegar a eliminarla, por eso había dejado el sobre y ese último mensaje en el hotel. Pasó a mirar el pendrive que ella le había dejado. Allí había mucha información; vio varias fotografías de Candado entrando a una gran casa en el conurbano; también encontró fotografías de De la Cruz con varias modelos, en apariencia menores de edad, en situaciones un tanto sospechosas. En un archivo adjunto vio distintas direcciones de los lugares donde éste solía ocultarse y donde acopiaban droga. Releyó todo muy por arriba. Era mucha evidencia; demasiado concreta e incriminatoria.

Lo tranquilizó comprobar que no había nada allí que lo incriminase; ni siquiera su nombre figuraba. Si hasta la copia digital de su expediente, donde figuraba su grueso

prontuario, culminaba con la sentencia que había cumplido. Pasó a revisar los últimos audios que ella le había indicado y fue entonces que recordó los dos nombres que Serena le había indicado. Cachorro Andragón o Ratón Blandes. ¿Tenía que informarle a Arriaga? Serena había dicho que sólo a ellos les confiara esa información.

Tan inmerso estaba que no advirtió que Gimena salía del baño hasta que el aroma de su perfume floral lo alcanzó despertando su necesidad de ella. Se quitó los auriculares y se volvió hacia Gimena que subía por la escalera hacia la cama. Llevaba sólo la toalla anudada al cuerpo y el cabello recogido en un rodete alto. Desde donde estaba, Mirko apreció su cuello delgado y la firmeza de sus hombros rectos que enmarcaban una espalda esbelta. Tentado se puso de pie y sigilosamente se le acercó.

Gimena lanzó un grito y el corazón casi se le sale del pecho cuando él la abordó arrojándola sobre la cama.

—Me vas a matar de un susto, —chilló ella controlando la respiración—. ¡Cómo se te ocurre...!

—¿Pero a quién más esperabas? —respondió él divertido por su sobresalto.

No le dio tiempo a nada, mientras ella trataba de responder, Mirko se abalanzó contra su cuello y fue descendiendo hasta toparse con la toalla. Alzó la vista con picardía y se deshizo de ese impedimento con la boca. Gimena rio, emocionada. Sentir su boca contra su piel era

como revivir y se entregó sin reservas, sabiendo que solo con él alcanzaba el paraíso.

Arriaga dejó el auricular en su sitio y se reclinó contra el respaldo de su cómodo asiento. Ese día no había hecho otra cosa más que empaparse de los dos casos que tenían involucrados a Milosevic. Y, cuanto más averiguaba, más crédito le daba a todo lo que Mirko había mencionado. Todo concordaba. Aunque la información que más lo abrumaba era la que su secretaria le había entregado ese mediodía y él acababa de corroborar. Ahora sólo debía discutir el caso con Milosevic y definir los pasos a seguir.

Tomó su celular, y llamó a Javier Estrada. Habían hablado varias veces durante el día y tenía que reconocer que su amigo, el joven contador, se había mostrado a la altura de las circunstancias.

—Javi, —dijo sin molestarse en saludar—. Necesito reunirme con ellos. Tengo mucha información que discutir con Milosevic.

—Dame cinco minutos y te llamo.

Mientras esperaba, Arriaga reunió las distintas anotaciones que había hecho durante el día. No se había atrevido a abrir el juego a Sol Benegas, su asociada; le parecía demasiado peligroso, prefería que ella se ocupase de los casos que ya venían trabajando juntos. El celular no tardó en sonar y, sin decir nada, Tomás tomó nota mental de la hora y el lugar donde se reunirían con Javier.

—¿Vamos juntos?

—Perfecto. Te espero en media hora en el estacionamiento.

—Hecho.

Entraron en el Lobby del hotel Emperador Mondini hablando de lo increíble que era el último Audi que Javier había adquirido. Todavía extrañaba su TT, pero desde que los chicos habían nacido, Carola no quería saber nada con un auto sin puertas traseras.

—Comprate uno para vos, —exclamó Tomás con suficiencia—. Ella puede tener la gran camioneta y vos tu bellísimo TT.

—Esa es buena idea, Tomi, —repuso guiando hacia un ascensor ubicado en el extremo más alejado.

Era un ascensor privado que conducía a un sector del hotel al que sólo un reducido número de personas tenía acceso. Una vez dentro, Javier pulsó el botón *Pent-house*.

—¿Ella tiene contactos en este hotel?

—Podríamos decir que tiene tantos contactos como su hermano Manuel Rauch Mondini?

—Me jodés, —exclamó Arriaga sin poder creerlo.

—No, Tomi. Aunque te cueste creerlo, así es.

—Mi Dios, —balbuceó—. ¿Dónde conoció a Milosevic?

—Creo que en la editorial... pero no estoy seguro.

Cuando las puertas se abrieron, dieron con una puerta de doble hoja blanca con marcos negros. Javier se ocupó de golpear, y la mismísima Gimena abrió segundos más

tarde. Los saludó a ambos invitándolos a pasar. Ya había hecho un pedido de café, té y otras bebidas para no tener que interrumpirse. También había bocaditos, dulces y salados para acompañar.

—Pensaste en todo, —dijo Javier notando lo tensa que estaba—. ¿Estás bien?

—Sí, pero estamos nerviosos, —respondió señalando a Mirko con la mirada.

Los tres hombres se saludaron y tomaron ubicación en torno a la mesa. Gimena se ocupó de servirles café y algo de bebida mientras la reunión comenzaba. Fue Arriaga quien tomó primeramente la palabra. Comenzó hablando del caso de la mujer asesinada; extrañamente el detective Castro le había informado que ya no estaba al frente de esa investigación. Desde hacía tres días, el caso estaba en manos del departamento de narcóticos, que trabajaba codo a codo con agentes de la DEA. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el nombre de la mujer fallecida, pero el caso estaba tomando ribetes que escapaban a un homicidio convencional.

Mirko asintió. Todavía no había resuelto si compartía con él o no toda la información que tenía al respecto.

—Por otra parte, con respecto a la fiscal, —dijo acomodando sus papeles—. Un amigo en común me ha informado que Claudia Garrido se ha jubilado recientemente.

—¿Jubilada? —preguntó Mirko que creía haberse perdido algo—. Cómo se va a jubilar si no llega a los 40

años.

Arriaga lo miró con desconcierto. Algo no estaba bien. La mujer que él conocía como Claudia Garrido tenía casi 70 años. No la recordaba bien porque rara vez se habían cruzado, pero en cuanto vio su fotografía la ubicó. Era una reconocida fiscal, de impecable trayectoria, seria, trabajadora y poco mediática.

—Esto no está bien, —exclamó Mirko de pronto sintiéndose a la deriva. Se estiró y tomó la computadora que descansaba en el extremo opuesto de la mesa. La abrió y la puso en funcionamiento—. Voy a mostrarle un video que me entregó Serena donde aparece Garrido. Serena estaba interesada en el hombre; nunca le preocupó la mujer. Tampoco le dije que se trataba de Garrido.

En silencio los cuatro vieron el video. Fue Javier quien quiso saber quién era el otro hombre. Fue Gimena quien le respondió que se trataba del esposo de Antonella Mansi, Alejandro De la Cruz.

—Tenemos que averiguar quién es esa mujer verdaderamente, —deslizó Arriaga con firmeza—. Porque si esa es la mujer que logró hacerse pasar por una Fiscal Federal, sacarlo de la cárcel y meterlo en todo este lio, es más peligrosa de lo que usted cree.

—Claro que es ella, —afirmó Mirko, cada vez más desconcertado—. En mi departamento tiene que estar el contrato que me hizo firmar. Tengo todo guardado en un lugar seguro.

—Vamos a tener que obtener una autorización para

ingresar a su departamento y buscar esas pruebas, — comentó Arriaga.

—¿Vamos? —lo apuró Mirko, jactancioso.

Arriaga elevó una mano para que se tranquilizara. Se puso de pie y caminó por el lugar rascándose la barbilla, cavilando. Concentrado trató de unir todos los puntos y creía que aún faltaban varios personajes para completar el cuadro.

—A ver, Mirko, —dijo entonces enfrentándolo—. Vamos a hablar claro. Quiero representarlo. Estuvo en lo cierto cuando dijo que este caso me interesaría. Pero esto es demasiado grande. Necesito tener toda la información. Necesito que me cuente absolutamente todo.

Mirko entonces se resolvió y antes de acceder a entregarle todo, le habló del último mensaje de Serena. Para que no hubiera dudas les hizo escuchar los últimos audios que Serena le había enviado.

—Tengo que encontrar a Cachorro Andragón y Ratón Blandes, —comentó mirando a Tomás—. Algo me dice que ellos deben estar esperando esta información o, por lo menos, deben estar buscándola.

Arriaga asintió y meditó lo que había escuchado. Pensó entonces que esa tarde al hablar con el detective Castro, no había preguntado por los investigadores que se habían hecho cargo del caso de la calle Araoz, como Castro tenía rotulado ese homicidio.

—Déjenme chequear algo, —dijo Arriaga tomando su celular.

Había registrado el número de móvil del detective Castro; uno no sabía cuándo podía necesitar a la policía. Lo llamó. Dedujo que tal vez, si hablaba con los investigadores de Narcóticos, podría obtener algo de información, pero debía ser discreto.

—Buenas noches, detective, habla Tomás Arriaga, —dijo con tono cordial—. No sé si me recuerda, pero conversamos esta tarde sobre el caso del homicidio de la calle Araoz. —Hizo una pausa, evidentemente del otro lado estaban hablándole. Tomi se volvió hacia ellos que lo miraban expectantes—. Disculpe que lo moleste nuevamente, pero necesitaría saber si puede informarme quién está a cargo de la investigación del caso. Mi cliente está dispuesto a hablar con las autoridades y necesita buscar cierta información que se encuentra en su departamento.

Arriaga se inclinó sobre la mesa y luego de tomar un bolígrafo para anotar los nombres que Castro estaba por darle. Alzó la vista luego de anotar el apellido Blandes y giró el papel para que Mirko pudiera leerlo.

—Entiendo, —terminó diciendo Arriaga—. No sabe cómo le agradezco, detective. Ha sido de gran ayuda. Que tenga un buen día señor. —Cerró su celular y lo dejó sobre la mesa. Miró a Mirko y le dedicó una sonrisa arrogante—. Bingo, ahí tenemos a una de las personas que necesitamos ubicar; Blandes es quien está a cargo de la investigación de la muerte de Serena.

—Genial, —dijo Mirko entusiasmado—. ¿Cuándo

podré hablar con ellos?

Arriaga notó su ansiedad y su desesperación. Tenía que tranquilizarlo y volverlo a la conversación que mantenían en esa habitación.

—Por qué no me contás un poquito más sobre lo que sucedió en esa fiesta clandestina, —sugirió Arriaga pasando deliberadamente al tuteo—. Ya está decidido que te representaré. Así que ahora me gustaría ordenar un poco la información para cuando hables con esos hombres.

Mientras Arriaga y Mirko continuaban hablando de las pruebas que Mirko deseaba entregar. Gimena se acercó a Javier. Necesitaba hablar con él sobre otro tema. Estaba preocupada por Mirko; su adicción era grande y ella no tenía idea de qué hacer para ayudarlo. Por lo que había investigado, uno de los principales problemas que se presentaba a un adicto que se hallaba en período de abstinencia, era la depresión y hasta la posibilidad de que decantara en una actitud suicida.

—Necesita ayuda especializada, —terminó diciendo, angustiada—. Anoche le di un ansiolítico para tranquilizarlo y no sabes lo mal que durmió.

—Creo que puedo hablar con alguien que puede llegar a ayudarlo — dijo Javier, cada vez más convencido de que ese hombre merecía una oportunidad—. Papá tiene un amigo que es médico, que ha trabajado mucho en zonas rurales contra distintos tipos de adicciones. Creo que en la clínica donde está internada la mamá de Micky, atienden

pacientes con esa problemática.

—Claro, Marta —exclamó—. Voy a llamarla y preguntarle.

—Exacto. Igual te voy a averiguar, pero podrías hablar con ella, —sugirió Javier.

—No me va a alcanzar la vida para pagarte todo lo que estás haciendo, Javi, —dijo ella con ojos llenos de lágrimas.

Javier la miró un segundo y la abrazó con fuerza, en sus ojos había visto tanto temor, tanta angustia, que lo contagió. De por sí no era una situación sencilla, si a eso se le sumaba su problema con la cocaína, era todo un desafío salvar a ese hombre. Pero Javier reconocía en ella esa fortaleza.

—No te preocupes, Gime, —dijo Javier tranquilizándola—. Voy a ver si conseguimos algún médico para estabilizarlo un poco. Pero sería bueno que vayas barajando la idea de que Mirko necesita ir a un centro especializado para luchar contra su adicción.

—Lo sé, Javi, —respondió ella—. Pero, no es nada sencillo hablar de ese tema con él. Decidí ir paso a paso o me voy a volver loca.

Arriaga se había puesto de pie y se servía un nuevo café. Le dio un sorbo y buscó un número en su celular. Luego se llevó el aparato a su oído. Caminando por la habitación hablaba con firmeza. Estaba arreglando una entrevista, pero necesitaba que no quedara registros de

ella. Era primordial que se reuniera con esos dos agentes para delimitar los distintos cargos que podían afectar a Mirko.

Gimena aprovechó para acercarse a él. Lo notaba algo perdido, abrumado como a quien le cuesta entender. Se ubicó a su lado y, delicadamente, le acarició el cabello que ya había comenzado a asomar. Mirko la miró y en sus ojos no encontró ni calidez ni emoción. Los notó oscuros, distantes y algo extraviados.

—¿Qué pasa? —preguntó Gimena notando reparo—. ¿En qué estás pensando?

Mirko no respondió. Se puso de pie y se alejó de ella hacia el gran ventanal que enfrentaba la cama. Allí se quedó contemplando la vista de la ciudad, la estación de trenes de Retiro y más allá el Río. Bajó la vista cuando sintió que ella llegaba a su lado.

—Estoy cansado de todo esto, —murmuró—. Me estoy preguntando si no sería más fácil entregarle todo a Arriaga y desaparecer. Terminar con todo esto de cuajo, no hay futuro para mí.

—¿De qué demonios estás hablando? —chilló de pronto asustada—. ¿Qué te dijo Arriaga para que ahora pienses así?

—No me dijo nada. Pero, no puedo más, —balbuceó casi al borde de las lágrimas—. Necesito... me estoy volviendo loco. Ya sé que no lo querés escuchar... pero necesito conseguir...

Se estaba desmoronando lentamente, Gimena ya lo

había notado y empezaba a ver en él algunos de los síntomas que había leído en distintos informes sobre adictos a la cocaína. Ese “desaparecer” que él había mencionado fue lo que encendió todas sus alarmas, porque Gimena entendía a qué se refería y ese pensamiento podía ser el peor de todos.

—Mirko, —lo llamó Arriaga con el rostro iluminado por la satisfacción—. Andragón y Blandes, vienen para acá.

Mirko asintió y se volvió a mirar a Gimena que lo contemplaba entre asustada y angustiada. Él entendió el motivo y la abrazó con fuerza.

—No te preocupes que no voy a cometer ninguna locura, —le aseguró al oído. Aunque asintió a Gimena esa afirmación se le clavó en el corazón porque fue una confirmación de que lo estaba pensando—. Te amo demasiado Gimena. Sos lo único bueno que me pasó en la vida y no quiero perderte.

—Te tomo la palabra, —le aseguró ella.

Los detectives se presentarían en la habitación del hotel de un momento a otro. Todos, incluido Mirko, habían estado de acuerdo en que no era conveniente que el lugar estuviese lleno de testigos cuando el encuentro tuviese lugar.

El lobby estaba atestado de gente que iba y venía. Al fondo del gran salón, el restaurante comenzaba a iluminarse, mientras un jardín, románticamente decorado, albergaba a los más osados que desafiaban las bajas

temperaturas.

Javier miró su reloj, en cuanto descendieron del ascensor. Todavía era temprano para volver a su hogar. Necesitaba descargar tensiones y tenía un par de puntos que deseaba discutir con Gimena, de modo que le propuso compartir un trago antes de marcharse.

—A vos también te va a venir bien hacerlo, —sugirió—. Vamos que nos lo merecemos.

Gimena lo meditó brevemente y terminó aceptando. Después de todo, quería quedarse cerca por si la necesitaban. No podía evitar sentirse preocupada. De eso hablaban cuando se sentaron y un mozo se acercó a levantar los pedidos. Indicaron sus bebidas y prosiguieron con la conversación.

Javier comentaba que su padre ya estaba al tanto y que había quedado en hablar con un especialista con quien pensaba contactarlo. Pero más allá de eso, era muy delicada la situación de Mirko y seguramente tendría que afrontar un largo tratamiento, eso Gimena tenía que entenderlo.

No había terminado de hablar cuando un hombre sorpresivamente se deslizó en la única silla vacía que quedaba junto a ellos en lounge.

—Bueno, aquí estoy, —anunció Andrés Puentes Jaume con una sonrisa sardónica—. Perdón, si llegué tarde.

—Para nada; justo a tiempo, —respondió Javier con cara de póquer—. Agregá lo que gustes que acabamos de

ordenar.

Gimena los miró a ambos primero con desconcierto y sorpresa, luego con algo de fastidio y hastío.

—Son dos tramposos, —protestó indignada. Miró a Javier poniéndose de pie—. Confiaba en vos.

—No seas melodramática. —replicó Andrés alzando un brazo hasta alcanzar el hombro de Gimena para obligarla a sentarse—. Solo queremos conversar un poco con vos.

—Pues yo no tengo ganas de conversar con ustedes, Andrés —disparó indignada—. Por lo menos no quiero hacerlo sobre ciertos temas

Andrés Puentes Jaume detuvo a uno de los mozos para pedirle un gin tonic con hielo. Luego se volvió hacia Gimena que lo contemplaba asombrada por lo elegante que era; siempre la impactaba su garbo.

—A ver, Gimena, —comenzó diciendo con esa voz envolvente y aterciopelada que transmitía suavidad, pero Gimena notó en el gris de sus ojos su ofuscación y su irascibilidad—. Más allá de que me estoy cansando de escuchar a Lara despotricar porque rechazas sus llamadas, nos tenés preocupados. No me gusta toda esta situación.

—No me digas que te mandó a convencerme de atenderla, —protestó Gimena con tono hiriente—. Qué bajo que cayó.

—Digamos que no sabe que estoy aquí, —se excusó Andrés con renuencia—. Pero me parece que tienen que sentarse a hablar.

—No estoy de acuerdo, —respondió Gimena filosa—. No me voy a sentar a escuchar que me digan todo lo que me dijeron la última vez. Tu esposa puede volverse un tanto arbitraria, y no tengo ganas de soportarla.

—Estoy totalmente de acuerdo con vos, —sostuvo Andrés—. Pero te quiere y está muy preocupada.

—Gimena, estoy de acuerdo con Andrés, tienen que sentarse y hablar, —intervino Javier con tono apaciguador—. ¡Vamos! Ustedes son amigas, no pueden dejar que una diferencia de opiniones las aleje así. Carola está también muy apenada con todo esto.

Gimena contuvo su malestar. Estaba tan enojada y dolida con la actitud de sus amigas, que le costaba encontrar un punto de inflexión que abriera el paso al diálogo. Pensar en Carola, Lara y Mariana la mortificaba y le quitaba energía; energía que había resuelto concentrar en ayudar a Mirko.

—Lo siento mucho por ellas, —dijo, luego de beber un poco de su trago—. Pero me dolió muchísimo cómo reaccionaron las tres. No me lo merecía. Yo estuve junto a cada una de ellas en los momentos más difíciles de sus relaciones.

—Gimena, —fue Andrés quien intentó interrumpirla, pero ella no se lo permitió.

—No, Andrés, yo estuve con Lara cuando ella no sabía ni como ocultar su dolor tras verte en Nueva York con alguna modelo colgada de tu cuello, —le lanzó en las caras sin anestesia. Luego se volvió hacia Javier—.

También escuché a Carola confesar entre lágrimas que te había perdido porque vos nunca le perdonarías lo que había hecho.

—No te enojés con ellas. Las noticias eran por demás preocupantes. Homicidio, tráfico de drogas, —dijo Andrés, al cabo de varios segundos de silencio—. Solo estábamos preocupados por vos.

—Podrían haber tratado de hablar conmigo, —sentenció ofuscada—. Yo las escuché cuando ellas necesitaron hablar.

—Sí, pero en este caso, antes de escucharlas resolviste no atender sus llamadas, —le recordó Javier—. Sé que Mariana intentó comunicarse con vos cuando la foto de Mirko comenzó a circular.

—Estaba enojada porque había metido a un delincuente en su casamiento, —se defendió Gimena—. Estaba segura de que sólo deseaban recriminarme y echarme en cara que estaba involucrándola con un hombre poco conveniente a sus vidas. Conozco a Mariana.

—Pues yo te aseguro que no es así, —reforzó Javier su postura.

Pero lo cierto era que ninguno cedía y aunque Javier notaba que se hablaban con cordialidad, la línea divisoria entre el fastidio y el enojo empezaba a ser muy delgada. Por su parte, ya tenía una decisión tomada respecto al tema de la discusión y no concordaba cien por ciento con ninguna de las dos partes.

—La verdad Gime, —decía Andrés con seriedad—. Fue Javier quien nos puso al corriente del caso.

Gimena lo miró y no pudo enojarse. Andrés le comentaba que gracias a las palabras de Javier todos habían entendido y, así habían tomado consciencia de la delicada situación en la que Mirko se encontraba.

—Gracias, Javi, —dijo Gimena con ojos vidriosos—. Vos le creíste desde el primer momento.

—Sí, pero también estoy de acuerdo con Andrés en un punto, —se apuró a agregar—. Y es por eso por lo que le pedí que viniera.

Gimena frunció el ceño y miró primero a Javier y luego a Andrés. Ambos estaban serios; claramente preocupados.

—¿Por qué no me dicen lo que tienen que decir de una buena vez?

—Que hable Javier, con él no te enojas tanto como conmigo, —protestó Andrés fingiendo sentirse ofendido.

Gimena le sonrió y le dedicó una mueca que él aceptó con una sonrisa que logró suavizar el momento. Entonces miró a Javier.

—Te escucho.

—Lo que verdaderamente nos preocupa es la estabilidad de Mirko, —empezó diciendo—. Lo he visto y el deterioro puede ser importante.

—¿De qué estás hablando?

—Es un adicto que lleva muchos años consumiendo, —continuó diciendo Javier—. Es muy difícil salir de eso.

—Lo va a lograr. Lo vamos a lograr.

Un nuevo silencio se apoderó de la mesa. Andrés y Javier intercambiaron miradas. Ambos asintieron en silenciosa comunicación.

—Javier se refiere a las secuelas que la droga pudo haber dejado en él, —dijo Andrés posando una de sus manos en el hombro de Gimena ganándose su atención—. Va ser muy difícil, pero no imposible. Solo queremos que sepas que más allá de todo lo dicho, estamos a tu lado para lo que necesites.

—Somos tus amigos, Gime, —agregó Javier—. Las chicas están muy preocupadas. Dale el espacio para disculparse. Tratá de entender y reconocé que la situación era por demás compleja.

—No te alejes de nosotros, —siguió diciendo Andrés—. Va a ser un camino complicado. Vos también vas a necesitar contención.

Gimena bajó la vista y meditó sobre lo que ambos acababan de decir. Ella también extrañaba a las chicas; eran sus amigas desde que tenía seis años; tenía con ellas incontables recuerdos. Alzó la vista y miró a Andrés, le dedicó una sonrisa cargada de emoción. Estiró su mano hasta alcanzar la de él; lo mismo hizo con la de Javier. A ambos les agradeció. Prometió que hablaría con sus amigas.

—También las extraño y no saben lo que me hubiera gustado sentir un poco de apoyo de parte de ellas, —dijo, casi en un susurro débil.

—De mi parte, sólo puedo decir que Lara lo sabe, —le aseguró Andrés.

—No quiero mostrarme rencorosa, —insistió—, pero...

—Lo entendemos, Gimena, —la interrumpió Javier—. Carola estaba sumamente mortificada, porque sabe que te lastimó.

Gimena asintió y no agregó nada más. También podía imaginar lo mortificada que debía sentirse Mariana que, como siempre, había sido la más punzante e hiriente; pero así era ella de sincera y franca.

Sonrió, las quería como hermanas; eran sus hermanas de la vida. Ya hablarían, se dirían unas cuantas verdades, llorarían y se perdonarían. Siempre era así. Gimena respiró hondo y se irguió en su asiento. Alzó su mano y llamó al mozo.

—Pedro, —le dijo luego de leer el cartelito con su nombre—. Traénos una ronda más de tragos y algo para comer. Lo dejo a tu criterio, —agregó y miró a sus amigos ahora con una sonrisa—. La casa invita.

CAPITULO 24

Eran cerca de las siete de la tarde cuando los detectives se presentaron en la habitación del último piso del hotel Emperador Mondini. Ambos fueron recibidos por Arriaga que se hizo cargo de la situación.

—La verdad, nos sorprendió mucho su llamado doctor Arriaga, —dijo el hombre ancho y calvo, de mirada penetrante y gesto adusto que se había presentado como Andragón—. No esperábamos un giro de este tipo en la investigación.

—No piensen que para mí fue diferente, —le aseguró indicándoles que tomaran asiento en el pequeño living donde se llevaría a cabo la entrevista—. Antes de que traiga a Milosevic, déjeme decirle que sufre de abstinencia; pero está lúcido y es coherente.

—Estoy bien, Arriaga, —sentenció Mirko con aspereza al acercarse.

Contempló a ambos hombres que inmediatamente se pusieron de pie para estrechar sus manos con él. Mirko notó el recelo que le dispensaban y esperaba, tal como había sucedido con Arriaga, que eso cambiase cuando lo escuchasen.

—Bueno, usted dirá qué tiene para contarnos, —dijo Blandes, sentándose nuevamente.

Era más pequeño que su compañero, pero de aspecto igualmente rudo y filoso. Llevaba el cabello castaño corto, como militar. Era, claramente, quien estaba a cargo

de la investigación.

—Antes que nada, quiero decirles que yo no maté a Serena, —sentenció con firmeza mirando a ambos hombres a la cara—. No sé si ese era su nombre real, pero así me dijo que se llamaba: Serena Roger.

Ambos hombres asintieron y uno de ellos le hizo un ademán para que siguiera hablando. Pero no aclararon nada.

Mirko, entonces, se apuró a mencionar que tenía coartada; había estado todo el fin de semana con una mujer. Andragón y Blandes asintieron sin mirarse y Mirko prosiguió. Les habló de Antonella Mansi y de cómo había confesado su crimen. No estaba seguro de poder probar eso, pero ella se había ufanado abiertamente de haberlo hecho para poder estar con él; para presionarlo, pues había confesado que habían estado juntos cuando Serena murió. El motivo, teniendo en cuenta la totalidad de la situación, era bastante estúpido, pues fueron los celos los que la llevaron a matarla. Hasta donde él entendía, Antonella nunca sospechó lo que Serena realmente buscaba.

Los hombres volvieron a cruzar mirada despertando la suspicacia de Mirko. A esas alturas desconfiaba de todo y de todos, si hasta por momentos dudaba de los consejos profesionales de Arriaga.

Andragón lo estudiaba con detenimiento, mientras Blandes intentaba hacerlo hablar. Lo que él acababa de decir sobre Antonella Mansi, podía ser cierto como no; de

momento era palabra contra palabra.

—Hasta ahora son solo conjeturas y palabras en el aire, Milosevic, —sentenció Blandes, ofuscado por lo vano del discurso del croata—. Prometimos no arrestarlo porque dijo tener mucha información que tenía que ver tanto con la muerte como con la investigación de Diana.

—¿Diana? —preguntó Mirko, de pronto perdido. No conocía ninguna mujer con ese nombre.

Andragón puso su mano sobre el brazo de su compañero para tranquilizarlo y que no siguiera insistiendo por ese camino. Miró a Mirko, que lo observaba con atención y le informó que Diana era el verdadero nombre de Serena; además de ser la ex esposa de Blandes.

—Serena era su nombre encubierto, —terminó reconociendo.

Mirko asintió y miró a Blandes que lo observaba con cierto recelo. Lo primero que hizo Mirko fue asegurarle que entre él y Serena no había sucedido nada más que intercambio de información. Ella se había acercado a él porque intuía que estaba alterando el escenario de su investigación.

—Esas fueron sus palabras, —terminó diciendo.

—¿Por qué no nos cuenta qué mierda sabe de todo esto y nos ahorramos tiempo y paciencia? —ladró Blandes que empezaba a perder los estribos.

—Me cuesta confiar en ustedes, —respondió—. Lo único que tengo es el mensaje de Serena.

—Mire, Milosevic, no tiene opciones, —le indicó Blandes—. O nos cuenta todo lo que sabe o lo arrestamos por homicidio. Su departamento está lleno de pruebas.

Mirko cruzó miradas con Arriaga, que asintió indicándole que hablase. Los policías tenían razón, no había mucha opción. Se puso de pie y fue en busca de su computadora, los pendrives y los celulares. Acercó todo a la mesa y allí lo colocó. Andragón comenzó analizando los teléfonos, mientras Blandes continuaba con el interrogatorio.

—Además de todo lo que nos dijo y lo que le envió en audios y videos, ¿hay algo más que Diana le haya dicho? —quiso saber Blandes, con aspereza—. Me cuesta creer que le haya confiado tanto a usted; hay algo que no me cierra.

—No hay nada más, —comentó Mirko sosteniéndole la mirada—. No crea que no me he hecho esa misma pregunta, pero no lo sé. Ella sólo dijo que temía que le arruinase toda la investigación; que me había investigado y que tenía que arriesgarse.

Durante la siguiente hora, Andragón se dedicó a analizar cada una de las pruebas que Mirko le había entregado. Se detuvo en un video en particular, y le pidió a Mirko, que le indicase quiénes eran.

—Cómo ya deben saber ese hombre es De la Cruz, —respondió con seriedad—. La mujer a la que le entrega el sobre es la que me sacó de la cárcel, yo la conocía como la Fiscal Claudia Garrido, pero ya me he enterado de que

ese no puede ser su nombre.

Andragón miró a la mujer con detenimiento. Luego volvió su atención a Mirko y le pidió que le hablase de aquel episodio. Una vez más, Mirko se encontró hablando de cómo había llegado a la cárcel de Batán y cómo una mujer refinada había aparecido para sacarlo de allí. Ella se encargó de que un juez firmase la autorización para salidas transitorias primero y libertad condicional después. Al cabo de un tiempo, Mirko cumplió su condena. Todo estaba en el expediente. Mientras escuchaba, Andragón tomaba nota de lo que Mirko decía. Conocía a esa mujer, pero no sabía de dónde.

—¿Recuerda el nombre del Juez que lo liberó?

—No. Sí en cambio, recuerdo que fue un tal Carranza quien me mandó a prisión, —comentó Mirko tratando de recordar. Empezaba a dolerle la cabeza—. No estoy seguro... ¿puedo ir a fumar?

Blandes asintió y volvió su atención a Andragón que fascinado abría los distintos archivos que se encontraban en la notebook de Mirko. Por un largo rato ambos policías se abocaron a estudiar la información que Mirko había suministrado.

—Todo está aquí, —dijo Andragón, eufórico—. Lo tenemos. Diana encontró la manera de unir todos los puntos y nos lo entregó en bandeja. Sólo falta saber dónde puede esconderse Gómez Urduz. Es cuestión de días hasta que lo atrapemos.

Blandes se puso de pie y caminó hacia el gran balcón

donde Mirko fumaba en silencio. Asomó la cabeza y le preguntó si tenía idea de dónde podía encontrarse Candado. Mirko lo miró por sobre su hombro y meditó su respuesta.

—No lo sé, —respondió evasivamente, empezaba a cansarse de todo aquello. Quería terminar de una buena vez. Entonces recordó la libreta—. Pero tengo algo más que puede interesarle.

Apagó su cigarrillo y, luego de ingresar, caminó hacia la habitación seguido unos pasos detrás por Blandes que lo observaba con detenimiento. De un estante tomó una mochila y la colocó sobre la cama.

—No se ofenda Croata, pero prefiero ser yo quién vea qué hay en el interior, —sentenció con frialdad. Mirko alzó la vista y se encontró con Blandes que lo apuntaba con un arma—. Disculpe, pero no puedo arriesgarme a que cometa una locura. Un paso atrás por favor.

Mirko alzó las manos y retrocedió. Solo entonces Blandes guardó su arma, tomó la mochila y le indicó a Mirko que regresara al salón principal.

—No tengo armas, —confesó Mirko sentándose junto a Arriaga que se limitaba a analizar el comportamiento de los policías y a tomar nota mental de lo que podía utilizar para su beneficio—. No hace falta que se ponga violento.

—No era mi intención, pero no puedo arriesgarme, —respondió Blandes. Buscó en el interior de la mochila y extrajo una libreta de tapas negras—. ¿Qué es esto?

—Esa libreta la encontré oculta en un cajón del

despacho de Antonella, —respondió—. Allí hay mucha información relacionada con toda la operación. Principalmente con las reuniones que organizaban. Tal vez encuentre lo que necesite.

Andragón y Blandes, no daban crédito a lo que tenían en sus manos. Entre los datos que Diana había recabado y lo que Milosevic aportaba, tenían lo que necesitaban para enjuiciar a Antonella Mansi y a Gómez Urduz.

—Me encantaría ver cómo aplastan a esa cucaracha, —deslizó Mirko con odio.

—¿Puedo darle un consejo, Milosevic? —dijo Andragón sin apartar la mirada de la libreta—. Olvídese de Gómez Urduz. Si buscaba venganza, créame que ya se está vengando trayéndonos todas estas pruebas. Ese hombre va a pasar el resto de su vida en la cárcel.

—Solo cuando lo vea, lo creeré, —murmuró Mirko con dientes apretados—. A él le debo el infierno al que me arrastró.

—Lo entiendo, pero no vale la pena, —insistió Blandes—. Como dice Cachorro, con todo lo que nos trajo, ya lo destruyó. Además, usted está en posición de hacer un muy buen trato. No lo arruine.

Había llegado el momento de hacerlo, así que allí fue cuando Arriaga se hizo dueño de la conversación. A Mirko mucho no le interesaba, en la situación y en el estado en el que se encontraba, no veía futuro. Sólo el presente que lo sofocaba.

Se puso de pie y fue directo a la mesa de bebidas. Se

sirvió un vaso de *whisky* y lo bebió sin saborearlo. Tenía la cabeza atiborrada de pensamientos; voces distorsionadas, imágenes que, vertiginosas, se sucedían unas a otras mezclándose con recuerdos eufóricos y sensaciones desmoralizantes. Volvió a llenar un vaso con *whisky* para vaciarlo de un trago.

—Trate de tomar agua, —sugirió Blandes, que advertía lo que Mirko atravesaba—. Va a ser duro, es bueno saberlo, pero no es imposible, Croata.

—Sabe cómo me dicen...

—Sí, lo sé. Sé casi todo sobre usted, Milosevic —reconoció—. Pero hágame caso. Necesita un buen médico que lo ayude a estar controlado. No es imposible.

Mirko terminó su vaso y lo rellenó, pero no lo bebió. Caminó hacia el balcón y una vez fuera se dejó caer en una de las reposeras y encendió un cigarrillo; Sintiendo los pasos de Blandes a su espalda.

—No hace falta que me siga, —protestó Mirko—. No voy a saltar por el balcón.

—Lo sé, simple procedimiento, —respondió Blandes, con cordialidad—. Además, no todos los días puedo estar en un lugar como este, —agregó divertido—. Qué linda vista.

Mirko asintió sin decir nada. Fumó y bebió en silencio perdido completamente en sus pensamientos. El *whisky* no había ayudado a despejar su mente, pero por lo menos el cuerpo se relajaba. A su lado, Blandes se movió y el sonido interrumpió sus desvaríos.

—¿Por qué le dicen Ratón? —preguntó Mirko tratando de llenar el silencio.

Blandes rio con ganas y tomó una botella de agua mineral. Bebió un poco y compartió con él la historia de su bautismo en narcóticos y cómo se ganó su apodo.

Resultó ser una historia divertida. Mirko por lo menos rio y se relajó un poco. Terminó lo que quedaba de su trago y miró a Blandes cuando este le palmeó el hombro para darle ánimo.

—Siento mucho lo de Serena, —dijo Mirko. El rostro de Blandes se ensombreció—. No la conocí mucho, pero me pareció valerosa.

—Lo era, eso puedo asegurárselo, —respondió Blandes. Le dio un largo trago a la botella de agua como si quisiera que lo ayudase a tragar el mal momento—. Hace un tiempo mencionó que había encontrado a alguien que podía ser de ayuda. Dijo que lo estaba analizando. Calculo que debía tratarse de usted. Recuerdo que dijo que creía que estaba involucrado, pero que parecía no tener mucha idea de qué buscaba.

—Supongo que podría haber estado hablando de mí, —confesó Mirko con voz neutra—, algo así me dijo en algún momento.

Por un largo rato ninguno habló. El frío de la tarde bajaba desde el cielo y un viento helado proveniente del río se adueñó hasta de sus pensamientos; ya no era comfortable estar fuera.

En el interior, Andragón se mostraba exultante con la

gran cantidad de información que allí había. Necesitaba llevar tanto los celulares como los pendrives al laboratorio para seguir analizándolos. Blandes se unió a su compañero, mientras Arriaga se apuraba a interceptar a Mirko.

—Ya tengo prácticamente todo acordado, —anunció Arriaga mirando a Mirko—. Debo terminar de cerrar el asunto con el Fiscal, pero todo indica que el trato que haremos será más que favorable.

—Bien, eso me tranquiliza.

—Por otra parte, —continuó Arriaga— Andragón quiere que te traslades a un lugar más seguro.

—No voy a ir a ningún lado, —protestó Mirko con firmeza—. Aquí me siento seguro.

—Escúcheme, Milosevic, —se apuró a decir Andragón, en cuanto escuchó la negativa de Mirko—. Tenemos que protegerlo y aquí es muy difícil hacerlo.

—No hace falta que me protejan, —protestó con mayor énfasis—. Ya tienen todas las pruebas, yo no quiero saber más nada.

—Estamos casi al final Croata, pero para que todo esto tenga valor, necesitamos que testifique y que su declaración forme parte del expediente, —terminó diciendo Blandes con voz serena—. Hasta que eso ocurra tenemos que llevarlo a un lugar seguro.

—Entendemos que esté asustado, —le aseguró Andragón—, pero es lo mejor.

—Mirko, —dijo Arriaga tratando de convencerlo—.

Estos hombres quieren ayudarte.

Le dolía mucho la cabeza; su mente estaba llena de gente. Necesitaba acallar las voces que se anidaban en su cabeza y que fomentaban una sensación de amenaza que lo asustaba. Estaba en peligro; irían por él; querían matarlo. Sacudió su cabeza y retrocedió atemorizado. Blandes fue el primero en reaccionar. Dio un paso hacia Mirko mirándolo directo a los ojos.

—Tranquilo Croata, tranquilo, —le dijo simplemente—. No pasa nada, quiero que respire. —Miró a Andragón y a Arriaga—. Está teniendo una crisis. Tenemos que tranquilizarlo y procurar que no se lastime.

Empezó a temblar. La ansiedad se apoderó de su mente y la certeza de que iban a matarlo se adueñó de él. Retrocedió poniendo distancia. Su instinto le decía que lo peor que podía suceder era que lo sacaran de esa habitación. Allí se sentía seguro, protegido y principalmente, allí estaba Gimena para contenerlo. No, no saldría de esa habitación. No confiaba en esos hombres, era muy probable que lo que buscaran fuera matarlo para sacarle las pruebas y así ayudar a Candado. Ya no confiaba en nadie.

—¿Dónde está, Gimena? —gritó fuera de sí—. ¿Dónde se la llevaron?

—¿Quién demonios es Gimena? —ladró Andragón.

—Su novia, —respondió Arriaga. Miró a Mirko y alzó su teléfono—. Ya la estoy llamando. Está en el lobby. Ya sube, Mirko. Tranquilo.

Mirko asintió y abatido, se dejó caer contra una pared.
—Gimena.

Se encontraba en el jardín de invierno fumando un cigarrillo pensando en sus amigas y en todo lo que Javier y Andrés le habían hecho ver. Hacía ya más de media hora que ellos se habían marchado, lo habían hecho luego de que Gimena les asegurara que estaba bien y que pensaría en todo lo que habían hablado.

Le daba la última pitada a su cigarrillo cuando su celular sonó estrepitosamente trayéndola a la realidad. Se sobresaltó al ver que era Arriaga quien la llamaba. Preocupada atendió y se dirigió hacia los ascensores.

Tardó menos de un minuto en llegar a la puerta de la habitación. Ansiosa golpeó y aguardó a que Arriaga le abriera. En cuanto ingresó, el penalista la retuvo un segundo para ponerla al tanto de lo acontecido.

—Quieren llevarlo a otro lugar, —terminó diciendo—. Temen por su vida, es mucho lo que sabe. Dicen que aquí no pueden cuidarlo como deberían.

—¿Usted qué cree?

—No sé qué creer a estas alturas, pero que sabe demasiado es una realidad, —respondió con total sinceridad—. Por otra parte, está atravesando una crisis. Sólo pide por usted. No quiere moverse de aquí.

Gimena asintió y siguió al abogado al interior de la habitación. Andragón y Blandes se pusieron de pie al verla ingresar. Estrecharon sus manos a modo de saludo.

—¿Dónde está?

—Recostado, —respondió Arriaga.

Mirko apareció en cuanto escuchó su voz. Se abalanzó sobre ella para abrazarla casi desesperadamente. Al oído confesó estar perdiendo la batalla; necesitaba un poco de cocaína ya no aguantaba más; se estaba volviendo loco.

—¿Dónde la arrojaste? Tal vez esté donde la tiraste. ¿Podés ir a buscarla?

Gimena lo sostuvo con fuerza. Le acarició la espalda unos segundos al tiempo que susurraba a su oído palabras tranquilizadoras; poco a poco sintió que Mirko se aflojaba. Recién entonces, se separó un poco y lo miró con emoción. Las líneas de su rostro se mostraban tensas; se lo veía demacrado, demasiado delgado. Los ojos lucían opacos, inyectados de sangre por la falta de descanso; la desesperación se reflejaba en su semblante. Gimena lo acarició con ternura, apaciguándolo, mientras trataba de convencerlo de que juntos lo lograrían.

—Sólo te pido que aguantes un poco más, —le dijo con suavidad—. Yo voy a estar a tu lado todo el camino.

Mirko asintió y se dejó abrazar nuevamente. Gimena volvió a guiarlo hacia el living donde lo ayudó a sentarse. Miró a todos los que allí se encontraban y reconoció el cansancio que sus rostros transmitían.

—¿Es necesario el traslado?

—Sí, lo es, señorita Rauch, —dijo Andragón con aplomo—. Como le explicábamos al doctor Arriaga, aquí no tenemos forma de cuidarlo. Lo necesitamos con vida.

—Entiendo lo que dice, yo también lo necesito con

vida, —repuso ella sarcástica. Arriaga le dispensó una mirada cargada de reprimenda, mientras que los policías se sintieron abiertamente amonestados por su falta de tacto—. ¿Pueden trasladarlo mañana? —preguntó con preocupación—. Esta noche me gustaría ayudarlo a tranquilizarse.

Entre todos discutieron ese punto. Andragón no parecía convencido, en cambio Blandes sugirió que no era mala idea, pues de ese modo podrían coordinar mejor el operativo.

—Podemos apostar a uno de los nuestros en la puerta, —sugirió Blandes, mirando a Andragón que asentía pensativamente.

—Eso no va a ser necesario, —repuso Gimena—. No quiero ninguna persona en el pasillo que llame la atención.

—Son tres las personas que buscan matarme, —dijo Mirko de la nada ganándose la atención de todos. Por momentos parecía desvariar—. No les conviene que viva.

Todos intercambiaron miradas de desconcierto y fue Gimena quien acariciándole una de sus manos preguntó de quienes hablaba. Mirko la miró, un manto de confusión parecía enturbiar su mirada. Sacudió su cabeza y bajó la vista.

—Tenés que descansar Mirko, —dijo Gimena hablándole con dulzura. Él alzó la vista y la miró con gesto perdido.

—Sí, descanse Milosevic, —sugirió Andragón

poniéndose de pie seguido de Blandes—. Nosotros nos marchamos y vamos a coordinar todo para trasladarlo mañana.

—Pero...

—Pero nada, Croata, —lo amonestó Blandes—. ¿Usted quiere que termine esta pesadilla? —Mirko ni siquiera asintió—. Pues deje que hagamos nuestro trabajo. Mañana hablaremos.

Afuera, el frío de la noche se había adueñado de la calle. La Avenida del Libertador, apenas se mostraba salpicada de vehículos que iban y venían en distintas direcciones. Una vez en la vereda, ambos hombres encendieron un cigarrillo. Un chofer los esperaba desde hacía horas. Con un gesto de su mano, Blandes le indicó que se marchara; caminarían.

Andragón fue el primero en hablar, asombrado por todo lo que habían escuchado; entendía que era momento de tomar una decisión.

—No me enorgullece lo que estamos por hacer, —confesó sin mirar a su compañero—. Pero vale la pena el riesgo.

—Estoy de acuerdo, —acordó Blandes—. Si hacemos las cosas bien, lo más probable es que nada le suceda. No seamos pesimistas.

—Vamos, Ratón, vos y yo sabemos que en cuanto hagamos los llamados que tenemos que hacer, Milosevic va a ser hombre muerto.

—Tal vez, —accedió Blandes—. Pero nada es seguro. En realidad, lo único seguro es que esta es nuestra última oportunidad para atrapar a Gómez Urduz y al traidor que está filtrando información. La operación amerita el riesgo; no vamos a encontrar mejor carnada. Así que hagamos lo que tenemos que hacer. El resto queda en manos de Dios.

Ratón Blandes fue quien dio el primer paso. Del bolsillo de su abrigo extrajo su celular y luego de pulsar un par de teclas se llevó el aparato a su oído.

—Buenas noches, —saludó con aspereza—. Si ya sé que es tarde, pero la situación lo requiere. Necesito que tu juez convoque a una reunión urgente, —indicó sabiendo que del otro lado entendían el mensaje—. Ya lo tenemos y aunque lo protegeremos, tenemos información de que quieren matarlo. Sí, eso pienso. Es imperioso que se reúna con el juez cuanto antes. Mañana mismo si es posible.

Por su parte, Andragón también hacía un llamado telefónico.

—Hola, habla Cachorro, —dijo con voz neutra—. Escucha bien lo que te voy a decir; quiero que hagas correr la voz. Atraparon al croata. Sí, el mismo. Mis fuentes dicen que está dispuesto a hacer un trato; información a cambio de protección. Por lo que me han informado, quieren mover la madriguera y vengarse de una buena vez de viejos rencores. Tiene mucho para compartir. No estoy seguro de donde lo trasladarán, pero sé que ahora está con su novia en un importante hotel.

Mañana lo moverán.

Guardaron sus celulares al mismo tiempo. Y se miraron no muy orgullosos de su proceder, pero con la satisfacción del deber cumplido brillando en sus ojos. Toda misión tenía sus sacrificios; ambos lo sabían.

—Vamos, Cachorro, —dijo Blandes—. Te invito una cerveza.

En el piso trece del Hotel Emperador Mondini, Gimena se recostaba junto a Mirko que finalmente se había quedado dormido. Como hipnotizada lo observaba respirar rítmicamente, admirando su perfil de labios rellenos y rasgos sensuales. Era dueño de unas cejas curvilíneas y una nariz recta, perfectamente delineada. Lo veía hermoso, como si su rostro hubiese sido cincelado y al mismo tiempo, lo sentía, tan golpeado por la vida, tan lleno de invisibles y hondas cicatrices, que le dolía el alma al sentir su dolor.

Una vez más la maravilló la profundidad de sus sentimientos hacia él, como si sus almas fuesen una y estuvieran entrelazadas desde siempre y para siempre. Así lo había sentido desde el primer día.

Para tranquilizarlo lo había guiado al hidromasaje. Allí permanecieron largo rato conversando de banalidades. Gimena quería su mente lejos de lo que sucedería al día siguiente. Para distraerlo, rescató el tema del proyecto que habían discutido en el campo; le gustaba y hasta creía que podría funcionar. Él escuchaba recostado contra ella que

lo sostenía en sus brazos; lo apaciguaba saber que tenían proyectos juntos. Luego cenaron en la cama, mimándose, permitiendo que la intimidad fuera mucho más profunda que las caricias. <<Hablame de Croacia>>, le había pedido él y ella accedió encantada. Le habló primeramente de su Rovinj natal conocida como la pequeña Venecia croata; le habló de su gente, de sus pintorescas calles, estrechas y adoquinadas, bordeadas por atractivas casas de coloridas fachadas.

—Rovinj es un mágico pueblo pesquero para recorrer tomados de la mano, —terminó diciendo Gimena anhelante.

Mirko sonrió y cerró sus ojos cautivado por su voz y por las imágenes que le ofrecía. Gimena hablaba ahora de ciudades medievales, de serpenteantes costas acantiladas que morían en mares cristalinos. Le contó sobre Dubrovnik, una de las ciudades más bellas que ella haya visitado, y cómo desde su fortaleza se apreciaban las vistas más increíbles.

<<¿Con quién la visitaste?>>, había querido saber él. Gimena se apuró a decir que había viajado con amigas. Mirko rio y para ella fue mágico volver a sentir su risa. <<Mentirosa. Estoy seguro de que fuiste con ese francés que muere porque vuelvas con él>>, lanzó con cierta malevolencia abriendo sus ojos para mirarla.

Gimena percibió la picardía y lo besó sin decir nada, cuando él sonrió con emoción dándole a entender que ya no importaba. La abrazó con fuerza, asegurándole que no

la dejaría volver con él; ya no se sentía ni tan generoso ni tan noble para hacerlo.

—Jamás te dejaría, —murmuró Gimena, acariciándole la mejilla—. Te amo demasiado, Mirko, —agregó, con voz cargada de emoción—. En qué momento te convertiste en el centro de mi vida, no lo sé, pero te aseguro que, esta vez, lo vamos a lograr.

No supo bien de dónde llegaba esa certeza, pero la convicción de haber pasado por situaciones similares la abordó provocándole un escalofrío. Mirko se acomodó y balbuceó algo en sueños. Gimena sonrió y, buscando su calor, se acurrucó contra él. Finalmente dejándose acunar por su rítmica respiración, se quedó dormida.

CAPITULO 25

A l día siguiente disfrutaron de una reparadora mañana de silencio e intimidad. La necesitaban luego de tanto ajetreo. Desayunaron en la cama, hablando de cualquier tema, eludiendo las preocupaciones que los acosaban y las definiciones de las próximas horas. Era agradable sentir un poco de normalidad.

Cerca de las diez se presentaron Tomas Arriaga y el detective Andragón, que estaría a cargo del traslado de Mirko a los Tribunales donde los esperaban. Luego, seguramente, regresarían al hotel, dado que aún, no habían ubicado un lugar donde llevarlo.

—Bueno, vamos hablando, —dijo Gimena al acompañar a Mirko hasta la puerta de la habitación—. Por la tarde estaré en la Editorial, —le dijo, antes de saludarlo con un beso—. Tratar de organizar ese caos, me va a ayudar a mantener la cabeza ocupada.

—Me parece muy bien. De algo vamos a tener que vivir cuanto todo esto termine, —le aseguró Mirko, con una sonrisa y ajustó sus brazos para pegarla a su cuerpo—. Desde ya te digo que me niego a ser un mantenido.

—Ya te voy a encontrar algo para hacer, no te preocupes que no te vas a aburrir, —le aseguró ella, con mirada profunda. Le sonrió y, no pudiendo contenerse, volvió a besarlo—. Mucha suerte. Acordate siempre que te amo. Avisame cuando termines.

Gimena cerró la puerta y toda la preocupación que sentía afloró en su rostro. No había querido mencionarlo, pero desde que había despertado que una sensación de inquietud la acosaba. La certeza de que cada vez que se habían separado algo malo había sucedido, creció llenándola de desasosiego.

Se acercó a la mesa y rellenó una taza de café. Se sentó a beberlo, mientras chequeaba sus mensajes en el celular. Tenía un mensaje de Lara; quería reunirse con ella para hablar. Gimena respiró hondo pensando en lo mucho que necesitaba de un abrazo de su amiga. Con cierto nerviosismo le respondió que cuando quisiera; era ella quien tenía más complicados sus horarios. *Ok. Te quiero Gime*, terminaba diciendo el mensaje de Lara. También yo, fue la respuesta de Gimena.

José María también le había enviado un WhatsApp adelantándole que había enviado un correo. Terminaba el mensaje con una carita feliz y un sobre. El corazón le dio un brinco al intuir que lo había conseguido; España había aprobado su proyecto y ella podía contar con ese apoyo económico e institucional. Por último, se encontró con un corazón que Mirko acababa de enviarle. Sonrió y lo retribuyó.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Preguntándose de quién podía tratarse, se acercó a abrir. Quedó petrificada al ver a Manuel parado en medio del corredor con cara de pocos amigos. Sin esperar ser invitado, ingresó a la habitación recorriendo cada rincón

con la mirada. Gimena lo siguió con algo de cansancio.

—¡Qué sorpresa Manu!, —exclamó al cerrar la puerta—. Te hacía en China.

—Acabo de llegar.

Gimena sabía que Manuel no se había presentado para hacer sociales; seguramente, estaba furioso por encontrarla en esa habitación sin su permiso. La que estaba por enfrentar no sería una conversación sencilla; su animosidad y su contrariedad, eran palpables. Pero no se amedrentó, y alzando la barbilla enfrentó a su hermano resuelta a llegar al fondo de la cuestión.

—¿Un café? —ofreció tratando de cortar el clima.

— No, gracias, —respondió Manuel, con un tono controlado, aunque contundente—. Parece que te aburraste del departamento de Raúl y no tuviste mejor idea que instalarte en la mejor habitación de este hotel.

—Fue un caso de fuerza mayor Manuel, —se excusó sabiendo que debía librar una batalla que no había contemplado hasta ese momento—. Mañana, a más tardar la libero.

—¿A quién metiste en esta habitación Gimena? —demandó Manuel, en un tono cargado de enojo—. Sabes muy bien que esa habitación está reservada para casos especiales.

Gimena bajó la vista eludiendo la mirada inquisidora de su hermano. Claramente el horno no estaba para bollos y lo mejor era andar con cautela para no tentar al dragón. Bebió un poco de café y se sentó en una de las sillas. Alzó

la vista, y lo observó brevemente, considerando que el que estaba allí parado era su hermano, el de siempre; Manuel no había cambiado tanto, y a ella le constaba que era un buen hombre. Decidió cambiar de tema.

—¿Qué es lo que necesitas que te firme? —preguntó Gimena evadiendo claramente la pregunta y llevando la conversación a un terreno más seguro. Manuel la observó un momento, sorprendido—. La última vez que hablamos mencionaste que necesitabas poner en orden el patrimonio de la familia, —continuó Gimena con seguridad.

—Es verdad, —accedió Manuel con cierto recaudo. Que Gimena tomara la delantera lo hacía desconfiar—. Hace años que necesito que las acciones de papá de la cementera pasen a estar a tu nombre, al de mamá y al mío; lo mismo sucede con el Hotel, la residencia y el campo.

Gimena asintió y respiró hondo; ese era un tema que detestaba tocar, pero entendía que era importante para los negocios de su hermano.

—Me gustaría quedarme con el campo, —se atrevió a decir, empujada por un impulso que llegó desde de lo más profundo de su ser.

Manuel asintió, sorprendido por el pedido, él prácticamente no recordaba el campo de la familia; tenía una cuenta destinada a mantenerlo porque sabía que siempre había sido importante para la familia. No tenía ninguna intención de cuestionar esa petición.

—Pero dejaré que Javier se ocupe, —dijo de pronto resuelta a no involucrarse más en ese asunto. Enfrentó a

Manuel—. ¿Benítez sigue siendo tu abogado?

—Sí, por supuesto, —respondió adoptando una actitud distante—. Al decir Javier, te referís a Javier Estrada, ¿verdad? El esposo de Carola.

—Sí. Javier y su estudio están manejando mis asuntos legales y contables, —repuso y se dirigió a la silla donde descansaba su bolso. Tomó un cigarrillo y lo encendió con un millón de cosas en la cabeza—. No me gusta hablar de estas cosas y lo sabés.

—Sí, claro que lo sé, —repuso él con frialdad—. Lo decís cada vez que podés.

—No quiero discutir más, Manu, —terminó diciendo Gimena—. Entiendo que, aunque no me guste, son temas que hay que resolver. Prefiero hacerlo sin ahondar mucho en los porqués del caso.

Manuel la observaba con detenimiento, advirtiendo el cambio que se manifestaba en ella. No estaba seguro de desear preguntar. Había llegado de París, con la cabeza llena de comentarios sobre lo mucho que Etienne parecía estar sufriendo a causa de Gimena. Todos en París lo habían mencionado; el hombre no se resignaba a perderla y había difundido su pesar a los cuatro vientos.

Manuel lo estimaba y, en algún punto, de todas las conflictivas relaciones que su hermana había mantenido, el francés era el único que se ajustaba a los convencionalismos de novio y esposo que Manuel deseaba para ella; de modo que se había comprometido a interceder por él. Pero Gimena no era la misma.

—¿Qué cambió, Gimena? —preguntó de la nada, sorprendiéndola—. Hasta hace unos días, no se te podía hablar del tema.

Gimena suspiró, bebió un poco de agua y tomó una decisión.

—Hace un par de semanas estuve en el campo, —comenzó diciendo—. Totona está igual.

Manuel alzó la vista y la miró con interés, por fin la había escuchado hablar desde el corazón. Lo sorprendió gratamente; era un gran avance que haya visitado el campo.

—Me alegra escuchar eso, —comentó Manuel, reconfortado—. Así como lograste hacerlo en el campo, lo lograrás acá Gime, —deslizó Manuel, ahora con algo de ternura en la voz—. Te va a hacer muy bien.

—Sí, Mirko me ayudó a entender lo sucedido y aceptarlo, —siguió diciendo, sin dejar de jugar con una servilleta con nerviosismo—. Pude hablar de ello por primera vez desde que el accidente tuvo lugar...

—¿Mirko? —preguntó Manuel desorientado—. ¿Quién es Mirko? —insistió. No le había gustado nada que su hermana compartiera con un desconocido una tragedia familiar tan dolorosa—. Ese es un tema familiar, Gimena. No tenías ningún derecho a hablar de ese asunto con un extraño. ¿Es el tipo con quien te instalaste acá?

Gimena lo miró sin dar crédito. No entendía del todo la reacción y, antes de replicar, prefirió ubicar a su hermano.

—Mirko no es un extraño, Manuel, es el hombre que amo, —respondió sosteniéndole la mirada—. No me digas que no hablabas de estos temas con Ana, —acotó, ahora mostrándose maliciosa—. Claro que no, la pobre ni se enteró que era un adorno; seguramente fue con Valeria con quien hablabas de esos temas... ¿así se llamaba tu asistente? Pues yo no soy igual a vos.

Un silencio helado se instaló entre ellos nuevamente. Manuel la fulminó con la mirada, la mención de su exesposa y su examante no era el mejor modo de aplacar los ánimos.

—Muchas cosas cambiaron, —sentenció Gimena, adelantándose. Se puso de pie—. No quiero seguir discutiendo. Mirko me hace bien y me ayuda de muchas formas...

—Etienne me pidió...

—No voy a hablar de Etienne, Manu —dijo interrumpiéndolo con determinación—. Ese es un tema cerrado para mí.

—Pues tendrías que tomarte la molestia de comunicárselo, —repuso Manuel, también dejando la mesa—. Él aún tiene esperanzas.

—Ya no sé cómo decírselo...

Gimena consultó su reloj. Quería pasar por el departamento antes de dirigirse a la editorial, se le estaba haciendo tarde.

—Tengo que ir a la Editorial, Manu —dijo simplemente—. No quiero seguir discutiendo con vos.

Sólo te pido me des tiempo para entender por qué lo hiciste.

Manuel la miró sintiendo la estocada que Gimena acababa de clavarle para dejarlo indefenso. Asintió, no sabía qué otra cosa hacer. Gimena lo siguió hasta la puerta de la habitación. Se acercó a él para despedirse con un beso en la mejilla. Él la observó un instante, sintiendo un agrio sinsabor en su boca.

—Mañana dejo la habitación, te lo prometo, —le aseguró con suavidad—. No te enojas por eso.

—Está bien.

Más que una declaración testimonial ante la justicia, el encuentro que tendría lugar en el despacho del doctor Ferrari, parecía una reunión cumbre para definir los pasos a seguir en un fuerte operativo. Acompañado por Arriaga, Mirko se presentó a la hora acordada, durante el traslado se interiorizó de los principales aspectos de la reunión que mantendría y todo lo que de ella dependía. El detective Blandes fue quien los recibió y los condujo hasta la sala donde los aguardaban.

Una vez en la sala de reuniones, Blandes se encargó de las presentaciones. El primero en ponerse de pie fue un hombre de unos sesenta años, pulcro y de aspecto distinguido; era el Juez Román Ferrari. A su lado se encontraba el doctor Eugenio Arguindegui, Secretario de Justicia en representación del Poder Ejecutivo y el Fiscal General Nicolás Montaña. Por último, una mujer de unos

setenta años, cabello entrecano y cuerpo regordete se puso de pie.

—Estaba muy intrigada de conocerlo señor Milosevic, —dijo antes que Blandes pudiera presentarla—. Soy Claudia Garrido, la real, ex fiscal federal, —agregó altivamente—. Y sinceramente no creo haberlo conocido ni en el ámbito profesional, ni mucho menos en mi vida privada; lo recordaría sin duda.

Mirko frunció el ceño y la contempló, sin saber si debía tomar el comentario como un halago o una expresión de malestar. La mujer lo estudiaba con detenimiento. Tenía una mirada punzante, filosa, e intimidante que a Mirko le costó sostener.

—Encantado señora, nunca nos hemos visto, —accedió finalmente él, dedicándole una sonrisa contagiosa.

La mujer también sonrió y con un ademán los invitó a que tomaran asiento. Entre todos se saludaron y se ubicaron en torno a la mesa. El juez indicó que se sirviera café o té a quien gustase; luego los mozos se retirarían hasta nuevo aviso.

La reunión comenzó sin más demora. Primeramente, la ex fiscal Garrido quiso saber en cuantas situaciones su nombre había sido utilizado.

—Me refiero a cuantas veces se utilizó mi investidura, —aclaró—. Porque a todos los delitos que se le imputan a esa mujer, debe sumársele el de usurpación de identidad.

—No sabría responder esa pregunta, —repuso Mirko

con seguridad—. Por lo pronto yo la conocí hace más de dos años.

—Empiece desde el principio señor Milosevic, —indicó el juez transmitiendo toda su autoridad—. Iremos haciendo las preguntas que creamos convenientes a medida que avance en su relato.

Mirko asintió y una vez más comenzó a contar su historia. Mientras él hablaba de cómo la falsa Garrido se había presentado en el Penal de Batán y principalmente de la propuesta que le había acercado para colaborar con la Fiscalía, sus interlocutores seguían sus palabras con atención. De tanto en tanto tomaban nota o asentían ante alguna mención puntual.

—¿Qué fue lo que le ofreció a cambio de colaborar con la Fiscalía? —quiso saber la verdadera Garrido.

—Agilizar mis salidas transitorias, —respondió Mirko como si fuese lo más evidente del mundo—. Me ofreció la oportunidad de comenzar una nueva vida, trabajando para el lado de los buenos.

El juez Ferrari y el Fiscal Montaña tomaron nota de ello y le indicaron a Mirko que continuara, aun cuando todos notaron el dejó sarcástico en el tono de su voz. Pasó a hablar de la Editorial Blooming y de cómo le facilitaron su ingreso al mundo editorial; también de los dispositivos que le indicaron que colocase tanto en el despacho de Antonella como en su domicilio. Al principio parecía que no había ningún delito a la vista; pero, entonces, una tarde apareció Candado.

—¿Cuándo habla de Candado se refiere a Gómez Urduz? —preguntó el Secretario de Justicia. Mirko asintió —. ¿Qué hacía cuando lo vio?

—Se reunía en la editorial con Antonella Mansi y De La Cruz, —respondió pensando que seguramente toda esa información estaba en el expediente que tenía delante.

—¿Sabe para qué se reunían?

Mirko miró a Arriaga brevemente y este le devolvió una imperceptible afirmación con la cabeza. Empezaba a ponerse nervioso. Las manos le sudaban y una sensación de ahogo lo inquietaba. Tomó el vaso de agua con algo de brusquedad y lo vació de un trago. Resolviendo cómo comenzar a hablar, extrajo un cigarrillo que no encendió, pero lo mantuvo entre sus dedos

Pasó a hablarles del rol que ocupaba cada uno en la suerte de sociedad que tenían; De la Cruz proveía sus modelos; Antonella las difundía mediante su revista. Tenían un código, donde el valor de cada prenda equivalía al servicio que ofrecían. Candado se ocupaba del lugar y los clientes, para el intercambio. Esas fiestas clandestinas, eran el punto de encuentro.

—Una vez que descubrimos quiénes eran los actores, todo fue mucho más sencillo, —respondió—. Nos enteramos de que se estaban organizando esas reuniones y una tarde, de pura casualidad, cayó en mis manos una libreta que pertenecía a Antonella; allí hallé la fecha exacta, la dirección del lugar y la contraseña para entrar. También había detalle de las anteriores y las futuras

reuniones.

—¿Para qué lo querían en esa fiesta? —quiso saber el representante del poder ejecutivo—. ¿Tenía algún objetivo?

—Sí lo tenía. Días antes del encuentro, la mujer que se hacía pasar por la Fiscal me pidió que además de cerciorarme de que Candado y De La Cruz estuvieran allí, tenía que ubicar a otras personas, —respondió con voz neutra—. Ella me mostró tres fotografías para que los reconociera. Sólo quería que, en cuanto viese que todos ellos estuvieran allí, le avisase y ella pasaría a la segunda etapa del operativo.

—¿Segunda etapa? —preguntó el Fiscal Montaña.

—¿Los vio allí entonces? —preguntó Ferrari preocupado. Mirko asintió—. ¿Qué hizo después?

—Una vez que vi que todos estaban allí, me comuniqué con Claudia, —terminó diciendo y miró a la verdadera Garrido dedicándole una mueca—. Ella me había dicho que eran corruptos, que hacía años que los buscaba y que sería una excelente oportunidad para atraparlos a todos con las manos en la masa, —explicó con algo de tensión. Hizo una pausa y miró al fiscal Montaña—. Francamente, para mí la segunda etapa era la llegada de la policía. Para mí fue una verdadera sorpresa cuando esos matones irrumpieron disparando a mansalva.

—No fue a mansalva, —lo corrigió el juez—. De haberlo sido, tendríamos muchos más muertos. Esos hombres sabían a quienes debían matar.

—Tiene razón, señor, —reconoció Mirko—. Estoy seguro de que yo era uno de los blancos, —Bajó la vista resignado—. Eso fue justamente lo que Serena Roger dijo que sucedería. Eso y que cuando estuviera muerto me llenarían de pruebas para parecer culpable de todo. Ella también estaba interesada en esa reunión.

El juez intercambió miradas con el fiscal y el secretario de justicia. Los tres coincidían con Mirko, pero no lo podían decir. Volvieron a prestar atención cuando Mirko pasó a contarles cómo Candado lo había descubierto y la golpiza a la que lo estaban sometiendo cuando los matones irrumpieron en el lugar. Logró escapar de milagro y esconderse en un campo hasta donde esos mismos matones lo siguieron e intentaron liquidarlo. No mencionó a Gimena y rogó porque nadie preguntara como había llegado allí. Se apuró a mencionar que no tenía idea de cómo pudieron encontrarlo.

—Usted tiene más vidas que un gato señor Milosevic, —acoto la ex fiscal—. ¿Cómo logró sobrevivir?

—Me crié en las calles del puerto de Mar del Plata señora, —fue su rotunda respuesta—. El instinto y la supervivencia, es la base de todo.

—Entiendo, —accedió la ex fiscal Garrido—. Puedo preguntar ¿quién es Serena Roger? No recuerdo haber leído su nombre en el informe.

Esta vez fue Blandes quien se ocupó de suministrar la información. Lo primero que informó fue que era la mujer que había aparecido muerta en el departamento de Villa

Crespo, el cual pertenecía a Milosevic. Además de aclarar que trabajaba en una operación encubierta, hizo hincapié en el papel que Mirko había tenido y cómo gracias a él las pruebas que Serena había conseguido quedaron a buen resguardo.

—Antonella Mansi confesó ese crimen la noche de la fiesta, —comentó Mirko—. Pero no tengo forma de probarlo.

El juez abrió la carpeta que tenía delante de él. Era un detallado informe sobre la vida de Mirko y su prontuario. Junto al referente del Ministerio Público Fiscal, habían estado desmenuzando todas las pruebas que la policía les había acercado. Luego de mucho analizar, ambos letrados encontraron sumamente llamativa la gran cantidad de concordancia que había entre los distintos hechos.

—Hábleme de las personas asesinadas en la masacre del 13 —indicó el juez colocando las fotos de cada uno de los fallecidos sin apartar la mirada del rostro de Mirko—. ¿Por qué ellos?

—No conocía a esos hombres hasta que Claudia me mostró sus fotografías, —comentó con sinceridad. Miró a Arriaga que guardaba silencio, pues a su entender, Mirko se estaba desenvolviendo bien—. Ni siquiera sé bien cuáles son sus nombres. Me enteré de que eran jueces cuando Loli, —dijo señalando la fotografía de la modelo muerta—, me lo dijo y también mencionó que, De La Cruz, le había indicado que, si quería que su carrera fuera ascendente, debía mantenerlos contentos.

—Bueno, deje que le cuente un poquito quienes eran, —dijo el fiscal con firmeza—. Por un lado, el doctor Leónidas, —agregó señalando la foto del hombre en cuestión—. Fue quien autorizó sus salidas transitorias. Este era el doctor Héctor Carranza, fue quien lo condenó en el año 2008, —siguió diciendo con seguridad—. A De la Cruz, ya lo conocemos y simplemente podemos agregar que usted andaba con su mujer; en cuanto a las modelos las tres trabajaron bajo sus órdenes.

—Soy fotógrafo, ellas tres y muchas otras han trabajado conmigo, señor, —se defendió Mirko de pronto ofuscado—. No entiendo a dónde desea llegar, pero como ya le dije, no sabía que algo así iba a suceder.

Arriaga puso su mano sobre la pierna de Mirko para alertarlo; era importante medir sus palabras. Mirko asintió, dándole a entender que comprendía.

—Dr. Ferrari, hace casi dos horas que mi cliente está hablando, —dijo Arriaga con tranquilidad—. ¿Podemos hacer una pausa?

El juez accedió y por unos minutos todos se relajaron. El juez aprovechó para atender un llamado y la ex Fiscal conversó con Arriaga sobre conocidos en común, mientras el Secretario de Justicia atendía un par de mensajes de su celular. Una secretaria se acercó a reponer las bebidas y Mirko le preguntó si podía fumar. Le indicó que saliera por una puerta balcón que daba al exterior. Allí dentro estaba prohibido.

Una vez fuera se apuró a encender su cigarrillo y llamó

a Gimena. La encontró camino a la Editorial, había pasado por el departamento para vestirse.

—¿Estás bien?, —preguntó Gimena notando su ansiedad y la tensión que su voz transmitía—. Te noto tenso. ¿Cómo te está yendo?

—Parecen conformes con lo que les estoy contando, —respondió ansioso entre pitadas—. Pero hacen muchas preguntas. Estoy cansado.

—Te va a ayudar mucho compartir todo con ellos, Mirko, —deslizó ella dándole ánimo—. Todo va a salir bien mi amor, confío plenamente en vos. Mandame un mensaje cuando todo termine.

—Dale, —la alentó con ternura—. Te amo.

Regresó a la sala, donde una secretaria había colocado dos fuentes con sándwiches de miga y gaseosa. Mirko tomó un poco de agua primero y un sándwich después. Estaba cansado, pero le producía un gran alivio compartir toda esa información; necesitaba liberarse de esa carga. Por fin sentía estar haciendo algo que lo redimía.

En pocos minutos todos volvieron a su ubicación. Mirko se sentó consciente de que todos lo estudiaban.

—¿Estás bien? —preguntó Arriaga con calma. Mirko asintió con poco convencimiento. Bajó la voz para que solo su defendido pudiera escucharlo—. Lo estás haciendo muy bien. Así que, tranquilo.

La reunión continuó como si nunca se hubiese interrumpido. Durante la siguiente hora, un poco para tratar de entender la trama que se había tejido y, otro

tanto, para intentar individualizar a los personajes involucrados, Mirko se la pasó respondiendo preguntas.

Nadie tomó nota de lo que allí se decía, pero nadie tenía dudas de que todo había sido registrado. Mirko por momentos parecía distraído, como si empezara a costarle concentrarse.

En una pausa, su mirada se cruzó con la del fiscal Montaña que aprovechó para pedirle que les hablara de la mujer que había aparecido muerta en su domicilio. Volvió a hablarles de Serena Roger y de lo que Antonella Mansi le había confesado. Comenzaba a hartarse de repetir siempre lo mismo. Le dolía la cabeza y le costaba concentrarse.

La doctora Garrido, la real, notó que Mirko empezaba a ponerse ansioso e irascible y lo adjudicó a la falta de droga; en alguno de los tantos informes que habían caído en sus manos había leído sobre su adicción. Ante la primera pausa de Milosevic, decidió cambiarle el tema. De la carpeta que el juez tenía frente así, extrajo una copia del contrato que la mujer que había usurpado su nombre le había hecho firmar a Mirko.

—Parece mentira que hayan confeccionado este documento, —dijo, sin dar crédito. Todos la miraron y fruncieron el ceño, preocupados. Era algo más a considerar—. Tiene hasta el sello oficial. Nadie hubiese dudado su validez.

—Sinceramente, siempre creí que trabajaba para la Fiscalía, —reconoció Mirko ahora con voz débil—. No

fue sino hasta que Serena mencionó ciertos puntos y todo comenzó a desmoronarse que empecé a pensar que me estaban tendiendo una trampa. Yo creía que estaba haciendo bien las cosas. —La debilidad comenzaba a notarse en su voz—. Serena tenía razón después de todo.

Nadie dijo nada ante esta afirmación; pero los tres funcionarios habían visto demasiadas buenas representaciones para dejarse convencer tan fácilmente.

—Pasemos a hablar de Gómez Urduz, —dijo el Fiscal Montañez, como si la reunión acabase de comenzar.

Mirko suspiró y una vez más comenzó su relato desde el principio; pero esta vez orientó su foco en Candado y se guardó un par de detalles para él.

—Creo que mi cliente necesita salir de esta habitación, —deslizó Arriaga con firmeza en cuanto Mirko terminó su exposición—. Todos estamos agotados.

—Está bien, señor Milosevic, dejemos el asunto por hoy, —se apuró a decir el juez con autoridad.

—Una última cosa antes de que se marche, —se apuró a decir el Secretario de Justicia ganándose la atención de todos—. Esta mañana, Antonella Mansi apareció muerta en su celda, —informó sin ocultar la preocupación que un hecho como este le provocaba—. Se están investigando los hechos, pero todo apunta a un suicidio.

Mirko quedó boquiabierto. Aunque no tenía ningún tipo de sentimiento hacia esa mujer, no le agradaba enterarse de que uno a uno, todos los involucrados en el caso iban muriendo; y no de muerte natural precisamente

¿Quién está detrás de todo aquello y dónde quedaba él parado?

—Le voy a pedir que no salga de la ciudad Milosevic, —le ordenó el juez—. Vamos a necesitar reunirnos varias veces más.

—¿Mi cliente está imputado? — quiso saber Arriaga, de pronto alarmado.

—No, doctor, para nada. Es más, su colaboración está siendo más que provechosa, —respondió el Fiscal con determinación. Miró entonces a Mirko con acritud—. Gracias a todo lo que aportó podremos imputar a muchos otros; no obstante, teniendo en cuenta que ha participado en muchos actos delictivos y, aunque no nos es ajeno el hecho de que lo han engañado para que participara, tenemos que analizar todas las pruebas en su contra.

—Demasiada palabrería para mi gusto, —sentenció Mirko contrariado—. No entendí ni la mitad de lo que dijo, pero ¿tengo que preocuparme?

—Lo queremos proteger Milosevic, —le aseguró el Secretario de Justicia, poniéndose de pie luego de que el Juez Ferrari lo hiciera—. Para hacerlo tenemos que estar bien seguros e informados.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando Mirko llegó a la habitación del hotel. Desde que había dejado el despacho del juez que intentaba ponerse en contacto con Gimena; pero ella no lo atendía.

—Trate de descansar, —dijo Blandes, antes de

marcharse. Durante toda la tarde había notado lo inquieto que estaba—. Beba agua, toda la que pueda, eso lo ayudará a limpiarse.

Mirko asintió, más por concluir el tema que por darles la razón. Cruzó miradas con Arriaga que lo estudiaba con detenimiento.

—¿Estás bien?, —preguntó Arriaga cuando Blandes se alejó de ellos—. ¿Necesitas algo más?

Mirko sacudió su cabeza negativamente y le aseguró que estaba bien; pero no lo estaba. Lo ponía nervioso que Gimena no lo atendiese; le había enviado varios mensajes. Lo último que había sabido de ella era que pensaba pasar por la Editorial. Tomó una botellita de agua y bebió con ganas.

—¿Vamos, doctor?, —dijo Blandes mirando a Arriaga—. Cachorro se quedará.

—Sí claro, —respondió—. Hablamos luego, Mirko.

Andragón seguía concentrado en la información del caso. Estaba intrigado por algo, Mirko se sirvió un trago y sonrió al ofrecerle uno y escuchar el claro “no puedo, estoy de servicio” como respuesta. Cachorro Andragón tenía la vista clavada en la computadora; no podía dejar de pensar en la mujer que se hacía pasar por Claudia Garrido.

—Sabe, —dijo de pronto, mientras analizaba una captura del video donde la falsa fiscal aparecía. La estudió una vez más contrariado por no poder ubicarla—. No puedo desprenderme de la sensación de haber visto a esta

mujer. Me saca de quicio no ubicar dónde la vi.

—Ya le dije todo lo que sé, —replicó Mirko con cierto hastío.

—No es eso, Croata, —se apuró a aclarar Andragón—. Es que tengo hasta la sensación de haberla visto varias veces y hasta de haber hablado con ella, —agregó fastidiado por no poder recordarlo—. Ya lo voy a recordar, —terminó asegurando. Miró a Mirko y le dedicó una sonrisa maliciosa—. Y cuando lo haga, puedo apostar que comprenderemos muchas cosas.

El detective, alzó la vista y miró a Mirko que contemplaba su celular con gesto serio.

—Por qué no descansa un rato, —sugirió Cachorro al cabo de unos segundos. Guardó la imagen de Garrido entre los documentos con los que había estado trabajando—. Y si a usted no le molesta haré lo mismo.

Mirko asintió, y en silencio se retiró a la habitación pensando una vez más en Gimena. Se dejó caer en la cama que ahora, sin ella, le resultó demasiado grande; la extrañaba cuando no estaba cerca.

Pensando en ella, se estiró para tomar la medicación que lo ayudaba a mantenerse contenido. En pocos minutos, la mente comenzó a apaciguarse y la pesadez fue lentamente apoderándose de sus miembros. En la habitación contigua, Andragón había encendido la televisión. Eso fue lo último que supo, pues la oscuridad se adueñó de él.

Lo despertó el sonido de su celular ante la entrada de

un mensaje de texto. Antes de atender, se irguió en la cama y frotó sus ojos para despejarlos. A su alrededor, la noche de había adueñado de las calles. Millones de luces salpicaban la negrura que se apreciaba a través de los ventanales. Un segundo zumbido llamó su atención y todavía algo adormilado tomó el celular que había dejado bajo la almohada. En el ambiente contiguo se oía el murmullo de una película.

Bajó la vista y una sonrisa se instaló en su rostro al ver el mensaje de Gimena titilando en la pantalla. Lo abrió.

Pero la alegría le duró poco, pues casi se le detiene el corazón al ver la foto de Gimena sentada en su escritorio, amordazada. Miraba la cámara con gesto de pánico. Debajo el mensaje decía: *Vos por ella Croata. Tenés media hora para salir de tu escondite y venir a rescatar a tu damisela. Te recomiendo que te deshagas de la poli. Tenemos mucho de qué hablar vos y yo.*

Lo primero que sintió fue un dolor punzante en la boca del estómago, como si una lanza lo hubiera atravesado por completo y él permaneciera a la espera de comprender lo que estaba sucediendo. Su mente, todavía bajo los efectos del clonazepam, luchaba por romper las cadenas que la contenían. Logró ponerse de pie y asomarse a la habitación contigua. Andragón dormía, desparramado, sobre uno de los sillones. Un nuevo mensaje terminó de resolverlo. *En la Editorial encontrarás más instrucciones. Sin policías, Milo, de eso depende que la muñeca viva. <<Candado de mierda>>*, pensó lleno de odio. La llegás a

tocar y te mato, escribió fuera de sí.

Se resolvió. Sigilosamente se calzó y tomó un abrigo. Luego cruzó la habitación principal cuidando de no hacer el más leve sonido que alertase a Andragón. Una vez en el pasillo, corrió hacia la escalera de emergencia, no quería perder tiempo aguardando al ascensor.

Cachorro Andragón se irguió en cuanto escuchó la puerta cerrarse. Tan rápido como pudo se estiró a tomar su celular. Llamó a Blandes, que aguardaba su llamado.

—Acaba de salir, —anunció—. Debe haber recibido un mensaje. No habló con nadie. Perfecto. Sí, sí, entiendo. Ya le aviso al Búho.

CAPITULO 26

El edificio estaba en penumbras cuando Mirko llegó. Orlando, el hombre de seguridad que cubría el horario nocturno, no se encontraba en su puesto. Con rostro tenso ingresó y se detuvo en seco al ver el mensaje pegado en la puerta del ascensor. Mirko lo tomó y lo leyó con cierta aprensión. Candado le indicaba que se desvistiera y dejara toda la ropa en la recepción. Quería ver que no llevara micrófonos. Lo esperaba en el piso de la Editorial; allí podrían conversar. *Subí por el ascensor; no te voy a hacer ejercitar. Si llego a ver que no cumplís mis indicaciones, la mato*, fueron las palabras que acompañaron a la foto de Gimena atada y amordazada.

Dejó su celular sobre la mesada de la recepción; no había señales de Arriaga aún. Le había enviado un mensaje a su abogado, luego de intentar dar con él y no conseguirlo. Se estaba arriesgando, pero no tenía opción, necesitaba que alguien supiera dónde estaba o no tendrían chances de sobrevivir. Comenzó a desvestirse.

Ingresó en el ascensor llevando sólo su ropa interior. Hacía frío, pero la tensión era tan grande que Mirko no sentía nada; sólo rogaba por Gimena. No sabía lo que podía ser capaz de hacer si Candado la tocaba. Nunca había sentido ni tanto miedo ni tanto odio hacia alguien y, por primera vez consideró lo absolutamente egoísta que estaba siendo al no querer apartarse de ella.

Al alcanzar el segundo piso, Mirko se detuvo un momento. El lugar estaba oscuro y en silencio, no había rastros ni de Candado ni de Gimena. Respiró hondo, rogaba porque Arriaga haya escuchado el mensaje.

—Candado, aquí estoy, —anunció con voz audible y clara—. Quiero ver a Gimena. Ya me tenés acá, dejala ir.

No hubo respuesta de ningún tipo; el silencio era fantasmal. Mirko contuvo la respiración y recorrió la oscuridad con la mirada. Con cautela cruzó la recepción, atento a cualquier movimiento. Candado podía estar oculto en cualquier recoveco de la editorial. Se detuvo junto al escritorio de Romina de donde tomó un abrecartas filoso y puntiagudo; era mejor que nada.

—¿Dónde estás? —disparó con voz tensa—. No compliquemos más las cosas. Quiero ver a Gimena.

Desde allí espió dentro del despacho de Antonella. No había suficiente luz para asegurar que no había nadie. Consultó su reloj; lo único que llevaba consigo además de sus calzoncillos y se preguntó si alguien estaría viniendo a socorrerlos.

Un sonido en el extremo más alejado del salón llamó su atención. Agazapado, cubriéndose tras un escritorio, aguardó. Tenía que lograr que Candado saliese de su guarida. Percibió cierto movimiento en el despacho de Gimena y, aferrándose al abrecartas, encaró en esa dirección.

Se acercó con sigilo. La puerta estaba abierta de par en par. Desde el umbral, pudo ver el cómodo sillón de

Gimena enfrentando la ventana. Tenía respaldo alto y desde su ubicación Mirko sólo pudo detectar que alguien estaba atado, pues podía ver las cuerdas que lo rodeaban. Casi se le detiene el corazón al ver el charco de sangre que empezaba a formarse bajo el escritorio. Asustado apuró el paso llamando a Gimena con desesperación. Quiso gritar, pero la voz se le quebró; bruscamente manoteó el sillón y lo giró. La sorpresa fue aún mayor cuando se encontró con Candado. Atado, y muy mal herido, en estado de inconsciencia.

El terror se apoderó de él ante la certeza de que alguien más tenía a Gimena. Un ruido a su espalda lo sobresaltó.

—Parece que tardaste mucho en llegar, —dijo una voz a su espalda—. Una pena que Candado ya no esté presentable para recibirte.

Mirko giró lentamente y azorado contempló a Ibáñez que sostenía a Gimena apuntándola con un arma.

—¿Estás bien? —preguntó mirándola sólo a ella. Gimena asintió con ojos llenos de lágrimas—. Dejala ir. Ella no tiene nada que ver, —agregó, mirando a Ibáñez furioso. Dio un paso hacia ellos sin poder contenerse.

—Quieto Croata, —ordenó Ibáñez ajustando más el brazo con que sostenía a Gimena—. No me parece que estés en posición de dar indicaciones. Además, vos la metiste en esto, ¿no?

Con un movimiento del arma, le indicó que se acercara a los sillones que enfrentaban el escritorio de Gimena.

Mirko acató la indicación con la mirada clavada en ella que se mostraba evidentemente shockeada.

—Átelo, señorita Rauch, —ordenó Ibáñez ofreciéndole unas esposas—. Y no haga locuras que no me costaría nada ponerle un tiro en medio de la nuca.

Gimena contuvo el aliento y sollozó; no tenía más remedio que hacer lo que le indicaba. Temblando se acercó a Mirko y lo miró aterrada, Mirko le devolvió la mirada para que se tranquilizara e intentó que ella comprendiera que los refuerzos estaban por llegar. Aunque no podía estar seguro de que así fuera.

—Vamos llegando al final de toda esta historia Croata, —dijo Ibáñez con suficiencia, mientras prestaba atención al modo en que Gimena lo ataba—. Muchas gracias, señorita Rauch, —dijo cuándo la tarea estuvo terminada—. Ahora, por favor, colóquese estas esposas y amárrese a aquel radiador.

Mirko la siguió con la mirada y en algún punto agradeció que la apartara de ellos, así, si se generaba una balacera, ella estaría fuera del cuadro. Ahora sólo debía hacer hablar a Ibáñez, para ganar tiempo; apostaba sus últimas esperanzas a que Arriaga haya escuchado el mensaje y alertado a la policía.

—Así que a vos te toca cerrar el asunto, —dijo Mirko, tratando de atraer su atención para que se olvidara de Gimena—. ¿Dónde está Garrido?

—Me mata que la sigas llamando así, —respondió Ibáñez divertido, carcajeó de un modo contenido, pero

algo desquiciado.

Sin soltar el arma, buscó en el interior de su chaqueta y extrajo una gran jeringa. La miró y luego trasladó su mirada a Mirko que empezaba a comprender qué estaba por suceder.

—Su verdadero nombre es Silvia, —comentó, mientras quitaba el capuchón protector de la jeringa y la preparaba—. Todo fue idea de ella. Era su plan; su venganza y la verdad es que no podría haber salido mejor, —aclaró, acercándose a Mirko—. Cuando se puso en contacto conmigo, creí que era una locura, pero la verdad es que tenía razón y cuando te nombró, —continuó jactancioso—, no pudo ser mejor. Sentí que mi momento había llegado. Por fin. La frutilla para un plan perfecto.

—¿Pero por qué me odias? —preguntó Mirko un poco para estirar la conversación, y otro poco para saber qué era lo que lo motivaba—. No nos conocemos.

—Odiaba cuando mi hermano elegía quedarse con vos en lugar de venir a vernos, —dijo en el momento en que clavaba la aguja en el brazo de Mirko, que intentó sacudirse, pero no pudo hacer nada para evitar que la droga entrara en su sistema—. Él siempre te idolatró y terminó muerto por no defraudarte. Si me hubiera hecho caso y se hubiese separado de vos, su vida hubiese sido distinta... pero no, él se sentía en deuda con vos.

En el rincón, Gimena comenzó a llorar. Intentó ponerse de pie, pero Ibáñez reaccionó rápido y apuntando con su arma disparó lo suficientemente cerca para que ella

pensara mejor lo que estaba por hacer. El grito de Mirko se mezcló con el de Gimena que se acurrucó contra la pared sin dejar de llorar.

—Todavía no es su turno de morir, señorita Rauch, no sea impaciente —dijo maliciosamente—. Primero debemos esperar que la droga se apodere de nuestro querido amigo. Será su propia mano la que disparará el arma que los matará a usted y a Candado. ¿No es una genialidad?

Gimena quedó paralizada de terror al ver al hombre que retiraba la jeringa del brazo de Mirko, sin dejar de apuntarla a ella.

—Vas a quedarte tranquilo, —agregó golpeándole el rostro y caminando a su alrededor, deteniéndose a las espaldas de Mirko. Se inclinó sobre él y le habló al oído casi en un susurro—. Será una muerte lenta y, para que no te pierdas detalle, te contaré lo que pasará cuando todo termine. La autopsia arrojará que los mataste a los dos y luego te suicidaste; una sobredosis no es de extrañar en un adicto; nadie se va a sorprender. Llegaste, y encontraste a Candado y a tu novia de fiesta, te volviste loco y los mataste a los dos; emoción violenta, más que entendible. Claro que, para que todo sea más creíble, me voy a montar a tu novia mientras la droga corre por tu cuerpo hasta anularte todos los sentidos. Como será lento, tengo tiempo para disfrutar un rato. Luego todo será más sencillo; pongo el arma en tu mano y pum. Cada pieza en su lugar. Fin de toda esta historia. Caso cerrado.

Mirko se sacudió con desesperación comenzaba a sentir el efecto de la droga en su cuerpo. La voz de Ibáñez se distorsionaba y la visión comenzó a nublársele.

—Gracias por todo, Croata, —dijo en el momento en que le golpeaba el rostro, ahora con violencia—. Saludá a Lalo de mi parte cuando lo veas. Esto es por él.

La revelación llegó demasiado tarde y Mirko no alcanzó a escuchar esas últimas palabras. Todo sucedió vertiginosamente; el cuerpo de Ibáñez se llenó de puntos rojos. Ambos hombres se miraron a los ojos. Mirko miraba ya sin ver. Ibáñez comprendió lo que estaba por suceder; alzó su arma y apuntó.

—Gimena cubrite, —fue lo último que Mirko creyó gritar antes de sacudirse violentamente luego de que un fuego intenso lo alcanzara propagándose por su cuerpo; cayó de espaldas y perdió el conocimiento.

Los gritos, la humareda provocada por las balas y la cantidad de uniformados que en pocos segundos irrumpieron en el pequeño despacho, generaron un escenario apocalíptico. Gimena temblaba y gritaba descontrolada, pidiendo por Mirko a quien ya no veía.

El caos era tal que nadie se detenía a responder preguntas. Los médicos del SAME se ocupaban de los heridos. Un hombre, tres veces su tamaño, logró romper las esposas y tomando a Gimena en sus brazos, la sacó de allí sin hacer caso a su pataleo y al ataque de nervios que la dominaba.

Ya en la calle, Gimena fue envuelta en una manta y

llevada a una ambulancia donde se apuraron a brindarle los primeros auxilios. Mientras la revisaban y estudiaban sus heridas, observó salir una camilla con un hombre con mascarilla; lo reconoció como a Candado y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin control. De un salto se puso de pie cuando vio que con urgencia salía la camilla que llevaba a Mirko. Parecía muerto y, a juzgar por los rostros de los camilleros, era imperioso que llegara al Hospital.

—¿A dónde lo llevan? —gritó fuera de sí.

Una médica la tranquilizó, informándole que lo trasladaban al hospital, a dónde también sería derivada ella.

La Guardia del Hospital General de Agudos Dr. Cosme Argerich, era un loquero de gente esa madrugada. Las ambulancias se sucedían y los pacientes que ingresaban presentaban dolencias de variadas índoles.

Gimena fue ingresada en estado de shock. Obnubilada con lo que acababa de vivir y, paralizada por la última imagen que tenía de Mirko, no era consciente de nada de lo que sucedía a su alrededor. La posibilidad de que estuviese muerto la hundía en un agujero negro que por momentos la ahogaba.

Con premura, la trasladaron a un box donde una enfermera se apuró a asistirla, mientras un policía se apostaba en la abertura para custodiar que nada le

sucediese. A simple vista la mujer comprobó que no estaba lastimada, apenas un golpe en el rostro y unos magullones en los brazos. Consiguió recostarla para poder controlar su estado general, chequear su presión arterial y demás signos vitales. Cuando la revisión concluyó, la enfermera le indicó que un médico se acercaría a la brevedad. Gimena asintió mecánicamente, pero no estaba prestando atención, en cambio, preguntaba insistentemente si Mirko estaba bien.

—Te prometo que ya mismo iré a averiguar, —le aseguró—. Pero quiero que te quedes aquí acostada hasta que venga el médico. ¿Entendido? —Gimena asintió—. Cuando vuelva te contaré como está él. Ahora quiero que te tranquilices.

Recostada en esa impersonal camilla, Gimena se fue hundiendo a medida que asimilaba lo cerca que había estado de morir. Las lágrimas volvieron a sus ojos, ya sin control, dejó fluir el terror que había sentido. A su mente llegó la imagen de Mirko; inconsciente, lleno de sangre con una mascarilla, sacado de la editorial en camilla. Poco a poco un hormigueo corrosivo se esparció por su cuerpo ante la posibilidad de perderlo para siempre. Entonces recordó la jeringa. Una sobredosis letal, eso era lo que ese hombre había dicho. Gimena se desesperó; las silenciosas lágrimas se convirtieron en llanto desolador.

No supo cuánto tiempo estuvo llorando en soledad, acurrucada, en posición fetal; sintiéndose pequeña e indefensa, pero agradeció ver el rostro de Arriaga

asomándose. Por fin alguien conocido.

—Vamos, vamos. Ya terminó todo, —dijo el abogado tratando de serenarla. La abrazó con fuerza conteniéndola —. Hablé con Javier. Se iba a ocupar de avisar a tu hermano, —le informó—. Debe estar por llegar en cualquier momento.

Gimena asintió y comenzó a llorar nuevamente. Parecía estar en shock y, conmovido, el frío abogado la sostuvo en sus brazos permitiéndole desahogarse. Así permanecieron varios minutos hasta que Gimena fue lentamente recuperando la calma. Se separó y una vez más preguntó por Mirko.

—No sé mucho, —respondió Arriaga evasivo.

Se había cruzado con Blandes y éste le indicó que no dijera nada de la salud de Milosevic, hasta no resolver los pasos a seguir.

—Sólo me han dicho que lo están operando, —agregó cauteloso—. Por lo poco que me informaron, lo alcanzó una bala y ha perdido mucha sangre. No sé más que eso.

Gimena comenzó a llorar nuevamente y Arriaga se encargó de asegurarle que estaba en buenas manos. Saldría bien, estaba seguro de ello.

—Mientras esperamos, ¿quieres contarme qué sucedió?

Gimena asintió y entre sollozos, de un modo por demás desordenado, le habló de cómo Candado había aparecido de la nada.

—Él sabía que si me retenía Mirko iría. Su idea era llevarme a otro sitio, —comentó y se limpió la nariz—.

Fue entonces cuando el otro hombre apareció sorprendiéndolo y alterando sus planes. Candado no lo conocía; no tenía idea de quien era. Mirko lo llamó Ibáñez, pero ante Candado se presentó con otro nombre.

—¿Cuál?

—No lo recuerdo, —se excusó apenada y angustiada—. Pero si recuerdo que dijo algo así como que lo enviaba un viejo conocido suyo, —prosiguió—, uno que venía a cobrarse una deuda. —Hizo una pausa pensando mejor en toda la escena—. Sí, eso dijo y lo obligó a sentarse en mi escritorio. Me forzó a que lo atara, —terminó diciendo entre lágrimas—. Ahí nomás le disparó.

Bajó la vista y vio la sangre de Candado que había manchado su blusa. Comenzó a temblar impresionada, asustada nuevamente ante los recuerdos que se agolpaban.

—Quiero ver a Mirko, —sollozó atemorizada—. Tengo miedo si saben que está vivo van a volver a intentarlo. ¿No lo entiende? Lo van a matar.

Arriaga intentaba tranquilizarla cuando un hombre de aspecto pulcro y adinerado ingresó al pequeño cubículo y se abalanzó sobre Gimena.

—Manu, —soltó ella y estiró sus brazos para alcanzar a su hermano.

—Acá estoy, —dijo Manuel Rauch que no se molestaba en disimular lo asustado y preocupado que se sentía. La abrazó con fuerza acariciándole la espalda para serenarla—. Tranquila, linda, tranquila. Ya pasó.

Arriaga se puso de pie y los contempló un instante. Su

mirada se cruzó con la de Manuel Rauch, quien parecía completamente descolocado. Estiró su mano y se presentó. Sin dar demasiadas explicaciones, se retiró dejando a los hermanos a solas.

Manuel estudió brevemente a Gimena. Últimamente la relación con ella oscilaba entre la preocupación y el enfado. ¿En qué estaba metida ahora? era una pregunta que lo desvelaba. El llamado de Lara, pasada la medianoche, lo había descolocado por completo. Estaba muy preocupado por Gimena; por el modo en que había elegido llevar su vida; porque desde que su padre sufrió ese fatídico accidente, parecía a la deriva. Pero la hora de empezar a involucrarse en la vida de su revoltosa hermana, había llegado.

—Me gustaría que me expliques qué demonios está sucediendo Gime, —demandó con preocupación.

—Te juro que lo haré, Manu, —dijo Gimena con mirada brillante—, pero ahora necesito saber cómo está Mirko, por favor.

—Otra vez ese Mirko, —masculló cada vez más preocupado.

Manuel se la quedó mirando. Estaba por demandar una explicación un poco más sustanciosa, cuando un médico se presentó para revisar a Gimena y lo invitó a retirarse.

Manuel así lo hizo. En el pasillo divisó a Lara Galantes y Carola Herrera, que, junto a Javier Estrada, escuchaban las novedades de parte de Arriaga. Se unió a ellos sin disimular su contrariedad.

—Por favor, me pueden explicar ¿qué mierda está pasando aquí?, —chilló Manuel, ofuscado luego de los saludos.

Era un hombre acostumbrado a mandar y ser escuchado. Cuando él exigía una explicación la tenía y la carencia de respuestas, en esta situación, lo estaba sacando de quicio.

— Es una situación complicada, Manu, —se atrevió a deslizar Lara posando su mano sobre su brazo para tranquilizarlo—Estoy segura de que Gime te contará todo a su debido tiempo.

—¿A su debido tiempo? —estalló—. La secuestraron, Lara, —descargó el tono de su voz—. Terminó en medio de una balacera, y vos me venís conque ella me va a explicar a su debido tiempo.

—No fue un secuestro, señor Rauch, —se apuró a aclarar Arriaga con cautela.

Carola se separó de ellos y caminó al lugar donde Gimena estaba siendo revisada; se mantuvo junto al policía por cualquier necesidad.

—¿No? ¿Cómo lo llamaría usted? —preguntó sarcástico. Respiró hondo procurando controlar su temperamento. Luego los miró con seriedad—. Todos parecen entender qué está sucediendo menos yo, —insistió Manuel mirándolos con seriedad—. Mínimamente, puedo preguntar, ¿de dónde salió este Mirko? —insistió—. Sólo pregunta por ese tipo.

—Mirko es fotógrafo de la Editorial, —respondió

Javier con firmeza, sólo por decir algo—. Y concuerdo con Lara. Gimena ya te contará toda la historia. Ahora lo importante es que está bien.

La conversación se interrumpió al ver a Carola aparecer en el pasillo.

—El médico la está revisando, —informó Carola al llegar a ellos—. No para de preguntar por Mirko. ¿Qué sabemos de él?

Todos miraron a Arriaga que había hablado con uno de los médicos que había recibido a Mirko y le aseguró que todavía estaba en el quirófano.

—Por lo que Gimena me adelantó, la idea era matarlo de una sobredosis, —comentó el abogado—. Antes de que muriera, el tal Ibáñez iba a dispararle a ella y a Candado usando una de las manos de Mirko. Para que pareciera que los había matado a ambos y luego se había suicidado.

—Por Dios, —soltó Manuel cubriéndose la boca con una mano y se le revolvió el estómago—. Mi hermana estuvo a punto de ser asesinada, —deslizó con voz temblorosa, sin poder creer lo que escuchaba—. Esto ya es demasiado.

—Afortunadamente eso no sucedió, —terminó diciendo Arriaga, haciendo caso omiso al exabrupto de Manuel—. La intromisión del GEO fue lo que los salvo de ese desenlace. Ahora hay que esperar a ver cómo supera la operación.

Gimena apareció en ese momento en el pasillo. Ayudada por Carola se acercó a unos bancos. Manuel se

ubicó a su lado. Una vez sentada, alzó la vista y con ojos rojos de llanto miró a Arriaga buscando una respuesta.

—Todavía no hay novedades, —repitió Arriaga tratando de tranquilizarla—. Lo están operando. Tenemos que esperar.

Ella asintió y se recostó contra el hombro de su hermano, dispuesta a esperar lo que sea. Tres veces preguntó la hora; el reloj parecía no avanzar. Lara y Carola se ocuparon de buscar café y algo para que Gimena comiese.

Todavía no había amanecido cuando un médico se acercó a ellos para informarle que la operación había concluido. El paciente había superado la cirugía satisfactoriamente; además habían logrado contrarrestar los efectos de la heroína en sangre que tenía al momento del ingreso al hospital. Sólo restaba esperar su evolución.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto, —dijo el médico—. Será solo un segundo. Acaban de bajarlo a terapia intensiva y de momento está bajo los efectos de la anestesia. Lentamente irá despertando.

Gimena asintió y se puso de pie dispuesta a seguir al hombre que la condujo a través de un corredor, hasta un ascensor que los llevó al piso indicado. Mientras avanzaban el médico la fue poniendo al tanto de lo sucedido. Una bala lo había alcanzado a la altura del hombro afortunada y milagrosamente no había ningún hueso roto.

Luego de atravesar una nueva puerta, Gimena divisó la cama donde Mirko se encontraba. Yacía dormido, con uno de los hombros completamente inmovilizado por un fuerte vendaje.

—Solo un momento, —susurró el médico al dejarla acercarse a la cama.

Gimena asintió y los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque no pudo precisar si se trataba de alegría por verlo con vida o de impresión por lo lastimado que parecía estar. Contuvo las lágrimas al llegar a su lado e instintivamente colocó una de sus manos sobre el pecho desnudo; necesitaba sentir el calor de su piel, su corazón latiendo bajo su palma. Allí estaba la confirmación y Gimena sonrió de alivio. Empujada por la desesperación que la había mantenido en pie por tantas horas, se inclinó sobre él para besar sus labios.

—Mi amor, —balbuceó entre sollozos. Volvió a besarlo, esta vez, acariciando una de sus manos—. Estás vivo. Todo terminó. Ya vas a ver cómo a partir de ahora todo será diferente.

Se irguió para observarlo. El cabello, al igual que la barba, habían crecido bastante la última semana, devolviéndole la fisonomía con la que lo había conocido. Entrelazó sus dedos a los de Mirko y elevó su mano para besar sus nudillos. Lo contempló una vez más, permanecía inmóvil; aunque respirando.

—Señorita, —la llamó una enfermera que apareció a su lado. Gimena la miró sintiendo el cansancio que se

acumulaba en sus hombros—. Tengo que pedirle que se retire. Puede volver esta noche si lo desea; pero ahora debe dejarlo descansar.

Gimena asintió mecánicamente y, luego de un último beso, se volvió hacia la enfermera.

—¿Me promete que lo va a cuidar?, — demandó agotada.

—Claro que sí, —respondió la mujer con una sonrisa tranquilizadora—. Le aseguro que será muy bien cuidado. Ahora vaya a descansar que se la ve agotada.

CAPITULO 27

El sol comenzaba a iluminar las calles de Buenos Aires cuando Manuel detuvo el vehículo. A su lado, Gimena permanecía rígida con la mirada perdida en algún punto lejano. El calmante que le habían suministrado, antes de dejar el Hospital, empezaba a hacer efecto en ella que miraba todo sin ver.

Manuel observaba de soslayo, controlando a duras penas su indignación y cuando recordaba que su hermana por poco muere, en medio de una balacera entre la policía y narcos, se le estrujaban las entrañas. No sabía si quería asesinarla a ella por idiota; a los policías por no haberla protegido o a ese delincuente que, a su entender, la había arrastrado a esa mugre.

Tan obnubilada estaba Gimena que, ni siquiera protestó cuando Manuel atravesó los portones de hierro que ocultaban la magnífica residencia de tres plantas, donde tiempo atrás la familia Rauch Mondini había vivido. En la actualidad, Manuel había trasladado allí su centro de operaciones y había realizado algunas modificaciones en el primer piso, donde montó sus oficinas y acondicionó un par de habitaciones, una sala de reuniones y un gran salón para eventos privados. Buscando tenerla controlada, Manuel había resuelto llevarla allí. No quería dejarla sola y él, por su parte, tenía mucho trabajo que atender.

Manuel detuvo el vehículo en la cochera asignada y no había terminado de apagar el motor, que dos personas se acercaron a asistirlo. Manuel apenas las miró. Descendió y simplemente apuró el paso hacia el asiento del acompañante. Abrió la puerta bruscamente y miró a Gimena que parecía estar durmiéndose.

—¿Podemos ayudarlo, señor? —se ofreció una mujer de unos sesenta años que con uniforme de empleada aguardaba las indicaciones de su empleador.

—Sí, Amanda, por favor le pido que prepare inmediatamente la habitación para huéspedes. La más grande, —ordenó. La mujer simplemente asintió y regresó a la casa diligentemente. Una segunda mujer aguardaba indicaciones—. Sra. Alameda, ayúdeme. Tome el bolso de mi hermana y llévelo a mi despacho.

Sin emitir palabra, la mujer se acercó y entre los dos lograron sacar a Gimena del vehículo. Manuel la alzó en sus brazos, sorprendido por lo poco que pesaba, la condujo al interior. La señora Alameda caminaba unos pasos delante ocupándose de abrir las puertas del ascensor primero y de las habitaciones después.

El edificio era inmenso, parecía mentira que tiempo atrás una familia de apenas cuatro integrantes lo hubiese habitado. De los tres pisos que conformaban la vivienda, Manuel solo pisaba el primero que era el que había convertido en sus oficinas centrales y el tercero, donde había montado un gran gimnasio, con pileta de natación y sauna. El segundo piso hacía más de tres años que no lo

visitaba.

Llegó a la habitación de huéspedes con lo último que le quedaba de fuerza. La señora Amanda lo aguardaba junto a la cama, que ya había abierto.

Entre Amanda y la señora Alameda, se ocuparon de desvestir a Gimena. Luego, bajo la atenta mirada de Manuel, la acomodaron bajo las mantas. Gimena parecía no ser consciente de lo que sucedía y a él se le estrujaba el corazón al verla en ese estado.

—¿Ella está bien? —preguntó la señora Alameda algo alarmada.

—Sí, ahora sí. Le suministraron un fuerte sedante para que duerma, —comentó con voz seca y tensa. Se irguió, enderezando su espalda en actitud arrogante—. Amanda la espero en mi estudio en quince minutos. Sra. Alameda, deshágase de toda esa ropa y por favor, prepáreme el desayuno, lo tomaré en mi despacho.

Sin decir más, salió de la habitación con paso firme. Le gustase o no a Gimena, Manuel tomaría cartas en el asunto; hartó estaba de las chiquilinas y las irresponsabilidades de su hermana. Era hora de que él asumiera el rol que su padre había dejado vacante y la forzase a entrar en razón. Estaba furioso.

Una vez duchado, luciendo ropa limpia y habiendo recuperado su porte distinguido, Manuel se dirigió a su despacho. Consulto su reloj, eran pasadas las nueve de la mañana y apenas había dormido dos horas. En la antesala de su despacho encontró a su joven secretaria preparando

todo en su escritorio; estaba comenzando el día. Al pasar frente a ella, la chica se puso de pie y, siguiéndolo, le informó que la señora Amanda esperaba que ella la llamara para acercarse a verlo.

—Que venga inmediatamente, —ordenó Manuel.

—Ya mismo le aviso y pido que le sirvan el desayuno, —anunció.

—Perfecto, —dijo al tiempo que se ubicaba tras un magnífico escritorio de pluma de caoba que había pertenecido a su padre. Alzó la vista y miró a su secretaria que se disponía a leerle la agenda del día—. Florencia, quiero que Germán esté listo para salir.

—Pero, tiene una videoconferencia con Australia en quince minutos, —anunció la chica algo descolocada—. ¿Quiere que la cancele? —preguntó aterrada por las complicaciones que eso acarrearía.

—No, Amanda va a salir, —aclaró con impaciencia—. Llamala ya.

—Ya está viniendo, —le aseguró Florencia que acababa de pulsar el botón del dispositivo que llevaba en su bolsillo—. ¿La agenda del día? —pregunto.

Manuel simplemente asintió y simuló prestar atención a lo que la mujer decía. Era un día complicado; lleno de actividades, que afortunadamente lo mantendría con la mente ocupada.

—Una cosa más Florencia, —dijo una vez que su secretaria hubo terminado y estaba por retirarse—. Llamá a Raúl Olazábal. Lo quiero acá, de ser posible esta misma

noche, a más tardar mañana a esta hora. No me importa lo que tenga que dejar de hacer.

Mientras aguardaba la llegada de la gobernanta de la casa, Manuel se recostó contra el respaldo de su asiento y cerró brevemente los ojos. Ya no era tan joven, y la falta de sueño se hacía sentir. Abrió los ojos al sentir la puerta de su despacho abrirse. Se acomodó en su asiento al ver que se trataba de su empleada que se acercaba con la bandeja con su desayuno.

—Amanda, necesito pedirle un favor que excede las obligaciones por las cuales fue contratada, —comenzó diciendo y hasta a sus oídos sus palabras sonaron un tanto pomposas. La mujer lo miraba sin saber qué esperar—. Necesito que vaya al departamento donde estaba instalada mi hermana, —agregó y luego de tomar el bolso de Gimena, revolvió dentro hasta dar con las llaves. Buscó una pluma y un papel y registró la dirección—. Aquí tiene, —continuó diciendo entregándole todo a la mujer—. Quiero que traiga todas las pertenencias de mi hermana. Ropa, calzado, libros, elementos de tocador, etc. Todo. Germán la está esperando en la cochera, —sentenció y volvió su atención a su desayuno—. Ubique las pertenencias de mi hermana en la habitación que está ocupando en este momento. Avíseme cuando esté todo listo.

—Por supuesto.

—Ah, Amanda, —agregó sin mucha consideración—. A partir de mañana, el segundo piso lucirá como si nunca

hubiese estado cerrado. Lo quiero aireado, luminoso, hasta la heladera surtida quiero. Todo listo para ser habitado.

La mujer asintió y presionó sus labios para que su jefe no notara su sonrisa.

—En cuanto regrese me ocuparé de que así sea.

Parpadeo varias veces completamente desorientada. De primer momento, todo esfuerzo por recordar fue en vano, no podía dar con los recuerdos asociados al lugar que la rodeaba. Se irguió primero y recorrió el entorno. Era una habitación elegante en la que nunca había estado; eso era seguro.

Frunció el ceño al divisar su valija, junto a una amplia abertura que bien podría conducir a un vestidor privado. <<¿Dónde mierda estoy?>> se preguntó irguiéndose de pronto, asustada. Intentó ponerse de pie dispuesta a investigar, pero la debilidad corporal que la abordó la obligó a abortar la idea. Resignada se dejó caer una vez más contra las almohadas y respiró con profundidad.

Unos minutos más tarde, volvió a recorrer el lugar con la mirada, una claridad débil, tenue, entraba por las rendijas de las persianas; debía ser entrada la tarde. Sobre la mesa de noche divisó un vaso con agua y un pequeño llamador. No lo usó, antes necesitaba saber dónde estaba. Poco a poco fue despojándose de la somnolencia y los pensamientos emergieron con mayor claridad. Mirko.

Angustiada, se volvió hacia la mesa de noche donde encontró su celular. Arriaga era el único contacto que tenía con él.

Casi con desesperación, llamó al abogado. Lo encontró en su estudio y se apuró a informarle que Mirko estaba bien; había despertado y descansaba. Arriaga pensaba pasar por el Hospital para verlo en la hora de visitas.

Gimena asintió y en un arrebato quitó las mantas que la cubrían, dispuesta a prepararse para ir al Hospital, pero Arriaga detuvo su impulso.

—Está incomunicado, Gimena, —le informó—. Es por un tema de seguridad, para que nada malo le suceda. Temen por su vida y así está custodiado.

—Pero, quiero verlo...

—Te permitirán verlo, una vez que declares, —le aseguró—. Si te parece hablamos el lunes para coordinarlo.

—Está bien, —accedió no muy convencida pero consciente de que nada podía hacer—. Me gustaría saber cómo está.

—Claro. Te aviso por mensaje cuando lo vea.

Con dificultad dejó la cama dispuesta a darse una ducha. Asombrada y algo desconcertada cruzó el vestidor, contemplando su ropa prolijamente colgada. <<Manuel>>, pensó indignada.

Una vez cambiada, dejó la habitación dispuesta a cantarle las cuarenta a su hermano mayor. Avanzaba por un coqueto corredor exquisitamente decorado con

esculturas y obras de arte; aunque un tanto sobrio y masculino para gusto de Gimena. La detuvo un murmullo que parecía llegar de una de las salas. Intrigada se acercó y frunció el ceño al ver a Raúl Olazábal conversando animadamente con Manuel.

—Te juro que no sé qué más hacer, Raúl, —decía Manuel con preocupación—. Acabo de recibir un informe por demás completo sobre su último capricho, —sentenció filoso—. Flor de joyita. Por lo menos los otros eran unos inútiles sin prontuario criminal. El tipo es un falopero, involucrado no en una, sino en cuatro causas de narcotráfico; cuatro, Raúl. Si hasta por homicidio lo buscaban.

—Debe haber algún tipo de explicación, —decía Olazábal con algo de incompreensión—. Gimena siempre fue sensata.

—¿Sensata? por Dios —ladró Manuel desencajado. Se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo—. El tipo debe coger como los dioses y está boluda se creyó todo lo que ese hijo de puta le decía al oído.

—No la subestimes, Manu, —deslizó Raúl, intentando tranquilizarlo—. Gime siempre supo cuidarse de los oportunistas.

—Te juro, Raúl que ya no sé qué hacer, —confesó y en su voz se reflejó toda la angustia acumulada—. Quiero verla feliz de una buena vez; ¿por qué siempre se mete con tipos indeseables?

Ya había escuchado suficiente. No pensaba quedarse

ni un segundo más allí. Empujada por la indignación que el comentario de Manuel le había provocado, ingresó en el despacho sin molestarse en pedir permiso.

—No sabía que venías a Buenos Aires, —dijo acercándose a Raúl sin mirar a su hermano.

Bajo la atenta mirada de Manuel, se fundieron en un sentido abrazo. Raúl era, además del dueño del departamento donde ella se estaba alojando y el Director General del Hotel Emperador Mondini de Santiago de Chile, como una suerte de hermano mayor. Gimena lo adoraba.

—Preciosa, —dijo el hombre con emoción—. Manuel acaba de contarme lo sucedido, —deslizó, separándose de ella para estudiar su estado—. ¿Cómo estás? ¿Te hicieron algo, Gime?

—Estoy bien, Raúl, no me han hecho nada, —se apuró a aclarar con voz tensa. Miró fugazmente a Manuel y volvió su atención a Raúl—. Lamentablemente, mi amigo no corrió la misma suerte.

—Eso me han dicho.

La joven secretaria de Manuel ingresó a la sala y se acercó a su jefe con el teléfono en la mano. Susurró algo al oído de Manuel y este le indicó que atendería en su despacho.

—Los dejo conversar tranquilos, —deslizó clavando su punzante mirada en Gimena. Podía ver en los ojos de su hermana toda la animosidad que sentía hacia su persona. Lo pasó por alto—. Te recomiendo descansar.

—¿A dónde me trajiste Manuel?

—Sabés muy bien donde estás, —dijo simplemente—. Estás en tu casa...

Gimena lo miró con desconfianza, las palabras de su hermano encerraban demasiados significados. Flaqueó, no tenía entereza para enfrentar a Manuel en ese momento. Resuelta caminó hacia una de las ventanas y espió al exterior.

—No pienso quedarme aquí —disparó angustiada enfrentándolo una vez más—. Este es el último lugar donde deseo estar. No tenías derecho a traer mis cosas.

—Tus cosas están acá, porque acá es donde te vas a quedar. Ya va siendo hora de que lo enfrentes, Gimena, —devolvió Manuel con autoridad—. Así como lo hiciste en el campo, lo haces aquí.... Porque bajo ningún punto de vista consentiré que sigas instalada en el hotel, —disparó Manuel con frialdad.

Florencia, la sumisa secretaria de su hermano, asomó el rostro, pero no se atrevió a hablar. Con un gesto Manuel le indicó que estaba yendo. Luego miró a Gimena con seriedad.

—¿Por qué? Necesitas la habitación para la Barbie que asomó la cabeza recién, —chilló ella ofuscada.

—Gimena, —dijo Raúl tratando de frenar su exabrupto.

—Basta Gimena, no te pases de la raya, —sentenció con enojo—. No puedo entender cómo terminaste metida en algo como esto, —deslizó Manuel displicente—. Pero

aquí se terminó. El lunes mismo vas a declarar y terminamos toda esta historia, —sentenció dirigiéndose a la puerta—. Ya le avisé a nuestro abogado que se ocupe de acompañarte.

—Ya tengo abogado, Manuel, —replicó ella con ojos llenos de lágrimas—. No te metas en mis cosas, puedo manejarme sola.

—A estas alturas tu opinión me tiene sin cuidado, querida hermanita, —repuso con frialdad. Dio un paso hacia ella—. A vos no te gusta que me inmiscuya, pero cuando ese delincuente necesitó esconderse no tuviste ningún reparo en llevarlo al campo y cuando volvió a la ciudad y unos narcotraficantes lo buscaban para matarlo, lo instalaste en el hotel. Así es como vos me inmiscuiste a mí.

Gimena no dijo nada. Un nudo se le había alojado en la garganta. Detestaba sentir que Manuel estaba en lo cierto. Desvió la vista y balbuceó una respuesta a modo de excusa.

—No te hagas la pelotuda conmigo, Gimena, y hacete cargo de tus decisiones y de tu vida, —prosiguió harto de ser considerado con ella, cuando su hermana no mostraba ni el más leve sentido de arrepentimiento—. Te haces la independiente, pero con tu sueldo, no podrías pagar el alquiler de un departamento como el de Raúl; mucho menos instalarte en la mejor habitación de un hotel como el nuestro. Ni hablar de acceder a un campo como el de nuestros padres. Pero qué conveniente disponer de tantos

lugares donde esconderse, ¿no?

—Basta Manuel.

—Y una mierda, —estalló furioso—. A vos te encanta ese discursito de “vivo mi vida, no necesito a nadie”, —lanzó estas afirmaciones mordazmente, revoleando sus brazos como queriendo darle énfasis—. “A mí no me gusta hablar de esas cosas”, “vos y tus prioridades Manuel”, —lanzó sarcástico— Llegó la hora de que crezcas, de que asumas tus responsabilidades. Te guste o no hablar de ciertas cosas es indistinto, porque tenés que hablar y decidir sobre ello, —sentenció con más firmeza que antes—. Papá murió y es hora de que lo dejes ir. Como también es momento que dejes de perder tiempo y resuelvas qué vas a hacer de tu vida. ¿Te querés dedicar a lo cultural, querés tener tu propia revista o tu editorial? Me parece perfecto, tenés dinero para montar tu propio sueño. No reniegues de quien sos; tenés un apellido que respetar. Dejá de desperdiciar tu vida en insignificancias. Crecé, Gimena, crecé, ya no tenés veinte años. Por Dios.

Manuel sacudió su cabeza claramente alterado y sin decir más se retiró de la sala. Sintiéndose demasiado sobrecargada de emociones, Gimena permaneció varios segundos con la mirada clavada en la puerta que Manuel acababa de cerrar de un portazo.

—Tranquila, Gime, —dijo Raúl, preocupado por el recelo y la animosidad existente entre los hermanos—. Está preocupado; le diste un susto de muerte. ¿Qué te anda sucediendo, preciosa?

—Tantas cosas, Raúl, —respondió evasiva. Raúl frunció el ceño y la estudió con detenimiento. La tomó del mentón obligándola a mirarlo—. Tengo tanto para contarte.

—Pues tengo todo el tiempo del mundo para escucharte, —dijo él, tomándola de la mano y guiándola a la cocina del piso—. Vamos a decirle a la señora Alameda que nos prepare algo para comer.

Se instalaron en el jardín de invierno y, mientras cenaban, Gimena lo fue poniendo al tanto de todo cuanto había acontecido en su vida desde que había llegado a Buenos Aires.

—Vaya historia, —exclamó Raúl una vez que Gimena hizo una pausa. Le acarició la mejilla con ternura contemplándolo—. Ya decía yo que Etienne no tenía nada que ver con vos, —aventuró—. Te volvió la vida al rostro.

Gimena lo miró asombrada por el comentario. Le sonrió.

—Desde el primer día que los vi juntos, sentí que él te contenía demasiado, —siguió diciendo Raúl—. A su lado perdiste espontaneidad. Te fuiste aburguesando.

—¿Aburguesando? —exclamó ella, asombrada por el análisis. Carcajeó, no pudo evitarlo—. Jamás imaginé que esa palabra podría estar asociada a mí.

—Tampoco yo, pero así fue, te estabas aburguesando, —le aseguró ahora con una sonrisa—. Manuel estaba encantado, pero a mí no me gustaba. Prefiero a la Gimena

vertiginosa, impulsiva, con la pasión desbordando sus ojos. Ahora te veo bien.

—Mirko me hace bien, Raúl, —aseguró con firmeza—. No importa lo que diga Manuel.

—Mirá, Gimena, no te voy a mentir. A primera impresión, lejos está de ser el pretendiente modelo, —dijo Raúl con sinceridad. Se apuró a continuar al ver que Gimena intentaba protestar—. Pero si te hace feliz y demuestra estar a la altura de las circunstancias...

—Mirko no tiene por qué demostrarle nada a nadie, Raúl, —lo interrumpió indignada por la sugerencia—. Mucho menos a Manuel.

—Tu hermano te quiere, Gime, —le aseguró—. Te aseguro que quiere lo mejor para vos. Durante todos estos años soportó estoicamente tu desprecio y tu distancia porque entendía que era el precio que debía pagar por haberte hecho sufrir.

Gimena desvió la vista evitando el contacto visual con Raúl.

—Manuel hizo lo que tenía que hacer y lo sabes, —terminó diciendo ahora con firmeza—. Está muy afligido por lo sucedido. Pero te adora, nunca dudes eso.

Gimena no sumó comentarios, simplemente miró a su amigo con ojos llenos de lágrimas y sintiéndose abatida, se dejó abrazar. No tenía más fuerzas para seguir luchando contra fantasmas.

CAPITULO 28

Detestaba la sensación de soledad y abandono que ese lugar le transmitía. Hacía ya tres días que estaba encerrado en esa habitación y empezaba a sentirse claustrofóbico. El cirujano que lo había operado se había presentado en varias oportunidades y, satisfecho con la evolución de la cicatrización, le había explicado que en un par de días se sentiría mucho mejor.

Fue un médico clínico quien se ocupó de informarle cómo habían contrarrestado la heroína que habían encontrado en su cuerpo. Lentamente los residuos de la droga se irían eliminando. Los calmantes irían mermando a medida que el tiempo pasase, no así los ansiolíticos que lo ayudarían a contrarrestar el deseo de consumir; pero debía considerar empezar un tratamiento. Un psiquiatra lo visitaría más tarde para hablar de ello.

Llevaba poco más de dos horas despierto, sin nada por hacer más que lidiar con los demonios que había desatado el enfrentamiento con Ibáñez. Estaba desesperado por ver a Gimena; ella era lo único que lo mantenía cuerdo y centrado; en ella concentraba sus fuerzas. No veía la hora de poder abrazarla y comprobar con sus propios ojos que estaba bien. Sabía por Arriaga que su hermano cuidaba de ella y eso lo tranquilizó; pero necesitaba verla.

Era ya media tarde cuando Arriaga se presentó en la habitación. El abogado se sentía en la obligación de

acompañarlo; la soledad de ese muchacho lo había tocado y por momentos su vulnerabilidad lo afectaba. Cuanto más analizaba su caso y más atención dedicaba a los pormenores, más indignación le provocaba.

—¿Cómo te sentís hoy?, —dijo tratando de animarlo.

—Mejor, el hombro apenas me molesta, —respondió. Entre ellos se había gestado un vínculo reconfortante que poco a poco parecía ir convirtiéndose en amistad—. Aunque con la batería de calmantes que me dan, no siento nada, —soltó con hastío—. ¿Sigo incomunicado?

—Sí, Mirko, ya lo habíamos hablado, —dijo el abogado—. Te están protegiendo, sos un testigo importante, —agregó con seriedad y paciencia al notar la frustración que se reflejaba en su rostro.

—Todo lo que quieras, pero afuera hay un cana que parece cuidar más que yo no me marche a que alguien entre, —deslizó disgustado—. Además, ¿cuándo voy a poder ver a Gimena?

—Calculo que mañana, —respondió Arriaga agradeciendo el cambio de tema.

El abogado se acercó a la cama y mencionó que acababa de ver a Gimena. La había acompañado a declarar. Mirko lo miró con seriedad, no le causaba nada de gracia que Gimena estuviera envuelta en toda esa situación. Se culpaba por haberla involucrado; Ibáñez había estado en lo cierto al mencionarlo.

—¿Qué dijo? —preguntó de pronto alarmado.

—Principalmente comentó cómo Candado se había

presentado en la editorial y cómo, Ibáñez se había adueñado de la situación, —respondió. Bajó la vista a sus notas y continuó—. Aportó mucha información; parece que ambos hombres tenían una gran necesidad de hablar y no se cuidaron de nada. Por otra parte, hablé con Blandes hace un rato, —continuó Arriaga recobrando su postura distante y soberbia—. Acordamos que hablarás con ellos cuando te sientas bien para hacerlo. A mi modo de ver la situación, no se han portado para nada bien; deberían haberte protegido tanto a vos como a Gimena.

—Pedazos de hijos de puta, —balbuceó Mirko entre dientes—. Cada vez que pienso que por culpa de ellos...

—Entiendo tu animosidad, pero ahora tranquilo que por más indignación que tengas no podés ponerte de culo con la policía, —sentenció Arriaga con aspereza. Mirko lo miró sorprendido por lo burdo de sus palabras—. Todas las fichas están de tu lado. No lo arruinemos, cuando ambos están bien.

Mirko bufó, aunque sabía que Tomás estaba en lo cierto, le costaba aceptarlo.

—Lo que también comentó es que Candado no conocía al tal Ibáñez, y que el tal Ibáñez dijo que venía a cobrar una deuda de un amigo en común o algo así, —explicó Arriaga—. Que tras decir eso, lo obligó a sentarse en el sillón de Gimena, y ahí nomás, sin previo aviso, le disparó. No con intención de matarlo; quería que se desangrase.

Se hizo un silencio, en el cual Arriaga le dio a Mirko

espacio para que asimilara lo que acababa de escuchar. Mirko tenía la vista clavada en el cielorraso, se lo notaba pensativo.

—¿Qué sucedió con Candado y con Ibáñez? — preguntó Mirko de la nada.

—Candado falleció mientras lo operaban, —informó Arriaga con voz neutra.

A Arriaga le daba lo mismo la suerte de ese hombre, pero notó en Mirko cierta desilusión primero y frustración después; claramente hubiese deseado que Candado se pudiese en la cárcel y que sufriese tanto como él había sufrido.

—En cuanto al hombre que llamás Ibáñez, —continuó el abogado—, murió en la editorial. No tuvo la más leve oportunidad. Está confirmado que la bala que te quitaron del hombro era de su arma. Blandes me confirmó que su verdadero nombre era Leonardo Salinas Berro —continuó informando Arriaga—, y que era secretario del Juzgado Federal de Echeguren; un juez bastante polémico por su rigidez. Es casi una ironía que haya tenido como secretario a un tipo que lo hizo firmar documentos tan opuestos a su postura.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? — lo interrumpió Mirko, sobresaltado.

—Salinas Berro, —respondió Tomás intrigado por la reacción de Mirko— ¿Te suena el apellido?

—Sí, —dijo sintiendo cómo los recuerdos emergieron. El rostro sonriente de Lalo Montañez llegó a él y la

certeza de que Leonardo Salinas Berro era su medio hermano, se consolidó. Los recuerdos fueron cada vez más nítidos, precisos. En algún momento, durante el tiempo que estuvieron encerrados, Lalo le había comentado que su madre se había casado con un abogado de Mar del Plata cuando él tenía 5 años. Fruto de ese matrimonio, Lalo tenía dos hermanos menores. Mirko recordaba claramente la tarde en que, luego del horario de visita, Lalo se acercó a contarle que su madre le había propuesto cambiarse el apellido una vez que saliera de allí. <<¿Escuchaste una pelotudez más grande Milo?, -le había dicho indignado-. Soy Lalo Montañez ¿qué es esa mierda de querer que me llame Salinas Berro? Mis hermanos se llaman así. Yo no>>.

Mirko alzó la vista y miró a Arriaga que expectante aguardaba que compartiera con él sus pensamientos.

—Era el medio hermano de Lalo, —dijo, no muy seguro de cuán importante era ese descubrimiento—. Pero no entiendo qué me reclamaba. Lalo era mi amigo, —agregó pensativo y desconcertado. Recordó algo más y miró a Arriaga—. Silvia, —agregó—. Ibáñez dijo que el verdadero nombre de Garrido era Silvia.

Discutieron distintas hipótesis, y ambos llegaron a la conclusión de que lo mejor era compartir esa información con Blandes; tal vez la policía tendría más información al respecto. Por otra parte, era conveniente tener preparada una declaración. Estaba por llamarlo cuando una de las tantas enfermeras autorizadas para atenderlo, se presentó.

—Disculpe, pero necesito cambiarle el vendaje, — comentó arrimándose al paciente.

Arriaga aprovechó para despedirse hasta el día siguiente. Procuraría organizar la información para cuando se reunieran con Blandes; también prepararía su declaración.

—Voy a tratar de hablar con Blandes para coordinar una reunión, —le dijo antes de marcharse—. Descansá. Nos vemos mañana.

La enfermera se retiró en el momento en que un hombre delgado, de cabello canoso y corto, ingresaba a la habitación. Desde los pies de la cama observó a Mirko. Tenía mirada profunda, clara. Se presentó como el doctor Gustavo Laguer, jefe de psiquiatría del Hospital Argerich.

—Tenemos mucho de qué hablar, señor Milosevic, — dijo el doctor con voz pausada y suave, pero firme. Acercó una silla a la cama y se sentó enfrentándolo—. Vengo a intentar ayudarlo a superar su adicción.

Mirko dio vuelta la cara, era de lo último de lo que deseaba hablar. Estaba harto del batallón de médicos que lo visitaba a diario; el cirujano era el primero en aparecer, lo hacía a primera hora de la mañana. Dos horas más tarde se presentaba un médico clínico, que lo evaluaba de un modo más general. Ahora, era el turno del psiquiatra.

El hombre era, además de psiquiatra, especialista en adicciones y por casi veinte minutos, intentó que aceptase ingresar a un centro de rehabilitación. Mirko era muy consciente de que los ansiolíticos y otros antidepresivos

que le suministraban eran los que controlaban la angustia y principalmente su deseo de consumir; el cual prácticamente había desaparecido, pero temía lo que podría suceder una vez que saliera de ese hospital.

Conversaron largo rato; en realidad fue Laguer quien lo invitó a hacerlo y Mirko poco y nada dijo. Cuarenta minutos más tarde, Laguer se retiraba con la sensación de haber plantado una semilla que tardaría en germinar; pero no perdía la esperanza.

En lo conversado con el psiquiatra estaba pensando, cuando la puerta de la habitación volvió a abrirse. Con algo de disgusto, Mirko estiró su rostro para ver de quién podía tratarse y la sonrisa le iluminó el rostro al ver a Gimena.

—Ya era hora, —dijo emocionado.

Ella le devolvió el comentario con una sonrisa y con dos zancadas estuvo a su lado para enroscar sus brazos en torno a su cuello. No pudo contener el llanto. La angustia de lo vivido todavía la tenía con los sentimientos a flor de piel. Abrazados permanecieron largo rato.

—Tenía tanto miedo, —susurró ella—. Tanto miedo de que te hubieran lastimado.

—No más que yo, —confesó con su rostro escondido contra su cuello. Se separó un poco y la contempló con emoción—. Que alegría que hayas venido, —dijo con voz temblorosa y ella se dejó contemplar con una sonrisa—. Pensé que vendrías mañana.

—No iba a dejar pasar una noche más sin verte, —dijo

ella divertida—. Los volví locos hasta que me autorizaron.

Gimena se separó un poco de él para poder apreciarlo mejor. Sus ojos celestes brillaban y una sonrisa ancha se había instalado en sus labios. Lo sintió feliz, tranquilo y no pudo más que besarlo. El beso los reencontró, como si hubiesen pasado años que no se besaban. La intensidad de lo vivido había sido demasiado para ambos.

Mirko fue el primero en separarse y le acarició el rostro con tanto amor que ella no pudo más que sonreír. Volvió a abrazarla, pegándola a su cuerpo como si de ese modo él pudiera retenerla para siempre.

—Te juro que cuando vi cómo te tenía Ibáñez, pensé que me volvería loco, —sentenció—. No tendrías que haber estado en peligro. Cada vez que lo pienso... Nunca debí involucrarte.

—Ya pasó, —lo interrumpió Gimena, acariciándole el rostro—. Estamos bien, ¿no?

—Ahora estoy más que bien, —aclaró él dejándose mimar—. Gracias por estar en mi vida.

—Un placer, —respondió ella entre risas.

—¿Sabes qué tengo ganas de hacer? —dijo él de la nada.

—Creo que puedo imaginarlo, —respondió Gimena con picardía. Se inclinó hacia él—. Pero estamos en un Hospital, no se puede.

Mirko carcajeó y con su brazo sano se las ingenió para envolverla y atraerla hacia él.

—Quiero abrazarte y no soltarte por toda una noche; quiero dormirte sabiendo que estás conmigo, —confesó—. Extraño tu calor.

Un mohín se instaló brevemente en el rostro de ella al oírlo y completamente derretida se estiró para besarlo.

—No te digo que sos precioso, —le dijo—. Te adoro, y cuando haces esos comentarios muchísimo más.

Era una noche fría, destemplada; oscuros nubarrones anunciaban que también sería lluviosa. El auto se detuvo bajo una tenue luz municipal que apenas iluminaba el centro de la calle. Detestaba acercarse a esa zona de la ciudad a esa hora de la noche; era demasiado oscura, desolada, tan vacía de voces; parecía casi abandonada. Pero ella no ponía las reglas.

Antes de descender del vehículo, la mujer de prolija y lacia cabellera rubia, buscó su celular. Había borrado todo lo que podía relacionarla con lo sucedido e incriminarla. Pero, no había podido deshacerse de varias fotos de Mirko. Entre los álbumes de imágenes, repasó varias de ellas. Las estudió una última vez; era lo único que le quedaba de él. Mirko durmiendo, Mirko sonriendo, Mirko serio, Mirko enojado. Mirko desde todos los ángulos posibles. Era el hombre más inquietante, complejo e inalcanzable que había conocido. Y todavía la enojaba saber que él solo había cumplido su parte cada vez que ella le exigía sexo; nunca le dio más que eso. Jamás,

sintió por ella el más leve sentimiento. Ella, en cambio, lo amaba de un modo tan enfermizo que hasta había llegado a odiarlo por su fría apatía. Admirando su cuerpo, recordó la cantidad de veces que deseó matarlo para no compartirlo con nadie, pero cómo hacerlo; lo querían con vida. Tenía que borrar esas fotos, era peligroso quedárselas.

Un golpe en la ventanilla lateral la alertó. Alzó la vista sobresaltada y sus ojos se encontraron con los de un hombre a quien había visto varias veces. Le sonrió y se apuró a bajar la ventanilla al tiempo que deslizaba el celular en su bolso.

—Hola, Toni, —saludó al hombre de aspecto amenazante y rostro jovial—. ¿Ya llegó el jefe?

—¿Cómo estás, Silvia? —saludó amigablemente—. Te está esperando...

—Genial. Dame un segundo que estaciono mejor el auto.

Conversando sobre las últimas marchas de protestas que se habían adueñado de Plaza Lavalle y habían tenido a mal traer a los empleados de Tribunales ambos cruzaron el solitario estacionamiento hasta alcanzar la única puerta iluminada. Subieron por una escalera angosta hasta llegar a un corredor que comunicaba con la parte trasera de un despacho.

—Por fin, —masculló el juez con algo de fastidio. Se puso de pie y ocultó su contrariedad al enfrentarla para saludarla con un beso. La guió hacia una sala contigua

donde tendrían mayor privacidad—. ¿Cómo has estado, Silvia?

—Muy bien, señor, —repuso la mujer con voz neutra. Había aprendido a manejarse con cautela con ese hombre—. El secretario está de pésimo humor estos días.

—¿Eso por qué?

—La muerte de Antonella Mansi le ha cerrado las puertas para conseguir más información sobre la ruta que utilizaban Candado y De la Cruz, —respondió con soberbia—. Los investigadores están completamente en blanco. Se han quedado sin pistas. Todos los caminos se han cerrado.

—Bien, —dijo el juez con una sonrisa de satisfacción. Se acomodó en la silla, y del primer cajón del escritorio extrajo un sobre que dejó caer sobre la mesa—. Eso suena muy bien, —agregó—. Sinceramente estoy asombrado y agradecido por tu desempeño. Todo se ha desarrollado según lo planeado y hasta la impensada movida de Salinas Berro nos ha dejado bien parados.

—Sí, es cierto. Toda la atención se centró en él, —dijo ella esforzándose por mostrarse complaciente—. Supe que sería de utilidad en cuanto descubrí que era medio hermano de Lalo. No fue difícil alimentar su odio.

—Fue una excelente sugerencia la tuya, —agregó el juez—. Los investigadores estuvieron por aquí hace unos días, querían saber cuánto daño podría haber causado a mi juzgado durante los meses que estuve subrogando a Echeguren.

La charla se estaba tornando demasiado larga para gusto de Silvia. Ella sólo quería tomar su paga y desaparecer. Esa misma noche tenía vuelo a Isla Margarita. No pensaba volver a pisar Buenos Aires.

—Bueno, querida Silvia, —dijo finalmente el juez Vaccane, luego de un prolongado silencio. Le extendió el sobre—. Aquí está tu paga. El señor Casenave está más que conforme, gracias a vos, ya no tiene competencia en esta región y los investigadores estarán ocupados por un largo tiempo siguiendo las pistas que dejaste.

—Me alegro, —agregó Silvia, espiando dentro del sobre—. Ambos hemos podido cumplir con nuestro propósito ¿verdad?

—Puedo preguntar ¿qué fue lo que te impulsó a entrar en esto? —preguntó el juez intrigado—. Eres demasiado sutil para hacerlo por dinero. Detecto que hay algo más.

—Hace cinco años me casé en secreto con Lalo Montañez, —empezó diciendo con voz fría. Elevó el mentón y clavó su mirada en el juez—. Cuando Candado se enteró, se presentó en mi departamento con alguno de sus matones. Le dijo a Lalo que él era su dueño, que gracias a él Lalo podía decir que tenía una vida. Que había estado muy mal en no compartir a su joven esposa.

Silvia hizo una pausa y por un momento volvió a la habitación de mala muerte donde Candado valiéndose de su poderío, la había violado frente al mismísimo Lalo quien, por querer defenderla, terminó con una bala en el estómago. El pobre había presenciado toda la violación

mientras se desangraba.

Por unos segundos ambos guardaron silencio. El crudo relato había afectado hasta al imperturbable juez que por unos instantes se sintió asqueado.

—¿Sucedió en Buenos Aires? —preguntó Vaccane como si pensara en voz alta.

—No, en Paraguay, justo después de lo de las modelos, —respondió Silvia. Alzó la vista dispuesta a marcharse—. Tiempo pasado, están todos muertos, tal como el señor Casenave quería. Ahora puedo descansar.

—Bien, cada cosa en su lugar, como a mí me gusta, —deslizó el juez displicentemente —. Hasta donde sé, el fotógrafo está internado, —siguió diciendo con arrogancia—. Por lo que me han informado, centró todos sus comentarios en Salinas Berro y en su odio hacia Candado.

Silvia se tensó por primera vez desde que había ingresado a la habitación. Pero se cuidó de que no se notara. Podría ser peligroso para Mirko y para ella. Se acomodó mejor en su silla simulando prestar atención a todo lo que el viejo Vaccane tenía para decir.

—Fue de gran ayuda, pero no tiene idea de nada, —se apuró a responder Silvia con suficiencia—. Jamás asociaría la operación a Casenave. A Milosevic, sólo le interesaba vengarse de Candado. Estoy segura de que toda su declaración se basa en la *info* que le fuimos suministrando; no tiene nada más.

El juez sí había notado el leve sobresalto que relampagueó en su rostro y decidió indagar un poco más.

Ella no lo sabía, y tampoco sería él quien la iluminara, pero en pocos días su nombre saldría a la luz. Se guardó esa información, después de todo ella, ya estaba fuera.

—¿Por qué él? —preguntó el juez intrigado.

—Era el único nombre que tenía asociado a Candado. Lalo en varias oportunidades había mencionado que estaba preso por culpa de Gómez Urduz; eso tenía que servir para tentarlo a ayudar, —comentó Silvia poniéndose de pie—. Eso y la droga que le facilitaba. Así lo tuve comiendo de mi mano por mucho tiempo.

El juez asintió satisfecho y consultó su reloj, era tarde y todavía tenía pendientes un par de asuntos. Se puso de pie imitándola y caminó hacia la puerta seguido de la mujer. Ya de regreso en su despacho llamó a su custodio.

—Señorita Márquez, ha sido un verdadero placer, —le dijo saludándola esta vez con dos besos en la mejilla—. Disfrute de sus vacaciones que bien se las ha ganado y olvídense de toda esta experiencia. Usted es joven y hermosa. Tiene derecho a disfrutar de la vida. Vaya con Dios.

—Gracias, doctor, —dijo la mujer un poco sorprendida por las últimas palabras del juez. Un mal palpito la recorrió entera y agradeció haber tomado ciertos recaudos. Se apuró a salir de allí —. Buenas noches.

Toni dejó pasar a Silvia primero y, antes de seguirla, cruzó miradas con su jefe. El mensaje era claro.

CAPITULO 29

Gimena conducía su pequeño auto por Avenida del Libertador. A su lado, Mirko contemplaba la calle, pensativo. Luego de cinco días de internación, finalmente le habían dado el alta médica, pero no parecía entusiasmado, al contrario, Gimena lo notaba tenso, distante, preocupado.

—¿Estás bien? —le preguntó tratando de entender qué le sucedía; pero sólo se ganó un asentimiento. No insistió.

Últimamente no se estaba mostrando muy comunicativo. De tanto en tanto solía caer en pozos de silencio que Gimena no entendía. Le había costado bastante convencerlo de que estaría mucho mejor instalándose con ella. “Déjame cuidarte para que te recuperes rápido”, había agregado con algo de picardía. A Mirko la idea lo tentó sobremanera, pero no se sentía del todo cómodo aceptándolo. Durante el tiempo que estuvo incomunicado, había repasado su vida en detalle. Era tanto lo que necesitaba confesarle y tanta la amargura que le generaba saber que si hablaba tenía muchas probabilidades de perderla, que se acobardaba.

Gimena, lo observaba con discreción y, tal como venía sucediendo, buscó rescatarlo de su ensimismamiento. Lo puso al corriente de las últimas novedades que tenía de la editorial; le habló de los distintos llamados que había recibido de España y las ideas que tenía.

Afortunadamente, él se interesó y poco a poco el frunce de su frente se fue aflojando.

Era evidente que Gimena intentaba levantarle el ánimo y era sumamente agradable que lo hiciera. Miró a su alrededor y bajó la ventanilla antes de encender un cigarrillo. Le llamó la atención reparar en que Gimena conducía por Avenida Figueroa Alcorta y estaban casi a la altura de la Facultad de Derecho. Eso lo desconcertó; se habían pasado.

—Seré curioso, —dijo Mirko cambiando de tema—. ¿A dónde vamos? Porque hace rato superamos Suipacha. Pensé que iríamos al departamento de tu amigo o al hotel.

—Me mudé, —anunció con voz tensa—. Raúl está viniendo seguido a Buenos Aires y bueno... lo del hotel es complicado.

El cambio de escenario borró de un plumazo las preocupaciones de Mirko. Su instinto le decía que Gimena no le estaba contando todo; escondía algo.

—¿Qué está sucediendo Gime?

—Cuando pasó lo que pasó, Lara se ocupó de avisarle a Manuel —comenzó diciendo sin mirar a Mirko, pero sintiendo su mirada sobre su rostro—. Apareció en el hospital, estaba sumamente preocupado; te juro que cuando me abrazó.... Se asustó mucho.

Mirko sonrió y estiró su brazo para acariciarle la mejilla al notar que la voz se le había quebrado de emoción y que los ojos se le habían humedecido.

—Las primeras conversaciones fueron duras y hasta

algo hirientes, —siguió diciendo sin mirar a Mirko, no deseaba siquiera que intuyera todo lo que Manuel dijo sobre él—. Poco a poco nos fuimos poniendo de acuerdo. —Hizo una pausa y respiró hondo; lo que estaba por decir le provocaba un extraño dolor en el pecho—. Me convenció de volver a casa; de instalarme en el departamento de mis padres que ahora está vacío.

—¿Y qué hay de tu madre?, —se atrevió a preguntar Mirko—. Nunca la mencionás.

—No nos hablamos desde hace años, —informó con sequedad—. Por lo que Manu me comentó cuando papá murió, mamá necesitó alejarse, —se apuró a aclarar y la aflicción se filtró en su voz. Frenó en un semáforo rojo. Lo miró con ojos cargados de emoción—. Mamá vive en Miami desde hace tres años con su nueva pareja, de mucho más de tres años...

Terminó de decir esto y puso en marcha el auto. De la nada un importante nudo se había instalado en la garganta impidiéndole seguir hablando. En silencio condujo un par de cuadras más, hasta detenerse frente a un portón negro.

—Llegamos, —anunció ella y con el pulgar, señaló la magnífica vivienda.

Mirko no dijo nada. Simplemente miró el portón de hierro negro, tras el cual se alzaba la imponente vivienda de tres plantas. Las cámaras de seguridad, controlando los accesos, imponían respeto.

—¿Tu familia vivía en uno de estos pisos?

—Podría decirse, —respondió Gimena con cautela

estudiando el azoro que Mirko mostraba—. ¿Me podrías alcanzar el comando que está en la guantera?

El piso era mucho más imponente de lo que Mirko había anticipado. Pero lo que más lo desencajó fue escuchar que todo el edificio pertenecía a la familia Rauch Mondini. En silencio seguía a Gimena que entre orgullosa y apenada le mostraba cada uno de los ambientes acompañándolo con alguna anécdota, tal como lo había hecho en el campo. A Mirko le resultó irreal.

Cruzaron un gran living que daba a una imponente terraza y bordearon un distinguido comedor con una mesa para 16 comensales. También vio cuatro dormitorios con baño privado y una biblioteca que originalmente había sido el estudio de su padre. Pero, a Mirko, no le había pasado desapercibido que había una puerta que Gimena se había salteado.

La habitación donde finalmente ingresaron era, en proporción, tan grande como lo era el resto del departamento. Era por sobre todo una estancia femenina, donde una imponente cama con dosel era la protagonista. Gimena la miró con algo de recelo y el recuerdo de cuando su padre la había comprado llegó a ella. *Una cama de princesa para mi princesa*, le había dicho y más allá de que nunca le había gustado, su padre había estado tan contento, que no quiso apenarlo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Mirko luego de abrazarla por detrás y apoyar su boca a la altura de su oído.

Sus labios descendieron por su cuello provocándole un estremecimiento que elevó la temperatura de su cuerpo. Gimena giró sobre sí misma para mirarlo de frente, pero Mirko no le dio tiempo a nada, pues tomándola por la nuca la atrajo contra su cuerpo para besarla con tal intensidad que cualquier otro pensamiento se borró por completo de sus mentes.

Sus bocas se fundieron; la de él grande, dura y avasallante, imponía intensidad; la de ella tardó en reaccionar. El fervor del beso la tomó por sorpresa y encendió sus necesidades de modo tal que se encontró respondiendo de igual a igual.

—Creo que ya es hora de que nos ocupemos un poco de nosotros, ¿no te parece? —susurró apenas separando su boca de la de ella—. ¿Cuánto hace...?

—Demasiado, —respondió ella con respiración entrecortada.

Gimena lo calló con un beso mucho más intenso que el que él acababa de darle y con urgencia lo arrastró hacia la cama donde fueron comiendo de sus bocas hasta sumergirse en la pasión del otro. Mirko fue el primero en separarse, recordándole entre agitado y ansioso que necesitaba un poco de ayuda para desvestirse.

Gimena sonrió y se aprestó a ayudarlo a desprenderse del cabestrillo que inmovilizaba su brazo. Una vez liberado, lo gratificó descubrir que con suavidad podía moverlo sin dolor. La miró y una sonrisa taimada asomó en sus labios. Le flameaba la mirada y dio un paso hacia

ella para volver a apoderarse de su boca; siempre fresca, siempre apetitosa y tan ávida de besos como la suya. Mientras saboreaba sus besos, sus manos se ocupaban de desprender su camisa; quería sentir su piel, recuperar su calor. Pero quería ir despacio, no quería perderse de disfrutar de la más leve sensación.

Amarla era tocar el cielo con las manos; era estar en la gloria, despierto y lúcido. Amarla era sentir que la vida le daba la oportunidad de redimirse y de mostrarle al mundo que él podía hacer las cosas bien. Lo que empezaba a perturbarlo era sentir que todo podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. El pasado amenazaba con revelarse en su contra; recordándole a cada paso que él no valía ni un céntimo; dándole a entender que acariciando fantasías corría el riesgo de echarlo todo a perder. Y, definitivamente, no quería perderla; perderla era caer nuevamente en la oscuridad.

Mirko entendía que Gimena era su fortaleza; era el ángel que lo había rescatado y lo guiaba a la senda segura. La había encontrado. Tal vez por eso, comprendía que amarla era sentir dolor en el alma; era mirarse al espejo y convencerse de que nunca sería suficiente para ella. Amarla era aceptar, que, aunque el miedo a perderla era grande, tenía que abrir su corazón a ella. Amarla era descubrir que valía la pena estar vivo; y aceptar que no gana quien no arriesga. Y él tenía que arriesgar a todo o nada. Porque eso era amarla.

Una lucha de voluntades se instaló entre ellos, agitando

el deseo, liberando pasiones contenidas. Ambos demandaban, ambos se entregaban y exigían. Gimena tenía un efecto arrollador en él y Mirko se encontró entrando en ella casi como un poseído.

Ella ahogó un grito sofocado al recibirlo y, lo abrazó, acoplándose al ritmo que él imponía. Su corazón latía presuroso, desbocando los sentidos. Estallaron de un modo sublime, flotando, planeando en medio de una ola de éxtasis que los volvió uno. La retuvo en sus brazos en la caída, pegándola más a su cuerpo, adentrándose en ella, para no perderse. Ella balbuceó algo inentendible que le robó una nueva sonrisa.

Les costó recuperarse. Ambos sentían la piel sensible. Gimena tenía cierto poder sobre él, pues bien podía rescatarlo y guiarlo a un puerto seguro y en medio de un desenfreno incontenible darle sosiego. Con Gimena, Mirko sentía que todos los días renacía un poquito y los demonios que por años lo habían acosado, sencillamente se debilitaban ante su sonrisa. Cerró los ojos, sintiendo que por fin sabía qué era sentirse pleno.

—Ufff, ¡Cómo lo necesitaba! —exclamó ella, acomodándose contra el cuerpo de Mirko. El comentario lo hizo carcajear. La miró y la besó ahora con delicadeza —. Lo digo en serio, fue brutal; siento que fue la primera vez que compartimos más que sexo.

Mirko se tensó. El comentario no le había gustado del todo. Se acomodó mejor en la cama y su silencio llamó la atención de Gimena que poco a poco recuperaba la

respiración. Alzó la vista para mirarlo y la seriedad de su rostro junto al destello de desilusión que notó en los magníficos ojos celestes, la alertó. Giró sobre sí, para poder enfrentarlo.

—¿Qué?

—Nada, —dijo él con algo de contrariedad. Ella le hizo cosquillas para hacerlo reaccionar y Mirko protestó —. Sólo que pensé que ya habíamos superado esa parte.

Gimena lo miró conmovida. Mirko mostraba ser tan sensible respecto de sus sentimientos como esquiva podía ser ella. Se arrodilló para enfrentarlo y, resuelta a convencerlo, se sentó a horcajadas sobre él.

—Mirko Milosevic, —sentenció con una mueca divertida instalada en su rostro. Él frunció el ceño y se hizo el desentendido—. No me refería a que era la primera vez que hacíamos el amor, —aclaró. Lo miró directo a los ojos—. Lo que quiero decir es que es la primera vez que siento que lo hicimos de un modo completo, rotundo; como si cuerpo y alma hubiesen estado en comunión, —dijo ella sintiendo que explicaba lo inexplicable—. Lo que quiero decir es que fue la primera vez que sentí que me transportaba. No sé cómo explicarlo, —agregó incómoda porque él parecía no esforzarse por entender—. Sentí que me robabas el alma y me la devolvías con parte de la tuya.

Mirko se irguió para quedar a la altura de ella. La contempló con admiración y embeleso. Claro que entendía a qué se refería; él también lo había sentido y lo

había experimentado por primera vez aquella nefasta noche del verano de 2007, dónde todo había empezado entre ellos. Ahora lo comprendía. Ella era como un faro en una noche de tormenta; la luz que lo guiaba a un puerto seguro. Gimena era la única que, con solo besarlo, despertaba hasta sus entrañas. Era su otra mitad y, por loco que pareciera, en más de una ocasión creyó sentir que, el que compartían, era un amor añejo, rotundo e inquebrantable.

Mirko la miró y alzó su mano hasta alcanzar uno de sus pechos; lo masajeó con suavidad y sonrió al notar la reacción de ella. Pero su mente estaba anclada en lo sucedido entre ellos, tanto tiempo atrás; en el modo en que la había abordado y en la forma en que ella había reaccionado a sus estímulos. En algún punto, lo mortificaba que ella no recordase ese primer encuentro; lo perturbaba saber que algo no tan digno había sucedido entre ambos. La tentación de sincerarse empezaba a ser demasiado grande, incontenible.

—¿Y ahora, en qué estás pensando? —preguntó Gimena, acomodándose mejor sobre él—. No me gusta cuando caes en esos pozos de silencio.

—Pienso en todo lo que nos queda por hablar, Gime, —dijo Mirko con emoción. Sus manos bajaron hacia su cintura y allí se quedaron—, pienso que hay cosas que aún no sabés...

—No me está gustando el tono de tu voz, —reclamó ella de pronto a la defensiva—. No quiero saberlo si me

va a entristecer.

—Es necesario... no quiero nada secreto entre nosotros. —Agregó.

Algo le dijo a Gimena que no era conveniente dejarlo hablar. Casi empujada por una suerte de intuición, se inclinó sobre Mirko.

—Pero no ahora, mi amor, —dijo antes de apoderarse de su boca con desesperación—. Ahora solo quiero que me ames.

Y, todo volvió a empezar.

Fue pasado el mediodía cuando Gimena lo despertó, para compartir un almuerzo ligero en la cama, donde siguieron disfrutando el uno del otro sin inhibiciones. Alimentándose de su intimidad, aprovecharon para hablar mucho, principalmente sobre todo lo que les sucedía y sobre lo que esperaban del futuro.

—Necesito que hablemos también del pasado, —disparó Mirko sin ningún tipo de anestesia.

Gimena alzó la vista para mirar sus ojos, y no le agradó lo que encontró allí. Sacudió su cabeza negativamente.

—Otra vez, —balbuceó fastidiada, anticipando que no le agradaría el tema—. ¿De qué necesitás hablar con tanta insistencia?

—Del video que recibiste hace un tiempo, por ejemplo, —fue la rotunda respuesta de Mirko.

Gimena sacudió su cabeza negativamente e intentó alejarse, pero Mirko la detuvo.

—No me interesa hablar de eso, —protestó ella incómoda—. Olvidemos esos episodios.

—Pues yo no puedo olvidarlo, —sentenció—. Tampoco puedo seguir si no hablamos al respecto.

—¿Perdón? ¿De dónde salió eso? —exclamó ella sacudida—. ¿Estás pensando en terminar conmigo porque te sentís culpable por ese video? A mí no me interesa. Es pasado. Punto y aparte.

La enfrentó y, aunque ella no quisiera escucharlo, él comenzó a hablar de la deuda que había contraído con Candado y el modo en que terminó atado de pies y manos.

—Muchos habían estado en mí misma posición y los que se negaron a cumplir sus órdenes terminaron muertos, —informó ganándose la atención de Gimena—. Sólo debía conseguir una chica y llevarla a la habitación del fondo. Eso era todo. No me gustaba lo que estaba haciendo, pero no estaba en posición de cuestionar nada Gimena. Simplemente aceptaba lo que tenía que hacer o era hombre muerto.

Hizo una pausa y de reojo la miró; ella no había cambiado su expresión seria, cerrada.

—No te quiero escuchar más, —sentenció, cada vez más afectada. Dejó la cama—. ¿Por qué haces esto?

Pero Mirko pasó por alto la pregunta y continuó, ya estaba jugado. Pasó a hablarle de cómo la había visto y de la atracción que, inmediatamente, sintió por ella. Con estas palabras se adjudicó una dura mirada de parte de Gimena, que no creyó ni media palabra.

—No sigas, —estalló ella con ojos llenos de lágrimas—. No quiero escucharte más.

—¿Por qué no lo recordás? —preguntó como si pensara en voz alta.

—Será porque me drogaste, —disparó agresiva.

Se volvió hacia él enfrentándolo con una extraña mezcla de decepción y bronca en la mirada.

—Yo no te drogué, Gimena, —respondió apesadumbrado. Sacudió su cabeza y dejó la cama. Fue directamente hacia donde había quedado su ropa desparramada. Buscó su bóxer y se lo colocó—. Sólo tenía que dar con una chica que se mostrase predispuesta a seguirme el juego. Vos lo estabas y, para mejor, me gustaste. —Mirko hizo una pausa enfrentando los recuerdos. En esta ocasión Gimena no lo interrumpió, de modo que continuó—. Tomamos un par de tragos, flirteamos, histeriqueamos, bailamos y casi me arrastraste a la habitación donde, supuestamente, yo tenía que llevarte, —comentó él. No había ni orgullo ni jactancia en su voz; todo lo contrario. La enfrentó—. Pasó de todo y no siempre las propuestas vinieron de mí parte. Fue tan bueno como lo fue en esta ocasión. Y no te privaste de nada. Me deseabas tanto como yo a vos.

Gimena no decía nada, entre avergonzada y azorada le había dado la espalda y enfrentaba incrédula los desdibujados recuerdos que relampagueaban en su mente a medida que él avanzaba en su confesión. No quería ubicar el rostro de Mirko en la sombra que por tanto

tiempo la había llenado de terror y angustia. Se sobresaltó al sentir las manos de Mirko sobre sus hombros, y no pudo más que apartarse.

—Cuando todo terminó te quedaste dormida, —dijo él, abrumado por su propia confesión. Ella sacudió su cabeza—. Fui en busca de algo para beber.

—Y de un poco de cocaína, seguramente, —disparó ella dolida.

Mirko contuvo brevemente la respiración. La aspereza de la respuesta se clavó hiriente en su interior. Estaba resultando tan duro como había imaginado que sería. Se merecía esa respuesta y más.

—También, claro, me lo había ganado, —reaccionó súbitamente molesto. Respiró hondo y tomó su camisa. Las cartas parecían haberse acomodado—. Soy adicto, ¿no? Justamente eso fue lo que me metió en éste lío. — Una nueva pausa y como pudo se colocó la camisa—. Pero bueno, cuando regresé. Te habías marchado.

Un silencio rotundo se instaló entre ellos. De cómo Gimena digiriese lo que acababa de escuchar dependía el futuro de ambos. Mirko comprendía que había sido una apuesta arriesgada, pero no había tenido alternativa.

Finalmente, ella se volteó a mirarlo. En sus ojos negros, Mirko solo encontró reproche e incomprensión. Bajó la vista y terminó de abrocharse la camisa.

—Tengo que reunirme con Arriaga, —informó Mirko al cabo de varios segundos de intenso silencio—. Blandes nos espera para tomarme declaración.

—Mejor, porque yo necesito estar sola, —fue la seca y rotunda respuesta de Gimena.

Sin agregar palabra se alejó de él y se encerró en el baño.

Cuando salió del baño, Mirko ya no se encontraba en la habitación. Lo agradeció. La afectaba demasiado pensar en aquel suceso; le estrujaba el corazón saber qué él había sido parte de algo tan monstruoso.

Sobre la mesa de noche su celular zumbaba ante la entrada de una llamada. Con cierta renuencia se acercó a atender. Era Lara que llamaba para saber cómo se encontraban ella y Mirko. En algún punto la reconfortó el llamado, habían cruzado mensajes la tarde anterior y Gimena le había comentado que probablemente le dieran el alta a Mirko. Conversaron unos minutos, pero Gimena no hizo mención a la discusión que acababan de mantener.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Lara, la notaba rara.

—Sí, muy movilizada por lo sucedido, pero nada más. —Hizo una pausa y trató de cambiar de tema—. ¿Crees que en algún momento podremos juntarnos?

—A mí me encantaría, —respondió Lara—. A ver, hoy es miércoles. Veamos qué dice el resto para juntarnos el viernes.

—Dale, espero tu llamado.

—Listo. Te quiero Gime. Saludos a Mirko.

Gimena suspiró balanceándose entre la necesidad de estar con sus amigas y la angustia que la discusión con Mirko había dejado en ella.

Se dejó caer en la cama y abrazó la almohada sintiéndose desolada. No sabía cómo manejar la situación cuando su corazón gritaba por perdonarlo. Poco y nada recordaba de aquella experiencia, sólo flashes sin demasiado sentido, pero en cambio, recordaba cada momento compartido con Mirko desde que ella puso un pie en la editorial; amaba rotundamente al hombre que allí había conocido. Lloró, ya no pudo contener el llanto.

Al cabo de un rato, dejó la habitación y fue por un poco de agua. La angustia no remitía y aunque quisiera, le costaba darle un corte al asunto. Finalmente, para despejarse un poco, resolvió nadar; eso siempre la había ayudado.

Nadó cerca de cuarenta minutos y cuando sintió que era suficiente y que la angustia remitía, se detuvo agitada. Fue en ese momento cuando divisó a Manuel sentado en una de las reposeras contemplándola.

—Pero miren quién ha aparecido, —soltó Gimena, con algo de sarcasmo. Dejó la piscina y tomó la toalla para secarse—. ¿Qué te trae por aquí? Si puedo preguntar.

—Vos, por supuesto, —fue la seca respuesta de Manuel, acostumbrado a los embates de su hermana—. Vi que estabas nadando y decidí esperar a que terminaras para hablar.

Manuel ahora se cruzó de brazos sin apartar la mirada

del rostro de su hermana menor. Seguía enojado con ella, Gimena lo notó.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Gimena, haciéndose la desentendida. Sabía muy bien por quien preguntaba, pero no se la iba a hacer fácil.

—Tu último capricho o debo decir tu última misión altruista, —disparó Manuel con frialdad, sabiendo que despertaría la animosidad de su hermana—. ¿Era necesario que lo trajeras acá? ¿No te alcanzó con el hotel?

Gimena desvió la vista incómoda. No se le había ocurrido que Manuel podía molestarse por eso. Después de todo, era su casa también.

—¿Cómo pudiste terminar asociada a tamaños delincuentes? —insistió.

—¿Cómo pudiste desconectar a papá y seguir viviendo? —devolvió Gimena con mayor aspereza.

Una vez más, entre ellos se instaló un silencio helado, que parecía no poder superarse nunca. Ambos se miraron, se estudiaron, se midieron. Manuel fue el primero en apartarse. Esa última estocada de Gimena le había dolido. Tardó varios segundos en reponerse y, cuando lo hizo, enfrentó a su hermana con ojos brillosos de lágrimas y el rostro contraído.

Gimena no tenía recuerdos de haber visto a su hermano en ese estado y se arrepintió de haber sido tan hiriente. Desde pequeña había sentido una devoción absoluta por él. Manuel siempre estaba a la altura de las

circunstancias. Desde muy joven, tras el accidente de su padre y bajo la supervisión de su madre, se vio obligado a hacerse cargo de un imperio. A diferencia de muchas historias de traiciones y aprovechamientos, en esta ocasión los amigos de Antonio Rauch, se portaron muy bien con su hijo, asesorándolo y desasnando sus dudas para forjar su futuro. Así, Manuel había cuidado de todos ellos también.

Las lágrimas de su hermano la contagiaron y Gimena dio un paso hacia él. No tenía recuerdos de haber visto a Manuel doblegado.

—Vos no tenés ningún derecho a reclamarme nada, — chilló y toda la tristeza que sus ojos parecían reflejar, se convirtieron en furia helada—. Nunca en tu puta vida te hiciste cargo de nada.

—Eso no es cierto, —respondió Gimena. No pensaba acobardarse, pero nunca había visto a Manuel en ese estado.

—¿No es cierto? Pues explicame entonces quién se hizo cargo de todo mientras vos vivías tu independiente libertad, —exclamó Manuel, cada vez más desencajado—. ¿Quién mierda estuvo acá sosteniendo a mamá, escuchando a los médicos y tomando las decisiones que había que tomar? Porque a vos ni te vi asomar la cara.

—¿Sosteniendo a mamá? —replicó Gimena, dolida por el reclamo—. Mamá estaba bien sostenida por Alfonso.

Si Manuel no le dio vuelta la cara de un cachetazo fue

porque nunca se le ocurriría levantarle la mano a una mujer, pero su hermana estaba tirando demasiado de la soga. Estaba a punto de decir algo más, pero Gimena no se lo permitió.

—Siempre la defendiste, —disparó ella, dejándose arrastrar por una peligrosa mezcla de indignación y dolor—. Y eso es porque fui yo quien la vio en brazos de Alfonso; engañando a papá. Patética. Era el médico de la familia, Manuel, cómo podés defenderla.

—Cuánto más fácil fue condenar a mamá en lugar de entenderla, —replicó Manuel ofuscado—. Cuánto más fácil gritarle al mundo “yo vivo mi vida. Hago lo que quiero sin joder a nadie” —La voz de Manuel demostraba tanta tensión como amargura. Por momentos, parecía que había abierto una puerta y muchos pensamientos, emociones y rencores añejos se liberaron—. “Mi futuro está en Europa, Manu, no sabes el laburo que conseguí. Una de las mejores Editoriales de Europa me va a contratar”, —prosiguió indignado—. Abrí los ojos Gimena.

La paciencia de su hermano estaba a punto de tocar un techo peligroso. Gimena lo notó, pero no sabía qué decir sin alterarlo más. Eligió guardar silencio.

—Y te fuiste a Madrid, sin ninguna consideración, —continuó obligándola a enfrentar esa parte—. Y durante ese tiempo, viviste sin verlo y hasta supongo que nunca te preguntaste si papá extrañaría tu voz o si a él le haría bien que le sostuvieras o acariciaras su mano, —atacó sin

ningún miramiento—. Porque seguro te acordarás de que eras la única que sostenía hasta el cansancio que eso le hacía bien. —Estaba siendo cruel, lo sabía, pero ya no sabía cómo hablarle; cómo hacerla entrar en razones—. Para vos, él estaba en su habitación; bien cuidado y atendido. Otros se estaban ocupando de que así fuera, ¿no es cierto? Pero decime una cosa, ¿te acordás de su voz? ¿Te acordás de cómo era cuando estaba contento o cuando estaba enojado?

Gimena le dio la espalda y se alejó de su hermano. Se sentó en uno de los bancos con la vista clavada en la piscina. Sacudió su cabeza negativamente.

—Siempre fuiste igual, —terminó diciendo, sin abandonar ni la frialdad, ni la rudeza—. Ves todo desde tu punto de vista, sólo tu manera de entender los hechos es la que cuenta. Bajo ese manto de humildad que te esmerás en cuidar; es bastante soberbio lo tuyo hermanita, —agregó sin darle margen—. Hicimos lo que teníamos que hacer, —afirmó con mayor contundencia, como si quisiera convencerla—. Pero no fue gratis, todo el dolor que sentís, nosotros ya lo sentimos; día a día lo veíamos irse un poco más, y asumimos la responsabilidad, aun sabiendo que nos ganaríamos tu odio.

Manuel hizo una pausa. El enfrentamiento estaba siendo tan crudo como siempre supo que sería y el rostro de Gimena reflejaba el intenso dolor que todo aquello le provocaba.

—Me podrían haber avisado, —demandó ella ya sin

fuerzas.

—Si no te consultamos, fue porque creímos que necesitabas que otros asumieran las culpas del caso, —confesó Manuel, ahora con suavidad—. Y veo que no nos equivocamos.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —protestó.

—Que sabíamos que jamás lo hubieses aceptado—respondió simplemente—. Gimena, nunca te hubieras atrevido a hacer algo así. Pero era lo que teníamos que hacer, aunque te cueste aceptarlo. Papá estaba muerto desde hacía más de diecisiete años. —Manuel hizo una pausa y se acercó más a Gimena que contenía las lágrimas a fuerza de orgullo—. Teníamos que dejarlo ir; tenés que dejarlo ir.

Por unos segundos guardaron silencio; sabía que había mucho más por decir, la conversación apenas había rozado la superficie. Pero los puntos importantes y los pareceres habían quedado claros.

—Te vendría bien entrar en esa habitación para asumir que ya no está allí y dedicarle una última oración si eso te hace bien, —le aconsejó Manuel y en su voz asomó el don autoritario—. Es hora de cerrar ese capítulo de tu vida, Gimena.

Sin decir más, Manuel caminó hacia el elevador para regresar a su piso. A través de los cristales, los hermanos se miraron. Los ojos de Manuel estaban cargados de alivio, los de Gimena de lágrimas.

CAPITULO 30

A Mirko le llamó la atención la quietud del edificio. Al salir del elevador la llamó varias veces, pero no obtuvo respuesta. Fue primero a la habitación que habían compartido y allí la encontró, sentada en la cama, abrazando sus rodillas con los ojos rojos de llorar. Creyéndose el culpable de esas lágrimas, se acercó con cautela.

Gimena alzó la vista y sus miradas se encontraron. Se estudiaron un momento y, sin hacer preguntas, Mirko se sentó a su lado, abrazándola. Sin oponer resistencia, ella se acomodó contra su cuerpo, dejándose envolver en sus brazos.

Abatida como se sentía, apoyó su cabeza contra el pecho de Mirko, y así permanecieron un buen rato. Finalmente, ella alzó la vista. Se miraron a los ojos en completo silencio.

—Gime, —empezó diciendo él con cierto temor.

Ella desvió la vista insegura. Tenía tantos sentimientos encontrados que, de pronto, no lograba pensar con claridad.

—Cuando estuvimos en el campo, hablando de tantas cosas, dijiste que éramos como una suerte de equipo, —deslizó—. ¿Lo somos?

Mirko se tomó unos segundos en responder. Se puso de lado para enfrentarla y midió sus palabras.

—Me gusta creer que sí —confesó Mirko con suavidad—. Pero, sinceramente, creo que sos vos quien debe responder esa pregunta después de lo que hablamos hoy.

Gimena se sentó sobre la cama y meditó brevemente lo que necesitaba decir. Mirko detectó su duda y comprendió fácilmente que debía darle el empujón que ella parecía necesitar.

Mirko se apoderó de la situación. Su boca era firme, segura y le brindaba la sensación de cobijo que Gimena necesitaba en ese momento. Entregada a su dominio, se dejó llevar hasta temblar en sus brazos. Sus respiraciones se entrelazaban, conforme la intensidad de los besos se incrementaba y las caricias se tornaban más osadas. Abruptamente la boca de Mirko abandonó la de Gimena y se miraron con ojos cargados de sentimientos.

—¿Vas a perdonarme algún día? —quiso saber él torturado por esa duda—. Te juro que no teforcé a nada; los dos nos dejamos llevar.

—No me hagas esa pregunta ahora, —respondió ella con sinceridad—. Te necesito en el presente.

Las últimas palabras de Gimena lo sacudieron. Frunció el ceño tratando de comprender qué había querido decir.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Gimena suspiró como si necesitara reunir coraje para hablar. Lo miró directo a esos ojos celestes que parecían ser de otro mundo. La imagen de la puerta de la habitación que debía visitar se instaló en su mente y

Gimena lo abrazó buscando la fortaleza que él siempre le transmitía; no entendía bien por qué sucedía, pero así era. Mirko le daba fuerza y la sostenía cuando ella parecía caer. Se separó un poco y casi sin darse cuenta comenzó a hablar.

—Sé que debo entrar, pero no puedo, —confesó con los ojos llenos de lágrimas—. Me aterra ver esa cama vacía.

—Vamos, mi amor, —deslizó Mirko con cautela—. Así como en el campo me señalaste el lugar exacto donde se había estrellado la avioneta, y me hablaste de todo lo ocurrido con el dolor que todo eso te provocaba, ahora tenés que mirar la cama donde él estuvo descansando por tanto tiempo, para convencerte de que ya no está allí.

—Lo mismo dijo, Manuel, —accedió ella.

—Es que vos sabes qué es lo que tenés que hacer, —insistió—. Te va a hacer bien.

— Acompañame, —suplicó tensa—. Necesito que entres conmigo.

—No, Gime, —se negó con tanta firmeza que ella se replegó desorientada por su rechazo—. Yo te acompaño hasta la puerta. Soy un intruso en esa habitación.

Mirko se puso de pie y estiró su mano para que ella la tomara. De la mano dejaron el dormitorio y encararon el corredor que conducía a la habitación. Una vez frente a la puerta, se detuvieron.

—Todo va a estar bien, —le aseguró obligándola a mirarlo. Ella lo abrazó necesitada de su fuerza y su

confianza—. Te va a liberar.

Gimena finalmente se separó de él y enfrentó la puerta. La abrió con convicción y aguardó un instante. El frío del vacío que allí reinaba la golpeó con crudeza. Antes de entrar, miró sobre su hombro a Mirko que asintió dándole coraje.

—Te amo, —dijo Mirko, con una sonrisa tranquilizadora—. Estoy con vos.

El rostro de Mirko se tornó sombrío en cuanto la puerta se cerró y Gimena desapareció tras ella. Giró sobre sus talones, y consultó su reloj. Eran casi las seis y media de la tarde. Tenía poco tiempo. Se dirigió a la habitación primero, donde en unos minutos reunió las pocas pertenencias que tenía. Luego, buscó en la mesa de noche el celular de Gimena y se dirigió al vestíbulo donde se sentó en un banco.

Las luces que lo rodeaban se habían ido encendiendo automáticamente y su efecto lo había tensado. No se sentía cómodo en ese piso, donde todo funcionaba sin necesidad de las personas y los fantasmas parecían abundar. Era un departamento triste, frío, cargado de demasiados recuerdos dolorosos. No le agradaba estar allí él no pertenecía a ninguno de esos ámbitos.

Así como Gimena estaba haciendo las paces con su pasado e intentando cerrar viejas heridas para poder sentirse entera, él también tenía deudas pendientes que debía cancelar. A Gimena le había confesado uno de los hechos más terribles de su vida; pero había callado otros.

Esa tarde, sintiéndose tenso, expuesto y, luego de soportar la mirada acusatoria de Gimena, Mirko había apelado a un poco de cocaína que tenía guardada. Ahora sentía remordimientos, porque sabía que le había fallado a Gimena en muchos aspectos. Era la tercera recaída que sufría y era muy consciente de que no sería la última si no pedía ayuda.

Suspiró y reparó en que Gimena deseaba que él estuviera en su presente; pues era hora de dar otro paso. Totalmente resuelto a lo que estaba por hacer, de su billetera extrajo una tarjeta y sin mucha vuelta se comunicó con el hombre que intentaba contactar.

—Buenas tardes, mi nombre es Mirko Milosevic, —se presentó con la mayor seguridad que pudo reunir en ese momento—. ¿Doctor? Si soy yo... ¿cómo está? Tomé una decisión. Acepto; estoy dispuesto a sumarme al tratamiento. ¿Puede ser hoy mismo? Estaré allí en hora y media. Gracias.

Ya estaba hecho. Aunque podría echarse atrás, sabía que no lo haría. Cada vez más convencido de lo que estaba por hacer, fue hacia el dormitorio donde Gimena había dejado su celular. Lo tomó y lo activó. Resuelto buscó el WhatsApp y envió un mensaje. Luego esperó. El celular vibró tan solo diez segundos más tarde. <<Voy subiendo. ¿Estás bien?>>, era la respuesta. Mirko contuvo la respiración. Por más difícil que resultase, estaba haciendo lo correcto y lo sabía.

La puerta del ascensor se abrió abruptamente llamando

su atención. En el recibidor apareció Manuel exquisitamente vestido de etiqueta y rostro surcado por la preocupación. Frunció el ceño al ver a Mirko y con gesto duro se acercó.

—¿Quién es usted? —demandó haciéndose el desentendido, aunque tenía muy claro quién era el hombre que lo miraba con rudeza.

—Mi nombre es Mirko Milosevic, —respondió con voz pesada—. Creo que no nos han presentado.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Manuel restándole importancia a las palabras de Mirko. Lo miró con displicencia—. Acaba de mandarme un mensaje que necesitaba verme.

—Gimena está en la habitación, despidiéndose de su padre, —deslizó Mirko, con la misma aspereza que había dicho todo lo demás—. Fui yo quien le envió el mensaje; su hermana lo necesita.

Manuel lo miró ofuscado. Detestaba que ese hombre hablase con tanta naturalidad de un tema que para ellos era difícil de mencionar; odiaba que se metiera en la vida de su familia como si fuera parte de ella. Él era un don nadie, que no tenía ningún derecho a hacer comentarios.

—No sé quién se cree usted que es, —disparó Manuel receloso—. Pero no interfiera en los asuntos de mi familia.

—Me importa una mierda su familia, —repuso Mirko, analizándolo—, es por ella por quien me preocupo.

—¿Tengo que creerle? —devolvió Manuel con

arrogancia—. Pues sepa que usted es sólo un capricho pasajero, —disparó maliciosamente Manuel—. Pronto mi hermana se aburrirá y regresará a Paris, a los brazos de quien fuera su novio por más de cinco años, —agregó punzante e hiriente—. Un hombre de su posición y clase. Y usted supongo que si no termina preso tendrá algo interesante que contar.

Mirko lo miró luchando con el impacto que el desprecio de ese hombre le provocaba. Toda su vida había luchado contra ese tipo de individuos que se creían que todo el mundo tenía un precio.

—Váyase a la mierda, Rauch, —sentenció y se dispuso a marcharse, pero Manuel se interpuso en su camino—. Hace un buen rato que está encerrada en esa habitación. No va a salir hasta que alguien la ayude a hacerlo. Vaya con ella, no la deje sola.

Mirko sostuvo la mirada de Manuel que imperturbable, lo analizaba con detenimiento sin saber a qué conclusión arribar.

—Debe estar esperando que sea usted quien lo haga, —sentenció Manuel con un dejo sardónico, aunque en el fondo la situación lo incomodaba un tanto.

—¿No se da cuenta de que es usted a quién ella necesita en este momento? —remarcó con firmeza—. Por eso envié el mensaje. En algo está usted en lo cierto Rauch, es un tema de su familia. Es a su familia a quien Gime necesita recuperar.

Sin decir más, Mirko se calzó la mochila al hombro y

se dirigió al ascensor. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia Manuel.

—Si Gimena pregunta sólo dígale que tenía cosas que hacer, —dijo finalmente Mirko.

Manuel todavía permanecía con la mirada clavada en la puerta del ascensor hasta que lentamente fue recobrando la noción de lo que sucedía a su alrededor. Por un breve instante, la posibilidad de que Mirko estuviese ayudándolos lo incordió, no quería sentirse en deuda con ese hombre. Respiró hondo y lentamente se fue acercando a la habitación donde Gimena se encontraba. No ingresó inmediatamente, a él también le demandaba un gran esfuerzo emocional atravesar esa puerta. <<Aquí vamos>>, se dijo colocando la mano en el picaporte.

Era una estancia luminosa, de paredes blancas y escasa decoración. Sólo cuadros de la familia podían apreciarse allí y un cómodo sillón que escoltaba la cama de dos plazas que era la gran protagonista. Allí estaba recostada Gimena abrazada a un portarretratos. Manuel se acercó a ella con cautela no muy seguro de cómo debía proceder. Se ubicó junto a su hermana y, conmovido por su llanto, colocó una mano sobre su hombro. Ella se retrajo; pero no se volvió hacia él.

—Nunca comprendí porqué tuvo que sucederle algo así, —balbuceó Gimena entre lágrimas—. ¿Por qué a él, Manu? ¿Por qué?

—No existe una respuesta para eso Gime, —respondió Manuel con cautela—. Sucedió y hay que aceptarlo.

Gimena asintió y contuvo la respiración un instante.

—Durante el tiempo que estuve en Madrid, me gustaba recordarlo en el campo, recorriendo las tierras con su caballo. Muchas veces soñé que estaba con él, —confesó con voz cargada de sentimientos—. De tanto en tanto lo recordaba en su escritorio, tan elegante, tan señorial y apuesto.

Manuel la escuchaba en silencio. Aunque ya había pasado por todo aquello, era tan doloroso volver a atravesarlo como lo fue la primera vez.

—Pero nunca, nunca pude recordarlo en su avioneta hasta que volví al campo, —confesó lentamente. Giró y se volvió hacia su hermano que la contemplaba con ojos húmedos—. Sé por Totorá que nunca volviste.

Manuel desvió la vista un momento. Era cierto lo que su hermana decía y parecía extraño que hasta ese momento sólo ella hubiese reparado en ese punto.

—¿Por qué, Manu? Te encantaba el campo.

—Supongo que todos recordamos donde nos encontrábamos cuando esa avioneta se estrelló, —dijo como si su afirmación lo explicara todo—. Yo estaba en la cama con Laura. ¿Te acordás de ella?

Gimena asintió de pronto desorientada por el rumbo que la charla estaba tomando. Se acordaba de Laura, era con quien salía por aquel entonces. Era bastante más grande que él, y a su padre por algún motivo no le agradaba.

—Habíamos viajado con Papá por asuntos de la

cementera, cuando terminamos, él insistió con que volara con él a la estancia, —prosiguió. La voz de Manuel se escuchaba tirante, tensa, como si la lejanía en el tiempo hubiese mitigado el dolor—. Pero, yo tenía otros planes, para mí, en ese momento era mucho más tentador un fin de semana esquiando con Laura que encerrarme en el campo con mi padre y mi pequeña hermanita. —Hizo una pausa y miró a Gimena a quien dedicó una mueca de disculpa—. Papá se puso furioso cuando me rehusé. —Respiró hondo y por unos segundos se dejó envolver por los recuerdos—. Manuel, me dijo, una mujer que intenta separarte de tu familia no es una mujer de buenos sentimientos. La familia es quien te sostendrá; sin una familia no hay donde volver. Esa mujer no es una mujer que busque familia.

Una nueva pausa, pero esta fue mucho más profunda que la anterior. Gimena trataba de recordar donde había estado Manuel aquel día, pero no podía recordarlo.

—Lo mandé al cuerno, recuerdo que estaba harto de que siempre me dijera qué tenía que hacer. Tenía casi 25 años y él seguía tratándome como un chico, —confesó con amargura—. Creo que me quedé con Laura por el solo hecho de hacerlo rabiar. Yo estaba furioso con él y sus discursos.

—Manu, —dijo Gimena con lágrimas en sus ojos.

—Esa fue la última vez que lo vi, —dijo finalmente—. Y todo el enojo se convirtió en un gran peso cuando me comunicaron lo sucedido. —Manuel la miró como si

todavía intentase comprender—. ¿Te diste cuenta de que desde ese día no volvimos a tener una familia? —preguntó Manuel y una mezcla de amargura y angustia se filtró en su voz—. Cuando él se fue, todos nos perdimos un poco, porque él era nuestra familia. Pero Gime, retenerlo, era forzar algo que ya no existía.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero ya no había ni rencor, ni reproches flotando entre ambos, sólo el peso de lo vivido y las marcas que había dejado en ambos.

—Es tiempo de dejarlo atrás, Gimena, —terminó diciendo Manuel ahora con renovada autoridad—. No nos hace bien nada de esto.

Gimena esta vez reconoció que tenía razón. Se acercó a la cómoda de dónde tomó un portarretrato de marco de madera tallado con una bella fotografía familiar. Con delicadeza acarició el rostro de su padre y suspiró. Caminó hacia Manuel y estirando su cuello le dio un tierno beso en la mejilla.

—Creo que me quedaré con ella, —dijo—. Esta es la última foto que nos tomamos juntos, ¿no?

—Sí, tengo una copia en mi oficina, —acotó Manuel dedicándole una sonrisa triste—. Esta la hice para vos. Te estaba esperando. Sabía que tarde o temprano sería tuya.

Se fundieron en un abrazo prolongado, que sanó viejas heridas, aunque había mucho por abordar aún; pero el primer paso estaba dado y ambos lo sabían. Todo lo demás sería mucho más sencillo. Dejaron la habitación abrazados. Por decisión de Gimena, esa puerta

permanecería abierta.

—¿A qué se debe tanta elegancia? —preguntó al llegar a la cocina.

—Hay un evento importante en el hotel y me han invitado, —respondió con seriedad—. ¿Por qué no me acompañás? —sugirió—. Será divertido.

—Otra vez será, —dijo Gimena con una sonrisa. Ambos sabían que ella detestaba ese tipo de eventos—. Voy a buscar a Mirko, que no estaba del mejor humor. Hoy tuvimos una discusión.

Manuel entonces comprendió a que se debía el lúgubre talante del fotógrafo.

—Se marchó, —anunció con cautela—. Cuando llegué me dijo que te dijera que tenía cosas que hacer.

Gimena entonces se sobresaltó. Apurada corrió hacia la mesa de la cocina donde había quedado su bolso y buscó su celular. Lo llamó con apremio. Lo que había notado en los ojos de Mirko esa tarde, no era solo arrepentimiento, ahora lo comprendía. Era desilusión lo que había percibido; ella no lo había perdonado y tal vez nunca lo haría, eso lo había llenado de remordimientos. Y, en un hombre como él, eso podía ser peligroso.

Manuel la miraba con algo de displicencia, sin dar crédito a la desesperación que su hermana mostraba por ese hombre. Pero, a Gimena aquella situación, en apariencia natural, le indicaba que Mirko se encontraba en extremo vulnerable, y no era nada bueno en su estado de abstinencia.

—¿No te dijo dónde iba? —preguntó mirando a Manuel con preocupación.

—Pues no, y no tenía por qué, —acotó con descreimiento. Pero su hermana ni lo escuchaba—. El tipo tenía algo que hacer.

—Tengo que encontrarlo, —dijo Gimena sin prestar atención a Manuel que la miraba alejarse sin comprender.

CAPITULO 31

A pagó el ordenador dispuesto a finalizar el día. Además de los casos relacionados con la muerte de Diana Reinoso, dos homicidios más habían caído sobre su escritorio.

Blandes se frotó el rostro con ambas manos, estaba cansado, los últimos meses habían sido una locura; llevaba semanas durmiendo poco más de tres horas y soportando la presión de sus superiores demandando respuestas. Alzó la vista al escuchar que alguien lo llamaba desde el pasillo que conducía a los ascensores.

—¿Qué sucedió, Cachorro? Llevas una cara de mil demonios, —lanzó Blandes, mientras terminaba de guardar sus pertenencias.

—¿Te ibas? —preguntó al verlo colocarse la chaqueta.

—Sí, —respondió—. Pero te escucho.

Andragón ingresó y cerró la puerta buscando no ser escuchado por nadie más que por Blandes. Luego se volvió hacia su compañero para comentarle que uno de sus informantes se había puesto en contacto con él.

—¿Y? —dijo Blandes impaciente.

—¿Te acordás de la mujer que se hacía pasar por la Fiscal Garrido? —preguntó Andragón con seriedad. Blandes asintió sin ocultar su curiosidad—. Bueno, recordarás que el croata mencionó que el tal Salinas Berro la llamó Silvia....

—Si Cachorro, claro que lo recuerdo, y no tenemos ni

la más puta idea de quién puede ser, —lanzó Blandes con impotencia.

Cachorro Andragón sonrió orgulloso de tener esa respuesta.

—Pues bien, mi soplón me ha contado que su nombre es Silvia Márquez, —comentó—. Pero lo más interesante es que trabaja en la Secretaría antidrogas, —agregó extendiendo una hoja a su superior donde constaba la imagen y los antecedentes de la mujer.

Blandes tomó bruscamente la hoja que Cachorro le extendía y la leyó con detenimiento. El impacto de la información lo obligó a dejarse caer contra su asiento.

—En su momento, cuando vi el video de esa mujer recibiendo un sobre de las manos de De la Cruz, tuve la sensación de haberla visto antes.

—Sí, recuerdo que lo mencionaras, —dijo Blandes sin apartar la vista del papel que tenía en sus manos—. ¿Esto está corroborado?

—No, todavía, quise hablar con vos antes de ponerme a trabajar, —se excusó Cachorro. Consultó su reloj, eran pasadas las ocho de la noche—. Seguro que todavía encontramos gente en el despacho del secretario. ¿Llamo?

—Dejá que lo hago yo, —dijo Blandes, sabiendo que era justamente eso lo que Cachorro deseaba. Nunca había sido bueno para lidiar con el poder político—. Aquí tengo toda la data, ¿verdad? —Cachorro asintió y retrocedió un paso—. Quedate cerca, tal vez tengamos que salir.

<<Lo que faltaba>>, pensó Blandes. A todos los

aditivos de ese caso, ahora había que agregar que la sospechosa más buscada terminó siendo un topo infiltrado en la mismísima SEDRONAR.

No era nada bueno. Mucho más, si la infiltrada trabajaba a pasos del Secretario de Estado y tenía acceso a gran cantidad de información; la mayoría de considerable sensibilidad.

Blandes pidió hablar con el secretario, a quien conocía y a quien había informado en gran cantidad de casos. Era un funcionario de una reputación intachable a quien Blandes respetaba. El hombre, al escucharlo, lo negó todo; bajo ningún punto de vista aceptaría las acusaciones que Blandes estaba haciendo contra una de sus mejores empleadas.

—Le creo, Roberto, —dijo Blandes tratando de tranquilizarlo—. Es una información que nos llegó a través de un informante, por eso antes que nada quise corroborarla con usted.

—Pues es todo mentira y no se le ocurra repetirlo ante nadie, —indicó el secretario de modo autoritario—. Una calumnia de ese tipo podría destrozar la reputación de una persona. Silvia Márquez, es una empleada excepcional, muy comprometida con la lucha contra el Narcotráfico. Ha trabajado a mi lado desde hace más de tres años. Pongo las manos en el fuego por ella.

—Está muy bien Roberto, si usted así lo dice, para mí no hay nada más que agregar, —dijo entonces Blandes dando por concluida la conversación. No insistiría—.

Gracias por aclararme los hechos.

—Yo que usted, trataría de elegir mejor a mis informantes.

Cuando la conversación terminó, Blandes llamó a Cachorro para que ingresase a su despacho. Le indicó que cerrara la puerta y comenzó a quitarse la chaqueta. <<Adiós a ver el partido disfrutando de una cerveza en el bar>>, pensó con cansancio.

—¿Y?

—La tal Silvia lo tiene en un bolsillo al secretario, —respondió Blandes, mientras encendía nuevamente su ordenador—. Esa lo tiene agarrado de las pelotas; te lo digo yo. Bien dice el dicho que tira más que una yunta de bueyes.

Impaciente aguardó a poder ingresar sus códigos personales. Necesitaba chequear la información recibida con las bases de datos con la que contaba la Policía Federal Argentina. No esperaba encontrar nada relevante bajo el nombre de Silvia Márquez, pero de todas formas probó; nada obviamente. Algo le decía que ese tampoco debía ser su nombre real.

Ingresó entonces en la Base de Datos del Poder Ejecutivo. Buscó información sobre la Secretaría de Lucha contra el Narcotráfico; allí figuraba la información básica del secretario y el personal de su entorno autorizado a recibir y manejar expedientes clasificados. Una tal Silvia Márquez figuraba como una de las pocas autorizadas. Cliqueó su nombre y una nueva ventana se

abrió ante él. Era una copia detallada de su legajo; la imagen era la de una mujer de lacia cabellera rubia, que llegaba a la altura de las orejas. El maquillaje era prácticamente inexistente, tanto en los ojos como en los labios. También figuraba allí su domicilio y teléfonos.

Del primer cajón de su escritorio, Blandes extrajo una gruesa carpeta. La abrió frente a ambos y buscó las imágenes que tenía de la falsa Garrido. En todas las imágenes la mujer lucía una larga y ondulada cabellera castaña, que le conferían una apariencia belicosa, sensual. Sin embargo, al acercar una de las fotografías a la imagen de la pantalla, ni él, ni Cachorro Andragón tuvieron dudas de que se trataba de la misma persona.

—Ya decía yo que la había visto, —comentó Cachorro con fastidio—. Ahora la recuerdo con claridad. Estuve hablando con ella hace poco más de un mes.

—¿De qué hablaron? —quiso saber Blandes—. ¿Te acordás?

—Nada importante, —respondió evasivo—. Hablamos sobre la familia, fue justo cuando Juana se encabronó y me echó dos días de casa. Ella me notó tenso y me preguntó. Era muy agradable, perra del orto, me siento un estúpido ahora.

Blandes suspiró comprendiendo a qué se refería Cachorro. Volvió a cerrar todo y a guardar la carpeta en el cajón bajo llave.

—Vamos a dar un paseo, Cachorro, —sugirió al ponerse nuevamente su chaqueta—. Quiero ver bien

donde vive esa mujer y de paso me contás qué fue lo que dijo tu informante.

Durante el trayecto, Cachorro lo puso al tanto de todo lo que el soplón le había informado. La información era precisa, fresca y hasta donde pudieron evaluar: confiable.

—Estoy seguro de que alguien le hizo llegar esa información a tu soplón, —terminó diciendo Blandes al aparcar el vehículo frente a la dirección que figuraba en el legajo de Silvia Márquez—. Evidentemente para que te la haga llegar.

—Estoy de acuerdo, Ratón, pero es información buena.

—Eso lo vamos a ver, —repuso Blandes—. Si me preguntas a mí. Le soltaron la mano a esta mina.

Descendieron del vehículo y caminaron hacia la entrada del edificio en Torre ubicado sobre la calle Godoy Cruz a pocos metros de avenida Cerviño. En la garita de guardia, se presentaron y mostraron sus placas para que les dejaran pasar. Rápidamente le informaron a los de vigilancia, que necesitaban contactarse con la mujer que vivía en el departamento del 15 A. Uno de los hombres cotejó el listado de inquilinos mientras mencionaba que llevaba días sin verla.

—No tengo registros de que haya salido, —comentó y frunció el rostro en una clara mueca de desconcierto—. Pero, curiosamente, mis compañeros del turno de la mañana dejaron registrado que muchos vecinos se han quejado de un fuerte olor proveniente de ese

departamento. ¿Vienen por eso? ¿Alguien hizo una denuncia y no nos han informado?

Blandes y Andragón intercambiaron significativas miradas y no tuvieron que decir nada para saber que pensaban lo mismo. Blandes volvió su atención a los hombres de vigilancia.

—Me gustaría subir, —dijo Blandes sin amedrentarse—. Quiero chequear de qué se trata eso del mal olor...

—No podemos dejarlo pasar sin autorización de algún propietario, —comentó el hombre a cargo de la seguridad interna—. Estoy llamando, pero nadie atiende.

—No se le ocurrió pensar que puede haber un muerto allí, —deslizó Andragón con impaciencia—. Tal vez sea ese el motivo por el cual nadie responde. Eso sin tener en cuenta el hedor.

—Así y todo, necesitan la orden de un juez para entrar, —repuso el hombre con incomodidad.

Blandes, una vez más, se hizo cargo de la situación. Apartándose un poco se comunicó con el juez de instrucción que sabía no le negaría algo así. Habló menos de cinco minutos, para luego regresar junto a Andragón. Miró a los empleados de vigilancia.

—El juez Vaccane, me hará llegar la orden en unos minutos, pero ya tengo su autorización de palabra, —informó Blandes—. Es una suerte contar siempre con su ayuda.

—Supongo que no le molestará esperar a que llegue la orden firmada, —deslizó el hombre de seguridad con

firmeza.

Mirko ingresó resuelto al edificio que el doctor Laguer le había indicado. Se acercó a la recepción, donde una empleada acomodaba unos papeles.

—Hola, —lo saludó al verlo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me está esperando el doctor Laguer, —anunció—. Mi nombre es Mirko Milosevic.

—Ya le aviso que llegaste, —dijo la mujer con cordialidad. Tomó el teléfono y marcó rápidamente un interno—. ¿Venís a internarte?

—Sí.

—Es la decisión correcta. No te vas a arrepentir, —le aseguró la muchacha—. Doctor, aquí se encuentra el señor Milosevic. Perfecto.

Antes de dirigirse a Mirko buscó unos talonarios.

—Vas a tener que llenar estos formularios, —dijo ofreciéndoselo a Mirko—. Una vez que lo hagas, te conduciré al despacho del doctor.

—Muchas gracias. Si dejo un sobre para una persona, se lo pueden entregar si pregunta por mí.

—Claro que sí, —respondió la muchacha al entregarle los papeles que debía completar.

El hedor era realmente nauseabundo. Nadie tenía dudas de que allí dentro encontrarían un cuerpo en avanzado estado de descomposición. Para poder ingresar,

tanto los miembros de Policía Científica como Blandes y Andragón, debieron colocarse barbijos.

La encontraron en la cama, como si se hubiese marchado a dormir y la muerte la hubiese tomado por asalto. A simple vista no había nada fuera de lugar; salvo las dos maletas prolijamente ubicadas en el vestidor; alguien pensaba irse de viaje.

—Quiero que chequeen bien el contenido de esas valijas, —ordenó Blandes a los peritos que analizaban el lugar.

Uno de los especialistas asintió y se ocupó de marcar las maletas como pruebas. Durante más de dos horas permanecieron en el lugar tratando de encontrar algo importante, pero a simple vista, salvo las valijas y el cuerpo, nada llamaba la atención de ambos.

—Dejémoslos trabajar, —dijo a Andragón—. Aquí ya no somos de ninguna utilidad. Vayamos a la central a esperar que llegue el cuerpo. Creo que va a ser una noche muy larga, Cachorro.

En vano llamó más de mil veces al número de Mirko. Tampoco sirvió de mucho trasladarse hasta su departamento para constatar lo que ya sabía; él no estaba allí. Estaba tan desesperada que se acercó a una comisaría e intentó hacer la denuncia. Pero no pudieron ayudarla, pues no habían transcurrido ni cuatro horas desde el momento en que Mirko dejara el piso. Le sugirieron esperar hasta la mañana siguiente; seguramente para ese

entonces el hombre en cuestión habría aparecido.

Pero a Gimena no la conformó la sugerencia, al contrario, la displicencia que la mujer policía le dispensó, la terminó alterando. Ella sabía que algo estaba sucediendo. El fantasma de Garrido, junto a toda la carga que pesaba sobre Mirko, de pronto, se convirtió en una amenaza monstruosa. Estaba desesperada era ya casi media noche y Mirko no aparecía.

Manuel pasó por el piso, cerca de la una. No le había agradado el estado en que había dejado a Gimena. Estaba ofuscado con Milosevic por no tener ni la más básica educación como para responder un llamado de su hermana. Lo enfureció más encontrarla en la cocina con el celular en su mano y una copa de vino tinto en la otra. Se la notaba tensa, angustiada.

—¿Qué sucede? —quiso saber Manuel, de pronto molesto por lo que Mirko podría haber hecho para alterar así a Gimena—. ¿Estuviste llorando?

—Mirko no aparece.

—Bueno, Gimena, debe haber salido con algún amigo, —repuso Manuel sin darle mayor trascendencia—. Tal vez... —siguió diciendo, pero se detuvo.

—Tal vez se esté encamando con alguna mina, eso seguramente estás pensando, ¿verdad? —replicó Gimena con aspereza—. Pues dejame que te diga que no lo creo, y si así fuera sería lo más leve que podría suceder. Mirko es testigo de tres casos que involucran narcotraficantes buscados internacionalmente. Aunque a vos te cueste

creerlo, han querido matarlo varias veces.

Las lágrimas se alojaron en los ojos de Gimena. Manuel la abrazó, preocupado por su hermana.

—¿Hablaste con su abogado? —sugirió.

Gimena se separó de Manuel y lo miró, de pronto esperanzada. No se le había ocurrido tratar de contactarse con Arriaga. Quizás el abogado sabía dónde podía encontrarse Mirko; tal vez hasta se encontrase en un lugar secreto, después de todo era un testigo protegido. ¿Y si sucedía como en las películas y le cambiaban el nombre y el lugar donde vivía, prohibiéndole contactarse con alguien de su pasado? ¿Y si ya no volvería a verlo?

El llanto recrudeció y entre balbuceos compartió sus temores con Manuel, quien para sus adentros rogó porque una solución así pudiera existir. Pero no lo creía, Milosevic mínimamente le hubiera pedido que cuidase de Gimena, adelantándole que ya no volvería a verla. Si algo había comprendido de ese hombre, era que le preocupaba Gimena.

—No saques conclusiones en el aire, Gime, —le sugirió. La ayudó a sentarse en una de las sillas y se ocupó de rellenar dos copas de vino—. Yo trataría de hablar con el abogado.

Gimena se limpió el rostro con una servilleta de papel y asintió. Estirándose tomó el celular que había quedado sobre la mesa y buscó el número de Arriaga y lo llamó sin siquiera molestarse en cotejar la hora.

—Hola, —dijo una voz masculina y gruesa, con cierto

sobresalto.

—Buenas noches, ¿doctor Arriaga? —dijo Gimena con voz débil—. Habla Gimena Rauch. Perdón el horario.

—Gimena, ¿qué ha sucedido? —repuso Arriaga con voz tensa—. Estoy en una cena.

—Mirko desapareció, —balbuceó Gimena—. Esta tarde se marchó de aquí diciendo que tenía algo que hacer, pero no ha regresado y no atiende mis llamados. Me estoy volviendo loca.

Un silencio profundo se apoderó de la línea. Gimena miró a Manuel algo desconcertada, percibiendo que tal vez no le agradaría lo que estaba por escuchar. Arriaga le decía que esperase un momento, que donde estaba había mucho ruido y que buscaría un lugar más tranquilo para conversar. Gimena tragó, cada vez más preocupada.

—Aquí estoy, —anunció finalmente el abogado—. Para serte sincero, creí que estabas al tanto de todo.

—¿Al tanto de qué? —preguntó desolada—. ¿Dónde está Mirko, doctor?

—Mirko se internó en una clínica psiquiátrica para luchar contra su adicción, —informó sin anestesia—. Me encontré con un mensaje de texto comentándome dónde estaba por si la justicia requería de él. Debo informar de su paradero en cada uno de los juzgados donde haya causas que lo involucren.

Gimena guardó silencio asimilando la información. No podía creer que él hubiese hecho algo así sin comunicárselo o sin siquiera haberlo discutido con ella.

De pronto, toda la desesperación que había sentido por horas se transformó en enojo, frío y crudo. Estaba indignada.

—Tendría que matarlo por hacerme una cosa así, — chilló Gimena furiosa—. ¿Dónde está, doctor Arriaga? Ya me va a escuchar.

—La verdad, estoy de acuerdo con vos, Gimena, —le aseguró Arriaga—. Este chico tiene que aprender que hay gente que se preocupa por él.

—Estaba tan asustada, —confesó—. Le juro que pensé lo peor.

—Me imagino, —afirmó Arriaga ya más tranquilo—. Si te parece, mañana pienso visitar la clínica. Necesito un certificado para presentar ante la justicia. ¿Querés que nos encontremos ahí?

—Sí, gracias, doctor, —dijo Gimena ya más tranquila—. Me podría pasar la dirección por mensaje de texto, así me queda guardada.

—Claro, nos vemos mañana a las 11, —le dijo—. Hasta mañana Gimena y tratá de descansar. Mirko está bien. Te lo aseguro.

CAPITULO 32

No pegó un ojo en toda la noche. La cama sin Mirko era demasiado grande, el departamento desolador. Por un momento cruzó por la cabeza hablar con Raúl para volver al departamento de la calle Arroyo, pero descartó la idea. Ese era su hogar y como fuera tenía que aprender a convivir con eso. Pero, sin Mirko, era difícil.

Dejó la cama antes del amanecer. Se duchó y apenas prestó atención a la ropa que se ponía, sin embargo, detectó que nada había quedado de las pertenencias de Mirko; ni en el vestidor, ni mucho menos en el baño. ¿Cuánto hacía que tenía resuelto lo de la internación? ¿Por qué no había compartido su decisión con ella? Se sentía tan desilusionada. Necesitaba una explicación, se la merecía y pensaba exigirla.

Llegó a la dirección que Arriaga le había indicado. Era un señorial edificio de principios de siglo XX, excelentemente mantenido. A un costado de la imponente puerta de entrada, una chapa de bronce indicaba el nombre de la institución: Clínica del Ángel. Gimena sonrió; en algún punto el nombre no podía ser más adecuado.

Encontró un coqueto bar en la esquina de la clínica. Se dirigió a allí. Pidió un café y se sentó junto a la ventana desde donde veía con claridad la puerta de entrada de la clínica. Veinte largos minutos transcurrieron hasta que

divisó a Arriaga bajando de un taxi. Gimena se apuró a pagar su café y fue a su encuentro.

Arriaga conversaba con un hombre alto y delgado de prolija barba entrecana y gesto circunspecto cuando Gimena ingresó. El hombre llevaba una chaqueta blanca y del bolsillo colgaba un gafete en el que podía leerse su nombre; doctor Gustavo Laguer. Gimena se acercó con premura.

—Hola, Gimena, —la saludó Arriaga con naturalidad—. Dejé que te presente al doctor Gustavo Laguer, es director de este Centro y psiquiatra de Mirko. —Hizo una pausa y se volvió hacia el médico—. Doctor, ella es Gimena Rauch, novia de Mirko.

Aunque era algo fuera de lugar, a Gimena la emocionó el modo en que Arriaga acababa de presentarla. Estrechó manos con el psiquiatra.

—Creo que Mirko ha dejado algo para usted, —informó Laguer evitando la pregunta de Gimena. Se apartó un momento para dirigirse al mostrador de la recepción, de donde tomó un sobre—. Aquí está, —dijo extendiendo la carta a Gimena—. La dejó ni bien ingresó. Estaba seguro de que usted vendría.

—Quiero verlo, —exclamó Gimena sin apartar la mirada de la carta.

—Lo lamento, pero eso no será posible, —comunicó el médico con un tono suave y delicado que imponía autoridad, pero exasperaba a Gimena—. Mirko entró en un tratamiento integral y de momento no está autorizado a

recibir visitas.

—¿Lo están reteniendo? —exclamó Gimena, horrorizada—. ¿Lo encontraron consumiendo?

—No, señorita, —prosiguió Laguer—. Mirko ingresó aquí por propia voluntad y firmó su consentimiento de permanecer aislado todo el tiempo que sea necesario, o que indique el tratamiento.

Se hizo un silencio intenso que envolvió a Gimena llenándola de interrogantes. ¿Y si le estaban mintiendo y Mirko no volvía a aparecer porque había entrado al Programa de Testigos? No tenía forma de constatar que lo que le estaban diciendo era cierto; pensó en la película Fuego con Fuego, en la cual el protagonista entraba en un Programa de Protección de Testigos. La recordaba porque le encantaba ese actor, y la había visto mil veces. Alzó la vista al sentir la mano de Arriaga trayéndola al presente.

—¿Me están mintiendo? —preguntó confundida. Miró a ambos hombres descolocada hasta quedarse en el rostro de Arriaga—. Esto es por orden judicial. Tiene que ver con el Programa de Protección a Testigos. No lo voy a ver más.

—No, Gimena, —repuso Arriaga sin poder creer lo que escuchaba, casi le pareció divertido—. No seas melodramática, por Dios. Creo que viste demasiada televisión, —agregó condescendiente—. Nadie te está ocultando nada. La situación es tal como te comenta el doctor Laguer.

—Lea la carta, señorita Rauch, —sugirió Laguer con

gesto comprensivo—. Dele a Mirko la posibilidad de curarse.

Gimena asintió y bajó la vista al sobre que tenía en su mano. Estaba arrugado de lo mucho que lo había estado apretando. Alzó la vista una vez más y le aseguró al doctor Laguer que llamaría para ver cómo seguía Mirko.

—No se le va a informar nada, señorita Rauch — aclaró Laguer, apelando a su profesionalismo para que la angustia de esa chica no lo afectara—. Salvo que Mirko indique lo contrario. Pero puede llamar todas las veces que quiera.

—Gracias, doctor Laguer, —dijo ella ya más tranquila—. Dígale que lo amo.

Se despidió de Arriaga prometiendo hablar en caso de que fuera necesario y salió de la Clínica Del Ángel, sin mirar atrás.

Subió a su pequeño FIAT, con un nudo en el estómago y el corazón estrujado. Le costaba asimilar que no lo vería ni en un rato, ni en un día, ni en una semana; quizás en un mes. Le costaba asimilarlo y aceptar que era por su bien. Era egoísta respecto a Mirko. En su mano la carta cada vez estaba más arrugada. Revolvió su bolso y extrajo un cigarrillo. Lo encendió y abrió la ventana.

Hola, mi amor, no te enojés por lo que hice. Digamos que esta fue una decisión de último momento y, si me hubieses acompañado hasta aquí, no hubiese podido separarme de vos. Pero ambos sabemos que esto, es lo que tenía que

hacer.

Las lágrimas le impidieron seguir leyendo. Las limpió con la manga de su abrigo y fumó un poco, procurando controlar las emociones.

Como si te estuviese viendo, te pido que no llores; que no me voy a la guerra, aunque sé que será una batalla dura que estoy dispuesto a enfrentar. No me voy a morir, Gimena; lo estoy haciendo para vivir.

Ahora fue una sonrisa la que afloró entre las lágrimas. Era tan Mirko ese comentario. Comprendió entonces que él iba a estar bien y eso la tranquilizó. Siguió leyendo, ahora con las emociones más controladas.

No tengo idea de cuánto tiempo estaré aquí; ni siquiera me lo he planteado y, como no soy tan noble como para pedirte que no me esperes, te ruego que lo hagas. Te juro, Gime, que haré todo lo que esté a mi alcance para convertirme en el hombre que merecés. Este es el primer paso para lograrlo.

Voy a estar bien mi amor, en serio. Estarás en mí todo el tiempo, porque vos sos como mi ángel, el que me cambió la vida desde el primer día; el que me mostró la diferencia; el que me enseñó que uno paga por sus pecados. Y yo estoy dispuesto a pagar cada centavo por vos. Te amo, Gimena. Por favor, esperame.

Las lágrimas se adueñaron de su rostro sin control. Cubrió los ojos con una mano y se dejó caer contra el asiento. No estaba muy segura de cuál era el sentimiento que dominaba a los demás generando el llanto; no sabía si lloraba por la angustia que le producía no poder contenerlo, por la emoción que le generaba saber que él había elegido curarse por ella o por agradecimiento porque toda una vida de miseria parecía estar llegando a su fin. Era una mezcla de sentimientos extraña la que se convulsionaba en su pecho, pero empezaba a vislumbrar el final de un sinfín de padecimientos.

—¿Estás bien, Gimena?

Se sobresaltó al escuchar la voz del abogado. Se sentó bien y bajó la ventanilla mientras con la otra mano se limpiaba el rostro.

—Sí, ahora sí gracias, —logró decir. Respiró hondo y sonrió al abogado—. Mirko va a estar bien.

—Va a estar bien.

—Cualquier novedad me avisa, —dijo casi en un ruego.

—Quedate tranquila que nos mantenemos en contacto, —le aseguró Arriaga con una sonrisa tranquilizadora—. Todo va a salir bien.

—Gracias por todo, Tomás.

Se tomó un par de minutos para repasar lo vivido y ordenar los confusos sentimientos que se desparramaban por su pecho. Aunque le dolía aceptar la decisión de Mirko, comprendía que estaba haciendo lo correcto.

Respiró hondo y dejó que la respiración se tornara rítmica y serena. Puso en marcha el automóvil y encaró en dirección a su departamento.

Durante el trayecto repasó cada punto de su historia con Mirko. Desde la primera vez que lo vio hasta la noche que bailaron tango y ella descubrió lo maravilloso que era estar en sus brazos. En un semáforo, se limpió las lágrimas que cruzaban sus mejillas, obligándose a ser fuerte cuando él estaba enfrentando un duro desafío.

Mientras lo esperaba, ella bien podía aprovechar su tiempo, después de todo también tenía mucho por resolver. <<Bueno Gimena, más vale que ocupes tu tiempo en algo productivo>>, se dijo. Resuelta, apeló a todo su temple y comenzó a pulir el sinfín de temas pendientes con los que debía lidiar. Por un lado, estaba el tema de la Editorial. En algún punto, casi de un modo inconsciente, no había movido un dedo para intentar salvar la Editorial Blooming. Abriría la propia y era hora de comenzar a ocuparse de ello. Por otro lado, estaba el asunto de su herencia; hablaría con Javier, él podría asesorarla; tenía que ocuparse inmediatamente de ese asunto. Por Manuel y por ella.

Estaba casi llegando a la casa cuando una llamada entrante sonó en el pequeño vehículo. Lo atendió y sonrió suavemente al escuchar la voz de Carola.

—Ya está todo arreglado para que nos reunamos el viernes, —le dijo—. Mandé a Javi con todos los chicos a casa de Micky y Lara dijo que Andrés cenaría en casa de

su hermano con Ema y los mellizos. No hay excusas Gime.

—Pues genial, —respondió Gimena con voz tensa por la emoción y la necesidad de hablar—. ¿Quieren venir para el departamento? Recuerdo que te gustaba mucho.

—Me parece perfecto. Lo pongo en el chat así todas se enteran.

—Gracias Caro. Las espero.

Estacionó pensando en sus amigas y, en todo lo que tenía para contarles. <<Paso a paso Gimena>>, se dijo.

Luego de un almuerzo frugal, puso manos a la obra y en pocos minutos el imponente salón comedor se convirtió en una suerte de oficina. No deseaba instalarse en el estudio que fuera de su padre; se sentía una usurpadora de sólo pensarlo, además el lugar estaba colmado de recuerdos que la desconcentrarían. La mesa del comedor era mucho más grande y el ambiente mucho más amplio y luminoso.

Lo primero que hizo fue chequear su correo electrónico; hacía días que no pasaba por allí. Se horrorizó de ver la cantidad de mensajes que tenía acumulado. <<Verdaderamente, si quiero triunfar en esto, no puedo volver a abandonarlo>>, se amonestó contemplando la lista de correos en su bandeja de entradas. Los había de todo tipo; desde mensajes de la Dirección de España, pasando por su amigo José María y los empleados de la Editorial Blooming que temían por su futuro; también los profesionales a quienes ella había

convocado para trabajar en la nueva revista. <<Mi Dios>>. Tomó nota de cada una de las personas que demandaban su atención y les envió un mail, comentándoles que por un problema personal se había ausentado; en el transcurso del día (léase hasta las doce de la noche es “día”), respondería sus demandas. <<Bien, - se dijo-, eso fue dar el primer paso>>. Consultó su reloj. Eran cerca de las tres de la tarde.

—A trabajar, Gimena, —se ordenó con convicción—. Vamos a ver de qué pasta estas hecha.

Cerca de las diez de la noche, se puso de pie. De pronto, el silencio reinante le resultó perturbador. Sin Mirko allí, todo ese piso le resultaba enormemente vacío. Las luces se habían ido encendiendo lentamente con una diferencia de segundos entre unas y otras para que pareciera que alguien se ocupaba de hacerlo; pero, lo que había pensado por un tema de seguridad, terminaba teniendo ribetes fantasmagóricos. Sus propios pensamientos le dieron frío.

Cansada se dirigió a la cocina en busca de algo para comer y beber. La sorprendió encontrar allí a la señora Alameda y por un breve momento, pensó que se trataba de una espía de su hermano. Pero, por otra parte, estaba demasiado cansada para cocinar.

—¿Necesita algo, señorita Rauch?

—La verdad es que me vendría muy bien si me preparara algo para comer, señora Alameda, —dijo Gimena, en un tono suave. Abrió una puerta que

comunicaba a un balcón francés, y encendió un cigarrillo —. Me voy a quedar trabajando hasta tarde.

—Por supuesto, —le dijo conteniendo la sonrisa—. Usted no se preocupe por nada que yo me ocupo de todo, así no se distrae. Sólo tiene que decirme.

Gimena le agradeció sorprendida por el repentino entusiasmo. <<En fin, se dijo, tal vez la mujer era feliz cumpliendo con su trabajo; Déjala ser Gimena>>. No tenía tiempo en ese momento para analizar ese asunto.

—Una pregunta, señora Alameda, —dijo Gimena, antes de dejar la cocina. La mujer la contempló expectante—. ¿Cuál es su nombre?

—Luisa, —respondió con una sonrisa cálida.

—Luisa, —repitió Gimena—. Hermoso nombre.

La cotidianeidad del momento la llevó a pensar en Mirko. Hacía ya todo un día que no lo veía y, aunque había tenido la mente ocupada, sentía su ausencia; lo extrañaba. Pero, finalmente entendió que era tiempo de caminar solos para poder hacerlo juntos, después. Terminó el cigarrillo, convenciéndose que el tiempo pasaría más rápido si ella lo ocupaba en algo productivo.

Regresó a la mesa de trabajo y se abocó a ordenar los días subsiguientes. Un tema la llevó a otro, y se encontró diagramando la futura revista como si en pocos días saliera a la luz. Estaba muy entusiasmada y deseando poder tachar ciertos pendientes, resolvió convocar a su futuro equipo de colaboradores; pero no se le ocurría dónde reunirse con ellos. Eran demasiadas personas, que

necesitarían tomar notas, verse las caras. Buscando una respuesta, miró a su alrededor y sonrió sin remedio. La mesa en la que estaba sentada tenía capacidad para 20 personas. Sonrió, bajó la vista. Tema resuelto. Envió el último mail del día.

Cenó analizando la documentación y los lineamientos que José María le había enviado desde España. Todo estaba dentro de los cánones de lo esperado. Sólo faltaba definir un lugar donde establecerse.

Sintiéndose algo embotada, se puso de pie. Estaba cansada. Fue a su habitación y buscó un abrigo. Bebió un poco de vino, pensando en lo difícil que podría resultar estar allí sola. Se sentó en la cama, y luego de apoyar la copa y la botella en la mesa de noche, buscó la almohada de Mirko para abrazarse a ella. Todavía tenía su olor, su aroma y por un momento lo sintió realmente cercano.

—¿Sabés mi amor? —dijo Gimena apoyando su mejilla en la almohada como si Mirko se encontrara allí —. Creo en nosotros. Lo vamos a lograr.

Ese viernes, le costó concentrarse en otra cosa que no fuera la cena con sus amigas. Desde el terrible enfrentamiento que habían tenido en casa de Mariana que no habían vuelto a hablar frente a frente; porque el encuentro en el Hospital Argerich no contaba para Gimena. Mucho menos los mensajes de WhatsApp que intercambiaban. Se debían una charla cara a cara, Gimena

así lo entendía.

Las tres llegaron juntas en la camioneta de Lara un poco antes de la hora acordada. Gimena las aguardó en el recibidor y sonrió al escucharlas hablar en el ascensor mientras ascendían.

—Que divino es este piso, —dijo Mariana admirando las molduras y los magníficos detalles de mármol tallado—. Es tan señorial, cómo me gustaba venir.

—A mí también, —se sumó Carola—. Era lo más venir a merendar después de colegio, aunque quedaba lejos; pero veníamos con el chofer y nos atendían como princesas.

Al llegar al segundo piso, callaron y aguardaron a que las puertas de hierro forjado se abrieran para sonreírle a Gimena que las esperaban con ansiedad.

—Bueno, a mí me gustaba mucho más ir a sus casas, —respondió Gimena con emoción—. Acá sólo había empleados, —acotó, pero se amonestó de inmediato, se había prometido no hacer comentarios lúgubres—. ¡Qué lindo verlas!

Una a una las fue saludando y todavía abrazada a Lara las guió hacia el living principal, donde la señora Alameda se había ocupado de colocar varias bandejas con gran variedad de bocaditos fríos. Luego de intercambiar un par de comentarios sobre la vivienda, Gimena les ofreció de beber.

—¿Estás definitivamente instalada acá? —quiso saber Carola.

— De momento, porque no tengo otro lugar, — comentó Gimena—. Pero en breve pienso solucionar ese problema

—Pues va a ser difícil con Manuel reteniéndote, se le metió en la cabeza que te quedarás ahí instalada, — insistió Lara—. Me lo encontré en un evento antes de ayer, y fue lo primero que dijo.

—Ya veremos, Lara —accedió con seriedad primero, pero ante el recuerdo de la charla de la tarde anterior, se sonrió—. Reconozco que me gusta tenerlo cerca. Pero no estoy segura de desear vivir acá. Es muy grande y oscuro.

—Qué lindo escucharte hablar así de tu hermano Gime, —dijo Carola con alegría—. Ustedes tenían que hablar y arreglar sus diferencias. Manuel te adora; siempre te adoró.

Gimena simplemente asintió y bebió un poco de su trago para contener la emoción que las palabras de su amiga le habían generado. Para salir del paso, preguntó por los hijos y los esposos de sus amigas; todos muy bien y las respuestas se agotaron demasiado rápido. Carola entonces quiso saber de los avances de la revista que Gimena estaba por lanzar. También en esta ocasión las respuestas se agotaron demasiado rápido. Comieron en silencio y alabaron lo rico que estaba todo.

—Parece que va a estar lindo todo el fin de semana, — dijo Mariana de la nada. Las tres la miraron divertidas y sorprendidas. Mariana les sonrió—. Bueno, ya hablamos del tiempo, de sus trabajos, de nuestros esposos e hijos,

—agregó mostrando claramente que llevaría la conversación a un asunto puntual. Se acomodó en el sillón y miró a Gimena—. No creo que les interese estirar más las cosas ¿no?

Gimena suspiró, bien al estilo de Mariana disparar de sopetón, sin previo aviso, como si los temas de relleno la hubiesen cansado y necesitara ir al grano.

—Mariana, —fue Lara quien intentó ponerle freno.

—¿Qué? —protestó mirándola brevemente para volver su atención a Gimena—. Por mi parte, no tengo palabras para disculparme por lo que dije, —empezó diciendo con altura y convicción. Miró a Gimena con ojos brillantes, cargados de arrepentimiento—. Estaba muy asustada y no medí mis palabras. Lo siento muchísimo Gime.

—Está bien Mariana, —respondió Gimena eludiendo la mirada de su amiga. Entendía que debían hablar de lo sucedido, pero que difícil era—. Ya pasó, —agregó.

—No, no está bien ni ya pasó, —sentenció Lara sumándose a las disculpas—. Nada de lo que dijimos estuvo bien. Pero, sinceramente, estábamos preocupados y, para nada, nos agradaba saber que te estabas involucrando en un asunto criminal como ese.

Por unos segundos Gimena no dijo nada. No le resultaba sencillo organizar todo lo que sentía; el enojo que había sentido, la desilusión por sus reacciones, el miedo a perder a Mirko; su amor por él.

— Esa noche llegué a casa de Mariana con el corazón en la boca; hacía días que Mirko había desaparecido y no

sabía si estaba vivo o muerto, —deslizó finalmente Gimena y los ojos comenzaron a anegarse—. Me dolió mucho sentir que me daban la espalda. ...

—Lo sabemos...

—No, no lo saben, —siguió sin darles margen a que la interrumpieran—. Yo las necesitaba, necesitaba de cada una de ustedes, y me encontré con una pared; con críticas y asperezas. Me sentí sola frente a una situación que me desbordaba.

A esa altura tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo tan grande en su garganta que le distorsionaba la voz. Carola, que era quien más cerca estaba de Gimena, pasó uno de sus brazos sobre los hombros de su amiga.

—Y no sabés lo mortificadas que nos sentimos por haberte hecho pasar por algo así, —confesó Carola apenada. Miró a Lara y a Mariana rogando que dijeran algo—. Estamos acá para que nos grites todo lo que tengas ganas de gritar y nos cuentes todo lo que antes no supimos escuchar.

—Gime, —dijo Lara estirándose para tomar la mano de su amiga—. La realidad es que sabemos poco y nada de todo lo que sucedió, y por eso sacamos las conclusiones que sacamos.

—No deberían haber sacado ninguna conclusión, Lara —acusó con amargura.

Un nuevo silencio las envolvió y ninguna se atrevió a interrumpirla. No obstante, asintieron comprendiendo que así debía ser. Suspiró y miró a sus tres amigas que,

expectantes y serias, aguardaban que ella hablara.

—Hablamos de Mirko, Gime —fue Mariana quien intentó poner suavidad a la conversación—. ¿Cómo está él con lo sucedido?

—Mirko está bien, —respondió con cierta tensión—. Recuperándose, —agregó, luego de resolver que no hablaría sobre la última discusión mantenida—. Va a estar bien. Ahora sé que va a estar bien.

—¿Querés contarnos qué sucedió? —insistió Lara

Gimena se la quedó mirando un instante. En la voz de Lara detectó tanto cariño como preocupación, eso la conmovió. Miró a Mariana y a Carola y, en sus rostros, encontró los mismos sentimientos y algo de inquietud. Asintió, pero como no quería entrar en muchos detalles, contó a grandes rasgos todo lo que había sucedido. Mucho de lo que escuchaban, las chicas lo sabían gracias a la televisión; pero Gimena les ofreció un enfoque bastante distinto, al igual que muchos datos que en las noticias omitían. Cuando terminó el relato, un silencio extraño se apoderó del living. Gimena aprovechó para beber un poco de vino y respiró hondo estudiado una vez más los rostros de sus amigas. Lo que acababan de escuchar las superaba ampliamente.

—Pero, hay algo que no entiendo, ¿y el asesinato de esa mujer? —preguntó Carola luego de asimilar toda la información. Alzó la vista hacia Gimena—. ¿La de su departamento?

—Fue Antonella Mansi quien la mató, —respondió

con acritud—. La dejó allí como una suerte de amenaza. Más allá de que todo ese fin de semana estuvo conmigo, hay pruebas suficientes para establecer que Mirko era una víctima más en un plan maestro. La idea era que él quedara como único culpable de toda la operación.

—¿Un plan maestro? —repitió Mariana horrorizada—. Suena aterrador Gime.

—Lo fue, créanme, quisieron matarlo varias veces, —dijo con voz cansina—. Hasta donde sé, la policía cree que hay mucha más gente involucrada. No veo la hora de que todo esto termine. Fueron meses terribles.

Un silencio cargado de significado las envolvió y esta vez Gimena las observó con detenimiento. Si bien habían manifestado no tener nada en claro, a ella le resultó evidente que estaban al corriente de todo; tal vez Arriaga había hablado con Javier, y este a su vez con Carola, pero ya no importaba. Respiró hondo recomponiéndose y se estiró para tomar un cigarrillo.

—Como les dije, fueron meses terribles, —continuó—. Hubo momentos en que todo parecía estar en su contra, todo estaba armado para que él quedara en el ojo de la tormenta. La muerte parecía acecharlo y la desesperación lo ponía frente a frente con su adicción, —siguió diciendo afligida por los recuerdos—. Nunca lo vi consumir, pero, cuando lo hacía, el cambio era notorio.

Se detuvo considerando sus propias palabras y el peso de las mismas se arremolinó en su pecho. Una lágrima escapó de sus ojos y la angustia que venía acumulando

bulló en su interior. Las miró luchando por contener sus emociones.

—Antes de que vuelvan a sacar conclusiones, déjenme aclararles que Mirko nunca se puso violento, —sentenció con algo de bronca.

—Nunca lo pensamos, —le aseguró Lara. Gimena la miró con suspicacia—. Jamás.

—Mirko no es violento, —afirmó con ojos cargados de lágrimas—. Está asustado porque toda su vida se sintió amenazado, desprotegido. Recibió demasiados golpes; no se dan una idea de lo vulnerable que puede ser. Tiene la espalda llena de horrendas cicatrices, pero les aseguro que no son las únicas marcas con las que carga. —Aspiró su cigarrillo y con nerviosismo se secó una lágrima. Exhaló el humo y suspiró. La indignación volvió a ella—. Si ustedes supieran todo lo que le ha pasado en la vida no hubiesen dicho todo lo que dijeron, —dijo finalmente con algo de rencor.

—Pero no lo sabíamos Gime, —le recordó Lara—. Lo único que sabíamos era que trabajaba con vos en la editorial y que lo buscaba la policía por homicidio.

Gimena la miró comprendiendo lo que Lara decía.

—No te enojés con nosotras por preocuparnos o querer protegerte, —insistió—. Danos ese margen. Así como nosotras te entendemos, también vos entendernos a nosotras.

Gimena asintió y desvió la vista brevemente aceptando las palabras de su amiga. Tratando de recomponerse

apagó su cigarrillo y se ocupó de rellenar las copas. Poco a poco, la tensión la iba abandonando y fue sintiéndose más repuesta.

—Parece mentira que siempre terminemos en torno a una mesa contando nuestras penas, —dijo Gimena con voz tensa—. Así fue cuando Carola nos contó que estaba embarazada de Fermín, ¿lo recuerdan? Y también lo fue cuando Mariana nos contó lo de Micky.

—Así fue y será desde siempre, —dijo Mariana con emoción—. Lo que sucedió esa noche en mi casa no volverá a repetirse. Te queremos Gime.

Carola alzó la copa y propuso un brindis. Todas se sumaron y Gimena pensó que más allá de todo, no tenía mucho sentido seguir enojada con ellas. Finalmente sonrió y todas la imitaron.

—Bueno, —dijo Mariana abriendo nuevamente la conversación—. Ahora que ya hablamos de todos esos temas desagradables. Yo quiero escuchar hablar del Mirko que tanta revolución causó en mi casamiento.

—Y visto y considerando que mi marido no me va a escuchar, —se atrevió a decir Lara con picardía—. Puedo decir que es muy lindo Gime, —acotó Lara—. ¡Qué ojazos!

— ¿Está viviendo acá con vos? —dijo Carola con entusiasmo.

Gimena bebió un poco de vino y dejó la copa sobre la mesa. Las miró un instante y pasó a contarles que, si bien ella así lo había creído, Mirko había resuelto internarse

voluntariamente en una clínica psiquiátrica para combatir su adicción. No le resultó difícil decirlo, al contrario, hasta había cierto orgullo en su voz. Les dedicó una sonrisa suave y, sus ojos, volvieron a llenarse de lágrimas.

—Por decisión propia está incomunicado, —agregó y la voz se le quebró—. Así que no sé nada de él desde hace tres días y no tengo idea por cuánto tiempo más.

Carola volvió a pasar uno de sus brazos sobre los hombros de Gimena, reconfortándola. Ella la miró y le agradeció recostándose contra su cuerpo. Ya no se contuvo, liberó las lágrimas y lloró por todo lo que había vivido.

—Merece tanto una oportunidad de ser feliz, —agregó acongojada.

—Gime, vos tenés todo para darle esa oportunidad, —le aseguró Lara arrodillándose a su lado y le secó el rostro con una servilleta—. No llores más que él está haciendo lo correcto. Será como un nuevo comienzo para él, una nueva vida.

—Hablamos de él Gime, —demandó Mariana—. ¿Cómo es Mirko?

Emocionada les habló de él y las lágrimas regresaron a sus ojos, pero de pura emoción. Hablar de Mirko la transportaba, la llenaba de fuerza y le provocaba sonrisas. A juzgar por las expresiones que fueron apareciendo en los rostros de sus amigas, Gimena supo que las estaba sorprendiendo. Para ella Mirko era un todo, era su roca, su puente al futuro; su vida.

—Nunca te había visto tan luminosa.
—Es que él enciende mi luz.

CAPITULO 33

Durante los siguientes días, se ocupó de organizar varias reuniones. Había hablado con la secretaria de su hermano, a quien le pidió le organizara un desayuno a primera hora con Manuel; el motivo: varios. Con Javier Estrada cruzó una seguidilla de WhatsApp y terminaron acordando que se reunirían para sentar las bases de la nueva sociedad; su asesora legal también formaría parte de esa reunión. Ese mismo día almorzaría con Lara Galantes, quien tendría a su cargo el evento de presentación de la nueva Editorial, como también el lanzamiento de la revista. Por último, había concertado cuatro entrevistas para visitar distintos establecimientos que podrían servir a sus fines.

Para último momento dejó el listado de los empleados de la Editorial Blooming que habían quedado cesantes. A muchos ni los conocía, pero a otros sí, y la apenó ver sus nombres en ese listado. Tomó un resaltador y marcó a aquellos a quienes deseaba incorporar a la nueva sociedad.

Cerca de las ocho de la noche, decidió que era hora de un descanso. Estaba cansada pero feliz por lo mucho que había avanzado. La adrenalina que el trabajo le provocaba la ayudaba a sobrellevar el momento. Contempló la mesa de trabajo con cierta satisfacción y no pudo evitar sonreír. Su mirada cayó en su agenda, sólo para reparar en el paso de los días; tres largas semanas habían transcurrido sin

Mirko. Lo pensó un instante y, llevada por un impulso, tomó el teléfono. Marcó el celular del psiquiatra de Mirko. Llamaba a diario y las respuestas eran siempre las mismas; Mirko estaba bien, avanzando en su recuperación. Le agradeció, como todos los días y dejó el teléfono en su sitio.

La sobresaltó el sonido del ascensor deteniéndose en su piso. Expectante se puso de pie y frunció el ceño con algo de fastidio al ver que se trataba de Manuel que ingresaba en el piso sin pedir permiso. Estaba vestido de etiqueta y se lo veía terriblemente apuesto; destilaba estilo, éxito y sofisticación.

—Venía a ver si tenías planes para esta noche, — anunció sin siquiera saludar.

Gimena revoleó los ojos con cansancio y sacudió su cabeza negativamente. Dándole la espalda, tomó un cigarrillo de su bolso y caminó hacia la puerta ventana que daba a la gran terraza. La abrió, pero no salió al exterior.

—Me gustaría que llamas antes de entrar, —lo amonestó—. Vivo acá.

—Trataré de recordarlo, — repuso él displicente—. Ahora, movete que detesto llegar tarde.

—¿Perdón?

—Vamos a salir, —anunció con sequedad—. Tenemos un compromiso.

—¿Te dejaron plantado? —deslizó con algo de animosidad.

Manuel le dedicó una sonrisa forzada. Se dirigió al surtido bar y se sirvió una generosa medida de *whisky*.

—Pensé que te agradaría acompañarme a un evento en el Museo Fortabat, —le dijo en un tono tan autoritario que no hizo más que fastidiar a Gimena—. Tenés media hora para estar lista.

Gimena guardó silencio. La invitación la tentaba, pero no así el tono empleado por su hermano. Por unos segundos se perdió en sus pensamientos y se debatió brevemente entre lo que deseaba y lo que creía adecuado.

—A ver, Gime, —dijo con algo de arrogancia luego de beber un poco de su *whisky*— ¿A vos te interesa triunfar o te conformás con estar a la cabeza de una Editorial mediocre por el solo hecho de hacer algo? —preguntó.

—¿A vos qué te parece?

—Entonces, querida mía, vas a ir a ducharte y vas a arreglarte como corresponde y vendrás conmigo a este evento, —sentenció Manuel con firmeza—. Hay que ir al encuentro del éxito, solo no llega, —agregó con firmeza—. El éxito se alcanza con pasión y sacrificio, —terminó diciendo con convicción. Miró su reloj—. Te quedan 15 minutos. Te recomiendo apurarte.

Aunque durante mucho tiempo renegó de todo aquello, Gimena reconocía que se sentía muy a gusto vestida con ese costosísimo vestido parisino, rodeada de una magnífica colección de arte, disfrutando de una exquisita copa de champagne, mientras conversaba con el curador del museo y su encargado de prensa. En alguna medida, la

retraía a sus días en Europa cuando, por requerimiento de los productores, debía asistir a los más distinguidos eventos culturales.

Manuel se ocupó de presentarla a todo el mundo y las autoridades del Fortabat se mostraron muy interesadas de ser parte del primer número de la revista que Gimena pensaba lanzar al mercado. Sintiéndose como pez en el agua, conversó con gran cantidad de personalidades del mundo artístico, también se cruzó con periodistas especializados que mostraron interés por su nuevo proyecto.

Fueron casi tres horas en las cuales Gimena se sintió nuevamente en el ruedo, disfrutando de los cálidos comentarios que recibía por su proyecto editorial. Ella comprendía que su apellido tenía mucho que ver, pero estaba dispuesta a ganarse el reconocimiento de todos ellos.

Manuel se mantuvo apartado, pero no se perdió detalle de cómo su hermana se desenvolvía y florecía en el ámbito al que pertenecía. Sonrió satisfecho cuando vio que Gimena acaparaba a Gabriel Mercado, gerente de Relaciones Institucionales del Museo. Ese hombre era un buen contacto para ella.

—Parece que lo disfrutaste, —comentó Manuel una vez que cerró la puerta del vehículo y éste se puso en marcha—. Te noté muy entusiasmada.

—La verdad que sí, —reconoció Gimena. Bajó la vista hacia su celular donde había registrado tres fructíferos

contactos. Miró a Manuel con complicidad—. Fue muy productivo y me siento como si me hubiesen inyectado adrenalina. Gracias por invitarme Manu. Tengo tres notas centrales con destacados artistas, curadores y gerentes de uno de los museos más importantes de la ciudad. Estoy flipando.

Manuel carcajeó divertido por la expresión de su hermana. Ver a Gimena contenta llenaba su corazón de gratitud.

El vehículo se detuvo frente al edificio donde Gimena debía descender. Ella dudó, sin Mirko, el lugar le resultaba extremadamente grande y vacío. Con la mano todavía en el picaporte, miró a Manuel y lo invitó a compartir un trago. En silencio Manuel asintió y movió su vehículo a la entrada de coches.

Se instalaron en la sala de televisión. Ese era un lugar en el que siempre les había gustado estar. Mientras Gimena ponía música, Manuel fue por una botella de vino.

—Este es un merlot que merece ser disfrutado en ocasiones especiales, —comentó Manuel, al ingresar en la habitación—. Me enviaron un par de cajas de Francia para probarlo, es magnífico.

Sirvió una copa para Gimena y se la extendió. Luego se ocupó de la suya. Miró a su hermana con cierta emoción y alzando su copa brindó con ella.

—Por el reencuentro, —propuso.

—Por el reencuentro, —respondió ella.

Por unos minutos bebieron en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. La música flotaba en el ambiente y sintiendo un poco de frío, Gimena tomó una de las mantas que siempre colgaba del apoyabrazos del sillón.

—Pensé que te gustaba asistir acompañado a este tipo de eventos, —disparó Gimena de pronto.

—Antes, —respondió Manuel mirando su copa de vino.

Una vez más el silencio se instaló entre ellos, pero Manuel se encargó de desbaratarlo, cambiando abruptamente de tema.

—¿Te habituaste a vivir acá? —preguntó Manuel con la mirada clavada en la copa de vino

—La verdad, no. Mucho menos ahora que Mirko no está, —respondió con voz aplomada. Una vez más su recuerdo se apoderó de su mente, extrañándolo—. Siempre faltó algo entre estas paredes.

Le sorprendió que Manuel asintiera no solo por estar de acuerdo con ella, si no por lo imperceptible del gesto. Le dedicó mayor atención; lo notaba perdido en sus pensamientos como si no hubiese escuchado su respuesta. Se había aflojado el moño y había abierto la camisa; parecía relajado y eso también llamó la atención de Gimena.

—¿En qué pensás? —quiso saber intrigada.

Como si el hechizo en el que había caído se hubiese roto, Manuel bajó la vista hacia su copa y bebió un poco

de vino. Suspiró y miró a su hermana con una pregunta dando vueltas en su cabeza.

—En realidad estoy tratando de comprender, cómo podés creer tan ciegamente lo que él te dice, —confesó mirándola de frente—. ¿Nunca dudaste de él? ¿Nunca se te ocurrió que podía movilizarlo otros intereses?

Gimena carcajeó, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Por supuesto que no, —respondió Gimena con contundencia—. Claro que creo en él, —insistió sorprendida por la pregunta—. Lo amo y sé que él me ama. ¿Qué clase de comentario es ese?

De pronto Gimena creyó comprender por dónde venía la mano y la ofuscó que su hermano estuviera aprovechando la ausencia de Mirko para mancillar su imagen e intentar boicotear sus intenciones.

—Mirá, Manuel, desde un primer momento fuiste prejuicioso con Mirko, —disparó ahora con voz punzante—. No me interesa si te cae bien, yo lo amo, creo en él, en sus intenciones, en sus sentimientos. —Hizo una pausa sintiendo el sentimiento que la fortalecía—. Sinceramente, cuando me habla, siento que lo hace desde el corazón y que con él a mi lado puedo enfrentar la muerte de papá y el abandono de mamá; ya no me siento sola.

—Yo nunca te abandoné, —protestó Manuel, sorprendido por el reproche—. Siempre quise lo mejor para vos. No volvamos sobre ese punto que no tengo ganas de discutir.

—Tampoco yo quiero discutir, —accedió—. Pero, aunque no lo creas, cuando estaba furiosa con vos, fue Mirko quien me hizo ver la situación desde otro lugar; es bueno que sepas que él siempre defendió tu postura.

Manuel guardó silencio. Volvía a sentirse en deuda con ese hombre y eso era algo que no le agradaba. Rellenó ambas copas en silencio y bebió un sorbo como si quisiera recomponerse.

—Vaya, eso sí que no lo esperaba, —comentó encogiéndose de hombros como si le restara importancia—. Querrá congraciarse conmigo.

Fue el tono agrio que utilizó lo que más llamó la atención de Gimena. La conversación venía siendo amistosa y distendida para que Manuel aportase ese áspero comentario. Gimena frunció el ceño y lo estudió con detenimiento; la asustó ver a su hermano tan apocopado. Se acercó a él ahora con algo de preocupación.

—No creo que le interese congraciarse con vos, —respondió firme—. En realidad, no te traga.

Con cierto hastío Manuel revoleó los ojos y bebió un poco de vino demostrándole a Gimena que lo tenía muy sin cuidado lo que el fotógrafo pensase.

—Mejor cambiemos de tema, —dijo Gimena abruptamente—. ¿Por qué dijiste que ya no te agradaba ir acompañado a estos eventos? —Empezaba a intuir que la charla tenía más que ver con Manuel que con ella.

—Porque basta con que me presente acompañado al

evento que fuese, que de la nada se disparan gran cantidad de comentarios y rumores, —respondió en un tono amargo. Se apresuró a seguir antes que su hermana deslizará algún comentario—. Además, no me interesa tener que lidiar con fotógrafos o reporteros y tener que dar explicaciones que no tengo por qué dar, —dijo simplemente—. Es hartante. De un tiempo a esta parte no creo que ninguna mujer se interese en mí, en realidad lo que les interesa es mi cuenta bancaria y el posicionamiento social.

—¿Perdón? ¿De qué demonios estás hablando?

Manuel suspiró. Aunque creía que le haría bien hablar del asunto con su hermana, empezaba a creer que no había sido una buena idea sacar el tema. Se puso de pie y tomó la marquilla de cigarrillos que ella había dejado sobre la mesa ratona.

—Estoy hablando de que somos una de las familias más acaudaladas de la ciudad, Gimena, —sentenció con algo de sarcasmo. Abrió la puerta ventana que daba al balcón y encendió un cigarrillo—. Hablo de que nuestro apellido, aunque a vos te cueste recordarlo, está asociado a los altos círculos sociales y quien pase a formar parte de nuestra familia entrará a un mundo al que pocos acceden.

—Por Dios, Manuel, no seas engreído, —chilló Gimena sin dar crédito a lo que escuchaba—. Te puedo asegurar que jamás me he sentido así.

—Porque vos vivís en una nube, nena, —disparó Manuel fastidiado porque ella no comprendiese—. Puedo

asegurarte de que hay una larga cola de mujeres que darían cualquier cosa por conseguir una salida conmigo. Y no lo estoy diciendo ni con orgullo, ni con vanidad.

Gimena lo contempló. Empezaba a tomar dimensión de lo que Manuel estaba compartiendo con ella; su querido hermano, se sentía solo.

—Estoy segura de que hay muchas mujeres que se enamorarían de vos si les dieras la oportunidad de dejarte conocer, —deslizó ella con cierto pesar.

—No tengo tiempo para eso, Gime, —respondió terminando su cigarrillo—. Estoy al frente de una cadena Hotelera y soy el socio mayoritario de la Cementera Rauch. No tengo tiempo para salir a tomar algo con una mujer, o ir al cine, o intentar cortejarla.

—¡Qué aburrido sonó eso, Manu! Por Dios, —chilló ella interrumpiéndolo—. Supongo que irás a distintos eventos donde podrás conocer gente...

—No sabés la cantidad de minas que van a esos eventos a enganchar marido, amante o lo que sea que les garantice cierto pasar —protestó a la defensiva.

—No son todas las mujeres así, Manuel, —dijo finalmente Gimena, tratando de darle ánimo—. Ana no era interesada y lo sabés.

Manuel suspiró ante la mención de su exesposa. Ese era un fracaso que, a cinco años dista, todavía le costaba digerir. Desde que Ana dejó el departamento de la calle Juncal, Manuel no había vuelto a pensar en todo aquel episodio y no tenía deseos de empezar a hacerlo esa

noche.

—Lo reconozco, Ana, no era interesada, —reconoció con voz tensa—. Supongo que por eso me dejó.

—Y, por lo que escuché, no te portaste muy bien con ella, —le recordó Gimena con algo de amonestación.

—Pues si te estás refiriendo a que se fue porque le fui infiel, estas más que equivocada, —respondió Manuel con voz monocorde.

Ingresó a la sala y cerró las puertas tras de él. Hacía frío en el exterior.

—¿No fue así?

—No, —fue su rotunda respuesta—. Me dejó porque se hartó de que la deje plantada en restaurantes y hoteles; se hartó de que sistemáticamente olvidara nuestro aniversario y de que jamás cumpliera mi promesa de acompañarla a algún evento que a ella le interesaba.

Hizo una pausa y por unos segundos se perdió en los recuerdos. Respiró hondo y miró a Gimena con cierta resignación.

—Al principio era divertido sentir que debía ocuparme de todo, —prosiguió—. Me sentía importante presidiendo reuniones, debatiendo con hombres que admiraba, organizando reuniones por el mundo, viajando de aquí para allá. Era tan estimulante que todos me prestaran atención, pero no tardé en darme cuenta de que había mucha gente a mí alrededor esperando mi caída.

Un nuevo silencio los envolvió y Gimena comprendió que se esforzaba por contener sus emociones. No dijo

nada, sólo le dio el margen que necesitaba para desahogarse

—Afortunadamente, Raúl estaba ahí para cuidarme la espalda, —comentó de pronto—. Supongo que Ana fue el costo que debí pagar; era la empresa o mi vida; y la empresa se terminó convirtiéndose en mi vida.

Los envolvió un silencio denso, profundo. Manuel parecía paralizado, como si el peso de lo que acababa de decir hubiese caído sobre sus hombros.

—Me la encontré en China, —comentó de la nada—. Retomó su carrera. Está trabajando para una constructora americana.

Gimena bebió un poco de vino considerando que esa conversación tenía más que ver con su hermano que con ella. Le resultó extraño.

—Me alegra que ella haya recuperado su carrera. Siempre me cayó bien Ana, —comentó Gimena, cuando se cansó del silencio—. Pero no tiene que ser una cosa o la otra, Manu, —se atrevió a decir finalmente—. Tiene que existir un equilibrio.

—¿Vos creés verdaderamente que se puede alcanzar un equilibrio? —preguntó Manuel con algo de incomodidad.

—Si lo creo, —respondió con firmeza—. Definitivamente, no podría sacrificar a Mirko por la editorial.

Manuel asintió y ladeó la cabeza para mirarla.

—Así es como debe ser, hermanita, —acordó Manuel

y chocó su copa con la de Gimena—. Sinceramente espero que él piense igual, porque, aunque no estés de acuerdo, no le voy a dar margen a nada.

—Lo estas peleando de gusto, Manuel, —protestó Gimena—. Mirko no tuvo una buena vida; nunca tuvo una oportunidad; nunca se la dieron.

—¿Y vos necesitas darle un poco de tu luz? —preguntó con un dejo de sarcasmo.

—Manuel.

—Ya veremos hermanita, —dijo poniéndose de pie—. Pienso tener un ojo sobre su nuca todo el tiempo, no soy tan contemplativo como vos, —comentó suavizando la amenaza. Se acercó a Gimena y la besó en la sien—. Me voy a dormir. Ya es tarde.

CAPITULO 34

Como si los engranajes de una gran maquinaria finalmente se pusieran en movimiento, los días fueron pasando, entre reuniones, definiciones y cierres de contrato. Así, casi sin darse cuenta, el sueño de la vida profesional de Gimena, fue consolidándose.

En una semana tendría sentados a esa mesa a los futuros encargados de los distintos departamentos y secciones que la Editorial Rauch tendría. Cada uno de ellos, presentó su propuesta y se mostraron dispuestos a presentarse el día y en el lugar que Gimena indicase; estaban sumamente entusiasmados con formar parte del nuevo emprendimiento.

Javier Estrada se ocuparía de coordinar todos los aspectos contables y un representante de su estudio, de los legales. Con su hermano Manuel negoció los créditos que necesitaba para arrancar y juntos definieron que tal vez, de primer momento, podría instalar sus oficinas en el primer piso desde donde muchas veces Manuel trabajaba.

Por dos semanas se abocó por completo a levantar la nueva editorial y parecía que nada podía detener el envión generado por el contagioso entusiasmo que atraía a reconocidos colegas. El aval español era importante, pero no tanto como el imperio Rauch Mondini tras sus espaldas, que aportaba prestigio y seriedad. Aunque este último punto era algo en lo que Gimena prefería no

pensar, reconocía que acompañar a Manuel a los distintos eventos a los que lo invitaban, le había proporcionado una increíble gama de contactos y futuros entrevistados.

Su sueño se acercaba y se materializaba; sólo faltaba que Mirko volviera a ser parte de su vida. Todas las tardes se comunicaba con la clínica donde se encontraba internado y siempre recibía la misma respuesta, pero era una respuesta que había acabado transmitiéndole tranquilidad y la certeza de que cada vez faltaba menos para verlo.

Desde su nuevo despacho, en el primer piso del edificio de la calle Superí, Gimena terminaba de chequear los espacios publicitarios que faltaban cubrir para el primer ejemplar de la futura revista cuando Manuel se presentó en su oficina.

—¡Qué bueno que te hayas instalado acá! —exclamó Manuel ingresando sin pedir permiso y ubicándose en uno de los sillones frente al escritorio de su hermana—. Es cómodo tenerte tan cerca.

—¡Que sorpresa! El gran jefe suelto por el piso, —repuso Gimena con tono burlón—. ¿Te escapaste?

—Algo así, —comentó risueño. Estiró su mano y tomó el mate que Gimena tenía frente a ella. Cebó uno y lo bebió—. Qué rico, extrañaba un buen mate...

Gimena lo miró sin dar crédito. Por momentos, parecía mentira que fuera la cabeza de un gran imperio. Pensó que, tal vez, eran situaciones como esa las que le daban un poco de aire para mantenerse en un plano más terrenal.

Después de todo, ya había descubierto que era bastante escasa la vida de su hermano fuera de sus compromisos.

—En realidad, pasaba a comentarte que esta noche tenemos una gala en el Teatro Colón, —dijo mientras cebaba un segundo mate—. Lo organiza el Banco Francés con motivo del Aniversario de su llegada al país.

—Que tentador suena, —comentó Gimena agradeciendo el mate que Manuel le entregaba—. Pero no puedo. Tengo que terminar algunas cosas y quiero acostarme temprano. Estoy cansada.

—Ah bueno, —exclamó Manuel desilusionado mientras cebaba un nuevo mate—. Vos te lo perdés.

El teléfono sobre el escritorio de Gimena emitió un extraño sonido. Gimena atendió mecánicamente.

—Hola, Gimena. Soy Florencia, —dijo con suavidad la secretaria de Manuel—. Perdón que la moleste, pero, por casualidad, se encuentra allí el ingeniero Rauch.

Gimena alzó la vista y contempló a su hermano que bebía un mate mientras cotejaba su celular.

—Sí, Florencia, —le aseguró Gimena dedicándole una sonrisa cómplice a Manuel que le hizo un gesto para que le pasara el auricular—. Te paso con él.

—Decime, Flor, —demandó Manuel con autoridad. Asintió tres veces seguidas sin emitir palabra—. Ya voy. Que les vayan sirviendo café en la sala de reuniones, —terminó ordenando. Le devolvió el auricular a Gimena y se puso de pie—. Fin del recreo.

—Estoy empezando a pensar que me insististe en que

me instale acá para poder refugiarte de vez en cuando, — comentó Gimena con tono burlón. Se puso seria—. Lamento no poder acompañarte. Pero por qué no invitás a alguien, —sugirió—. Tampoco me parece que tengas que andar mostrándote siempre solo; vas a terminar generando otro tipo de comentarios.

—Ya hablamos de ese asunto. No insistas —respondió. Tomó aire y se dirigió a la salida—. Nos vemos Gime.

Gimena lo observó alejarse por el pasillo que conducía al sector del piso donde se encontraba su despacho. Desde la noche que hablaron, Gimena veía con otros ojos a Manuel y tal como Raúl Olazábal le había asegurado que había sucedido, comenzó a tomar consciencia del gran sacrificio que su hermano había hecho y todo lo que había perdido a su paso. Eso no estaba bien y si en sus manos estaba ayudarlo a salir de esa situación, ella lo haría.

Ya no estaba enojada con Manuel; ya había aceptado que era mucho lo que su hermano había sacrificado para que todo saliera adelante. En realidad, se sentía en falta; por haberse enojado durante tanto tiempo, por nunca haber considerado que era lo que él en realidad sentía. Ella había estado demasiado inmersa en su propio dolor.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la entrada de una llamada a su celular. Dejó de lado sus preocupaciones por Manuel y atendió. La descolocó encontrarse con la voz de Tomás Arriaga, con quien no hablaba desde hacía más de tres semanas. Se le aceleró el corazón anticipando novedades.

—¿Cómo está, Tomás? —lo saludó ella con amabilidad. El abogado había terminado por caerle bien—. ¡Qué sorpresa su llamado!

—Es que tengo novedades que quería compartir con vos, —comentó con tono cargado de entusiasmo—. Primero quiero informarte que, hace ya un tiempo, Blandes y sus hombres allanaron un departamento en busca de pruebas, —comenzó comentando Arriaga—. Bueno, encontraron a la mujer que se hacía pasar por la Fiscal Garrido. Lamentablemente la hallaron muerta. Su nombre era Silvia Márquez y resultó ser la viuda de Eduardo Montañez...

—¿Lalo? —lo interrumpió Gimena ansiosa por comprender.

—Exacto, —respondió Arriaga—. En el allanamiento encontraron gran cantidad de pruebas, una notebook personal, y una caja fuerte oculta tras el cabezal de la cama, con gran cantidad de documentos.

—¿Qué quiere decir todo eso? ¿Ayuda a Mirko?

—Con las pruebas que se encontraron, quedó claramente establecido que fue ella quien montó toda la operación, —explicó el abogado—. Fue su idea sacar a Mirko de la cárcel para engañarlo e infiltrarlo buscando que todo quedara como si fuera una venganza de él en lugar que de ella. En su plan original, Mirko debía ser encontrado culpable de absolutamente todo. Fue una trampa desde el primer momento.

Gimena asintió y se puso de pie. Tomó un cigarrillo

del bolsillo externo de su bolso y se dirigió hacia la puerta ventana que daba al amplio balcón donde había hecho colocar una mesa con dos sillas y una amplia sombrilla. Allí se sentó a fumar mientras escuchaba las novedades de Arriaga. Estaba emocionada, tanto que no podía dejar de pensar en el momento en que Mirko se enterase que quedaba libre de culpa y cargo.

—¡Ah! Tomás, cuando Mirko se entere va a sentirse tan aliviado, —comentó Gimena con emoción.

—Ya lo creo, pero esa es otra cosa de la que tengo que hablarte, —dijo Arriaga y Gimena creyó sentir que el hombre sonreía—. Acabo de hablar con el doctor Laguer. Mañana sale, —anunció—. Durante un mes deberá presentarse regularmente según el programa que el psiquiatra le indique, pero ya no estará internado.

Arriaga siguió hablando, aportando detalles que Gimena ya no escuchaba. Su corazón, desbocado, retumbaba en su pecho de un modo ensordecedor. Su mente se ancló en la imagen del rostro de Mirko, era lo único que ella podía ver en ese momento. La conmovió la certeza de que al día siguiente lo vería; podría abrazarlo; tocarlo; sentirlo, besarlo. La emoción lentamente fue adueñándose de sus sentidos.

—Mañana, —repitió interrumpiendo al abogado—. ¿A qué hora?

—El doctor Laguer calcula que será alrededor de las diez, —respondió—. Quiere mantener una reunión previa con alguien de su entorno. Como estoy seguro de que le

gustará mucho más verte a vos que a mí, es que quise avisarte. Pero voy a necesitar hablar con Mirko cuanto antes.

Un silencio profundo se adueñó de la línea por unos segundos. El abogado sentía la respiración de Gimena convencido de que la emoción le impedía hablar con libertad.

—Gracias Tomás, —dijo finalmente con voz suave—. Le pasaré su mensaje.

Durante largo rato Gimena permaneció en el balcón rememorando el último día que se habían visto. Revivió también la última discusión mantenida, la insistencia de él, la renuencia de ella y la resolución pendiente del caso. Todavía le costaba sentirse totalmente libre de aquello, pero al mismo tiempo, así como había estado terriblemente enojada con Manuel y ahora lo entendía; empezaba a sucederle lo mismo con Mirko.

Cuando se recuperó de la emoción de la noticia, sintió la imperiosa necesidad de compartir su alegría con alguien. Llamó a Lara, y le propuso reunirse; tenía algo importante para contarle. Pero, Lara estaba ocupada esa tarde; tenía un evento al que debía asistir. Tampoco Mariana y Carola estaban disponibles, ambas se habían comprometido con una reunión en el colegio de sus hijos. Siempre llenas de actividades las tres; no era tan sencillo reunirse sin programar el encuentro.

Ansiosa descorchó una botella del merlot francés que su hermano le había hecho probar. Llenó una copa y

bebió un pequeño sorbo. Necesitaba desesperadamente hablar con alguien. Sonrió al considerar a Guillermo y sin pensarlo dos veces lo llamó.

Durante la siguiente hora habló por teléfono con Guillermo y entre su fastidio por haber discutido una vez más con Milena y la ansiedad de Gimena por ver a Mirko, se fueron consolando mutuamente. Para cuando la conversación terminó, era pasada la medianoche.

Estaba a pocas horas de volver a verlo. ¿Tendría el cabello largo o corto?, ¿Se habrá afeitado o su rostro estaría enmarcado por esa atractiva barba castaña? Intentando imaginarlo, lo veía atravesando la doble puerta de la clínica entornando los ojos porque la luz del sol lo enceguecía y como siempre había olvidado sus lentes. Lo imaginaba atractivo, con su semblante despejado y esa sonrisa cautivadora que ella tanto adoraba

Contaba los segundos para volverlo a abrazar. Conforme las horas avanzaban, su mente elucubraba preguntas más pesimistas y la ansiedad de Gimena alcanzaba niveles insospechados. ¿Habría ocasionado algún cambio en su personalidad tantos días de encierro? ¿Habría dejado alguna secuela tantos años de consumo? ¿La seguiría amando?

A las seis de la mañana, estando aún a oscuras, Gimena dejó la cama y se dirigió al cuarto de baño. Una buena ducha seguramente la ayudaría a tranquilizarse.

Si la señora Alameda se sorprendió al verla ingresar a

la cocina tan temprano, no lo manifestó. Esa mujer parecía que estaba siempre disponible, al pie del cañón; esa era una sensación que incomodaba un poco a Gimena.

—Buenos días, Luisa, —la saludó Gimena con una sonrisa amable.

—Buenos días, señorita Rauch. ¿Gusta desayunar?

—No se preocupe, voy a prepararme unos mates mientras chequeo el periódico en mi tableta, —respondió—. Tengo que salir.

Cansada de dar vueltas, a las ocho de la mañana se deslizó dentro de su pequeño Fiat colorado. Se sentía ansiosa y le costaba contener la emoción y la ansiedad. Sin embargo, logró conducir con tranquilidad y para hacerlo escogió música New Age que siempre la serenaba.

Se presentó en la Clínica, apenas pasadas las nueve de la mañana. Al detenerse junto al mostrador, enfrentó a la recepcionista, quien debió haber adivinado que era quien había llamado todos los días durante los últimos dos meses, pues le dedicó una sonrisa cargada de comprensión.

—El doctor Laguer la está aguardando, señorita Rauch, —le informó luego de que Gimena se presentara—. Ya mismo la anuncio.

El doctor Gustavo Laguer, se apersonó enseguida y luego de estrechar formalmente su mano la guió hacia su despacho donde deseaba conversar con ella sobre el estado y la situación de Mirko. A Gimena la tensó el

inexpresión de ese hombre que caminaba erguido y circunspecto a su lado.

—Por favor tome asiento, —dijo el doctor con cierta elegancia al darle paso y cerrar la puerta.

Era una habitación austera, con el mobiliario justo para ser cómoda y funcional. Con cierta impaciencia, Gimena consultó su reloj, faltaban apenas 15 minutos para las diez.

—No se preocupe que, en breve, Mirko estará aquí, —dijo el hombre consciente de su ansiedad—. Pero quería hablar un poco con usted antes que Mirko se presentase.

—Me está asustando, —exclamó Gimena que a esas alturas se encontraba al borde de sus fuerzas emocionales.

El doctor Laguer sacudió su cabeza negativamente y del primer cajón de su escritorio extrajo una gruesa carpeta que abrió en medio.

—No es para preocuparse, sí para ocuparse, —afirmo con contundencia—. Entre los años que Mirko lleva consumiendo, que fueron muchos, sumado a la calidad de la droga consumida y a la absoluta carencia de una contención afectiva, podemos decir que enfrentamos secuelas de consideración.

Gimena sintió como su estómago se estrujaba y la certeza de que estaba por enfrentar una situación que la excedería por todos los costados, la acobardó. Su mente se paralizó y por varios segundos le costó entender lo que sucedía.

—A ver, señorita Rauch, —continuó diciendo Laguer

notando el efecto que sus palabras tenían en Gimena—. No es para alarmarse. Le repito son aspectos de los que hay que ocuparse. Nada más.

—Dígalo de una vez, doctor, me está matando de la intriga, —exclamó Gimena—. ¿Cómo está, Mirko?

Laguer asintió y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Mirko está bien, y estará mucho mejor si hace lo que tiene que hacer, —dijo tranquilizándola—. Fue duro, no le voy a mentir, por momentos parecía que no lo lograría, pero su deseo de curarse fue más poderoso que su resistencia, —explicó el psiquiatra—. Ahora, Mirko presenta una seria dificultad para concentrarse en algo puntual; pierde atención si se le demanda de modo sostenido y por un tiempo prolongado. Los lugares cerrados con mucha gente lo abruman y lo desorientan.

—¿No va a poder continuar con la fotografía?

—Esa es la única actividad en la que logra equilibrar concentración con movimiento por un considerable período de tiempo, —respondió Laguer repasando sus notas. Alzó la vista y miró a Gimena—. Mirko está bien, sólo necesita que nosotros lo acompañemos un poco más. En este momento está en condiciones de salir, lo que significa un gran desafío para él, porque se siente vulnerable y algo desprotegido, pero para eso estamos nosotros, ¿no?

—Para cuidarlo...

—Para darle seguridad, —la corrigió el psiquiatra.

Gimena asintió y le sonrió más por nervios que por

mostrarse amable. Laguer continuó entonces, hablando del programa de entrevistas a las que Mirko debía asistir, también le habló de la medicación que le indicaría y de la actividad física a la que tenía que someterse.

—En algún punto, tiene que aprender a reactivar su cuerpo, a oxigenar su mente, a disfrutar de una nueva vida, —dijo Laguer con seriedad. Guardó la carpeta y cruzando sus brazos sobre el escritorio, se inclinó hacia Gimena—. Mirko es un hombre que ha sufrido muchas pérdidas, abandonos y engaños, demasiados traspiés. Le cuesta confiar, le cuesta sentirse seguro. —Laguer bajó la vista brevemente y respiró hondo. Volvió su atención a Gimena—. Usted es su luz, Gimena, la fuente de toda su energía. Sé que es una carga muy pesada la que estoy poniendo sobre sus hombros, pero así es. Por otra parte, se siente completamente en falta con usted; lo atormenta no obtener su perdón, se tortura con la idea de que antes o después, usted lo va a dejar y eso lo asusta terriblemente, porque, para Mirko, usted es el ángel que lo está sacando de la oscuridad.

A estas alturas Gimena tenía los ojos llenos de lágrimas. Agradeció el clínex que el psiquiatra le entregaba y la sinceridad con que le había hablado. Se limpió los ojos.

—Yo siento que él es mi destino, daría todo por él y dejaría todo por su bienestar, —confesó—. Es muy injusto lo que ha sucedido en su vida; ya ha pagado por varias vidas y más. Quiero verlo feliz doctor Laguer, pero

evito pensar en lo que Mirko hizo.

—Entiendo, —repuso el doctor sin abandonar el gesto circunspecto—. Pero recuerde, que él no puede evitar pensar en eso justamente. Sería muy beneficioso para ambos que encontraran ese equilibrio.

Le extendió una tarjeta y un cronograma del régimen de entrevistas y de medicación al que debía someterse, asegurándole que contaba con ella para que supervisara que Mirko cumpliera su parte. Gimena asintió y tomó lo que el médico le ofrecía.

—Cuenta conmigo doctor.

—Excelente, señorita Rauch, —dijo dedicándole la primera sonrisa. Se puso de pie—. Voy a buscar a Mirko. Si lo desea puede esperarlo en la recepción.

CAPITULO 35

Se le erizó la piel al escuchar su voz. Se acercaba por el corredor y claramente se lo oía que conversaba con un hombre. Expectante, Gimena se puso de pie y, emocionada, lo observó despedirse de un enfermero. Esperó, con el corazón en la boca, a que Mirko la viera. A simple vista se lo veía más relleno, no tan delgado; tenía el cabello más largo y lo lucía lacio apenas sujeto por una banda en la base alta de la cabeza. Una barba castaña y prolija le daba un marco exquisito a su rostro anguloso. Cuando finalmente giró y sus miradas se encontraron, Mirko fue el primero en esbozar una leve sonrisa, y con su mochila al hombro caminó hacia Gimena, como hipnotizado. Al llegar a ella se detuvo, y ladeando delicadamente la cabeza depositó un beso en su mejilla. Ella reaccionó al instante y, antes que él pudiera apartarse, enroscó sus brazos en torno a su cuello.

—Tendría que matarte, —le dijo al oído con voz cargada de emoción—. Nunca más me hagas una cosa así; nunca más me dejes afuera de una decisión como esta.

Mirko asintió aceptando el reclamo y la abrazó con fuerza. Se sentía tan bien volver a sentirla entre sus brazos, contra su cuerpo; se sentía tan bien recuperar el aroma de su perfume, la cálida sensación de sosiego que su cuerpo emanaba. Por varios segundos permanecieron allí abrazados, conscientes de que tanto Laguer como la

repcionista tenían sus miradas clavadas en ellos. Lentamente fueron separándose, Gimena tomó, entonces, el rostro de Mirko entre sus manos para acariciarlo con delicadeza y cariño. Le sonrió y sin poder contenerse más, posó sus labios sobre los de él.

—Tenía miedo de que no vinieras, —confesó Mirko con emoción.

—¿Dónde más iba a estar? —dijo ella posando una mano en la mejilla de Mirko—. ¿Vamos a casa?

Mirko asintió y, por sobre su hombro, miró a Laguer que lo contemplaba con seriedad.

—Hasta el miércoles doc., —le dijo con soltura. Luego miró a la recepcionista—. Nos vemos Cata.

Abrazados dejaron la clínica. Ya en la vereda, Mirko la atrajo con fuerza hacia él para besarla como lo venía añorando desde el día que ingresó a esa clínica.

—¿Dónde está el chiquitito? —preguntó sin soltarla. Ella sonrió, sabía que se estaba refiriendo a su pequeño Fiat. Con la cabeza le indicó.

Durante el trayecto a la casa, hablaron de trivialidades, parecía que ambos estaban demasiado nerviosos, tensos y les costaba poner en palabras todo lo que su mente sugería o sus corazones necesitaban liberar. Por momentos, Mirko miraba el entorno con aire distante, como si se perdiera en sus pensamientos, como si buscara recordar.

Gimena lo miraba de reojo, aguardando que compartiera lo que fuera con ella; pero eso no sucedió.

En silencio llegaron a la residencia de la calle Superí y

esta vez, Mirko sí manifestó claramente su sorpresa.

—No sé por qué pensé que te habías mudado, — comentó sin ningún rasgo de animosidad.

—Te estaba esperando para poder conversarlo y resolverlo juntos, — fue la respuesta de ella.

Nada. Mirko no dijo nada. Gimena ingresó el pequeño Fiat a la residencia y estacionó junto a un soberbio Alfa Romeo color azul metalizado. Mirko descendió y apenas miró a su alrededor. Con la mochila al hombro aguardó que Gimena llegara a su lado.

—Mirame, —demandó ella al detenerse junto a él.

Él así lo hizo, sorprendido por el pedido. Sin darle margen a reaccionar, Gimena tomó el rostro de Mirko entre sus manos y, a la luz del día, lo besó de un modo tan arrollador que la mochila cayó al suelo en el momento en que él la rodeaba con sus brazos y la empujaba contra una de las paredes de la cochera.

—Necesitaba sentir que estabas vivo, —le dijo ella con la boca casi sobre la de él y la respiración agitada—. ¿Nos apuramos a subir a nuestra habitación o corremos el riesgo de que alguien aparezca y nos encuentre?

—Me gustó lo de nuestra habitación, —repitió él con una sonrisa en los labios. Volvió a besarla aprisionándola contra la pared con su cuerpo tenso—. Necesito recuperarte...

—Nunca me perdiste, —dijo ella entre besos.

Gimena logró zafarse de los brazos de Mirko que la miraba con ojos resplandecientes de deseo, brillantes de

emoción. A Gimena se le hizo agua la boca de solo volver a sentir la presión de su cuerpo contra el de ella, era tanto lo que le generaba. Ya hablarían, ya se pondrían al tanto de lo vivido y lo sufrido durante los últimos dos meses, pero, en ese momento, sólo deseaban sumergirse en su amor.

Alguna empleada se había ocupado de hacer la habitación y ventilarla. Los postigos de los ventanales estaban abiertos de par en par y la luz de la mañana inundaba la estancia llenándola de luminosidad. Entraron con apremio, y Gimena cerró la puerta una vez que ambos estuvieron dentro. Entre besos fueron desvistiéndose y una vez desnudos, Gimena lo guió a la enorme cama con dosel. Mirko tenía los ojos fijos en el cuerpo de ella, que ahora se acostaba invitándolo con la mirada. Él estiró una mano para acariciarla, recorrerla, mientras sus ojos celestes se oscurecían y la mirada se tornaba hambrienta.

—Quiero volver a descubrirte— susurró al inclinarse sobre ella.

La besó entonces, recorriendo el interior de su boca mientras sus manos, se adueñaban de uno de sus senos para masajearlo. Lentamente fue acostándose a su lado, sin dejar de besarla y acariciarla. Gimena tembló primero y se estremeció después, embriagada por la delicadeza de esa mano que, habiendo dejado su pecho, cruzaba su abdomen para deslizarse entre sus piernas. Una intensa ola de emoción la tomó por sorpresa y, por unos segundos, perdió la noción de todo cuanto sucedía a su

alrededor.

Mirko le estaba generando una sensación tan embriagadora, que Gimena no quería, ni podía resistirse. El beso, largo y profundo se tornó más intenso, despertando el hambre y la necesidad. Fue en ese momento cuando, sintió que con sus dedos entraba en ella y su corazón galopó hacia la libertad. Los latidos lentamente fueron convirtiéndose en espasmos, rítmicos y suaves, Mirko dejó su boca para descender por el camino que sus manos habían surcado. Se detuvo brevemente en uno de los pechos y con la punta de su lengua jugó con el erguido y tenso pezón, imponiendo el mismo ritmo que sus dedos se movían en su interior. Gimena se estremeció y sintió que la piel se le erizaba y el sexo demandaba más.

—Tranquila, —dijo él suavemente retomando el descenso cruzando el abdomen sin despegar la punta de la lengua de su cuerpo caliente—. Tenemos todo el tiempo del mundo, —agregó.

Gimena gimió y se movió buscando prolongar el movimiento de sus dedos, mientras su cuerpo se tensaba y ella sintiéndose incorpórea, flotaba en una bruma ardiente y sofocante pero completamente cautivante. Quiso protestar cuando sus dedos amagaron salir de ella, pero su protesta fue acallada al sentir su boca adueñándose de su sexo con maestría.

Ahogó un grito y se estremeció ante el descomunal orgasmo que se adueñó de cada milímetro de su cuerpo. No fue consciente de nada, porque, el placer que la

envolvió fue tan intenso que cayó en un estado de semi inconsciencia, donde lo único que su cuerpo registraba, era el placer infinito que la *expertise* de esa boca podía otorgarle. En un momento determinado, sintió el empujón que Mirko le propinaba al entrar en ella casi con violencia apoderándose de su boca y colmándola de más placer del que había recibido en su vida. Y en el ardor del momento, Gimena estalló en mil pedazos, y cuando parecía que todo iba a terminar, Mirko se las ingeniaba para no dejarla ir, prolongando el éxtasis.

Cuando todo pareció terminar, permanecieron en silencio por un largo rato, con las respiraciones agitadas, y sus cuerpos semi entrelazados. Gimena, al lograr que su mente volviera a razonar, se irguió levemente y apoyó su mentón sobre el pecho de Mirko. Lo besó y luego lo miró con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—¿Te divertiste? —le preguntó ella acariciando su abdomen con la punta de su dedo índice.

—Mucho, —respondió él divertido por la pregunta—
¿Vos?

Gimena asintió y sin dejar de acariciarlo, fue besando su pecho. Ascendiendo hasta alcanzar su barbilla. Se la mordió y clavó su mirada en los ojos de él.

—Bueno, ahora me toca a mí, —dijo al tiempo que se apoderaba de su boca, mientras su mano se adueñaba de su miembro, que ya estaba listo para una nueva batalla.

Como si hubiera sido parte de un libreto bien aprendido, Gimena recorrió los mismos puntos

sensoriales que Mirko había recorrido en ella. Su boca lo retaba, lo desafiaba, mientras su mano lo torturaba. Tenso y sudoroso, Mirko se sacudía para evitar lo inevitable, pero ella no le permitía hacer su voluntad. Buscó sus ojos, para que el contacto fuera aún mayor.

—Quiero decirte algo, —dijo en el momento en que se ubicaba a horcajadas y se deslizaba sobre él. Contuvo la respiración un instante al sentir que su cuerpo lo recibía en un abrazo húmedo.

Mirko se estremeció. Gimena se mantuvo quieta, sólo la imperceptible presión de su interior, lo estaba desquiciando.

—Te amo Mirko, —dijo con su boca casi sobre la suya, comenzando a moverse delicadamente—. Quiero que recuerdes siempre este momento, porque haciéndote el amor siento que luego de mil vidas finalmente nos hemos encontrado. Desde este día en adelante seremos uno, como siempre debió ser.

El calor de sus cuerpos era explosivo, los gemidos de ambos por momentos llenaban la estancia. Gimena hizo una pausa para contener su propio deseo; reguló tanto la respiración como los movimientos, aminorando la escalada. Todavía no quería acabar; quería seguir disfrutando. El cuerpo de Mirko, caliente y firme, era exquisito. El placer tan intenso que la estimulaba más y más.

—Ah mi amor, —deslizó ella que empezaba a costarle controlar su propia necesidad. Pero había algo más que

necesitaba decir—: Te perdono todo lo vivido en épocas pasadas y quiero también tu perdón. Libres de culpas será más fácil.

Terminó su testimonio con lágrimas en los ojos y su cuerpo cabalgó libre sobre el hombre que amaba, que al final del camino se aferró a ella para volar a la eternidad.

—Te amo Gimena, —balbuceó él entre jadeos desesperados—. Dios que falta me hiciste...

Envueltos por la luminosidad del día, dormitaron un buen rato. Mirko fue el primero en recuperarse y, contemplándola emocionado, la dejó descansar un poco más. Se acomodó de lado y la cubrió parcialmente con la sábana. No quería apartar la mirada de su rostro; lo había añorado tanto, había tenido tanto miedo de que ella no estuviese a su salida. Durante los casi dos meses de internación, se había mostrado brutalmente pesimista y su relación con Gimena se llevaba la peor parte.

No pudiendo contenerse, le acarició el cabello primero, hasta delinear su perfil, de rasgos suaves. Con el dorso de su mano rozó su mejilla fascinado con su tersura. Le había dicho que lo perdonaba, o algo así había creído comprender, sin embargo, Mirko no le creía. No podía creerle cuando a él le costaba aceptar lo que había hecho y perdonarse.

Gimena suspiró cuando la mano de Mirko alcanzó su hombro y descendió por su brazo erizándole la piel. Él sonrió sintiendo su propio cuerpo reaccionar ante su cercanía. Gimena se acercó a él buscando su calor y

Mirko la abrazó.

—Cómo me gusta tu olor, —dijo ella todavía con los ojos cerrados—. Me compré tu perfume. Rociaba tu almohada con él y me dormía abrazada a ella.

Mirko carcajeó y la besó en la frente. La envolvió con sus brazos pegándola a él. Gimena se acurrucó contra su pecho y suspiró satisfecha.

—Te extrañé muchísimo, —confesó ella—. En serio tenía ganas de estrangularte cuando Arriaga me lo dijo. No sabes lo asustada que estaba... no te encontraba por ningún lado... temí lo peor.

Mirko asintió y se tomó unos segundos en responder. Lo mortificaba un poco no haber considerado nunca ese detalle.

—No lo hubiese hecho si te lo decía, —respondió él—. Era la única manera. Además, ya pasó Gime. Prometo no volver a hacerte atravesar una situación así. No va a haber más situaciones como esa.

Gimena se irguió y lo miró a la altura de sus ojos; se los notaba tan serenos, resplandecientes, tan despejados. Lo besó emocionada y allí se quedó perdida en su mirada.

—La primera noche fue la más sencilla, —comenzó diciendo dejando más que clara su necesidad de hablar—. Fue la más sencilla porque estaba seguro de que era lo que debía hacer; pero veinticuatro horas más tarde, ya no estaba tan seguro. Me sentía en el infierno.

—Ya está mi amor, —acotó Gimena apoyando su rostro sobre el pecho de Mirko. No quería escucharlo

hablar de su padecimiento. No quería imaginarlo sumergido en el dolor—. Eso tampoco va a volver a suceder.

—¿Sabés qué me propuso Gustavo a la semana de estar en tratamiento? —preguntó. Gimena lo miró intrigada, más por su tono que por la pregunta en sí—. Arteterapia.

Gimena sonrió al escucharlo y asintió. La sonrisa se amplió en el rostro de Mirko iluminándole el rostro, se lo veía contento, entero.

—¿Y? ¿Qué de bueno salió de ello?

—Soy un excelente fotógrafo, —repuso él entre risas.

—Ya te había dicho que la fotografía es un arte, —le aseguró Gimena y le plantó un beso en el pecho—, y sos muy bueno en ello mi amor. Hace unos días estuve con Miguel y Mariana que están encantados con el álbum de bodas y quieren pedirte copias de varias fotografías de los chicos.

Mirko asintió y por unos segundos se perdió en sus pensamientos. Con aire ausente le acarició el cabello a Gimena y suspiró. Volvió su atención a ella, dedicándole una sonrisa suave.

—Extrañaba estos momentos, —comentó Mirko sin dejar de contemplarla—. Extrañaba estas charlas en la cama.

—También yo, —dijo ella finalmente—. ¿Tenés hambre?

—La verdad que sí, —respondió él.

—¿Ducha y almorzamos?

—Ducha y almorzamos.

Luego de una ducha prolongada y durante un almuerzo tardío, Gimena pasó a contarle de sus avances sobre la puesta en marcha de una Editorial y sobre la revista que pronto lanzaría. Mirko la escuchaba embelesado, contagiado por su entusiasmo y su pasión por lo que hacía. Ese era uno de los aspectos que más admiraba en ella, su determinación y su fortaleza para ir hacia adelante; para buscar y alcanzar todo cuanto se proponía.

—Lo único que no termino de definir, es qué hacer con este piso, —concluyó sorprendiendo a Mirko.

—¿A qué te referís? —preguntó desorientado—. ¿Qué tiene que ver este piso con la Editorial?

—No sé si te acordás, que Manu montó sus oficinas en el primer piso, —comentó Gimena. Mirko asintió con seriedad—. Bueno él insiste en que, si no tengo intenciones de vivir acá, bien podría usar este espacio para montar la Editorial.

Mirko frunció el ceño tratando de imaginar algo así y le resultó inverosímil. Gimena seguía hablando de todo lo que podría hacer en tantos metros cuadrados y cuanto más la escuchaba más descabellado le parecía a él.

—Perdón, pero me parece una pésima idea, —sentenció Mirko ante la primera pausa de Gimena.

Ella lo miró sorprendida por su firmeza y quiso saber el motivo de su determinante comentario.

—¿Vos te acordás como era la Editorial? ¿Vos te acordás de lo rústica y bulliciosa que puede ser la gente que allí trabaja? —sentenció en un tono rayando con lo despectivo—. Vas a tener movimiento de gente entrando y saliendo a toda hora... Periodistas fumando a toda hora; todo lleno de colillas y de olor a pucho. Paneles con corchos en las paredes, música, banners, etc., No cuaja en este lugar. Al cogotudo de tu hermano le va a dar un ataque....

—Pero Manuel lo sugirió...

—Gime, tu hermano es el presidente de una empresa hotelera, —le recordó Mirko—. Lo rodean gente trajeada, perfumada, que cumple un horario. A las seis de la tarde ya no queda nadie en ese piso. Pero en una editorial, el movimiento se extiende hasta pasada la medianoche.

Por un momento Gimena meditó las palabras de Mirko y terminó comprendiendo a qué se refería. Recorrió el lugar con la mirada y de pronto la idea de convertir la residencia en una ruidosa redacción le pareció ridícula. Tendría que buscar algo más parecido al que siempre había ocupado Blooming.

—Pero no se me ocurre qué hacer aquí, —comentó como si pensara en voz alta.

—No se te ocurrió abrir una galería propia, —sugirió Mirko al encender un cigarrillo. Ella lo miró interesada con la propuesta. No se le había ocurrido implementar algo así—. En realidad, puede ser como un espacio de usos múltiples; una sala para ofrecer una suerte de mini

concierto o de lecturas. Son ambientes elegantes.

Gimena se lo quedó mirando maravillada. Una vez más había dado en la tecla, y parecía no ser consciente de ello. Mirko fumaba relajadamente sin advertir la genialidad que acababa de ofrecerle. Era perfecto.

La mente de Gimena voló y no le costó nada imaginar todo lo que allí podría hacerse. Tenía que hablar con Manuel, necesitaría fondos y su aprobación, por supuesto; también tendría que hablar con Carola para que se ocupara de la remodelación de ser necesaria.

Fascinada con la idea, Gimena se puso de pie y se acercó a Mirko que contemplaba la nada desde el ventanal donde fumaba.

—Sos un genio, —le dijo antes de besarlo—. Gracias.

—Veo que te gustó la idea, —dijo él risueño.

—Es una genialidad, —exclamó encantada. Estiró su mano y aguardó que Mirko la tomara—. Vení que quiero mostrarte mi nuevo despacho.

Descendieron al primer piso por la escalera de servicio. Gimena le explicaba que había sido buena idea establecerse allí, ya que era mucho más ordenado centralizar todo desde ese despacho. Era cómodo.

—¿Qué dice tu hermano?

—Está chocho, —respondió ella con una sonrisa.

—Eso imaginé.

Gimena lo guió a través de un largo pasillo haciendo oídos sordos del último comentario. Había detectado un dejo sardónico entre sus palabras, pero lo dejó pasar. No

quería pensar en la animosidad que había entre los dos hombres que más amaba en el mundo.

Ingresaron a un despacho espacioso y luminoso. Un escritorio blanco de generosas dimensiones era el protagonista. Sobre este, un monitor de 32 pulgadas ubicado en el centro, lo dividía en dos. A la derecha, una delgada laptop descansaba; en el extremo opuesto un teléfono tipo centralita y varios lapiceros colmados de lápices y resaltadores de colores. A Mirko le agradó lo que veía. Esa oficina tenía mucho más que ver con ella que el sucio y deslucido despacho que Antonella le había adjudicado en la editorial.

Como hipnotizado caminó hacia un tablero colmado de nombres y rostros. Sonrió al percatarse de que se trataba de los futuros miembros del directorio de la Editorial. Giró y una vez más contempló el despacho en general. Entonces vio el solitario portarretrato entre el monitor y el teléfono. Era una fotografía suya.

—¿Y eso de dónde salió? —preguntó mirando a Gimena.

—Te la tomé el día que visitamos la clínica de la mamá de Mariana, —respondió con algo de vergüenza. Caminó hacia él—. Estabas tan concentrado que no te diste cuenta. Te veías muy lindo.

La sonrisa de Mirko se amplió y, rodeándola con sus brazos, la atrajo hacia su cuerpo. La besó con delicadeza.

—Esto sí que no lo esperaba, —dijo una voz desde el umbral de la puerta de ingreso.

Ambos se sobresaltaron al ver a Manuel parado bajo el dintel, con gesto serio y algo arrogante. Sin esperar que Gimena lo invitara, Manuel ingresó al despacho y se sentó en uno de los sillones ubicados a un costado del escritorio.

Mirko no dijo nada. Se volvió hacia Gimena como si Manuel nunca hubiese aparecido.

—Tengo que pasar por el departamento, —comentó con naturalidad—. Te dejo seguir trabajando.

—Pero esperá que te acompañe, —dijo ella descolocada porque él se marchara sin ella.

—Vuelvo en un rato, —le aseguró—. Tranquila. Sólo busco un par de cosas y regreso.

Caminaron juntos hasta la puerta y allí, bajo la atenta mirada de Manuel, Mirko volvió a besarla. Al separarse, Gimena permaneció varios segundos con la mirada clavada en su espalda hasta que Mirko giró y se sumergió en el hueco que conducía a la escalera. Suspiró y se volvió hacia su hermano que la observaba con detenimiento.

—¿Cuándo llegó?, —preguntó Manuel con acritud.

Gimena eligió no responderle. El ambiente se había cargado de una tensión que tardaba en disiparse. Ni se habían mirado, mucho menos saludado y a ella le dolía que ninguno hiciera el más leve esfuerzo por congeniar.

—¿A dónde fue? —insistió Manuel—. ¿No se habrá ido porque yo llegué?

—Basta, Manuel, —lo amonestó Gimena claramente

mortificada. Lo miró con gesto de pocos amigos y resolvió cambiar de tema—. Manu, hay algo que necesito comentarte...

—¿Te vas a casar con ese? —disparó de sopetón sorprendiéndola por completo.

—No, bueno, tal vez... no sé, —terminó respondiendo Gimena descolocada por la pregunta—. Es de la editorial de lo que necesito hablarte. En realidad, es sobre el segundo piso de este edificio.

Manuel pareció relajarse con la respuesta, algo que fastidió más a Gimena. Con gran esfuerzo, logró superar su malestar, y pasó a comentarle lo que Mirko había sugerido sobre lo que podría hacerse en el segundo piso. Se ocupó de omitir que la idea venía de boca de Mirko, para que no generara rechazo. En algún punto, necesitaba la colaboración de Manuel.

—Excelente idea hermanita, —dijo Manuel entusiasmado—. Me gusta... contame un poco más.

Gimena sonrió y se explayó en la idea.

CAPITULO 36

No estaba muy seguro de lo que podría encontrar en el departamento. Arriaga le había comentado que la policía lo había puesto todo patas para arriba, pero una cosa era imaginarlo y otra muy distinta sería verlo. El precinto de seguridad colocado por la policía científica, ya había sido violado. Una ola de aprensión lo invadió en el momento en que colocó la llave en la cerradura y, al abrir la puerta de entrada, el rancio olor del encierro lo recibió. Gran cantidad de imágenes de un pasado no tan lejano se agolparon en su mente provocándole tanto incertidumbre como escozor. Tragándose las inquietantes sensaciones, respiró hondo e ingresó.

Desde el pequeño recibidor repasó el lugar; el abandono de casi tres meses y los allanamientos por parte de la policía, habían hecho estragos. El ambiente olía a suciedad, a polvo, a muerte. Todo estaba revuelto, cada milímetro de ese lugar había sido revisado sin ningún tipo de consideración. Los almohadones de los sillones habían sido quitados de sus fundas de cuajo y estaban tirados por doquier. Había una mesa de café volteada y las sillas del comedor desparramadas por la habitación como si alguien las hubiera pateado.

Tratando de no pensar demasiado lo que allí había sucedido acomodó las sillas a su paso al ventanal; levantó las persianas y abrió los vidrios, permitiendo que entrara

un poco de aire. A la luz de la tarde, el lugar se veía desolador; parecía que un fuerte tornado había cobrado vida entre esas paredes y lo había destrozado.

Con algo de angustia y rencor contempló el ambiente recordando sus encuentros con la supuesta Garrido, las discusiones, los engaños. Era tanto lo que necesitaba olvidar. Pero ya no consumiendo; había comprendido que había otra forma de encontrar la paz y el camino hacia un futuro de plenitud.

Respiró hondo resignado y siguió camino hacia la habitación. Allí el panorama era aún peor. No se veía ni el piso de todo lo que lo cubría. De reojo miró la cama y un escalofrío recorrió su espalda al notar que el colchón aún conservaba la mancha de sangre de Serena Roger. Se le revolvió el estómago; todo allí olía a muerte, a miseria humana. Necesitaba alejarse de ese lugar. Casi con desesperación giró hacia su guardarropa dispuesto a tomar alguna de sus prendas, pero cambió de parecer, todo parecía sucio, manoseado, manchado de la sangre de Serena Roger.

No había estado ni veinte minutos en el departamento, cuando alguien golpeó la puerta. Sobresaltado regresó a la sala principal y aguardó temeroso de atender.

—¿Está ahí, señor Milosevic?, —dijo una voz que Mirko creyó familiar. La persona del otro lado de la puerta golpeó con el puño—. Soy Rosi, la encargada.

El corazón de Mirko se desaceleró una marcha, pero todavía se mostraba alterado. Con la manga de su camisa,

secó el sudor que de la nada se había adueñado de su frente. Respiró hondo procurando controlarse. Antes de abrir miró a su alrededor como si tuviera la más leve oportunidad de ocultar el desastre que lo rodeaba. Resignado se acercó a la puerta y abrió, convenciéndose de que la encargada de su edificio debía estar al tanto de todo lo sucedido en su departamento.

Abrió la puerta, parándose de manera tal que le impedía la visión al interior.

—¡Qué alegría volverlo a ver! Yo siempre dije que todo se solucionaría a su favor, —dijo la mujer con una sonrisa que a él le resultó sincera—. Disculpe la molestia, pero en cuanto vi movimiento, quise cerciorarme de que era usted quien finalmente aparecía.

—Muchas gracias, Rosi, —respondió Mirko con apremio. Lo ponía tenso el modo en que esa mujer lo miraba; parecía tenerle miedo—. ¿Sucedió algo?

—Bueno, sí. Hace casi dos meses, un poco menos tal vez, —empezó diciendo la encargada con cierta vacilación—. Una mujer se presentó. Me abordó en la vereda y me entregó esto. Dijo que se lo diera a usted en mano.

Mirko se enderezó y su mirada se clavó en el pequeño sobre que la mujer extraía de un bolsillo y se lo ofrecía.

—¿Cómo era la mujer que se lo entregó? ¿Lo recuerda?

—Era joven. De unos treinta años, —respondió—. Tenía un gorro de lana que le cubría la cabeza y gafas

oscuras. No pude verla bien.

—Está bien, Rosi. Muchas gracias, —dijo Mirko y cerró la puerta sin alargar la conversación.

Bajó la vista hacia el sobre y las palpitaciones aumentaron en su pecho al reconocer la letra de Claudia Garrido. <<Es que nunca iba a terminar esa pesadilla; es que esa mujer no iba a dejarlo en paz>>, pensó.

Querido mío, definitivamente mi mayor error fue dejar que entraras tan dentro de mí. Me debilitaste Croata y así como puedo asegurarte que no lamento la muerte de Ibáñez, agradezco sinceramente que sigas con vida; aunque no coincida con mis planes.

Pero las cartas ya están echadas, así que prestá atención. ¿Tenés la llave que te di? Pues eso espero, porque la necesitarás. Andá al Banco que queda en Avenida Santa Fe al 2700, allí encontrarás una Caja de Seguridad a nombre de Eduardo Montañez. Ya estás autorizado a acceder a ella.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de una llamada entrante a su celular. Atendió mecánicamente. Se trataba de Gimena que quería saber cómo estaba y si iba a demorar mucho más.

—Un rato, —respondió con aire ausente—. Estaba pensando en llamar a Arriaga para pasar a verlo antes de volver.

—Está bien, —dijo Gimena—. Él también necesitaba hablar con vos. Te lo iba a comentar esta noche. No tardes mucho ¿sí?

—Gime, —la llamó Mirko antes de cortar—. Te quiero.

Sin quitar la vista de la nota que la falsa Garrido le había enviado, Mirko llamó a Arriaga a su celular.

—Por fin, Mirko, ¿cómo estás? —dijo el abogado a modo de saludo—. Estoy desde esta mañana aguardando tu llamado.

—Hola, Tomás, todo muy bien, —lo saludó Mirko y la sonrisa afloró libremente—. Me gustaría verte.

—Venite para el estudio en una hora, —dijo el abogado ansioso por compartir las novedades—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Perfecto, tengo que pasar por un lugar antes.

Dispuesto a terminar de una buena vez con todo aquello, Mirko se dirigió al banco que la falsa Garrido le había indicado. Al llegar a la sucursal, se dirigió directamente a la zona de cajas de seguridad y por un instante temió que fuera una trampa; pero nada sucedió. Un guardia de seguridad corroboró los datos de su documento para luego guiarlo hacia el extremo más alejado, donde, descendieron por una escalera mecánica hasta un vestíbulo con un pulcro mostrador. Allí, otro custodio lo condujo a través de una puerta de doble hoja donde se encontraban gran cantidad de cajas de seguridad. Se acercaron al número indicado y luego de colocar ambas llaves, la caja en cuestión le fue entregada.

Con algo de inquietud caminó hacia una sala privada donde podría sentarse a observar el contenido. La abrió

ansioso y bufó retrocediendo instintivamente al ver la bolsa de cocaína acompañada por un gran fajo de billetes. Un pequeño sobre con su nombre escrito a mano junto a otro de mayor tamaño sobresalían de una carpeta de cartón de tapas negras. Mirko tomó el más pequeño, con intriga y cierto resquemor, lo abrió con cautela. Era una carta de puño y letra de Garrido para él.

Bueno Croata, aquí sí que nos despedimos. Lamento verdaderamente no poder hacerlo como hubiese deseado; nos debíamos una noche más, ¿no te parece? En fin, en estos momentos me encuentro ya muy lejos y no creo que volvamos a vernos. Pero, creo que Lalo hubiese deseado que tuvieras esta oportunidad. Él te quería, siempre lo decía. Pongo una gran bomba en tus manos. Está en vos decidir cómo usarla, dónde y cuándo hacerla detonar. Te ganaste ese privilegio querido. SM

PD: Otra cosa, disfrútala mientras te dura. Ella no es como nosotros Mirko, no te engañes, tarde o temprano va a elegir a alguien de su clase. Ya sabes cómo es: La zorra rica al rosal, la zorra pobre al corral. Buena vida Croata.

Bajó la vista a la caja y observó una vez más el contenido. Sus ojos cayeron en la bolsa de droga y la garganta se le tensó. <<¿Es que nunca iba a terminar esa pesadilla?>> se preguntó sintiendo como su voluntad parecía debilitarse. Desvió la vista y las palabras del doctor Laguer llegaron a él. Poco a poco fue reponiéndose. Volvió su atención a todo lo demás. Dentro del sobre de papel madera encontró, gran cantidad de

fotocopias, dos pendrives, un cd y un sobre rectangular. Repasó todo muy por arriba sin entender demasiado; mayoritariamente eran transcripciones y fotocopias. No queriendo perder más tiempo, tomó lo que allí había menos la droga, y lo guardó en su mochila. Luego entregó la caja al guardia y se marchó.

El bufete de abogados se encontraba en un séptimo piso. Ocupaba toda la planta y, mayoritariamente, atendía casos penales. Así como el estudio de los Estrada, era señorial y sobrio, el que lideraba Arriaga era moderno y minimalista.

Eran casi las seis de la tarde cuando Mirko ingresó a la recepción y, aunque había cierto movimiento, para él fue claro que el día ya estaba terminando. Lo recibió una chica de cabello lacio y atuendo serio que no podía tener más de veinticinco años. Sin demora, se ocupó de conducirlo a una sala de reuniones en cuanto Mirko mencionó que el doctor Arriaga lo esperaba.

Para matar el tiempo, intentó comunicarse con Gimena, pero ella no respondía; de modo que le envió un mensaje para que supiera que estaba en el estudio Arriaga. Tenían mucho de qué hablar.

Guardó el celular en su bolsillo al escuchar que la puerta se abría. Sonrió al ver ingresar a Tomás Arriaga pulcramente vestido con un traje de lino azul marino y una exquisita corbata color fucsia. Tenía el rostro levemente bronceado y el cabello un poco más largo que la última vez que se habían visto.

—Vaya que se te ve bien, —dijo el abogado dedicándole una sonrisa sarcástica.

—No mejor que a vos, —retrucó Mirko, poniéndose de pie—. ¿Cómo estás, Tomás?

Se saludaron con un abrazo. En algún momento, sin que ninguno lo anticipara, la relación profesional había mutado a una suerte de amistad, que reconfortaba a Mirko y suavizaba al abogado.

—¿Qué tenés ahí? —preguntó Arriaga con curiosidad.

—Pasé por el departamento y la encargada me entregó una nota. Parece que una mujer lo dejó allí para que me lo entregaran en mano, —informó empujando el sobre hacia Arriaga para que él lo estudiase—. Debe haber sido Garrido.

—¿Garrido?, —preguntó y alzó la vista extrañado—. ¿La mujer que se hizo pasar por la fiscal?

—Sí, claro, ¿quién más?

—Pero esa mujer lleva casi dos meses muerta, Mirko —explicó Arriaga—. Prácticamente la encontraron la noche que te internaste y ya llevaba varios días en ese estado.

Un silencio profundo se instaló entre ellos. Lo que acababa de escuchar lo impactó considerablemente. Se dejó caer contra el respaldo de su asiento como si le hubiesen propinado un fuerte golpe en el pecho. <<Claudia muerta>>, repitió su mente sin poder creerlo. Lentamente alzó la vista y miró a Arriaga que aguardaba a que él asimilara la noticia.

—Mirko, ¿no hablaste con Gimena sobre todo lo que le conté? —continuó diciendo Arriaga con apremio.

Por unos segundos Mirko pareció desorientarse. Instintivamente apeló a los ejercicios que Laguer le había enseñado para recuperarse. <<Primero lo primero>>, se dijo y poco a poco fue recuperando el control

—No hablamos de nada con Gimena, —respondió Mirko pensativo—. ¿Pero qué sucedió?

Arriaga lo puso al tanto de todo. Tanto de la identidad de Silvia Márquez como de su muerte. También mencionó todo lo que habían encontrado en el departamento de la mujer. Mirko escuchaba y asimilaba todo en silencio; no podía creer estar hablando de todo aquello.

Tenso e inquieto se puso de pie y caminó hacia el balcón francés. Abrió el ventanal y encendió un cigarrillo como si se encontrase en el living de su propia casa. Arriaga no dijo nada. Simplemente lo observó mientras terminaba de comentarle que habían allanado la computadora del trabajo de la mujer y que la estaban sometiendo a gran cantidad de peritajes.

—¿Estás seguro de que esta es la letra de esa mujer? —quiso saber el abogado cuándo hubo terminado con su discurso. Mirko asintió y siguió fumando con nerviosismo —. Entonces este mensaje lo envió antes de morir, —dijo. Alzó la vista y miró a Mirko con seriedad—. ¿Qué quiere decir lo de la llave?

Sin demorar su explicación, Mirko pasó a contarle que,

al dejar el departamento, se dirigió al Banco y retiró lo que había en la caja de seguridad. Terminó su cigarrillo y se acercó a la mochila de donde extrajo la carpeta y los sobres.

Tomás frunció el ceño y recibió lo que Mirko le extendía. Primero abrió la carpeta y analizó su contenido. Elevó la vista y miró a Mirko con cierta incompreensión.

—Es la escritura original del departamento de la calle Araoz, —informó con voz seca—. Está a tu nombre.

—Pero ¿cómo? —protestó Mirko desconfiado—. Hasta donde Claudia mencionó era un departamento de la Fiscalía.

—Eso era mentira, —respondió Arriaga—. Desde hace tres meses está a tu nombre. Pero dejemos eso. Ya analizaremos ese asunto.

Pasó a todo lo demás y casi se le detiene el corazón ante lo que estaba leyendo. Una a una fue pasando las hojas. En un momento se cubrió la boca con una mano y sin levantar la vista de los documentos, buscó el teléfono de la mesa. Pulsó un botón y su secretaria atendió al instante.

—Adriana, por favor necesito que ubique al doctor Carlos Estrada, —ordenó—. Llame a su estudio y dígame que es urgente que venga a verme.

Mirko había seguido todo ese intercambio en silencio, pero la mención del padre de Javier y el modo en que Tomás lo estaba convocando, lo preocupó. Con curiosidad, observó a Arriaga tomar una notebook y,

luego de encenderla, conectar uno de los pendrives. El rostro se le tensó mucho más que antes y cerró los ojos sin poder creer lo que estaba viendo.

Alguien golpeó la puerta y sin esperar que Tomás los autorizara a pasar, Carlos Estrada asomó el rostro. Se lo notaba serio, preocupado, él y Tomás se conocían desde hacía muchos años y si su colega lo mandaba llamar de ese modo, era porque algo importante estaba ocurriendo.

—Gracias por venir tan rápido, Carlos, —lo saludó poniéndose de pie y cerrando la notebook—. Tengo que mostrarte algo.

—Pues aquí estoy, —dijo Carlos Estrada. Se volvió hacia Mirko y estiró su mano para saludarlo—. ¿Cómo has estado muchacho? se te ve mucho mejor que la última vez que nos vimos.

Mirko lo contempló con algo de admiración. Ese hombre, aún sin conocerlo, lo había tratado con calidez y eso él no lo olvidaba.

—Gracias, doctor, —respondió Mirko a quien la tensión de la habitación empezaba a alcanzarlo—. Un gusto volver a verlo.

—No tenés buena cara, Tomás —comentó Estrada con seriedad—. ¿Tengo que preocuparme?

—Sí, Carlos, —respondió Tomás y con un ademán le indicó que tomara asiento. Le extendió los documentos que había estado leyendo—. Mirá esto.

El rostro de Estrada se iba desfigurando a medida que avanzaba en la lectura. Los gestos de horror y

desconcierto se iban sucediendo conforme iba tomando noción del alcance de las repercusiones cuando el caso saliera a la luz.

—Esto será un escándalo mayúsculo, —dijo Carlos sin levantar la vista de los documentos—. ¿De dónde salió esto Tomi?

—Se lo hicieron llegar a Mirko, —respondió—. Es un asunto muy delicado. Nos excede, Carlos.

Carlos Estrada asintió, dejó caer los papeles sobre la mesa y se frotó los ojos y el puente de la nariz con cansancio. Denunciados entre esas líneas se encontraban varios conocidos, y uno de sus mejores amigos; Carlos no quería creer en su culpabilidad, pero nada limpiaría sus nombres si eso salía a la luz.

—Creo que vi al doctor Vaccane en tu casa para tu cumpleaños ¿verdad?, —preguntó Arriaga con pesar.

Carlos Estrada asintió abatido. Respiró hondo y se puso de pie. De pronto parecía haber envejecido varios años.

—Uno de mis mejores amigos, Tomi, —respondió con tristeza y desilusión. Volvió a llenar sus pulmones con aire fresco y se puso de pie dispuesto a marcharse. Se volvió hacia Mirko—. Cuídese joven, se lo ve repuesto y me alegra.

—Gracias, doctor, —respondió Mirko que no entendía muy bien qué era lo que estaba sucediendo, pero prefirió no intervenir.

Carlos Estrada miró por última vez los documentos

que ahora descansaban sobre la mesa. Al cabo de unos segundos miró a Arriaga con amargura y convicción.

—Hacé lo que tenés que hacer, Tomi, —sentenció con firmeza antes de dejar la sala de reuniones—. En tus manos esta desbaratar toda esta operación. Ya estoy viejo para estás batallas.

CAPITULO 37

Se levantó temprano. A su lado Mirko dormía profundamente luego de haber pasado, en apariencias, una buena noche; últimamente algo lo perturbaba en el sueño. Gimena lo notaba agitado. Se estiró y buscó su celular para corroborar la hora. Eran apenas las seis de la mañana; el avión debía estar por aterrizar, si aún no lo había hecho. Con un poco de renuencia, pero sabiendo que era algo que tenía que hacer, dejó la cama.

La tarde anterior, Etienne se había puesto en contacto con ella. Llevaba más de un mes sin hacerlo y, aunque esperaba que tarde o temprano el francés apareciese, el hecho la sacudió. Desde De Gaulle, le había enviado un mensaje informándole que estaba a punto de abordar el avión rumbo a Buenos Aires. Si bien, se trataba de un viaje de negocios, y Raúl Olazábal lo esperaba en Santiago de Chile, haría una pequeña escala en Buenos Aires sólo para verla.

A diferencia de otras veces, en esta ocasión, Gimena se sintió lo suficientemente entera para sentarse frente a Etienne y dejar las cosas claras de una buena vez y por todas. Por una cuestión de practicidad, sugirió encontrarse en el restaurante del Hotel Emperador Mondini, donde podrían desayunar mientras conversaban.

Llegó temprano, quería estar ahí antes que Etienne apareciera, un poco para demostrarle que estaba segura de su decisión y otro poco porque él detestaba que lo hagan

esperar. Se ubicó en una mesa apartada, lejos de las miradas de huéspedes curiosos y pidió un jugo de naranja mientras leía los matutinos para distraerse. Sabía que Etienne se encontraba en la habitación que siempre usaba. El conserje le había informado, que hacía poco menos de una hora que había llegado.

Sintió su presencia mucho antes de que se acercara a la mesa y eso la tensó. Su mirada cristalina, siempre había tenido cierto poder sobre ella. Lentamente, Gimena alzó la vista por sobre el diario y lo observó acercarse. Era un hombre apuesto. Acababa de ducharse, y el jersey azul y pantalón de vestir a tono, le conferían un aspecto inmejorable. Gimena dejó el diario junto a sus cubiertos pensando que conocía pocos hombres con su elegancia y sobriedad. No obstante, se lo notaba cansado, pero no por eso perdía su atractivo.

— *Bonjour, mon précieux,* —dijo Etienne al llegar a ella.

La saludó con dos delicados besos en la mejilla, para luego contemplarla con algo de melancolía y ubicarse en su sitio del otro lado de la mesa. La atmósfera que los envolvía se enrareció. Ninguno tenía muy en claro cómo tratarse, cómo mirarse; era tanto lo que quedaba por decir y claramente Etienne estaba allí para exigir respuestas, claras y concluyentes.

—Estás muy linda, —dijo, mirándola con detenimiento, buscando en cada línea de su rostro la explicación que sus ojos le negaban—. No recuerdo

haberte visto tan..., —buscó la palabra tratando de no desesperarse por lo que empezaba a comprender—. Luminosa, aunque creo que resplandeciente es la palabra adecuada.

Gimena no supo cómo rebatir ese comentario, mucho menos encontró algo adecuado para decir. Súbitamente incómoda desvió la vista a uno de los asistentes y con un gesto de su mano le indicó que se acercara. Sentía la mirada de Etienne analizando en su rostro y eso la perturbaba.

—Te juro que sigo sin comprender, cómo llegamos a esto, —siguió diciendo Etienne como si pensara en voz alta—. Creo que te perdí en el momento en que me cortaste en el aeropuerto. No debería haberte dejado venir sola a Buenos Aires.

—Yo quería que me acompañaras, ¿lo recordás?, —alcanzó a decir Gimena afectada—. Todo un año habíamos estado planeando el viaje.

—Sí, claro, —balbuceó él con exasperación.

Un mozo se presentó para ofrecerles el servicio de desayuno. Ambos pidieron café. Guardaron silencio por unos segundos, tratando de adaptarse a la presencia del otro y a las emociones que eso provocaba. Gimena se sentía un tanto avergonzada, pero al mismo tiempo no desperdiciaría la oportunidad de que comprendiera.

—Nada de lo que sucedió fue planeado...lo juro. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Aunque creo que así debía ser...

—¿Qué de todo no fue planeado? —preguntó Etienne interrumpiéndola de un modo cortante. Tomó la servilleta y la colocó delicadamente sobre su regazo. Se lo notaba contrariado pero contenido—. ¿Tu necesidad de regresar a Argentina, tu deseo de montar tú propia revista, tu ambición de tener tu propia editorial o el haberte enamorado de otro hombre?

Un silencio intenso y denso los envolvió y ni siquiera se disipó cuando el mozo se acercó a llenar sus tazas con café.

—No me mientas, Gimena, —arremetió Etienne que empezaba a perder la paciencia—. ¿Me vas a negar que viajaste con un proyecto bajo el brazo?

—No te miento, —confesó ella con seguridad. De buenas a primeras ya no le encontró el sentido a disfrazar la realidad—. Cuando viajé a Buenos Aires estaba muy enojada con vos, —confesó finalmente—. De modo que, como venía sola y sabía por José María que estaban descontentos con el trabajo de la Editorial que subsidiaban en Buenos Aires, me ofrecí para echar un vistazo, —agregó como si ello lo explicara todo. Hizo una pausa y alzó la vista para enfrentar la mirada de Etienne—. Fue una gran oportunidad la que se presentó, pero sinceramente nunca pensé que los hechos se desarrollarían como se desarrollaron.

Etienne bajó la vista a la mesa. No le interesaba en lo más mínimo lo relativo a la editorial y las oportunidades profesionales de Gimena. Siempre lo había tomado como

un capricho; ella no necesitaba de todo eso. A él era otro el asunto el que lo enfurecía.

—¿Cómo lo conociste?

—¿Importa eso Et? —respondió Gimena ya más segura—. La aparición de Mirko no tiene que ver con mi decisión de establecerme en Buenos Aires. Mucho menos tiene que ver con nuestras discusiones y discrepancias. En cuanto me reencontré con mis afectos, sentí que ya no podía marcharme de aquí, si hasta recuperé la relación con Manuel, —agregó. Lo miró un momento y se sintió más segura que nunca de su decisión—. Han sucedido muchas cosas durante estos meses y yo ya no puedo volver atrás...

—¿De dónde mierda salió ese tipo?, —la interrumpió él furioso, dejando bien claro que era eso lo único que le importaba. Procuró tranquilizarse. Entrelazó los dedos de sus manos concentrando allí toda la tensión de su cuerpo—. Te juro que todavía me cuesta creer que estés con otro. Desde el primer día sentí que estábamos hechos el uno para el otro.

—Basta, Etienne, —replicó ella cuando ya le resultó demasiado seguir escuchando sus reclamos—. No sigas por ese lado...

Gimena desvió la vista. La conversación se estaba poniendo verdaderamente incómoda y ella ya no quería seguir dando vueltas sobre un asunto que, a su entender, hacía tiempo que estaba agotado.

—Desde un primer momento supe que tarde o

temprano, nos daríamos cuenta de que no había futuro entre nosotros, —prosiguió—. Durante el tiempo que duró fue hermoso, vos en París, yo en Madrid. Fue genial. Pero...

—¿Pero?

—Pero el tiempo que estuvimos distanciados me hizo comprender justamente eso, que lo nuestro fue hermoso mientras duró, —afirmó con más contundencia de la que deseaba expresar—. Vos seguís en París, pero yo ya no estaré en Madrid. Nada será lo mismo.

—Si te hubiera acompañado a ese dichoso casamiento, no estarías pensando lo mismo, —sentenció destilando indignación.

—Tal vez, —reconoció Gimena, pero le costaba creer que así fuera—. Pero lo cierto es que no quiero volver a dejar Buenos Aires, lo digo en serio. No podría vivir en París, como tampoco podría volver a tener una relación como la que mantuvimos por cinco años; y sé, fehacientemente, que vos no podrías vivir en ningún otro lugar.

—Si ese es el impedimento...

—No, Etienne... ese no es el impedimento, —replicó con cansancio—. Lo que tuvimos fue una relación muy cómoda para ambos. Nos veíamos de tanto en tanto y cuando queríamos. Sin compromisos. Así era. Y si me hubiese enterado de que a vos te pasaban cosas distintas, hubiese tomado esta decisión mucho antes.

Etienne desvió la vista. Definitivamente las respuestas

que estaba recibiendo no eran las que esperaba, y para su mayor sorpresa, Gimena se ponía de pie.

—Te quiero muchísimo y siempre te querré, pero no puedo darte lo que querés, —le aclaró y no sólo la voz le tembló, sino que los ojos se le llenaron de lágrimas—. No pienses que no me duele esta situación, porque me duele muchísimo, pero necesitamos seguir adelante.

—Gimena...

—Nada más Et, —dijo ella interrumpiéndolo anticipando lo que leía en sus ojos y ella ya no quería escuchar—. No tengo nada más que decir.

Etienne volvió a asentir e imitándola se puso de pie. Antes de despedirse se contemplaron un breve instante y se abrazaron, en silencio; luego de lo cual, Gimena se separó lentamente, y se marchó.

Corría como alma en pena. Alguien lo acechaba, lo perseguía. Podía sentir una presencia amenazante, una nube negra que le indicaba que estaba en peligro. Despertó sofocado, le costaba respirar y un miedo helado lo abordó hasta los huesos. Tardó varios segundos en reconocer la habitación que desde hacía casi un mes compartía con Gimena.

Sin poder levantarse, giró la cabeza y lo paralizó no encontrarla acostada a su lado. En su lugar divisó una nota que de primer impacto le provocó un escalofrío cuando el vívido recuerdo del secuestro llegó a él.

Una vez más, como venía sucediéndole desde que

había dejado la clínica y los ataques de pánico se presentaban, la voz del doctor Laguer llegó a él, para aplacarlo y acercarle las herramientas necesarias para combatir los fantasmas que lo acosaban.

En menos de diez minutos la realidad fue doblegando las reminiscencias del sueño y poco a poco aceptó que lo que acababa de vivir era una pesadilla sin ningún tipo de poder predictivo; eso lo tranquilizó considerablemente. Enfrentada y superada esa primera barrera dio el segundo paso. Tomó la nota.

Amor, estabas tan dormido que no quise despertarte. Tuve que salir muy temprano para una reunión de último momento. Vuelvo para almorzar juntos. Podríamos escaparnos a algún lado el fin de semana, ¿qué te parece? Te amo. Gime. PD: Ayer llegó una caja a tu nombre. Está en la mesa del recibidor.

Ya más tranquilo se dejó caer contra las almohadas y respiró hondo para enfrentar los recuerdos de la pesadilla. Le costó hacerle frente a la sensación de peligro que le generaba la posibilidad de que tarde o temprano podrían encontrarlo para ajusticiarlo.

Se sentó en la cama, y se frotó el rostro con ambas manos, tomándose unos segundos para recuperarse. Luego se dirigió al cuarto de baño. Necesitaba ducharse y salir de esa habitación; conocía los síntomas y si no se ponía en movimiento terminaría deprimiéndose.

Se vistió pensando en Gimena y aunque le llamó la atención que no le hubiera mencionado la reunión a la que

debía asistir tan temprano, no le dio mayor trascendencia. Los últimos días habían sido una locura ante la inminente presentación del espacio de exposiciones en el edificio Rauch -como ya se lo denominaba-, el lanzamiento de la nueva revista, y otras cuestiones.

Dejó la habitación veinte minutos más tarde sintiéndose bastante repuesto, aunque la bruma de la pesadilla todavía no se disipaba del todo. Tal como Gimena le había mencionado, sobre la mesa del recibidor encontró la caja que había llegado a su nombre. Sonrió encantado. La tomó y se dirigió a la cocina donde esperaba encontrar a la señora Alameda; le agradaba conversar con ella.

—Buenos días, Luisa, —la saludó al verla.

—Buen día, señor, —le respondió la mujer con cordialidad al verlo aparecer—. ¿Mate como todos los días?

—Sí, gracias, —respondió Mirko—. Y, por favor, ya le dije que me diga Mirko, nada de señor para mí.

—Está bien, —accedió la mujer con una sonrisa—. Sólo tendrá que darme tiempo a acostumbrarme.

—¿Gimena se fue temprano? —preguntó al ubicarse a la mesa.

—Sí, bastante temprano, —respondió la mujer colocando frente a Mirko la bandeja con el mate, el termo y las galletitas que a él le gustaban—. Antes de las ocho. Me dijo que volvería para almorzar.

Mirko asintió y miró de reojo la caja que había

recibido; sabía muy bien de que se trataba, hacía semanas que la esperaba. Tomó un par de mates pensando que aprovecharía que Gimena no se encontraba en la casa para preparar su obsequio. Sonrió complacido y al levantar la vista se encontró con que la señora Alameda lo estaba observando.

—Debería sonreír más seguido, —se atrevió a comentar la mujer.

Mirko no dijo nada, pero le agradeció el comentario ampliando la sonrisa. Entonces se puso de pie y tomó la caja en sus manos.

—Gracias por los mates, Luisa, —dijo simplemente cruzando la cocina hacia la escalera de servicio—. Estaré en el despacho de Gimena, por si ella llega antes que yo suba.

Le agradaba el cálido ambiente que ella había creado para trabajar. La luminosidad de ese lugar le recordaba a ella. En realidad, todo allí olía a Gimena y eso lo estimulaba. Ingresó pensando en ello y dispuesto a comenzar cuanto antes, se ubicó tras el escritorio. Entusiasmado contempló la caja y con delicadeza la abrió para extraer su contenido. Orgullosamente, observó la bella portada. La acarició encantado con el resultado. Era una fotografía de Gimena de perfil contemplando el horizonte durante un esplendoroso atardecer en el campo de la familia Rauch.

Con detenimiento repasó las ciento veinte hojas blanco y negro que conformaban la recopilación y que tenían a

Gimena como protagonista. Sonrió con emoción ante el recuerdo que cada imagen le traía. Allí estaba ella hablando por teléfono en el oscuro despacho con el que Antonella había intentado desmoralizarla, y que, en cambio, la había llenado de bríos; allí estaba sonriendo de emoción en una muestra de arte terapéutico; allí estaba bailando tango con ojos entornados, recorriendo galerías con una sonrisa en los labios y disfrutando de un bello día de sol en el campo de su familia. Allí estaba exquisitamente vestida de noche para asistir a una fiesta y también luciendo rotos vaqueros y zapatillas para recorrer las calles de Buenos Aires. En cada imagen, se podía apreciar la profundidad de su espíritu, la simpleza y calidez de su persona. Su belleza natural.

Pero era su contagiosa sonrisa lo que siempre lograba movilizarlo, tal vez por eso había resuelto denominar el ejemplar como “Lo que más amo”; porque era ella y porque en esos ámbitos de una manera u otra la sintió feliz.

Satisfecho cerró el libro y una vez más admiró la portada tratando de encontrar la mejor manera de entregárselo. Sus pensamientos fueron quebrados bruscamente cuando la puerta del despacho se abrió. Alzó la vista sobresaltado y para su descontento se encontró, nada más y nada menos, que con Manuel Rauch que lo desafiaba, con cara de pocos amigos y la seguridad que le daba saberse el dueño de todo cuanto los rodeaba. Se miraron midiéndose con firmeza.

—¿Mi hermana? —preguntó Manuel con aspereza.

—Bajo el escritorio, —respondió Mirko con indiferencia.

Manuel respiró hondo y decidió pasar por alto ese comentario. Contó hasta el millón para controlarse cuando en realidad hacía rato que quería romperle la cara a ese hombre, aun sabiendo que en un mano a mano él tenía claramente las de perder. Sin alterar la compostura, ingresó al despacho cerrando la puerta tras él.

—Creo que va siendo hora de que usted y yo hablemos, —dijo Manuel sin vueltas. Tomó una de las sillas ubicadas a un costado y se sentó enfrentando el escritorio—. La verdad es que detesto sentirme en deuda, —agregó con parquedad.

—Usted no me debe nada, Rauch —replicó Mirko sin moverse—. Ya se lo dije, Gimena lo necesitaba a usted.

Manuel recorrió el lugar con la mirada asimilando esa afirmación. Sus ojos se posaron brevemente en la portada del gran libro que Mirko procuraba ocultar.

—Pues yo no lo veo así, —insistió Manuel acomodándose con displicencia en asiento. Alzó la vista y lo miró directo a los ojos—. Como le decía, detesto sentirme en deuda y aunque lo haya hecho por mi hermana, terminó siendo muy gratificante para mí.

—Puede quedarse tranquilo que no voy a reclamarle nada, —afirmó Mirko nuevamente esperando que ese hombre se marchara.

—De modo que, —siguió diciendo Manuel como si

Mirko no hubiese hablado—, cómo estoy seguro de que no lo sabe, vengo a comentarle que en dos semanas es el cumpleaños de Gimena, —informó estudiando las reacciones de su interlocutor.

Mirko frunció el ceño, pero guardó silencio; no sabía que decir. Era mucho más que una sorpresa, inconscientemente Mirko bajó la vista al libro que tenía frente a él. Una sonrisa leve intentó aflorar en sus labios al pensar que no encontraría mejor oportunidad, pero la suprimió.

—Veo que no me he equivocado, —dijo Manuel satisfecho de haberlo sorprendido. Sonrió con algo de soberbia—. Ahora estamos a mano.

—Gracias, —dijo Mirko mirando a Manuel—. Sinceramente no tenía idea. ¿Qué día es exactamente?

—25 de octubre, —respondió Manuel analizando cada línea del rostro del croata—. Es el día posterior a la presentación, —agregó— y quiero organizarle una cena privada.

Manuel hizo una pausa esperando algún tipo de comentario por parte de Mirko, pero este se mostraba imperturbable. Decidió seguir hablando.

—El punto es que, desde el accidente de mi padre, a Gimena no le ha gustado mucho festejar sus cumpleaños, —informó—. Pero eso va a cambiar.

—Me parece una estupenda idea, —comentó Mirko y su mirada se desvió hacia el libro que intentaba ocultar.

—¿Qué es eso? —preguntó Manuel, intrigado por el

esmero que Mirko ponía en que no se viera el libro.

—Nada de su incumbencia, —respondió Mirko cortante y se apuró a guardar el ejemplar.

Manuel lo miraba con curiosidad. Su apreciación de ese hombre no había cambiado, pero le reconocía dos cosas, su orgullo y, algo que le costaba asumir, su amor por Gimena. Así y todo, le costaba aceptarlo. Había soñado con otro tipo de cuñado; pero bueno, con tal de ver a Gimena contenta, lo soportaría. Pero existía un punto que necesitaba mencionar.

—¿Tenés claro que si la llegás a hacer sufrir te destrozo?, —deslizó al ponerse de pie. Volvieron a medirse; a palpar el recelo del otro. Mirko finalmente asintió dedicándole una sonrisa sardónica—. Pues no lo olvides porque te estaré observando.

Ante esa sutil amenaza, Mirko carcajeó y sacudió su cabeza negativamente.

—Pues ya que lo menciona déjeme decirle que también estaré observándolo, —respondió, poniéndose de pie para quedar a su altura—. Tampoco olvido que usted le ha causado un profundo dolor.

Manuel frunció el cejo y su furia creció ante la arrogancia de ese último comentario. Elevó la barbilla adoptando una postura desafiante y segura.

—No te pases de la raya conmigo, —ladró Manuel con aspereza y por primera vez mostró toda su autoridad—. Y no te metas donde nadie te llama, ¿entendido?

Gimena entró en el despacho en ese momento

sorprendiéndolos. Miró a Manuel primero y a Mirko después y se forzó a sonreírles ajena a la tensión que en esa habitación se respiraba. Ella llegaba con su propia carga.

—¿Se están conociendo? —dijo ella entre entusiasmada y sarcástica—. ¡Qué gusto me da! Nada me haría más feliz que los dos hombres que más amo en el mundo fueran amigos.

Se miraron una última vez y en esa ocasión ambos se esmeraron por disimular sus recelos. Manuel fue el primero en desviar la vista, necesitaba salir de allí. Su mirada cayó en la caja que Mirko tenía en sus manos.

—Digamos que estábamos intercambiando información, —respondió Manuel. Se acercó a Gimena y la besó tiernamente en la sien—. Cuando puedas necesito que hablemos.

—Claro, —respondió ella. De reojo miró a Mirko para volver su atención a su hermano—. ¿Quieres almorzar con nosotros?

—No, tengo el estómago revuelto, —respondió y sin decir más se marchó.

Gimena lo miró sin darle demasiada importancia. Luego volvió su atención a Mirko que la observaba con calidez.

—Tenía la esperanza de encontrarte en la cama, —dijo Gimena caminando hacia él.

Le rodeó el cuello con ambos brazos y lo besó percibiendo su contrariedad. Se apartó un poco para poder

observarlo y notó la tensión que su rostro mostraba.

—¿Sucedió algo? —preguntó.

Mirko sacudió su cabeza y la besó con intensidad. Al separarse la miró con detenimiento.

—¿Dónde estabas?

—Tenía una reunión, —informó sin dar precisiones—. ¿Pensaste qué podríamos hacer este fin de semana?

Mirko la besó largamente, nutriéndose de su esencia, disfrutando de antemano el ser parte de un plan para hacerla feliz.

—La verdad que sí, —dijo de pronto seguro de que a ella le encantaría la idea—. Me gustaría ir al campo. Silencio, tranquilidad. Vos y yo.

El rostro de Gimena se iluminó con la sonrisa que brotó en sus labios, y encantada con lo que escuchaba, lo besó llena de felicidad.

—Me parece una idea excelente, —exclamó entusiasmada. Consultó su reloj—. Voy a avisarle a Tona para que tenga nuestra habitación preparada. Silencio, tranquilidad. Vos y yo.

CAPITULO 38

Hacía ya una semana que no se hablaba de otra cosa en las noticias. El escándalo de Comodoro Py estaba en todas las emisoras y era la vedette de los programas políticos, donde el desfile de funcionarios, analistas políticos y periodistas especializados era interminable.

Nadie jamás había sospechado de aquellos a los que ahora se acusaba. Los tentáculos del narcotráfico y la corrupción habían alcanzado el seno mismo del Poder Judicial y salpicaban al establishment de un modo nunca antes visto.

El grandilocuente juez Octavio Vaccane había sido arrestado en su propio despacho. Las fuerzas del orden habían ido por él a plena luz del día. Había sido un espectáculo digno de presenciar y los enemigos, que se había granjeado a lo largo de su carrera, eran testigos de la degradación del arrogante magistrado, que a los gritos amenazaba con hablar.

Mirko contempló las imágenes que transmitía la televisión, pensando que la bomba finalmente había estallado. Arriaga se había hecho cargo de la situación. Desde un primer momento, había sugerido manejar el asunto de la manera más anónima posible. Era un juego peligroso el que estaban entablando y cualquier error podía llevarlos a la tumba. De modo que, luego de hablar con un serio y prestigioso periodista, amigo de confianza,

Tomás resolvió asumir la atención para no exponer a su defendido más de lo necesario.

En uno de los canales repetían los segmentos más resonantes de la conferencia de prensa que Tomás había ofrecido la noche anterior. Mirko sonrió al ver el modo en que Arriaga se desenvolvía. La entrevista había sido pautada pura y exclusivamente para establecer y afianzar la versión de que el sobre con las pruebas había llegado anónimamente a su estudio, y que, este lo había entregado a las autoridades, quienes a su vez lo sometieron a las pericias pertinentes para confirmar su autenticidad.

Mirko volvió a sonreír, admirado de la capacidad de Tomás para afirmar y sostener con convicción algo que jamás había sucedido. Podía apostar que Arriaga lo estaba disfrutando, había conseguido mucho más que un minuto de gloria. En la mayoría de los medios especializados se hablaba de él, de su estudio, de su prestigio y de los casos más rimbombantes con los que había lidiado; aunque ninguno como el presente.

—Todavía no te vestiste, —protestó Gimena al verlo parado en ropa interior frente al televisor, con la toalla colgando de un hombro—. Mirko, basta con eso. Esta es una noche especial para mí. Todo ese asunto me pone nerviosa.

Mirko apagó la televisión y giró disculpándose. Sonrió al ver su rostro tenso y la desesperación con que miraba las prendas que había desparramado sobre la gran cama. Caminó hacia Gimena.

—Ahí no veo nada apropiado para una noche como la de hoy, Gime, —disparó sin anestesia al ubicarse tras ella y rodearla con sus brazos. Ella alzó la vista y lo miró con expresión desahuciada— ¿Puedo...?

—Adelante, —accedió Gimena resignada.

Mirko se separó y caminó hacia el vestidor. Estudió unos segundos su contenido hasta dar con el vestido que buscaba. Lo extrajo y lo contempló con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Dos días atrás, se había trasladado al atelier de un reconocido modisto para quien había trabajado en el pasado. Al ver el modelo en uno de los escaparates, Mirko supo que era ideal para Gimena.

—¿Eso de dónde salió? —preguntó ella desconcertada.

Mirko no respondió. Se acercó a ella y le entregó la exclusiva prenda de pechera blanca ribeteada por pequeñas puntadas de hilos dorados que terminaba en una ancha faja que delineaba la cintura y daba comienzo a una falda amplia en figuras doradas que le rozaría la rodilla.

—Pero...

—Haceme caso que entiendo de estas cosas, el blanco va a resaltar tu rostro para las fotos, usá maquillaje suave y sólo brillo en los labios, —le sugirió. Regresó al vestidor y buscó otro envoltorio—. El vestido úsalo con esto, —agregó entregándosela a Gimena.

—Pero...

—Entre un montón de otras cosas, trabajé dos años como fotógrafo de modas, —le recordó—. Y vos hoy serás una reina.

—Te amo, —dijo ella conmovida y agradecida—. Prometeme que vas a ser mi vestuarista de aquí a la eternidad.

—Hecho.

Aunque seguían viviendo en el segundo piso del edificio de la calle Superí, ya se estaban ocupando de conseguir departamento donde mudarse. A Manuel le había interesado la idea de convertir el segundo piso en un espacio para eventos puntuales, tales como pequeños conciertos, presentaciones de libros, muestras de arte y cualquier tipo de propuesta que derivase en un encuentro sofisticado, exclusivo y elegante. A su padre le hubiese agradado el aporte filantrópico. Tal como Mirko le había sugerido, en ningún momento Gimena mencionó que no había sido su idea, de ese modo, Manuel autorizó todas las modificaciones sin poner la más leve objeción.

En poco más de dos semanas, varias paredes fueron derribadas y lo que en un inicio eran cuatro ambientes bien definidos, se convirtió en un espacioso salón de marcado estilo señorial con claras reminiscencias de los años 30.

Finalmente, el día del lanzamiento de la Revista Cultural había llegado y como no podía ser de otra manera, Lara Galantes se ocupó hasta del último detalle. Sus empleados ya habían recibido las últimas directivas y aguardaban que el evento comenzara.

La concurrencia, aunque había sido selecta, era

variada. Entre los presentes se encontrarían periodistas especializados, actores de renombre, músicos, artistas plásticos, urbanos y destacados circenses.

Aprovechando el clima de finales de octubre, los ventanales, que conducían a la gran terraza de piedra, estaban abiertos y, desde el interior, se lucían las mesas iluminadas con pequeños fanales.

Buscando a su esposo, Lara espió el exterior. Lo ubicó cerca de la escalera que conducía al piso inferior. Hablaba por celular y sonreía contento. Lara se acercó, una vez más maravillada por su garbo.

—No, mi amor, —decía Andrés con emoción. Miró a su esposa y le guiñó un ojo cómplice—. Ya te dije que sí. Decile que puede venir con nosotros si quiere hacerlo. Vos no te preocupes que yo hablo con el tío. Ahora a dormir princesa. Si la veo a mami le digo. Muchos besos... Te quiero mi amor.

Andrés guardó su celular y giró hacia Lara que lo contemplaba preguntándose cuántas veces padre e hija hablarían por teléfono sin que ella lo supiera.

—¿Qué le pasaba?

—Nada, quiere invitar a su primo Lorenzo al campo, —comentó Andrés restándole importancia—. Mañana hablo con Facundo.

—Perfecto, —dijo repasando el salón con la mirada buscando algo fuera de lugar. Lo miró con seriedad—. Espero que Santiago no siga insistiendo con enseñarles a montar.

—Ah, Lara, por favor, —dijo Andrés divertido por las preocupaciones de su esposa.

—A vos te causa gracia, pero a mí me aterra que se caiga de ese caballo, —aclaró intranquila—. Santiago, es un adolescente que no me da mucha garantía.

—No le va a pasar nada, —le aseguró Andrés.

La gente comenzaba a presentarse. A la distancia Lara divisó a Javier y a Carola que habían llegado junto a Miguel y Mariana. Les hizo una seña para que se acercaran.

—Te dejo con los chicos, —comentó y miró su reloj—. Gimena ya debería estar recibiendo a los invitados, quiero chequear que así sea.

Se alejó de Andrés. De pasada saludó a sus amigos y se perdió en el interior donde los presentes comenzaban a congregarse. Saludó a un par de conocidos y se dirigió al vestíbulo. Allí divisó a Gimena que conversaba con dos hombres vestidos de un modo por demás bohemio. Se acercó a ellos.

—Hola Gime, —dijo Lara al verla—. Te estaba buscando.

—Hola, Lara. Estoy recibiendo a mis invitados como me dijiste, —aclaró con gesto de buena alumna, luego miró a sus interlocutores y les guiñó un ojo con picardía. Volvió su atención a Lara—. Vení Lari, que quiero presentarte a Diego Lorenzo y a Patricio Arrechen, —dijo Gimena luego de los saludos—. Ellos son el subdirector y el jefe de redacción de la Editorial. Caballeros, les

presento a mi amiga Lara Galantes, está a cargo del evento.

A partir de ese momento todo fue muy vertiginoso para Gimena que se encontró saludando gente y agradeciendo palabras de buenos augurios. Se sentía feliz y de tanto en tanto se le humedecían los ojos al pensar en lo orgulloso que su padre se hubiese sentido. Entre los presentes divisó a sus amigos, a varios ex empleados de la Editorial Blooming; también había representantes de museos y galerías de artes. Los había invitado muy especialmente, la satisfizo enormemente ver que habían aceptado su propuesta.

—Hora de hablar, —le susurró Lara a su oído.

—¿Es necesario? —preguntó Gimena.

—Muy, —le dijo Lara, dedicándole una sonrisa de aliento. La miró de frente tomándola por los hombros para darle coraje—. Ya te lo expliqué: Subís, siempre sonriendo. Inclínate de cabeza para saludar a unos y a otros; sin dejar de sonreír, aunque te duelan los pómulos de hacerlo. Cuando empezás a hablar, lo haces mencionando lo importante que es estar acá con todos los presentes; agradecé presencia y levantá la copa invitando a un brindis por muchos sueños más. —Lara respiró hondo y le frotó los hombros dándole ánimo—. No es difícil. Vos podés, Gime.

Gimena la miró atónita y carcajeó superada por la situación.

—Sos de lo que no hay, Lara, —exclamó entre risas—.

¿No querés subir vos?

Mirko la observaba embelesado desde uno de los extremos del salón. Gimena era dueña absoluta de la escena, la estrella luminosa del evento y eso lo llenaba de orgullo. Bastaba con verla para sentir su alegría, su felicidad plena, contagiosa.

Aunque Lara Galantes se había ocupado de contratar un fotógrafo para registrar absolutamente todo lo que en ese evento acontecía, Mirko resolvió llevar su cámara de igual forma, para congelar sonrisas y expresiones imperdibles. Más tarde le prepararía un álbum especial para que ella no olvidase nunca ese increíble momento. Sonrió cuando vio a Lara tomándola por los hombros, podía apostar que estaba dándole ánimos para que subiera a hablar. Alzó su cámara y disparó varias veces.

Con emoción la observó subir a la tarima y encarar al público como si hubiese nacido para ello. Sus miradas, se encontraron por sobre las cabezas de los presentes y la sonrisa se amplió en su rostro. Mirko tomó varias imágenes de ella sonriéndole; a él, solo a él como si no hubiese nadie más en el concurrido salón. A la distancia le guiñó un ojo dándole ánimos.

—Buenas noches a todos, —empezó diciendo con emoción—. Me hace sumamente feliz que estén aquí esta noche acompañándome cuando uno de mis sueños está convirtiéndose en realidad.

Fue un discurso breve, emotivo y sentido que todos siguieron con atención. Cuando concluyó, un cerrado

aplauzo coronó la emoción de Gimena que arrojó un beso al sector opuesto de donde Mirko se encontraba. Intrigado, Mirko miró en esa dirección y se encontró con Manuel Rauch que aplaudía sonriente y orgulloso a su hermana; a su lado una atractiva mujer vestida de blanco aplaudía. Mirko alzó la cámara y registró el momento, convencido de que a Gimena le gustaría.

Volvió su atención a ella y la contempló agradecer sobre esa suerte de escenario. Los aplausos se redoblaron y Mirko sintió que nunca la había visto tan radiante.

Al descender de la tarima, mucha gente intentó llegar a ella para saludarla. Manuel Rauch fue uno de los primeros en lograrlo. Los hermanos se abrazaron y el fotógrafo contratado, se encargó de retratar el momento. Mirko también lo hizo, pero prefirió esperar un segundo, de ese modo pescó el cariño reflejado en los ojos de ella al mirar a su hermano mayor y el orgullo en los de él.

El salón se fue atestando de gente que, deseosa de saludar a Gimena, se agolpaba junto a la tarima. El amontonamiento no tardó en abrumarlo, y en pocos segundos Mirko necesitó salir a respirar. Como pudo se las ingenió para alcanzar la terraza. Se alejó un poco y buscó los cigarrillos. Encendió uno contemplando el iluminado jardín y se acercó a un grupo de asientos dispuestos en un extremo apartado. Allí se ubicó y fumó tranquilo mientras repasaba las imágenes congeladas por su cámara. Allí estaba Gimena destilando alegría con esa sonrisa contagiosa y nítida; allí estaba abrazada a una de

sus amigas; también estaba su hermano Manuel aplaudiéndola orgulloso y abrazándola con satisfacción—Sabido que a Gimena le gustaría, también había retratado a sus tres amigas con sus respectivos maridos.

A su espalda escuchó voces que creyó reconocer. Miró sobre su hombro y divisó a Javier Estrada que conversaba con su amigo Guillermo. El primero intentaba hacerlo entrar en razón, el segundo sacudía su cabeza negativamente con gesto empeinado. Mirko frunció el ceño y trató de escuchar y creyó entender que hablaban de una mujer. Un tercer hombre se unió a ellos interrumpiéndolos y Mirko volvió a centrar su interés en la cámara.

—¿Buscando un poco de paz? —preguntó Javier Estrada, acercándose a Mirko seguido por Andrés Puentes Jaume.

—Un poco, —respondió Mirko con algo de reparo, pero por Gimena, se obligó a mostrarse cordial—. Nunca te agradecí por haberme escuchado, —dijo—, y por haberme presentado a Tomás. Gracias, en serio, sin tu ayuda creo que no la contaba.

—Ni lo menciones, —dijo Javier, restándole importancia—. Algo me dijo que valía la pena escucharte.

—¿Cómo está el doctor Estrada? —preguntó Mirko entonces—. Lo vi muy afectado cuando Tomás le mostró la información.

—La verdad es que lo afectó mucho. Está triste, desilusionado, —comentó Javier secamente—. Dice que

no quiere ejercer más. No puede creer como Vaccare lo engañó de ese modo por tantos años.

—¿Para tanto?, —preguntó Mirko, sorprendido por una reacción tan drástica—. ¿Va a dejar de ejercer?

—Sí, papá apreciaba mucho a Vaccare, y no puede creer todo lo que está saliendo a la luz sobre él, —terminó diciendo—. Y sobre otros amigos también.

—Lo siento mucho, —deslizó Mirko sintiéndose en parte culpable.

—Nada, Mirko, papá está triste porque, como te decía recién, se sintió estafado, —dijo Javier con la misma contundencia con que había dicho todo lo demás—. Pero sé que apoya la decisión de Tomás, porque hizo lo que debía hacerse.

Una moza se acercó a ellos para ofrecerles vino tinto, mientras otra colocaba dos bandejas con bocaditos sobre la mesa baja en torno a la cual estaban sentados.

—Aunque la verdad es que no me parece que esté mal que tenga deseos de disfrutar la vida, —siguió diciendo Javier como si se hubiese quedado pensando en eso—. Ayer lo encontré mirando folletos de Bosnia y Croacia, parece que mamá tiene ganas de viajar a visitar a la Virgen Medjugorje.

—Viajar les va a hacer bien, —comentó Andrés sumándose a la charla—. Ese es un buen destino que podrían combinar con Italia. Mis padres hicieron ese viaje hace unos años. Volvieron encantados.

Hizo una pausa y miró a Mirko estirando su mano para

saludarlo.

—¿Cómo estás, Mirko? —lo saludó con una sonrisa amigable.

Uno a uno, el resto fue uniéndose a la conversación. La última en hacerlo fue Lara que encaró a Mirko con gesto serio y hasta con algo de arrepentimiento.

—Te veo con la cámara y me quiero matar, —dijo Lara abruptamente mirando a Mirko a la cara—. Pensé en contratar otro fotógrafo para que pudieras disfrutar de la velada y estar con Gime. Por Dios, no creas que no quise tenerte en cuenta.

Mirko sonrió y por primera vez desde que había comenzado la reunión, se relajó. Todos estaban siendo cordiales, cada uno de ellos tenía claras intenciones de involucrarlo no solo en las conversaciones, sino también en el grupo de amigos. Querían que se sintiera cómodo. Aunque claramente lo hacían por Gimena, agradeció el gesto.

—En realidad hace rato que no hago sociales, —comentó con naturalidad y una sonrisa suave. Tomó la cámara y la encendió—. Estaba tomando fotos más personales, —respondió y le ofreció el visor para que echara un vistazo—. Me pareció que podría gustarle, —agregó mientras Lara sonreía al contemplar las imágenes—. Quiero armarle un álbum.

—Una idea maravillosa. Están divinas —dijo Lara. Elevó la vista y buscó a su esposo—. Mirá que linda foto, mi amor, —comentó mostrándosela a Andrés. Luego

volvió a mirar a Mirko —. ¿Me haces una copia? Hace rato que no nos sacamos una buena foto los dos solos.

—Claro, después te paso los contactos y me decís cuales querés, —se ofreció Mirko. Miró al resto sin detenerse en ninguno—. Sólo tienen que avisarme y hacemos fotos.

—No lo digas muy fuerte, —dijo Javier, a quien las fotos no le agradaban demasiado.

El grupo en su totalidad se acomodó entorno al pequeño living y allí se quedaron conversando, mientras la velada seguía su curso y los concurrentes comenzaron a marcharse.

Entre una conversación y la otra, Mirko fue relajándose y soltándose. Si hasta se encontró riendo y compartiendo situaciones vividas con soltura. Lo que más lo sorprendió fue descubrir que Guillermo le caía bien. Lo divertía su desparpajo y ese modo relajado con que solía desenvolverse. Era gracioso y en ningún momento mostró animosidad o recelo para con él, al contrario.

Con cada uno de ellos interactuó de diferente manera. Con Javier siguió conversando sobre las últimas pruebas aportadas al caso de narcotráfico y el modo en que eso había sacudido al poder Judicial. Miguel y Mariana lo felicitaron y le agradecieron una vez más por haber sido el fotógrafo del casamiento; querían copias de muchas de las fotos tomadas a los chicos. También de ellos había tomado un retrato. Nadie parecía animarse a sacar el tema que lo había tenido en el ojo de la tormenta por tantos

meses y Mirko lo agradeció.

A la distancia, divisó a Gimena que cruzaba hacia una elegante y atractiva mujer de vestido blanco y lacia cabellera castaña que tenía la vista centrada en su celular. La siguió con la mirada.

—Gracias por haber venido, Ana, —la saludó al llegar a su lado. La apreciaba y le pesó no haber sido más cariñosa con ella.

La mujer, al escuchar su nombre, alzó la vista y sonrió.

—Gime, es un placer acompañarte en tan importante emprendimiento, —dijo su excuñada con cordialidad y una sonrisa que iluminó sus ojos cafés. Se saludaron con un fuerte abrazo—. No sabes cómo me emocioné cuando recibí tu invitación, —agregó—. Toda una suerte que estuviera en Buenos Aires.

—Estaba escrito que tenías que venir, —dijo Gimena con una sonrisa y rostro lleno de ilusión.

—Eso parece, —le aseguró Ana—. Es un edificio bellísimo, te van a llover los pedidos. No hay muchos lugares tan exquisitos como este para eventos exclusivos. Y tratar con vos es un plus único, te lo aseguro.

Apareciendo de la nada, Manuel se acercó a ellas. Las venía observando, juntas y por separado, y verlas conversar con tanto cariño le produjo una suerte de escozor que lo tomó desprevenido. Antes de sumarse a la conversación, le indicó a un mozo que se acercara con las copas.

—Además es una hermosa noche, —decía Gimena

entusiasmada—. Estoy sorprendida de la concurrencia.

—Eso no tendría que sorprenderte, —deslizó Manuel con una sonrisa. Se volvió al mozo. Tomó una copa y se la extendió a su exesposa, luego hizo lo propio con su hermana y tomó una para él—. Por tu éxito, Gime, —dijo orgulloso.

Chocaron sus copas y un silencio un tanto incómodo los envolvió.

—Vamos a prolongar el festejo con una cena por el cumpleaños de Gime, —dijo Manuel, sorprendiendo tanto a su hermana como a Ana—. ¿Te gustaría acompañarnos?

La reacción de Ana fue tal, que Gimena pensó que, si Manuel le hubiese pedido que se desnudara allí mismo, no se hubiese puesto ni tan nerviosa, ni tan colorada. <<Pobre Ana>>, pensó advirtiéndole que todavía sentía algo por su ex.

—Sólo seremos nosotros y un grupo de amigos, —dijo Gimena—. Me encantaría que te quedaras.

Gimena entonces se excusó y se volvió hacia Mirko que la contemplaba con una sonrisa. Tenía la cámara en alto; le guiñó un ojo con complicidad.

—Que contenta se la ve, —comentó Ana, sin apartar la mirada de la silueta de Gimena. La observó tomar la mano que un apuesto hombre le ofrecía y sonreírle con complicidad—. Ahora entiendo.

—No hay nada que entender, —repuso Manuel, acomodándose contra la baranda de piedra de la terraza—. Viste como es Gimena...

—Es muy atractivo, —comentó Ana, sabiendo que sus palabras lo ofuscarían—. Hacen linda pareja.

Por sobre su hombro miró a Manuel que la contemplaba de un modo inusual. Le dedicó una sonrisa cargada de significado y estiró su cuello para depositar un beso en la mejilla de su exmarido.

—Me encantó verte, Manuel, —dijo despidiéndose de él—. Disculpame con Gime y decile que le deseo un muy Feliz Cumpleaños.

—Pensé que te quedarías a cenar, —dijo con algo de desilusión.

—No me parece que sea buena idea, —respondió ella eludiendo su mirada.

Mirko se puso de pie al verla acercarse y con una sonrisa la observó avanzar hacia ellos. Al llegar a su lado, Gimena se dejó abrazar y miró a sus amigos emocionada.

—Gracias a todos por haber venido, —dijo con voz cargada de emoción. A la distancia vio que Ana se marchaba y sintió algo de pena por Manuel—. Esta noche me siento tan acompañada.

—Pues muy merecido, —dijo Guillermo alzando su copa—. Felicidades, Gime.

Todos lo imitaron y Gimena sonrió apoyándose contra Mirko conmovida.

—¿Tenés puesto un Ludovico? —preguntó Carola sacándola de su estado de algarabía.

Gimena la contempló desorientada, mientras que

Mirko se volvió hacia Carola sorprendido de que reconociera al modisto. Ludovico era muy exclusivo, y poco conocido.

—¿Qué? —preguntó Gimena, descolocada. Se ubicó en uno de los pufs que rodeaban la mesa. Se estiró para tomar un cigarrillo—. No sé de qué estás hablando, Carola. Si te referís al vestido, hablá con Mirko.

—Sí, es un Ludovico, —respondió Mirko sin apartar la mirada de Gimena que no se percataba de nada.

—Ya me parecía que por ahí andaba Garay, —le aseguró Carola ganándose una mueca divertida por parte de Mirko. Le sonrió a su amiga—. Estás divina. Te ganaste el cielo, Gime.

—Ya lo creo, —dijo emocionada y estiró su mano para que Mirko la tomara. Sin soltarlo miró al resto—. Hoy me siento feliz.

La cena se sirvió una vez que el resto de los invitados se marcharon y sólo los dueños de casa y el grupo íntimo se encontraran allí. Tomás Arriaga se había excusado, pues hacía varios meses que tenía acordado un viaje a Río de Janeiro, mientras que Raúl Olazábal llegaría al día siguiente; no había podido acomodar su agenda.

Entre brindis y risas llegó la medianoche y, como no podía ser de otra manera, Manuel fue el primero en saludar a Gimena. Al separarse le dispensó una mirada a Mirko que aguardaba su turno sin ningún apuro. Uno a uno, todos sus amigos fueron saludándola y Mirko quedó

para el final. Con una sonrisa ancha la abrazó dedicándole un delicado beso en la mejilla.

—Feliz cumple, mi amor, —susurró con su boca pegada a su oído—. Te amo.

—Gracias, —dijo ella con ojos brillantes—. También yo.

Pero debieron separarse, pues Lara avanzaba con un gran pastel colmado de velas, mientras el resto se ocupaba de entonar el feliz cumpleaños.

—Vamos, no te olvides de los tres deseos, —dijo Guillermo con entusiasmo.

—Ya voy, ya voy, —respondió Gimena con emoción.

De reojo miró a Mirko y le guiñó un ojo antes de soplar. Todos vitorearon y aplaudieron y cuando Lara le entregó el pastel a la señora Alameda para que se ocupe, Manuel se acercó a su hermana. Pasó un brazo por sobre sus hombros y le sonrió. Sin apartar la mirada del rostro de Gimena, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo un sobre que se lo extendió.

—Feliz cumpleaños, Gime, —dijo simplemente.

Gimena, entre intrigada y sorprendida, bajó la vista al sobre y lo abrió con curiosidad. Mirko siguió cada uno de sus movimientos con detenimiento y lo desconcertó ver cómo extraía un cheque de una aerolínea. Era un vale por dos pasajes aéreo.

—Manu, —exclamó Gimena emocionada.

—Sólo deben elegir el destino, —anunció Manuel sonriente, utilizando adrede el plural, pero evitando mirar

a Mirko—. Yo me encargo de todo lo demás.

—Gracias, Manu, —dijo Gimena emocionada. Se puso de pie y abrazó a su hermano. Luego se volvió a Mirko que los contemplaba conmovido por la emoción de ella—. ¿Rovinj? —aventuró Gimena.

Mirko la miró y el solo hecho de escuchar el nombre de su ciudad natal rompió todo hechizo. Frunció el ceño.

—¿Rovinj? Entiendo que sea tu regalo, pero yo no quiero ir a Croacia, —respondió Mirko con contundencia, sorprendiendo a todos. Se puso de pie con incomodidad y se acercó a la salida al balcón donde encendió un cigarrillo.

—Pero, —dijo Gimena sorprendida por su reacción—. Siempre pensé que te gustaría conocer...

—No hay nada mío allí, Gimena.

—Vaya y yo que pensé que les gustaría viajar juntos, —deslizó Manuel sardónico—. Aunque es cierto que es regalo de mi hermana, ahora despertaste mi curiosidad, —siguió diciendo Manuel—. No te apetece Croacia, pues bien... ¿A dónde le gustaría ir al señor?

Había cierta animosidad en la pregunta, y Mirko así lo comprendió. Miró a Manuel y ambos hombres volvieron a medirse. Empezaba a ser un clásico entre ellos.

—No tienen por qué resolverlo ahora, —deslizó Carola, tratando de bajar la tensión que había comenzado a rodearlos.

—Tal cual, como dice Caro, —se sumó Mariana—. Lo piensan y lo deciden.

—Miami, —dijo finalmente Mirko sin apartar la mirada del rostro de Manuel—. Creo que ese sería el destino al que me gustaría viajar, —agregó. Bajó la vista y se separó de la ventana—. Ya vuelvo.

Sin decir más, Mirko se alejó del grupo. Manuel lo siguió con la mirada, ahora con cierta admiración comprendiendo.

—Miami es un destino atractivo durante todo el año, —deslizó Lara, procurando controlar la sonrisa de satisfacción que amenazaba con irrumpir en su boca.

—Salvo los huracanes, —agregó Gimena con inquietud—. No quiero ir a Miami.

—Yo creo que la opción de Milosevic es inmejorable, —afirmó Manuel, mirando al croata con otros ojos—. Estoy con Milosevic.

Mirko escuchó estas palabras antes de sumergirse en el interior del edificio; agradeció que nadie notara su sonrisa.

Regresó unos minutos más tarde con una bolsa de papel brillante que extendió a Gimena.

—Feliz cumpleaños, Gime, —dijo Mirko tratando de no arruinar el momento—. Ya veremos dónde viajamos.

Todavía con gesto fruncido, Gimena recibió el beso que él le daba. Tomó la bolsa y de su interior extrajo una caja rectangular envuelta en papel gris perlado, con un lazo morado que le daba un toque exquisito. Entusiasmada, quitó el envoltorio procurando no romperlo. La expresión que se alojó en el rostro de

Gimena fue tal que Mirko se emocionó de haberla sorprendido de ese modo. Con ojos húmedos la observó admirar página tras página; por momentos sonreía, por momentos presionaba los labios; por momentos contenía la respiración.

Tan absorto estaba Mirko en las reacciones de Gimena, que no advirtió que Manuel se sentaba a su lado y, también, contemplaba el libro de imágenes con expresión solemne. Uno a uno, fueron rodeándola para admirar el gran trabajo fotográfico. Era una bellísima colección de imágenes de Gimena en distintas situaciones. Ante la última, los hermanos se quedaron admirando el despejado atardecer donde los últimos rayos de sol bañaban de su luz los prados en el exacto lugar donde la avioneta se había estrellado. A un costado, Gimena contemplaba el horizonte.

Gimena finalmente cerró el libro y acarició la portada casi con veneración. Luego alzó la vista para mirar a Mirko que la contemplaba con emoción y una media sonrisa en los labios.

—Gracias mi amor, —dijo ella simplemente se puso de pie y caminó hacia él para abrazarlo—. Definitivamente vos sos lo que más amo en este mundo.

—Y definitivamente vos sos mi ángel de la guarda, —susurró a su oído para que sólo ella pudiera oírlo—. Te amo Gimena Rauch.

EPILOGO

Era una mañana diáfana, clara; del tipo de mañanas que lo llenaba de vida, de esperanza. Por fin volvía a sentir la reparadora calidez del sol sobre la piel; por fin ese aroma a aventura que colmaba sus pulmones. Adoraba la playa; la había añorado tanto. Allí, entre el mar y la arena, se sentía libre de todo, se sentía en estado puro; genuino. Caminaba descalzo dejándose envolver por la brisa salina y una sensación de plenitud que no recordaba haber experimentado antes.

Ya no se sentía solo. La reparadora presencia de Gimena, le daba otro sentido a aquella desolada inmensidad. Sonrió y apuró el paso hacia ella al verla a la distancia. Haberla encontrado era el milagro más grande en su vida; cuando estaba con ella, se sentía seguro, fuerte; completo. Se sentó a su lado y en silencio contemplaron el oleaje, tan cargado de vivencias, y el horizonte tan lleno de esperanza. Los envolvió la hipnótica sensación que el océano emanaba y con sus miradas ancladas en las profundidades del mar, se sintieron inmersos en un sueño hecho realidad. Se tenían el uno al otro; lo tenían todo.

A su espalda, una voz ronca y algo distorsionada por el bramar de las olas y el rugido del viento, gritó su nombre jactándose de haberlo encontrado. Se sobresaltó y poniéndose de pie enfrentó al desconocido. El sol lo

encandiló impidiéndole ver quién lo llamaba, tal vez por eso no anticipó los disparos que impactaron su pecho empujándolo nuevamente a la oscuridad.

Despertó sobresaltado, con la respiración agitada y la sensación de ahogo oprimiéndole el pecho. Con desesperación, se estudió el cuerpo en busca de una herida sangrante que no la encontró. No estaba muerto; no estaba herido; no lo habían encontrado. Sin embargo, una vez más, la sensación de que lo buscaban para matarlo había sido tan real que sembró pánico en él, sin darle margen a nada más. Como siempre le sucedía, luego de la pesadilla, no podía ver nada y tardó varios segundos en recuperar la nitidez de la visión. Estaba solo, acostado en una gran cama de sábanas blancas, completamente desnudo. Sin moverse, recorrió el entorno con la mirada y se vio envuelto por traslucidas paredes de tul.

Ya más calmado se sentó en la cama y ajustando la vista, recorrió el lugar recordando que estaba con Gimena y que habían resuelto tomarse unos días de descanso lejos de la ciudad. La última semana había sido vertiginosa luego de tener que declarar en cinco causas; en algunas como testigo, en otras, como imputado. Tomás Arriaga tenía muchas esperanzas de lograr que lo exoneren; después de todo era gracias a las pruebas que él había aportado que habían logrado desbaratar una organización por demás delictiva. Pero las sentencias tardarían un poco más en ser anunciadas y, hasta que eso no sucediese, había que andarse con cuidado.

Corrió la cortina de tul y se sentó de lado. Poco a poco las reminiscencias del sueño se fueron debilitando y su mente se fue despejando. Con ambas manos se frotó el rostro y respiró hondo poniéndose de pie. Divisó su ropa interior en el piso. Se vistió, preguntándose dónde podía estar Gimena.

Ya aseado y sintiéndose mejor, dejó el baño y caminó hacia la puerta que conectaba la habitación con un balcón aterrazado con bajada privada al magnífico lago Nahuel Huapi. Gimena había sugerido trasladarse al nuevo hotel que su familia poseía en Villa La Angostura, luego de que Arriaga le recordara a Mirko que, de momento, por orden judicial, no podía dejar el país. Miami, quedaría para otra ocasión y dado que Gimena no conocía el nuevo hotel de la Patagonia y Mirko nunca había visitado el sur argentino, le pareció buena idea.

Desde la abertura la divisó a un costado del *deck*, hablaba por teléfono, mientras desayunaba. No la interrumpió inmediatamente, se limitó a contemplarla. Con el bellissimo paisaje que la circundaba, era una imagen maravillosa y Mirko no pudo evitar la tentación de regresar a la habitación para buscar su cámara.

La retrató varias veces, y Gimena terminó advirtiéndolo su presencia. Se apuró a concluir la conversación y, finalmente, le sonrió a la cámara. Mirko correspondió la sonrisa; era tan tranquilizador sentir su amor, su entrega.

—Buen día, —dijo finalmente Mirko acercándose a ella—. ¿Con quién hablabas?

—Con Manuel, está por volar a Las Vegas para una convención.

Mirko no dijo nada al respecto. La besó y se dejó caer a su lado contemplando la magnificencia del paisaje. Era un lugar maravilloso, hipnótico. La belleza de todo cuanto los rodeaba quitaba el habla y la necesidad de sacar fotos a todo lo que veía empezaba a tornarse imperiosa.

—¿Dormiste bien? —preguntó ella.

—Cómo no dormir bien con este silencio, —respondió él, eludiendo la mirada de Gimena, pues sabía a qué se estaba refiriendo. Tomó una medialuna y la mordió, sintiendo que ella analizaba su rostro.

—¿Otra vez la pesadilla? —preguntó aun cuando conocía la respuesta.

Mirko asintió y desvió la vista, incómodo. Volvió su mirada a Gimena, cuando ésta lo tomó del mentón para obligarlo a hacerlo.

—No me ocultes esas cosas, —lo amonestó—. Quiero ayudarte a superarlo. ¿Cómo fue?

—Esta vez fue más real, —respondió apesadumbrado—. Podría decirse que cumplieron su cometido.

Un silencio extraño los envolvió, pero Gimena se ocupó de quebrarlo. Con ambas manos tomó el rostro de Mirko y lo besó con fuerza e intención.

—La pesadilla no es real, Mirko, —le aseguró y obligándolo a correrse, se sentó a horcajadas sobre él. Mirko sonrió y se acomodó para darle espacio—. Nosotros somos reales.

Volvió a besarlo, esta vez con delicadeza atrayéndolo, ofreciéndole el espacio para que él pudiera despojarse de sus miedos; brindándole la seguridad de su ser, el refugio de su boca. Bajo su cuerpo lo sintió relajarse y reaccionar ante su propuesta, mansamente.

Cuando finalmente se separaron, Mirko la abrazó perdiéndose en su aroma y su calor. Ella le daba sosiego.

—Esta cabaña tiene playa privada, —susurró Gimena a su oído—. Podríamos bajar a darnos un chapuzón.

Mirko asintió sin apartarla de su cuerpo, con delicadeza recorrió su cuello con la punta de su nariz, absorbiendo su aroma. Sus manos subieron por su espalda hasta deshacer el moño de la parte alta de su bikini. Gimena tembló cuando él se deshizo de la prenda y sus pechos entraron en contacto con su piel; era una delicia sentirlo. Se separó de ella y la miró con deseo. Se mordió el labio inferior y se puso de pie sosteniéndola por sus glúteos, mientras ella rodeaba su cuello con sus brazos y el cuerpo con sus piernas.

Sin apartar la mirada de los ojos negros de Gimena descendió hasta la playa. Se detuvo en la orilla, el agua rozaba sus pies descalzos. Los ojos de Gimena se agrandaron expectantes, cargados de pasión; acercó su boca.

—El agua debe estar muy fría, —susurró con sus labios prácticamente sobre los de él.

—Ponele, —respondió él con una sonrisa.

Arremetió contra su boca y dio dos pasos dentro del

agua. Estaba más fría de lo que había calculado. Cambió de táctica. Con delicadeza la bajó, hasta que Gimena quedó parada a su lado. Ella tembló y frunció el gesto ante el contacto frío del agua del lago. Mirko sonrió maliciosamente. Estiró una de sus manos, hasta alcanzar su cintura y para atraerla contra él. Gimena intentó besarlo, pero él la eludió y, en cambio, su boca se ocupó de su cuello y sus manos de su cuerpo. Un gemido escapó de su garganta entregándose a la maravilla que las manos de él hacían. Con los pulgares recorrió los costados de su cuerpo, mientras su boca se ocupaba de aumentar el calor de su pecho. Gimena ni se percató del momento en que él la despojó de su ropa interior, dejándola completamente desnuda, de pie con el agua del lago a la altura de sus rodillas. Luego se ocupó de su persona.

Se miraron con emoción, allí desnudos, rodeados por altos cipreses y pinos ponderosa, bajo el azul del cielo, ambos sintieron estar en el paraíso.

—Te voy a amar hasta que no sientas el frío de las aguas de este lago, —le dijo él, con voz ronca—. Te amo con locura Gimena.

Ella tembló, pero no de frío, Mirko no le dio tiempo a nada. Su boca, sus manos y la totalidad de su cuerpo se adueñaron del de ella, hasta que Gimena perdió la noción de todo. El fuego que él lograba desatar en ella, la quemaba, la consumía, la sofocaba. Estalló abrazada a él, rompiéndose en mil pedazos, gritando su nombre a la inmensidad del mundo.

Rodeados por las cálidas aguas del Lago Nahuel Huapi, se amaron con plenitud. El frío había desaparecido de sus cuerpos, de sus vidas. El fuego de sus almas trascendía. Juntos lo habían logrado. Juntos no había imposibles.

Agradecimientos

Esta novela en particular, se lleva muchos y muy sentidos agradecimientos.

Ya es una costumbre María Border, agradecerle el aguante, la generosidad y las horas de charla. Te quiero amiga.

A Cecilia Lista, gracias por recorrer conmigo este hermoso camino. Gracias por apuntalarme, por discutir conmigo cuando una escena no te cerraba. Gracias por tu ojo crítico. Fue maravilloso.

A Valeria Cáceres Bravo, por ofrecerme tan generosamente la imagen para esta portada.

A Macarena Piñeiro, por una vez más, convertir esta portada en realidad. Sos un sol Maca.

A mi querido amigo, **Etienne Ducrot**, el verdadero, por ofrecerme su nombre para uno de mis personajes. Gracias amigo del alma.

A cada una de ustedes por preguntar, “¿Para cuándo el Ángel?”, por brindarme siempre tanto cariño. Gracias a ustedes Lectoras, porque sin ustedes, nada sería posible.

Hasta la próxima aventura... porque todavía queda mucho por contar...

Oros títulos de la Autora

El instante en que te vi

Desde que dio sus primeros pasos en la empresa de banquetes de Francis Le Bleaux, solo un objetivo primó en la mente de Lara Galantes: convertirse en la más destacada empresaria gastronómica del mercado local. Para alcanzar su meta no le importó sacrificar amistades y amores. Destinó cada minuto de su vida a forjar el camino que la llevaría a la cima. Solo cuando Andrés Puentes Jaume irrumpió en su vida, sintió el peso de la soledad en la que su existencia había caído.

A Andrés Puentes Jaume la vida le sonreía. Apuesto, seductor y exitoso, a él nada se le negaba. Todo cuanto siempre deseó, lo había conseguido y estaba más que orgulloso de sus logros. Triunfaba en su profesión, su cuenta bancaria crecía día a día y una de las más bellas mujeres del mundo lo acompañaba a donde él quisiese. Sin embargo, en el instante en que la vio supo que era un hombre incompleto y que su vida era completamente ficticia. Lara Galantes era una mujer prohibida e inalcanzable para él. Consciente de ello, ella se convierte en su secreto mejor guardado; en la obsesión que gobierna sus días; en la certeza de que tiene que arrancársela de la cabeza o su mundo perfecto se desmoronará.

Otros títulos de la Autora

Devuélveme la vida

El verano de 1993 marcó un punto de inflexión en la vida de Javier Estrada y Carola Herrera. Él era la sensación del tenis mundial, una estrella en ascenso en un ambiente en el que no se sentía del todo cómodo. Ella, una adolescente idealista y romántica que anhelaba vivir un fervoroso romance. Empujados por necesidades dispares, desatan un torbellino de pasión, y el despertar del amor y del deseo los marca a fuego. Pero ninguno de los dos estaba preparado para afrontar las consecuencias de su osadía. A él lo esperaban sus compromisos como deportista de élite; a ella, el último año de sus estudios de secundaria. Nada de ataduras, nada de promesas; sólo la más maravillosa de las experiencias que no olvidarán jamás.

Diez años más tarde, cada uno ha rehecho su vida, aunque no han podido olvidarse. El destino vuelve a reunirlos, pero sólo podrán ser felices cuando sean capaces de mirarse a los ojos, vaciar sus corazones de culpas, secretos y mentiras y aprendan a escuchar y perdonar.

Otros títulos de la Autora

Te Quiero Conmigo

Luego de haber vivido por más de diez años en función de su marido, Mariana San Martín aceptó con dolor que la familia perfecta que creía tener no existía. Decidida, puso fin a su matrimonio para recuperarse y fortalecerse por el bien de sus hijos.

Miguel Torino llevaba una vida cómoda y ordenada, hasta que, por tres largas semanas, debió hacerse cargo de su hija Catalina. Sin buscarlo descubre que ser papá tiempo completo puede ser muy interesante, mucho más si la bella madre de la mejor amiga de Cata está dispuesta a ayudarlo.